



RESORBOS  
DE  
L. A. LAPIDE



BS497  
L3  
V. 2  
1882

008413



1080014699

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

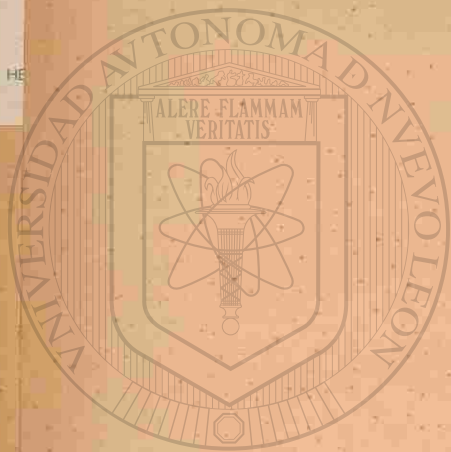


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





TESOROS

DE

CORNELIO Á LAPIDE.

D-IN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TESOROS

DE

CORNELIO Á LÁPIDE,

EXTRACTO

DE LOS COMENTARIOS DE ESTE CÉLEBRE AUTOR SOBRE

**LA SAGRADA ESCRITURA,**

Por el Abate Barbier,

TRADUCIDA AL ESPAÑOL DE LA SEGUNDA EDICION FRANCESA

POR

D. Carlos Soler y Aboqués,

Catedrático de Francés, Individo de la Real  
Academia de la Historia, miembro de varias  
Corporaciones científicas y literarias, etc.

SEGUNDA EDICION.

TOMO SEGUNDO.



Capilla Alfonsina  
Biblioteca Universitaria



MADRID.

BARCELONA.

Litografía de D. Miguel Giamondi, calle  
de la Paz, 6.

Lit. de los Herederos de la imprenta Pla  
y de la Viuda e hijos de Subirana.

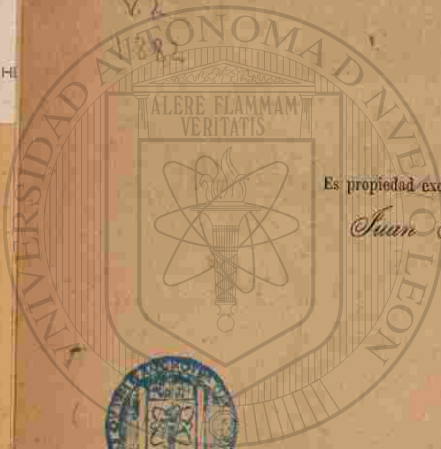
1882.

FONDO EMERITO  
VAL VERDE Y TELLEZ  
45056

BS 497

L3

V.2



Es propiedad exclusiva del editor,

Juan Soler.



Capítulo de la Universidad Autónoma de Nuevo León



VICH.

Imprenta y Librería de Juan Soler,

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ



TESOROS

DE

CORNELIO Á LAPIDE.

DOMINGO.

**D**ios es el criador y el conservador de los días: todos son suyos. Aunque todos los días pertenecen a Dios, ha querido sin embargo reservarse uno de una manera especial. Cada día debemos tributarle el amor, el respeto, la adoración y el homenaje de todo lo que tenemos, de todo lo que hacemos y de todo lo que valemos; porque no sólo todos los días son de Dios, sino que él es nuestro Dios cada día, y no hay ningún instante en que no estemos bajo su dependencia. Dios es tan grande y tan amable el lunes y los demás días de la semana, como el domingo.... Sin embargo, como estamos condenados al trabajo en expiación de nuestros pecados, y este trabajo distrae nuestro espíritu, aplicándole casi únicamente a las cosas sensibles, Dios ha elegido en cada semana un día especial que se reserva exclusivamente, queriendo que este día sea dedicado tan sólo al culto que le es debido, y que cada día habría tenido derecho de exigir de todos los hombres....

**E**l día que el Señor se había reservado entre el pueblo hebreo, era el sábado, día séptimo de la semana; y escogió este día en memoria del reposo que tomó después de haber creado el cielo y la tierra en seis días, habiéndolo, según dice el Génesis, bendecido y

El día del Señor entre los judíos era el séptimo que se llamó

Tom. II.—2.

008413

santificado: *Requiescit die septimo ab universa opere quod patrarat, et benedixit diei septimo, et sanctificavit illum.* (II. 2-3).

El precepto de la santificación del sábado es el tercero del Decálogo. Está concebido en los siguientes términos: Acordaos de santificar el día del sábado: *Memento ut diem sabbati sanctifices.* (Exod. XX. 8).

El primer mandamiento nos manda tributar á Dios un culto interior, y el tercero un culto exterior. Así es que el tercer mandamiento es una continuación natural del primero; porque es imposible, si honramos á Dios interiormente por la fe, la esperanza y la caridad, que no le honremos también con un culto externo, y no le manifestemos de un modo sensible nuestro reconocimiento. Pero, como sería difícil que los que están ocupados en los negocios del mundo cumplieren debidamente con los deberes del culto externo, Dios ha querido facilitarles esta obligación como fijándoles un tiempo para cumplir con ella, y quitándoles los obstáculos que pudieran oponerse á la exactitud de este deber. (*Catech. de Persév., 3.º comín.*).

Si Dios no hubiese fijado este tiempo, pronto el culto externo habría sido enteramente descuidado, y hasta el culto interno habría desaparecido. Pero no era bastante fijar el tiempo: era preciso quitar los obstáculos que hubieran podido impedir este culto externo; y Dios lo ha hecho prohibiendo el trabajo: era además preciso impedir que el hombre cayese en la ociosidad, madre de todos los vicios; y Dios lo ha hecho, prescribiendo las obras más propias para honrarle. (*Catech. de Persév., 3.º comín.*).

Dios ha querido que este reposo del día séptimo fuese para nosotros como una preparación al de la bienaventurada eternidad que su bondad nos destina; y por consiguiente ha querido que este reposo fuera un reposo de alabanza, de homenaje, de plegarias y de adoración. Por esto, prohibiendo cualquier trabajo servil y corporal, prescribe obras enteramente espirituales y santas.....

Este día pudo cambiarse.

Bajo el punto de vista de la determinación del día, este precepto es un precepto ceremonial, perteneciente á la ley mosaica, y que por consiguiente ha sido abrogada con ella; pero bajo el punto de vista de la sustancia, es decir, bajo el punto de vista de la obligación de santificar ciertos días y de reservar cierto tiempo para tributar á Dios un culto externo, es inmutable y de derecho natural y divino: obliga á todo el mundo.....

El precepto del día séptimo debió quedar abolido en el momento en que todas las otras ceremonias judaicas iban á ser rechazadas, es decir, en el momento de la muerte del Salvador. Aquellas ceremonias no eran en efecto más que la sombra de la verdad. Debían pues acabar al venir aquella luz, aquella verdad que es Jesucristo; así huyen también las sombras de la noche al levantarse el sol. Hé aquí por qué los Apóstoles substituyeron al sábado de los judíos el

primero de los siete días de la semana, llamándolo día del Señor ó domingo. S. Pablo habla de este día en su primera epístola á los Corintios, diciendo: Ponga cada uno de vosotros algo aparte, y deposite aquello que le dicte su buena voluntad para las fiestas del primer día de la semana. (*1.ª Cor. 16. 2.*). S. Juan habla del domingo en el Apocalipsis, diciendo que en el día del Señor fué arrebatado un espíritu. (*1.ª 10.*).

Existen muchas razones por las cuales los apóstoles debieron transferir la solemnidad del día séptimo al primer día de la semana. 1.º En este día fué cuando la luz empezó á brillar sobre el mundo. 2.º En este día fué cuando nuestro Señor Jesucristo resucitó é hizo pasar á la humanidad de la vida de las tinieblas y del pecado á la gloriosa vida del nuevo Adán. 3.º En este día fué cuando el mundo comenzó á ser creado; y fué también en este día cuando comenzó á ser regenerado por el Espíritu Santo, que bajó sobre los Apóstoles. Así es que la Iglesia cristiana, consagrando á Dios el domingo, que responde al mismo tiempo al primer día de la creación del mundo, y al de la resurrección de Jesucristo, y al desentendimiento del Espíritu Santo, reúne varios objetos, y todos igualmente propios á excitar nuestra piedad. Honra á Dios Padre omnipotente como creador y conservador de todas las cosas; honra á Jesucristo, su único Hijo, como Salvador nuestro que nos ha liberado de la servidumbre del demonio y del pecado, y que después de los trabajos de su vida mortal ha entrado por medio de su resurrección en su reposo eterno, figurado por el reposo de Dios después de la creación; honra al Espíritu Santo, como principio de la nueva creación, más maravillosa que la primera, por la cual, habiendo sido sacados de la nada del pecado, hemos recibido un ser nuevo y nueva vida. (*Catech. de Persév., 3.º comín.*).

Que el domingo sea nuestro día; que nos colme de alegría; que sea para nosotros un día de regocijo y de santificación, en el que podamos decir con el Rey Profeta: Hé aquí el día que el Señor ha hecho; alegrémonos y regocijémonos en él: *Hoc dies quam fecit Dominus, exultemus et letemur in eo.* (CXVII. 24).

Es el día de la adorable Trinidad. El Padre aparece en él por la creación de la luz; el Hijo por su resurrección; el Espíritu Santo por su descendimiento sobre los Apóstoles. ¡O día santo, o día feliz y tres veces feliz! ¡Ojalá sea siempre el verdadero domingo, el verdadero día del Señor, por la fidelidad que pondremos en observarlo, así como ya lo es por la santidad de su institución!.....

El precepto de la santificación del domingo es obligatorio bajo pena de pecado mortal. Dios ha hecho de ello un deber sagrado, y también la Iglesia. Acordaos de santificar el día del Señor, dice la Escritura.

Amónesta á los hijos de Israel, dijo el Señor á Moisés, y díles:

Por qué han substituido hoy nosotros el sábado por el domingo?

Objeción de substituir el domingo.

Mirad que guardéis mi sábado: *Loquere filiis Israel, et dices ad eos: Videte ut sabbatum meum custodiatis.* (Exod. XXXI. 13).

El que le violare, será castigado de muerte: *Qui polluerit illud, morte morietur.* (Exod. XXXI. 14).

El reposo del sábado está consagrado al Señor. Haced pues hoy todo lo que tengais que hacer, y coced lo que haya de cocerse, y todo lo que sobrare guardadlo para mañana. (Exod. XVI. 23). Recoged maná durante los seis días, pues el día séptimo es el sábado del Señor; por lo que no lo encontraréis. (Exod. XVI. 26). Así pues hasta el maná dejaba de caer el sábado.....

Cada día caía maná para veinte y cuatro horas; pero el viernes para dos días, á fin de que los Hebreos nooviesen que recogerlo el día del sábado. Aquellos que, fuera del viernes, recogian maná para dos días, no podian conservarlo, pues al cabo de veinte y cuatro horas se corrompia; pero recogido el viernes para aquel día y para el sábado, se conservaba perfectamente. Este milagro tuvo lugar sin interrupcion durante cuarenta años en el desierto, á fin de atestiguar la necesidad de santificar el sábado.....

Vino el día séptimo, dice la Escritura, y algunos del pueblo sacieron para recoger maná; pero no hallaron nada. (Exod. XVI. 27). Y el Señor dijo á Moisés: *Hasta cuándo os negaréis á observar mis mandamientos y mi ley?* (Exod. XVI. 28). Reflexionad que el Señor os ha encargado la observancia del sábado, y os concede el día sexto doble alimento; permanezca pues cada cual en su tienda, y que nadie salga fuera de las reales el día séptimo. (Exod. XVI. 29).

Acerdate del día de sábado para santificarlo, dijo el señor á su pueblo. Seis días de la semana trabajarás y harás todas tus labores; mas el día séptimo, que es el día del Señor tu Dios, no debes hacer ningun trabajo, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu criado, ni tu criada, ni tus bestias de carga, ni el extranjero que habita dentro de tus puertas. (Exod. XX. 8-10).

Trabajaréis durante los seis días; mas el día séptimo es el sábado, día de reposo consagrado al Señor. Cualquiera que en tal día trabajare, será castigado de muerte. Observen los hijos de Israel el sábado, y celebrenlo más tarde sus generaciones. Es un pacto sompnierno entre mí y los hijos de Israel. (Exod. XXXI. 15-17).

El Señor ordena de nuevo la santificacion del sábado: Trabajadéis durante seis días; pero el séptimo será para vosotros un día santo. El que trabajare en él, será castigado de muerte. No encenderéis lampoco fuego en ninguna morada vuestra el día de sábado. (Exod. XXXV. 2-3).

En el libro del Levítico, el Señor ordena también esta santificacion. El sábado, dice, es el día del reposo, ó inclinadéis vuestras almas bajo esta práctica perpétua. Observad mis sábados, que yo soy el Señor vuestro Dios. (Levit. XX. 3).

Cuidad de santificar el día de sábado, como os lo tiene mandado

vuestro Señor Dios, dice el Deuteronomio. Trabajaréis durante seis días, y hareis todos vuestros quehaceres. Pero el séptimo es el día de sábado; es decir, el descanso del Señor vuestro Dios. No hareis en él ningun género de trabajo, ni vosotros, ni vuestro hijo, ni vuestra hija, ni vuestro criado, ni vuestra criada, ni el buey, ni el asno, ni alguna de vuestras jumentos, ni el extranjero que se alberga bajo vuestro techo, á fin de que vuestro criado y vuestra criada descansen también como vosotros. (V. 12-14).

Oíd á Jeremías: He aquí lo que dice el Señor: Cuidad de vuestras almas, y no lleveis cargas en día de sábado, ni hagais ningun trabajo; santificad dicho día, como lo mandé á vuestros padres. (VII. 21-22).

Todas estas recomendaciones hechas en otro tiempo á los judios con motivo del sábado, conciernen á los cristianos relativamente á la santificacion del domingo.

Este mandamiento, lo mismo que todos los otros, está absolutamente dictado en ventaja nuestra. Sin este día de oracion y de reposo, dicen los teólogos, nuestra alma, enteramente ocupada de los cuidados y de los negocios temporales, echaria en olvido su último fin; nuestro amor, en vez de purificarse, iria degradándose, y pronto llegaríamos á ser semejantes á los paganos. ¿No se observa esto mismo en los pueblos que dejan de santificar el domingo? Nuestra aflicion á los bienes del tiempo se convierte en un continuo manantial de calamidades: la ambicion, la avaricia, la voluptuosidad son las únicas reglas de los que no piensan ya en la otra vida; y estas tres pasiones desquician el mundo. Es indudablemente una verdad incontestable que la santificacion del domingo es tan necesaria al reposo de la sociedad, como á la salvacion del hombre.....

Pobres artesanos, que funcionais toda la semana como máquinas en talleres poco sanos; pobres labradores, que sufrís el peso del calor y del día; ¿os parece que con un día mas de trabajo adquirireis un nuevo manantial, y mejorareis vuestra posicion? Sois los mártires de un cruel error! Primeramente, el obrero que trabaja el domingo, no trabaja el lunes, y he aquí esta esperanza fallida. En segundo lugar, gasta en devaneos parte de su sueldo de la semana: en tercer lugar, desperdicia sus fuerzas con excesos, y haciéndose incapaz del trabajo ántes de tiempo, se va joven-vejejo á morir al hospital, y su mujer y sus hijos, cubiertos de harapos, quedan á cargo de la caridad pública, hasta que la filantropía, cansada de encontrarla en su camino, le haga encerrar en un depósito de mendicidad. Tal es la historia contemporánea. Obreros, desengañaos; lo que os ha de procurar el bienestar en vuestra ancianidad, es la buena conducta; y sin religion no hay buena conducta, porque sin religion no tendreis fuerza para reprimir vuestras pasiones y resistir al torrente del mal ejemplo; pero no tendreis jamás religion sin

Ventajas de la santificación del domingo.



instrucción religiosa, y no tendréis jamás instrucción religiosa si no santificáis el domingo. (*Catech. de Persé., 3.ª comma.*)

El trabajo del domingo no ha enriquecido jamás á nadie. Por lo demás, todo hombre necesita descanso; pues un trabajo continuo debilita pronto las fuerzas....

¿Es útil el trabajo del domingo á los labradores? No. En castigo de la profanación del domingo, las inundaciones, las sequías, el granizo, el mal de los insectos destruyen en un momento la esperanza de una abundante cosecha.

Y el mismo rico ¿gana con el trabajo que hace ejecutar en este día? No; porque el obrero que trabaja el domingo no tiene una conciencia delicada, y no temerá descuidar el trabajo, puesto que no teme ofender á Dios....

La santificación del domingo es una cuestión de vida y de muerte; de vida, si este santo día es observado; de muerte, si es profanado.

El precepto de la observación del domingo es una de las bases de la sociedad, una garantía para el rico, y un beneficio para el pobre....

El domingo se reparan las fuerzas del cuerpo por medio del reposo, y las del alma por medio de la oración.... El domingo nos ponemos los vestidos de fiesta; es una especie de resurrección.... Durante la semana, vivimos separados, no nos vemos; pero el domingo nos reunimos todos en familia en el lugar santo, á los pies del Padre celestial, para recibir sus bendiciones.... En este día es cuando el pastor reune á sus ovejas y las instruye; en este día es cuando los fieles le rodean y le escuchan.

Lo más temido de hacer para santificar el domingo.

El domingo es santo, porque es el día del Señor; pero no es el día del Señor sino en tanto que todo lo que se hace está directamente relacionado con el Señor; así pues, las obras que se ejecuten en este día santo, deben también ser santas. No basta que el domingo sea santo por sí mismo; es preciso que sea también santificado, es decir, empleado en obras buenas, en obras espirituales, en practicar la fe, la esperanza, la caridad, la oración y todas las virtudes....

Si Dios y la Iglesia han prohibido el trabajo en el domingo, há sido para dar más tiempo para frecuentar las iglesias, para ocuparse de las oraciones y de los cantos religiosos, para entrar en comunión con los Santos, para instruirse de la doctrina cristiana, para meditar la ley de Dios, para recordar los deberes de nuestro estado, para practicar las obras de misericordia, para ocuparnos, en una palabra, en todo lo que concierne al servicio de Dios, y en todo lo que puede hacernos adelantar en la perfección que el Señor nos pide....

La primera acción del domingo, la más importante y necesaria para santificarlo, es asistir á misa. Todos los fieles están obligados á oírlo, so pena de pecado mortal, á menos que graves razones lo impidan. El Santo Sacrificio es el acto principal del culto que de-

hemos tributar á Dios. Hemos de asistir á él con atención, fe, respeto y fervor....

Pero el cumplimiento de este deber, del que no podemos dispensarnos, queriendo santificar el domingo, no excluye las demás prácticas de piedad. Aunque no estemos obligados á asistir á vísperas, es sin embargo bueno hacer por manera de no faltar á ellas. El que se contenta con oír una misa, y muchas veces una misa rezada; el que huye de la misa parroquial, y no hace en este día ninguna obra buena, es un tibio, un pobre cristiano....

Para santificar el domingo, hemos de oír la palabra de Dios..., recibir los Sacramentos, hacer lecturas piadosas, visitar al Santísimo, instruir á los ignorantes, instruirse ó hacerse instruir, visitar y consolar á los pobres y á los enfermos....

¿Cómo no hemos de derramar amargas lágrimas viendo el día del Señor convertido en día del demonio hasta por un gran número de los que se dicen cristianos? Este día santo debe consagrarse al servicio de Dios y á la salvación de nuestra alma; y es el día en que los malos cristianos ofenden más al Señor, y en que se dan al alma las más crueles y mortales heridas. Desgraciados de nosotros: ¡las fiestas del Cielo han llegado á ser por un abuso sacrilego las fiestas del infierno!

El domingo hemos de evitar el trabajo. Ya hemos visto cuánto lo prohíbe el Señor....

Pero, ¿está prohibida toda clase de trabajo? No.

Las obras se dividen en tres clases: obras liberales, obras mixtas ó comunes, y las otras serviles.

Las obras liberales son las que se practican más con el entendimiento que con el cuerpo, y que por consiguiente son comunmente más peculiares de las personas libres. Así, leer, escribir, dibujar, estudiar, enseñar, etc., son, dicen los teólogos, obras liberales permitidas en domingo, aunque se hagan para ganar dinero.

Aunque sea lícito pintar, no lo es sin embargo moler colores, ni ocuparse de ciertas pinturas mecánicas y groseras....

Las obras mixtas ó comunes son las que se practican igualmente por el espíritu y por el cuerpo, y son comunes á los trabajadores y á las personas libres: por ejemplo, pasearse, cazar, viajar, etc....

Las obras serviles son las que se practican más con el cuerpo que con el entendimiento. Se llaman serviles porque son ordinariamente propias de los sirvientes de los obreros y de la gente de trabajo. He aquí algunas: ejercer un oficio cualquiera, como de albañilería, de tejedor; como el cultivar la tierra, coser, hacer calceña, bordar, etc.: todo esto está prohibido el domingo, aun cuando no se tuviese por objeto ganar dinero, aun cuando se trabajase para los pobres....

Sin embargo, Dios es un Padre que exige obediencia de sus hijos,

Lo que hemos de evitar para santificar el domingo.

más en interés de ellos mismos que en el suyo propio. Por esto nos dispensa de su ley cuando hay una causa suficiente.

Varias razones excusan á los que se ocupan en obras serviles los domingos y días de fiesta: 1.ª, la dispensa del Soberano Pontífice en toda la Iglesia; la del Obispo en su diócesis, y del pastor en su parroquia; 2.ª la piedad: por esto es lícito adornar los templos, los altares y las vías públicas con motivo de alguna solemnidad. Hay sin embargo trabajos que, aunque piadosos, no están permitidos el domingo: tales como fabricar imágenes de Santos, esculturales, rosarios, hostias, flores para la Iglesia, lavar las ropas del altar, etc.; 3.ª en fin, la necesidad.....

Es preciso evitar los bailes, las reuniones de recreo que tienen lugar en los días de fiesta patronales, las tabernas, los juegos demasiado prolongados, las compras y las ventas.....

El que viole mi sábado, dijo el Señor, será castigado con la muerte. (Erod. III. 13).

La profanación del sábado es uno de los crímenes contra los cuales se manifiesta más irritado el Señor, y no deja de amenazar por medio de sus profetas á los profanadores de este santo día. Consultado sobre el castigo que se había de imponer á un hombre que había recogido un poco de leña el día del sábado, el Señor ordenó que se le apedrease.

La mayor parte de los azotes que desolan las familias, las tier-  
ras, etc., vienen por la profanación del domingo.

Los profanadores del domingo son castigados.

## DULZURA Ó MANSEDUMBRE.

**P**ROCURAD que no desaparezca jamás la dulzura de vuestro corazón, dice S. Agustín: *De corde lenitas non recedat. (Medit.)*. No os vengueis vosotros mismos, sino dad lugar á que se pase la cólera, dice S. Pablo: *Non eos metipso defendentes, sed date locum iræ. (Rom. XII. 19)*. Dejad pasar la ira, es decir, guardad silencio, ceded al que se enfurece, sed dulces, sufrid con paciencia la injuria, no digais nada hasta que la calma haya modificado vuestros arrebatos, perdonad al que se encolerice, y ensanchad vuestro corazón para que quepa en él la dulzura y la caridad.....

Hermanos míos, dice S. Pablo á los Gálatas, si alguno cayese desgraciadamente en algun delito, vosotros los que sois espirituales, cuidad de levantarle con dulzura, reflexionando en lo que pasa á cada uno de vosotros mismos, y temiendo caer como él en la tentación: *Fratres, si si preoccupatus fuerit homo in aliquo delicto: vos, qui spirituales estis, hujusmodi instruite in spiritu lenitatis, considerans te ipsum, ne et tu teneris. (VI. 4)*.

Jesucristo, dice S. Agustín, pronunció estas palabras: Aprended de mí, no á hacer un mundo, ó á crear las cosas visibles é invisibles, no á otras maravillas acá en la tierra, y á resucitar los muertos; sino aprended de mí que soy dulce y humilde de corazón: *Discite á me, non mundum fabricare, non cuncta visibilia et invisibilia creare, non ipso in mundo mirabilia facere, et mortuos suscitare; sed quantum mitis sum et humilis corde. (Serm. de verb. (Dom. in Math.)*.

Practicad la mansedumbre con todos, dijo S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Sed mansuetum esse ad omnes. (II. II. 25)*.

Sólo con la dulzura se destruyen los abusos.....

Veamos en qué consiste la dulzura. La dulzura consiste: 1.ª en conservar respecto de todos la bondad del corazón y del lenguaje; 2.ª en moderar la ira de los demás con una respuesta honrosa que-  
ta y sin hiel...; 3.ª en sufrir con paciencia las injurias...; 4.ª en alegrarse de ellas...; 5.ª en vencer la malquerencia de un enemigo, atraerlo, ganarlo y convertirlo en un amigo, con buenos procedimientos y beneficios...; 6.ª no buscar la venganza...; 7.ª en obrar sin acritud, sin hinchazon, sin desden, sin quererse anteponer á nadie, sin insultar al desgraciado, sin chocar al soberbio; sino procurando ganar á unos y á otros con tacto, é insinuarse con habilidad en su corazón, sin que nadie se aperceba de ello. Cuanto más ágría es la persona, cuanto más extravagante el carácter de aquel con quien tengamos que tratar, más dulzura, más mansedumbre y modales más amistosos y sinceros debemos emplear entonces. No

Tom. II. —3.

Seccionada de la dulzura.

En qué consiste la dulzura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
BIBLIOTECA DE CIENCIAS Y LETRAS

debemos oponer jamás enfado á enfado, violencia á violencia; pues, al contrario, la paciencia y la caridad deben ser nuestra norma....

La dulzura es cierta habilidad de espíritu que, así en los honores como en las humillaciones, mantiene al hombre en una perfecta igualdad de carácter. Es una virtud que llega hasta á hacernos orar, sin que nos turbemos, para aquellos que nos turban y nos molestan. Se la puede comparar á una roca elevada é inmovil que resiste á los furtores del mar y estrella sus embravecidas olas....

Conviene no hacer resistencia á los que nos maltratan.... La lana detiene una bala de cañon; y sin embargo la bala rompe, atraviesa y destruye las más duras y sólidas murallas. No resistir, es vencer por la virtud al que nos ataca por la pasión. Así nos manifestamos más fuertes que él.... No resistir, es quitar á la ira el medio de encenderse. No contestando nada y conservando la calma y un rostro lleno de dulzura, se triunfa de todo....

Debemos tomar parte en los males que sufre nuestro prójimo, aguantar su mal humor, excusar sus defectos, condescender á sus deseos cuando podemos, y humillarnos sin trabajo....

Hay dulzuras fingidas, dulzuras desdenosas, llenas de un orgullo oculto: existe una ostentación y afectación de dulzura más repugnante é insultante que la acritud declarada; es la dulzura del tigre, es una dulzura hipócrita, soberanamente detestable y peligrosa.

Nuestra dulzura debe ser sincera, concienzuda, modelada sobre la de nuestro Señor Jesucristo, y semejante á la dulzura de Moisés, de David, de S. Francisco de Sales y de tantas otras almas escogidas....

Excelesimo y  
ventajoso es la  
dulzura.

La dulzura y la humildad son hermanas, como la ira es hermana del orgullo. El hombre no puede ser dulce si no es humilde y si el soplo de las pasiones no se calma en su corazón: solamente cuando los vientos cesan, está tranquilo el mar.

1.º La dulzura nos hace agradables á Dios y á los hombres....  
2.º Nos hace imitar á Jesucristo, modelo de dulzura.... 3.º Nos proporciona la paz del corazón: *Dixit á me, quia mitis sum et humilis corde; et inveniatis requiem animabus vestris.* (Matth. XI. 29). 4.º Nos hace aptos para recibir la sabiduría y adquirir los bienes celestiales, segun aquellas palabras del Real Profeta: *Diriget mansuetos in iudicio: docebit miles vias suas.* (XXIV. 9).

Bienaventurados los mansos y humildes, porque ellos poseerán la tierra, dijo Jesucristo: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.* (Matth. V. 4). Jesucristo pone esta virtud en el número de las ocho Bienaventuranzas; en su sublime sermón de la Montaña, Jesucristo no dice: Bienaventurados los ricos, los hombres que posean los placeres y los honores; sino: Bienaventurados los hombres dirigidos y guiados por la mansedumbre.

San Juan Climaco expone las razones que obligaron á Jesucristo á decir: Bienaventurados los que tienen mansedumbre. La dulzura ó mansedumbre, dice, auxilia á la obediencia, dirige la sociedad reli-

giosa, reprime la ira, calma el furor, da nacimiento á la alegría, imita á Jesucristo, adorna á los elegidos; encadena al inferno, y llega á ser una defensa contra el pesar y la amargura. El alma llena de dulzura ofrece al Señor un agradable lugar de descanso, al paso que el alma turbulenta y arrebatada es el nido del demonio. (*Grado XII*).

Los que son mansos, dice el Real Profeta, serán los herederos de la tierra, y se regocijarán en la abundancia y en la paz: *Mansueti hereditabunt terram, et delectabuntur in multitudine pacis.* (XXXVI. 14).

Bienaventurados los mansos, ellos poseerán la tierra, dijo Jesucristo. (Matth. V. 4). Poseerán la tierra, hasta esto en que vivimos; porque nadie inquieta á los hombres de dulzura y mansedumbre en su posesión.... Luego el hombre dulce con todo está contento; todo es riqueza para él.... Pero aquella tierra prometida es principalmente el cielo, la verdadera tierra de los vivos....

San Bernardo entiende que la tierra que los hombres dulces han de poseer, es el cuerpo y el corazón que el hombre que rebosa dulzura posee reinando sobre los movimientos sensuales, mandándoles y haciéndoles obedecer. (*Serm. in fest. Omn. Sanct.*).

La tierra prometida á los hombres llenos de mansedumbre, dice S. Leon, es la resurrección de su cuerpo para la gloria. (*Serm. in fest. Omn. Sanct.*).

Los hombres mansos poseerán la tierra, es decir, los mismos corazones de los hombres de la tierra....

Hijo mio, dice el Sabio, cumple tus quehaceres con mansedumbre, y sobre ser alabado serás amado de los hombres: *Fili, in mansuetudine opera tua perfice, et super hominum gloriam diligeris.* (Ecc. III. 19).

Nada es penoso á los corazones que practican y aman la dulzura, dice S. Leon: *Nihil asperum est mitibus.* (*Serm. in fest. Omn. Sanct.*).

La mansedumbre es el fundamento de la paciencia, el principio, ó mas bien la Madre de la caridad; es la más visible prueba de la prudencia; procura el perdón; es el recurso de los pecadores que quieren cambiar de vida, y el domicilio del Espíritu Santo, dice S. Juan Climaco. (*Grado XV*).

Si nos manifestásemos mansos, dice S. Crisóstomo, seríamos invencibles; ninguna injuria nos alcanzaría: *Si mansuetudinem exhiberemus, essetis omnibus insuperabiles; nec ulla ad nos injuria perveniret.* (Homil. LVIII).

La dulzura hace el corazón dócil y dispuesto á recibir la ley de Dios....

La dulzura es la serenidad, la tranquilidad y la claridad del espíritu; da la sabiduría y obra bien.

Así como el arca de Noé, dice Gerson, se elevaba á medida que crecían las aguas, así se eleva el alma llena de dulzura á medida que aumentan las aguas de las tribulaciones: *Ut arca Noe, quo magis abundarent aquae diluvii, tanto altius ferebatur, sic mansue-*

*tus animus, quo majores erunt tribulationis aqua, tanto erit celsior.* (Part. II. Serm. de Omn. Sanct.).

El Señor toma bajo su protección á los hombres mansos, dice el Salmista: *Suscipiens mansuetos Dominus.* (CXI. VI. 6).

El hombre dulce, dice Seneca, se hace superior á la injuria. (*Epist. IV.*)

Nada es tan poderoso como la mansedumbre, dice S. Crisóstomo. El agua apaga el fuego más ardiente; y una palabra pronunciada con dulzura, calma el más furioso espíritu. Encontramos doble ventaja en pronunciarla: por una parte, damos prueba de dulzura, y por otra terminamos la irritación de nuestro hermano, y libramos su alma del peligro de sucumbir. El fuego no puede apagar el fuego, ni la ira calma la ira; sino que el agua es al fuego lo que la dulzura á la cólera (1).

Muy verdadera es aquella sentencia de Casiano: Cuanto más crece un hombre en dulzura y en paciencia de corazón, más caudal acumula de pureza del cuerpo: *Quantum quis in lenitate ac patientia cordis, tantum in corporis puritate proficiet.* (Collat. XII. c. VI).

Los que tienen mansedumbre, gozan de una perfecta salud de alma, y hasta se aseguran la salud del cuerpo. Se regocujan en las afrentas, alaban á Dios en las calamidades, calman á los hombres iracundos; y de todo triunfan. Son dueños de los corazones, y dominan la concupiscencia y las pasiones....

El abate Chemeron enseña que la mansedumbre es el mejor de los remedios contra las tentaciones de la carne y todos los demás vicios; porque la dulzura impone y procura la paz al alma y á todos los miembros. Este remedio es evidentemente muy eficaz. El que tiene mansedumbre, cura su corazón y su cuerpo; extirpa la raíz de la ira, del abatimiento, de la pereza, de la envidia, del orgullo, de la impureza y de todos los vicios. (*Apud Cassian. collat. XII. c. VI.*)

La respuesta suave y humilde, dicen los Proverbios, quebranta la ira; las palabras duras excitan el furor: *Responsio mollis frangit iram; sermo durus suscitatur furorem.* (XV. 1).

Con la dulzura se elevan los hombres á los primeros puestos; porque son amados y se les juzga capaces de gobernar, puesto que saben dominar sus pasiones....

El hombre dulce, dice S. Crisóstomo, es agradable y amable á los que le tratan, y gusta hasta á los que sólo de nombre le conocen. A nadie hallaréis que, oyendo hablar de un hombre lleno de mansedumbre, no trate de verle y acercársele, teniendo como una gran ventaja conseguir su amistad. (2).

(1) Nihil mansuetudine violentius nam, simul rogam cum velle occurrat, aqua liquidissima est, et animi tranquillitas hinc exardescit, verum cum mansuetudine prolatum extinguit. Et dulces más nobis locum secretis, sunt quos mansuetudinem inclinat, tum quod patris indignitatem cessante filium, et matrem que á turbatione liberamus. Non potest quis igne extinguat, nisi per furor furor demulcerit: verum, quod igni est aqua, hoc ira est mansuetudo. *Homil. de Mosese.*

(2) Mansuetus gratia et amabile est violentus, gratia etiam et his quibus solo nomine videtur. Cogit facile illius irrogas, qui videtur laudem, hominem mansuetum, cito videtur, et exceditur non laudat, et non habet in aliqua loci sui parte, que amari posse videtur. *Homil. de Mosese.*

La dulzura, añade aquel Santo Doctor, pone á nuestra alma en una perpétua tranquilidad y como en el puerto de la paz; nos proporciona toda clase de solaz y de descanso. Porque, ¿qué cosa más venturosa que verse libre de una guerra intestina? Por más que gocemos de una completa paz en el exterior, si la tempestad, el tumulto y la sedición de la ira despedazan nuestra alma, de ninguna utilidad ha de sernos la paz exterior (1).

Una palabra dulce multiplica los amigos y aplaza á los enemigos, dice el Eclesiástico: *Verbum dulce multiplicat amicos, et mitigat inimicos.* (VI. 5).

La Escritura nos dice que Dios santificó á Moisés por medio de su mansedumbre y de su fe: *In lenitate ipsius sanctum fecit illum.* (Ecclesi. XLV. 4).

El hombre de mansedumbre, dice S. Crisóstomo, es feliz en sí mismo, y presta grandes servicios á los demás; pero el hombre iracundo se halla desgraciado y es el acoto de los otros: *Mansuetus sibi ipsi est dulcis, et aliis utilis; iracundus vero, et sibi insuavis, et aliis damnosus.* (Homil. XXXV. in Gen.). Que la discusion sea sin ira, dice S. Ambrosio, la dulzura sin amargura, la advertencia sin aspereza, y la exhortación sin ofensa: *Disceptatio sine ira, suavitas sine amaritudine sit, monitio sine asperitate, oratio sine offensa.* (Offic.).

La aspereza, la dureza ó una dominación demasiado imperiosa, no previene el pecado: se le hace cesar con avisos llenos de dulzura, más bien que con amenazas terribles; es preciso, las más de las veces, obrar con dulzura, al dirigirnos á culpables. La severidad no debe emplearse en particular más que respecto de los obstinados y orgullosos, y también debe estar mezclada de dulzura.... Si nos vemos obligados á amenazar, hagámosla con sentimiento, poniendo ante los ojos del culpable la venganza divina, á fin de que no se nos tema á nosotros, sino á Dios. La dulzura y las exhortaciones caritativas atraen á los pecadores.

Los hombres mansos se alegrarán cada día más y más en el Señor, dice Isaías: *Addent mites in Domino letitiam.* (XXIX. 19).

Aprended de mí, que soy manso, dijo Jesucristo: *Discite á me, quia mitis sum.* (Matth. XI. 29).

Jesucristo es en modelo de dulzura.

Los profetas le habían representado como teniendo la dulzura del cordero; y al manifestarlo S. Juan Bautista decía: He aquí el cordero de Dios: *Eccce agnus Dei.* (I. 29). Para perpetuar eternamente el recuerdo de la dulzura de Jesucristo, cuando la Iglesia lo presenta á los fieles antes de la comunión, recuerda que es el cordero de Dios: (*Eccce agnus Dei.*)

(1) Mansuetudo animi nostram in perpetua tranquillitate, et quasi in portu consistit, et omnia perturbations no quibus mobilis consistit est. Quis enim hinc queri intendit liberari hinc? Nam, quarevis plurima pax externa fruetur, si intra nos iram perturbat, tempestas, tumultus et sessio, nihil externa pax proderit. *Homil. XXXV. in Gen.*

Habiendo Isaías de la dulzura del Salvador del mundo, dice: Será conducido á la muerte sin resistencia suya, como va la oveja al matadero; y guardará silencio sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos como el corderito que está mudo delante del que le esquila: *Sicut ovine ad occisionem ducetur; et quasi agnus coram tondente se obmutescit, et non aperit os suum.* (LIII. 7). En esta esquila cruel, no le quitarán la lana, sino la carne, la sangre y la vida; le azotarán, le cubrirán de profundas heridas, le crucificarán; y sin embargo no dará ningún gemido, no se quejará, ni resistirá, sino que lo sufrirá todo en el silencio de la paciencia y de la dulzura supremas.

En tiempo del diluvio, Dios se presentó como un león, é hizo desaparecer de la tierra á los pecadores; Jesucristo, en el momento de la redención, vino como un cordero, y los justificó. El diluvio de las aguas batió la raza humana, pero no borró los pecados; el diluvio de sangre del Cordero sin mancha ha borrado los pecados y devuelto la vida á los hombres. Este Cordero tan dulce nos ha hecho semejantes á él; todos los que han practicado la paciencia y han perseverado, todos los humildes, todos los mansos, todos los mártires han encontrado su fuerza, su paciencia y su dulzura en el divino Cordero.....

¡Qué fuerza tan admirable resplandee en este Cordero tan lleno de mansedumbre! ¡Cuánta gloria ha conquistado! Ha vencido al mundo, no con el acero, sino con la cruz; no por medio de la espada, sino derramando su sangre; no hiriendo, sino sufriendo; no exterminando, sino muriendo sin quejarse.....

La victoria pertenece á la mansedumbre; é Isaías, despues de haber tratado á Jesucristo tan humilde, tan paciente, tan dulce, concluye diciendo que alcanzará la victoria, que ganará su causa en el tribunal de Dios, y que los gentiles pondrán en él su esperanza. (LIII. 4-12).

Consideremos la mansedumbre de Jesucristo en aquellas palabras de Isaías: He aquí mi siervo; yo estaré con él; mi escogido, en quien se complace el alma mía; sobre él he derramado mi espíritu; él mostrará la justicia á las naciones. No hará acepción de personas; no vocerá, ni se oirá su voz en las calles públicas; no quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que aun humea. (MLII. 1-3).

El divino Cordero es dulce con los pecadores y los débiles; no apaga la mecha que todavía humea, es decir, no aniquila á aquellos hombres, que, llenos de rabia, están encendidos de ira contra él. Sufró todas las injurias, todos los ultrajes sin incomodarse y con una confianza absoluta. Estais poseído del maligno espíritu, le dicen; ¿quién piensa en daros la muerte? Y contesta sin conmoverse: Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre; y vosotros me habeis deshonrado á mí: *Ego demonium non habeo, sed honorifico Patrem meum; et vos inhonorastis me.* (Joann. VIII. 49). Si los judíos se enfurecen porjue ha puesto sano

á un enfermo el día de sábado, contesta con dulzura á tanta hipocresía, insolencia, perversidad y furor: Os irritáis contra mí porque para curar á un hombre he hecho un milagro el día de sábado; pero ¿quién de entre vosotros, si una de sus ovejas cae en un barranco el día de sábado, dejará de retirarla de allí al punto? Sin embargo ¿quanto no vale más un hombre que una oveja! (Math. XII. 11, 12).

La vida toda de Jesucristo fué llena de dulzura. Le presentaron la mujer adúltera y le preguntó: ¿No te ha condenado nadie?—No, dice, Señor.—Entonces tampoco te condenaré yo; véte, y no vuelvas á pecar: *Nemo te condemnavit?—Nemo, Domine.—Nec ego te condemnabo: vade, et jam amplius noli peccare.* (Joann. VIII. 10-11).

Al principio de su pasión se dejó besar por Judas..... Le maldijeron, y no maldijo; le pegaron, le escupieron al rostro, le calumniaron, fué objeto de mofa, y no se quejó. Pedro se negó á conocerle; y él le echó una mirada de dulzura, despertando el arrepentimiento en su corazón culpable. Le azotaron; fué condenado á muerte y crucificado, y no profirió ni una queja; antes, al contrario, pidió gracia para sus verdugos, teniendo sed de su salvación. ¡O divina dulzura! ahí con cuanta razón podías decir: Aprended de mí, que soy la misma mansedumbre! *Disicite á me, quia mitis sum.* (Math. XI. 29).

San Eftren tenía natural inclinación á la ira; pero había vencido tan perfectamente esta pasión, que la mansedumbre era una de las virtudes que más en él brillaban; de tal modo que le llamaban *el manso ó el pacífico de Dios*. Jamás se le vió traher contestaciones con nadie; la dulzura, las lágrimas y las oraciones eran las armas que empleaba contra los endurecidos pecadores. (*Serius in ejus vita*).

San Bernardo era todo mansedumbre al tratar con sus religiosos. Seguía la máxima, tantas veces repetida en sus obras, de que un superior debe más bien gobernar como padre, que mandar como dueño. Si reprendía á algun monje tibio, ó le imponía alguna penitencia, lo hacía con tanta ternura y mansedumbre, que bien á las claras se veía que su compasión para el culpable era superior á la confusión ó sentimiento que experimentalmente el castigado, y hasta hubiera deseado tomar parte en aquellas penas. En sus exhortaciones se comparaba á una madre; llamaba á sus discípulos ojos suyos, entrañas y corazón suyo. En las tiernas expansiones de su alma, parecía que destilaban sus labios miel y dulce maná; y es indudable que, si la misma mansedumbre pudiese hacer homilias ó escribir libros, se expresaría como S. Bernardo. El resultado de tal conducta fué que los que al principio se habían visto desanimados corrieron con santa alegría al camino de la perfección, y Clairvaux apareció convertido en un paraíso. La experiencia había enseñado á aquel ilustre Doctor, según el mismo lo declara, que no se hace ningún bien cuando no se gobierne á los demás con espíritu de dulzura. (*Serius, in ejus vita*).

Mansedumbre  
de los Santos.

Si es imposible agradar á Dios sin fe, como dice S. Pablo á los Hebreos (M. 6.), también lo es conquistar el corazón de los hombres ó guiarlos sin mansedumbre. Obedecemos con gusto á un hombre dulce, nos anticipamos á sus deseos, y hasta vamos más allá de lo que manda....

A fuerza de vencerse á sí mismo, S. Sisóes, anacoreta en Egipto, adquirió una mansedumbre que nada era capaz de alterar. Su celo contra el vicio no le acarrecaba amarguras. No le sorprendían las faltas de sus hermanos; y en vez de echárselas en cara con indignación, les ayudaba con una bondad y dulzura admirables á remediarlas. (Vit. Patr.).

S. Elzear se vió obligado, después de la muerte de su padre, á pasar al reino de Nápoles para tomar posesion del condado de Arian; pero el pueblo, que favorecía á la casa de Aragon contra los franceses, se negó á reconocerle. Sólo con dulzura y paciencia resistió á los rebeldes durante tres años, á pesar de las razones que alegaban sus amigos para obligarle á hacer justicia. El príncipe de Tarento, pariente suyo, le dijo un día: hágame el encargo de castigar á los rebeldes; haré ahorcar á algunos, y vereis como pronto se someten los demás; si hemos de ser corderos con los buenos, debemos también ser leones con los malos; llegó ya el caso de castigar tamaña insolencia. ¿Qué contestó S. Elzear, ¿queréis que mi mando empiece con matanzas? Ya conseguí haceros dueño de los rebeldes con mis buenos servicios. No hay gloria en que un león despedace á los corderos; lo grande es ver como un cordero triunfa del león. Y yo espero que, con el auxilio de Dios, pronto vereis este milagro. Los sucesos no tardaron en dar cumplimiento á la prediccion. Los de Arian, avergonzados de su rebelion, se sometieron voluntariamente, invitaron al Santo á tomar posesion del condado, y desde entonces le amaron y le honraron siempre como á un buen padre. El mismo Elzear manifestó la causa de la admirable dulzura con que sufría las injurias y afrentas. Cuando recibia alguna afrenta, decia, ó siento que se levanta en mi corazón algun movimiento de impaciencia, dirijo todos mis pensamientos hácia Jesucristo crucificado, y digo para mí: Puede compararse lo que sufro con lo que Jesucristo se dignó sufrir por mí? No era pues la conducta de este Santo falta de valor, sino que obraba así por dulzura y grandeza de alma, y por una generosidad verdaderamente cristiana. (Guodesc., in ejus vita).

A pesar de sus austeridades, S. Odilon, sexto abad de Cluny, observaba para con los demás un comportamiento lleno de bondad y dulzura. Ordinariamente decia que se habia de optar entre dos extremos preferiria pecar por exceso de dulzura que por exceso de severidad. (Surius, in ejus vita).

Por su inalterable dulzura á prueba de todas las contradicciones, ganaba eficazmente todos los corazones S. Francisco de Sales. No todos saben tal vez los ruidos combates que le habia costado el adquirir esta virtud. Sabemos por el mismo que era naturalmente vivo y

llevado á la ira; y en sus escritos se nota cierto fuego, cierta impetuosidad que no dan lugar á ponerlo en duda. Desde su juventud, se violentó extraordinariamente para reprimir los impetus de su naturaleza; y á fuerza de estudiar en la escuela de un Dios dulce y humilde de corazón, consiguió establecer sobre la ruina de su pasion dominante el reino de la dulzura, que constituyó su carácter distintivo. Esta virtud principalmente fué la que abrió los ojos á los más tercos calvinistas, y arrancó setenta y dos mil almas del seno de la herejía....

Un día, en una conferencia con Monseñor Camus, obispo de Belley, pronunció el mismo Santo estas notables palabras sobre la correccion fraternal: Siempre debe ser caritativa la verdad; un celo amargo sólo produce males; las reprimendas son un alimento que difícilmente se digiere; es preciso cocerlas tambien por medio del ardiente fuego de la caridad, que pierdan toda su aspereza; de otra suerte, se parecerán á la fruta no muy madura, que da cólicos. La mansedumbre no busca sus intereses, sino únicamente la gloria de Dios. La amargura y la dureza provienen de la pasion, de la vanidad y del orgullo. Un buen remedio, cuando se aplica á deshora, se convierte en veneno. Siempre es mejor un silencio juicioso que una verdad no caritativa.

Aquel gran Santo tenia un talento admirable para hacerse dueño de sus enemigos; consistia en contestar con dulzura á los insultos, y con beneficios á los ultrajes....

La dulzura era su virtud dominante. Un día decia que habia empleado tres años en estudiarla en la escuela de Jesucristo, y que su corazón no podia satisfacerse con esto. Si aquel gran Santo, que era la misma dulzura, creia estar tan desprovisto de esta virtud, ¿qué diremos de aquellos cuyo corazón está tan lleno de amargura, y cuyos modales y palabras revelan la turbacion y la ira?

Estoy lleno de negocios, decia aquel gran obispo; todas estas personas que acuden unas tras otras, son hijos que se dirigen al seno de su padre. Jamás se enfada una gallina cuando sus pollitos se echan juntos debajo de sus alas; al contrario, procura extenderlas lo más que pueda, á fin de cubrirlos á todos. Me parece que mi corazón se dilata á medida que crece el número de esas buenas gentes. El remedio más eficaz que conozco contra las súbitas emociones de impaciencia, es un silencio dulce y sin hiel. Por pocas palabras que se digan, se interesa el amor propio, y se escapan cosas que amargan el corazón por veinte y cuatro horas. Cuando no se dice una palabra, sonriendo de buena gana, pasi la tempestad, se abuyenta la indiscrecion y la ira, y puede gozarse una alegría pura y duradera. Cualquiera que posea la dulzura cristiana tiene un corazón tierno para todo el mundo; está inclinado á perdonar y á excusar las fragilidades ajenas. Manifiesta la bondad de su corazón con una dulce afabilidad que influye sobre sus palabras y acciones, y se lo hace hallar todo agradable; se abstiene de todo discurso seco, brusco é

imperioso. Siempre revela su rostro una amable serenidad, y no se parece en nada á aquellos que, lanzando miradas furiosas, no saben más que rehusar, ó si conceden, lo hacen de tan mala gana, que pierden todo el mérito del beneficio.

Habiéndole algunas personas vituperado un día por su indulgencia con los pecadores, les respondió: Si hubiese algo mejor que la mansedumbre, Dios nos lo hubiera enseñado; pero las dos cosas que más nos encargó, es que tengamos mansedumbre y seamos humildes de corazón. ¿Querais impedirme de observar el mandamiento de Dios, y de nutrir con todas mis fuerzas la virtud de que nos dió ejemplo y que tantísimo aprecia? ¿Hemos de pretender saber nosotros más que Dios?... Entiendo los apóstatas y los más abandonados pecadores recurrían á él, les abría su corazón con indecible ternura y una mansedumbre celestial; los recibía como aquel padre del Evangelio recibió á su hijo pródigo. Venid, les decía, venid, hijos queridos; venid á que os abraze y os estreche en mi corazón: Dios y yo os asistiremos. No os pido más que una cosa, y es que no os desesperéis; me encargo de todo lo demás. Y les miraba con ojos llenos de dulzura que revelaban la sinceridad de sus sentimientos; les abría su bolsillo, su corazón y todas sus entrañas. A los que se escandalizaban de este proceder y le hacían presente que con la impunidad alentaba á muchos en el pecado, les respondía: ¿No veis que son mis ovejas? Habiéndolas dado nuestro Señor toda su sangre, ¿cómo podría yo negarles mis lágrimas? Estos lobos se convertirán en corderos, y día vendrá en que serán más santos que todos nosotros. Si Saulo hubiese sido rechazado, jamás hubiéramos tenido á S. Pablo. (*Guodex., in ejus vita.*)

Leed la vida de los Santos, y hallaréis en todos una dulzura, una mansedumbre admirables; porque todos han seguido las huellas de Jesucristo, todos han tomado por regla de su conducta aquellas palabras del Salvador: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis el reposo para vuestras almas: *Inscite á me, quia mitis sum et humilis corde; et invenietis requiem animabus vestris.* (Math. XI. 29). Es muy cierto que sin el cumplimiento y la práctica de estas dos sublimes virtudes, la dulzura y la humildad, es imposible ganar la salvación y llegar á ser santo....

Mejor podré adquirir y practicar la mansedumbre.

Para adquirir la mansedumbre, es preciso:

- 1.º Ser humilde. Jamás conoció la dulzura el orgulloso....
- 2.º Meditar sobre la dignidad, la hermosura y la bondad de la mansedumbre....
- 3.º No decir ni hacer nada cuando nos sentimos agitados....
- 4.º Sobreponerse á las injurias....
- 5.º Dejar á Dios el cuidado de vengarnos. A mí me toca la venganza, dice el Señor; yo daré á cada uno lo merecido según sus obras: *Mihi vindicta; ego retribuam.* (Rom. XII. 19).
- 6.º Desprenderse de todo, y unirse tan sólo á Dios....

7.º Proponerse á menudo los modelos de Jesucristo y de los Santos....

Esforcémonos en adquirir el espíritu de dulzura, que es el verdadero espíritu del cristianismo. Modifíquese nuestro carácter, y apáguese nuestro orgullo por la unión del Espíritu Santo. No levantemos jamás la voz con dureza y fatuidad, porque daríamos pruebas de ser débiles: la fuerza consiste en exponer tranquilamente los motivos que nos impulsan á obrar, y nos falta esta fuerza cuando recurrimos á la pendencia y altanería.

Es preciso hablar con espíritu de dulzura á aquellos contra quienes nos presta armas la verdad. Así, sin disputar y sin turbarlos, les haremos reconocer visiblemente su sinrazón; y así también seremos verdaderos cristianos é imitadores de Jesucristo....

Servid á Dios con mansedumbre; sed cristianos perfectos, y por consiguiente humildes corderos; no murmuréis; no hagáis ruido; no os dejéis arrastrar por el espíritu de contradicción, y manifestad constantemente una imperturbable dulzura. Tened mansedumbre; engendra la paciencia. Tened paciencia; nace de la mansedumbre. Estas dos virtudes constituyen el carácter propio de la piedad cristiana y los dos frutos de la unción de Jesucristo derramada en nosotros....

## EDIFICIO ESPIRITUAL.

Material con que se construye el edificio espiritual.

**E**l edificio espiritual del alma es la práctica de las virtudes llevada á la perfeccion.... Una casa grande y hermosa no puede edificarse sino poco á poco y á fuerza de trabajos; es necesario que haya orden y variedad; es necesario emplear en ella diversos instrumentos y maderas varias; así tambien se construye por medio de diversas virtudes, exigiéndose trabajos largos y gloriosos, una constancia invencible y otras virtudes....

La longanimidad puede representar la longitud del edificio espiritual; la caridad su anchura, y la esperanza su altura. Los cuatro muros son las cuatro virtudes cardinales; la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.... La humildad y la fe son su cimiento y base; la paciencia su techo; los buenos deseos sus ventanas; la observacion de los Mandamientos su puerta, y el temor de Dios el portero; los ángeles son sus guardias; la contemplacion es su mirador; la oracion forma sus murallas, y el perro que está alerta noche y dia, es la vigilancia; el alma es su dueña, y todas las virtudes son sus departamentos. El esposo es la voluntad; la esposa la modestia; la familia se compone de las buenas obras; los sirvientes son los sentidos que obedecen al alma; la mesa es la Sagrada Escritura; el pan, la Eucaristia; el vino, la sangre de Jesucristo; el agua, la divina gracia; el fuego, el Espíritu Santo; el aire, el buen ejemplo; el aceite, la misericordia y la dulzura; el lecho, la tranquilidad de la conciencia; los remedios, los Sacramentos; los médicos, los Sacerdotes; los huéspedes, el Padre, el Hijo, el Espíritu Santo, la Virgen Santísima y los Angeles de la guardia....

En qué terreno ha de construirse el edificio espiritual.

**E**l sabio edifica sobre un terreno sólido. Jesucristo es la piedra angular, el cimiento del edificio espiritual; es su base inquebrantable.

El hombre enredo, dice Jesucristo, fundó su casa sobre piedra, y cayeron las lluvias, y se desbordaron los rios, y soplaron los vientos, y dieron con impetu contra aquella casa; mas no fué destruida, porque estaba cimentada sobre roca: *Et descendit pluvia, et venerunt flumina, et flaverunt venti, et irruerunt in domum illam; et non cecidit, fundata enim erat super petram.* (Matth. VII. 26);

Sobre piedra se construyó tambien la Iglesia de Jesucristo; y por esto las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra ella: *Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam; et porta inferi non prevalebunt adversus eam.* (Matth. XVI. 18.) Es inquebrantable como su divino cimiento.

El insensato, dice Jesucristo, fabricó su casa sobre arena; cayeron lluvias, y los rios salieron de madre, y soplaron los vientos, y dieron

con impetu sobre aquella casa, la cual se desplomó, y su ruina fué grande: *Et descendit pluvia, et venerunt flumina, et flaverunt venti, et irruerunt in domum illam, et cecidit, et fuit ruina illius magna.* (Matth. VII. 27).

Tal es el terreno que eligen para edificar los herejes, los cismáticos y todos los pecadores ciegos y endurecidos....

El hombre fiel, unido por amor á Jesucristo y á sus leyes, es inquebrantable. Los golpes de las persecuciones, las olas de las pasiones, el viento de las lisonjas, de las promesas y amenazas, las nubes de la calumnia, el trueno y el rayo de los demonios ó de los malvados, las pruebas que llegan como tempestades, no pueden derribarle. Es como una peña en medio de los mares.... Ved los apóstoles; ved los mártires, etc....

El buen cristiano es el árbol de que nos habla la fábula que verdece á medida que se corta y se le poda, y resiste á las heridas del hierro, y se desarrolla con más lozanía cuando se le hiere más profundamente, y nunca es más hermoso que el dia en que lo arrancan del todo.

El mal cristiano edifica sobre arena. Mas, 1.º la arena es movediza y sin consistencia; y así son los avaros, los amigos del mundo, etc.... 2.º La arena es seca; de la aridez saca su nombre (*arena ab ariditate*); y el pecador es tambien seco y estéril.... 3.º El viento levanta y dispersa la arena; el viento abrasador de las pasiones devora á los voluptuosos, á los impios, etc.... 4.º Las lluvias y los torrentes arrastran la arena; el demonio, el mundo y la carne arrastran á los pecadores en el insonnable abismo de los vicios....

El insensato construye sobre arena, es decir, sobre la criatura, móvil, seca, estéril, etc....

La arena es la muchedumbre que reconoce á Satanás por rey y está sin cesar agitada, combatida...; la lluvia es la tentacion...; los rios son la concupiscencia y las malas inclinaciones...; los vientos el infierno....

UNIV

OMA DE NUEVO LEÓN

D

AL DE BIBLIOTECAS



Necesidad de una buena educación.

¿Qué ana que produzca la tierra abundante cosecha, se necesitan tres cosas: buen cultivo, buen labrador y buena simienta. La tierra es el niño; el cultivador es el que le educa, y la simienta son los buenos principios que ha de recibir el niño. Así habla un pagano, Plutarco. (*Tract. de Lib. educand.*)

¿Queréis, dice S. Crisóstomo, dejar á vuestro hijo grandes y verdaderas riquezas? Enseñadle á ser dulce y bueno. Si es malo, aun cuando al morir dejaseis una fortuna inmensa, nadie podrá conservarla. Más vale que los niños mal educados sean pobres que ricos (1).

El mismo Santo Doctor enseña que los padres no tienen mayor deber que el de dar una educación cristiana á sus hijos, procurándoles excelentes profesores, capaces de inspirarles buenos sentimientos y de hacer crecer en su alma la virtud. (*In Epist. 1. ad Timoth.*, homil. IX).

Platon asegura que la buena educación es la base de la sociedad y de las naciones. La educación de los primeros años, dice, es absolutamente necesaria para formar la vida entera; es el más importante negocio de que pueda ocuparse el Estado. Al primer magistrado de la ciudad toca el cuidado de que niños y jóvenes sean honrada y santamente educados desde su más tierna edad (2). También es un pagano el que así habla, y su lenguaje debiera cubrir de confusión y llorar de remordimientos á aquellos numerosos padres que pretenden ser cristianos, y sin embargo educan ó hacen educar á sus hijos en la incredulidad, la impiedad, la inmundicia.

El mismo Platon cuenta en su Alcibiades que los hijos de los reyes de los Persas, así que llegaban á la edad de catorce años, eran confiados á cuatro excelentes profesores elegidos con escrupuloso cuidado. El primero habla de ser notable por su prudencia; el segundo por su justicia; el tercero por su sobriedad, y el cuarto por su valor á toda prueba. El primero enseñaba á estos hijos de reyes las cosas del culto divino; el segundo les enseñaba á amar y practicar durante toda su vida la justicia y la verdad; el tercero á vencer las pasiones, á dominar la gala y las otras inclinaciones viciosas, y, en una palabra, á reinar sobre sí mismos; el cuarto se esforzaba en hacerles animosos é intrepidos, á fin de que el temor jamás les convirtiése en esclavos.

(1) *Una diuam religiosem diuitem? Bonum illum ac benignum esse dico. Quod, si malum esse dicit, etiam inlicitum substantiam reliquit, non illi custodiam voluerat. Rursum illis non certe merita prestat quibus priores esse quam diuites. In Epist. 1. ad Timoth., homil. IX.*

(2) *Pueris institutio est maximè momenti ad universam vitam rectè instituendam. Ad hoc optime rectè instituta est publicorum nepotiarum curatio maxime seruum. Magistros etiam animi est, respiciere ut pueri et iuvenes honoris et sanctorum prima sita instituantur. Lib. II de Regum.*

Ved lo que dice Aristóteles: El primero y el mayor de los cuidados debe ser el de educar á la juventud; si falta esta educación infaliblemente perecerá el Estado: *Primum et maximum curam esse oportet in erudienda iuuentute; qua sublata, pereat respública necesse est.* (Lib. VI, Polit., c. 1).

Así que nazca un niño, dice Plutarco (*Tract. de Lib. educand.*), se deben disponer sus miembros de tal modo que no sea áforme, y á partir de aquel mismo momento se le debe también formar para las buenas costumbres. En esta tierna edad se le pueden fácilmente inculcar buenos principios y una disciplina perfecta; más tarde, va sería difícil, por no decir imposible, según aquella máxima de Horacio: el vaso conserva por largo tiempo el olor de que ha sido primeramente impregnado:

*Quo semel est imbuta recens, servabit odorem  
Tectæ diu.*

El Estado, dice Ciceron, no tiene otro deber mayor ni más perfecto que el de instruir y educar á la juventud en las buenas costumbres, y apartarla del amor á las riquezas. (*Lib. II. de Offic.*). Xenophon habla del mismo modo. (*In Prælia Cyri.*)

El niño bien educado es la alegría de su padre, así como el hijo mal educado es la aflicción de su madre, dicen los Proverbios: *Filius sapiens iustificat patrem; filius vero stultus iustitia est matri suæ.* (X. 1).

Dad una buena educación á vuestro hijo, y será vuestro consuelo y las delicias de vuestra alma, añaden los Proverbios: *Erudi filium tuum, et refrigerabit te, et dabit delicias animo tuo.* (XXX. 17).

El niño educado en los principios religiosos, es el consuelo, la honra y la gloria de sus padres.....

El que instruye á su hijo en la virtud, será honrado en él; y él será su gloria, dice el Eclesiástico: *Qui docet filium suum, laudabitur in illo, et in illo gloriabitur.* (XXX. 2).

Tienen los árabes un proverbio que dice: La educación es la diadema del niño, y la inteligencia su collar de oro.

Es utilísimo educar convenientemente á los niños desde su más tierna edad, dice Séneca, y es preciso regirlos empleando ora el freno, ora el aguijón: *Plurimum proderit pueris statim salubriter institui. Regendus est ut, modo frenis utamur, modo stimulis.* (Lib. II. de Ira).

El que da una buena educación á su hijo, dice, el Eclesiástico, excitará la envidia de sus enemigos, y podrá gloriarse de él en medio de sus amigos: *Qui docet filium suum, in zelum mittit inimicum; in medio amicorum gloriabitur in illo.* (XXX. 3).

La primera ventaja y el fruto primero de una buena educación consiste en que es un principio de alegría tanto para los padres como para el hijo.....; la segunda ventaja es que da al niño la ver-

Ventajas que prospectora la buena educación.

UNIVERSIDAD AVILA

UNIVERSIDAD AVILA

gadera riqueza...; la tercera es que proporciona a los padres y a los hijos alabanza y gloria...; la cuarta es que confunde a los envidiosos y negligentes que desprecian la educacion de sus hijos, mientras que regocija a los amigos de la familia y del padre que tiene un hijo bien educado...; la quinta es que prolonga en cierto modo la vida del padre, haciéndole revivir en su hijo; pues, como dice la Sagrada Escritura: *Mortuus est pater ejus, et quasi non est mortuus; similem enim reliquit sibi post se.* (Ecli. XXX. 4).

Una educacion sabia y cristiana dada al hijo preserva en cierto modo a su padre de la muerte; porque, despues de haber abandonado la tierra; para que resucite aquel padre y reviva en el hijo que perpetua su conducta, su sabiduria y su virtud, haciéndole asi inmortal... Lo mismo puede decirse de los buenos reyes, de los buenos magistrados, de los buenos sacerdotes, etc.... Dejan tras si sabios sustitutos, admirables discipulos que son su viva imagen y la elocente manifestacion de su mérito y de sus virtudes...

Una educacion debil, descuidada, sin buen principio ni moralidad, acaba con todo el vigor del espiritu y del cuerpo; produce resultados opuestos a los de la buena educacion. (Véase el § anterior).

(Véase tambien en la pág. 450 del tomo 1.º del capítulo DEBERES DE LOS PADRES.

Desgraciada que  
acaba con toda educa-  
cion.

## EMBRIAGUEZ.



MBRIBAD, dijo Jesucristo, de que no se ofusquen vuestros corazones en la crápula y en la embriaguez: *Attendite vobis, ne graventur corda vestra in crapula et ebrietate.* (Luc. XXI. 34). Llegando la embriaguez a la pérdida voluntaria de la razon, se comete pecado mortal.

Segun S. Agustin, el que se esfuerza para embriagar a alguno haciéndole beber demasiado, le perjudicaria ménos matándole a puñaladas que matando su alma con la embriaguez (1).

No asistas a los convites de los beodos, dicen los Proverbios: *Noli esse in convivio potatorum.* (XXIII. 20). Porque los que se entregan al vino serian arrojados de la herencia de sus padres, añaden los Proverbios: (XXIII. 21). El vino se introduce suavemente; pero, al fin, muere como la serpiente, y derrama su veneno como el basilisco: *Vinum ingreditur blande; sed in novissimo mordebit ut coluber.* (Prov. XXIII. 31-32).

El vino y las mujeres hacen apostatar a los sabios, dice el Eclesiástico: *Vinum et mulieres apostatare faciunt sapientes.* (XIX. 2).

¡Ay de vosotros, dice Isaiás, los que os levantais de mañana a emborracharos y a beber con exceso hasta la noche, hasta que os abraza el vino! *Va qui consurgitis mane ad ebrietatem sectandam, ut vino assueti!* (Is. 14). ¡Desgraciados de vosotros los que sois briosos para beber vino, y hombres fuertes para embriagaros con diversos licores! *Va qui potentes estis ad bibendum vinum, et viri fortes ad miscendam ebrietatem!* (Isai. V. 22). Por esta razon, asi como la lengua del fuego devora la estopa, y la quema el arbol de la llama, del mismo modo la raiz de ellos será como pavesa, y, cual polvo, se desvanecerá su renuevo: *Propter hoc, sicut decorat stipulam lingua ignis, et calor flammæ exurit, sic radix eorum quasi favilla erit, et germen eorum ut pulvis ascendet.* (Id. V. 24).

Una copa llena de vino es un pozo plateado en el que cue el borracho pierde su alma con su razon, y se ahoga con todo lo que posee..

Pozo del infierno llama S. Agustin a la embriaguez. (Serm. CCXXXI).

La embriaguez es pues un gran crimen, un crimen abominable. Muy culpables son los borrachos por entregarse a tan degradante y monstruosa pasion. La embriaguez es un crimen especial, puesto que coloca al pecador en un peligro cierto e inevitable de condenacion eterna. Si la muerte amenaza a los demás pecadores, se arrepienten, estando en el goce de su razon, y pueden ser perdonados; pero el que está ebrio es incapaz de arrepentimiento y da peniten-

(1) Qui illarum cogit ut se plus quam opus est bibendo inebriet, minus malum si erit, si carum ejus vulnerat gladio, quam animam ejus per ebrietatem perire. Serm. CCXXXI.

gadera riqueza...; la tercera es que proporciona a los padres y a los hijos alabanza y gloria...; la cuarta es que confunde a los envidiosos y negligentes que desprecian la educacion de sus hijos, mientras que regocija a los amigos de la familia y del padre que tiene un hijo bien educado...; la quinta es que prolonga en cierto modo la vida del padre, haciéndole revivir en su hijo; pues, como dice la Sagrada Escritura: *Mortuus est pater ejus, et quasi non est mortuus; similem enim reliquit sibi post se.* (Eccli. XXX. 4).

Una educacion sabia y cristiana dada al hijo preserva en cierto modo a su padre de la muerte; porque, despues de haber abandonado la tierra; para que resucite aquel padre y reviva en el hijo que perpetua su conducta, su sabiduria y su virtud, haciéndole asi inmortal... Lo mismo puede decirse de los buenos reyes, de los buenos magistrados, de los buenos sacerdotes, etc.... Dejan tras si sabios sustitutos, admirables discipulos que son su viva imagen y la elocente manifestacion de su mérito y de sus virtudes...

Una educacion debil, descuidada, sin buen principio ni moralidad, acaba con todo el vigor del espiritu y del cuerpo; produce resultados opuestos a los de la buena educacion. (Véase el § anterior).

(Véase tambien en la pág. 450 del tomo 1.º el capítulo DEBERES DE LOS PADRES.

Desgraciada que  
acaba con toda  
educacion.

## EMBRIAGUEZ.



STRUAD, dijo Jesucristo, de que no se ofusquen vuestros corazones en la crápula y en la embriaguez: *Attendite vobis, ne graventur corda vestra in crapula et ebrietate.* (Luc. XXI. 34). Llegando la embriaguez a la pérdida voluntaria de la razon, se comete pecado mortal.

Segun S. Agustin, el que se esfuerza para embriagar a alguno haciéndole beber demasiado, le perjudicaria ménos matándole a puñaladas que matando su alma con la embriaguez (1).

No asistas a los convites de los beodos, dicen los Proverbios: *Noli esse in convivio potatorum.* (XXIII. 20). Porque los que se entregan al vino serian arrojados de la herencia de sus padres, añaden los Proverbios: (XXIII. 21). El vino se introduce suavemente; pero, al fin, muere como la serpiente, y derrama su veneno como el basilisco: *Vinum ingreditur blande; sed in novissimo mordebit ut coluber.* (Prov. XXIII. 31-32).

El vino y las mujeres hacen apostatar a los sabios, dice el Eclesiástico: *Vinum et mulieres apostatare faciunt sapientes.* (XIX. 2).

¡Ay de vosotros, dice Isaiás, los que os levantais de mañana a emborracharos y a beber con exceso hasta la noche, hasta que os abraza el vino! *Va qui consurgitis mane ad ebrietatem sectandam, ut vino assueti!* (Is. 14). ¡Desgraciados de vosotros los que sois briosos para beber vino, y hombres fuertes para embriagaros con diversos licores! *Va qui potentes estis ad bibendum vinum, et viri fortes ad miscendam ebrietatem!* (Isai. V. 22). Por esta razon, asi como la lengua del fuego devora la estopa, y la quema el arbol de la llama, del mismo modo la raiz de ellos será como pavesa, y, cual polvo, se desvanecerá su renuevo: *Propter hoc, sicut decorat stipulam lingua ignis, et calor flammæ exurit, sic radix eorum quasi favilla erit, et germen eorum ut pulvis ascendet.* (Id. V. 24).

Una copa llena de vino es un pozo plateado en el que cue el borracho pierde su alma con su razon, y se ahoga con todo lo que posee..

Pozo del infierno llama S. Agustin a la embriaguez. (Serm. CCXXXI).

La embriaguez es pues un gran crimen, un crimen abominable. Muy culpables son los borrachos por entregarse a tan degradante y monstruosa pasion. La embriaguez es un crimen especial, puesto que coloca al pecador en un peligro cierto e inevitable de condenacion eterna. Si la muerte amenaza a los demás pecadores, se arrepienten, estando en el goce de su razon, y pueden ser perdonados; pero el que está ebrio es incapaz de arrepentimiento y da peniten-

(1) Qui illarum cogit ut se plus quam opus est bibendo inebriet, minus malum si erit, et carum ejus vulnerat gladio, quam animam ejus per ebrietatem perdat. Serm. CCXXXI.

La embriaguez  
es un crimen.



Poseído de la pasión de la embriaguez el encargado de dirigir algo, todo lo pierde, ya sea un buque, un carro, un ejército u otra cosa que rija, dice Platon: *Ebrius gubernator omnia evertit, sine náción, sine currum, sine exercitum, quodcumque tandem sit, quod ab illo gubernatur.* (Apud Sibaenm, serm. XVIII).

Y en otra parte añade el mismo Platon: No deben probar jamás el vino los criados ni las criadas; ni los magistrados tampoco mientras actúan, ni ningún gobernador ni juez en tanto que se hallen en el ejercicio de sus funciones (1).

El borracho, dicen los Proverbios es como un hombre dormido en medio del borrascoso mar, como un piloto sonoliento que ha perdido el timón: *Et eris sicut dormiens in medio mari, et quasi sopatus gubernator, amisso clavo.* (XXIII. 34).

El borracho debe para vomitar, y vomita para beber de nuevo; ¡qué asquerosa monstruosidad! O vino, dice S. Cirilo, te conozo, dulzura atractiva y llena de veneno! Aborrezco á los que te aman, y amas á los que te aborrecen; matas á los que te gozan, alogas á tus amadores, y hieres á los que abusan de tí; eres un remedio para los que de tí se sirven con sobriedad, te conozo, melosa ponzoña (2).

No hay secreto seguro donde reina la embriaguez, dicen los Proverbios: *Natum secretum est ubi regnat ebrietas.* (XXI. 4).

Así como el humo ahuyenta las abejas, la embriaguez hace desaparecer los dones del Espíritu Santo, dice S. Basilio: *Ut fumus fugat apes, sic crapula fugat dona Spiritus Sancti.* (Homil. XVI. de Inglu.).

Para los que viven en la embriaguez y en la lujuria, dice S. Crisóstomo, el día se convierte en oscura noche; no desaparece el sol, pero sí desaparece su espíritu. La embriaguez es la privación de la sana razón, es un delirio, es la pérdida de la salud del alma (3).

La embriaguez destruye la prudencia, la dignidad, el deber, la fe, la virtud y la religión, y hasta ahuyenta del corazón á Dios....

El borracho es un vaso siempre abierto, y no hay nada que pueda cerrarlo....

Como el fuego prueba la dureza del hierro, dita el Eclesiástico, así el vino bebido hasta la embriaguez descubre los corajes de los soberbios: *Ignis probat ferum durum; sic vinum corda arguit in ebrietate putant.* (XXI. 31). El vino bebido con exceso, añade el Eclesiástico, conduce á la cólera, á los arrebatos y á la ruina; el vino bebido con exceso es la amargura del alma. La embriaguez hace

(1) Nec servus, nec serena, simplici vinum consistit, nisi qui quidem mansuetus illic, qui magister eius ebrietas omnia cum in ebrietate, tempore juhilio, sicut omne sumit excruciant, sicut motu cinam gustant. *L. b. Pala. Leyte.*

(2) O emulio, dulce, et omne venenum! Odis amantes te, dilis abhorrentes te, occidis in perfructibus, submersis in sordibus, laedis abundantes, modera te utentes, huius te, nullam, vitium! *Agostus, in Judica.*

(3) Ille qui in ebrietate á luxuria vivit, dies in caliginis nocturnam vertitur, non quodam certitudo vultu, nisi quodam tpe. omni per ebrietatem obfusca. Ebrietas est recta ratio abstantio, et delirium, et sobrietas animam sanitate perdit. *Homil. LIV. ead. pag.*

osado al necio para ofender; encerra las fuerzas, y es ocasion de heridas. (XXI. 38-40).

El agua es enemiga del fuego, dice S. Basilio, lo apaga; y así tambien el vino bebido con exceso ahoga la razón y es su muerte; es un veneno mortal que apaga todo vigor, y convierte el joven en viejo; la embriaguez es una muerte momentánea (4). Tal vicio, añade S. Basilio, produce el mismo efecto que el que experimenta un carruaje arrastrado por fogosos é indómitos caballos, (*Homil. XIV. de Ebriet.*).

Tiene tres ramas la viña, dice Anacarsis: la primera es la de la salud y del placer, la segunda es la de la embriaguez y la tercera la de la locura, del furor y de la violencia. (*Anton. in Meliss., c. XII.*).

La vigilancia y la sobriedad es de hombres; y la embriaguez convierte al hombre en una bestia salvaje, dice S. Basilio. El agua sumerge los buques, y el vino sumerge á los hombres. De ahí vienen aquellas palabras de Isaías: Anduvieron desatentados por causa de su embriaguez. (XVIII. 7). Los borrachos absorben el vino; pero el vino á su vez les absorbe á ellos. (*Homil. XVI. de Inglu.*).

La embriaguez es la perturbacion de las familias.... El borracho hace derramar tantas lágrimas á su esposa y á sus hijos como gotas de vino bebe....

¡Qué vergüenza, qué horror que el hombre con la embriaguez se ponga en el horrible estado de no saber si es hombre, de no conocer si vive ó si ha muerto!

Con la embriaguez, ó hombre poderoso en beber, exclama S. Basilio, te privas de la luz de la razón; mereces ser colocado entre los animales irracionales: *Mentis lumine per ebrietatem te privas; inter bestias ratione carentes annumerari potes.* (Homil. XIV).

La borrachera, dice S. Crisóstomo, convierte á los hombres en cerdos, y aun en demoniacos. La boca, los ojos, el olfato y todos los demás sentidos de estos hombres se transforman en asquerosas cloacas de corrupcion (2).

Con la embriaguez, dice S. Ambrosio, los hombres pierden la voz y el calor, sus ojos se ponen vidriosos, su respiracion abrasa, las ventanas de su nariz se estremecen, y la cólera les agita. (*De Elio et jejuniis, c. XVI.*)

El hombre ebrio no está muerto ni vivo, dice S. Jerónimo: *Quid est ebrietas? Est homo nec mortuus, nec vivus.* (In c. V. ad Galat.).

Mirad donde reina la embriaguez, dice S. Crisóstomo, y allí hallaréis á Satanás; allí hallaréis las palabras obscenas, las blasfemias y las imprecaciones; allí los demonios forman un coro. ¡O! cuán

(1) Sicut aqua igni est adversa, sic vinum hominibus rationem auferunt. Ebrietas est ratio interitus, fortitudinis pericula, sanctorum iniustas, aures momentanea. *Homil. XVI de Inglu.*

(2) Sicut ex hominibus facti, nullo discrimine á demoniis separantur et os, oculus, nates et cetera sensuum instrumenta, mortuorum voluptatis exultant cloacas. *Homil. LVIII. in Mesa.*

La borrachera es vergüenza y degradante.

®

preferible es el jumento al borracho! ¡cuánto más vale el perro! Todos los animales, cuando beben y comen, no toman, sino lo necesario, aunque se los inste mil veces á que tomen más. (Homil. LVII).

La embriaguez lleva en pos de sí el desorden y mil miserias. 1.º El hombre sumergido en el vino, desprovisto de razon, descubre todo su corazón, hace traición á sus secretos, y se atrae así el odio, y se prepara celadas. 2.º Cuando se halla en tan vergonzoso estado, dice y hace cosas ridículas, despreciables é insensatas.... Todo lo confunde; dice S. Basilio, todo lo turba con sus risas inmoderadas ó indecentes, con sus voces atronadoras, con su ira pronta y su desenfrenada injuria: *Omnia confudit ac perturbat risu indecoro, voce horrida, ira precipiti, libidine effrenata.* (Orat. de Ebriet.). 3.º Maligna su esposa y sus hijos; porque, como dice S. Ambrosio, los borrachos se beben en un día los trabajos de muchos días: *Ebrius uno die bibunt multorum dierum labores.* (De Elia, c. XII) 4.º Todo lo trastorna y todo lo derriba en su casa; todos le evitan, alejorizados. En medio de la noche fría y oscura, todos se levantan prestrosamente y se esconden para librarse de los malos tratamientos de aquel ser convertido en bestia feroz y furiosa....

La embriaguez, dice S. Ambrosio, perturba los sentidos y hasta la forma humana; el hombre se convierte en bruto; porque los hombres ebrios están como frenéticos; sus pasos vacilan; avanzan, retroceden, van de derecha á izquierda, caen; se levantan y vuelven á caer otra vez. (De Elia, c. XII).

Se cubren de cieno, y sus vestidos, se hacen girones.... Sus oídos zumban con ruidos semejantes á las olas del mar. Como los locos, ven los objetos de una manera muy diferente que los demás. Unos se abandonan á una alegría desmedida, otros á la tristeza y á las lágrimas, y algunos á la ira. Duermen, y su sueño es agitado; su vida es un sueño, su sueño es una muerte para ellos, y es imposible despertarles. ¡Qué deplorable es semejante vida! ¡qué vana, inútil, pesada y escandalosa!

El borracho es la vergüenza del género humano. El borracho, dice S. Crisostomo, no solamente es inútil á la sociedad y á los intereses privados y públicos, sino que su sólo aspecto es penoso á todos; espante á los hombres metidos (1).

¡Qué vergonzoso es, dice Séneca, tomar más vino del que es menester, y no conocer la medida de su estómago! ¡Oh! ¡A qué grandes excesos se entregan los borrachos que hacen sonrojar á los hombres sombríos! La embriaguez es una verdadera locura voluntaria. La embriaguez sólo trata de entregarse á todos los vicios y de descubrirlos; arroja lejos de sí el pudor que quiere contenerla; y desde el momento en que se apodera de un hombre, pone á la luz del día toda la maldad que su corazón encierra. Pensad en los desórdenes que

(1) Non enim in convivibus tantum, in illis ebrius, aut in privatis et publicis convitiis, sed et solo aspectu sui quibus gravissimus, horroris extantem terronans. Homil. LVII.

ha causado la embriaguez generalizada; esta embriaguez ha entregado á los enemigos naciones fuertes y belicosas; ha entregado ciudades que se defendían con energia desde muchos años; ha vencido y reducido á la esclavitud á los más temibles combatientes, hasta aquellos á quienes no podía domar el hierro. (Ad. Lucil. J).

El borracho es prodigo, y todo lo pierde y devora; cuánto más tiene, más quiere beber; y apenas ha cesado vuelve á empezar de nuevo. ¡Qué vida más animal y degradante! ¡Cae en la mesa, y es preciso llevarle; cae en camino, y es preciso levantarle, y sostenerle, y arrojarle en la cama.

Tan gloton es el lobo, que cuando está del todo saciado desgarrará sin embargo toda presa que se le presenta, y vomita á fin de poder devorarla. Así es el borracho. Su única ocupacion es beber, digerir ó vomitar, á fin de seguir bebiendo, como dice S. Bernardo; cifra toda su felicidad en su paladar: *Quorum proxime non alia est occupatio quam ingerere, digerere, ingerere.* (Epist.).

Los borrachos no se despiertan sino para beber; y no beben sino para dormir.... En vez de gloria, quedarás cubierto de ignominia, dice el profeta Habacuc; sigue bebiendo, y duermes; y un vergonzoso vómito de ignominia vendrá sobre tu gloria: *Repletus es ignominia pro gloria: bibe, et concopire; et vomitus ignominia super gloriam tuam.* (II. 16).

No os entregéis con exceso al fomento de la lujuria, dice S. Pablo: *Nolite inebriari vino, in quo est luxuria.* (Ephes. V. 18). En cualquiera en quien haya exceso en la bebida ó comida, dice S. Jerónimo, en él domina el vicio impuro. No creáis nunca que el borracho sea casto; y aunque dormido por el vino, es lujurioso por causa del vino. Noé, en la única hora de su vida en que fué sorprendido ó sobrecogido por el vino, tomó una postura indecente, lo que jamás le había sucedido durante seisientos años. Lot se embriagó una vez, y cometió un incesto sin saberlo; y aquel á quien no había vencido Sodoma, fué vencido por el vino (1).

Las costumbres corresponden á la templanza del cuerpo: el hombre sobrio es puro; el gloton es impuro....

La embriaguez, dice S. Bernardo, alimenta la llama de la impureza: *Ebrietas nutrit flammam fornicationis.* (Epist.).

La pasión vergonzosa se excita por la vista, pero se inflama por la embriaguez, dice S. Ambrosio: *Genibz excitatur libido, sed ebrietate succenditur.* (Apol. David., c. III).

Los fuegos del Etna y del Vesubio, dice S. Jerónimo, la tierra de Vulcano y el Olimpo, no tienen tan abrasadoras llamas como los jóvenes llenos de vino y de alimentos (2).

(1) Utinamque sobritas et ebrietas, in Ethio dominatur. Namquam ego aliam castam pudicam, qui, ubi vino concupiscunt dormierit, tamen potest peccare per vinum. Nos ad istam libere obiecticia, quam iustitia sua, cum per secretum suum sobrietas contemnerit. Lot per simulariam, libidinem concupiscens, incestum inestans; et quem Sodoma non videri, vino vivens. In c. I. ad Tit. VII.

(2) Non ebrietas ignis, non vulcania tellus, non Vesubius et Olympus tantis ardoribus accendunt; ut juveniles inebriati vino potius, et duplos inflammant. Ad Fortian.

La embriaguez es esencial de la impureza.

®

La embriaguez es el hogar de la pasión impura, dice S. Ambrosio: se inflama el espíritu y arde el alma: *Illa vini ebrietas, fomes libidinis; animus ignescit, anima exaritur*. Porque, como dice aquel gran doctor, el hombre ebrio, encendido por sí mismo y por los abrasadores vapores del vino, no puede ya contenerse, y cae en las pasiones degradantes de las bestias (1).

Lujuriosa cosa es el vino, dicen los Proverbios, y llena está de desórdenes la embriaguez; no será sabio quien a ella se entrega: *Luxuriosa res vinum, et tumultuosa ebrietas: quicumque his delectatur, non erit sapiens*. (XX).

Oigamos á S. Basilio. La incontinencia, dice, mana públicamente del vino, como el agua de una fuente; y es tan fuerte, excitada por el vino, que deja atrás todas las locuras y los furios de los brutos más lascivos: *Ipsa incontinentia aperte ex vino, velut ex quadam fonte, unat: que brutorum omnium insaniam longe superat*. (Homil. de Ebriet.).

¿Qué males no causa la embriaguez! dice S. Crisóstomo: cambia á los hombres en animales inmundos, y aun los hace de peor condición: porque el ardor se placa en revolverse por el fango y en alimentarse de inmundicias; pero la embriaguez lleva á acciones criminales hasta contra la naturaleza. (Homil. de Ebriet.).

La embriaguez es el naufragio de la castidad, dice S. Ambrosio: *Ebrietas naufragium castitatis*. (In lib. de Eliá et jejunió). Es el hogar de las pasiones de la carne, añade: *Ebrietas fomentum libidinis* (Eod. loco). Arrastra á una lujuria desenfrenada, dice S. Basilio. (Homil. contra Ebriet.). De un hombre modesto hace un libertino, añade aquel Padre; es la instigadora de la lujuria, el alimento de los deleites, la peste de la juventud, el veneno del alma, y la ruina de las virtudes: *Ebrietas facit ex modesto lascivum. Ebrietas est luxuria fomes, voluptatum suppeditatio, lues juventutis, anima venenum, virtutis alienatio*. (Eod. loco).

La embriaguez, dice S. Agustín, es la torpeza de las costumbres, la vergüenza de la vida, el oprobio de la honradez, y la corruptora del alma: *Ebrietas est turpitudinis morum, dedecus vite, honestatis in familia, animus corruptela*. (Tract. de Sobriet. et Virg.).

El vientre lleno de vino está abrasado de imprudencia, dice S. Jerónimo; el que se harta de vino, alimenta á Venus: *Venter mero estuans, desputat in libidines; qui ventrem fartis, Venere nutrit*. (Ad. Eustoch.).

El vino y la juventud son dos manantiales de impureza, prosigue S. Jerónimo; y por qué ha de arrojarse el aceite sobre el fuego de la juventud? por qué se ha de añadir fuego á un hervor que se abrasa? (2).

(1) Si quidem, naturali calore corporis calidit, et propter naturam, vini calore fannant, collibere se non queunt, et in bestias libidinis exarantur. Apol. II. David. c. III.

(2) Vinum et adolescentia, duplex est voluptatis incendium: quod oleum flammæ adiunctum quod ardere corporeo fumentis ignem ministrantur Ad Eustoch.

Este fuego que se introduce en la carne con el vino, dice S. Basilio, es el horno de los inflamados dardos del enemigo; aviva las pasiones, como el aceite aviva el fuego: *Ignis ille qui carni ex vino inaxetur, fomes fit ignitorum jaculorum inimici; voluptatis, ut oleum, flammam accendit*. (Homil. contra Ebriet.).

Una copa de vino es una simiente de impureza, dice S. Jerónimo: *Potum vini seminarium libidinis est*. (Lib. contra Jovin.).

Aristófanes llama al vino leche de Venus: *Lac Veneris*. (Apud Athen. lib. X).

La sobriedad, dice Origenes, es madre de todas las virtudes; y por el contrario, la embriaguez es madre de todos los vicios: *Sobrietas omnium virtutum mater est; sicut, á contrario, ebrietas omnium vitiorum*. (Homil. III. in Levit.).

Ninguno es más amigo del infierno, dice S. Crisóstomo, que el que se mancha con la embriaguez; porque esta pasión es el manantial, el principio y la madre de todos los vicios: *Diabolo nemo magis amicus est, quam qui delictis et ebrietate maculatur. Hæc enim fons est, hæc mater est et origo vitiorum omnium*. (Homil. LVIII. in Math.).

La embriaguez es el arsenal de todas las pasiones, dice S. Ambrosio. (In lib. de Eliá et jejunió). La embriaguez, dice en otra parte, es madre de todos los crímenes, tempestad de la carne, y naufragio de la castidad: *Ebrietas est flagitiorum omnium mater, procella corporis, naufragium castitatis*. (Exhortat. ad Virg.).

En donde esté la embriaguez, dice S. Crisóstomo, allí esta también el demonio y todas las iniquidades. (Hom. LVIII).

La embriaguez, dice S. Agustín, principia por atacar el alma; es madre de todas las fechorías, materia del mal, raíz de los crímenes, y origen de todos los vicios (1).

La embriaguez, dice S. Basilio, es un demonio admitido en el alma voluntariamente y por placer. Es madre de la malicia y enemiga declarada de la virtud: *Ebrietas demon est sponte admissus pro voluptatem in animos. Ebrietas mater est multive, impugnavio virtutis*. (Apud Anton. in Meliss. Lib. I. c. XII).

El vino lleva la crápula; la crápula la fornicación; la fornicación á la pérdida de la fe y de la religión; la pérdida de la fe y de la religión conduce á la apostasía, y la apostasía á la pérdida eterna de Dios y de la salvación....

Ponciano llama á la borrachera metrópoli de todos los males: *Malorum omnium metrópolis*. (De Ebriet.).

No se embriaga, y su hijo Gam le insulta y le castiga con una burla sangrienta. Sanson, debilitado por el vino, es entregado á sus enemigos por Dalila; y los filisteos le arrancan los ojos y le hacen

(1) Ebrietas ab omni injuria incipit, et flagitiorum omnium mater est, voluptatis mater, exitus criminum, origo omnium vitiorum. Tract. de Sobriet. et Virgín. c. I.

La embriaguez es el manantial de todos los vicios.

Castigos de la embriaguez.

dar vueltas á una noria como una bestia. La embriaguez de Olfernes da margen á que Judit le corte la cabeza. El rey Baltasar vo en medio del vino una mano que escribe su sentencia de muerte; y muere en efecto aquella misma noche. Los hijos de Job, mientras se entregan á los placeres de la mesa, son aplastados por la casa, que se derrumba sobre ellos. Herodes, en su embriaguez, manda cortar la cabeza á Juan Bautista, y él mismo queda herido de muerte cruel. El rico avaro del Evangelio, amigo del vino, es precipitado á los infiernos, y ni siquiera puede alcanzar una gota de agua en la otra vida, dice S. Crisostomo: *Dives epulo ob excessum in potu, ne guttulum quidem aquo post hanc vitam habere meruit.* (Homil. in Luc. Evan.).

Alejandro, en su embriaguez, mata á Clito, su mejor amigo, y más tarde se mata á sí mismo. (*In Platarchus*).

Aman, cifrando su orgullo en la suavitad de sus festines, es condenado á ser ahogado, y en medio de los vinos es cuando paga la pena de su embriaguez, dice S. Ambrosio: *Aman, dum se regali jagat convivio, inter ipsa vina ponam sua ebrietas exsolvit.* (In lib. de Elia et jejunio).

Oigamos lo que dice la Sagrada Escritura: ¿Para quién son los ayos? ¿do que padre son las desdichas? ¿contra quién serán las riñas? ¿para quién las precipicios? ¿para quién las heridas sin motivo alguno? ¿quién trae los ojos encandidos? ¿No son estos los dados al vino, y los que hablan sus delicias en apurar copas? ¿Cui erit conjus patri ead? ¿cui rivus? ¿cui focca? ¿cui sine causa vulnera? ¿cui suffusio oculorum? Nonne his qui commorantur in vino, et student calicibus epotandis? (Prov. XXIII. 29-30). No incites á beber á los aficionados al vino, dice el Eclesiástico, porque la perfidion de muchos del vino viene: *Diligentes in vino noli provocare, multos enim exterminavit vinum.* (XXXI. 30).

El borracho, dice S. Basilio, queda él mismo absorbido al absorber. Como el pez que se arroja con avidez sobre el anzuelo, que se apresura á tragar, halla su enemigo mortal en este ceño; así tambien el borracho recibe al vino, que es su contrario, y que le impele á toda clase de excesos viles y vergonzosos (1).

Observemos que es un decreto justo y tambien un justo castigo de Dios, que los bienes que nos halva dado para nuestro uso y nuestra santificacion, se vuelvan en desgracia nuestra y en nuestro castigo si abusamos de ellos, de manera que llegan á ser nuestros perseguidores y verdagos, despues que nosotros los hemos convertido en ídolos. Así sucede con el vino; así sucede con los honores, las riquezas y el deleite; así sucede con las criaturas animadas, en las omnes podemos nuestra excesiva complacencia.

¡Ay de vosotros los que os levantáis de mañana á embriagaros!

(1) *Eberquet, causa se potat bilere, blatar. Sicut enim piscis cum avidis laucibus propinat in cibum canem, repente inter hucos regredi hontam; ite ebrietas infra se vinum suscepit inimicum, quod cum impellit ad reme opus desiderium. Admonit. ad vitium specti.*

exclama Isaias: *Va qui consurgitis mane ad ebrietatem sectandam!* (V. 11).

Baltasar fué pesado en la balanza de la justicia divina, y fué hallado falto: *Appensus est in statera, et inventus est minus habens.* (Daniel. V. 27).

Los poseidos, dice S. Basilio, son atormentados por el demonio, pero á pesar suyo; el borracho, por el contrario, voluntariamente es atormentado: *A demone torquentur demoniaci, sed inciti et coacti; at ebrius ebrietate torquetur quia placet.* (Admonit. ad filium spirit).

Debilitar á sabiendas la salud y la vida; perder la honra y la razon; perder la fortuna y la tranquilidad; perder la familia; perder el alma, el Cielo y á Dios, etc., ¿no son espantosos todos estos castigos que caen sobre el borracho? Asemejarse al bruto, hacerse aún inferior á un animal imundo, excitar todas las más vergonzosas inclinaciones, sin poder, ni tampoco querer dominarlas, ¿no es todo terrible castigo?

Beber el cáliz del furor de Dios, quedar embriagado con el vino de la angustia, de la perplejidad, de la ignomina y confusion hasta el colmo de la justicia de Dios, ¿no son grandes castigos?

Ponerse en estado de no poder arrepentirse, de no poder obtener misericordia ni recibir los Sacramentos, ¿no es el más horrible de los estados para la eternidad? El borracho se expone pues á todas estas desgracias, á todos estos castigos; se los atrae ordinariamente, y los merece siempre.....

Beberá tambien, dice el Apocalipsis, del vino de la ira de Dios, de aquel vino puro preparado en el cáliz de la cólera divina; será atormentado con fuego y azufre; y el humo de sus tormentos estará subiendo por los siglos de los siglos, sin que tenga descanso ninguno de dia ni de noche: *Bibet de vino ire Dei, quod mixtum est mero in calice ira ipsius; et cruciabitur igne et sulphure; et fumus tormentorum eorum ascendet in secula seculorum; nec habent requiem die ac nocte.* (XIV. 10-11).



## EMPLEO DEL TIEMPO.

**E**l tiempo es una sombra, un vapor, una vanidad, la nada.... El tiempo es una escena de teatro en la que se cuentan las fábulas de esta vida: los hombres son los actores; entran y salen; y el lugar del teatro es la tierra.

Una generacion pasa, y lo sucede otra, dice el Eclesiástico: *Generatio praterit, et generatio advenit.* (I. 4).

Hay dos puertas en esta escena, la puerta del nacimiento, y la de la muerte. Cada actor desempeña un papel; el que representa un rey, deja muy pronto sus vestidos de púrpura, y lo mismo sucede con los demás. Esta comedia acaba en seguida; Dios quiere que no termine sino en horrible tragedia!

Palacios, quintas de recreo, ciudades, cascas, tierra, oro y plata, decídmelo, ¿cuántos duenos habeis ya tenido? ¿cuántos tendreis todavía? Decídmelo: ¿en dónde está Salomón, tan sabio; Sansón, tan fuerte; Absalon, tan hermoso; Licoron, tan elocuente; Anisóteles, tan entendido; Alejandro, tan gran conquistador, y Cesar Augusto, monarca tan poderoso? ¿En dónde están hoy todos aquellos amigos, aquella abundancia de cosas, aquellos hombres mirados como hombres mirados como oráculos, aquellos ejércitos fuertes y numerosos, aquella multitud de nobles, de caballeros, de principes y de hombres ilustres? En un abrir y cerrar de ojos, todo ha desaparecido. ¡Oh pasto de los gusanos! ¡o gota de rocío! ¡o vanidad! ¡o nada!.... ¿Qué es nuestra vida? Un vapor que se desvanece, dice el apóstol Santiago: *Quis enim est vita nostra? Vapor est ad modicum parens.* (IV. 13). El tiempo es un vapor, un soplo, un viento ligero....

El tiempo es el juguete de la fortuna, el despojo del hombre, la imagen de la inconstancia, el ejemplo de la debilidad, la mancion de la envidia y de los pesares. El tiempo se representa tambien por la burbuja de jabón que hacen los niños jugando, y que desaparece de repente. Ninguna solidez, ninguna consistencia, perpetuo movimiento. El tiempo es móvil como todo lo que contiene. Es como una ficción, un sueño que pasa despertando en la eternidad. El tiempo es primero una tumba, luego una flor, y de nuevo otra tumba....

El hombre, dice el Salmista, pasa como una sombra; y por eso se abaja y agita en vano; amontona tesoros, y no sabe para quien allega todo aquello: *La imagine pertransit homo, sed et frustra conturbatur. Thesaurizat et ignorat cui congregabit ea.* (XXXVIII. 7).

El tiempo es como una rueda, como la hojarasca que arrastra el viento: *Ut rotam, et sicut stipulam ante faciem venti.* (LXXXII. 14).

Es como fuego que abrasa una selva, cual llama que devora los

montes: *Sicut ignis qui comburit sylvam, et sicut flamma comburens montes.* (LXXXII. 15).

¡Oh! cuánta razon tiene el Eclesiástico al exclamar: ¡Vanidad de vanidades, todo no es más que vanidad! *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.* (I. 2).

Todo es sombra en el tiempo, todo es sueño, dice S. Crisóstomo: *Omnia umbra, somnia.* (Epist. V. ad Theodor. lapsum).

El tiempo, dice S. Gregorio Nazianceno, está lleno de miserias y sufrimientos. Las riquezas son engaños; todas las grandezas no son más que sueños; sólo se ven en todas partes sacrificios de cada momento, pobreza, hambre, quejas, lágrimas, pesares y dolores. La juventud no es nada, y la vejez está llena de achaques. Las palabras se las lleva el viento, la gloria no es más que humo, la nobleza una sangre envejecida; la fuerza es comun con el jabali; la sociedad es tan sólo agitacion, y el matrimonio es una cadena y una esclavitud. El tiempo es una madre rodeada de numerosa familia, a saber, los cuidados, las pérdidas, las enfermedades, los vicios, la debilidad, el trabajo y los sudores; todo es penoso en el tiempo, el temor, las risas y las lágrimas; todo es frustrería, sombra, viento, vapor, insomnio, sueño, oleadas, cosas transitorias, vestigios, polvo que ciega al universo, levanta un torbellino y desaparece. (*Orat. de Cura pauper.*)

El tiempo es una nube sinistra, cargada de tempestades, de rayos y truenos; es una nube que toma todas las formas y desaparece....

La Sagrada Escritura compara el tiempo: 1.º a una balanza que sube y baja...; 2.º a una gota de rocío al levantarse el sol...; 3.º al humo...; 4.º a la sombra...; 5.º a una flor que se marchita pronto...; 6.º a un grano de arena...; 7.º a la nada... (*Isai. XL.*); 8.º a una telaraña...; 9.º a un fantasma y a la vanidad... (*Psal. XXVIII. 7.*); 10. al viento...; 11. a un rápido torrente que en seguida se seca...; 12. a una estafeta, a un buque que hunde las olas, a un pájaro que vuela en el aire, a una flecha arrojada. (*Sap. I. 9-12.*)

El tiempo no es nada; no tiene forma ni consistencia; toda su esencia consiste en pasar, es decir, que toda su esencia consiste en perecer constantemente....

¿Qué es la vida del tiempo? El sueño parecido a la muerte; la infancia es la vida de un ser privado de razon. ¿Cuánto tiempo quisiera yo haber borrado de mi adolescencia? Y cuando tendré más años, ¿cuánto todavía? ¿Qué podré pues contar? Porque todo esto no es vida, dice Bossuet. ¿Cuánto el tiempo en que he tenido algun contento? Pero ¿cómo hallarlo? Si desceneto el sueño, las enfermedades, las inquietudes, etc., de mi vida, ¿qué hallaré? Pero aquellas alegrías, ¿las he tenido juntas? ¿las he tenido de otra manera que por pequeñas partes? Y además ¿las he tenido sin inquietud? Y no habiéndolas disfrutado a la vez, ¿las he disfrutado al ménos una tras otra? Mas ¿qué queda de los placeres licitos? Un recuerdo inútil. ¿Y

de los placeres ilícitos? Un sentimiento, una obligación á la penitencia ó al infierno....

Después de esto ¿podremos estar enamorados del tiempo? En vano, dice S. Agustín, queréis manifestaros amantes suyos. Este dueño infiel os grita cada día: Soy feo y desagradable; y le quereis con ardor. Os grita: Soy rudo y cruel; y le abrazais con ternura; le detestais, puesto que le perdeis, amándole á él sólo. Os grita: Soy ligero y volátil; y sólo á él os aficionáis. Es sincero, confesándose francamente que no estará mucho con vosotros, y que pronto os faltará como un falso amigo en medio de vuestras empresas; y sin embargo vosotros confiáis en él, como si fuera muy seguro y fiel á los que en él confiáis.... Mortales, desengañaos, ya que no dejáis de atormentaros; y tantas cosas hacéis para morir un poco más tarde. Dedicáis más bien, dice el mismo Santo Doctor, en hacer algo para no morir nunca: *Quæ tanta agit, ut paulo serius moriaris, age aliquid ut nunquam moriaris.* (Serm.).

Deduciendo de la vida la infancia y el sueño, en que no tenemos conocimiento de nosotros mismos; las enfermedades, en que no vivimos; y todo el tiempo perdido ó mal empleado, ¿queda algo, sobre todo en comparación de la eternidad? Pues si el tiempo comparado con el tiempo se reduce á nada, hasta comparado con la vida de los hombres anti-diluvianos, ¿qué será si comparamos la vida con la eternidad, en que no hay medida ni término? Contemos pues como nada todo lo que sea finito, puesto que al cabo, aunque se multiplicasen los años de nuestra vida más allá de todos los números conocidos, visiblemente nada sería el tiempo para nosotros al llegar al término fatal.

Así pues, ya que el tiempo no es nada, es preciso que nos desprendamos de él uniéndonos tan sólo á Dios que es eterno....

Rápidos y breves  
son el  
tiempo.

De la tumba voy á la tumba, dice S. Gregorio Nazianzeno: *A tumba tumulum peto.* (Orat. de Cura paup.). Es decir, que del seno de mi madre, que es una verdadera tumba, corro á la muerte.

El tiempo, dice S. Agustín, no es más que una corrida hacia la muerte. Meritos cada día, porque cada día perdemos una parte de nuestra vida; creciendo decrecemos, y partimos con la muerte el día que creemos disfrutar por entero. Así, al entrar en la vida, ya empezamos á andar hacia la muerte y á salir de la vida: *Omnino nihil aliud tempus quam cursus ad mortem. Quotidie morimur; quotidie enim demitur aliqua pars vite, et tunc quoque cum crescimus vita decrescit; hinc, quem egimus, diem, cum morte dicimus. Ergo cum primam vitam intramus, in mortem statim tendere, et á vita egradi incipimus.* (Lib. XIII. de Civit. c. X).

Así pues, es preciso vivir para la eternidad....

En un instante todo pasa, dice S. Ambrosio; y muchas veces la gloria del siglo ha desaparecido antes de haber llegado. ¿Qué puede haber de estable en el siglo si los mismos siglos dejan de ser? *In*

*momento cuncta prætereunt. Et saepe honor seculi abiit antequam venerit. Quid enim seculi potest esse diuturnum, cum ipsi diuturni non sint secula?* (Lib. I. Offic.).

Acordémonos de que el tiempo es corto, y de que el juicio de Dios está á nuestra puerta, dice S. Crisóstomo: *Recordemur quod tempus breve est, et iudicium præ foribus est.* (Homil. ad pop.).

Nuestra vida, dice S. Gregorio, se parece á un navegante que ora está de pie, ora sentado y anda empujado por los vientos. Tal es nuestra vida; ora velemos, ora durmamos, ya guardemos silencio, ya hablemos, ó nos pasemos; querámoslo ó no, cada día y cada instante nos acercamos al término de nuestro viaje. (Lib. VI. epist. XXVI. ad Andream).

El aspecto de este mundo pasa rápidamente, dice el gran Apóstol: *Præterit figura hujus mundi.* (I. Cor. VII. 31).

El día actual pasa, dice el poeta. ¿ignoramos si veremos la luz del día siguiente; será un día de calma ó de trabajos? No lo sabemos. Así pasa la gloria del mundo:

*Præterit ista dies, nequitur origo secundi,  
An labor, an requies: sic transit gloria mundi.*

Comentando aquel versículo del Salmista: *De torrente in via bibet,* beberá del torrente durante el camino (X. 7), dice S. Agustín: La rapidéz de las olas representa la mortalidad de los hombres; porque, así como un torrente aumentado por las abundantes lluvias se desborda, hace ruido, corre, dismínuye corriendo, y llega al fin de su carrera; así tambien el hombre nace, vive un momento y muere; y con su muerte cede su lugar á otro que pronto morirá tambien. ¿Qué estabilidad hay en el tiempo? ¿qué vemos que no marche veloz? Toda esta lluvia, todos estos torrentes y ríos van á sepultarse en el abismo. (A Paul. supra).

La palabra *momento* viene de *moveo*, movimiento.

La vida acá en la tierra es laboriosa, dice S. Gregorio; es más frívola que las fabulas, más rápida que un corcel; llena de inestabilidad y de debilidad, no tiene fuerza ni consistencia en las resoluciones, no tiene reposo, y siempre está agitada y turbada, siempre agobada de trabajos: *Laboriosa est vita temporalis levior fabulis, velocius cursore, instabilitate fluctuans, imbecillitate nauans, cui nulla est fortitudo, nulla propositi constantia, nulla à turbationibus requies, nulla à laboribus reclinatio.* (Lib. VI. epist. XXVI).

La vida es como un vapor, dice Santiago. (IV. 15). Y sabido es que, 1.º, el vapor sube, se condensa en un momento y desaparece: tal es la vida en la tierra; 2.º, el vapor no tiene fuerza, es trasparente, ligero y casi invisible: así es la vida; 3.º, el vapor es tan ligero y tan débil, que el viento más insignificante lo arrastra á su antojo: tal es la vida; 4.º, el vapor es oscuro; así está nuestra vida llena de ignorancia, de errores y de imprudencia; 5.º, el vapor se disuelve: así sucede con nuestra vida; 6.º, así como el vapor convertido en

lleva baja y vuelve á la tierra de que salió, así tambien la vida; 7.º así como el vapor de la tierra se corrumpe algunas veces, lo mismo sucede tambien con nuestra vida.

¡O hombres ciegos, que mañana debéis morir y tal vez hoy, andad ahora, no traéis más que del bien de vuestra familia, no penseis más que en obtener títulos, en construir casas, palacios, ciudades, fortalezas, ¡os creéis eternos! ¡Mañana morireis! La muerte cortará vuestro último acto, y acabarán los honores, las riquezas, la ambición y los placeres; la avaricia no hallará ya lugar, y todas las codicias quedarán apagadas para siempre.....

El tiempo huye, dice Seneca, y abandona al que le persigue con ardor. El porvenir no me pertenece, y el pasado no es mío; depende del momento presente, que ya ha dejado de existir. Somos arrebatados de la misma manera que las aguas de un río; todo lo que vamos, desaparece con el tiempo; nada queda inmóvil. Mientras trato de cambiar algo, yo mismo me veo ya cambiado: *Ego ipse, dum loquor mutare ista, mutatus sum.* (Lib. XVII, epist. CII).

Dentro de poco tiempo he de abandonar esta tienda de mi cuerpo, dice el apóstol S. Pedro: *Velut est depositio tabernaculi mei.* (II. 1. 14).

¿Qué es la vida más larga? La vida más larga tiene sesenta u ochenta años, dice el Salmista, y posee la experiencia. Si vivimos más tiempo, no es vida lo que tenemos, sino una larga muerte. ¡Y cuántos hombres no llegan á aquella edad! Llegan uno ó dos por mil, á lo más. Y que son ochenta, y aun mil años comparados con la eternidad?

Dormís, y el tiempo que se os ha concedido, pasa, dice S. Ambrosio: *Tu dormis, et tempus tuum ambulat.* (In Psal. 3).

O Dios mío, exclama el Real Profeta, no reduzcas al hombre al abatimiento: pues que dijiste: Convertíos, oh hijos de los hombres. Porque mil años son á vuestros ojos como el día de ayer, que ya pasó, y como una de las vigiliias de la noche. El hombre es como un torrente que corre, como un sueño que se desvanece; por la mañana se iguala como la yerba de los campos; por la mañana florece, y se pasa; por la tarde inclina la cabeza; se deshoja y se saca: *Manus sicut herba transiit; mane florescit, et transeat; vesperie decedat, in daret et ardeat.* (LXXXIX. 6).

Mi corazón está herido, y se ha marchitado como la yerba: mis días han desaparecido como humo, y áridos están mis huesos como leña seca: *Defecerunt sicut fumus dies mei, et ossa mea sicut eremum atuerunt.* (Cl. 4). Mis días han pasado como sombra, y yo me he secado como el heno: *Dies mei sicut umbra delinuerunt, et ego sicut fanum arui.* (Psal. Cl. 12).

El tiempo tras presto la vejez, la decrepitud, la muerte y el fin de todo.....

Nuestra vida pasa como la huella de la nube, y desaparece como niebla herida de los rayos del sol y disuelta con su calor, dice la

Sabiduría; nuestra vida es una sombra que pasa: *Et transibit vita nostra tanquam vestigium nobis; umbra enim transitus est tempus nostrum.* (II. 3-5).

La Escritura compara nuestra vida á una flecha lanzada por el arco, al vuelo de un pájaro, á un buque que hiede las olas, al relámpago y al ravo.....

Hemos nacido, y de repente dejamos de existir, dice la Sabiduría: *Nos nati, continuo desivimus esse.* (Y. 43).

El niño se convierte en adolescente el adolescente en joven; lo que ayer era, está ya hoy cambiado; y lo que hoy es, mañana habrá tambien cambiado; nada queda en el mismo estado; á cada instante todo cambia como un sueño.....

Mis días, dice Job, son más rápidos que un corcel. Han huido y no han visto la felicidad; pasaron como nave que atraviesa los mares, como el águila volando que se deja caer sobre su presa: *Dies mei velocius fuerunt cursore; fugerunt, et non viderunt bonum, pertransierunt quasi naves, sicut agula volans ad escum.* (IX. 25-26).

Mis cortos años estan contados, y ando un camino por el cual no volveré nunca: *Ecce enim breves anni transierunt, et semitam, per quam non revertar, ambulabo.* (Job. XVI. 23). Acordaos, oh Dios mío, que mi vida es un soplo. (Job. V. II. 7). El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, y está atestado de miserias: *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletur multis miseris.* (Id. XIV. 1). El sale como la flor, y luego es cortado, y se marchita; huye y desaparece como sombra, y jamás permanece en un mismo estado: *Qui quasi flos egreditur, et conteritur, et fugit velut umbra, et nunquam in eodem statu permanet.* (Id. XIV. 2). ¿Y os dignais, Señor, dar una mirada á un ser semejante? *Et dignum ducis super hujusmodi aperire oculos tuos?* (Id. XIV. 3).

¿Cuándo reconoceremos de buena fe que el tiempo es corto y que se escapa? Los días se ahuyentan unos á otros. El tiempo pasa rápidamente, y de este tiempo tan rápido no hay ni un instante cierto.

Todo mi ser depende de un momento; hé aquí lo que me separa de la nada: pasa aquel; y toma todavia otro: pasan unos tras otros, y los unos todos procurando asegurármelos, y no advierto que me arrastran insensiblemente consigo, y que yo seré el que falte al tiempo, y no el tiempo el que me falte á mí. Ahora bien; alma mía, ¿es una muy gran cosa la vida? Y si es tan poca cosa, porque pasa, ¿qué serán los placeres, que no representan más que algunos instantes de la vida y que se desvanecen en un momento? ¿Acaso vale esto la pena de condenarse? ¿Vale esto la pena de entregarse á tantos cuidados y de tratar de engrandecerlos?

La vida humana, dice Bossuet, es semejante á un camino cuyo término es un horrible precipicio: nos lo advierten desde el primer momento; pero la ley está pronunciada, y es preciso avanzar siempre. Yo quisiera retroceder; pero me es preciso andar, andar. Un peso invencible, una fuerza invencible nos arrastra; y es preciso

avanzar siempre hácia el precipicio. Mil contratiempos, mil penas nos fatigan y nos inquietan en el camino. ¡Si á lo ménos pudiésemos evitar aquel precipicio horrible! No, no, es preciso andar; es preciso correr: tal es la rapidéz de los años. Nos consolamos, sin embargo, porque de tiempo en tiempo encontramos objetos que nos divierten, aguas que corren, flores que pasan, distracciones agradables: quisieramos detenernos; pero es preciso andar, andar. Y sin embargo vemos caer tras de nosotros todo lo que habíamos pasado: ruido horrible, inevitable ruina! Nos consolamos porque llevamos acaso algunas flores cogidas al pasar, que vemos marchitarse en nuestras manos de la mañana á la noche; algunas frutas que se pierden al probarlas: ¡bichizol! Siempre arrastrado, te acercas al abismo fatal: ya todo empieza á desaparecer: los jardines son menos floridos, las flores ménos brillantes, sus colores ménos vivos, las praderas menos risueñas, las aguas menos claras: todo se marchita, todo desaparece: la sombra de la muerte se presenta, y ya empezamos á sentir la aproximacion del abismo fatal. Pero es preciso llegar hasta la orilla, y todavia falta un paso. Ya el horror turba los sentidos, la cabeza se desvanece, los ojos se extravían; y sin embargo es preciso andar: quisieramos volver atrás; pero ya no hay medio: todo ha caído, todo se ha desvanecido, todo se ha escapado.

El tiempo es corto; y si no dejais al mundo, él os dejará: no queda pues otro medio, como dice S. Pablo, que el que tiene mujer, viva como si no la tuviera, y los que lloran, como si no llorasen, y los que se regocijan, como si no se regocijasen, y los que hacen compras, como si nada posesesen, y los que gozan del mundo, como si no gozasen de él; porque la escena ó apariencia de este mundo pasa en un momento. (1. Cor. VII, 29-31).

¿Por qué queréis vivir en lo que es transitorio? Creéis que es un cuerpo y una verdad, cuando no es más que una sombra y una figura que pasa y desaparece. Por esto, en cualquier estado en que os halleis, no os detengais nunca. Todo encuentra su disolucion en la muerte; los sentimientos pasan como las alegrías; lo que creéis poseer con más justo título, se os escapa; sea cualquiera el precio que os haya costado, no podéis guardarlo: todo pasa, por más que hagamos....

El tiempo es burla de nosotros y nos engaña.

El tiempo nos sorprende; es preciso velar. Dios ha dispuesto de tal modo el curso imperceptible del tiempo, que no sentimos ni su fuga, ni su huida, ni los robos que nos va haciendo; de manera que la última hora siempre nos sorprende. Es preciso aquí conocer esta ilusión engañosa del tiempo, y la manera que tiene de burlar nuestra débil imaginacion.

El tiempo, dice S. Agustín, es una pequeña imitacion de la eternidad. (In. Psal. IX). Esta siempre es la misma, dice Bossuet. Lo que el tiempo no puede remedar por su constancia, trata de imitarlo por la sucesion. Si nos quita un instante, nos da sustitutamente

otro parecido que nos impide echar de ménos el que acabamos de perder. Asi es como el tiempo nos engaña, ocultándonos su rapidéz, tal vez en esto consista tambien aquella malicia del tiempo de la que el apóstol S. Pablo nos advierte con estas palabras: Rescatad el tiempo, dice, porque los dias son malos: *Redimite tempus, quoniam dies mali sunt.* (Ephes. V. 16); es decir, engañosos y pèrfidos. En efecto: el tiempo nos engaña siempre; porque, aunque varia sin cesar, nos manifiesta casi siempre un mismo rostro, y el año que ha pasado, parece renovarse en el siguiente. Sin embargo nos descubre al fin toda su impostura. Las arrugas de nuestra frente, los cabellos canosos, las enfermedades, demasiado nos hacen notar que una gran parte de nuestro ser está ya perdido y sepultado. Pero en tan grandes cambios, el tiempo afecta siempre alguna imitacion de la eternidad; porque, como es propio de la eternidad conservar las cosas en el mismo estado, el tiempo, para parecerse á ella, nos va despojando poco á poco, y nos lleva á los extremos opuestos por una pendiente tan dulce y de tal manera insensible, que nos hallamos comprometidos en medio de las sombras de la muerte, ántes de haber pensado debidamente en nuestra conversion. Ezequías no sintió cómo pasaban los años; y en el cuádragesimo creía que acababa de nacer: *Dum adhuc ordiretur, succedit me.* (Isai. XXXVIII). Ha cortado el hilo de mis dias cuando los habio más que empezado. Asi es como la malignidad engañosa del tiempo hace que caigamos de repente y sin pensarlo entre las manos de la muerte.

No sentimos nuestro fin más que cuando á él llegamos. Y hay una cosa que nos acusa: por más lejos que extendamos nuestra vista, siempre vemos tiempo delante de nosotros. Y es verdad, está delante de nosotros; pero ¿podremos alcanzarlo?

¿Por qué hemos de aficionarnos así al tiempo? ¿Vemos en él algo que pueda satisfacernos?

Los falsos deleites, tras los cuales corren con furor los ignorantes mortales, ¿qué son despues de todo sino una ilusión que dura muy poco? Al punto que este primer ardor que les presta todo el agrado se apaga un poco, los más entusiastas para gozar se admiran las más de las veces de haber aspirado tan vivamente á lo que dejó en su corazón un vacío tan grande. La edad y la experiencia nos demuestran cuán vanos son las cosas que más habíamos deseado; y aun estos placeres tal como son, ¡qué raros son en la vida!

¿Qué alegría podemos experimentar en que el dolor no venga á turbarla? Pero concedamos á los frenéticos amantes de este siglo que lo que aman es digno de ser amado: ¿cuánto durará esta felicidad? Huye, huye como un fantasma que despues de habernos dado cierto contento mientras ha permanecido con nosotros, no deja más que turbacion al marcharse.

La verde juventud no durará siempre; llegará la hora fatal que ha de cortar todas las esperanzas engañosas con irrevocable sentencia; la vida ha de abandonarnos como un falso amigo en medio de

nuestras empresas. Allí todos nuestros hermosos designios caerán por tierra; allí se desvanecerán todos nuestros pensamientos. Los ricos de la tierra que gozan durante esta vida con la ilusión de un sueño agradable, imaginándose tener grandes bienes, quedarán sorprendidos de verse con las manos vacías al despertarse de repente en aquel gran día de la eternidad, como dice el Salmista: *Et nihil inveniunt omnes viri diticiarium in manibus suis.* (LXXV. 6). La muerte, esta fatal enemiga nuestra, arrastrará consigo en el olvido y en la nada todos los placeres, todos los honores y riquezas. ¡Ay! no hablamos más que de pasar el tiempo; y el tiempo pasa en efecto, y pasamos con él; y lo que pasa respecto de nosotros, por causa del tiempo que corre, entra en la eternidad, que no pasa nunca.....

La muerte está siempre en nuestra puerta.

Muy poca cosa es el hombre, y todo lo que fina es también muy poca cosa. Tiempo vendrá en que aquel hombre que os parece tan grande no ha de existir, no será nada. Por más tiempo que estemos en el mundo, aunque estuviésemos mil años, llegaríamos al fin á este término. Sólo el tiempo de mi vida es el que me hace diferente de lo que no existió nunca; esta diferencia es muy pequeña, puesto que al fin he de ser confundido de nuevo con lo que no existe; y esto sucederá el día en que ni siquiera aparecerá que yo haya existido, y poco me importará ya cuál haya sido el tiempo de mi existencia, puesto que no existirá. Entré en la vida con la ley de abandonarla; vengo á representar mi papel; vengo á ponerme en evidencia como los demás; y después he de desaparecer. Veo á algunos que pasan delante de mí, y otros me verán pasar. Mi vida es corta, sin la seguridad de un instante, porque la muerte no me deja nunca; está en mi sueño, y cuando despierto, y en mis viajes, y en mi alimento, y en todas mis edades. Mi vida es corta, y está siempre amenazada de la muerte. Mi vida es corta; cuánto tiempo ha habido en que yo no existí! ¡Y cuánto tiempo habrá en que no existirá! ¡Y qué poco lugar ocupa en este gran abismo de los años! No soy nada; este pequeño intervalo de tiempo que se me ha concedido, no es capaz de distinguirme de la nada, en que he de pasar sin remedio. No he venido más que para hacer número, y aun no hacía falta; y no se habría representado peor la comedia aunque yo me hubiese quedado detrás del teatro.

El tiempo es un hospital, una cárcel, y no tiene más que una puerta de salida, que es la muerte. Todos los hombres están encerrados en esta cárcel, y todos salen por la misma puerta.....

El precio del tiempo.

El tiempo tiene un precio infinito, porque sólo el tiempo puede comprar la eterna bienaventuranza.....

El tiempo, en cierto sentido, vale tanto como el mismo Dios, dice un Padre, porque el tiempo bien empleado nos pone en posesión de Dios: *Tantum valet, quantum Deus; quia tempore bene consumo*

*comparatur Deus.* Con un sólo momento de tiempo podemos comprar el cielo, la vista y la posesión entera y eterna de Dios; mientras que la eternidad entera no podrá comprar nunca el cielo ni á Dios. La eternidad es para disfrutar del cielo, de la dicha suprema; pero no para alcanzaria.....

Pero, si en un momento bien empleado podemos ganar el cielo y al mismo Dios, en un sólo momento podemos también perder el cielo y á Dios, y precipitarnos en la eterna desdicha. De un momento bien ó mal empleado depende nuestra eternidad feliz ó desgraciada. Y si un sólo momento tiene tanto precio, ¡qué precio no tendrán las horas, los días, las semanas, los meses, los años y toda la vida del hombre! Así pues, la sabiduría suprema consiste en hacer un buen uso del tiempo, así como perderlo es una suprema locura.....

¿Queréis saber cuán precioso es el tiempo? ¿Queréis conocer su valor? Preguntadlo á los réprobos: darían todas las riquezas, mil vidas, y se crearían infinitamente felices con sufrir todos los tormentos, toda especie de martirios y mil muertes, si á tal precio pudiesen tener un año, un día, una hora, un solo instante para poder salir del infierno y conquistar el cielo. Se entregarían á penitencias de un rigor sin ejemplo..... Y lo mismo harían las almas del purgatorio..... Preguntadlo á los bienaventurados en el cielo; y os dirán: ¡O felices mortales! oh! si supieseis el precio del tiempo, ¡cuántos méritos podríais conseguir, y qué bien lo emplearíais! Oh! si nos fuese lícito volver al tiempo para merecer más, compraríamos una hora con los más duros suplicios, con el hierro y el fuego!.....

Si á serles posible á los elegidos enviarnos algo, sería la dicha de poder aumentar nuestros méritos y nuestra corona á cada instante. ¡O momentos preciosos, de los que depende nuestra salvación y nuestra eternidad!.....

La vejez es venerable, dice la Sabiduría, pero no hemos de medirla por el número de días, ni por el número de años; el buen empleo del tiempo es la hermosa y rica vejez del hombre; y es edad anciana la vida immaculada: *Senectus venerabilis est, non diuturna, neque annorum numero computata. Est: atas senectutis vita immaculata.* (IV. 8. 9.)

San Ambrosio dice de santa Inés que era muy joven en años, pero muy vieja en santidad: *Computabatur in annis infantia, sed erat senectus mentis immensa.* (Serm.).

El tiempo es el mejor médico para todos los males. El tiempo aplaca la ira, el odio y la concupiscencia..... El tiempo descubre los secretos y pone en claro la verdad oculta..... El tiempo nos da experiencia, consejos, prudencia.....

El tiempo, apreciado en sí mismo por horas, días y años, no es nada; pero, considerado como medio de llegar á la eternidad, al goce de Dios por la gracia, y sobre todo por la gloria, es de un precio inestimable. El tiempo no es nada en sí mismo, y sin embargo todo se pierde al perderlo; porque este tiempo que no es nada, es

un paso fijado por Dios para llegar á la eternidad. Por esta razon dijo Tertuliano: El tiempo es como un gran velo y una gran cortina colocada delante de la eternidad para ocultárnosla. (*Lib. de Resurrect.*). Para ir á esta eternidad es preciso descorrer este velo. El buen uso del tiempo es el que nos da derecho á lo que está más allá del tiempo. Todos los momentos, tomados en sí mismos, son ménos que un vâpor y una sombra; pero, considerados como camino de la eternidad, tienen, segun S. Pablo, un peso infinito; y nada hay por consiguiente más criminal que recibir en vano tal gracia: *Momentaneum et leve tribulationis noxia, eternam glorie pondus operatur in nobis.* (II. Cor. IV. 17). ¡O momento del que depende la eternidad! ¡O eternidad, que depende de un momento!

Por la encarnacion del Verbo, la eternidad se ha aliado con el tiempo, á fin de que los que están sujetos al tiempo, puedan aspirar á la eternidad....

Lo que hacemos en el tiempo, va con el tiempo á la eternidad, en tanto que el tiempo está dominado por la eternidad y á ella conduce. No gozamos de los placeres más que en el momento de su paso; y aunque es muy cierto que pasan, hemos de dar cuenta de ellos como si fuesen permanentes. No es bastante que digamos: Ya han pasado; no pensare más en ellos.... Han pasado, sí, para nosotros; pero no ante Dios, y nos pedirá estrecha cuenta de ellos....

A nuestro gran Dios plugo, para consolar á los miserios mortales de la pérdida continua de su ser por el tiempo que irremparablemente desperdician, que este mismo tiempo que se nos escapa y nos aniquila, fuese un paso para la eternidad, que es permanente....

Compremos pues con tiempo las incomparables riquezas de la bienaventurada eternidad, y no olvidemos que á este fin nos ha colocado Dios en el tiempo....

Dicho que es  
parvamente el  
homine en es-  
te velo, y me-  
re todo en la  
hora de la  
muerte, estân-  
da ha compen-  
do bien el  
tiempo.

El tiempo bien empleado llena el corazón de consuelos....

Aunque arrebatado por una muerte prematura, dice la Sabiduría, con lo poco que vivió, llenó la carrera de una larga vida: *Consummatus in brevi, explevis tempora multa.* (IV. 13), y al contrario, el que pierde su tiempo, se ve obligado en la hora de la muerte á repetir aquellas palabras de Job: Han luido mis dias felices, mis pensamientos se han dissipado como humo, dejando en tormento mi corazón: *Dies mei transierunt, cogitationes meae dissipatae sunt, torquentes cor meum.* (XVII. 11). En la hora de la muerte, el buen cristiano dice con el gran Apóstol: He combatido con valor, he terminado mi carrera, y he guardado la fe. Solo me queda esperar la corona de justicia que me está reservada, y que el Señor, que es el justo juez, ha de darme en aquel dia: *Bonum certamen certavi, cursum consummavi, fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona justitiae, quam reddet mihi Dominus in illa die, justus iudex.* (II. Tim. IV. 7-8).

Durante la vida, dice el Rey Profeta, los que emplean bien el

tiempo, esparcen florando sus semillas; mas, cuando vuelvan, vendrán con gran regocijo, trayendo las gavillas de sus mieses: *Euntes ibant et flebant, mittentes semina sua; venientes autem, venient cum exultatione, portantes manipulos suos.* (XXV. 6). Tienen dos garbas, la del honor y la de la virtud; la tercera será la del reposo eterno y de la gloria eterna....

Si obedecieren y fueren dóciles á la ley del Señor, dice Job, acabarían sus dias felizmente, y sus años con gloria: *Si audierint et observaverint, complebant dies suos in bono, et annos suos in gloria.* (XXXVI. 11). Y su muerte es la muerte de los justos. ¡Dichosos los que mueren de tal muerte!

Amo mio, dice el primer servidor del Evangelio, me habian entregado cinco talentos, y he aqui otros cinco más que he ganado con ellos. Su dueño le contesta: Muy bien, servidor bueno y leal; has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho; ven á tomar parte en el gozo de tu Señor. Y el que habia recibido dos talentos, vino y dijo: Señor, me habiais dado dos talentos, aquí os traigo otros dos que he granjeado con ellos. Su amo le dijo: Muy bien, servidor bueno y leal; pues has sido fiel en pocas cosas, y yo te haré señor de muchas; ven á participar del gozo de tu Señor. (*Math. XXV. 20-23.*)

Si la tierra, dice S. Ambrosio, es da más de lo que lo confiais, mucho mayor de lo que corresponde á lo que habeis hecho será la misericordiosa recompensa: *Si terra tibi reddidit fructus uberioris quam acceperit, quanto magis misericordia remuneratio reddet multipliciora quam desiderat! Deus enim liberalior est quam terra, et natura.* (Serm.).

¡Un reposo eterno por un momento de trabajo!.... ¡Un océano de delicias por una lágrima!

¡Ah! exclama el gran Apóstol, los sufrimientos, las penas y los trabajos de la vida presente, no son de comparar con aquella gloria que debe resplandecer un dia en nosotros: *Non sunt condignae passionis hujus temporis ad futuram gloriam quae revelebitur in nobis.* (Rom. VIII. 18).

Hagamos como los negociantes; examinan las mercancías, las toman á cambio, ó las compran; se las apropian. El tiempo presente es tiempo de mercado: compremos pues y vendamos; hagamos cambios; vendamos la tierra, y compremos el cielo....

Nuestra vida es un mercado, dice S. Gregorio Nazianceno; y si dejais pasar esta ocasion, ya no hallaréis más tiempo para alcanzar lo que deseais: *Vita nostra est quasi mercatus, cuius dies cum abierit, tempus amplius non erit emendi qua velis.* (In Sentent.).

Es preciso que podamos decir con el gran Apóstol: No he corrido en vano, ni en balde he trabajado: *Non in vacuum curavi, neque in vacuum laboravi.* (Philipp. II. 16).

Recompensa  
que consiste en  
luzen uno del  
tiempo.

Es preciso apre-  
ndiar de  
tiempo que  
canta.

Corramos, decían los penitentes de S. Juan Climaco, corramos, hermanos míos, corramos; es menester aquí una carrera y una gran carrera, porque hemos caído de nuestra elevación por el pecado; corramos, no tengamos nunca consideraciones á esta carne de pecado, á esta carne de iniquidades; matémosla, puesto que ella también nos ha malado. (*In Vit. Patr.*).

¡Iniciémos al Real Profeta: Lo he dicho: Ahora empiezo á respirar: *Dixi: Nunc capi.* (LXXV. 11).

¡Iniciémos al hijo prodigo cuando volvió: Levantémonos, y vayamos al encuentro de nuestro Padre: *Surgam, et ibo ad patrem meum; et surgens venit ad patrem suum.* (Luc. XV. 18-20).

¡Que no se atreva ninguno de vosotros, dice S. Bernardo, á despreciar un sólo momento, perdiéndolo con palabras inútiles. La palabra se escapa, y no puede ya volver atrás: el tiempo vuela, y no puede repararse; y el insensato no ve lo que pierde. Lícito es divertirse, dicen algunos, para hacer que pase una hora. ¡Para hacer que pase una hora! Esta hora que la indulgencia de vuestro Creador os concede para hacer penitencia, para obtener el perdón de vuestros pecados, para adquirir la gracia y merecer la gloria! *¡O donec pretereat hora quam tibi ad agendam penitentiam, ad obtinendam veniam, ad acquirendam gratiam, ad promerendam gloriam, miseratio Conditoris indulget!* (Ser. de Trip. custod.).

¡Es lícito divertirse mientras corre el tiempo, este tiempo durante el que habrías debido excitar la misericordia de Dios, prepararos para la sociedad de los ángeles, suspirar por la pérdida, excitar vuestra entorpecida voluntad, y llorar vuestros pecados! *¡Donec transeat tempus, quo divitiarum deberas propitiare pietatem, properare ad angelicam societatem, suspirare ad amissam hereditatem, excitare remissam voluntatem, flere commissam iniquitatem!* (U. supra). Nada es tan precioso como el tiempo; pero nada es hoy tan despreciado. El día de la salvación pasa sin que nadie piense en él: *Transiit dies salutis, et nemo recogitat.* Nadie reflexiona que este día perdido no puede jamás volver: *Nemo tibi perire diem, et nunquam redditurum causatur.* Pero, sin embargo, así como no puede perecer nunca ni un sólo cabello de la cabeza, así tampoco ningún momento perdido puede escaparse á la justicia de Dios: *Sed sicut capillus de capite, sic nec momentum peribit de tempore.* (U. supra).

Huye el tiempo, vuela el irreparable tiempo, exclama Virgilio:

*Et fugit interea, fugit irreparabile tempus.*

¡Apresurados, dice el profeta Oseas, á sembrar para vosotros en la justicia, y á cosechar en la misericordia; preparad vuestra tierra; ya es tiempo de buscar al Señor: *Seminate vobis in iustitia, et metite in ore misericordiarum; innocente vobis novale; tempus respirandi Dominum.* (X. 12).

¡Sed cultivadores espirituales, y sembrad lo que ha de producirnos,

dice S. Ambrosio: *Esto spiritalis agricola, sere quod tibi prosit.* (Lib. I. Offic.).

Levántate pronto, dijo el Ángel á S. Pedro cargado de cadenas en la cárcel: *Surge velociter.* (Act. XII. 7).

Así debemos obrar nosotros para no perder más tiempo.....

Recordemos, dice S. Pablo, que el tiempo insta, y que ya es hora de despertarnos de nuestro letargo: *Et hoc sciens tempus, quia hora est jam nos de somno surgere.* (Rom. XIII. 11). Es la hora de la gracia, de la fe y de la salvación..... No lo aplacéis á mañana; el día de mañana quizás no os pertenezca..... ¿Sabéis lo que será de vosotros mañana? pregunta el apóstol Santiago. Porque ¿qué es la vida? Un vapor que al momento desaparece: *Qui ignoratis quid erit in crastino. Quis enim est cita nostra? Vapor est ad medicum parens, et deinceps exterminabitur.* (IV. 14. 15).

No podemos aprovecharnos del pasado: ya no existe; ni del tiempo futuro, que no tenemos, y quizás no tendremos nunca tampoco; sólo está bajo nuestro dominio el momento presente, momento que se nos escapa como el rayo, momento que desaparece con la palabra.....

El tiempo de dar cuenta á Dios está cerca, dice el Apocalipsis: *Tempus prope est.* (I. 3). Mira que venzo luego, dice el Señor, guarda lo que tienes de bueno en tu alma; no sea que otro se lleve tu corona: *Ecce venio cito; tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam.* (Apoc. III. 11).

En vez de prepararse á recibir al esposo, ignorando el momento de su llegada, las vírgenes necias se durmieron, dice el Evangelio: *Dormitaverunt et dormierunt.* (Math. XXV. 5). El esposo llegó á media noche; las vírgenes prudentes que velaban para no ser sorprendidas, entraron con él en la sala del festín de las bodas; pero las vírgenes necias, que habían perdido el tiempo presente, fueron rechazadas. Señor, Señor, abridnos, dijeron llamando á la puerta. En verdad os digo que yo no os conozco, les respondió el esposo: *Dormite, aperi nobis. Amen dico vobis: Nescio vos.* (Math. XXV. 11. 12).

Trabaja con constancia hasta que llegue, dijo Jesucristo: *Negotiamini dum venio.* (Luc. XIX. 13).

El tiempo es una moneda que Dios puso en vuestras manos para que siempre tuviese valor y para que pudiésemos comprar los bienes eternos.....

En tanto que tengamos tiempo, dice S. Pablo, obramos bien: *Dum tempus habemus, operemur bonum.* (Gal. VI. 10); y no olvidemos nunca que para hacerlo sólo tenemos el tiempo presente.....

Interin no nos vemos, escribía S. Pablo á su discípulo Timoteo, al darle la lectura, á la exhortación y á la enseñanza: *Dum venio, attente lectioni, exhortationi et doctrina.* (I. IV. 13). Pelead valerosamente por la fe, trabajad para ganar el premio de la vida eterna á que habeis sido llamados: *Certa bonum certamen fidei, apprehende*

Quiénes son los que lanzan un buen uso del tiempo.

*viam alternam, in qua vocatus es.* (I. Tim. VI. 12). Soportad el trabajo y la fatiga como buen soldado de Jesucristo; el que lucha en los juegos públicos, no es coronado sino después de haber combatido con arrojo según las leyes. Es preciso que el labrador trabaje antes de recoger los frutos; *Labora sicut bonus miles Christi Jesu. Nam ei qui certat in agone, non coronatur nisi legitime certaverit. Laborantem agricolam oportet primum de fructibus percipere.* (II. Tim. II. 3-5-6). Obrar así es hacer un buen uso del tiempo, es asegurarse la eterna bienandanza....

La virtud no consiste en la cantidad, sino en la calidad de nuestras obras; sólo un día pasado sin falta vale una vida entera.

Estad convencidos, dice S. Eusebio, de que sólo habeis vivido el día en que renunciasteis á vuestra propia voluntad y habeis resistido á vuestros malos deseos, pasando sin violar la ley; contad que no habeis vivido más que el día en que amaneció para vosotros la luz de la pureza y de la santa meditación: *Illam diem tantum vixisse te computa, in quo voluntates proprias abnegasti; in quo malis desideriis resististi; quem sine ulla regula transgressione dimisit. Illam diem vixisse te computa, qui puritatis et sanctae meditationis habuit lucem.* (In Chronic.).

Sembrad en la gracia, dijo S. Bernardo, y cosecharéis en la gloria; sembrad sobre la tierra por el trabajo, y cosecharéis en el Cielo con alegría: *Seminate in gratia, et metetis in gloria; seminate in terra cum labore, et metetis in Caelo cum pabulo.* (Serm. in Cant.). Porque, como añade aquel santo Doctor, nuestras obras no pasan; pero lo que sembramos en el tiempo, queda sembrado para la eternidad. El insensato que no siembra, o que siembra mal, quedará lleno de sorpresa cuando vea que una abundante cosecha sale en casa del justo de una abundante y buena semilla. Sembramos el buen ejemplo con buenas obras; sembramos una grande alegría para los ángeles con suspiros secretos: *Seminemus exemplum bonum per opera bona; seminemus angelis gaudium magnum per occultas suspiria.* (Serm. in Cant.). Sembrad a ejemplo de tantos otros que antes han sembrado; aprovechaos de las semillas que han arrojado para vosotros: *Seminate et vos, quia tam multi ante vos seminaverunt: fructificite, quia vobis seminaverunt.* (Ii supra).

¡O raza de Adán exclama aquel gran Doctor, cuántos han sembrado en ti, y qué preciosa es su simiente! Desgraciada, pero justamente pareceréis si tan preciosa semilla se pierde en vosotros á la par que el trabajo de los celosos sembradores! La trinidad ha sembrado en nuestra tierra; los ángeles han sembrado, así como los apóstoles; los mártires, los confesores, las vírgenes, etc., también han sembrado. El Padre celestial ha sembrado el pan del Cielo; el Hijo ha sembrado la verdad, y el Espíritu Santo la caridad. (Ii supra).

No conviene, dice S. Gregorio, buscar las riquezas, los honores perecederos; si tratamos de buscar los verdaderos bienes, amemos los que no han de tener fin; y si hemos de temer algunos males, tema-

mos los que los réprobos han de sufrir eternamente: *Non honor, non divitiæ quaerenda sunt, quæ dimittuntur; sed, si bona quaerimus, illa diligamus, quæ sine fine habebimus; si autem mala pertimeamus, illa timeamus, quæ reprobis sine fine tolerantur.* (Homil. XV. in Evang.).

Obrar así es hacer un uso precioso del tiempo....

¿Quiénes son los que hacen buen uso del tiempo? Aquellos cuyos días están llenos de virtudes, dice el Salmista: *Dies pieni inveniuntur in eis.* (LXXII. 10). Aquellos que van de virtud en virtud: *Abunt de virtute in virtutem.* (Psal. LXXXIII. 8). Aquellos que ejecutan lo que el Señor dice en su Apocalipsis: El que es justo sea más justo todavía, y el que es santo santifíquese más: *Qui justus est, justificetur adhuc, et sanctus sanctificetur adhuc.* (XXII. 14). Aquellos que observan lo que dice S. Pablo: Marchad de tal modo que podáis enriqueceros más y más para el Cielo: *Sic ambuletis ut abundetis magis.* (I. Thes. IV. 1).

Nadie es perfecto, dice S. Bernardo, si no desea adelantar en perfección: *Nemo perfectus est qui perfectior esse non appetit.* (Epist.).

Ejercitaos en la piedad, dice S. Pablo á Timoteo, es decir, en todas las virtudes: *Exerce te ipsum ad pietatem.* (I. IV. 7). Meditad vuestros deberes, entregaos enteramente á ellos, á fin de que todos vean vuestros progresos en la virtud: *Hæc meditare, in his esto, ut profectus tuus manifestus sit omnibus.* (I. IV. 15). Advertid á los fieles que estén pronto á toda obra buena: *Admone illos ad omne opus bonum paratos esse.* (I. Tim. III. 1).

¿Quiénes son los que hacen un buen uso del tiempo? Los que perseveran en la práctica del bien... No dejemos de perseverar en el bien, dice S. Pablo: *Bonum autem facientes, nos depiciamus.* (Gal. VI. 9).

Me olvido de lo que tengo detrás de mí, añade aquel gran Apóstol, y avanzándome hácia lo que tengo delante, me esfuerzo para alcanzar al fin, para ganar el premio al que Dios me ha llamado desde lo alto por Jesucristo. (Philipp. III. 14). Pablo no retrocede, no mira atrás, no se detiene; avanza, corre.... Trabajamos día y noche, dice: *Nocte ac die operantes....* (I. Thes. II. 9).

El servidor de Dios debe orar siempre, ó trabajar, ó pensar en las cosas del cielo.

Evitad las fábulas ridículas y pueriles, dice S. Pablo á Timoteo: *Ineptas et vanas fabulas evita.* (I. IV. 7).

Hemos de evitar el mundo....; huir de los placeres, de las riquezas y honores del mundo....; resistir al demonio....; evitar la vida de los sentidos....; evitar ante todo el pecado mortal....; evitar en lo posible el pecado venial....; evitar el abuso de las gracias....

El Cielo, dice S. Agustín, exige que andemos aquí en la tierra. Hay tres clases de personas á quienes odia Dios: el que permanece inmóvil, el que retrocede, y el que se extravia. El que no avanza, se queda

Lo que debemos evitar para hacer un buen uso del tiempo.

Quiénes son los que hacen mal uso del tiempo.



en el camino; el que abandona sus buenas resoluciones y vuelve al mal que había dejado, retrocede; el que abandona la fe, no está en el buen camino. ¿Quién es el que no adelanta? El que se cree cuerdo y dice para sí: Ya me basta ser lo que soy. (*Lib. de Cantico novo, c. IV.*)

¿Quién es el que no adelanta? El tibio, el pereoso espiritual.... ¿Quién es el que retrocede? El que vuelve á caer en pecado mortal.... ¿Quién es el que está desencaminado? El que persevera en el mal, quiere perseverar en él y no trata de corregirse. Así pues estas tres personas pierden el tiempo. No adelantar en el camino de la virtud y de la salvación, es perder el tiempo. Retroceder en el camino de la virtud, es todavía más perder el tiempo.... Y no hallarse en el camino de la virtud, es perderlo completamente. ¿Cuántos hay entre nosotros que se hallan en alguno de estos tres estados!...

¿Cuántas personas, como dice el Salmista, consumen sus días en la vanidad y acaban muy presto los años de su vida! *Defecerunt in vanitate dies eorum, et anni eorum cum festinatione!* (LXXVII. 33).

Todo el tiempo pasado en la vanidad, en la ociosidad, en la tibieza voluntaria, en el pecado mortal, en el amor del mundo y de los placeres criminales, es un tiempo que pertenece á la muerte y no á la vida.... Todo el tiempo que damos al mundo, es un tiempo perdido.

No vivimos sino cuando hacemos buen uso del tiempo, dice S. Juan Damasceno: *Vivit, dum vivit bene.* (De virtute).

No nos lisonjemos, dice S. Gregorio, de haber vivido más tiempo que el que hemos pasado en la inocencia y la humildad; porque el tiempo que hemos malgastado en la vanidad del siglo, en los cuidados terrenos y carnales, es un tiempo perdido, que nunca será contado para la recompensa, sino para el castigo: *Illo eodem tempore nos vivisse gaudeamus, quo innocenter et humiliter vivimus. Nam illa tempora quæ in seculi vanitate et fluxa curialis vita consumpsimus, quasi perditæ, minime memorantur.* (Lib. Moral.).

El tiempo es perdido para los que se conducen mal, dice Séneca; es perdido para los ociosos, y lo es también completamente para aquellos que hacen lo que no deben hacer. El que se ocupa de vanidades y frivolidades, no hace nada. Muchos hombres dejan sus ocupaciones y se entregan al descuido, y hacen fútiles las cosas más serias. ¿Envidiais la gloria, los honores ó el poder? Es ir á caza de mosquitos. ¿Envidiais la gula y el deleite? Es cojer un insecto asqueroso. ¿Envidiais ricos vestidos bordados de oro? Es cojer telarañas. No son todas estas cosas puras bagatelas? Sin embargo, muchos hombres pierden y consumen en tales nimiedades un tiempo que Dios les dió para merecer la eternidad. (*Epist. I. Lucilio*). Observad que es un pagano el que esto dice....

La Sabiduría nos dice admirablemente que el hechizo de la vanidad del siglo obscurece el bien verdadero: *Pascinatío nugacitatis obscurat bona.* (IV. 12). El placer engañoso ciega el espíritu no se

ve ya ni la vanidad propia, ni la falsedad, ni la degradación, ni puede apreciarse la berrusura y el precio de la virtud.... El mismo S. Agustín lo confiesa. Las nimiedades de las nimiedades me detienen, dice, y las vanidades de las vanidades, antiguas amigas mías, me hacían perder todo mi tiempo. (*Lib. VIII. Confess. c. XI.*)

Amáis el siglo, dice S. Agustín; y os absorberá: *Amas seculum; absorbet te.* (Trac. II. in Epist. I. S. Juan.).

¿Qué! Sois creados para la eternidad; ¡y vivís para el tiempo, que es tan poca cosa! ¿por qué no vivís para la eternidad? Destinados para el cielo, ¿por qué os unís á la tierra? Debiendo poseer á Dios, ¿por qué deseáis las falsas riquezas del mundo?...

Como una tela de araña serán reputados nuestros años, dice el Salmista: *Anni nostri sicut aranea meditabuntur.* (LXXIX. 3). Ved este insecto que fabrica su tela; va, viene, sube, baja, trabaja todo el día y se cansa; su trabajo es considerable, y el efecto nulo: tal es la vida de los hombres que emplean mal el tiempo; van, vienen, buscan goces, riquezas; se levantan, se encorvan, se bajan, trabajan, sudan, se consumen; y no ven que hacen telarañas. Se matan de trabajo para acudalar; y no ven que al fin de su carrera se hallarán con las manos vacías.

Los hombres se hacen justicia cuando tan claramente nos dicen que no piensan más que en pasar el tiempo; nos desecuran bastante con qué facilidad lo pierden. Pero ¿de dónde viene que la humanidad, que es naturalmente tan avara y que guarda con tanta avidez sus bienes, deje escapar de sus manos, sin sentimiento, uno de sus más preciosos tesoros? Distinguímos en esto dos causas, una que procede de nosotros, y otra del tiempo.

Relativamente á la que á nosotros atañe, es fácil comprender por qué se nos escapa el tiempo tan fácilmente: es que no queremos notar su brevedad y su fuga. Por qué, sea que, observando su duración, sintamos acercarse el fin de nuestra existencia y queramos alejar esta triste imágen; sea que por cierta holgazanería no sepamos emplear el tiempo, siempre es verdad que nada tenemos tanto como observar su ligero paso. ¿Qué pesados son para nosotros aquellos tristes días cuyos horros y cuyos momentos contamos! No son duros y pesados aquellos días cuya leugitud nos agobia? Así es que el tiempo es para nosotros un peso insufrible cuando lo sentimos sobre nuestros hombros. Por esto no descuidamos ningún artificio que nos impida notarlo, y nos lo haga perder mejor.

Pero, si tratamos de engañarnos, el tiempo facilita también el engaño; nos oculta lo que nos arrolla cada momento; y como los días se suceden, nos ciega. Nos hace contar muchas épocas, la infancia, la adolescencia, la juventud, la edad viril, la vejez y la decrepitud.

¡Oh ciegos mortales que contáis vuestros años en vez de pesarlos!... Los placeres y los negocios son vuestras habituales tareas; y por la afición á los placeres, el hombre no es de Dios; por el afán con

que cuida de sus negocios, no se pertenece tampoco á sí mismo. Tal es la vida del hombre de mundo. Así pierde todo su tiempo, perdiéndose por consiguiente á sí mismo.

Los que se detienen en lo que ven al rededor suyo, como en las criaturas, las riquezas, los placeres y los honores, pierden su tiempo..... Los que se detienen en sí mismos por orgullo, complacencia, vanidad; pierden tambien su tiempo.....

Los que no hacen nada, pierden tambien su tiempo.....; los que trabajan, pero trabajan mal, trabajan para la tierra, pierden su tiempo; los que no ensaman su trabajo hácia Dios, no trabajando por él, pierden su tiempo.....; los que hacen cualquier otra cosa que lo que deban hacer, pierden su tiempo.....; los que no hacen las cosas en su debido tiempo, pierden tambien el tiempo.....

En fin, todo tiempo que transcorre hallándonos con un sólo pecado mortal, es tiempo perdido.....

No olvidemos nunca que somos los economos de Dios, y que nos da como el amo á aquel economo de que nos habla el Evangelio: Dame cuenta de tu administracion..... *Redde rationem villicationis tuae.* (Luc. XVI. 2).

Lo espantoso es que todo lo que el hombre hace para perder el tiempo se va y pasa como el mismo tiempo; pero ante Dios no pasa, permanece entre los tesoros de su ira. Lo que habré puesto en el tiempo, lo hallaré; y si no he puesto más que iniquidades, hallaré tan sólo un implacable juicio. Lo que hago en el tiempo, pasa del tiempo á la eternidad, para ser irrevocablemente juzgado..... Sólo gozo de aquel placer prohibido un momento; pasa pronto, pero la cuenta que habré de dar no pasa: *Redde rationem villicationis tuae.*

No olvidemos nunca que somos los servidores de Dios. Recordemos cómo trató aquel amo del Evangelio, á su criado inútil y perezoso. Aquel que habia recibido un talento, dice el Evangelio, se acercó y dijo: Señor, yo sé que sois un hombre severo, que sagais dónde no habeis sembrado, y que recogéis dónde nada habeis esparcido; y así temeroso de perderle, me fui y escondí vuestro talento en tierra; allí deposité lo que es vuestro. Y su amo le replicó diciendo: ¡Oh servidor malo y perezoso, tú sabías que yo siego dónde no sembré, y que recojo dónde nada he esparcido. (Math. XIII. 24-26). Por tu propia loca te condeno, oh mal siervo: *De ore tuo te iudico, serce nequam.* (Luc. XIX. 22). Arrojad á este servidor inútil en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el cruzar de dientes: *Inutilium servum eiecit in tenebras exteriores; illic erit fletus et stridor dentium.* (Math. XXV. 30).

Así nos tratará Dios si perdemos el tiempo; si abusamos de esto don y lo profanamos.

Ora comais, ora bebais, dice el gran Apóstol, ó hagais cualquier otra cosa, hacedlo todo por la gloria de Dios: *Sive manducatis, sive*

Consta que he-  
mos de dar del  
tiempo por  
dicho.

UNIVERSIDAD AVILA

UNIV

*bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite.* (I. Cor. X. 31).

Tened cuidado, hermanos míos, dice en otra parte S. Pablo, de conducirnos con gran circunspeccion; no como imprudentes, sino como hombres cuerdos; regobrando en cierto modo el tiempo perdido, porque los dias de nuestra vida son malos: *Videte, fratres, quomodo cave ambuletis; non quasi insipientes, sed ut sapientes, redimentes tempus, quoniam dies mali sunt.* (Eph. V. 15-16).

Procurad tener un tiempo tranquilo para disfrutar á Dios, dice S. Agustín: *Emas tibi quietam tempus vacandi Deo.* (De celest. vita). Como el Apóstol, es preciso que olvidemos lo que está detrás de nosotros, lo que está encima de nosotros, el mundo, las criaturas y la carne; y hemos de lanzarnos hacia el Cielo con ardientes deseos y buenas obras.

Todo cuanto haceis, sea de palabra ó de obra, añade S. Pablo, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, y á gloria suya, dando gracias por medio de él á Dios Padre: *Omne quodcumque facitis in verbo, aut in opere, omnia in nomine Domini nostri Jesu Christi, gratias agentes Deo, et Patri per ipsum.* (Coloss. III. 17).

Vivid como si hubieseis de morir á cada instante, dice S. Jerónimo, y trabajad como si hubieseis de vivir siempre: *Sic vive tanquam semper moriturus; sic stude tanquam semper victurus.* (Epist.).

Hemos de considerarnos como peregrinos y huéspedes sobre la tierra, á semejanza de los Patriarcas y de los justos de la antigua ley, dice S. Pablo: *Confitemini quia peregrini et hospites sunt super terram.* (Hebr. XI. 13).

Queridísimos míos, dice el apóstol S. Pedro, encarecidamente os ruego que os miréis como extraños y peregrinos en la tierra.

Siendo nuestra alma del Cielo, debe ser extraña en la tierra; debe desear el Cielo y encaminarse allí. Jesucristo, para sacarnos de este destierro y llevarnos á nuestra patria, bajó á la tierra, nació en un pesebre, vivió como un extraño, y murió en un patibulo.....

Así es que: 1.º El cristiano debe recordar que es extraño en la tierra; y ha de portarse como un extraño..... 2.º El viajero todo lo ve sin aficionarse á ello, y lo mismo debe hacer el cristiano..... 3.º El viajero se va y cede á otro su sitio; acordémosnos que os preciso que hagamos lo mismo..... 4.º El viajero va derecho á su objeto, contentándose con el alimento y el vestido; no se ocupa más que de su viaje; así debemos obrar tambien nosotros..... 5.º El extranjero desca su patria; imitémoslo..... 6.º El viajero sufre con valor y perseverancia las fatigas del camino, el frío, el calor, el hambre, la sed, etc.; lo mismo debemos tambien hacer nosotros..... 7.º El viajero procura no tener tropiezos ni dificultades; por esto se conduce con honradez y justicia; á nadie insulta, se porta convenientemente con todo el mundo: tal es tambien el deber del cristia-

®

no..... 8.º El extranjero mira á todos los hombres como extranjeros; su corazón está en su patria, su espíritu con sus parientes, sus hijos, sus amigos: tal debe ser también la conducta del hombre creyente..... 9.º El viajero lleva una capa y un bastón; el cristiano debe llevar su cruz y revestirse de la capa de la oración, de la penitencia y de la modestia; debe revestirse de Jesucristo..... 10. El viajero no va inútilmente cargado: sólo lleva lo necesario; el buen empleo del tiempo exige también esto en el cristiano..... 11. El viajero no se detiene en su camino, sino que avanza para llegar al fin de su viaje. Hagamos lo mismo.....

S. Antonio mandaba decir cada día á sus solitarios: Hoy empezaré á servir á Dios y tal vez será esto el último de mis días. (*In Vita Patr.*)

¿Queréis, dice Séneca, veros libre de vuestro cuerpo, de este pecado, fúrdos? Habitadle como debiéndole dejar, miradle como á un extraño, y en la muerte le dejaréis sin dolor. (*Epist. XXII*).

No tenemos en la tierra una habitación fija, dice S. Pablo, sino que vamos en busca de la mansión futura: *Non enim habemus hic mansiónem ætèternam, sed futuram inquirimus.* (Hebr. XIII. 14).

## ENDURECIMIENTO.

¿Qué es un corazón endurecido? pregunta S. Bernardo. Es, dice, el que no tiene horror de sí mismo, porque no siente ya; es el que no se abre á la compunción, ni se ablanda por la piedad, ni se conmueve por las oraciones, ni se intimida por las amenazas; es el que se endurece bajo los golpes de la gracia y de las venganzas de Dios. No abriga reconocimiento por lo beneficios, es infiel á los buenos consejos, desapiedadado para condenar á los otros, sin vergüenza tratándose de las cosas más deshonestas, intrépido en los inminentes peligros de la salvación, inhumano respecto de sus semejantes, temerario respecto á Dios, olvidando el pasado, perdiendo el presente, y careciendo de prevision para el porvenir. Del pasado sólo recuerda las injurias recibidas: mata el presente, cierra los ojos al tratarse del porvenir, y no los abre más que para vengarse. Para expresar en una palabra todos los horrores de un corazón endurecido, basta decir que es un corazón que no teme á Dios ni respeta al hombre (1).

El endurecimiento es: 1.º La malicia del que quiera pecar y no quiere obrar bien.....; 2.º una terquedad y una adhesión firme á lo que está prohibido, hasta el punto de no querer desprenderse de ello, ni por los avisos, ni por los consejos, ni por las amenazas, ni por las promesas, ni por las recompensas, ni por los castigos, ni por las inspiraciones, ni por la gracia.....

Un corazón endurecido: 1.º no quiere comprender, para no verse obligado á obrar bien, dice el Salmista: *Noluit intelligere, ut bene ageret.* (XXXV. 4). Medita la iniquidad en su cama; permanece en la entrada de todos los malos caminos, y no rechaza ningún mal: *Iniquitatem meditatus est in cubili suo; auscultavit omni via non bona; malitiam non odium.....* (Psal. XXXV. 5). 2.º se alegra de obrar mal; se estremece de alegría en los mayores crímenes, dicen los Proverbios: *Lætantur cum malefecerint, exultant in rebus pessimis.* (II. 14). Cuando nos alegramos de las cosas más vergonzosas, cuando nos placemos en ellas, es la mayor de las desgracias, porque cambiamos entonces los vicios en afecciones, en costumbres, y ya no cabe remedio.....; 3.º el corazón endurecido baja el fondo del mal, se burla de Dios y de la virtud.....; 4.º su pecado

(1) *Quid est esse durum? Solum est cor quod sensitivum non ardet, quia nec sentit. Ipsum est quod nec compunctum sentit, nec pietate molitur, nec movetur precibus, misericordiam non audit, beneficiis indignatur. Ingratum est ad benedicta, ad consilia infidelium, ad iudicia severum, inprocedendum ad turba, impavidum ad pericula, inhumanum ad humanitas, lenocivium in divitiis, proteritiorum infidelitatem, presentium negligens, futuram provisiens. Ipsum est, cui presertimam, preter solas ignorans, nihil criminum non terret, presentium nihil non perit, futurorum nulla, nisi ad insensentium, prospectio, suum proteritum est. Et ut in levi cuncta horribilis malis compunctus, ipsum est quod nec Deum timet, nec hominem reveretur. Lib. I. de Consol.*

no..... 8.º El extranjero mira á todos los hombres como extranjeros; su corazón está en su patria, su espíritu con sus parientes, sus hijos, sus amigos: tal debe ser también la conducta del hombre creyente..... 9.º El viajero lleva una capa y un bastón; el cristiano debe llevar su cruz y revestirse de la capa de la oración, de la penitencia y de la modestia; debe revestirse de Jesucristo..... 10. El viajero no va inútilmente cargado; sólo lleva lo necesario; el buen empleo del tiempo exige también esto en el cristiano..... 11. El viajero no se detiene en su camino, sino que avanza para llegar al fin de su viaje. Hagamos lo mismo.....

S. Antonio mandaba decir cada día á sus solitarios: Hoy empezaré á servir á Dios y tal vez será esto el último de mis días. (*In Vita Patr.*)

¿Queréis, dice Séneca, veros libre de vuestro cuerpo, de este pecado, fúrdos? Habitadle como debiéndole dejar, miradle como á un extraño, y en la muerte le dejaréis sin dolor. (*Epist. XXII*).

No tenemos en la tierra una habitación fija, dice S. Pablo, sino que vamos en busca de la mansión futura: *Non enim habemus hic mansiónem ætèternam, sed futuram inquirimus.* (Hebr. XIII. 14).

## ENDURECIMIENTO.

¿Qué es un corazón endurecido? pregunta S. Bernardo. Es, dice, el que no tiene horror de sí mismo, porque no siente ya; es el que no se abre á la compunción, ni se ablanda por la piedad, ni se conmueve por las oraciones, ni se intimida por las amenazas; es el que se endurece bajo los golpes de la gracia y de las venganzas de Dios. No abriga reconocimiento por lo beneficios, es infiel á los buenos consejos, desapiedadado para condenar á los otros, sin vergüenza tratándose de las cosas más deshonestas, intrépido en los inminentes peligros de la salvación, inhumano respecto de sus semejantes, temerario respecto á Dios, olvidando el pasado, perdiendo el presente, y careciendo de prevision para el porvenir. Del pasado sólo recuerda las injurias recibidas; mata el presente, cierra los ojos al tratarse del porvenir, y no los abre más que para vengarse. Para expresar en una palabra todos los horrores de un corazón endurecido, basta decir que es un corazón que no teme á Dios ni respecta al hombre (1).

El endurecimiento es: 1.º La malicia del que quiera pecar y no quiere obrar bien.....; 2.º una terquedad y una adhesión firme á lo que está prohibido, hasta el punto de no querer desprenderse de ello, ni por los avisos, ni por los consejos, ni por las amenazas, ni por las promesas, ni por las recompensas, ni por los castigos, ni por las inspiraciones, ni por la gracia.....

Un corazón endurecido: 1.º no quiere comprender, para no verse obligado á obrar bien, dice el Salmista: *Noluit intelligere, ut bene ageret.* (XXXV. 4). Medita la iniquidad en su cama; permanece en la entrada de todos los malos caminos, y no rechaza ningún mal: *Iniquitatem meditatus est in cubili suo; astutus omni via non bona; malitiam non odium.....* (Psal. XXXV. 5). 2.º se alegra de obrar mal; se estremece de alegría en los mayores crímenes, dicen los Proverbios: *Lætantur cum malefecerint, exultant in rebus pessimis.* (II. 14). Cuando nos alegramos de las cosas más vergonzosas, cuando nos placemos en ellas, es la mayor de las desgracias, porque cambiamos entonces los vicios en afecciones, en costumbres, y ya no cabe remedio.....; 3.º el corazón endurecido baja el fondo del mal, se burla de Dios y de la virtud.....; 4.º su pecado

(1) *Quid est esse durum? Solum est cor quod sensitivum non ardet, quia nec sentit. Ipinus est quod nec compunctum sentit, nec pietate molitur, nec movetur precibus, misericordia, beneficiis laudatur. Ingratum est ad benedicta, ad consilia, iustitia, ad iudicia severum, inprocedendum ad turba, impavidum ad pericula, inhumanum ad humanitas, lenocivium in divas; proteritiorum, invidiosum, insensitum, inhumum, futurum, presentium nihil non perit, futurorum nulla, nisi ad insensitum, prospectio, suum proteritio est. Et ut in brevi tracta horribilis malis compunctus, ipsum est quid nec Deus timet, nec hominem reveretur. Lib. I. de Consol.*

es como indestructible, y su herida incurable....; 5.º no se avergüenza de sus crímenes, ni siquiera de los más degradantes....; 6.º es incorregible....; 7.º Dios le abandona, le rechaza, le desprecia y le maldice....; 8.º herido de Dios, no siente nada, y no tiene ya remordimientos; los ha ahogado con sus excesos....; 9.º con su costumbre fuerte é ineterada de obrar mal, le es casi imposible hacer bien y evitar obrar mal....; 10. S. Pablo dice que semejan te corazón amonitou en si el furor de Dios, y que está entregado á su reprobado sentido, llamando tambien este gran apóstol á semejante ser, hijo de perdicion y vaso destinado á ser roto, vaso lleno de crímenes y de furoros, del que se derraman los más negros crímenes....; 11. este corazón añade iniquidad, sobre iniquidad, agrava más y más su deplorable y lastimoso estado, manchiándose con nuevas inmundicias, sumergiéndose profundamente á cada hora y á cada momento en la inmensa cloaca de las pasiones más asquerosas é infamantes....

Non endure-  
mox gradua-  
mento.

El hábito es el primer grado que lleva al endurecimiento, impeñándonos al fondo del abismo....; el segundo grado es la ceguedad del espíritu que nace del hábito de pecar....; el tercer grado que conduce al endurecimiento, es la impudencia la obstinacion en en la voluntad de pecar, y la impenitencia....; el cuarto grado es el desprecio de Dios....; el quinto es la desesperacion; y con la desesperacion todo está perdido por el Cielo, no queda ya más que un infierno eterno....

Los justos suben al Cielo por grados opuestos á los citados, por los grados de las virtudes. Porque de una virtud van á otra, y la virtud se cambia en santa costumbre. De ahí proceden grandes luces sobrenaturales. Iluminados, ya no tienen voluntad; la de Dios es dueña de su alma; no aman más que á Dios, y no esperan más que en él; perseveran en este precioso estado; crecen en él y su union con Dios se aumenta cada dia. Aunque están todavía en la tierra, su alma está en el Cielo y tienen seguro el Cielo, segun aquellas palabras del Rey Profeta: Irán de virtud en virtud hasta que vean al Dios de los dioses en la santa Sion: *Domus de virtute in virtute; celebrabit Deus deorum in Sion.* (LXXXIII. VIII).

El corazón es  
endurecido es  
diagra.

Veamos detalladamente lo que es un corazón endurecido. El hombre endurecido está en un abismo oscuro, y nada ve; la piedra de su endurecimiento cierra la entrada del abismo, en cuyo fondo yace: *Erat opulencia, et lapis superpositus erat ei.* (Juan. II. 88). ¡O insensatos galatas, á pueblo ciegal quíen os ha fascinado el espíritu para que no obedeciais ya á la verdad! *O insensati galatae, quis vos fascinavit non obedere veritati?* (Gal. II. 4). Hablar de Dios, de relacion, de virtud á un corazón endurecido, es hacerlo oír una lengua bárbara, extraña, un bronce sonoro, un cimbalo que produce un ruido ininteligible....

El corazón endurecido no ve ya la ley de Dios, ni sus deberes, ni los golpes de la justicia de Dios....

El corazón de este pueblo está ciego, dijo Isaias; sus oídos no oyen; sus ojos están cerrados; ha tenido ver la luz, oir la verdad, tener la inteligencia del corazón, convertirse y verse curado de sus males. (VI. 10).

Al hombre endurecido pueden aplicarse aquellas palabras de Jeremías: Mi alma ha caído en la fosa, y han colocado una piedra sobre mí: *Lapsa est in lacum vita mea, et posuerunt lapidem super me.* (Lament. III. 53).

En vez de mirar al Oriente, que es Dios, el endurecido se vuelve hácia el Occidente, dice S. Agustin, es decir hácia el mundo, el demonio, la muerte y el infierno: *Vocat te Oriens, et tu attendis Occidentem.* (Homil.).

El corazón en-  
durecido es re-  
bellde.

El rey Asnero llama á la reina Vasthi; pero ella rehosa y desprecia la orden del rey: *Qua renuit, et ad regis imperium venire contempsit.* (Ester. I. 12). tal es la conducta del endurecido. El Rey de los reyes le llama con su gracia, su palabra, sus inspiraciones y sus beneficios; todo lo desprecia: *Qua renuit, et ad regis imperium venire contempsit.*

Os he llamado, dice el Señor en los Proverbios, y vosotros os habeis alzado; os he alargado la mano, y vosotros no me habeis atendido; no habeis hecho caso de mis consejos, y habeis despreciado mis amenazas: *Vocavi, et renuistis; extendi manus meas, et non fuit qui aspiceret. Desprestitis omne consilium meum, et inceptationes meas neglexistis.* (I. 24. 25).

Han endurecido su corazón como una piedra, y no han querido volver á mí, dice el Señor por boca de Jeremías: *Induraverunt facies suas supra petram, et noluerunt reverti.* (V. 3.) Han roto mi yugo, y se han desprendido de mis lazos de amor: *Confringerunt jugum, ruperunt vincula.* (Id. V. 5.) ¿A quíen hablaré? ¿á quien pediré que me escuche? Incivenciosos son sus oídos, y no pueden oírme; la palabra del Señor ha llegado á ser para ellos un onprobio, y no la recibirán: *Cui loquar? et quem contestabor ut audiat? Ecce invocum-cisus aures eorum, et audire non possunt; ecce verbum Domini factum est eis in approbium, et non suscipient illud.* (Id. VI. 10). Corazones endurecidos, os he llamado, y no me habeis respondido, dice el Señor: *Vocavi et non respondistis.* (Id. VII. 13).

He aquí lo que les he mandado, dice el Señor: Escuchad mi voz, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis el pueblo mío; y seguid constantemente el camino que os he señalado, á fin de que seáis felices. Empero ellos no me han escuchado, no han dado oído á mis voces; pero se han sumergido en los deseos depravados de su corazón; han vuelto atrás, y no han adelantado. Profeta Jeremías, diles todas estas cosas; mas no te escucharán: llámales, y no te responderán. (VII. 23-24-27).

O he enviado de antemano á todos mis siervos, los profetas, para deciros: Retroceded en vuestro mal camino, y dedicados ahora al bien; pero no habeis querido darles oido ni obedecerme: *Missique ad vos omnes servos meos, prophetas, consurgens diluculo, mittensque et dicens: Convertimini unusquisque a via sua pessima, et bona facite studia vestra; et non inclinastis aurem vestram, neque audisti me.* (Jerem. XXXV. 15).

Profeta Ezequiel, la casa de Israel no quiero escucharle, porque ni á mi mismo quiere oírme; porque toda la casa de Israel es de frente desearada y de corazón endurecido: *Domus Israel nolunt audire te, quia nolunt audire me, omnis quippe domus Israel atrita fronte est, et duro corde.* (III. 7).

Hé aquí lo que dijo el Señor de los ejércitos: Convertios de vuestros malos pasos y de vuestros malvados designios. Ellos empero no me escucharon, dice el Señor: *Hæc dixit Dominus exercituum: Convertimini de vis vestris malis, et de cogitationibus vestris pessimis; et non audierunt me, dicit Dominus.* (Zach. I. 4).

Corazón endurecido, has dicho: No obedeceré: *Et dixisti: Non serriam.* (Jerem.).

Yo, vuestro Dios, vuestro Criador, vuestro Redentor y vuestro Rey, quiero reinar sobre vosotros, quiero colmaros de bienes, quiero salvaros; y me habeis respondido: No queremos que reineis sobre nosotros; no queremos otro Rey que nuestra voluntad, el demonio, el mundo y las pasiones: *Nolumus hunc regnare super nos.* (Luc. XIX. 44). *Non habemus regem nisi Casarem.* (Juan. XIX. 15).

Tal es la rebelión del corazón endurecido....

Nada contem-  
pe al corazón  
endurecido.

El corazón del endurecido está marchito y muerto; ha llegado á ser como una roca, dice la Sagrada Escritura. Nada puede comoverle, ni caricias, ni amenazas, ni promesas, ni favores, ni el rayo, ni los castigos de Dios: *Emortuum est cor ejus intrinsecus, et factus est quasi lapis.* (I. Reg. XXV. 37).

El corazón del endurecido, dice Job, es duro como la roca, como el yunque bajo los golpes del martillo del herrero: *Cor ejus indurabitur tanquam lapis, et stringetur quasi malleatoris incus.* (XLI. 45).

Sumeridos en un profundo sueño, los endurecidos no se despiertan al estampido del trueno de las amenazas de Dios, dice S. Bernardo; ni tiemblan tampoco en medio del más espantoso peligro: *Alto demersi oblivionis somno, ad nullum dominice comminationis tonitruum expergiscuntur, ut suum periculum expavescant.* (In declamat.).

Divino Jesús, vuestra sagrada boca ha dicho que los muertos que yacen en las tumbas oirán la voz del Hijo del hombre y saldrán de las sombras de la muerte. (Joann. V. 25-28). O vosotros, corazones endurecidos más extraños á la vida que los mismos inertes, muertos desde más de cuatro días, cuyos entrañas ya corrompidas por hábitos inveterados dan horror, huesos secos y privados de toda savia, ¿pueda podrá reanimaros?

El hombre sumergido en el endurecimiento de todo se burla y todo lo desprecia, la ley, la gracia, los Sacramentos, la palabra de Dios; la religión, la conciencia, la vida, la muerte, el juicio, el cielo, el infierno el tiempo, la eternidad y el mismo Dios.... Y nadie se desprecia tanto á sí mismo como el empedernido.... No escuchar á nadie, ¿no es despreciarlo todo?

El corazón en-  
durecido todo  
lo desprecia.

Los corazones endurecidos, dice S. Cipriano, desprecian los preceptos de Dios, que serían el más eficaz remedio de sus heridas; no quieren hacer penitencia; imprudentes ántes de cometer el crimen, se obstinan en permanecer en el después de cometerlo. Cuando debían estar en pié, han caído; y cuando debían prosternarse y humillarse, han querido permanecer de pié: *Dei præcepta contemnunt; medelam vulneris negligunt; agere penitentiam nolunt; ante admissionem facinus improvidi, post facinus obstinati; quando debuissent stare, jacuerunt: quando jacere, et prosternare se Deo debent, stare se optantur.* (Ex. lib. de Lapsis.).

Cuando se ha llevado la audacia y la imprudencia, dice S. Bernardo, hasta no temer ni titubear, ya es cometer el mal sin estremecerse, es un estado desesperado: *Impudentia et frontuositas, cum obtulerunt ut non pavent, non hærent, non contremiscat, ea jam denum desperatio est.* (In Declamat.).

Cuando el impio ha caído en el abismo de los pecados, de nada hace ya caso, dicen los Proverbios: *Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.* (XVIII. 3).

En medio de su impiedad, no sólo no buscan al Salvador los corazones empedernidos, sino que buyen de él al punto que se acerca. Están infinitamente lejos de Dios, y le desprecian cuando se acerca á ellos. La enfermedad del corazón endurecido es una aversión al remedio, porque ha perdido enteramente el gusto de los bienes eternos. Si se los presentais, le inspiran horror; si les enseñais la tierra prometida, se vuelve á Egipto; el maná celestial sólo le excita el disgusto. La oreja extraviada no reconoce ya la voz del pastor que le llama y le tiende los brazos; quiere quedarse entre las dientes del lobo que la devora....

El endurecido abusa de la oración, de la gracia, del tiempo, etc.... Su ingratitud, su desobediencia y su terquedad le hacen peor....

El corazón en-  
durecido se  
vuelve peor  
hasta en pre-  
sencia de los  
medios que po-  
drían restituirle.

Farson, al ver que la lluvia, el granizo y los rayos habían caído, agravó su pecado endureciéndose más y más: *Videns Phario quod cessasset pluvia, et grandis, et tonitruum, auri peccatum.* (Exord. IX. 34).

Andan siempre aprendiendo, y jamás arriban al conocimiento de la verdad, dice S. Pablo. Son hombres de un corazón corrompido, réprobos en la fe. (II. Tim. III. 7-8).

No pueden sufrir lo que se les dice: *Non portabunt quod dicebatur.* (Hebr. XII. 20).

La cera se derrite al sol ó al fuego, y el barro se endurece de igual manera, á pesar de ser de la misma naturaleza el calor producido. Lo propio sucede en el orden espiritual: los justos, que pueden compararse á la cera ante el Señor, se derriten y convierten en fuego del amor de Dios; y por el contrario, los corazones empedernidos, que no son más que barro, como el corazón de Faraon, se secan y se endurecen más á medida que Dios trata de abrasarlos en el fuego de su amor.

El corazón del empedernido se endurece aún más cuando se le amonesta con caridad ó se le amenaza con la ira de Dios.

Señor, dice Jeremías, azotasteis á estos perversos, y no les dolió; endurecieron sus frentes más que un peñasco, y no han querido convertirse á vos: *Domine, percussisti eos, et non doluerunt; induraverunt facies suas super petram, et noluerunt reverti.* (V. 3). Quanto más experimentan la acción de la gracia, de la paciencia, de la bondad y de la justicia de Dios, más se empedernecen....

Sea más impio y malvado á medida que Dios los ofrece más grandes y preciosos medios de salvación. Ved si nó á los que no quieren cumplir con el deber pascual, á los que se resisten á una gracia extraordinaria de santos ejercicios, de mision ó de jubileo; aun son peores despues, y llegan hasta á burlarse de los que se aprovechan de la abundancia de gracias.... Su furor es semejante al de la serpiente, dice el Salmista, como el del aspid, que se hace sordo, que se tupa sus oidos para no oír: *Furor illis secundum similitudinem serpentis, sicut aspides surda, et obturantibus aures suas.* (LVII. 5).

El corazón empedernido imita al áspid en sus movimientos.

No pueden aplicarse al corazón endurecido aquellas palabras del Apocalipsis: ¿Sé en dónde habitas, habitas con Satanás, estás en su escuela, él te instruye, y te imitas? *Scio ubi habitas, ubi sedes est Satanæ.* (II. 13). El corazón endurecido vive como los demonios y los condenados. Muchos doctores creen que es tan orgulloso Satanás y está tan empedernido en el mal, que si Dios le dijese: Humíllate, pídemelo perdón, y te libraré de las eternas penas; preferiría ser eternamente desgraciado antes que humillarse ó implorar misericordia; antes que confesarse culpable y arrepentirse. Así también los corazones endurecidos prefieren la enemistad de Dios y la condenación, antes que volver en sí mismos, arrepentirse, humillarse y cambiar de vida. Han hecho pacto con la muerte, dice Isaías, y un convenio con el infierno: *Percussimus factus cum morte, et cum inferno fecimus pactum.* (XXVIII. 15).

El corazón empedernido se halla el mal para escudarse y vanagloriarse en él.

El corazón endurecido discurre y calcula para hacer el mal, gastándose en este infernal trabajo, dice el Rey Profeta: *Scrutati sunt iniquitates, defecerunt scrutantes scrutatio.* (LXIII. 7).

El que es poderoso en la malignidad, se vanagloria de su maldicia, dice el Salmista: *Gloriaris in malitia, qui potens est in iniquitate.* (LI. 3).

El corazón corrompido y endurecido se goza cuando obra mal, y hace gala de su maldad, dicen los Proverbios: *Lætantur cum malefecerint, et exultant in rebus pessimis.* (II. 11).

El hábito de su endurecimiento es como un lecho en donde descausa con alegría, donde duermen sus remordimientos; y lo mismo que los demonios, no siente alegría sino al obrar mal; no teniendo gusta para el bien, sólo se deleita en la maldad, se ve arrastrado como por un movimiento natural; el mal le es familiar, se complace en él como el animal inmundó; se complace en revolversse en el barro: *Lætantur cum malefecerint, et exultant in rebus pessimis.*

No sólo aquel pecador que no quiere convertirse pretende excusar y justificar sus crímenes, sino que hace alarde de ellos, no los encubre, dice Isaías: *Peccatum suum quasi Sodoma prædicaverunt.* (II. 9). No hallaría bastante placer en su inemperancia, dice Bossuet, si no se ababase de ella públicamente, si no la hiciese gozar, dice Tertuliano, de toda la luz del día y de todo el testimonio del Cielo: *At enim delicta vestra, et luce omni, et nocte omni, et tota cæli conscientia fruantur.* (Ad Nation., lib. I. número 16). ¿Los veis aquellos orgullosos empedernidos que se placen en hacerse grandes con su licencia, que se imaginan elevarse muy por encima de las cosas humanas por el desprecio de todas las leyes, y creen que el pudor sólo procede de la timidez, y la consideran como cosa pueril é indigna? Estos hombres no sólo desprecian, sino que insultan públicamente á toda la Iglesia, á todo el Evangelio y la conciencia de todos los hombres.

Llegado al fondo del abismo del mal, el pecador endurecido todo lo desprecia; pero, dice la Escritura lejos de vanagloriarse, debiera ver que la ignominia y el opróbio le siguen: *Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit; sed sequitur eum ignominia et opprobrium.* (Prov. XVIII. 3). Se burla de los consejos y del que se los da; se burla de todos los crímenes y de toda vergüenza; se burla del pudor y de la modestia, de todos los peligros, de todas las pérdidas, de todos los derechos divinos y humanos, de lo sagrado como de lo profano, del Cielo, de los ángeles, del mismo Dios, cuya providencia actúa por negar y también su existencia. Se ríe de su conciencia, se ríe de los suplicios, se ríe de la virtud, de toda corrección, del perdón y del remedio, es un frenético desesperado. Se ríe vanidosamente de todas las cosas. Está cubierto de infamia y de deshonra, y se gloria y se alegra de ello. Estos son los últimos límites de la iniquidad, dice el profeta Malaquías: *Vanabantur terminis impietatis.* (I. 4).

El pecador empedernido, dice Jeremías, presenta el semblante de una mujer prostituta y atrevida cuya frente es incapaz de sonrojarse; la misma elevación de espíritu y de corazón tiene él: *Frons mulieris meretricis facta est tibi; noluit erubescere.* (III. 3).

El corazón empedernido es el receptáculo de todos los vicios.

Todo está contaminado en el hombre empedernido, su alma y su conciencia, dice S. Pablo: *Inquinatae sunt eorum et mens et conscientia.* (Tit. I. 15). El hombre empedernido se precipita en la maldad, dicen los Proverbios: *Qui mentis est dure, corrueit in malum.* (XXVIII. 14).

De la cabeza á los pies todo su sér moral es una llaga, dice Isaias; sus heridas lúidas se encuentran más cada día. ¿En dónde está el aparato para cerrarlas, el remedio para calmarlas, y el bálsamo para dulcificarlas? (I. 6). No quiere salir de este horrible y deplorable estado, lo que ciertamente es el último exceso del mal....

Perseverancia en el endurecimiento.

Los pecadores endurecidos quisieran, si pudiesen, vivir siempre, á fin de poder pecar siempre, dice S. Gregorio; porque prueban evidentemente que desean vivir siempre para pecar siempre, puesto que no dejan de obrar mal mientras viven. La gran justicia de Dios determina por consiguiente que los que nunca han querido dejar de pecar durante su vida, sean castigados con un suplicio sin fin: *Votuisset, si potuissent, sine fine vivere, ut potuissent sine fine peccare. Oportendunt enim quia in peccato semper vivere cupiunt, qui nunquam desinunt peccare dum vivunt. Ad magnam ergo iustitiam iudicantis pertinet, ut nunquam careant supplicio, qui in hac vita nunquam voluerunt cessare peccato.* (De penit., can. IX).

Quieren pecar con audacia y pecar siempre; y siempre pecan, y amando siempre el pecado, hacen como un pacto eterno con el pecado, con la muerte, el demonio y el infierno....

Violadores de mi ley, como dice el Señor por boca de Isaias, os vi ya en el seno de vuestra madre, y ya sabia que habiais de ser prevaricadores obstinados: *Ex tunc aperta est auris tua, scio enim quia prevaricans prevaricaberis, et transgressorem ex utero vocavi te.* (XLVIII. 8).

Os llamé, y no me respondisteis; hablé, y no hicisteis caso: *Vocavi, et non respondistis; loquutus sum, et non audistis.* (Isai. LXV. 12). Escuchad mi voz, les dije, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo. Pero ellos no me han escuchado, y se han sumergido en los deseos y en la depravacion de su corazón desde el día en que sus padres salieron de la tierra de Egipto hasta el día de hoy. Yo les envié á todos mis siervos, los profetas; mas los hijos de mi pueblo no me escucharon, sino que se hicieron sordos y endurecieron su cerviz y se portaron peor que sus padres. (Jeren. VII. 23-36).

¿Hasta cuándo será imposible el curarlos de su idolatria, dice el profeta Oseas? *Usquequo non poterunt emundari?* (VIII. 5). ¿Cuánto tiempo, dice S. Jeronimo, durará esta voluntad obstinada? ¿Donde hallar una locura tan grande como el rehusar la curacion que el Señor ofrece? (*Lib. super Matth.*).

Ved, dice S. Gregorio, el endurecimiento de los judios que no reconocen todavía á Jesucristo por Mesias, á pesar de las profecias que leen cada día y de los milagros que tuvieron lugar. Los elementos

insensibles reconocieron á su Autor; y el corazón de los judios, más duro que las peñas, no quiso reconocerle, y no han querido hacer penitencia. (*Lib. Moral.*).

A pesar de la bondad de Jesucristo, dice S. Crisostomo, Judas perseveró en su criminal endurecimiento, vendió á su Maestro, y su aborrecida desesperacion: *Ille vero in malo suo proposito mansit.* Pecadores endurecidos, no sigais el ejemplo de Judas. (*Homil. I. in Prod. Jude.*).

Es moralmente imposible, dice el gran Apóstol, que aquellos que han sido una vez iluminados, habiendo gustado el don celestial de la Eucaristia y que han sido hechos partícipes de los dones del Espíritu Santo; que los que se han alimentado de la palabra santa de Dios y la esperanza de las maravillas del siglo venidero; y á pesar de esto han caído, es imposible, digo, que puedan ser rehabilitados por la penitencia. Porque la tierra que embelba la lluvia que cae á menudo sobre ella y produce yerba que es provechosa á los que la cultivan, recibe la bendicion de Dios; mas la que brota espinas y abrojos, es abandonada de su dueño. Y queda expuesta á la maldicion y al fin para en ser abrasada. (*Hebr. VI. 4-8*). Si pecamos voluntariamente despues de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no hay desde aquel momento holocaustos por el pecado. (*Hebr. X. 2-6*).

El hombre pervertido se corrige muy dificilmente, dice el Eclesiástico: *Peccata difficile corriguntur.* (I. 18).

Estaba atado, dice S. Agustin, no con cadenas extrañas, sino por mi voluntad endurecida. Mi enemigo tenía mi voluntad, no habia forjado cadenas, y me tenía agarrotado: *Ligatus eram, non ferro alieno, sed mea ferrea voluntate. Velle meum tenebat inimicus, et inde mihi catenam fecerat, et constrinxerat me.* (*Confess.*).

El corazón empedernido no se convierte casi nunca, porque no quiere; prefiere continuar ofendiendo á Dios, y rechaza todos los medios propios para su salvacion. Entónces Dios se retira y le maldice; y sin Dios lo es imposible volver de sus extravios.

Es precioso, sin embargo, no desesperar; todo lo es posible á Dios; es omnipotente y lleno de misericordia; ha perdonado á otros grandes pecadores; pero no hemos de perseverar en el mal.

La causa del empedernimiento, dice S. Agustin, es la fuerza del desgraciado hábito del mal, que agolija el alma y no le permite resucitar ni respirar. (*Lib. Confess.*). Otra causa del endurecimiento es el no escuchar la palabra de Dios y no aprovecharse de ella....

La causa tercera es la eguiedad del espíritu y la afecion al pecado, que nos hace rechazar y despreciar el temor de Dios....

La causa cuarta es el orgullo. El corazón orgulloso es duro, inflexible é incorregible....

Es casi imposible salir del endurecimiento.

Causa del endurecimiento.



Señales del endurecimiento.

Hay cinco señales y cinco efectos de endurecimiento: 1.º la ceguera espiritual, de la que dice Job. En medio del día irán tanteando como en las tinieblas, y vacilarán como si estuviesen ebrios: *Palpabunt quasi in tenebris, et non in luce, et errare eos faciet quasi ebrios.* (XII. 25).

2.º La sordera voluntaria. Han dicho á Dios: Retiraos de nosotros, no queremos conocer el camino que nos indicais: *Qui dixerunt Deo: Recede á nobis, et scientiam viarum tuarum nolumus.* (Job. XXI. 14).

3.º El desprecio de Dios y de los hombres. Cuando el impio ha bajado al fondo del abismo, todo lo desprecia: *Impius, cum in profundum venerit peccatorum, contemnit.* (Prov. XVIII. 3).

4.º La obstinacion en no querer corregirse.....

5.º El entorpecimiento y el sueño espiritual.....

Desgracia que causa el endurecimiento.

Cuando las vírgenes locas se presentaron á la puerta del esposo, dice el Evangelio, llamaban diciendo: Señor, abridnos; pero El les respondió: En verdad os digo que no os conozco: *Amen dico vobis nescio vos.* (Math. XXV. 11-12).

Si hay un ser á quien Dios no conozca, es el corazon endurecido. Y aquel á quien Dios no conoce, no es conocido del Cielo, ni de los ángeles, ni tampoco de los bienaventurados; no es conocido más que del demonio, de la muerte y del infierno. ¡Considerad la desgracia del hombre empedernido!.....

Desgraciados, exclama S. Agustín, aquellos corazones de quienes Dios se retira y huye: *Ite illis á quorum lapideis cordibus Deus fugit!* (Lib. Confess.).

No hay paz para el impio, dice Isaias: *Non est pax impiis.* (XLVIII. 22).

El corazon empedernido es como un mar tempestuoso: *Impii quasi mare feruens.* (Isai. LVII. 30).

Es un estado de muerte, ya en esta vida, el estado de un corazon empedernido. Está entregado á sus reprobados sentidos, y no es ya más que un bloque cascado, y hundido en el abismo, incapaz de contener la gracia.....

Desgraciado durante su vida por la privacion de todo goce verdadero, el corazon endurecido es todavia más desgraciado en la hora de su muerte. El corazon endurecido será muy desgraciado en el último de sus dias, dice el Eclesiástico: *Cor durum habebit male in novissimo.* (II. 27). Nadie se atreve á advertir á un pecador endurecido del riesgo de muerte en que se halla, porque todos temen no poder convertirle, y muchas veces Dios permite que muera como ha vivido.....

En este momento supremo, su corazon se marchita más y más, la confianza huye lejos de él. Sus mismas esperanzas causarán abominacion y tormento á su alma, dice Job. (XI. 20).

En la hora de la muerte, dice el Salmista, el pecador endurecido verá, y se irritará; rochinará los dientes, se consumirá, y se desvanecerán sus deseos: *Peccator videbit, et irascetur; dentibus suis fremet et tabesceat; desiderium peccatorum peribit.* (XXI. 10).

Corazones empedernidos, dice S. Pablo, ¿despreciáis las riquezas de la bondad de Dios, de su paciencia y de su largo sufrimiento? ¿No reparáis que la bondad de Dios os está llamando á la penitencia? Y sin embargo, con vuestra dureza y vuestro corazon impenitente recaudais un tesoro de ira para el día de la venganza y de la manifestacion del justo juicio de Dios: *An divitiis bonitatis eius, et patientie, et longanimitatis contemnitis? Ignoras quoniam benignitas Dei ad penitentiam te adducit? Secundum duritiam tuam et impenitentem cor, thesaurizas tibi iram in die iræ et revelationis justi iudicii Dei.* (Rom. II. 4-5).

Señor, dice el Salmista, precipitaréis á los impiós en el abismo: *Deducas eos in puteum interitus.* (LIV. 24). Ya no verán jamás la luz: *In æternum non videbit lumen.* (Psal. XLVIII. 20).

Los empedernidos murmuran y blasfeman contra Dios; Dios les oye, y el fuego de su cólera se enciende, y estalla su ira: *Male locuti sunt de Deo; ideo audivit Dominus, et distulit, et ignis accensus est, et ira ascendit.* (Psal. LXXVII. 19-21).

El corazon empedernido, añade el Salmista, ha amado la maldicion, y esta maldicion vendrá sobre él; no ha querido la bendicion, y ésta se alejará de él; se ha cubierto con la maldicion como con una capa, y esta maldicion ha entrado como el agua en sus entrañas, y como el aceite en sus huesos. Sea élla para siempre el vestido con que se cubra, y la cintura con que se ceña (1).

Pecadores endurecidos, huid de Dios, pero no os escaparéis de sus venganzas..... La recompensa de una voluntad terca y endurecida, será la obstinada y perpétua pena del infierno.....

Aunque cometido en el tiempo, dice S. Bernardo, el crimen de un corazon inflexible y obstinado en el endurecimiento es castigado durante la eternidad; porque este crimen, que tan pronto pasa en el tiempo y en la adesion, dura muchísimo por la voluntad pertinaz en el mal; de tal manera, que si el pecador endurecido no muriese nunca, nunca querría dejar de ofender á Dios; antes, al contrario, querría vivir siempre, para poder siempre obrar mal: *Ob hoc inflexibilis et obstinata mentis malum puniatur æternaliter, licet temporaliter perpetratum: quia quod breve fuit tempore, vel opere, longum esse constat in pertinaci voluntate; ita ut, si nunquam moretur, nunquam velle peccare desinoret, imo semper vivere velit, ut semper peccare possit.* (Epist. CCLIII).

(1) Diligit maledictionem, et vult ei; et nolit benedictionem, et elongatur ab eo. Et tunc maledictionem sicut vincituram, et iterum dicit: quia in inferno erit, et sicut oleum in vasibus suis. Fiat et accept. testamentum quo operatur, et sicut zona que semper precipitur. CVIII. 16-19.

Castigos que ha de sufrir el corazon endurecido.

Si no me escucháis, dice el Señor en el Levítico, y si no cumplís todos mis mandamientos; si despreciáis mis leyes, y no hicierais caso de mis juicios, dejando de hacer lo que he ordenado, y violando mi pacto, ved aquí la manera con que yo también me portaré con vosotros: os castigaré de repente con la polvra y con un ardor que os abrasará los ojos y consumirá vuestras vidas; os dirigiré una mirada con rostro airado, y caeréis á los pies de vuestros enemigos; traeré sobre vosotros para castigaros males siete veces mayores, por causa de vuestro endurecimiento. Quebrantaré el orgullo de vuestra rebeldía, y haré que para vosotros sea el cielo de hierro, y de bronce la tierra. Inútil será todo vuestro trabajo; vuestra tierra no producirá su esquilmo, ni los árboles darán fruto; enviaré contra vosotros las fieras del campo para que os devoren á vosotros y á vuestros rebaños. Y si todavía no creéis arrepentiros y marcháis contra mí, yo también marcharé contra vosotros y os heriré constantemente; os arrojaré la espada vengadora; y si os refugiáis á las ciudades muradas, os enviaré la peste, y caeréis en manos de vuestros enemigos. Pereceréis entre las naciones, y la tierra enemiga os consumirá. (XVII)

El emparedado Faraon es castigado con diez plagas, y acaba por perecer en el mar Rojo. El brazo de la justicia de Dios no es ahora menos temible; y los que imitan á Faraon serán también ahora severamente castigados.

El endurecimiento del corazón es el camino que lleva en derriba al abandono de Dios, á la impetencia final y á la reprobación eterna....

La ceguera del espíritu pertenece propiamente á la inteligencia, y el endurecimiento á la voluntad; una y otro son afectos al pecado, y la causa del pecado, y la pena del pecado....

Qué á Jeremias: He aquí lo que dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Yo voy á traer sobre esta ciudad y sobre todas las ciudades que dependen de ella, todos los males con que yo la he amenazado; ya que han endurecido su cerviz para no atender á mis palabras: *Hec dicit Dominus exercituum, Deus Israel: Ecce ego involvam eam per cecitatem eam, et super omnes vires eius, inversa malo que luculus non auferunt eam; quoniam induverunt cecitatem suam, et non audiverunt sermones meos.* (XIX. 45).

No me habeis escuchado, dice el Señor; y por esto os vais á quedar á merced de la espada, de la peste y del hambre, y os enviaré desparrramados por todos los reinos de la tierra. (Jerem. XLIII. 13-17).

Y el Señor dijo á Osens: Pon á esta ciudad por nombre *No más misericordia*, porque yo no usaré ya en adelante de misericordia alguna con los hijos de Israel: *Foca nomen eius Ansur misericordia, quia non adiam ultra misereri domui Israel, sed obliuione oblitiscar eorum.* (I. 6).

El más terrible castigo para el pecador es ser olvidado de Dios; es

la prueba de la impetencia y de la obstinación por parte del pecador, y del abandono y de la reprobación por parte de Dios. Dividido de Dios, nada tiene que esperar de El el hombre endurecido, nada de su gracia, nada de su sabiduría, ningún bien. La causa de este olvido, de este abandono de Dios, procede de que aquel corazón empedernido es el primero que abandona á Dios; y el que olvida y abandona á Dios, bien merece la pena del Talion, es decir, que Dios le olvide y le abandone á su vez....

Ved el castigo de los judíos deicidas....

El hombre es quien propia, directa y activamente se ciega, se endurece y se abandona á sus reprobadas inclinaciones....

Dicen que Dios endurece al hombre criminal; pero, si lo hace, es indirectamente. Porque el endurecimiento es una afcción culpable y directa por la cual el hombre rechaza la gracia y pone obstáculos voluntarios para impedirle obrar misericordiosamente; y siendo este impedimento voluntario y exclusivo del hombre obstinado, es un pecado grave que obliga á Dios á retirarse. Al retirarse Dios, el pecador no puede ya volver á levantarse, y de ahí viene el endurecimiento....

Dios deja y endurece al hombre: 1.º permitiendo que se ciega y endurezca...; 2.º quitándole poco á poco, porque lo merece, no la gracia suficiente, sino la gracia eficaz, la abundancia de las gracias...; 3.º dejando al demonio más poder sobre el hombre...; 4.º presentando al hombre ocasiones de caída, ocasiones que son circunstancias buenas e indiferentes en sí mismas, como, por ejemplo, la vista de ciertas personas, las riquezas, los honores y las alforraciones. Dios prevé que con estas ocasiones caerá el hombre en el pecado, pero libremente, por su propia voluntad, y se empedernirá en tal estado. Cuando Dios le presenta estas ocasiones, no es sin embargo para hacerlo caer, porque Dios no tienta á nadie, ni quiere directamente la pérdida de nadie, habiendo muerto por la salvación de todos; pero presenta estas ocasiones para hacer un bien, para experimentar y para obligar á merecer. Así endureció Dios á Faraon, enviando las plagas de Egipto, con objeto de que, al verlas, el Rey se humillara y obedeciera; pero irritado Faraon por los castigos que padecía, se volvió más obstinado, más endurecido, y resistió aún más á Dios. Así, el endurecimiento de Faraon provino directamente de su propia falta, de su propia voluntad....

Dios endurece al pecador no teniendo lástima de él, y abandonándole á su endurecimiento y á sus pecados. Cuando un padre adoptivo quiere colmar de bienes y de riquezas al hijo que adopta, si este niño se burla de su bienhechor, lo desprecia y huye de él, ¿es culpable dicho padre con abandonar y echar hijos de sí á aquel ingrato? Y si aquel rebelde llega á ser desgraciado, ¿quién tiene la culpa? ¿quién es culpable? ¿quién de los dos debe ser condenado?

En Dios; endurecer es no tener lástima, es dejar á alguno por-

El endurecimiento es obra del pecador, y no de Dios.

que lo mereca. Dios jamás es el primero que abandona; y si se aleja del hombre, es el hombre el que le fuerza á retirarse.....

Isaías, así como el Rey Profeta, enseña de una manera clara y evidente que los pecadores se empedernecen á sí mismos propia y directamente con su malicia. Cuando extendereis los brazos hacia mí, dice el Señor por boca de Isaías, apartaré mi vista; rogareis, y yo no os escucharé; porque vuestras manos están ensangrentadas. Lavaos, purifícaos, haced desaparecer de mi vista la malicia de vuestros pensamientos, cesad de practicar la injusticia, aprended á obrar bien, amad la justicia, ayudad al oprimido, proteged al huérfano, y defended á la viuda. Y renid y acusadme, dice el Señor, si vuestros pecados, tan encarnados como la escarlatina y el bermellón, no quedan tan blancos como la nieve ó el vellón más puro (1).

Escuchad ahora al Real Profeta: Si oís hoy la voz del Señor, dice, no se endurezcan vuestros corazones: *Hodie, si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (XCV. 8). No es pues Dios el que endurezca directamente...; se lo obliga á que retire su gracia.

Y hablando todavía de Faraón, desgraciado modelo de los endurecidos, es evidente que por su propia malicia y voluntad llegó á endurecerse. Está claramente probado, 1.º, en que Dios le envió diez veces á Moisés para que permitiese marchar á los Hebreos; Dios no quería pues más que la salida, la marcha de su pueblo; no quería endurecer á aquel Rey de Egipto; y si enviaba plagas, no era más que para obligarle á dejar á los Israelitas en libertad... 2.º Dios castigó severamente á Faraón que se obstinaba; Dios no es pues el autor de las faltas que venga, dice S. Fulgencio: *Deus reluctanter Pharaonem gravissime punxit; atque Deus non est auctor eorum cujus est ultor.* (Eps. IV). 3.º La Escritura atribuye al mismo Faraón su falta y su empedernimiento. Se dice en el Éxodo: Viéndose Faraón libre del mal, apesgó su corazón: *Videns Pharaon quod data esset requies, ingravitat cor suum.* (VIII. 15). Se dice también que viendo Faraón que la lluvia, la piedra y los truenos habían cesado, agravó su pecado y se obstinó su corazón: *Videns Pharaon quod cessaret pluvia, et grandis, et tonitrua, auxilii peccatum; et ingravitatum est cor ejus.* (Éxod. IX. 34-35).

Dice S. Pablo que Dios usa de misericordia con quien quiere, y endurece á abandona en su pecado al que le place: *Cujus vult, miseretur; et quem vult, indurat.* (Rom. IX. 18). He aquí el verdadero sentido de estas palabras: los judíos incrédulos y sus imitadores han sido rechazados de la justicia; pero los cristianos creyentes han sido justificados. Así explicadas las palabras de S. Pablo, pues este es su verdadero sentido, resuelven todas las dificultades: este ora el fin y

la intencion del Apóstol. Los cristianos han sido elegidos para la justificación, y á los judíos se les ha excluido; porque los cristianos han abrazado la fe de Jesucristo, y los judíos la rechazaron....

Los judíos son los que positiva y directamente se han endurecido á sí mismos; há ahí por qué han llegado á ser vasos de ira y de reprobacion. Dios no los ha hecho así, sino que les ha sufrido, es decir, que en su paciencia ha permitido que pecasen, durando largo tiempo el castigo; y en este sentido es como se dice que Dios les ha empedernido. No es Dios el que les ha hecho vasos de cólera; muy al contrario, ellos mismos son los que por su falta y su voluntaria impenitencia se han convertido directamente en vasos de cólera y de reprobacion....

Dios está siempre pronto á tener misericordia del que se la pide...

El bien y la predestinacion vienen de Dios; pero el mal y la reprobacion vienen de nosotros.... Sólo el hombre puede pecar y pecar; pero sólo Dios le saca del pecado, cuando el hombre no se opona ni quiere oponerse á la accion de la gracia de Dios.....

Los medios de salir del endurecimiento son:

1.º Escuchar la voz de la gracia de Dios: *Audite me, dura corda, qui longe estis á justitia.* (Isaí. XLVI. 12).

Hijo del hombre, ¿piensas que estos huesos secos han de resucitar?... Tú les dirás: ¡O muertos! escuchad la palabra de Dios: *Fili hominis, putatne vivent ossa ista?... Et dices eis: Ossa arida, audite verbum Domini.* (Ezech. XXXVII. 3-4).

2.º Orar y obedecer á Dios. Jonás huyó de Dios, y una ballena se lo tragó; Jonás en el vientre de aquel pez monstruo dirigió su oracion á Dios, y Dios le salvó. (Jon. I. 2).

3.º Aplicarse á amar á Dios. No hay corazón de bronce tan endurecido que no pueda ablandarse con el fuego del amor de Dios, dice S. Agustin: *Nihil tam durum et ferream, quod non igne amoris emolletur.* (Lib. de Morib. Eccles. c. XXII).

4.º Estar firmemente resuelto á salir del pecado....

5.º Tener una gran devocion á la santa Virgen. Esta devocion obra milagros.....

Medios de salir del endurecimiento.

(1) Cum extenditis manus vestras, averturn oculos meos á vobis; cum multiplicaveritis orationes, non exaudiam: manus enim vestras sanguine plenas sunt. Levimini, mundi estote, nolite malum cogitationum vestrorum in oculis meis: quibus hec accersa pervenit. Diluite sanguinem, qualem justitiam, subvertite operibus, paritate populo, sed nolite nocere. Et vocatis, et arguente nos, dicit Dominus: si fuerint super te, contra te accedimus, quasi six stantibus, ut si fuerint rura quasi vorticulus, vocat una alia. Isai. I. 15-18.

## ENVIDIA.

(¿Qué es envidia?)

«A envidia, dice S. Agustín, es el odio por la felicidad de otros: *Quid invidia, nisi odium felicitatis alienae?* (Homil. XX. Inter L.).»

«¿Qué es envidia? preguntaron á Aristóteles. Es, respondió, la antagonista de la prosperidad. (Elioh.).»

«La envidia es el triste y secreto efecto de un orgullo pusilánimo, que se siente rebajado ó anonadado por cualquier brillo de los demás y no puede soportar la luz más insignificante.»

La envidia es un gusano escorpión.

«La envidia es la más baja, la más odiosa, la más vituperada de todas las pasiones, dice Bossuet; pero tal vez la más común y aquella de quien pocas almas se hallan enteramente puras. Los hombres quieren manifestar delicadeza, y la honra de nuestro amor propio nos hace tan grandes á nuestra vista, que tomamos por un atentado la menor esperanza de contradicción, y nos arrebatamos por poco que se nos hieira. Pero lo más particular y desreglado en nosotros, es que un delicado somos, que nos irritan sin hacernos mal, nos hieren sin tocarnos.—Uno, por ejemplo, hace su fortuna inocentemente, y nos convierte en enemigos suyos con su buen éxito; entonces, ó su virtud nos hace sombra, ó su reputación nos ofusca. Los escribas y fariseos no pedían entrar á Jesucristo, ni la pureza de su doctrina, ni la inocente sencillez de su vida y de su conducta, que confundía su hipocrita envidia, su orgullo y su avaricia.»

«O envidia, exclama perfectamente S. Gregorio Nazianceno, tú eres la más justa y la más injusta de todas las pasiones! Injusta ciertamente, porque aligés á los inocentes; pero justa también á la vez, porque castigas á los culpables; injusta, porque atormentas á todo el género humano; pero soberanamente justa, porque empiezas tu obra maligna por el corazón que te concilia. (Anton. in Meliss., lib. I. c. XXV).»

«Los celos y la envidia son cierto conflicto entre las pasiones más furiosas.»

La envidia atormenta al que lo padece.

«La envidia es el tormento supremo del que la abriga. Así como el moho consume el hierro de que ha salido, dice Antístenes, así es consumido el envidioso por su propio vicio: *Sicut ferrum consumit rubigo, et ipsemet vicius, in invidias suo ipsemet vicio contabescit.* (Aquil. Laetium, lib. VI. c. I.).»

«La envidia, dice S. Crisóstomo, es siempre el verdugo de su autor: ella hace más sensible el sufrimiento, atormenta el espíritu, crucifica el alma y corrompe el corazón. ¿Qué más diremos? El que le abriga, experimenta su tiranía y su suplicio sin término, porque es amigo de guardar á este enemigo doméstico. ¿Qué fin

pueden tener los tormentos del que se aligó por el bien de los demás, del que se atormenta por la felicidad de otros? (1).»

«El envidioso está siempre agitado; está furioso como un lobo voraz, lleno de indignación y de miseria; la envidia es un veneno lento que arruina la salud. Se conoce al envidioso por su rostro pálido y lleno de ira; imita á Satanás y participa de su crimen. La envidia ciega, y amontona la ira y la tristeza....»

«Sócrates compara la acción de la envidia sobre el espíritu con la de la sierra en el cuerpo: *Invidia est animi incidens sierra.* (Anton. in Meliss., lib. I. c. XXVI).»

«La envidia, dice S. Agustín, es el gusano roedor del alma, su mancha y su verdugo; es una vivora: *Invidia est anima tinea, tabes, carnisifer, viper.* (De Morib.).»

«Preguntándose á Sócrates qué es lo que es dañoso á los buenos y atormenta á los malos, contestó: La felicidad de los malos es dañosa á los buenos; y la prosperidad de los buenos atormenta á los malos con la envidia. (Anton. in Meliss., lib. I. c. XXVII).»

«Los hermanos de José concibieron una envidia mortal, porque Jacob amaba más á éste que á ellos; y de ahí nació el odio, la ira y la venganza. (Gen. XXXVII. 4).»

«El envidioso tiene los ojos enfermos; todo lo que es brillante y hermoso, le ofende y daña; está agitado, atormentado por la gloria y la virtud de los demás; y su envidia aumenta á medida que se acrecienta la gloria y la virtud del prójimo.»

«El envidioso es diez veces desgraciado; lo es por sus males y por los bienes de los demás. El envidioso hace muchas veces con su envidia más grande y más feliz á aquel cuya posición codicia. Así los hermanos de José con su cruel envidia fueron causa de la elevación, del honor y de la gloria de su hermano.»

«San Gregorio enseña que el envidioso tiene un espíritu pusilánimo, un corazón estrecho, vil y abyecto; porque teniendo envidia de los demás, prueba que es más pequeño que ellos y que es inferior; da á luz su pequenez y su pobreza, y prueba en efecto que no tiene lo que envidia y codicia. (Lib. V. Moral.).»

«La envidia hasta abate y consume el cuerpo. Así dicen los Proverbios que la envidia es escarcoma de los huesos: *Putredo ossium invidia.* (XIV. 30).»

«La envidia es la más cruel de las enfermedades y la más terrible muerte del corazón.»

«El envidioso siente que otro posea tanto como él; siente tener menos que otro.»

«O envidia, exclama S. Crisóstomo, manantial de la muerte, enfermedad que contiene á todas las enfermedades, y agudísima punta

(1) *Invidia invidiam semper manifestat exitus; extendit seculum, torquet animas, discruciat facies, corripit carnisque. (Quid plura? (Hoc est qui receperit, non solum animi sed et corporis, non in se deservit semper digni habere torquentem. (Quis illi proleperit? Vixit, ubi silicis bonum ponit est, ubi cruciatum est animi felicitas? Sermo. CLXXXII.)*

que atraviesa el corazón: *Ō invidia, mortis radix, multiplex morbe, cordis acutissime clavel* (Anton. in Meliss., lib. 1, c. XXVI).

Ō suprema injusticia de la envidia! exclama Paladas: el envidioso odia la felicidad de los demás: *Ō maximam invidia improbitatem! invidius odit fortunatum*. (Apud Stobæum, serm. XXXVIII).

El que envidia la opulencia, dicen los Proverbios, no ve que ha de caer en la pobreza. *Qui alius invidet, ignorat quod egestas superveniet ei*. (XXVIII, 22).

La envidia, dice S. Bernardo, es la lepra del alma: destruye el buen sentido, quema las entrañas, agobia el espíritu de pesar, roe el corazón como un cáncer, aniquila todos los bienes con sus emponzoñados ardores. El envidioso comete un pecado envidiando á los demás. *Ō envidiosos que codiciáis la felicidad ajena, no destruyáis la vuestra; porque si la muerte espiritual acompaña siempre á la envidia, no podéis á un mismo tiempo envidiar y vivir* (1).

La envidia, dice la Escritura, es un tormento implacable como el infierno; sus brasas, brasas ardientes y un volcan de llamas: *Dura sicut infernis simulatio; lampades ejus, lampades ignis atque flammarum*. (Lant. VIII, 6).

La envidia es el veneno más poderoso del amor propio; éste veneno empieza por consumir al que lo arroja sobre los demás, y le lleva á los más negros atentados. El orgullo es naturalmente empujador, y quiere brillar; pero la envidia es hipócrita se oculta bajo toda clase de pretextos, y se place en los más secretos y negros manejos....

Puritas y castidad de la envidia.

La envidia, dice S. Crisóstomo, es una especie de peste; coloca al hombre en la condición en que se halla el demonio, y hace de él uno de los más crueles espíritus infernales. La primera muerte fué cometida por mano de la envidia; la envidia desconoció el amor fraternal: *Invidia pestiferum malum, hominem in diaboli conditionem, atque in demonem immanissimum convertit. Invidia prima hominis cordes apparatus; invidia fraterna caritas contempta est*. (Homil. XII, in Matth.).

1.º La envidia manifiesta un espíritu vil y despreciable.... 2.º La envidia no sufre superioridad.... 3.º Impido y destruye muchas veces las cosas más grandes.... 4.º Es amarga y está llena de hiel.... 5.º Se complace en dos cosas principalmente, en alegrarse de los males, y alijarse de la prosperidad ajena.... 6.º Es la desgracia suprema del hombre....

El envidioso, dice S. Basilio, es aborrecido en todo y por todos; es semejante á un buque agitado por la tempestad; es semejante á los demonios: *Vir invidus omnibus modis execratur; invidus amicit*

(1) Invidia est animi labe, curam comedit, pectus iri, mentem efficit; cor humanis quasi quondam pestis dirigit, et cuncta boni ardore pastidit devoret. In vidis altissima bonum suum facit involvendo peccatorum. O envidiosus es qui salutem invidias alienam, pericito est tunc: Si animi ubi invidia, sit mors, profecto non potes animi et invidio et vivere. De Interiori domo, c. XLII.

naci cum jaclatur á fluctibus maris; invidus homo particeps demorum efficitur. (Homil. de invid.).

La envidia, fué, dice S. Agustín, la que arrojó al ángel del Cielo, y al hombre del paraíso terrestre; ella es la que mató á Abel, la que armó á los hermanos de José, arrojó á Daniel en la fosa de los leones, crucificó á Jesucristo, y aborció á Judas. Ō hermanos míos, predicad á altas voces que la envidia es la bestia feroz que arrebató la fe, destruye la concordia, aniquila la justicia, y engendra todos los males. Ella es la que destruyó los muros de Jerusalem, despoló á Roma, arrasó á Cartago, y devastó la ciudad de Troya (1).

Huyamos de la envidia como de un mal intolerable, dice S. Basilio, como siendo el resultado de la orden dada por la serpiente, la invención del demonio, el alimento de nuestro enemigo, las arras del castigo, un obstáculo para la piedad, el camino del infierno, y la privación del reino de los cielos. Los envidiosos convierten en vicios hasta las más bellas virtudes, no dejando nunca de calumniar á todo lo que es digno de alabanza (2).

Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, dice la Sabiduría: *Invidia autem diaboli mors introiit in orbem terrarum*. (II, 24).

San Crisóstomo llama á la envidia invención de Satanás, peste la más espantosa, vicio el más negro y horrible, y bestia feroz que todo lo destruye, haciendo desaparecer la salvación. (Homil. XII, in Gen.).

La envidia, dice S. Gregorio de Nisa, es el mayor de los males, madre de la muerte, primera puerta del pecado, y raíz de los vicios: *Invidia malorum princeps, mortis mater, prima peccati janua, vitiorum radix*. (Homil. in Gen.). La envidia, dice el mismo Santo Doctor, es el principio de los dolores, la madre de la miseria, la causa de la desobediencia, el manantial de la inominia, un aguijón emponzoñado, un puñal oculto, la enfermedad de la naturaleza, una bilis venenosa, una llaga funesta, un dardo de hiel, un potro que sujeta al hombre, una llama que devora el corazón, y un fuego interior. Los envidiosos son aves de rapina. (Homil. in Gen.).

Los envidiosos, dice S. Crisóstomo, son peores que los malos, semejantes á los demonios, y aun casi más malos; porque los malos nos atacan movidos por el hambre, ó porque se les provoca y se les irrita. Pero, haciendo beneficios á los envidiosos, corresponden haciendo daños; atrayéndoles con favores, atacan y persiguen. Y hasta los mismos demonios, aunque es verdad que nos hacen una guerra

(1) Hinc est que angelum de Cælo projectum, hominem de paradiso crucifixum, Abelen occidit, doctam Josephum in aratro, Isaacum in bovum laqueo, et cetera miserum crucem afflicto, et Judam in aspectu sustulit. Fratres mei, super lecta predicato quod in via est illa fera pessima que fidem tollit, conversationem dissipat, justitiam disperdit, et omnia mala generat. Hinc muros Jerusalem everiti, Romanam depopulavit, Carthaginam destruxit, Trojam devastavit. Serm. XXVIII de Temp.

(2) Evagatoria intolerabilia malum, verperat proceptum, diaboli incantum, inimici estis, panemque aratro, pietatis impedimentum, via ad gubernium, regni civiumque peritio. Omnes virtutes speciosas in vicia vitiorumque noxia convertunt invidiosus, suscipiens calumnias rufos laudibus delatante. Homil. de Invid.

encarnizada, no se persiguen unos á otros: por esto cerró Jesucristo la boca á los judíos envidiosos, cuando movidos de rencor decían que Jesucristo arrojaba los demonios en nombre de Beelzeb, príncipe de los ángeles malos. Si Satanás, contestaba él, echa fuera á Satanás, es contrario á sí mismo: ¿cómo pues ha de subsistir su reino? Por esta razón, añadió él, los mismos demonios serán vuestros jueces: *Si Satanás Satanam ejicit, quomodo stabit regnum ejus? Ideo ipsi judices vestri erunt.* (Matth. XII. 26-27). Pero los envidiosos no respetan á sus semejantes, ni tampoco á sus parientes: se hacen una guerra cruel; porque el envidioso detesta al envidioso, el celoso maldice al celoso. Este crimen, añade S. Crisostomo, no es perdonable: *Omni reus caret hoc peccatum.* El lascivo, en efecto, puede dar por excusa la fuerza de la concupiscencia; el ladrón puede alegar la necesidad, la pobreza; el asesino puede excusarse con su ira. Pero vosotros envidiosos, decidme ¿qué excusa podreis dar? *Tu vero quanam dices causam, rogo?* Ninguna, sino vuestra perversidad sin límites: *Nullam peccatus, nisi tantum intusam nequitiam.* Este vicio es peor que la fornicación y que el mismo adulterio: *Hoc vitium, et fornicatione pejus est, et adulterio.* Porque el furor del vicio impuro halla límites en la misma acción; pero el furor y los estragos de la envidia destruyen la Iglesia y el mundo entero. Por la envidia mató el demonio al género humano en la persona de Adán. (*Homil. in Gen.*)

La envidia motiva todos los engaños, todos los disimulos; las sospechas, los odios, las guerras, las sediciones, los cismas, las herejías y todas las revoluciones políticas y religiosas. ¡Muera pues la envidia, que tantas estragos ha causado!....

La envidia se alegra de los males y se alige de los bienes del prójimo. Se opone á todas las acciones honrosas, dice Aristonymo: *Invidia honestis actionibus obstitit.* (In Diatrib.)

Es un azote espantoso la envidia, dice S. Crisostomo; este azote se ha extendido por el mundo entero, asolándolo todo. De ahí proviene la injusticia, las heridas, los odios y la avaricia. (*Homil. LIII. in Joann.*)

Los espantosos estragos de la envidia son palpables, dice S. Cipriano; son numerables: la envidia es la raíz de todos los males, el manantial de las disputas y pleitos, el arsenal de todos los crímenes, y la materia de todos los desórdenes. La envidia mata el temor de Dios y la ciencia de Jesucristo. Todo lo hace olvidar la envidia, la muerte, el juicio, la salvación y hasta Dios. (*Tract. de Zelo et Livore.*)

Los envidiosos, dice S. Prospero, aman el mal, y sienten y lloran el bien; arden en enemistad gratuita, y están llenos de hipocresía: siempre llenos de amargura, siempre vacilantes, son los amigos del demonio, y los enemigos de Dios, de la sociedad y de sí mismos; son odiosos á todos los hombres; se atormentan por lo que debiera ser su consuelo, y rebosan de alegría cuando habrían de llorar amar-

gamente. Perversos y crueles para sí mismos, lo son también para los demás. (*De Vita contemplat., lib. III. c. IX.*)

La envidia tiene por allegados el odio, la maledicencia, la calumnia, la alegría en las desgracias, y la tristeza en las prosperidades ajenas....

La envidia, dice S. Cipriano, excita la ambición, el desprecio de Dios y de su servicio; excita el orgullo, la perfidia, la prevaricación, los arrebatos, las discordias y crueldad; la envidia no puede sufrirse ni contenerse cuando encuentra la autoridad en su camino. Ella rompe los lazos de la paz y de la caridad; ella corrompe la verdad, destruye la unidad, y se encamina directamente al cisma y á la herejía. ¡Qué crimen más horrible que tener envidia de la virtud y de la felicidad de los demás, y aborrecer en ellos sus méritos naturales ó sobrenaturales! ¡Qué crimen convertir en mal el bien de los demás, no poder sufrir los progresos de otros, y experimentar atroz tormento por la felicidad ajena! ¡Qué locura y que furor dar entrada en nuestro pecho á un verdugo, á un tirano que desgarrar las entrañas! (*Serm. de Zelo et Livore.*)

La envidia se oculta en un principio; se traduce primero en maledicencias disfrazadas, y luego en calumnias, en traiciones; y todos los malos artificios, que son su obra y herencia, vienen siguiendo la marcha de la serpiente. Pero, cuando, con tan tristes y sombríos artificios, la envidia se ha sobrepuesto á todo, estalla y reúne á la vez contra el inocente, cuya gloria le confunde, el insulto y la burla, con toda la amargura del odio y los últimos excesos de la crueldad....

Y la envidia es un mal sin fin. Los otros males, dice S. Cipriano, tienen un término; pero la envidia no lo tiene; es un mal que siempre es mal, es un pecado sin fin: *Mala cetera habent terminum; invidia hominum non habet; permanens juxter malum, et sine fine peccatum.* (*Serm. de Zelo et Livore.*)

Los remedios contra la envidia, son: la humildad, la modestia, el desprecio de la gloria y de los bienes temporales, y el deseo de los cielos. La templanza en el uso de las riquezas excluye también la envidia.

La dulzura, la mansedumbre, la bondad y la caridad destruyen la envidia....

Huyamos de la envidia. No seamos ambiciosos de vanagloria, dice S. Pablo á los Galatas, provocándonos los unos á los otros, y reciprocamente envidiándonos: *Non efficiamur inanis gloria cupidi, invicem provocantes, invicem invidentes.* (V. 26).

Hemos de alegrarnos del bien de los demás. ¡Qué importa! dice S. Pablo á los Filipenses, con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado en esto, me gozo, y me gozaré siempre: *Quid enim? Inim omni Christus annuntietur, et in hoc gaudeo, sed et gaudebo.* (I. 18).

Hemos de alegrarnos con los que se alegran, y participar de las aflicciones de los tristes, sufriendo con ellos....

Remedios contra la envidia.

## ESCÁNDALO.

**¿Qué es escándalo?**  
 El escándalo, dice Santo Tomás, es una palabra ó una acción que carece de rectitud y causa la ruina del prójimo: *Dictum vel factum minus rectum, probans alteri ruinam.* (De Peccat.).

El escandaloso es un hombre perniciosísimo, dice la Escritura: se insinúa con palabras péfidas, sus ojos centellean, hace señas con el pie; habla con los dedos, maquina el mal en su depravado corazón, y todo tiempo siembra discordias. (*Prov.*).

El escandaloso, dice S. Efrén, pierde la fe, cae en los vicios, desprecia los sacramentos, se burla del infierno, y jamás se ocupa del Cielo. (*Serm. IV.*).

**Exornidad del escándalo.**  
 ¡Ay del mundo á causa de sus escándalos! ¡Ay de aquel hombre que causa el escándalo! dice Jesucristo: *Vae mundo á scandalis! Vae homini illi per quem scandalum venit!* (Matth. XVIII. 7). La Sagrada Escritura no habla ordinariamente así sino cuando se trata de una falta grave.

Nuestro Señor Jesucristo considera el escándalo como un pecado enorme, puesto que dice: Mejor te sería, á quien escandalizarse á uno de estos parvullitos que creen en mí, que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese sumergido en el profundo del mar: *Qui scandalizaverit unum de parvulis istis, qui in me credunt, expedit ei, ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris.* (Matth. XVIII. 6).

Los malos hombres, dice S. Pablo, y los impostores irán de mal en peor, errando y haciendo errar á otros: *Mali homines, seductores, proficient in pejus, errantes in errorem mittentes.* (II. Tim. III. 13).

El escandaloso se ha prostituido á hacer la maldad, dice la Escritura: *Venudatus ut faceret malum.* (III. Reg. XXI. 20). Se ha vendido para ser esclavo del pecado, dice S. Pablo: *Venudatus sub peccato.* (Rom. VII. 14).

El escandaloso es para los demás un principio de ruina; come y bebe la iniquidad, y la devora.... Llegá hasta los últimos límites del mal, dice el profeta Malaquías: *Vocabuntur termini impietatis.* (I. 4).

El escándalo es un pecado monstruoso que ataca á Dios, al prójimo y al mismo que lo comete; quita á Dios su gloria, al prójimo su alma, y al escandaloso el Cielo.

Crimen enorme; porque ¡qué mayor crimen que matar un alma!...

Crimen dialéctico. El demonio fué homicida desde el principio, dice Jesucristo: *Ille homicida erat ab initio.* (Joann. VIII. 44). Tal es también el crimen de los escandalosos....

Crimen contra el Espíritu Santo, porque ataca de un modo directo la caridad, y el Espíritu Santo es personalmente la caridad misma...

Crimen esencialmente opuesto á la Redención, Jesucristo murió para salvar las almas, y el escandaloso vive para matarlas.... Así es que el crimen de escándalo es un pecado directo contra el mismo Jesucristo. Lo asegura el gran Apóstol: Pecando contra los hermanos y llagando su conciencia, pecáis contra Cristo: *Pecantes in fratres, et percutientes conscientiam eorum, in Christum peccatis.* (I. Cor. VIII. 13).

**Malicia del escándalo.**  
 Pueden aplicarse al escandaloso aquellas palabras de S. Pablo dirigidas al mágico Elimas: ¡O hombre lleno de toda suerte de fraudes y embustes, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿no dejarás nunca de subvertir los caminos del Señor? *O plene omni dolo, et omni fallacia, fili diaboli, inimice omnis justitiae, non desinis subvertere vias Domini rectas?* (Act. XIII. 10).

A aquellos cuya vida es un perpetuo escándalo, deben aplicarse los muchos pasajes en que la Sagrada Escritura habla de los impíos, Conjuriándose contra mí, resolvieron entre ellos el quitarme la vida, dice el Salmista: *Dum concenserunt simul advertere me, accipere animam meam consiliati sunt.* (XXX. 14).

Para hacer caer á los demás, los escandalosos cansáronse de escudriñar ardidés, dice el Real Profeta: *Scrutati sunt iniquitates; defecerunt scrutantes scrutatio.* (LXIII. 7). Me tendieron ocultos luzos en este camino por donde yo andaba: *In via qua ambulabam, absconderunt lapideum mihi.* (Psal. CXXI. 4).

El escandaloso es la antigua serpiente que seduce con promesas engañosas; es la serpiente escondida en la yerba; es el león que acecha su presa....

Los escandalosos se desvelan para obrar mal, para hacer caer en el mal, dice Isaías: *Vigilabant super iniquitatem; peccare faciebant homines.* (XXIX. 21).

Su malicia ha llenado la medida, añade también Isaías: *Completa est malitia ejus.* (XL. 2).

Se alegran cuando preparan el mal, dicen los Proverbios; y so estronecen de alegría en la iniquidad: *Lætantur cum male fecerint, et exultant in rebus pessimis.* (II. 13).

El escandaloso está sentado en todos los caminos, aguardando como un ladrón y un asesino á los pasajeros para robarlos y matarlos, dice Jeremías: *In viis sedebas, expectans quasi latro.* (III. 2). Su sola ocupacion es perder al prójimo: *Supplantabit, fraudulenter incedet.* (Jerem. IX. 4).

Como la serpiente que tentó maliciosamente á Eva para seducirla, el escandaloso emplea con astúcica malicia seductorás palabras. ¡Por qué no has de comer de esta fruta! dice al que quiere sacrificár. Está prohibido; si como de ella, moriré. De ninguna manera morirás; serás feliz: *Nequaquam morietur; eritis sicut dii.* (Gen. III. 4-5).

Corrupción del  
escandaloso.

El escandaloso, dice S. Agustín, se avergüenza del pudor y se vanagloria de no conocerlo: *Pudet non esse impudentem.* (In. Psal.).

Los escandalosos se han pervertido, dice el Salmista, y se entregan á pensamientos abominables: *Corrupti sunt, et abominabiles facti sunt in studiis suis.* (XIII. 1).

Su corazón es un abismo corrompido, la reunión de todos los reptiles inmundos y de cuanto hay más asqueroso: *Illic reptilia quorum non erit numerus.* (Psal. CIII. 26).

Los escandalosos son como aquellas viñas de Sodoma y Gomorra cuyas uvas son de hiel y todos los racimos amargos. Su vino es la espuma de los dragones y el veneno mortal de las áspides (1).

La vida de los escandalosos está llena de disolución; sus costumbres y sus acciones son depravadas; no piensan, no quieren y no hacen más que el mal, y el mal para ellos y para los otros. Son vasos emponzoñados y llenos de putrefacción, inmundas cloacas donde se reúne todo lo más inmundo é infecto. La vista, el oído, la lengua, las manos, los pies, el espíritu, el corazón, la memoria, la voluntad, la inteligencia, todo lo pervierten y corrompen. El escandaloso es un cadáver en disolución que todo lo infecta y á todas partes lleva la muerte.

Estragos que  
causa el  
escandaloso.

El escandaloso, dice Isaías, ha hecho pacto con la muerte y un convenio con el inferno: *Percussimus fedus cum morte, et cum inferno fecimus pactum.* (XXVIII. 15).

Los escandalosos imaginan mil iniquidades en su interior; todo el día están armadome contienda, dice el Salmista; aguzan sus lenguas viperinas; veneno de áspides es lo que tienen debajo de ellas: *Cogitaverunt iniquitates in corde; tota die constituebant praelia. Acuerunt linguas suas sicut serpentes; venenum aspidum sub labiis eorum.* (Psal. CXXIX. 3-4). Que nadie de entre nosotros, dicen ellos, esté exento de nuestras imperezas; dejemos en todas partes huellas de alegría: tal es nuestra dote y nuestra suerte. Desprecie-mos al justo miserable; no respetemos ni la vida; no acatemos ni al anciano de frente encanecida por el tiempo. Pongamos lazos á los inocentes, é interrogémoslos por el ultraje. (*Sap. II. passim.*)

Los escandalosos manchan sus dardos con sangre inocente, y apagan su sed con la sangre de los que ellos han muerto. (*Deuter. XXXI.*)

Sus pies corren á la maldad, dice Isaías, y se apresuran á derramar la sangre inocente; por do quiera que pasan, dejan la desolación y el quebranto: *Pedes eorum ad malum currunt, et festinant ut effundant sanguinem innocentem; vastitas et contritio in vis eorum.* (LIX. 7). Echan mano de las saetas y del escudo, y son crueles y

(1) De vasa Sodomorum vinas eorum, et de sideribus Gomorrorum uva eorum, uva fallax, et hirci aspidum. Eci draconum circum eorum, et vinarum aspidum inaspidale. *Deuter. XXXII. 22-23.*

desapiadados, dice Jeremías: *Sagittam et solum arripit, crudeliter est, et non miserabitur.* (VI. 23).

Se han convertido en leones, dice el profeta Ezequiel, y han aprendido á arrebatarse la presa y á devorar á los hombres: *Leo factus est; et dilixit capere predam, hominemque comedere.* (XXX. 3). Tan sólo con su presencia quedan yertos de terror los pueblos, dice el profeta Joel: *A facie eius crucebuntur populi.* (II. 6).

San Crisostomo llama á los escandalosos bestias feroces y carnívoras: *Bellue immanes et carnivores.* (Homil. ad pop.).

Son lobos, dice S. Gregorio, que no cesan de devorar diariamente, no á los cuerpos, sino á las almas: *Lupu qui, sine cessatione, quotidie, non corpora, sed mentes dilaniat.* (Homil.).

Considerad, dice S. Crisostomo, á este nuevo Herodes, dedicándose á amadir estrago sobre estrago, homicidios á otros homicidios, precipitándose como furioso en todos los excesos, y como poseído por los demonios, lleno de ira, de rabia y de envidia, roto todo freno, ejercitando su rabia contra inocentes (1).

Imitando el crimen de Herodes, el escandaloso mata los niños; hace un degüello general, dice S. Leon: *Necari omnes parvulos ju-be; generalem sevitiam tendit.* (Serm. in Ephis. I).

Hasta cuando, pecadores escandalosos, exclama el Real Profeta, estaréis acamatiendo á un hombre todos juntos para acabar con él, y derrocarlo como á una pared desnivelada y como á una tapia ruinosa? *Quisquisque irruius in hominem? interfecistis universi eos: inquam parieti inclinato et macrie depulsa?* (LXI. 4).

Los escandalosos son sepulcros que sólo contienen muerte y putrefacción.

Se dice que el celebre Júdas Macabeo se levantó, auxiliado de sus hermanos, y combatió con alegría por la defensa de Israel. Júdas dió nueva lustre á la gloria de su pueblo, y revisóse la coraza cual gigante; ciñóse sus armas para combatir, y protegia con su espada todo su campamento. Parecía un león en sus acciones, y se semejava á un cachorro cuando rugió sobre la presa. Y persiguió á los impíos, buscándolos por todas partes; y abráso en las llamas á los que turbaban el reposo de su pueblo. Y el temor que infundia su nombre, alzónto á sus enemigos, y todos los malvados se llenaron de turbación, y la salud del pueblo fué obra de su brazo. Sus acciones eran la alegría de Jacob, y su memoria será para siempre bendita. Recorrió las ciudades de Judá exterminando de ellas á los impíos, y apartó la cólera celestial lejos de Israel. Y su ambradía llegó hasta las extremidades de la tierra. (*I. Machab. III.*)

Lo que Júdas Macabeo hizo para el bien, el escandaloso lo hace para el mal. El escandaloso se levanta; combate con una fuerza que puede más bien llamarse furor mezclado de alegría satánica, para

(1) Cuius dies latum praeclibus malis solibus posteriori caritatem et beatitudinis hominibus persequitur, perque sequis turbationem in praesentia habentem: quia cum ab illius demeritum ira, iracundia, inebriatio ventus, nulla proceras ratione transibat, iram in parvulis innocentes vertit. *Homil. in Matth.*



devastar el campo del Señor. Extiende su ignominia sobre sus semejantes; viste la coraza del crimen como un gigante; está cargado de armas producidas por el infierno, armas templadas en la sangre de sus hermanos. Semejante á un león en sus obras de muerte, ruga buscando almas para hacerlas presa suya. Persigue á los buenos, y los maltrata; las almas piadosas se asustan y huyen. Tiene la muerte en sus manos. Derrama la tristeza y el desconsuelo. El ruido de sus escándalos se propaga á lo lejos, y su nombre acaba por pesar como una maldición sobre la comarca que habita.

Pasad y herid (hombres de escándalo), exclama el profeta Exequial; nada respete vuestra vista y no tengais lástima. Herid al anciano, al joven, á la doncella, al niño y á las mujeres; herid hasta la muerte. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Perderéis á todas las almas! (1).

Se dice que el cruel Antíoco hizo carnicería espantosa; quemó la ciudad; substituyó al pueblo de Dios por hombres perversos; hizo muchos esclavos; manchó el templo; despojó al Santo de los Santos; reemplazó la ley de Dios por una ley abominable, y puso un ídolo en el sitio que ocupaba el verdadero Dios. (1. Machab. I. passim). Esta es la imagen de lo que hace el escandaloso....

Cain mató á su hermano Abel, y el Señor dijo á Cain: ¿En dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando á mí desde la tierra: *At Dominus ad Cain: Ubi est frater tuus? Quod fecisti? Vox sanguinis fratris tui clamat ad me de terra.* (Gen. IV. 9-10). ¿No es el escandaloso otro Cain? ¡Desgraciado! ¿en dónde está tu hermano, el inocente Abel? *Ubi est Abel, frater tuus?* Su sangre que has derramado, aquella alma que has asesinado, clama venganza: *Vox sanguinis fratris tui clamat....*

El emperador Constante, despues de haber matado á su hermano Teodosio, lo veia constantemente en su exaltada imaginacion durante los sueños; lo veia siempre presentándole una copa de sangre al propio tiempo que le decia: ¡Bebe, bebe la sangre de tu hermano! (Hist. Eccles.). ¡O escandaloso, mira la sangre inocente que has derramado! La copa está llena; ¡bebe, bebe la sangre de ese hermano que has asesinado con tus infames ejemplos!....

El verdugo, al darse la lúgubre señal, parte, llega á la plaza pública cubierta de una muchedumbre apilada y conmovida; se apodera de su víctima, la sujeta, la ata al instrumento del suplicio; luego levanta el brazo, y entonces sucede un silencio horrible, y no se oye más que el crujido de los huesos oprimidos por la argolla, y los ahullidos de la víctima. Ha concluido su tarea, su corazón palpita, pero de alegría, y se aplaude diciendo para sí: Nadie ejecuta mejor que yo. Este cuadro que un sabio escritor (M. de Maisre) en sus *Veladas de S. Peterburgo*) hace del verdugo de los cuerpos, ¡no puede igualmente aplicarse al escandaloso, verdadero

(1) Transiite et percussite non parcat scelus vestrus, neque misericordiam. Susum, adolescentem, et virginitatem, parvulos et mulieres interficite usque ad interfectionem. Heul heul heul persona dignandus omnes I. IX. 2-3.

verdugo de las almas? El infierno da una señal lúgubre á los escandalosos; su corazón corrompido y cruel comprende esta señal, y parte para seducir y asesinar. Encuentra á un inocente, y lo convierte en criminal; encuentra á un hijo sumiso; y lo convierte en parricida. Lo mismo que el verdugo, coge á su víctima y la ata en el cadalso de su escándalo; levanta el brazo para matarla, y no se oyen más que los gritos y ahullidos de desesperacion de la víctima y de su familia deshonrada.... Ya ha acabado de matar á aquella alma, arrebatándole su inocencia, su salvacion, el cielo, su corona, su gloria y su Dios; su corazón palpita, pero no es de recordamientos ni de pena, es de alegría de la maligna alegría de los demonios; se aplaude, y dice para sí, y tambien públicamente: Nadie ejecuta mejor que yo, nadie asesina mejor las almas, nadie mata tantas como yo. Á todas partes llevo la muerte: *Sans replevit omnia morte.* (Sap. XVIII. 46).

Hablando de la bestia del Apocalipsis, se dice que de su boca salia una espada de dos filos: *De ore eius gladius utraque parte acutus eribat.* (I. 14). El escandaloso es aquella bestia que tiene una espada de dos filos para matar á los otros y matarse á sí mismo.

Ven y verás, dicen á S. Juan en el Apocalipsis. Y hé aqui que vió un caballo pálido y macilento, cuyo gineteo tenia por nombre «Muerte», y el infierno le iba siguiendo; y díosele poder de matar á los hombres á cuchillo, con hambre, con mortaldad y por medio de las fieras de la tierra (1).

San Juan vió tambien unos caballos cuyas cabezas eran como de leones, y de su boca salia fuego, humo y azufre. Y la tercera parte de los hombres fué muerta por estas tres llagas, por el fuego, el humo y el azufre que salian de la boca de los caballos. (Apo. II. 17-18). Tal es tambien la imagen del escandaloso....

El escandaloso vibra su espada; enesado tiene su arco y asestado; y en él ha puesto dardos mortales, y tiene dispuestas sus abrasadoras saetas. Ha parido la injusticia; concibió el dolor, y parió el pecado. Abre una fosa, la ahonda, y cae en ese mismo abismo que él ha preparado, dice el Salmista (2).

Estos obreros de la iniquidad doverán á mi pueblo como un bocado de pan, dice el Señor en el Salmista: *Operantur iniquitatem, qui devorant plebem meam sicut escam panis.* (XIII. 4).

Los escandalosos son semejantes á aquellos monstruos de que nos habla la Escritura en los siguientes términos: He aquí unos monstruos de una especie desconocida, llenos de un furor basta ahora inaudito, que respiran llamas, derraman negro humo y lanzan

(1) Veni et vide. Et ecce equus pallidus, et cui sedebat super eum, nomen illi Mors; et infernus sequentur eum, et datus est illi potestas interficere quatuor, famam, et mortem, et hostium terram. VI. 7-8.

(2) Gladium suum vibrabit, arcum suum tenebit, et paravit illum. Et in eo reservat venas mortis, sagittas suas orbentibus efficit. Ecce paravit iniquitatem, conceptus dolorem, et respexit iniquitatem. Lascivus spernit, et effudit eum, et incidit in foveam quam fecit. VII. 12-16.

por los ojos horribles centellas; exterminan con sus mordeduras, y tan sólo su soplo hace morir de espanto (1).

Desgraciados de vosotros, exclama el profeta Isaias, desgraciados los que encendáis el fuego de las pasiones y del desorden; rodeados de llamas, andaréis a la luz del mismo fuego y en medio de las llamas que habéis encendido: *Ece vos accendentes ignem, accineti flammis, ambulatis in lumine ignis vestri, et in flammis quas accendistis.* (II. 11). Mirad el incendio que todo lo devora; vosotros sois sus autores.... En todas partes sembráis centellas que caen sobre paja, formando un vasto incendio, un inmenso brasero para vosotros y aquellos á quienes habéis perdido; y este brasero será eterno....

El escándalo es la guerra más funesta que pueda presentarse á los hombres; es la peste más terrible. Esta peste ataca la virtud, la gracia, la salvación y la gloria....

Es el hambre más espantosa; todo lo arrebató y no deja ya nada á aquellos que despoja.

El escandaloso es aquel olor mortífero que, según S. Pablo, causa la muerte: *Olor mortis in mortem.* (II. Cor. II. 16).

El escandaloso, dice el mismo Plutarco, no se contenta con poner veneno en una sola copa, sino que envienea la fuente pública, donde acude todo el mundo: *Hi non in unum calicem venenum mittunt, sed in fontem quo videtur omnes uti.* (In Morib). Ellos apagan su sed en esta fuente, y hacen también beber á los otros....

Lo que los herejes hacen con su enseñanza adúltera, dice S. Bernardo, hacen los escandalosos con sus malos ejemplos; y el mal que hacen, es superior á los estragos de los herejes: así como las acciones son superiores á las palabras: *Quod heretici faciebant per prava dogmata, hoc faciunt plures hostes per mala exempla; et tanto graviores sunt heretici, quanto prevalent opera verbis.* (Lib. Consid.).

Los escandalosos, dice S. Crisóstomo, dan pie á que los paganos digan: ¿Cuál será el Dios de estos hombres que así viven? ¿Sufrirán tantas maldades, si condenase sus actos? *Qualis est eorum Deus qui tanta agunt? Nunquid sustineret eos talia facientes, nisi consentiret aperibus eorum?* (Homil. ad pop.).

¿Qué crimen cabe más grande que perder una mala hecha á imagen de Dios, creada para la dichosa inmortalidad, y rescatada con la sangre de Jesucristo? ¿He aquí sin embargo la obra, ó más bien parte de la obra del escandaloso!

Habiendo dado Jesucristo su propia sangre como precio de la redención de las almas, dice S. Bernardo, ¿no os parece evidente que sufre mucho más que de los judíos que derramaron su sangre de aquel que por una sugestión maligna, por un ejemplo danoso, por el escándalo que da, extravia las almas redimidas? Es un sacrilegio horrible, que parece mucho más inmenso que el crimen de los que pusie-

(1) Non generat, in plena, ignota bestia, aut vaporem tantum spirantes, aut fumi odorem profertiles, aut herentis ab rebus scintillas mittentes; quorum, non solum natura potest deos exterminare, sed et aspectus per timorem occidere. *Ser. XI. 19. 50.*

ron sus sacrilegas manos sobre el Señor de majestad. (*Serm. de convers. S. Pauli.*)

Y no conteste el escandaloso como Cain: ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano? *Num custos fratris mei sum ego?* (Gen. IV. 9). No; porque todos somos custodios de nuestros hermanos; debemos darles buenos ejemplos: Dios nos lo ha impuesto como un deber sagrado.

Dice el quinto mandamiento: No matarás: *Non occides.* (Exod. XX. 13). Y si es un crimen digno de muerte matar el cuerpo, que no pasa de ser mortal, ¿cuál no será la enormidad del crimen de aquel que mata el alma, que es inmortal, y cuán terrible no ha de ser el castigo?.....

No quieras por un manjar destruir la obra de Dios, dice S. Pablo: Todas las viandas son limpias; pero hace mal el hombre en comer de ellas con escándalo de los otros. Es bueno no comer carne ni beber vino, ni nada de lo que puede ser para vuestro hermano causa de caída, de escándalo ó de debilidad. (*Rom. XIV. 20-21*). Si lo que como, dice en otra parte el gran Apóstol, escandaliza á mi hermano, no comeré en mi vida carne alguna, sólo por no escandalizar á mi hermano: *Si esca scandalizat fratrem meum, non manducabo carnem in aeternum, ne fratrem meum scandalizem.* (I. Cor. VIII. 13).

Si S. Pablo tomaba tantas precauciones para no escandalizar, veamos en qué debemos imitar á aquel apóstol; todos tenemos la misma obligación.

Comenzo vuestras obras, dice el Señor en el Apocalipsis. Bien sé que habitáis en un lugar donde Satanás tiene su asiento: *Scio ubi habitas, ubi sedes est Satanae.* (II. 13).

La bestia que vi, dice S. Juan en el Apocalipsis, era semejante á un leopardo, y su boca era como la de un león; y el dragon le dió su fuerza y su gran poder. (*III. 2*). ¿No es el escandaloso aquella bestia espantosa que es igual al dragon, y que recibe del mismo demonio el poder de hacer mal y de matar las almas?

¿De qué se ocupan los demonios? Hacen la guerra á Dios, asolan y destruyen el reino de Jesucristo, que es su Iglesia; seducen las almas, las pierden y giran al rededor vivo como león rugiente en busca de presa que devorar, dice el apóstol S. Pedro: *Adversarius vester diabolus, tanquam leo rugiens, circum querens quem devoret.* (IV. 8).

¿No son estas las ocupaciones de ciertos hombres notoriamente dedicados al crimen y á la irreligión? ¿No son ellos enemigos mortales de Dios, de la Iglesia, de las almas, de la salvación y de la virtud?... El escandaloso es, pues, un demonio en la tierra, y tiene los hechos de los demonios. Con razón pueden aplicárselles aquellas palabras que Jesucristo dirigió á los criminales fariseos: Vosotros sois hijos del diablo, y así queréis satisfacer los deseos de vuestro padre: *Vos ex patre diabolo estis, et desideria patris vestri cultis facere.* (Joann. VIII. 44).

Los escandalosos son sus enemigos mortales del diablo.

®

El escandaloso carga no sólo ante Dios y ante los hombres con el crimen particular que comete escandalizando, sino generalmente con todos los crímenes que cometen y cometerán aquellos á quienes se escandaliza.... Así pues, ¿quién abrirá este profundo abismo?.... ¡Qué juicio, gran Dios, para los escandalosos!....

Pero, dirán algunos, los pecados son personales. Es verdad, menos el pecado de escándalo....

Pero, añadirán todavía: Y cuando ni siquiera se tenga conocimiento de estos pecados, ¿hemos de responder de ellos? Conocidos ó no, contesta S. Jerónimo, puesto que vuestro pecado ha sido su origen, los pecados de los demás vienen á ser pecados propios. No los habeis conocido, pero habeis debido conocerlos, habeis debido tenerlos y prevenirlos; y esto es lo que habeis descuidado.... (Epist.). No se necesita más para hacerlos sufrir toda la pena que merecen....

Se puede escandalizar sin intencion, y sin embargo ser realmente culpable. Porque no es necesario, para producir escándalo en las almas proponerse con designio formal su condenacion; sólo el demonio sería tal vez capaz de semejante malicia. Bastante es con que observéis una conducta que tienda por sí misma á hacer perder á un hermano vuestro. Pero yo no quisiera que pereciese, me diréis. Es verdad, no lo quisierais; pero querer que no perezca queriendo al mismo tiempo lo que da la muerte, son dos voluntades contradictorias: la primera no es más que una veleidad, y la segunda es una voluntad absoluta y eficaz....

Así es que una mujer mundana y vanidosa que sigue modas indecentes, no se propone perder las almas; y sin embargo las pierde, dando ocasion próxima de seducción, etc.

El escándalo de los grandes es más criminal y más peligroso.

Todo el mundo sigue el ejemplo del Rey, dice Claudio:

*Regis ad exemplar totus componitur orbis.*  
(Anton. in Mellis.)

Los ricos, los grandes, los que ocupan puestos eminentes y escandalizan, hacen un daño infinito.

El reinado de los impíos es la ruina de los hombres, dicen los Proverbios: *Regnantibus impiis, ruina hominum.* (XXVIII. 42)

Los malos ejemplos de los grandes, de los constituidos en autoridad, excitan y enardecen para el mal; hacen que los demás crean tener cierto derecho á faltar tambien.

¡Desgraciadas las personas que elevadas al gobierno de las demás, dan escándalo! Los magistrados, los jueces, los pastores, los padres y las madres, los amos y las amas, los preceptores y preceptoras, deben dar especialmente buen ejemplo, so pena de responder de las almas que les están sometidas....

Los superiores escandalosos cargarán con todos los crímenes los crimenes cometidos por sus inferiores....

Muchos escandalosos se han extendido por el mundo, dice el apóstol S. Juan: *Multí seductores exierunt in mundum.* (II. 7).

La herejía y los cismas son grandes escándalos.... Las persecuciones contra la religion son grandes escándalos.... Los blasfemos, los profanadores del domingo, los padres negligentes, los hombres de odio, los impúdicos, los maldicientes, los calumniadores, los orgullosos, los avaros, los hombres arrelatados y vengativos, los borrachos, los perezosos espirituales, etc., todos en general son escandalosos. Muchos son pues los escandalosos....

Los malos escritos, los teatros licenciosos, ciertas maneras de celebrar las fiestas públicas, las reuniones en que se habla mal del prójimo, y la intimidad entre personas de diferente sexo, son tambien escándalos, y muchas veces escándalos muy peligrosos....

Hay escándalo dado, y escándalo recibido. El que recibe el escándalo, se adhiere á él y coopera aprobándolo, es muy culpable.... Es como el encubridor; sin encubridores no habria ladrones....

El escándalo puede producirse con palabras, con miradas ó escritos, por accion y por omision.

1.º Con palabras. Así como un vaso inundo esparré olor infecto, así el alma corrompida manifiesta con sus discursos la corrupcion que contiene, mancha á los que oyen sus propósitos, y los hace culpables y malos.

Su garganta, dice el Salmista, es un sepulcro abierto: *Sepulcrum patens est guttur eorum.* (V. 14).

Su lengua es viperina; veneno de áspides es lo que tienen debajo de ellas: *Venenum aspidum sub labris eorum.* (Psal. CXXIX. 4).

Su lengua es como una penetrante flecha, dice Jeremías: *Sagitta vulnerans lingua eorum.* (IX. 8).

2.º Escándalo de los ojos. Todas las pasiones se pintan en sus ojos, y se comunican por este medio. Millones de almas hay en el infierno á causa de sus criminales miradas, que han sido para los demás un motivo de caída.

3.º Escándalo con los escritos. Los malos libros, ya contra la religion, ya contra las costumbres; las canciones malas, los folletos inmorales, los escritos irreligiosos, mentirosos y blasfemos, las pinturas obscenas, las estatuas indecentes, etc., son deplorables escándalos....

4.º Escándalo de acciones. Se reduce al mal ejemplo dado con actos de impureza, de embriaguez, de ira, de venganza, etc.

5.º Escándalo de omision. Las oraciones descuidadas, los santos oficios y los Sacramentos abandonados, etc., son verdaderos escándalos de omision.... Escándalo de indiferencia, de pereza.

Grande es el número de los escandalosos.

Hay dos clases de escándalo.

De cuántos modos se da el escándalo?

Nunca se ha de escandalizar.

No deis á nadie motivo alguno de escándalo, dice el gran Apóstol: *Nemini dantes ullam offensioem.* (II. Cor. VI. 3). Que no salga de vuestra boca ningún discurso malo; sino los que sean buenos para aumentar la fe y den gracia ó inspiren piedad á los oyentes, dice el Apóstol: *Omnis sermo malus ex ore vestro non procedat; sed, si quis bonus, ad edificationem fidei, ut dei gratiam audientibus.* (Eph. IV. 29).

Hemos de obrar sin cesar de modo que toda nuestra conducta sea para los otros un ejemplo continuo.

Hemos de evitar el escándalo y el escandaloso.

Un poco de levadura hace fermentar toda la masa, dice S. Pablo: *Modicum fermentum totam massam corrumpit.* (I. Cor. V. 6).

El aire pestado ataca á la muchedumbre....; una enfermedad contagiosa se comunica sin que le apercitamos....; el escándalo es un ojar, mortífero, cuyas emanaciones llegan muy lejos....

Si vuestra mano ó vuestro pié os escandaliza, dice Jesucristo, cortadlo y arrojadlo lejos de vosotros; porque vale más que entreis en la vida cojos ó mutilados, que ser arrojados el fuego eterno con ambas manos y los dos piés. Y si vuestro ojo os escandaliza, arrancadlo y arrojadlo lejos de vosotros; porque más vale entrar en la vida sólo con un ojo, que ser arrojados en el suplicio del fuego con ambos (1). Es decir, retiraos de un amigo, de un vecino ó de qualquier otro que os escandalice, y aun cuando estas personas os fuesen tan necesarias como el ojo, el pié ó la mano, cortad, arrancad, separad, rompéd toda comunicacion y todo lazo....

Pero, diceis, según Jesucristo, es forzoso que haya escándalos: *Necesse est ut veniant scandala.* (Matth. XVIII. 7). ¿Cómo evitaremos, pues, el escándalo, y podremos no darlo y recibirlo alguna vez? Los escándalos de que habla Jesucristo son las persecuciones, las burlas y las calumnias contra los justos.... El escándalo no es absolutamente necesario en sí, sino por su posición; porque, en vista de la multitud de los seres corrompidos, etc., es imposible que no haya malos ejemplos.

Es preciso reprender á los escandalosos con el buen ejemplo....; huyendo de ellos....; con la reprobacion expresada á lo ménos en nuestro semblante....; es preciso reprenderlos cuando se pueda....; y sobre todo, es preciso no tratarlos nunca, luego que los conozcamos....

Feliz el hombre, dice el Salmista, que no se deja llevar de los consejos de los malos, ni se detiene en el camino de los pecadores: *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum, et in via peccatorum non stetit!* (I. 4).

(1) Si autem manus tua vel pes tuus scandalizat te, abscide eum, et projice ab te: bonum tibi est ad vitam ingredi, debilem vel claudum, quam duas manus vel duos pedes habentem mitti in infernum aeternum. Et si oculus tuus scandalizat te, erue eum, et projice ab te: bonum tibi est cum uno oculo in vitam intrare, quam duos oculos habentem mitti in gehennam ignis. Matth. XVIII. 6-9.

Dice el libro cuarto de los Reyes que habiendo visto el profeta Eliseo á Hazeel, servidor de Benadab, Rey de Siria, se turbó, y su emocion se manifestó en su rostro, y aquel hombre de Dios vertió lágrimas. Hazeel le dijo: ¿Por qué llora, mi Señor? Y Eliseo le contestó: Porque se cuántos males habeis do causar á los hijos de Israel: quemareis sus ciudades fortificadas, herireis con el corte de la espada á sus jóvenes, y aplastareis á sus hijos; hareis tambien perecer á los niños hasta en el seno de sus madres. (VIII. 10-12). Hazeel fué Rey de Siria.

Hemos de imitar á Eliseo, derramar lágrimas y orar; porque Hazeel tiene hoy muchos imitadores.... Hemos de llorar amargamente la desgracia de los escandalosos, el mal que se hacen á sí mismos, y los males que obligan á cometer.... Hemos de orar para la conversion de los escandalosos, y para que cesen y queden reparados sus escándalos....

¡Ay de los labios malvados, dice el Eclesiástico; y de manos que obren mal! *Vae labiis ecclesie et manibus malefacientibus!* (II. 44). ¡Desgraciado del mundo por causa de sus escandalosos, dice Jesucristo; desgraciado del hombre por cuyo medio se propaga el escándalo! *Vae mundo á scandalis; vae homini per quem scandalum venit!* (Matth.).

Primer castigo del escandaloso: Tiene remordimientos. La conciencia del escandaloso levanta la voz y le grita como el Señor á Cain: ¿En dónde está tu hermano Abel? ¿en dónde está aquella alma que has perdido con tus escándalos? ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de esta alma está clamando á mí desde la tierra. Así pues, desde ahora te maldigo. (Gen. IV. 9-11).

No es la voz de Abel lo que acusa á Cain, advierte admirablemente S. Ambrosio, no es su alma, sino que es la voz de la sangre que ha derramado; es su mismo crimen el que le acusa. Si Abel lo perdona, la tierra no le perdona; si su hermano se calla, la tierra le condena. (Lib. III. de Offic.). Bebe, bebe la sangre de tu hermano á quien has asesinado con tus escándalos, dice el remordimiento....

O escandalosos, ¿qué os dice vuestra conciencia en vista de los males horribles é irreparables muchas veces que habeis cometido? Vuestra propia conciencia es vuestro testigo, vuestro acusador, vuestro juez, vuestro ejecutor y verdugo....

Segundo castigo del escandaloso: no tiene paz. No conocen la senda de la paz, dice Isaías, y los que caminan por ellos tampoco saben qué cosa es paz: *Viam pacis nescierunt; omnis qui calcavit in eis, ignorat pacem.* (LIX. 8).

No hay paz para el impio, añade Isaías: *Non est pax impiis.*

Tercer castigo del escandaloso: Su vida es estéril. Ya no tiene buenos pensamientos; todos los que lo atormentan, son malos....

Hemos de despreciar todo escándalo, y amar por los que lo dan.

Castigos de los escandalosos.

ya no tiene buenos deseos; todos son corrompidos y criminales....; ya no tiene acciones santas; las suyas son perversas....; ya no tiene virtud; no vive más que de pecados....; ya no tiene méritos....;

Cuarto castigo: El escandaloso no tiene ya verdadera satisfacción en la tierra. El que siembra maldades, segará desgracias; dicen los Proverbios, y será destrozado con la misma vara de su furor: *Qui seminat iniquitatem, metet mala, et virga ire sue consummabitur.* (XXII. 8).

Quinto castigo: Ceguera. O hombre lleno de toda suerte de fraudes y embustes, no cesarás nunca de escandalizar, dijo S. Pablo á Elymas. Pues mira, desde ahora la mano del Señor descarga sobre ti, y quedarás ciego. Y repentinamente cayeron sobre sus ojos densas tinieblas: *Et nunc ecce manus Domini super te, et eris cecus. Et confesum cecidit in eum caligo, et tenebræ.* (Act. XIII. 10-11). Elymas no perdió más que los ojos del cuerpo, y sólo por algun tiempo; pero el escandaloso pierde los ojos del alma, y muchas veces para siempre....

Sexto castigo del escandaloso: Caer en una sima, es decir, en el barro y en el cieno. Han habierto delante de mi un precipicio, dice el Real Profeta, y ellos son los que en él caen: *Podrum ante faciem meam foras, et inciderunt in eam.* (LVI. 7). El que abre un precipicio para que caiga el prójimo, en él caerá, dice el Eclesiástico: *Qui fodit foras, incutet in eam.* (X. 8). Lo practica para los demás, y para él sirva principalmente.

Octavo castigo del escandaloso: Se pierde. El que coge una culebra, es mordido; el que tiene fuego en la mano, se quema antes de quemar á los otros: así el escandaloso se hace mucho daño, se suicida antes de dañar y asesinar á los otros; es la abeja que se mata al querer dar una picadura....

Los impíos dice el salmista, han sacado su espada, y han tendido su arco para derribar al pobre y al débil, para degollar á los que tienen el corazón recto. Entre su espada en su corazón, y rómpase su arco (1).

Los escandalosos, que no perdonan á nadie, dice S. Bernardo, se hieran á sí mismos, matan y se matan: *Non parcunt suis, non parcunt sibi; perimentes pariter et perisuras.* (Serm. in Psal.). Los escandalosos, añade también S. Bernardo, reciben tantas muertes terribles como perniciosos ejemplos ofrecen: *Tot moribus digni sunt, quot exempla transmittunt.* (In. Psal.).

Castigo noveno del escandaloso: Consiste en el oprobio á los ojos de Dios y de los hombres.... Si pécadores, en vez de gloria quedaréis cubiertos de afrenta: *Repletus est ignominia pro gloria.* (Habacuc. II. 16). Beberás también tú, y quedarás avergonzado: *Bibe tu quoque, et consopire.* (Id. II. 16). Todas vuestras infamias y

(1) Gladius evaginaverunt peccatores, intenderunt arcum suum, ut delictum peuperent et iniquum, ut trucidarent rectos corde. Gladia eorum intret in corda ipsorum, et arcus eorum confringatur. XXXVI. 14-15.

vuestras torpezas os serán arrojadas al rostro, y un soberano y universal desprecio caerá sobre vosotros....

Haré de vosotros un padron de oprobio sempiterno y de ignominia perdurable, cuya memoria jamás se borrará; dice el Señor por boca de Jeremias, *Dabo vos in opprobrium sempiternum, et in ignominiam aeternam, qua nunquam oblivione delebitur.* (XXIII. 40).

Castigo décimo: El escandaloso ha de tener una muerte horrible. El que seduce á los justos, guiándolos por el mal camino, caerá en el mismo precipicio, dicen los Proverbios: *Qui decipit justos in via mala, in interitu suo corruet.* (XXVIII. 10).

Por haber despojado á los demás de sus virtudes con tus escándalos, todos te despojarán á ti, dice el profeta Habacuc: *Quia tu spoliasti, spoliabunt te omnes.* (II. 8).

Los escandalosos como tantos ejemplos lo confirman, mueren ordinariamente en la desesperacion....

Castigo undécimo: El temible juicio. El que os escandalize, sufrirá el debido castigo, quien quiera que sea, dice S. Pablo á los Galatas; será severamente juzgado: *Qui conturbat vos, portabit iudicium.* (V. 10).

El que daña, dañe aún, y el que está sucio, prosiga ensuciándose. Ved que llegaré pronto, dice el soberano Juez en el Apocalipsis, y traigo conmigo mi galardón para recompensar á cada uno según sus obras: *Qui nocet, nocet adhuc; et qui in sordibus est, sordescat adhuc. Ecce venio cito; et merces mea mecum est, reddere unicuique secundum opera sua.* (XVII. 11-12).

Doceésimo y espantoso castigo del escandaloso: El infierno y un infierno especial le aguarda. Me han preparado lazos, dice el Real Profeta, han tendido sus redes, y han abierto un precipicio en el camino que recorro. Carbones ardientes caerán sobre ellos; serán arrojados á las llamas, á los abismos sin fondo, de que jamás podrán salir (1).

(1) Abocanderunt laqueum mihi, et fimas extenderunt in laqueum; juxta iter scandalum posuerunt mihi. Cadent super eos carbones, in ignem dejiciet eos; in miseriis non sublebit. CXXXIX. 6-11.

El pecado uno  
hace esclavos.

**Q**uoniam lo que dice el mismo Jesucristo: En verdad, en verdad os lo digo, todo el que peca, es esclavo del pecado: Amen, amen dico vobis, quia omnis qui facit peccatum, servus est peccati. (Joan. VIII. 34).

¡O miserable servidumbre! exclama S. Agustín; el esclavo del hombre, cansado de los duros tratamientos de su dueño, puede algunas veces hallar el reposo en la fuga: pero el esclavo del pecado, ¿en dónde ha de poder ocultarse? En cualquier parte donde se escondía, se hace traición á sí mismo. La mala conciencia no puede huir de sí misma, no hay lugar donde pueda ir para ser libre: se persigue, ó más bien siempre está allí; porque el pecado está en su interior (1).

Prometen la libertad, dice el apóstol S. Pedro, cuando ellos mismos son esclavos de la corrupción: pues quien de otro es vendido, por lo mismo queda esclavo del que le vendió: *Liberatem illis promittentes, cum ipsi servi sint corruptionis; á quo enim quis servatus est, liberus et servus est.* (II. II. 19).

El que comete el pecado, es también esclavo del demonio...; es esclavo de la tentación...; es esclavo de las pasiones...; esclavo de la muerte...; esclavo del infierno y destinado á la condenación eterna...

Explicando aquellas palabras del Salmista: *Tuus sum ego, saluum me fac;* Señor, os pertenezco, salvadme; dice S. Ambrosio: El que viva según el mundo, no puede decir á Dios: Soy vuestro; porque tiene muchos amos. Se presenta la lujuria, y le dice: Eres mío, puesto que desecas carnes carnales. Viene la avaricia, y le dice: Me perteneces; porque el oro y la plata que posees, son el precio mediante el cual te has vendido. Llega la gula, y le dice: Eres propiedad mía; porque un sólo festín es el pago de tu vida. Se presenta la ambición, y dice: Me perteneces del todo; ¿no sabes que sólo te he dado el mando de los demás con la condición de que fueras esclavo mío? ¿ignoras que no te he colocado en el poder sino para someterte á mi imperio? Acuden todo los vicios diciendo: Eres nuestro esclavo. Y el pecador, que no puede decir á Dios: Soy vuestro, oye que el demonio le dice: Mío eres (2).

(1) *Q*uoniam in servitute servus hominis aliquando est dominus, duris imperis fatigatus, fugando quiescit: servus peccati vero nihil. Secum ne trahit quominus fingat. Non dicit servus nisi conscientiam non est qui est; sequitur se, mox non recedit sine peccato: cum enim quod dicit, inter est. *Tract. XII.*

(2) Non potest dicere secularis. Tuus sum (Dominus) plures enim dominos habet. Venit illud, et dicit: Meus es; quia et qui sunt corporis, et concupiscentia. Venit avaritia, et dicit: Meus es; quia argentum et aurum quod habes, servituta tuae condonavit. Venit gula, et dicit: Meus es; quia unum diem coenarum pretium tuum vides est. Venit ambitio, et dicit: Meus es; quia totum imperium alius te fecit, et nihil tibi superavit. Nescis quid sit mundus? Meus est. Meus es; quia tuum te subiecit potestati. Venit omnia vicia, et dicit: Meus es. Peccator, qui non potest dicere Deo: Tuus sum ego, audit á diabolo: Meus es tu. *In Psal. CXVIII. vers. XII.*

El demonio, dice el gran Apóstol, tiene á los pecadores esclavos de su voluntad: *Resipiscant á diaboli laqueis, á quo captivi tenentur ad ipsius voluntatem.* (II. Tim. II. 26).

Diógenes decía que entre los esclavos y los malos dueños no existía más diferencia que el nombre, resultando sin embargo que los esclavos sirven á tales amos, y que aquellos amos son esclavos de vil y brutal codicia. (*In Anaxim.*).

Todos somos esclavos de la pasión que nos subyuga, dice S. Jerónimo: *Unusquisque ei subjacet passioni á qua vincitur.* (Epist.).

Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza, dice Dios en el Génesis, y tenga dominio sobre los peces del mar, las aves del cielo, los animales que viviran en la tierra y todos los reptiles. (I. 26). El hombre es pues un sér nacido para reinar. Pero el pecador, que es esclavo hasta de sus más viles inclinaciones, ¿cómo ha de poder reinar sobre lo demás?.....

¿Queréis saber qué cadenas son las que atan y hacen esclavo al pecador? Responderé: 1.º Que es la falta ó la mancha del pecado que queda despues del acto del mismo pecado..... 2.º Es inseparable castigo de la mala acción, castigo al cual está condenado el pecador, cometido como se halla á la ira y á la venganza de Dios; porque el placer y la acción del pecado pasan; pero la mancha y el castigo no pasan..... 3.º Es ser esclavos de Satanás. El pecador, dice S. Dionisio, puede considerarse como una caballería del demonio; porque así como el ginete rige á su caballo como quiere, así es tambien el demonio, enteramente dueño del pecador. La mancha del pecado le designa á la vara de los licitores. Y colocando el alma bajo la vara de Dios, del pecado y del demonio, como ejecutor de las venganzas divinas, lo entrega á la muerte y al infierno..... Las cadenas de los pecadores nacen con el hábito del pecado; este hábito les sujeta tan fuertemente, que no tarda en convertirse en necesidad; de modo que no pueden ya librarse de tal yugo, á no ser un gran milagro de fuerza y de gracia del Cielo semejante á la que hizo decir al Real Profeta: Señor, habeis roto mis cadenas; yo os ofrecí un sacrificio de alabanza, á invocare el nombre del Señor: *Dirupisti vincula mea; tibi sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo.* (CXV. 16-17). Las cadenas de los pecadores no son otra cosa que la aglomeración y la conexión de los pecados; porque el uno atrae al otro, del uno se cae al otro: la gula arrastra á la impureza, la codicia al robo, el robo al homicidio....., etc. Y de todas esas cadenas numerosas y diversas se forman tantos lazos, y lazos tan fuertes, pesados, embarazosos, vergonzosos y degradantes, que es casi imposible romperlos....

Los pecadores, dice el venerable Beda, están ligados con las propias cadenas que ellos mismos se forjaron, y acaban por perecer con el incansante aumento de sus desarreglos. Porque el que hace una cuerda aumenta la fuerza de los hilos torciéndolos y uniéndolos, y consigue así hacer una cuerda muy fuerte. Tal es tambien la fuer-

za de las malas acciones. Tales son los libros de los herejes de los escritores corrompidos y corruptores; añaden corrupción á corrupción, error á error; escriben como viven, y viven como escriben. (In Collect.).

Una red envolverá á los pecadores, dicen los Proverbios: *Pecantem involvet laqueus*. (XXIX. 6).

Cuán triste y deplorable es la esclavitud en el pecador.

¡Qué situación más triste, más infeliz, más desgraciada y deplorable que la del pródigo! Reducido á la pobreza, teniendo hambre abandonado de todos sus amigos, esclavo de un amo sin compasión que le envía á guardar cerdos, desea poder nutrirse con los viles alimentos de aquellos animales (mundos! He aquí una débil imagen del estado de servidumbre á que puede llevar el pecado mortal.....

Un pájaro atado con un hilo trata de volar, pero no puede escaparse; así también el pecador, cautivo de sus malas inclinaciones, dá algunos pasos, pero sin adquirir la libertad; le detienen los lazos de sus desgraciados hábitos.

El hombre terrestre y carnal cree ser libre, pero en realidad es esclavo. Quiere ser libre, y el querer tal libertad es lo que le arroja en la esclavitud. Así es que la libertad ahoga la libertad de tal modo, que el exceso de libertad es una extraordinaria servidumbre; porque entonces no hay ya freno para las concupiscencias, y llegamos á ser esclavos de tantos tiranos crueles como pasiones diferentes nos subyugan....

El furor del Eterno se encendió contra su pueblo, dice el Salmista; y lo entregó al poder de las naciones, y sus enemigos llegaron á ser sus dueños. Sus enemigos le oprimieron y le hicieron sufrir la humillación de su poder. (CXV. 39-41).

Estaban sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, encadenados por el hierro y el hambre: *Sedentes in tenebris et umbra mortis, cinctos in mendicatis et ferro*. (Psal. CVL 10). Pero aquella no era más que una sombra de la esclavitud de los pecadores!....

Oíd, pecadores, los gemidos de los hebreos esclavos y cautivos; entregados á los mismos lamentos, puesto que el mismo es vuestro estado, y áun mucho peor. Cerca de los rios de Babilonia, exclaman por medio del Real Profeta, nos hemos sentado, y hemos derramado lágrimas acordándonos de Sion. En las márgenes de sus riberas hemos colgado nuestras arpas. Y allí los que nos han llevado en cautiverio nos han pedido el canto de nuestros himnos. Los que nos han arrastrado cautivos, nos han dicho: Cantadnos los cánticos de Sion. ¡Cómo hemos de cantar los cánticos del Señor en una tierra extranjera! (Psal. CXXVI. 1).

¡Esclavos del demonio y de las pasiones, dad un eterno adiós á la felicidad y á vuestra antigua alegría; porque todo lo habéis perdido, perdiendo la libertad de hijos de Dios por el pecado mortal!....

Nos hallamos aquí en la tierra en una esclavitud semejante á la del niño encerrado en el seno de su Madre, dice S. Jerónimo: *Sicut in utero puellus, sic in mundo vivimus interclusi angustiis*. (In Caten.).

Estamos acá en esta tierra del destierro y de maldición en una situación análoga á la en que se hallaba Jonás en el vientre de la ballena.....

Aunque fuese rey, el hombre insensato y criminal sería siempre esclavo de sus pasiones y sirviente de sus deseos, dice S. Jerónimo; no puede de noche ni de día sacudir su dominio, porque están en su corazón; y experimenta interiormente una servidumbre intolerable: *Stultus esto imperet, servit propriis passionibus, servit suis cupiditatibus, quorum dominatio, nec nocte, nec die fugari potest; quia intra se dominas habet, intra servitium potitur intolerabile*. (Epist. ad Simplician).

Toda pasión esclaviza, dice S. Ambrosio: *Servilis est omnis passio*. (De Jacob et vita beata, lib. II).

Aunque sea esclavo, el hombre virtuoso es libre, dice S. Agustín; pero, aunque el culpable sea rey, es esclavo, y esclavo no sólo de un amo, sino que, lo que es peor, es esclavo de tantos amos como vicios tiene: *Bonus, etiamsi serviat, liber est; malus autem, si regnat, servus est, non unius hominis, sed quod gravius est, tot dominorum quot vitiorum*. (Lib. IV. Civit., c. III).

El rey Lisimaco entregó su ejército al enemigo sólo por apagar su sed. Hecho cautivo, despues de haber recibido y bebido agua, exclamó: ¡Desgraciado de mí por un momento de placer, qué bienes y qué reino he perdido! Rey era, y me hallo convertido en esclavo: *Pro deum fidem, quam exigua voluptatis gratia, quantum bonum, quantum regnum perdidit; neque ex rege servum efficit* (Anton. in Meliss.). ¡Ay de mí! ¿No tiene mil veces más motivos de hablar de la misma manera el desgraciado pecador? ¡O Dios! por una gota de agua, por un vil y pasajero deleite, ¿cuántos bienes he perdido! ¡He perdido mi alma, he perdido la gracia, he perdido las delicias del cielo! y me hallo convertido en esclavo del demonio, de la muerte y del infierno por toda una eternidad!....

Servirás á tu enemigo con hambre, con sed, desnudo y en la mayor penuria, dice el Señor; y pondrá en tu cuello un yugo de hierro hasta que te aplaste: *Servies inimico tuo in fame, et siti, et nuditate, et omni penuria; et ponet jugum ferreum super cervicem tuam, donec te conterat*. (Deut. XXVIII. 48). Y el devorará el fruto de tus ganados y todos los frutos de tu tierra hasta que perezcas; y no te dejará trigo, ni vino, ni aceite, ni manadas de vacas, ni rebaños de ovejas hasta que te destruya enteramente. (Ibid. XXVIII. 51). Y te pisoteará, y tus muros fuertes y elevados serán derribados; y comerás el fruto de tus entrañas y las carnes de tus hijos y de tus hijas que el Señor tuyo te diere, en la angustia y desolación con que te oprimirá tu enemigo. (Ibid. XXVIII. 51-53).

Pero todas estas desgracias no son nada comparadas con la desgracia de un pecador esclavo del demonio!.....

Hemos pecado en vuestra presencia, Señor exclama Esther por cuyo motivo nos vemos entregados en manos de nuestros enemigos: *Pecavimus in conspectu tuo, et idcirco tradidisti nos in manus inimicorum nostrorum.* (XIV. 6).

Sus iniquidades envuelven al impio, dicen los Proverbios, y está encadenado en los lazos de su pecado: *Iniquitates sue capiunt ipsum, et famulus peccatorum suorum constringitur.* (V. 22).

Además de las cadenas de su crimen, el pecador lleva las de su pena y de su penitencia; porque éstas le atan tambien, le agobian y le torturan. Penas temporales y penas eternas.....

Es necesario que seamos esclavos y que suframos todas las consecuencias y desgracias cuando la carne manda al espíritu, ella que debiera ser su esclava: cuando esta carne rebelde es lisonjeada y honrada, quiere mandar en vez de estar subordinada á la razón. (Que cosas más desiguales en valor que la razón y la concupiscencia, el alma y el cuerpo! La concupiscencia y la carne son terrestres, semejantes al bruto; pero la razón y el alma son espirituales, grandes, nobles y semejantes á los ángeles por la inteligencia y la espiritualidad. La concupiscencia y la carne son la misma pobreza, la bajeza; pero la razón y el alma tienen un precio inmenso. Es, pues, absurdo y abominable que el alma sirva al cuerpo, que le esté sometida, y que la razón sea esclava de la concupiscencia.....

Ha edificado al rededor mio, dice Jeremias, me ha rodeado de miel y de trabajo: *Edificavit in gyro meo, et circumdedit me felle et labore.* (Lament. III. 5).

Ha edificado al rededor mio para que no salga, y ha aumentado el peso de mis cadenas: *Circumdificavit aduersum me ut non ingrederer; aggravavit competem meam.* (Lament. III. 7). Ha sembrado mi camino de piedras cortantes, y ha destruido mis senderos: *Conclussit vias meas lapidibus quadris, semitas meas subvertit.* (Ibid. III. 9). Y la paz ha sido arrojada de mi corazón, he olvidado la alegría, y he dicho: Perdida está mi fuerza. (Ibid. III. 17-18).

Profeta Jeremias, aun no es bastante vivo tu pincel para pintar-nos las desgracias de la esclavitud del pecador.....

El justo en li-  
bre.

Sólo el justo es libre..... La verdadera libertad consiste en obedecer á Dios.....

Son Efraim no puede comprender que pueda encontrarse un hombre que prefiera servir á la criatura en vez de servir al Criador. (Serm. 1).

Aunque el justo fuera esclavo, es libre, dice S. Agustín. (Lib. IV, de Civit., c. III). El justo es libre; no sufre el yugo del pecado, de la concupiscencia, del demonio, del mundo, ni de su propio cuerpo. Es dueño de todo esto..... Está en posesion de la virtud, de la gracia, de la felicidad, del cielo y del mismo Dios.....

La verdad os librará dice Jesucristo: *Veritas liberabit vos.* (Joann. VIII. 32). Pero la verdad es Jesucristo: Yo soy, dice, el camino, la verdad y la vida. (Joann. XIV. 6).

Sólo Jesucristo rompe la esclavitud.

Jesucristo ha destruido cuatro servidumbres, y nos ha dado cuatro libertades: 1.º Ha roto el yugo de la antigua ley, y nos ha dado la libertad del Evangelio..... 2.º Ha destruido el yugo del pecado, trayéndonos la libertad de la justificación..... 3.º Ha destruido el imperio de la concupiscencia, y nos ha dado la libertad del espíritu y el dominio de la caridad y de la gracia..... 4.º Ha destruido la muerte, y nos ha dado la vida.....

Seamos servidores de Jesucristo, y tendremos la libertad de hijos de Dios, tendremos el espíritu de Dios. Porque, donde esté el Espíritu de Dios está tambien la verdadera libertad, dice S. Pablo: *Ubi Spiritus Domini, ibi libertas.* (II. Cor. III. 17).

Haced lo que os digo, libertaos á vosotros mismos, dice el Señor en los Proverbios: *Fac quod dico, te metipsum libera.* (VI 3).



## ESPERANZA.

Su excelencia.

**E**SPERADO sea Dios, que de nuevo nos ha regenerado en la viva esperanza, dice el apóstol S. Pedro: *Benedictus Deus, qui regeneravit nos in spem vivam.* (I. 1. 3).

San Pedro llama viva á la Esperanza, porque, 1.º aguarda la vida eterna...; 2.º porque esta esperanza no es engañosa, sino verdadera y cierta...; 3.º porque no muere hasta que nos ha conducido al objeto esperado, que es el Cielo...; 4.º se llama viva porque sostiene la vida...; 5.º porque fortifica...; 6.º porque nos lleva á acciones heroicas...; y 7.º porque da la vida de la gracia y de la gloria....

El Señor es mi dote, ha dicho mi alma, y por este motivo le aguardaré: *Pars mea Dominus, dixit anima mea; propterea expectabo eum.* (Lament. III. 24). El Señor es bueno para los que esperan en Él, para el alma que le busca: *Bonus est Dominus sperantibus in eum, anima querenti illum.* (Ibid. III. 25).

Jeremias explica la razon de haber escogido á Dios por dote suya y de esperarle: espera á Dios, porque Dios es bueno. Asi, 1.º por medio de la esperanza halla el hombre un Dios bueno inclinado á hacerte bien.... 2.º Por la esperanza aguarda el hombre su libertad y su salvacion de Dios.... 3.º La esperanza acostumbra temprano al niño al yugo de la disciplina y de la paciencia.... 4.º Lleva al alma reposo y tranquilidad.... 5.º Inclina al hombre á la humillacion.... 6.º Hace que éste sea dulce, facil y alegre hasta en los sufrimientos y en los oprobios.... 7.º Da resignacion.... 8.º Nos lleva á un seño exámen y á un cambio de vida.... Hace que oremos, gimamos ó imploremos el auxilio y la clemencia de Dios....

La esperanza hace que el hombre sea piadoso, porque le hace esperar la recompensa de sus trabajos.... La desesperacion, por el contrario, le hace impio....

¡Qué grandes son, Señor, los bienes que habeis reservado y dispuesto para los que en vos esperan! (Psal. XXX. 20).

Riquezas de la esperanza.

**E**SPERAD en el Señor, dice el Salmista, y gozaros de sus riquezas: *Spera in Domino, et pascere in divitiis eius.* (XXXVI. 3). En cuanto á mi, dice el Real Profeta, á manera de un fértil olivo *subsistire* en la casa del Señor; porque he esperado en la misericordia de Dios por todos los siglos de los siglos: *Ego sicut olivo fructifera in domo Dei; speravi in misericordia Dei in aeternum.* (LI. 40). He dicho: Sois, Dios mio, mi esperanza y mi bien en la dichosa tierra de los vivientes: *Dihi Tu es spes mea, portio mea in terra viventium.* (Psal. CXLI. 6).

El rey Ezequias esperó en el Señor, Dios de Israel; por este no

hubo Rey entre los de Judá, ya antecesores, ya sucesores suyos, que pudiera compararsele; por esto el Señor estaba con él, y obró con sabiduría en todas sus empresas. (IV. Reg. XVIII. 5-7).

Dios es el tutor y la providencia de los que en Él esperan; nada les falta.

**S**eñor, dice S. Bernardo, sois mi esperanza en todo lo que he de hacer, en todo lo que he de evitar, en todo lo que he de sufrir y en todas mis empresas.... Si se presentan combates, si el mundo se irrita, si el demonio se estremece y la carne se subleva contra el espíritu, esperaré en vos. Por esto está escrito: Depositad en su seno todas vuestras penas, y cuidari de vosotros. Si pensamos así, ¿por qué titubeamos en despreciar todas las esperanzas miserables, vanas, inútiles, seductoras, dando exclusivamente cabida en nuestro corazon á la sólida esperanza? ¡Cuándo ha abandonado Dios á aquel que en Él espera, ya que le manda esperar? Jamás deja á los que en Él esperan. Los ayudará, dice el Salmista, los arrancará de las manos de sus enemigos. ¿Y por qué mérito? Porque en Él han esperado. (Serm. IX. in Psal.).

La esperanza hace sufrir con paciencia todos los trabajos, todas las empresas, todos los sacrificios, etc. La esperanza es la que ha hecho apóstoles, mártires, confesores, virgenes, celosos misioneros y todos los Santos....

Nos refugiamos, dice S. Pablo á los Hebreos, nos refugiamos en la posesion de la esperanza, la cual sirve á nuestra alma como de un áncora firme y segura, y penetra hasta el santuario que está del velo adentro: *Confugimus ad tenendam propositam spem; quam sicut anchoram habemus animo tutam ac firmam, et incedentem usque ad interiora velaminis.* (VI. 18-19).

Porque ha puesto su esperanza en el Señor, dice el Salmista, descansará inmóvil en la misericordia del Altísimo: *Quoniam sperat in Domino, in misericordia Altissimi non commovebitur.* (XX. 8).

Señor, nunca queda yo confundido, habiendo puesto en Vos mi esperanza: *Non erubescam, quoniam speravi in te.* (Psal. XXIV. 20). Esperando en el Señor, no vacilaré: *In Domino speravis, non infirmabor.* (Psal. XXV. 1). Portaos varonilmente todos vosotros los que tenéis puesta en el Señor vuestra esperanza, y tened buen ánimo: *Viriliter agite, et confortetur cor vestrum, omnes qui speratis in Domino.* (Psal. XXX. 25). Puesta tengo mi esperanza en Dios, y nada temeré de cuanto pueden hacer contra mi los mortales. (Psal. LV. 5).

Sois mi esperanza, Señor, y baluarte fortísimo contra el enemigo: *Factus es spes mea, turris fortitudinis á facie inimici.* (Psal. LX. 4).

Israel espera en el Señor; el Señor será su libertador y su escudo. Los que temen al Señor, han esperado en Él; y él es su ayuda y su protector.

Nada alimenta y fortifica el alma como la esperanza, dice S. Crisóstomo: *Nihil animam nutrit et vegetat atque spes.* (Homil. ad pop.).

La esperanza fortifica.

Considerad, hijos míos, dice el Eclesiástico, las generaciones de los hombres, y veréis como ninguno de los que han confiado en el Señor ha quedado burlado: *Respicite, filii, nationes hominum, et scitote quia nullus speravit in Domino, et confusus est.* (II. 11).

La Escritura, dice S. Crisóstomo, no sólo nombra al justo, sino que habla de todos, y hasta del pecador más grande. Porque es cosa admirable que los pecadores que se abrazan al áncora de la esperanza, se vuelven fuertes é invencibles: *Hoc est enim admirabile, quod etiam peccatores, anchoram hanc spei tenentes, sint ab omnibus inerpugnabiles.* (In Psal. CXVII). Ved lo que dice el profeta Isaías: Los que tienen puesta en el Señor su esperanza, adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán, y no desfallecerán: *Qui sperant in Domino, mutabunt fortitudinem, assumunt pennas sicut aquila, current, et non laborabunt, ambulabunt, et non deficiunt.* (XL. 31).

Ved el atleta, el soldado; qué los sostiene y les hace tan fuertes y heroicos? La esperanza de ganar un premio y de merecer la distinción prometida....

El Señor es bueno, dice el profeta Nahum: es consolador de sus hijos en tiempo de la tribulación, y conoce y protege á los que ponen en El su esperanza: *Bonus Dominus; et confortans in die tribulationis; et sciens sperantes in se.* (I. 7).

La esperanza es la que hace hombres laboriosos.... colonos emprendedores... negociantes activos..., intrépidos soldados....

San Lorenzo Justiniano dice admirablemente: La esperanza es una columna que sostiene todo el edificio espiritual; si falla, el edificio se derrumba, cayendo en el abismo de la desesperacion. Ella es el áncora del alma que libra de las tempestades, de enemigos y de las pasiones: *Spes est quasi columna qua totum spirituale edificium sustentat; qua deficiente, edificium corrui, ac in barathrum desperationis concidit. Est etiam anchora animae, eam servans ne á procellis tentationum irrumperatur.* (Lib. de Ligno vitæ, c. II).

Señor, dice el Rey Profeta, en ti esperaron nuestros padres; esperaron en ti, y tú los libraste: *In te speraverunt patres nostri; speraverunt, et liberasti eos.* (XXI. 5). Ya que ha puesto en mí su esperanza, yo le libraré, dice el Señor: *Quoniam in me speravit, liberabo eum.* (XC. 14). Su corazón está siempre dispuesto á esperar en el Señor; fortalecido está su corazón; no vacilará el justo, y mirará con desprecio á sus enemigos: *Paratum cor ejus sperare in Domino, confirmatum est cor eius, non commovebitur donec despicat inimicos suos.* (Psal. CXXI. 7-8).

No temáis, dijo el Señor por boca de Isaías, que yo estoy con vosotros; no os desveáis, pues yo soy vuestro Dios, vuestro auxilio y vuestro amparo. (XLII. 10).

La esperanza fortifica de tal modo, que nos hace como impecables: Los que esperan en Dios, dice el Salmista, no perecerán: *Non delinquent omnes qui sperant in eo.* (XXXIII. 23).

Y esto, 1.º porque Dios los sostiene...; 2.º porque destruirían su esperanza si ofendiesen á Dios...; 3.º porque aguardan y desean el Cielo, donde nada manchado puede entrar....

Nos alegramos con la esperanza del premio, dice el gran Apóstol á los romanos: *Spe gaudentes.* (XII. 12).

La esperanza da alegría.

Entristézcanse los mundanos, así como los pecadores que buscan la esperanza en dónde no está, pero nosotros, que abrigamos la esperanza de la gloria eterna, ¿cómo no hemos de tener una grande y continua alegría?

El Dios de la esperanza nuestra, dice S. Pablo, os colma de toda suerte de gozo y de paz en vuestra creencia, á fin de que crezca vuestra esperanza siempre más y más por la virtud del Espíritu Santo: *Deus autem spei repleat vos omni gaudio et pace in credendo, ut abundetis in spe et virtute Spiritus Sancti.* (Rom. XV. 13).

Regocijense, Señor, dice el Real Profeta, todos los que en vos esperan; hallen en vos su gloria, embriagados de alegría á la sombra de vuestras alas. (V. 13). He esperado en el señor; me regocijaré y saltaré de gozo: *Ego in Domino speravi; exultabo et latabor.* (Psal. XXX. 7-8).

La esperanza es la alegría, el consuelo y la felicidad del alma; es el principio de la alegría eterna....

Señor, dijo el profeta Baruch, he puesto la esperanza mía en el Eterno, que es nuestra salud; y el Santo me ha consolado con la promesa de la misericordia que tendrá de vosotros: *Ego speravi in aeternum salutem vestram, et venit mihi gaudium á Sancto.* (IV. 22).

Si nuestra esperanza, dice el gran Apóstol, se limitase solamente á esta vida, seríamos los más miserables de todos los hombres: *Si in hac vita tantum sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus.* (I. Cor. XV. 19). Pero nosotros vivimos ya como ciudadanos del Cielo, de donde asimismo esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el cual transformará nuestro cuerpo vil, haciéndole semejante al suyo glorioso con la energia del poder por medio del cual puede dominarlo todo: *Nostra autem conversatio in calis est; unde etiam Salvatorem expectamus Dominum nostrum Jesum Christum, qui reformabit corpus humilitatis nostrae, configuratum corpori claritatis suae, secundum operationem, qua etiam possit subire sibi omnia.* (Philipp. III. 20-21).

La esperanza nos hace felices.

El que espera en Dios, es feliz, dicen los Proverbios: *Qui sperat in Domino, beatus est.* (XVI. 20).

Hé aquí, dice S. Bernardo, lo que nos dice la fe: Dios prepara á sus servidores bienes inmensos é incomprensibles; para mí están reservados, dice la esperanza; en su busca corro, dice la caridad. (Serm. I. in Psal. CX).

Sin esperanza, no hay felicidad en la tierra, como no hay cielo sin amor.

La esperanza nos hace vivir en la tierra; el amor nos hace vivir en la eternidad. Allí nos conduce la esperanza de la eterna dicha; y conduciéndonos á la eterna dicha, la esperanza constituye además la felicidad del hombre en la tierra.

La esperanza constituye toda dicha, ya en las cosas del tiempo, ya en las espirituales.... ¿Por qué es tan terrible el infierno? Porque no cabe allí la esperanza. Si allí tuviera cabida, el infierno dejaría de ser infierno, y se convertiría en paraíso....

Nada extraño es que el que espere en Dios tenga dulces alegrías y sea verdaderamente dichoso, puesto que Dios habita en su alma. Cristo, dice S. Pablo, es como un hijo en su propia casa; cuya casa somos nosotros, si conservamos firme hasta el fin la animosa confianza en él, y la esperanza de la gloria: *Christus tanquam filius in domo sua; quæ domus sumus nos, si fiduciam, et gloriam spei usque ad finem firmam retineamus.* (Hebr. III. 6).

Solo la esperanza, Señor, obtiene misericordia ante vos, dice S. Bernardo; y sólo poneis el bálsamo de vuestra misericordia en el vaso de la esperanza: *Sola spes apud te miserationis obtinet locum; nec oleum misericordiarum nisi in vase fiduciarum ponis.* (Serm. III. de Annuntiat.).

Muchísimos dolores le esperan al pecador, dice el Rey Profeta; mas al que tiene puesta en el Señor su esperanza, la misericordia le servirá de muralla: *Multa flagella peccatoris, sperantem autem in Domino misericordia circumdabit.* (XXXI. 10). Señor, añade el mismo Profeta, hacedme sentir cuanto antes vuestra misericordia, pues en vos he puesto mi esperanza: *Audiam fac mihi mane misericordiam tuam, quia in te speravi.* (CXLII. 8).

Queridísimos míos, dice el apóstol S. Juan, ahora somos hijos de Dios, pero no vemos todavía lo que seremos algún día. Nos consta si que cuando se manifestare claramente Jesucristo seremos semejantes á él en la gloria, porque lo veremos tal como es. Entra tanto cualquiera que tenga en él esta esperanza, se santifica á sí mismo, así como él es también santo: *Charissimi, nunc filii Dei sumus; et nondum apparuit quid erimus. Scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus; quoniam vidimus eum sicuti est. Et omnis qui habet hanc spem in eo, sanctificat se, sicut et ille sanctus est.* (I. III. 2-3).

La esperanza de la vida eterna es la vida de la vida mortal, dice S. Agustín: *Spes vite æternæ immortalis est vita vite mortalis.* (In Psal. III).

Por la esperanza nos hemos salvado, dice el gran Apóstol: *Spe enim salvi facti sumus.* (Rom. VIII. 24). Señor, dice el Salmista, salvais á los que esperan en vos: *Salvos facis sperantes in te.* (XVI. 7). Señor, espere en vos, y jamás seré confundido: *In te, Domine, speravi; non confundar in æternum.* (Psal. LXX. 4).

Dios habita en el corazón que vive de esperanza.

La misericordia es compaña de la esperanza.

Con la esperanza nos santificamos.

La esperanza es la vida y la salvación.

Yo sólo esperó en Dios, dice S. Agustín. Vosotros que poneis vuestra esperanza en el dinero, la poneis en la vanidad; los que la poneis en los honores, la poneis en la vanidad, y los que haceis descansar vuestra esperanza sobre un poderoso amigo, la poneis también en la vanidad. Cuando esperais en todas estas cosas, ó las perdeis, dejándolas con la muerte, ó desaparecen por sí mismas mientras vivis; y vuestra esperanza es vana: *Ego in Domino speravi. Speras in pecunia, observas vanitatem; speras in honore, observas vanitatem; speras in aliquo amico potente, observas vanitatem. In his omnibus cum speras, aut tu espiras, et ea hic dimittis; aut cum vivis, omnia pereunt, et in spe tua deficiis.* (In Psal. XXX).

Así habla S. Bernardo al papa Eugenio: Os lo digo, Santísimo Padre, sólo Dios es al quien nunca buscamos en vano, siempre lo hallamos si lo buscamos con la esperanza. Y no sólo nada hemos de esperar fuera de Él, sino que es preciso también buscarle á Él sólo: *Dico tibi, Pater Eugeni, solus est Deus qui frustra nunquam queri potest, nec cum queritur, inveniri non potest. Non modo nil sperare nisi ab eo, sed nihil querere nisi eum.* (Lib. de Consid.).

El santo varón Tobías no se entristeció por haber perdido la vista, ni murmuró tampoco contra Dios, que así le había afligido; sino que permaneció firme en el temor de Dios y en la esperanza. Sus parientes y allegados se burlaban de su conducta, diciéndole: ¿Dónde está aquella esperanza vuestra que os hacía dar tantas limosnas y sepultura á los muertos? Pero Tobías les reprendía, diciéndoles: No habéis así, porque somos hijos de los Santos, y esperamos aquella vida que Dios ha de dar á los que no abandonan la fe: *Filii Sanctorum sumus, et vitam illam expectamus quam Deus daturus est his qui fidem suam nunquam mutant ab eo.* (II. 13-18).

No cesemos de hacer manifestaciones de nuestra esperanza, dice S. Pablo á los Hebreos, porque fiel es el que nos ha hecho promesas: *Tenemus spei nostre confessionem indeclinabilem fidelis enim est qui repromisit.* (X. 23).

Conservadme, Señor, en la perseverancia, dice el Rey Profeta, porque siempre he esperado en vos: *Conserua me, Domine, quoniam speravi in te.* (XVI). Esperaré siempre, dice aquel Santo Rey: *Ego autem semper sperabo.* (LXX. 14). Esperemos mientras dura nuestro aliento; esperemos en Dios durante la vida y en la hora de la muerte....

El mismo Job dice: Ann cuando Dios me matase, todavía esperaré en Él: *Etiam si occiderit me, in ipso sperabo.* (XIII. 15).

Sólo debemos esperar en Dios.

La esperanza debe ser firme y perseverante.

## ESCRÍPULO.

¿Qué es el escrípulo?

**E**scrípulo, en su acepción primitiva, significa una de aquellas pequeñas piedras que se introducen en el calzado y dañan los pies, estorban ó impiden andar.

En el lenguaje figurado, que ha llegado á ser el usual, escrípulo significa el temor, las penas de una conciencia que se turba sin suficientes motivos. El escrípulo proviene de un temor causado por conjeturas ligeras, suposiciones inciertas y sin razonable fundamento, que afligen y atormentan el alma. Han temblado allí donde nada tenían que temer, dice el Salmista: *Illic trepidaverunt timore ubi non erat timor.* (XIII. 5).

¿Cómo pueden dividirse los escrípulos?

Hay dos especies de escrípulos: unos dudan y temen no haber confesado bien sus pecados; temen no haber tenido bastante contrición; se estremecen sospechando no haber recibido el perdón, después de haber puesto por otra parte todo lo que estaba en su mano para hacer una buena confesión, excitarse á la contrición y evitar toda caída en el pecado. Semejantes escrípulos no son por esto menos cristianos, y tienen ordinariamente un buen fin....

Otros, viviendo mal, tienen escrípulos del pasado; pero no se corrigen. Estos están muy cerca de su ruina....

¿De qué viene el escrípulo?

El escrípulo puede provenir: 1.º de una complexión melancólica, ó de alguna enfermedad, ó de mortificaciones demasiado rigurosas.... Entonces es preciso recurrir á la medicina....

2.º El escrípulo en otros tiene por causa la debilidad de espíritu ó de juicio. No saben discernir el bien del mal; creen ver el mal en donde no está, y no lo ven en donde existe; creen el mismo mal grande cuando es pequeño, ó bien cuando es grande lo creen pequeño, etc.

3.º Hay escrupulosos, y estos son los más, que son escrupulosos por amor propio, por terquedad, por desobediencia y por orgullo... Tal escrípulo es muy incurable.... Estos escrupulosos se aman demasiado, tienen demasiado apego á su propia voluntad y á sus propias luces. Tienen la temeridad de creer que sus directores fallan sin suficiente conocimiento de causa; que son ó demasiado indulgentes, ó demasiado severos, ó poco instruidos, ó faltos de experiencia, etc., y en fin que se engañan....

4.º El escrípulo puede tambien provenir de un temor excesivo de la muerte, del juicio y del infierno. Estos escrupulosos se creen condenados por el más pequeño pecado; su imaginación se exalta....

3.º Hay un escrípulo que proviene del demonio. El demonio tra-

ta de turbar el alma para impedirle que adelante en la virtud.... Al demonio le gusta pescar en agua turbia.

6.º Hay tambien algunas veces escrípulos que Dios permite para experimentararnos.

El escrípulo que viene del demonio, se conoce: 1.º por el impulso al cual parece que cedemos, si este impulso es caudoso, rudo ó violento; pues el impulso divino es dulce.... Dios es tranquilo, dice S. Bernardo, y en todas partes da calma; mirar á este Dios de paz, es ya tener reposo: *Tranquillus Deus, tranquillat omnia; et quietum aspiciere quiescere est.* (Serm. XXXIII. in Cant.). 2.º Se conoce que los escrípulos vienen del demonio por la agitación del alma, por la pérdida de la paz y de la suavidad, y por el disgusto que causan la virtud, la resignación y los ejercicios piadosos....

El escrípulo, dice S. Crisóstomo, es un tormento cruel que no sólo devora el cuerpo, sino tambien el alma. Es un gusano que ataca los huesos y el corazón, un perseguidor perpetuo que debilita todas las fuerzas del alma. Es una noche continua, es equivalente á espesas tinieblas; es una tempestad, y es como negras nubes; es una calentura latente que quema más que el fuego, es un combate sin reposo. (*Homil. de Cruce*).

El escrípulo seca y empequeñece el corazón, dándole tristeza y pesadez; llena el cerebro de negro humo y densa niebla; todo lo ve el escrupuloso de una manera sombría, penosa, perjudicial, salvaje y espantosa.... Con el escrípulo no puede verse á Dios, ni su ley, ni la hermosura y dulzura de la virtud, ni puede uno verse á sí mismo.... El escrupuloso halla pesado el yugo de Jesucristo, tiene tentaciones de murmurar.... No hay para él seguridad, no hay paz, no hay tranquilidad, no hay luz.... Pronuncia oraciones áridas con mucho trabajo y enojo...; recibe los Sacramentos temblando y sin consuelo, casi sin fruto...; tiene tentaciones de abandonar todo y desanimarse.... ¡Qué estado tan deplorable!

La tentación del escrípulo es tal vez más peligrosa que las demás, porque las otras tentaciones ya se miran como malas; pero la tentación del escrípulo suele considerarse como originada por la prudencia, la verdad y la virtud.... El demonio quita el temor de los peligros reales, y hace temer otras que son falsos y aparentes.... Esta tentación conmueve y hasta quita la esperanza y la resignación, llevando á las mirimbraciones, al odio y á la desesperación....

Peligros todos de la negligencia espiritual que puede conducirnos al endurecimiento por el camino de la terquedad, de la desobediencia y del orgullo.

La verdadera virtud, dice S. Ambrosio, tiene la tranquilidad y la estabilidad del reposo. Por esto reserva el Señor el inestimable don

Sufrimientos del escrupuloso; lastima que se le convalida.

Peligro del escrupuloso.

El hombre verdaderamente piadoso que no es escrupuloso.

de la paz á los que son perfectos: Os dejó la paz, dijo; os doy mi paz; os la doy; no como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni se asuste: *Pacem relinquo vobis; pacem meam do vobis; non quomodo mundus dat, ego do vobis. Non turbetur cor vestrum, neque formidet.* (Joan. XIV. 27).

Las almas verdaderamente sólidas y virtuosas no se agitan por las cosas del mundo, por las tentaciones ni las pasiones: el temor no les turba; no se inquietan por sospechas; nada las asusta, ni sigue-ria los dolores; colocadas antes bien en un puerto seguro, ven pasar las tempestades, sin que su alma se conmueva. (Lib. IV. Offic., c. V).

1.º El pecado en su esencia supone de tal manera el concurso de la voluntad, dice S. Agustín, que si no hay voluntad tampoco hay nunca pecado: *Pecatum ita in sua essentia includit voluntarium, ut si hoc desit, desinat esse peccatum.* (Lib. I. Retract., c. XV).

2.º Hasta á los más perfectos les es imposible no mancharse con el polvo de la tierra, dice S. Leon: *Necesse est de mundano pulvere etiam religiosam corda sorlicere.* (Serm. IV de Quadrag.); es decir, que es como imposible, á pesar de todas las precauciones, en vista de la débil y decaída naturaleza de Adán, en vista de los obstáculos para el bien, de la inclinación al mal, del número de los peligros y de la multitud de enemigos, es imposible evitar todas las faltas veniales. Solo en el Cielo seremos impecables. Ni los mismos Santos se han visto tampoco exentos de algunas ligeras manchas.... Por otra parte, los pecados veniales no condenan ni hacen perder la gracia santificante.... ¿Por qué hemos de atormentarnos tanto?... Hemos de arrepentirnos, humillarnos; pero no turbaros ni desanimaros....

3.º Aun en el caso de que nos hiciésemos culpables de una falta mortal, no serían los escrúpulos ni la desesperación los que podrán levantarnos de tal caída, sino la esperanza y el arrepentimiento....

Dios perdona siempre á un corazón contrito y humillado, dice el Salmistá: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies.* (L. 19). Dios perdona siempre que á él se acude....

4.º No hemos de separar nunca nuestras miserias y debilidades de la bondad, de la misericordia y de la sangre de Jesucristo. Todo es infinito en Jesucristo....

¿Queréis, dice S. Bernardo, vencer el triste escrúpulo? Vivid bien; la vida cristiana es siempre alegre: *Vis nunquam esse tristis? Bene vite, bona vita semper gaudium habet.* (De Inter. Domo, c. XLV). Alegros en el Señor, dice S. Pablo: es lo repito, alegros: *Gaudete in Domino; iterum dico, gaudete.* (Philipp. IV. 4).

¿Por qué, ó alma mía, dice el Real Profeta; estás triste y te has de turbar? Espera en Dios: *Quare tritris es, anima mea, et quare conturbat me? Spira in Deo.* (NII. 7).

El que quiere evitar, y sobre todo vencer las tentaciones diversas, debe evitar y despreciar el escrúpulo, diciendo: No me fio de

Motivo que de-  
ben haberse  
de evitar el  
escrúpulo.

ti, ó escrúpulo; eres muy mala guía; provienes del demonio, enemigo mio; cuanto me presentas, es falso, inepto é insensato, y abrazaré por prudencia el partido contrario al que me indignas.... Por lo mismo decía S. Antonio que para vencer á los demonios no hay cosa más eficaz que la alegría espiritual que excluye los escrúpulos. (In Vit. Patr.).

El que marcha en las tinieblas y no tiene luz, dice Isaías, tenga esperanza en el nombre del Señor y descanse en su Dios: *Qui ambulavit in tenebris, et non est lumen ei, speret in nomine Domini, et innitatur super Deum suum.* (L. 10).

¿Queréis desvanecer la tristeza ó el escrúpulo que os oprime? Orad, dice el apóstol Santiago: *Triatur aliquis vestrum? Oret.* (V. 13).

No multipliquéis las palabras en vuestras oraciones; dice el Eclesiástico; evitad escrupulosas repeticiones: *Non iteres verbum in oratione tua.* (VII. 13). Fijense los escrupulosos en otras palabras del Espíritu Santo, y consérvenslas en su memoria. Evidentemente se engañan aquellos escrupulosos que fatigan sin tregua su espíritu, repitiendo sin cesar sus oraciones, y adoptan el medio más propio de no verse jamás libres de ellas. Tal repetición de las oraciones hecha por el escrupuloso, con el temor de no haber rezado bien y el desarreglado deseo de decirlo mejor, es inútil y viciosa; tal repetición es ridícula ó irreverente, alimenta y aumenta los temores y los escrúpulos. Pronunciando las palabras, los escrupulosos cumplen con la obligación de orar, y aun cuando estén distraídos, su distracción es ordinariamente involuntaria, pues es efecto de la imaginación y de una cabeza exaltada por el escrúpulo; su distracción está por consiguiente exenta de pecado. Y en caso de que fuese voluntaria y encerrase cierta falta, esta falta debe borrarse con la contrición, y no con la repetición de las peticiones....

He aquí otras excelentes remedios para curar el escrúpulo: 1.º pedir á Dios que nos libre de ellos...; 2.º tener una inquebrantable confianza en Dios...; 3.º permanecer sordos á las sugerencias del demonio, principalmente cuando nos sugiere pensamientos contra la fe, por ejemplo, pensamientos de blasfemia, etc...; 4.º rechazar el escrúpulo desde un principio; porque el escrúpulo es como una piedra que, arrojada en una balsa de agua quieta, produce primeramente un pequeño círculo, luego otro mayor, y finalmente capta-urez de círculos que van siempre creciendo...; 5.º no emplear mucho tiempo en el examen de conciencia, y no ocuparse de la confesión más que algunos momentos antes de confesarse...; 6.º obedecer ciegamente al director...; 7.º abreviar la confesión y no entrar en ningún detalle...; 8.º comulgar á menudo, sin ocuparse de las faltas ni antes ni después de la Comunión; pero entregarse á Dios, amarle, darle gracias...; 9.º recordar que no es la tentación la que mancha, sino el consentimiento...; 10.º despreciar las tentaciones...; 11.º pronunciar á menudo los santos nombres de Jesús y de María, y hacer la señal de la cruz...; 12.º humillarse....

Nombres con-  
tra los escrú-  
pulos.

## ESPIRITU SANTO Y CONFIRMACION.

¿Qué es el Espíritu Santo?

**E**l Espíritu Santo es la tercera persona de la Santísima Trinidad, verdadero Dios como el Padre y el Hijo. Procede del Padre y del Hijo, como lo ensena la Iglesia en el credo: *Qui ex Patre Filioque procedit.*

El Espíritu Santo, dice S. Agustín, es el amor y el lazo del Padre y el Hijo: *Spiritus Sanctus est Patris et Filii amor et connexio.* (Lib. de grat. Novi Testam.). Por esto se le llama por excelencia y especialmente Dios de amor....

¿Por qué aparece el Espíritu Santo bajo la forma de una paloma en el bautismo?

**E**n la Escritura, la nube es el símbolo de la majestad divina. La aparición de la Divinidad bajo esta forma pertenece principalmente al Espíritu Santo. Así aparece la Santísima Trinidad en la transfiguración: el Padre en la voz, el Hijo en un vestido de gloria, y el Espíritu Santo en una nube deslumbrante.

El Espíritu Santo fue una nube que cubrió con su sombra á la bienaventurada Virgen, y con aquella sombra divina concibió al Verbo de Dios. Esta nube celestial nos protege contra los vivísimos ardores de la concupiscencia, y eleva al Cielo nuestro espíritu. Es la nube que nos guía á la tierra prometida. Esta nube significa la lluvia de la doctrina y de la gracia, y significa también el misterio que rodea las operaciones del Espíritu Santo.

La razón por que el Espíritu Santo es llamado nube ó aparece bajo la forma de una nube, es que la nube produce lluvia y rocío. Las Sagradas Letras presentan bajo esta figura la gracia del Espíritu Santo.... Derramaré las aguas sobre los campos sedientos, dice el Señor por boca de Isaías; haré correr arroyos sobre las tierras áridas, y haré bajar el Espíritu Santo sobre tu raza, y mi bendición sobre tu posteridad. (ISAÍAS, 3). El Rey Profeta nos manifiesta la necesidad de esta agua sagrada, y nos obliga á desearla: He extendido mis manos hacia vos, Señor, como una tierra sedienta, mi alma ha tenido sed de tí. *Expandi manus meas ad te; anima mea sicut terra sine aqua tibi.* (CXLI, 6). Así como una tierra se vuelve estéril sin riego, y nunca el vegetal la esmalta, ni se adorna de flores, ni produce frutos; así también el alma, sin la gracia del Espíritu Santo, deja de resistir á las tentaciones, es estéril para la virtud, no tiene el vestido de la justicia, la hermosura de la sabiduría ni el fruto de las buenas obras. Y así como el agua purifica, corta la sed y refresca, así la gracia del Espíritu santo purifica el alma, apaga el fuego de la concupiscencia, templá los ardores enfermizos del alma, calma y destruye la sed de la codicia. Por esto la llama Jesu-

cristo *agua viva*. El que beba de esta agua, dice, jamás tendrá sed: *Qui biberit ex hac aqua, non sitiet in aeternum.* (Joann. IV. 13); á no ser que rechace el agua divina con el pecado mortal.

La gracia del Espíritu Santo es una lluvia benéfica, según aquellas palabras del Salmista: O Dios, reservaréis una lluvia milagrosa para fortalecer á vuestro pueblo: *Pluviam voluntariam segregabitis, Deus, hereditati tue.* (LXVII, 10).

La gracia del Espíritu Santo es un rocío que refresca el alma, fecundiza el corazón, é ilumina el espíritu. Dulce rocío de la mañana que nos da la vida....

**S**iendo la paloma una ave dulcísima y muy sencilla, inocente, fecunda, amable y fiel, quiso el Espíritu Santo aparecer bajo aquella forma para manifestarnos su mansedumbre, su bondad, su inocencia, su fecundidad, su caridad y su celo por las almas....

La paloma representa admirablemente los siete dones del Espíritu Santo. Se mantiene cerca de las aguas para servirse de ellas como de un espejo para ver las aves de presa y huir; este es el don de sabiduría.... Elige los mejores granos: este es el don de ciencia.... Alimenta á sus hijuelos: este es el don de consejo.... No desgarrá con su pico: este es el don de inteligencia.... No tiene hiel ni bilis es el don de piedad.... Construye con solidez su nido: este es el don de fuerza.... Su canto es un gemido, y este es el don de temor....

La paloma es el signo de la reconciliación y reparación que el Espíritu Santo ha obrado en el mundo por Jesucristo. La paloma trujo á Noé un verde ramo de olivo, indicando así el término del diluvio y de la ira de Dios, la tierra libre de las aguas, y la paz devuelta á los hombres....

La paloma indica la unión y la sociedad de los fieles en la Iglesia, unión que el Espíritu Santo mantiene con el bautismo de Jesucristo y la caridad....

**E**l fuego es símbolo del Espíritu Santo. El fuego purifica.... ahuyenta las tinieblas... ilumina..., calienta..., se incorpora los objetos, los transforma en sí mismo..., se levanta..., es poderoso, etc.... Así obra también el Espíritu Santo: purifica los corazones..., ahuyenta las tinieblas del pecado y de las pasiones...; ilumina las almas con sus divinas luces...; calienta ó inflama los corazones...; levanta los pensamientos y los despos hácia el Cielo...; obra prodigios tan admirables como los que obró el día de Pentecostés en los Apóstoles...; transforma el alma, la penetra y se la asimila.

Los Apóstoles recibieron el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego, es decir que recibieron el fervor, la caridad, la fuerza, la luz, el celo por la salvación de las almas....

El fuego representa perfectamente, por sus cualidades, los siete dones del Espíritu Santo. 1.º El fuego devora y destruyá lo que

¿Por qué aparece el Espíritu Santo bajo la forma de una paloma en el bautismo de Jesucristo?

¿Por qué aparece el Espíritu Santo bajo la forma de una paloma en el día de Pentecostés?

se opone á su acción; y esto indica el don de temor.... 2.º El fuego derrite el hielo y los metales más duros: así es el don de piedad.... 3.º El fuego cuece y consolida las vasijas de barro, purifica el oro, etc.: hé aquí el don de fuerza.... 4.º El fuego da luz y calor, penetra y se eleva: lo cual designa los dones de sabiduría, inteligencia, consejo y ciencia....

El Espíritu Santo apareció el día de Pentecostés bajo la forma de lenguas de fuego; 1.º para manifestar que penetraba de tal manera las lenguas de los Apóstoles, que con sus palabras de fuego abrasaban los corazones más helados, y componían los más empederados corazones...; 2.º para curar aquel miembro que, más que cualquiera otro, estaba devorado por el fuego del infierno; pues, como dice el apóstol Santiago, la lengua es también un fuego, un mundo de males; la lengua que, no siendo más que uno de nuestros miembros, mancha todo el cuerpo, y abrasada por el espíritu infernal, inflama con sus ardores todo el curso de nuestra vida: *Et lingua ignis est, universitatis iniquitatis. Lingua constituitur in membris nostris, que accendit totum corpus, et inflammata rotat nocitatis nostras, inflammata á gehenna....* (III. 6).

3.º El Espíritu Santo enviaba á los Apóstoles á predicar por el mundo. Con aquellas lenguas de fuego recibían el don de lenguas.... 4.º Así como la lengua discierne el sabor, etc., los Apóstoles recibían, con aquellas lenguas, la gracia de juzgarlo todo.... 5.º La lengua es un utilísimo instrumento si sabemos servirnos de ella. Y era para hacer útil á todo el universo la lengua de los Apóstoles dirigiéndola, que el Espíritu Santo, bajo la forma de aquellas lenguas de fuego, se apoderaba de las lenguas de los Apóstoles....

Biquentas en G-  
omine que dor-  
ramin el E-  
pinto Senca

1.º Siendo el Espíritu Santo el amor y el lazo del Padre y del Hijo, es en la sociedad espiritual el lazo que une á todos los fieles, haciendo de todos uno solo. El cuerpo del hombre, compuesto de varios miembros, está vivificado por una sola alma, y esta alma da al cuerpo la facultad de ver por medio de los ojos, de oír por medio de los oídos, etc.: así también el Espíritu Santo posee y vivifica los miembros del cuerpo de Jesucristo, que son la Iglesia....

2.º El Espíritu Santo ilumina é instruye. Cuando haya venido el espíritu de verdad, dijo Jesucristo á sus Apóstoles, os enseñará todas las verdades: *Cum enim venerit ille Spiritus veritatis, docebit eos omnem veritatem.* (Joan. XVII. 13).

Todos los Apóstoles fueron imbuidos del Espíritu Santo, y empezaron á hablar en diversas lenguas, á medida que el Espíritu Santo les suministraba palabras: *Et repleti sunt omnes Spiritu Sancto, et ceperunt loqui variis linguis, prout Spiritus Sanctus dabat eloqui illis.* (Act. II. 4).

¡Qué admirable doctor es el Espíritu Santo! exclama S. Gregorio: instruye de repente á los que quiere; ilumina el espíritu así que

los toca; y sólo su contacto es la ciencia misma. Porque, al momento que ilustra, cambia las afecciones humanas, cesamos de ser lo que éramos, y nos convertimos en lo que no éramos (1).

Oíd á S. Crisóstomo: El día de Pentecostés, dice la tierra su virtuosidad en cielo para nosotros. ¿Qué estrellas pueden compararse á los Apóstoles? Las estrellas están en el cielo; los Apóstoles están sobre los cielos: las estrellas brillan con un fuego que crece de atenuamiento; los Apóstoles brillan con un fuego indigente: las estrellas lucen durante la noche, y se oscurecen durante el día; los Apóstoles brillan é iluminan día y noche con sus virtudes. Cuando el sol se levanta desaparecen las estrellas: en presencia del Sol de justicia, los Apóstoles brillan constantemente con la claridad que de él reciben. En el día de la resurrección, las estrellas curan como hojas; y en aquel día los Apóstoles se levantarán por los aires llevados en alas de las nubes (2).

Aunque me deis, dice el mismo doctor, un buque, un piloto, hábiles marineros, velas, cables, áncoras y todo lo que se necesita para que el bajel esté completo, ¿qué podrá hacer si luego falta viento? No tendrá que retardarse la marcha faltando aquel elemento? Lo mismo sucede siempre que el Espíritu Santo está ausente. Por más rico que sea un discurso, por más ciencia, por más inteligencia y elocuencia que tengamos, todo es inútil sin el auxilio del Espíritu Santo, que da á todas estas cosas el poder de obrar (3).

El Espíritu del Señor llena el universo, dice la Sabiduría; y el que todo lo contiene, todo lo entiende: *Spiritus Domini replebit orbem terrarum, et hoc quod continet omnia, scientiam habet totis.* (I. 7).

En todas las dudas el Espíritu Santo ilumina.... El Espíritu Santo, dice S. Gregorio, instruye la razón: *Docet rationem*; da la inteligencia y destruye la ignorancia: *suggert contra hebetudinem intellectum*; aconseja para reprimir la precipitación: *suggert contra precipitationem consilium*; y hace ocupar á la ciencia el lugar de la ignorancia: *suggert contra ignorantiam scientiam.* (In Exord.).

El Espíritu Santo da la luz de la ciencia, dice S. Bernardo: *Spiritus Sanctus dat scientiam lumini.* (Serm. II. de Pent.).

Se apoderará de tí el Espíritu de Dios, dijo Samuel á Saúl, y pro-

(1) *Quod nullus est artifex seu Spiritus. Nulla est discretio nisi agitur in omni et quod voluerit. Mox enim et insensibilis, invenit solamque veritatem. Secundo vero. Nisi huiusmodi subito ad intellectum, immittat affectum; abnegat hoc sapienter quod orn. exhibet repente quod non erat. Hieron. XXX. in Genes.*

(2) Hebreo: *Et in die Pentecostes.* (Quod eadem tales stelle, sunt Apóstoli? Stelle in orbem Apóstoli repleti sunt. Stelle de visis in orbem. Apóstoli de terra sublimati. Stelle in nocte lucet: in die clarificantur. Apóstoli in die et in nocte sunt nulli, hoc est, virtutibus, et ingenio. Stelle in nocte, abscerantur: Apóstoli, solo iustitiam respiciente, non claritate luceant. Si autem in resurrectione spiritus spiritus solus Apóstoli in resurrectione repleantur in omni in multibus. Serm. I. de Pent.

(3) *In illis ovium, gubernatorum, navium, domus, anclonum, omnibus dispositis, et navigantibus, necesse est ventus imparet. Ita sunt omnia, quantumcumque sint preparata, si desit spiritus spiritus. Ita fieri solet: licet sit omnia preparata, et omnia profecta, et eloquentia, et intelligentia, si non adit Spiritus Sanctus, qui vim suggestit, omnino sunt vana. Serm. de Pent.*

leltarás, y te verás convertido en otro hombre: *Insiliet in te Spiritus Domini, et prophetabis, et mutaberis in virum alium.* (I. Reg. X. 6).

Ahuyentando las tinieblas, é ilustrándonos con sus luces, el Espíritu Santo, según S. Ambrosio, mezcla á nuestra inteligencia la inteligencia de Jesucristo: *Tenebras capellens, et sua nos luce illuminans, miscet sensui nostro sensum Christi.* (In Symbol.).

Berramará mi Espíritu sobre toda carne, dijo el Señor por medio del profeta Joel; profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos tendrán sueños, y visiones los jóvenes vuestros: *Effundam Spiritum meum super omnem carnem; et prophetabunt filii vestri, et filie vestrae; senes vestri somnia somnabunt, et juvenes vestri visiones videbunt.* (II. 28).

Tan poderoso es el Espíritu Santo, que eleva la cúspide de la ciencia á los ignorantes y hasta á los idiotas....

Considero á David, Amos, Daniel, Pedro, Pablo, Mateo, dice S. Gregorio, y quiero ver lo que el Espíritu Santo ha obrado en ellos; pero me abandonan mis fuerzas. Porque veo que llena á un niño que toca el arpa, y lo convierte en salmista. Llena á un simple pastor, y lo convierte en profeta. Llena á un niño casto, y lo convierte en juez de los ancianos. Llena á un pecador, y lo convierte en predicador sublime. Llena á un enemigo, y lo convierte en doctor de las naciones. Llena al publicano, y hace de él un Evangelista. (*Homil. XIX. Ecclag.*).

3.º El Espíritu Santo fortifica de tal modo, que nos hace invencibles.

Pedro, sin el Espíritu Santo, es vencido por la voz de una sirvienta; con el Espíritu Santo es vencedor de los príncipes, de los reyes y de los imperios.... El Espíritu Santo da la fuerza de la vida; y lo que es imposible á las fuerzas de la naturaleza, es posible y hasta fácil por su gracia, dice S. Bernardo: *Paraclitus donat robur vite; et quod per naturam est impossibile, per eius gratiam fit possibile, imo facile.* (Serm. II. in Pent.).

El hombre está sujeto, á causa del pecado, á nueve enfermedades principales, contra las cuales el Espíritu Santo da grandes fuerzas. La primera consiste en las afecciones, las angustias y otros padecimientos del cuerpo y del alma. El Espíritu Santo nos fortifica contra esas terribles pruebas, haciéndonoslas aceptar de mano de la Providencia, y llevándonos también á alabar á Dios.... La segunda es la ignorancia que afecta á nuestra inteligencia; el Espíritu Santo, que es el Dios de luz, la disipa, del mismo modo que el sol disipa las tinieblas.... La tercera es la debilidad en la voluntad; y el Espíritu Santo hace inquebrantable esa voluntad en la senda del bien.... La cuarta es la pobreza que ataca á nuestra memoria; el Espíritu Santo llena esta facultad, no sólo con el conocimiento del pasado y del presente, sino también con el conocimiento de las cosas futuras.... La quinta es la enfermedad en el espíritu que apenas puede resistir á la concupiscencia de la carne; y el Espíritu Santo nos hace tan fuertes que quedamos triunfantes.... La sexta es la

debilidad de nuestra naturaleza irascible; el Espíritu Santo nos convierte en corderos.... La séptima es la dificultad para emprender las obras penosas y heroicas; y el Espíritu Santo nos da fuerzas para vencerla, como diariamente lo vemos en los Apóstoles, los misioneros y las vírgenes.... La octava es el trabajo que cuesta perseverar en la obediencia y el fervor; el Espíritu Santo hace desaparecer esta trabajo, y lo convierte en suave consuelo.... La novena son los obstáculos que nos impiden orar y meditar del modo más conveniente; pero el Espíritu Santo pide por nosotros con indecibles gemidos: *Postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.* (Rom. VIII. 26). El Espíritu Santo viene en nuestro auxilio para que podamos vencer todas estas grandes dificultades, todas estas grandes miserias... Doblo las rodillas, dice S. Pablo á los Efesios, doblo las rodillas delante del Padre de nuestro Señor Jesucristo, á quien pertenece toda paternidad en el cielo y en la tierra; á fin de que os conceda, según las riquezas de su gloria, ser poderosamente fortalecidos por su Espíritu en el hombre interior: *Flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Jesu Christi, ex quo omnis paternitas in caelis et in terra nominatur, ut det vobis secundum divitias gloriae suae, virtute corroborari per Spiritum eius in interiorum hominum.* (III. 14-16).

En el día de Pentecostés, dicen las Actas de los Apóstoles, repentinamente se oyó un ruido semejante á un viento vehemente que se acreciese: *Factus est repente de caelo sonus, tanquam adventus spiritus vehementis.* (II. 2). Aquel ruido anunciaba la eficacia, la fuerza, la energía del Espíritu Santo en los Apóstoles, para hacerles fuertes, heroicos é invencibles, para que pudiesen combatir al universo pagano, subyugarlo, apoderarse de él y someterlo á Jesucristo; lo que efectivamente hicieron fortalecidos por el Espíritu Santo....

Señor, dice el Ezequiel, ha soplado vuestro Espíritu, y el mar ha cubierto vuestros enemigos; se han hundido como el plomo en sus olas espumosas: *Flavit Spiritus tuus, et operuit eos mare; submersi sunt quasi plumbum in aquis vehementibus.* (XV. 10).

Un león joven y furioso se presenta bramando al encuentro de Sansón; pero el Espíritu del Señor se apodera de Sansón, y éste, sin tener nada en su mano, desgarró el león como hubiera desgarrado un cábrito. (*Judic. XV. 5-6*). En otra circunstancia, el Espíritu del Señor se apodera de Sansón, y rompe las cuerdas que le oprimían, y mata mil filisteos con una quijada de asno. (*Judic. XV. 14-15*). David sostenido por el Espíritu Santo despedaza también á un león y vence á Goliath.

No temáis, dice el Señor por boca del profeta Aggeo, colocaré mi Espíritu en medio de vosotros. (II. 6).

Los Apóstoles, dice Bossuet en sus *Meditaciones*, tenían cuidado de recibir una virtud, un poder de lo alto. Vino esta virtud, y descendió el Espíritu Santo. Hechos ya fuertes. Pedro ya no teme, Pedro es piedra, es decir, una roca contra la que se estrellan todas las olas. ¿Y cómo? Por la nueva virtud que le ha venido de lo alto. Anda,



Pedro; di atrevidamente que seguirás á Jesucristo hasta la muerte; ya puedes. He aquí el tiempo que el Señor había señalado diciendo: No puedes seguirme ahora, pero ya podrás después. (Joan. XII. 36). Este tiempo ha llegado ya; parte, Pedro; anda á la cabeza del rebaño á atacar al mundo, á subyugar el mundo; nada tienes que temer, todo lo puedes.

4.º El Espíritu Santo ruega por nosotros.

El Espíritu Santo analiza nuestra debilidad, dice S. Pablo á los romanos; porque lo que debemos pedir en nuestras oraciones, lo ignoramos; pero el mismo Espíritu Santo pide por nosotros con inexplicables gemidos: *Spiritus advocat infirmitatem nostram; nam, quid oramus sicut oportet, nescimus, sed ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus.* (VIII. 26).

S. Agustín y S. Gregorio nos dicen que el Espíritu Santo pide, es decir, nos hace pedir con lamentos. Obra como un profesor cuando enseña.... Pide con gemidos inefables, es decir, nos hace desear las cosas celestiales y divinas, y nos llena con los consuelos de su gracia. Aprended de ahí que el don y la eficacia de la oración consiste, no en palabras, sino en los lamentos, el afecto, el deseo, la meditación, las oraciones jaculatorias y los ardientes suspiros.

Aprendamos de ahí que si oramos mal, es porque no tenemos el Espíritu Santo; y no oramos por él y con él; le impedimos obrar en nosotros, y le obligamos á retirarse....

5.º Juanes el Espíritu Santo está sin virtud, y no hay virtud sin el Espíritu Santo, dice S. Ambrosio: *Numquam sine virtute Spiritus, nec sine Spiritu virtus.* (De Offic.).

El Espíritu Santo exhorta, excita, insta, inspira y consuela. Aquellos en quienes habita, dice S. Bernardo, son fervientes y conocen la verdad: *Quos replerit, et Spiritu fervere, et in caritate cognoscere facit.* (Serm. de Pent.). El Espíritu Santo, amado también aquel gran doctor, nos hace aspirar á Dios; habita, llena y glorifica el alma. Viniendo á nosotros, nos predestina; fortaleciéndonos con su soplo, nos llena; habitando en nosotros, nos justifica; apoderándose de nosotros, nos colma de bienes; glorificándonos, nos recompensa; *Ad eructum procedendo, predestinatis spiritaliter vocat, quos predestinavit; inhabitando justificat, quos vocavit; replendo accumulatur meritis, quos justificavit; glorificando datat, premissis quos accumulatur meritis.* (Serm. XX. inter Parvos).

Aunque por su esencia, potencia y presencia el Espíritu Santo está en el alma fiel, se da de nuevo, al alma cuando está justificada, para estar en ella de un nuevo modo, como en su templo, y para santificarla por la caridad y hacerla participar de su amor; porque es el primer amor, el amor increado....

El Espíritu del Señor, dice Isaias, descenderá en él; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fuerza, espíritu de ciencia y de piedad; y lo llenará el espíritu del temor del Señor: *Requiescet super eum spiritus Domini; spiritus sapientiae et intellectus,*

*spiritus consilii et fortitudinis, spiritus scientiae et pietatis; et replebit eum spiritus timoris Domini.* (XI. 2-3). He aquí los siete dones del Espíritu Santo....

El don de sabiduría hace que contemplemos las cosas divinas y eternas....

El don de inteligencia hace que penetremos las cosas difíciles y oscuras, y sobre todo las que se hallan en la Escritura....

El don de consejo dirige nuestros pasos y nuestras acciones....

El don de fuerza nos hace vencer todos los obstáculos que se oponen á nuestra salvación, y hasta la muerte....

El don de ciencia nos hace conocer lo que conduce á la salvación, y el modo de emplear bien los medios que para esto se nos conceden....

El don de piedad hace que respetemos y amemos á Dios y al prójimo....

El don de temor de Dios encierra en sí todos los demás dones; este temor nos preserva del pecado, y nos hace practicar la virtud....

S. Pablo enumera los doce frutos del Espíritu Santo. Los frutos del Espíritu Santo, nos dice, son: el amor, la alegría, la paz, la paciencia, la benignidad, la bondad, la longanimidad, la mansedumbre, la fe, la humildad, la continencia y la castidad: *Fructus autem Spiritus est: caritas, gaudium, pax, patientia, benignitas, bonitas, longanimitas, mansuetudo, fides, modestia, continentia, castitas.* (Galat. V. 22-23).

El Espíritu Santo, dice S. Gregorio, advierte, excita é instruye. Advierte la memoria, excita la voluntad, é instruye la razón. Para preservarnos de la locura, nos da la sabiduría; para preservarnos de la estupidez, nos da la inteligencia; para preservarnos de la ligereza y de la precipitación, nos da el consejo; para preservarnos del temor, de la ignorancia, del endurecimiento y del orgullo, nos da la fuerza, la ciencia, la piedad y el temor de Dios: *Spiritus Sanctus monet, movet, docet. Monet memoriam, movet voluntatem, docet rationem. Contra stultitiam suggerit sapientiam, contra lebertudinem fortitudinem, contra ignorantiam scientiam, contra timorem pietatem, et contra superbiam, Dei timorem.* (In Exod.).

Por eso dice S. Basilio de una manera admirable en su *Homilia sobre la fe*: Así como el sol no pierde nada de su sustancia iluminando el universo, así también el Espíritu Santo, comunicándonos sus gracias, se queda en su plenitud infinita, ilumina á todos los hombres para hacerles conocer á Dios; inspira á los profetas, hace sabios á los legisladores, consagra á los sacerdotes, da fuerza á los reyes, perfección á los justos, alorna á los humildes, cura á los enfermos, resucita á los muertos, rompe las cadenas de los pecadores, y por la regeneración adopta á extraños por hijos suyos. Por el los débiles se vuelven fuertes, los pobres muy ricos, los más ignorantes llegan á ser los más sabios, los únicos y verdaderos sabios...

El Espíritu Santo llena el globo de la tierra, es decir, el círculo de las potencias del alma, porque él llena la inteligencia de saber y de prudencia, la imaginación de cordura y tranquilidad, la voluntad de virtud y de valor, y el cuerpo de salud, de hermosura y de energía....

El Espíritu Santo, dice S. Crisóstomo, ahuyenta la malicia, llena el corazón de humanidad, destruye la esclavitud y da la libertad: *Fugavit malitiam, et induxit benignitatem; exterminavit servitutem, et induxit libertatem.* (Serm. I. de Pent.).

De los Apóstoles, añade aquel gran doctor, hizo el Espíritu Santo vinadores, pescadores de hombres, torres, columnas, médicos, guías, doctores, puertos de salvación, marineros, pastores, atletas, guerreros, vencedores y hombres coronados: *Vinostores erant, et piscatores, et turres, et columnae, et medici, et duces, et doctores, et portus, et gubernatores, et pastores, et athletae, et pugnatores, et coronas gestantes.* (Serm. de Pent.).

El Espíritu Santo, añade S. Crisóstomo, es la reparación de nuestra imagen, la perfección del alma espiritual, el sol de los ojos del espíritu, el lazo de nuestra unión con Jesucristo; es la alegría de nuestras almas, el regocijo del corazón; es un fuego ardiente y un manantial de agua viva. Es el consuelo de los que lloran, el paño de lágrimas de la tristeza, el reposo del espíritu, la comunicación de la sabiduría, y el autor de la prudencia. Por él han sido iluminados los profetas, consagrados los reyes con la unción santa, ordenados los sacerdotes, revelados al mundo los doctores, santificada la Iglesia, levantados los altares, consagrado el óleo, purificada el agua, ahuyentados los demonios, y entrados los enfermos (1).

Se dice del proto-mártir S. Esteban que, lleno del Espíritu Santo, y fijando sus miradas en el Cielo, vió la gloria de Dios: *Cum autem esset plenus Spiritu Sancto, intendens in caelum, vidit gloriam Dei.* (Act. VII. 55).

Aquel que está inspirado del Divino Espíritu, dice S. Pedro Damiano, desprecia las cosas de la tierra, y no respira más que por las cosas celestiales y eternas: *Qui Spiritu Divinali affatur, conculeat terrenalibus, caelestibus inhiat et aeternis.* (In Epist.).

El Espíritu Santo, dice la Sabiduría, es el espíritu de la inteligencia, santo, uno, múltiple, sutil, elocuente, pronto, incorruptible, cierto, dulce, amante del bien, penetrante, infalible, bienhechor, amigo de los hombres, inmutable, indefectible, seguro, tiene toda virtud, prevé todas las cosas, y comprende todos los espíritus, es inteligible, vivo y puro: *Est enim spiritus intelligentis, sanctus, unicus, multiplex, subtilis, disertus, mobilis, incoquinatus, certus, amans*

(1) Spiritus Sanctus nostro imagine est conformis, nostra perfectio querit, intellectum mundorum nostrorum ad, coram animo nostrum in Christo, animorum excellentia, corde fragillium, imis, bonis. Luceat enim intellectus, accendatque desiderio, mentis requies, voluitur excoarctatibus, arboribus levatis. Hinc fons illius est, resque impugnat, sacerdotibus ordinatur, doctores declarant, doctores sacerdotum, ubi sumitur, iniquitatem consensit, aqua purgantur, denotant utque, mori carceratur. Serm. de Pent.

*bonum, acutus, quem nihil celat, benefaciens, humanus, benignus, stabilis, certus, securus, omnem habens virtutem, omnia prospiciens, et qui capiat omnes spiritus, intelligibilis, mobilis, supplex.* (VII. 22-23).

Vuestro espíritu bueno, Señor, me conducirá al camino recto, dice el Salmista: *Spiritus tuus bonus deducet me in terram rectam.* (EXLII. 10).

¡Señor, exclama la sabiduría, qué bueno y dulce es vuestro espíritu en todas las cosas! *¡O quam bonus et suavis est, Domine, spiritus tuus in omnibus!* (XII. 4).

Las almas inspiradas e iluminadas por el Espíritu Santo se elevan á la espiritualidad; se convierten en templo, en mansion de las gracias del Espíritu Santo, y aun en mansion del mismo Espíritu Santo y hacen descender su gracia sobre los demás. Por medio del Espíritu Santo, dice S. Basilio, puede cualquiera convertirse en Dios: *Anima Spiritu Sancto afflata et illustrata, fuit spiritualis, et in alios gratiam emittit; hinc est ut Deus fuit.* (De Spirit S.).

Con los siete dones del Espíritu Santo hallan los justos la puerta de la vida celestial, dice el venerable Beda. Son humildes por el temor, misericordiosos por su aplicación á la piedad, discretos por la ciencia, libres por la fuerza del alma, prudentes por el consejo, previsores por la inteligencia, y maduros por la prudencia. (De Spirit S.).

Digámonos con S. Agustín: Divino Espíritu, inspiradme siempre acciones santas, á fin de que sólo ellas me ocupen; obligadme á hacerlas; persuadidme que os amo; confirmadme para que os posea, y guardadme para que no pueda yo perderos: *Sanctum semper opus in me spirat, ut cogitem; compelle, ut faciam; suade, ut te diligam; confirma me, ut te timeam; custodi me, ne te perdam.* (Soliloq.).

El espíritu de Jesús dice S. Bernardo, es el espíritu bueno, el espíritu santo, el espíritu recto, el espíritu dulce, el espíritu poderoso que fortifica á los débiles, que allana las dificultades, purifica los corazones, hace fácil todo lo que es difícil y penoso; inspira la alegría en los oprobios, y la satisfacción en el desprecio. (Serm. de Pent.).

El Espíritu Santo, dice S. Ambrosio, no solamente disipa las tristezas, los pesares y los malos pensamientos, sino que nos da también el recuerdo de Dios, de modo que podamos decir con David: *Ma he acordado de Dios, y la alegría se ha apoderado de mí.* (In Symbol.).

Por medio del Espíritu Santo, dice el Eclesiástico, el hombre será protegido contra los ardores del día, y descensará en la gloria: *Protegetur sub tegmine eius á fervore, et in gloria eius requiescet.* (XIV. 22). La sombra de Jesucristo, dice S. Gregorio, es la protección del Espíritu Santo, pues el Espíritu Santo da sombra al alma, temple el fuego de todas las tentaciones, y cuando toca el alma con el soplo de su saviduría, aparta de ella todo lo que la quemaba; refresca todo lo gastado, hace reverdecir lo marchito, y aquel soplo divino hace renacer la fuerza, y corremos así con más vigor hacia la eterna vida. (In Exod.).

Estais lavados, dice S. Pablo, santificados y justificados en el espíritu de nuestro Dios: *Abluti estis, sanctificati estis, iustificati estis in spiritu Dei nostri.* (I. Cor. VI. 11). No habéis recibido el espíritu de servidumbre, escribe aquel gran Apóstol á los romanos, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de los hijos; el espíritu que nos hace exclamar: Padre, Padre. Porque el mismo Espíritu Santo manifiesta á nuestro espíritu que somos hijos de Dios: *Non enim accepistis spiritum servitutis, sed adoptionis filiorum, in quo clamamus: Abba, Pater, quae cum spiritu testimonium reddit spiritui nostro, quod sumus filii Dei.* (VIII. 15-16).

Hemos de saber que, con esta adopción de hijos de Dios, no solamente se recibe la gracia, la caridad y los demás dones del Espíritu Santo, sino también al mismo Espíritu Santo, que es el don primero e irreducible. El Espíritu Santo, con su propia voluntad, se acerca á sus dones, á su gracia y á su caridad; se da el mismo personal y sustancialmente, según aquellas palabras del Apóstol á los romanos: El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado: *Caritas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis.* (V. 5). También demuestran lo mismo aquellas palabras dirigidas á los galatas: Y porque sois hijos suyos, Dios ha enviado en vuestros corazones al espíritu de su Hijo que clama Padre, Padre mío: *Quoniam autem estis filii, misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra, clamantem: Abba, Pater.* (IV. 6). Por la suprema bondad de Dios, por nuestra suprema felicidad y por nuestra dignidad y elevación suprema, al recibir la gracia y la caridad, recibimos al mismo tiempo la persona del Espíritu Santo, que voluntariamente se une á su caridad y á su gracia; y por ellas habita personalmente en nosotros, nos vivifica, nos adopta, nos dedica y nos lleva á todo bien....

Queréis otra cosa más grande todavía? Oid: Al bajar personalmente el Espíritu Santo en el alma justa, lleva consigo á las otras personas divinas, al Padre, al Hijo, de quienes no puede separarse. Así es que, personal y sustancialmente, toda la Trinidad baja al alma justificada y adoptada; vive y habita en ella como en su templo, en tanto que el alma persevera en la justicia, ó tener de las palabras de la primera epístola de S. Juan: Dios es amor, y todos los que permanecen en el amor, permanecen en Dios y Dios en ellos: *Deus caritas est; qui manet in caritate, in Deo manet, et Deus in eo.* (IV. 16); y á tener de aquellas palabras de S. Pablo á los corintios: Quien está unido á Dios, forma un mismo espíritu con El: *Qui adhæret Domino, unus spiritus est.* (I. VI. 17).

Esto pidió y obtuvo Jesucristo de su Padre, la víspera de su muerte, en aquella divina oración: Padre santo, conserva en nuestro nombre á los que me habéis dado, para que sean uno como nosotros; para que todos sean uno, como vos, Padre, estais en mí y yo en vos; para que ellos sean también uno en nosotros: *Pater san-*

*etc, serva eos in nomine tuo, quos dediisti mihi; et sint unum, sicut et nos. Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me, et ego in te, et et ipsi in nobis unum sint.* (Joan. XVII. 11-21); y para que participen del Espíritu Santo, se unan á El, y por El á las otras personas divinas....

De ahí se deduce que todos son uno en una misma cosa individual, es decir, en el Espíritu Santo, como las tres personas divinas son uno en una misma naturaleza divina. Así lo explican S. Cirilo, S. Anasim, etc....

(Véase Dignidad del hombre).

Así como las imágenes no pueden ser recibidas ni vistas en un espejo empujado, dice S. Basilio, así es también incapaz el hombre de recibir la luz del Espíritu Santo, si no rechaza el pecado y la afección de la carne: *Sicut in speculo impurgata rerum imagines recipi viderique nequeunt; sic homo illustrationem Spiritus Sancti recipere non potest, nisi peccatum et carnis affectionem abiciat.* (Lib. de Spirit. S.). He aquí por qué el gran Apóstol escribió á los Efesios: No contristéis al Espíritu Santo, cuyo sello habéis recibido el día de la redención: *Nolite contristare Spiritum Sanctum Dei, in quo signati estis in die redemptionis.* (IV. 30).

Una gracia fervorosa atrae el Espíritu Santo....

Una caridad ardiente hace que el Espíritu Santo descienda al alma, que el alma se eleve á El; y nos une. Porque, siendo todo caridad el Espíritu Santo, establece su morada en el corazón lleno de caridad.... Una humildad profunda es el camino que nos trae al Espíritu Santo.... La pureza le detiene....

La imposición de las manos para confirmar data de los Apóstoles.

Pedro y Juan fueron enviados á los habitantes de Samaria; les impusieron las manos, y estos recibieron el Espíritu Santo. (Act. VIII. 17). Pablo, dicen las Actas de los Apóstoles, impuso las manos á los que habían sido bautizados, y el Espíritu Santo bajó sobre ellos. (XX. 6).

La materia del sacramento de la Confirmación es el santo crisma. Así como el aceite alimenta y fortifica el cuerpo, el sacramento de la Confirmación alimenta y fortifica el alma.... El aceite da y conserva además la hermosura á los cuerpos sólidos, como el hierro la madera y la piedra; preserva del moho, de los gusanos y de la carne; y de la misma manera la Confirmación comunica al alma solidez y esplendor, y le da una fuerza que lo preserva de la pereza, del moho espiritual y de la corrupción. Los atletas se ungen con aceite para combatir á sus adversarios; nosotros tenemos también necesidad de la unción divina del sacramento de la Confirmación para combatir, vencer y derribar á los espíritus infernales y á todos los enemigos de nuestra salvación.

Se mezcla bálsamo con el aceite santo para enseñarnos á llevar por

Materia de recibir el Espíritu Santo.

El sacramento de la Confirmación comunica al alma solidez y esplendor, y le da una fuerza que lo preserva del moho, de los gusanos y de la carne.

todas partes el buen olor de Jesucristo, el olor de las virtudes y de los buenos ejemplos.....

La forma del sacramento de la Confirmacion la constituyen las palabras que pronuncia el obispo, haciendo la uncion en la frente: *Signo te signo crucis, et confirmo te chrismate salutis, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti*. Te señalo con la señal de la cruz, y te confirmo con el óleo de la salvacion, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. La Iglesia ha conservado esta forma por una constante tradicion. Bastante indicada se halla por otra parte en aquellas palabras de S. Pablo á los Corintios: Dios que fortifica en el Cristo, y que nos ha ungió; que nos ha señalado, y por prenda nos ha dado el Espíritu en nuestros corazones: *Qui autem confirmat nos obsecum in Christo, et qui unxit nos Deus; qui et signavit nos, et dedit pignus Spiritus in cordibus nostris* (II. Cor. I. 21-22).

El obispo hace en nuestra frente la señal de la cruz, para que no nos avergoncemos nunca de ser cristianos, y para hacernos triunfar de todos los obstáculos..... El obispo hace la uncion para hacer bajar sobre nosotros las gracias del Espíritu Santo y fortificarnos..... En el nombre de la Santísima Trinidad hace el obispo estas sublimes ceremonias.....

La gracia de la Confirmacion difiere mucho de la del Bautismo. El efecto de la gracia y del carácter del Bautismo, es engendrar espiritualmente á un hijo; pero la Confirmacion produce un animoso soldado de Jesucristo.

Escuchad lo que dice S. Pedro Damian: Se nos da el Espíritu Santo en el Bautismo para el perdón, y se nos da en la Confirmacion para el combate. Por medio del Bautismo quedamos purificados de nuestras iniquidades, y por medio de la Confirmacion somos fortificados en las virtudes: *In Baptismate spiritus datur ad certam; hic ad pugnam; ibi mundamur ab iniquitatibus; hic virtutibus praeornantur*. (Serm. I de Dedicat.). Véase el poder de este sacramento, sobre todo en los Apóstoles.....

Este sacramento es necesario á los que pueden recibirlo. No habernos confirmar, pudiendo, sería una falta grave.....

Este sacramento imprime un carácter indeleble.....

Este sacramento exige el estado de gracia.....

El obispo impone las manos: 1.º para manifestar que somos protegidos por el poder del Espíritu Santo, que es para nosotros una égida invulnerable contra todos los dardos de nuestros enemigos.....

2.º Esta imposición de las manos significa que somos víctimas consagradas y ofrecidas al Señor; pues en otro tiempo el sacerdote ponía las manos sobre las víctimas que debían ser inmoladas.....

3.º Indica que Dios nos alcanza de una manera especial, y que su mano nos rige, participando nosotros más perfectamente del Espíritu de la adopcion de los hijos de Dios.....

Diferencia entre el Bautismo y la Confirmacion.

4.º Esta imposición de manos significa que quedan perdonados los pecados veniales, y hasta los mortales involuntariamente olvidados, é indica tambien la reconciliacion y la union con Dios.

El cuerpo es ungió, dice Tertuliano, para que el alma sea consagrada; la carne recibe la señal de la cruz, para que el alma sea fortificada, y la imposición de las manos se practica, para que sea iluminada el alma: *Caro ungitur, ut anima consecratur; caro signatur, ut et anima muniat; caro manuum impositione adunbratur, ut et anima spiritu illuminetur*. (De Resurrect. carnis).

Después de la Confirmacion, el obispo da un ligero golpe en la mejilla del confirmado, para recordarle que se halla convertido en soldado, no para herir, sino para sufrir; no para injuriar, sino para recibir las injurias; pues en esto ha de consistir su combate y su victoria.....

Significacion de la bofetada que da el obispo al confirmado.

## ETERNIDAD.

Hay una eternidad.

La razón de la existencia divina es la misma inmutabilidad de Dios. Es imposible que Dios no haya sido siempre. Si no hubiese sido siempre, ¿quién le hubiera sacado de la nada? Un ser increado, eterno es necesario. Y Dios existirá siempre; es indestructible por su naturaleza; tiene soberana y esencialmente la vida en sí mismo; es la vida eterna. Está sobre todos los ataques, toda alteración y todas las destrucciones. La eternidad es el mismo Dios.

Pero, ¿ha dado Dios la eternidad futura á los ángeles y á los hombres? Sí. Dios lo quiera. Dios lo ha revelado, Dios lo ha dicho; todas las naciones lo han creído; es un dogma de fe, un dogma de todos los lugares. El hombre desea la inmortalidad, y la necesita... Dios creó á los ángeles y á los hombres á su imagen y semejanza por la eternidad....

Los réprobos, dice Jesucristo, irán al fuego eterno, y los justos á la vida eterna: *Ibit hie in supplicium eternum; justus autem in vitam eternam.* (Matth. XXV. 46). El hombre, dice el Eclesiástico, se irá á la casa de su eternidad: *Ibit homo in domum eternitatis suae.* (XII. V.)

¿Quién de vosotros, dice Isaías, podrá habitar en las llamas eternas? *Quis habitabit de vobis cum ardoribus sempiternis?* (XXXIII. 14).

San Pablo asegura que los réprobos serán condenados á penas eternas: *Dabunt penas in interitu aeternas.* (II. Thess. I. 9).

La eternidad de las penas y de las recompensas es un dogma de fe. Todos los siglos y todas las naciones, hasta las paganas, han creído constantemente en la eternidad de las recompensas y de las penas.

Dios hizo al alma inmortal: *Crevit hominem inextinguibilem.* (Sap. II. 23).

¿Su origen, dice el profeta Miqueas hablando de Jesucristo, es del principio y de los días de la eternidad: *Egressus ejus ab initio à diebus eternitatis.* (V. 2). Ha salido de la eternidad, de la eternidad pasada, que abraza la eternidad futura; porque en Dios, que es la eternidad, no hay pasado ni porvenir, todo es eternamente presente.

La eternidad es un principio sin principio, y el principio de todo principio....

¡Oh! qué larga es, qué profunda, qué inmensa, qué dichosa ó desgraciada esta eternidad, dueña de todos los siglos, interminable, viva siempre!....

¡O eternidad, qué larga eres, y cuán poco se ocupan los hombres de tí!....

¿Qué es la eternidad? Es un círculo cuyo centro se llama siempre, y cuya circunferencia se llama en ninguna parte, es decir, sin fin.

¿Qué es la eternidad? Es un globo perfecto que no tiene principio ni fin.

¿Qué es la eternidad? Es una rueda que gira sobre sí misma, y girará siempre, sin gastarse jamás ni cambiar de sitio.... ¿Qué es la eternidad? Es un año que recobra la vida en su muerte, y esto siempre.... ¿Qué es la eternidad? Es una fuente cuyas aguas, á medida que corren, vuelven á su manantial sin que se pierda ni una sola gota; es una fuente perpétua que da constantemente aguas de bendición ó de maldición.... ¿Qué es la eternidad? Es un laberinto que confunde con sus innumerables rodeos, y obliga á andar siempre, y aprisiona y pierde á los que en él han entrado.... ¿Qué es la eternidad? Es un abismo sin fondo que vuelve á cerrarse después de haber caído en él....

La eternidad es un principio sin principio, sin medio, sin término. Es un principio continuo, interminable, que empieza siempre; principio en el cual los bienaventurados templán siempre la vida dichosa y abundan constantemente en nuevas alegrías, en tanto que los réprobos mueren siempre, y después de todas las agonías y de todas las muertes vuelven á empezar su agonía y su muerte. Y lo mismo que ha sucedido desde el principio, sucede ahora y sucederá durante todos los siglos de los siglos. Mientras Dios sea Dios, los elegidos serán soberanamente felices, y reinarán, y triunfarán. Mientras Dios sea Dios, los condenados ordrán en la pez y en el azufre, y el humo de sus tormentos subirá en los siglos de los siglos....

La verdadera eternidad, dice S. Anselmo, es una vida interminable que existe toda en cada instante. (*In Monolog., c. XXII.*)

¿Qué es la eternidad sino una duración sin principio, sin fin y sin movimiento!....

Repitamos á menudo lo que el celebre pintor Xenxis decía: *Pingo eternitatem, vivo eternitatem.* Trabajo para la eternidad, vivo para la eternidad. (*Anton. in Meliss.*). Trabajamos en la obra de una vida santa para la eternidad.... Echamos aquí en la tierra el dado que ha de decidir de nuestra eternidad, y de nosotros depende echarlo bien. Una vez arrojado, ya no puede recogerse....

Creemos... estudiamos... vivamos... trabajemos para la eternidad.... Vivamos de modo que podamos vivir eternamente....

Antes de cada acción, pensemos y digamos por nosotros: Trabajo para la eternidad; vivo para la eternidad; trabajaré, pues, y viviré santamente. á fin de imprimir en mi alma y en mi exterior la imagen y la idea de la virtud, de tal manera que Dios, y los ángeles, y los hombres puedan alabar mi conducta. Es preciso que cada uno de nosotros diga: Tengo la libre elección de pintar, en todos mis pensamientos, palabras y acciones, la rica y preciosa imagen de la virtud ó el horrible cuadro del vicio; trabajaré por la virtud, á fin de que mis obras brillen como estrellas para mi gloria y alegría en el cielo, y no para el vicio, que la divina justicia condenará y

Es preciso vivir para la eternidad.

ÓN

®

quemará eternamente. Pintaré para la eternidad, y trabajaré también, que durante toda la eternidad he de alegrarme de mi trabajo. Pensaré, obraré y hablaré como quisiera haber pensado, hablado y obrado durante la eternidad....

Al abrirse la eternidad, ya no habrá más tiempo, dice el Apocalipsis: *Tempus non erit amplius*. (X. 6).

Dormir, dice S. Ambrosio, y vuestro tiempo marcha y se va: *Tu dormis, et tempus tuum ambulat*. (Serm.). ¿Y a dónde os lleva este tiempo tan rápido? A la eternidad....

¡O eternidad, qué grande eres, qué inmensa, preciosa y feliz! ¡Y sin embargo, cuántos hombres te olvidan! ¡Cuán pocos son los hombres que sepan tu valor y sepan apreciarte! ¡Nadie te penetra, y pocos te pesan!....

Muy bien, dice S. Gregorio: Si buscamos bienes, amemos los que tendremos sin fin, y si tememos los males, temamos los que los reprobos sufren eternamente: *Si bona querimus, illa diligamus quae sine fine habebimus; si autem mala peruenimus, illa timeamus quae a reprobis sine fine tolerantur*. (Lib. VI. epist. CXC).

San Buenaventura señala siete caminos que conducen a la eternidad bienaventurada. El primer camino, dice, es la recta intención para las cosas eternas, es preciso que el alma se ocupe únicamente de la eternidad, que no atienda más que a la eternidad, y sólo se dirija hacia la eternidad; que no viva más que allí, a causa del Dios eterno, que es el único verdadero bien, el único necesario, y que al llegar su fin, todos sus deseos se limiten en aquel que jamás ha de serle arrebatado. Tal es el bien que Jesucristo procuró a María Magdalena. (Luc. X. 42). El segundo camino de la eternidad es la atenta meditación de las cosas eternas.... El tercer camino es la clara contemplación de las cosas eternas.... El cuarto camino es el amor de las cosas eternas. Cuando los hombres virtuosos arden en deseos de la eternidad, dice S. Gregorio, se elevan a tan grande altura de vida, que es para ellos un peso insoportable hasta el oír hablar del mundo, pues miran como intolerable todo lo que es extraño a lo que aman. El quinto camino de la eternidad es la revelación secreta de las cosas eternas: la meditación asidua de las revelaciones espirituales, produce un continuo engrandecimiento de la vista y de los conocimientos del alma, y por este medio esta aprecia el valor de los bienes futuros, y entra en el secreto de las verdades eternas. Porque los que aman ardentemente, descubren mejor, distinguen más claramente y conocen más a fondo. Así, cuanto más se aman las cosas eternas, más se comprenden. Por esto exclama S. Gregorio: La eternidad se establece en los Santos por la consideración de la eternidad de Dios: *In Sanctis fit aternitas, aspiciendo Dei aternitatem*. (In Moral.). El sexto camino de la eternidad es un gusto anticipado que se tiene por experiencia de las riquezas de la eternidad. El mismo Real Profeta, lo experimentaba cuando decía: Probad y ved cuán dulce es el Señor: *Gustate, et videte quoniam sua-*

eis est Dominus. (XXXIII. 9); y la Esposa de los Cánticos: El fruto de mi celestial Esposo es dulce a mi paladar: *Fructus eius dulcis gutturi meo*. (H. 3). El séptimo camino de la eternidad son las buenas acciones conformes a la operación de Dios, las buenas costumbres y una vida santa. Porque, dice la Escritura, sus obras les acompañarán: *Opera enim illorum sequuntur illos*. (Apoc. XIV. 43.—in Specul.).

Aunque sea el tiempo que preside al cumplimiento de las obras, la eternidad debe ser sin embargo hallarse en la intención, dice S. Gregorio: *Quamvis in usu operis sit temporalitas, tamen in intentione debet esse aternitas*. (In Moral.). Jesucristo nos conduce en sus vías, él que es el camino, la verdad y la vida; obra a fin de que nuestra conversacion sea en el cielo; porque nos ha abierto la puerta de la eternidad con su victoria sobre la muerte. ¡Feliz aquel que se va a la eternidad por sus caminos! ¡Feliz aquel que, sobrepasándose a la brevedad del tiempo y a la volubilidad de los siglos, fija su espíritu en la estable e inmóvil eternidad! ¡Feliz aquel que desprecia los bienes vanos y pasajeros de la tierra, y vive de los bienes sólidos y eternos!

El mismo S. Agustín señala los cuatro grados de la escala que conduce a la eterna bienaventuranza: la lectura, la meditación, la oración y la contemplación. Unid, dice aquel gran Santo, vuestro corazón a la eternidad de Dios, y seréis eternos con Él: *Junge cor tuum aternitati Dei, et cum illo aternus eris*. (In Psal. XCI).

Si Dios dijese a Judas ó a cualquier otro reprobado: Cada mil años derramarás una sola lágrima por tus pecados, y cuando obrando así hayas derramado suficientes lágrimas para formar un diluvio e inundar el universo, tendré lástima de tí, y te libraré de las penas y de los fuegos del infierno; este réprobo experimentarí una gran alegría, una alegría indecible, porque tendría al fin una esperanza de salvación. Pero ¡ay! no valen las lágrimas de arrepentimiento para los condenados; para ellos, jamás habrá perdón. Derrámenlos en la tierra amargas lágrimas por nuestros pecados; ellas nos cercarán la eternidad desgraciada.... La eternidad es un abismo, digámoslo una vez, digámoslo ciento, digámoslo sin fin....

¡O eternidad! Meditemos sobre la eternidad....

## EUCARISTÍA.

La eucaristía  
real está prohibi-  
da. La eucaristía  
Escritura.

**E**UCARISTÍA quiero decir «acción de gracias», porque este sacramento es la mayor de las gracias, y debemos recibirlo con las más vivas acciones de gracias....

Soy el pan de vida, dijo Jesucristo: *Ego sum panis vita*. (Joann. VI. 48). Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y han muerto. (Id. VI. 49). Este es el pan que baja del cielo, á fin de que el que lo coma no muera: *Hic est panis de celo descendens; ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur*. (Id. G. VI. 50). Soy el pan vivo que he bajado del cielo: *Ego sum panis vivus qui de celo descendi*. (Id. VI. 51). El que coma de este pan, vivirá eternamente: *Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum*. (Id. VI. 52). Pero ¿qué pan es este? El mismo Jesucristo lo dice: Y el pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo: *Et panis quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita*. (Id. VI. 52). Los mismos judíos creyeron que se trataba de alimentarse de la carne de Jesucristo y de comerla realmente, puesto que el Evangelio añade: Los judíos comenzaron entonces á alterar unos con otros diciendo: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne? *Litigabant ergo Judaei ad invicem, dicentes: Quo modo potest. Hic nobis carnem suam dare ad manducandum?* (Id. VI. 53). Jesucristo no les dijo: Os engañáis, si así lo creéis; antes, al contrario, confirmó el sentido que daban á sus palabras, diciéndoles: En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros: *Dixit ergo eis Jesus: Amen, amen dico vobis, nisi manducaveritis carnem filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis*. (Id. VI. 54).

Jesucristo hace aquí un precepto riguroso de alimentarse de su carne y de su sangre, puesto que es bajo pena de no tener vida; estamos pues obligados á alimentarnos de ella. Pero ¿cómo podríamos cumplir este precepto, como comeríamos su carne y beberíamos su sangre, si su carne y su sangre no estuviesen realmente en la Eucaristía? Si no estuviese realmente en la Eucaristía, la obligación que impone de recibirlo sería imposible de cumplir, por consiguiente muy injusta, y no podría condenarnos. Nos manda que lo comamos bajo pena de muerte; y estaría absurdo! Sería el más detestable absurdo, y Dios no ordena absurdos....

Continúa Jesucristo diciendo: El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam; et ego resuscitabo eum in novissimo die*. (Joann. VI. 55). Porque mi carne es verdaderamente alimento, y mi sangre es ver-

daderamente bebida: *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus*. (Id. VI. 56). Pero ¿cómo podría ser la carne de Jesucristo una verdadera comida, y su sangre una verdadera bebida, si la hostia consagrada no fuera más que pan, y el cáliz consagrado no fuera más que vino? Aquel que come mi carne y bebe mi sangre, nos dice, vive en mí, y yo en él: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo*. (Id. VI. 57). Aquel que me come, vivirá por mí: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*. (Id. VI. 58). Este es el pan que ha bajado del cielo; no sucederá como á vuestros padres, que comieron el maná, y no obstante murieron. El que come este pan, vivirá eternamente: *Hic est panis, qui de celo descendit. Non sicut manducaverunt patres vestri manna, et mortui sunt. Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum*. (Id. VI. 59). Las palabras que os he dicho, son espíritu y vida: *Verba que ego loquutus sum vobis, spiritus est et vita sunt*. (Id. VI. 64). Obcecados judíos, miradme y preguntad ¿cómo puede daros á beber su sangre! ¿Cuándo os alimento con la multiplicación de los panes, no preguntasteis de qué manera! En esto está el poder de Dios.

Cuando Dios obra, dice S. Cirilo, no tratemos de indagar cómo obra, concedámosle la inteligencia y la fuerza suficientes para obrar: *Cum Deus operatur, non quaeramus quomodo, sed opera sui viam atque scientiam illi concedamus*. (De Sacram.).

Si no coméis la carne del hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros. (Joann. VI. 54). Es pues preciso comer á Jesucristo; de otra manera no tendremos la vida; así pues Jesucristo está realmente en la Eucaristía. S. Agustín dice: De qué modo Jesucristo se da, y cómo se ha de comer este pan, lo ignoráis; y sin embargo, si no coméis este pan, no vivireis, es una orden formal, amenaza de muerte; así pues hemos de cumplir el precepto de Jesucristo, y es indudable que Jesucristo está en el altar. (De Present. in Sacram.).

La víspera de su muerte, mientras estaban cenando, tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió y lo dio á sus discípulos diciendo: Tomad y comed; ESTE ES MI CUERPO: *Uranantibus autem eis, accepit Jesus panem, et benedixit ac fregit, deditque discipulis suis; et ait: Accipite et comedite; hoc est corpus meum*. (Math. XXVI. 26). Y tomando el cáliz, dió gracias, le bendijo, y diósele, diciendo: Bebed todos de él; porque ESTA ES MI SANGRE, la sangre de la nueva alianza que será derramada por muchos (para todos), á fin de que los pecados sean redimidos: *Hic accipiens calicem, gratias egit; et dedit illis, dicens: Bibite ex hoc omnes: hic est enim sanguis meus novi testamenti, qui pro multis effundetur in remissionem peccatorum*. (Math. XXVI. 28).

Jesucristo dijo: Este es mi cuerpo; esta es mi sangre. Y no dijo Esta es la figura de mi cuerpo y de mi sangre, como quieren los herejes....

Escuchemos ahora al gran Apóstol: No es el cáliz de bendición que bendecimos ó consagramos la comunión á la sangre de Jesucris-

to? Y el pan que partimos ¿no es la participación del cuerpo del Señor? *Calix benedictus cui benedicimus, nonne communicatio sanguinis Christi est? Et panis, quem frangimus, nonne participatio corporis Domini est?* (I. Cor. X. 16).

Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre. Jamás hubo palabras más claras; las pronunció la víspera de su muerte, fueron sus últimas voluntades, fué su testamento. Es para los hombres el momento más solemne de declarar la verdad. ¿Y habría Jesucristo escogido este momento para hablar de ficciones, para engañar y arrojar á la Iglesia entera en la idolatría hasta el fin del mundo, á la Iglesia, su querida esposa, por la cual dió su sangre? Jesucristo dijo á sus Apóstoles: He tenido un ardiente deseo de celebrar esta Pascua con vosotros antes de mi pasión: *Desiderio desideravi hoc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar.* (Luc. XXII. 15). ¿A qué vendría tan gran deseo si no quería darles más que pan? Entonces hubiera sido una comida común como cualquiera otra. ¿Para qué semejantes expresiones si no había nada de extraordinario?... He aquí una nueva alianza con sus Apóstoles, sus más queridos amigos; ¿había de escogerlos para burlarse de ellos y engañarlos indignamente? ¿Quién podrá creer nunca que Jesucristo, sabiduría suprema, bondad suprema y suprema verdad, haya dado con aquellas últimas y solemnes palabras ocasión á una creencia falsa, á un error irreparable y á una monstruosa idolatría? Y sin embargo es lo que hubiera querido hacer y lo que habría hecho ciertamente, si aquellas palabras tan claras y expresivas «este es mi cuerpo, esta es mi sangre,» las hubiese pronunciado él en sentido figurado como quieren los calvinistas. Si así es, toda la Iglesia, todos los Doctores y teólogos, todos los Concilios y todos los Santos desde el principio de la Iglesia, están en el más grave, en el más peligroso error y en la más estúpida idolatría....

Yo sé por el Señor, dice el gran Apóstol, que el Señor Jesús tomó pan la noche en que fué traidoramente entregado, y dando gracias lo partió y dijo: Tomad y comed: este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros á la muerte; haced esto en memoria mía: *Ego enim accépi á Domino, quoniam Dominus Jesus in qua nocte tradebatur, accépit panem, et gratias agens, fregit, et dixit: Accipite, et manducate: Hoc est corpus meum, quod pro vobis tradetur; hoc facite in meam commemorationem.* (I. Cor. XI. 23-24). Igualmente tomó el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre; haced esto, cuantas veces lo bebiereis, en memoria mía. (Id. XI. 25). Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros. Jesucristo ofrece, pues, á sus Apóstoles el mismo cuerpo que fué ofrecido pronto en la cruz; y como en la cruz no murió en figura, sino en realidad, es evidente que se da también realmente en la comunión, puesto que da el mismo cuerpo que dió en la cruz....

Y observad lo que añade S. Pablo: De manera, dice, que cualquiera que comiere este pan, ó bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor: *Itaque quisquam*

*manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini.* (I. Cor. XI. 27). Pero, si en la Eucaristía no hubiese más que pan, lo que sucedería si Jesucristo no estuviese allí más que en figura, ¿cómo podría ser culpable del cuerpo y de la sangre de Jesucristo el que no comiese más que esta figura?

Por tanto examinase pues á sí mismo el hombre, continúa el Apóstol, y de esta suerte, coma de aquel pan y beba de aquel cáliz. Porque quien le come y bebe indignamente, se traga y bebe su propia condenación, no haciendo el debido discernimiento del cuerpo del Señor: *Probet autem seipsum homo; et sic de pane illo edat, et de calice bibat. Qui enim manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit, non dijudicans corpus Domini.* (I. Cor. XI. 28-29). El Apóstol quiere que nos experimentemos antes de comer aquel pan. Y, ¿á qué está prueba si no es más que pan? ¿Por qué, si no es más que pan y vino; comeríamos y beberíamos nuestra condenación en el caso que no estuviésemos en estado de gracia?

He aquí ahora los testimonios de los santos Padres.

San Ignacio mártir dice, hablando de los herejes: No admiten la Eucaristía, porque no quieren confesar que la Eucaristía es la carne de nuestro Salvador Jesucristo: *Eucharistiam non admittunt, eo quod non confiteantur Eucharistiam esse carnem Domini nostri Jesu Christi.* (Epist. ad Smyrn.).

San Ireneo se expresa así: El pan sobre que se pronuncia la invocación de Dios, no es ya un pan ordinario, sino que es la Eucaristía: *Panis percipiens invocationem Dei, jam non communis panis est, sed Eucharistia.* (Lib. IV. adversus Heres., c. XVII). El mismo padre dice en otra parte: El pan sobre el que damos acciones de gracias, es el cuerpo de Jesucristo y el cáliz de su sangre: *Eum panem in quo gratias acta sunt, corpus est Christi, et calicem sanguinis eius.* (Út supra).

San Justino declara expresamente que la Eucaristía contiene la misma carne que el Verbo de Dios tomó en el seno de la Santísima Virgen. (In Orat. ad Anton. Imperat.).

Nos alimentamos, dice Tertuliano, con el cuerpo y la sangre de Jesucristo, á fin de que nuestra alma se nutra con el mismo Dios: *Caro corpore et sanguine Christi vescitur, ut anima de Deo sanguinetur.* (Lib. de Resurrect.).

He aquí las palabras de Orígenes: Cuando tomáis el pan y el vino eucarístico, coméis y bebéis el cuerpo y la sangre del Señor: *Quando vite, panis et pabulo fructus, manducas et bibis corpus et sanguinem Domini.* (In Cont.).

Estas palabras «esto es mi cuerpo,» dice S. Crisóstomo, transforman en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo el pan y el vino que se ofrecen: *Hoc est corpus meum. Hoc verbum transformat ea que proposita sunt.* (Homil. XLVI).



San Cirilo de Jerusalén dice: Habiendo pronunciado el mismo Jesucristo y dicho del pan: «Este es mi cuerpo;» ¿quién se atreverá á ponerlo en duda? Habiendo él mismo asegurado y dicho: «Este es mi cuerpo;» ¿quién se atreverá á titubear y decir que no es su cuerpo? *Cum ipse pronunciarerit, et dixerit de pane: Hoc est corpus meum; ipse audebit deinceps ambigere? Et cum ipse asseceraverit, et dixerit: Hic meus est sanguis; ipse nunquam dubitaverit, alicui non esse ejus sanguinem?* (Catech. IV. 1).

Después de las invocaciones y de la bajada del Espíritu santificador, lo que hay en la santa mesa no es ya pan y vino, sino el cuerpo y la sangre preciosa de Jesucristo nuestro Dios. (Vit. Patr. J.).

Oigamos á S. Ambrosio: Este pan es pan antes de las palabras sacramentales; pero después de la consagración el pan se ha convertido en el cuerpo de Jesucristo: *Panis iste, panis est ante verba sacramentalium; ubi accesserit consecratio, de pane fit caro Christi.* No digáis, añade aquel gran Doctor: Yo quisiera ver la cara de Dios. Pero ¿no lo veis, no lo tocáis, no lo coméis en la Eucaristía? *Quot nunc dicunt: Vellem ipsius formam aspicere; ecce, cum vides, ipsam tangis, ipsum manducas.* (De Mysteriis, c. IX).

Sabemos, dice S. Jerónimo, que el pan que el Señor partió y dió á sus discípulos, fué el cuerpo del Salvador. Moisés no dió el verdadero pan; pero nos lo ha dado el Señor Jesús, que es á la vez el convidado y el festín; come; y se hace comer. (Epist. CL).

San Atanasio, S. Basilio, S. Gregorio Nazianzeno se expresan todos del mismo modo....

He aquí lo que dice S. Agustín: De la misma manera que creemos firmemente que Jesucristo es nuestro mediador entre Dios y los hombres, así creemos también con fe firme que nos da á comer su carne, y á beber su sangre: *Sicut mediatora Dei et hominum, hominem Christum Jesum, carnem suam nobis manducandam, bibendamque sanguinem dantem, fidei corde suscipimus.* (Lib. I. contra Advers. loc. et Proph., c. XX).

Aunque no veamos más que pan, dice S. Remigio, es realmente el cuerpo de Jesucristo: *Visus panis videtur, in veritate corpus Christi est.* (De Euchar.).

Habéis aprendido, dice S. Gregorio, lo que es la sangre de Jesucristo, no oyéndolo, sino bebiéndola: *Quid sit sanguis Agni, non jam audiendo, sed bibendo didicistis.* (Moral.).

He aquí cómo se expresa también S. Juan Damasceno: El pan y el vino y el agua se convierten indistintamente en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo por la invocación y el descendimiento del Espíritu Santo: *Panis, ac vinum, et aqua, per Sancti Spiritus invocationem et advenant, mirabili modo, in Christi corpus et sanguinem vertuntur.* (De Euchar.).

Si las palabras de Elias, dice Lanfranc, tuvieron tal fuerza que hicieron caer fuego del cielo, ¿cómo no han de poder las palabras

formales de Jesucristo cambiar el pan en su cuerpo, y el vino en su sangre? (*Adversus Berengarium*).

Nada más fuerte ni conebvente contra la herejía de los sacramentarios, es decir, contra los enemigos de la transustanciación, que lo que dice S. Cirilo, de Jerusalén: El señor cambió, sólo por su voluntad, el agua en vino en las bodas de Canaan; ¿y nos negaremos á creer que ha cambiado el vino en su sangre después que él mismo dijo: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre?» Resolvámoslo pues con entera certidumbre como cuerpo y sangre de Jesucristo; porque bajo la figura de pan se nos da el cuerpo, y bajo la apariencia de vino se nos da la sangre, á fin de que, participando del cuerpo y de la sangre del señor, lleguéis á ser un mismo cuerpo y una misma sangre con él: *Aquam olim in vinum in Cana transmutavit; et cum panem dignum existimabimus cui credamus, cum vinum in sanguinem transmutavit.* (Quare etc. Catech. IV. 4).

En 1025, Gerardo Obispo de Arras y de Cambrai, hizo la siguiente profesión de fe: Cuando el pan y el vino mezclados con agua están consagrados sobre el altar con la cruz y las palabras del Salvador, de una manera infalible se convierten en verdadero y propio cuerpo, en verdadera y propia sangre de Jesucristo, aunque parezcan otra cosa á nuestros sentidos, porque no vemos más que pan material; y es sin embargo muy realmente el cuerpo de Jesucristo, pues así nos lo asegura la Verdad en términos muy formales. Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. (*Hist. Eccles.*).

Aunque Hildeberto fué discípulo de Berenger, se apartó siempre muchísimo de los errores de su maestro, y dice expresamente que después de la consagración del cuerpo de nuestro Señor la sustancia del pan no permanece en la Eucaristía. Hasta se vaio de la palabra «transustanciación,» y es el primer autor en cuyos escritos se halla empleada esta palabra. (*Hist. Eccles.*).

San Paulino, Obispo de Nole, declara que al recibir la Eucaristía, comemos la carne de Jesucristo, la misma carne que fué clavada en la cruz. (*Hist. Eccles.*).

Antes de la consagración, dice S. Ambrosio, es otra naturaleza; después de la consagración es el cuerpo de Jesucristo. La palabra de Jesucristo, que de nada podía hacer lo que no existía, ¿no ha de tener el poder de cambiar lo que existe en lo que no era? (*De Myster.*, c. IX).

Bajo la especie del pan y del vino, Jesucristo, dice Santo Tomás, nos ha dejado su cuerpo para comer, y su sangre para beber: *Corpus suum in cibum, et sanguinem suum in potum, sub specie panis et vini sustentavit, fidelibus dereliquit.* (Opusc. LVII). ¿Qué más admirable que este sacramento, exclama el mismo Doctor? Porque en este sacramento el pan y el vino se han cambiado sustancialmente en cuerpo y sangre de Jesucristo: *Quid hoc sacramento mirabilius? In ipso namque panis et vinum in corpus et sanguinem Christi substantialiter convertuntur.* (Opusc. LVII).

En presencia  
real está pre-  
senciado por los  
Concilio.

He aquí lo que decían los Padres del Concilio de Alejandría, en tiempo de S. Cirilo: Estamos santificados, participando de la sagrada carne y de la preciosa sangre de Jesucristo; porque no recibimos este alimento como un manjar ordinario (no lo quiera Dios!) ni como la carne de un hombre santificado y unido al Verbo sólo en cuanto á la dignidad, ó en quien la Divinidad haya habitado solamente; sino como una carne en verdad vivificante, y por consiguiente como la propia carne del Verbo, sin quien no podría ser vivificante. (*Hist. Eccles.*).

En el cuarto Concilio ecuménico de Letran se definió expresamente que Jesucristo es el mismo Sacerdote y el sacrificio de la nueva ley; que en virtud del poder que dió á los Apóstoles y á sus sucesores, los sacerdotes ordenados legítimamente son los únicos que pueden consagrar el Sacramento de nuestros altares, y que el cuerpo y la sangre de este Dios hecho hombre están allí verdaderamente contenidos, hallándose el pan *transubstanciado* en el cuerpo, y el vino en la sangre por la Omnipotencia divina. (*Hist. Eccles.*).

Este término *transubstanciación*, que expresa la invariable doctrina de la Iglesia, ha sido consagrado por el duodécimo Concilio ecuménico, para indicar el cambio de las especies sacramentales en cuerpo y en sangre de Jesucristo, así como la palabra *consustanciación* lo había sido por el Concilio de Nicea, para expresar que el Hijo de Dios tiene la misma naturaleza que su Padre.

Prescindamos de los demás Concilios que atestiguan la fe firme é inquebrantable en la presencia real; y contentémonos con citar tan sólo el Concilio de Trento, que es el resumen de todos los Concilios que le precedieron.

Este santo Concilio, en su sesión décimo tercera, se expresa así: Ha sido siempre esencia en la Iglesia de Dios que después de la consagración el verdadero cuerpo de nuestro Señor y su verdadera sangre, juntamente con su alma y su Divinidad, están bajo las especies del pan y del vino, es decir, su cuerpo bajo la especie del pan, y su sangre bajo la especie del vino, en fuerza de las mismas palabras; pero su cuerpo se halla también bajo la especie del vino, y su sangre bajo la especie del pan, y su alma bajo una y otra, y lo mismo su Divinidad; por lo que es muy cierto que cualquiera de las dos especies contiene tanto como las dos juntas, porque Jesucristo está entero bajo la especie del pan, como lo está también bajo la especie del vino. Las especies sacramentales contienen á Jesucristo verdadera, real y substancialmente: *Verè, realiter et substantialiter*....

El mismo Concilio en la misma sesión declara que este dogma sagrado es un artículo de fe, y amenaza con los anatemas divinos á los que lo niegan. Si alguno niega, dice, que el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de nuestro Señor Jesucristo están real, verdadera y substancialmente en el sacramento de la santísima Eu-

caristía, y de ahí que esté entero en ella, y diga que solamente está allí en signo, en figura ó por la fe, que sea anatematizado: *Si quis negaverit, in sanctissima Eucharistia sacramento contineri verè, realiter et substantialiter corpus et sanguinem una cum anima et divinitate Domini nostri Jesu Christi; ac promittit totum Christum; sed dixerit tantummodo esse in eo ut in signo, vel figura, aut virtute; anathema sit.* (Can. 1).

He aquí un segundo cánón del mismo Concilio: Si dice alguno que en el santísimo sacramento de la Eucaristía la sustancia del pan y del vino queda junta con el cuerpo y la sangre de nuestro Señor Jesucristo, y niega el admirable y singular cambio de toda la sustancia del pan en el cuerpo, y de toda la sustancia del vino en la sangre, quedando sólo las apariencias del pan y del vino, cuyo cambio llama muy bien la Iglesia católica «*transubstanciación*», sea anatematizado. (*Eodem loco ut supra*).

En el tercer cánón del mismo Concilio se lee: Si alguno dice que en el augustísimo sacramento de la Eucaristía Jesucristo no está entero en cada especie y en cada parte de las especies divididas, anatematizado sea. (*Eodem loco ut supra*).

También podemos confundir á los herejes é incrédulos con la creencia constante, invariable y universal de la Iglesia en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, diciéndoles: Cuando vinisteis al mundo, toda la Iglesia cristiana creía en la presencia real de Jesucristo en el sacramento de la Eucaristía.

Así pues, siempre ha tenido la misma creencia desde los Apóstoles hasta nosotros. Es imposible que la creencia común, universal y constante en un sacramento que es de un uso universal y diario, y constituye la parte principal del culto de los cristianos, haya podido cambiar, sin que tal cambio haya hecho ruido, causado disputas, y dado lugar á que de ello se ocuparan soberanos Pontífices y los Concilios celebrados en todos los siglos. Pero es lo cierto que nunca ha habido tales cuestiones; es imposible que en todo el Oriente y el Occidente los pastores y doctores de la Iglesia hayan conspirado de común acuerdo con el Papa á su frente, para hacer semejante cambio, ó lo hayan verificado todos sin que de ello se apercibieran. Es imposible que ninguno de los herejes condenados por la Iglesia católica, descontentos y furiosos, no le hubiesen echado en cara este cambio, á ser real; y es también imposible que alguno de ellos no lo notase. Mas, sobre esto, ha reinado siempre el silencio más absoluto....

Una prueba positiva de que la creencia relativa á la presencia real jamás ha cambiado, es que el lenguaje ha sido siempre el mismo en todos los siglos: los Padres, los Papas, los Concilios, las liturgias, las confesiones de fe, los teólogos, los autores eclesiásticos se sirven de las mismas expresiones, y les dan el mismo sentido....

Todas las liturgias, hasta las que una constante y respetable tra-

La presencia  
real está pre-  
senciado por los  
Concilio.

dición atribuyo á los Apóstoles; las de S. Basilio y de S. Crisóstomo, las antiguas liturgias galicanas, la liturgia mozarabe, la liturgia de los nestorianos, la de los jacobitas, de los sirios, de los copitas, de los etíopes y de los griegos, están exactamente conformes con la misa romana, tal como se usa hoy en toda la Iglesia católica; todas contienen clara y formalmente la doctrina de la presencia real y de la transubstanciación.

1.º Si no hay más que pan, si la hostia es aún pan despues de la consagración, se deduce que la figura del pan ha sucedido al cordero figurativo. Pero ¿quién puede atreverse á decir que así sucede? Más hubiera valido conservar la costumbre de sacrificar el cordero, que poner en su lugar un simple pan; porque el cordero inmolado en la antigua ley representaba mejor á Jesucristo sufriendo, que el simple pan en la nueva ley. Luego ¿no hubiera sido el cordero de una manera exagerada y ridicula el tipo de la Eucaristía, si, como dice Calvino, la Eucaristía no fuese más que un simple pan?

2.º En la vispera de su pasión fué cuando el Hijo de Dios, omnipotente, infinitamente sabio y bueno, pronunció aquellas solemnes palabras, al tomar pan, en presencia de sus queridos Apóstoles y de su tierna madre: *Este es mi cuerpo; Hoc est enim corpus meum*. En este momento solemne es cuando considera, como dice el evangelista S. Juan, que tiene todo poder, que nada le es imposible, que está dotado de facultades infinitas, que es la sabiduría eterna emanada del Padre, que es la bondad infinita, que ama únicamente á los hombres, y los prefiere á los ángeles; habiéndose hecho hombre para salud de los hombres, los ama y los amará hasta el fin: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos*. (Joann. XIII. 1). Jesucristo considera todo esto antes de decir: *Este es mi cuerpo*. Así pues, decidme: ¿era preciso considerar todas esas grandes cosas para no dar á sus discípulos más que un pedazo de pan? ¿A quién hablaba al decir «este es mi cuerpo»? A sus amadísimos Apóstoles, á quienes había dicho: *Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no es señor de lo que hace su amo. Mas á vosotros os he llamado amigos, porque os he dado y os daré á conocer cuántas cosas ói de mi Padre: Jam non dicam vobis servos, quia servus nescit quid faciat Dominus eius. Vos autem dixi amicos; quia omnia quecumque audivi á Patre meo, nota feci vobis*. (Joann. XV. 15). Habla á sus Apóstoles, á quienes acostumbraba á hablar claramente sin parábola ni figura, ó en caso de que les propusiera alguna parábola, se la explicaba al momento; y les dice: *A vosotros se os ha dado el privilegio de conocer los misterios del reino de los cielos; pero á los demás no se les ha dado: Vobis donatum est nosse mysteria regni celorum; illis autem non est datum*. (Matth. XIII. 11). Y habla entónces á sus embajadores, á quienes envía por todo el universo para instruir, interpretar sus palabras, descubrir y explicar sus misterios: *No da un rey á conocer á sus embajadores sus deseos, designios,*

secretos é instrucciones, á fin de que se hallen en estado de cumplir sus voluntades? Y Jesucristo al decir «tomad y comed; este es mi cuerpo; tomad y bebed; esta es mi sangre;» diciéndolo á sus íntimos amigos, á sus Apóstoles, á sus embajadores, ¿habrá podido engañarlos, y en vez de su adorable cuerpo, no les habrá repartido más que un pedazo de pan?

3.º Fijese la atención en la circunstancia del tiempo. Come primeramente el cordero pascual con ellos; y luego, para llegar á un misterio más elevado, para pasar de la figura á la realidad, de la imagen á la verdad, de la promesa al cumplimiento, de la sombra al cuerpo, les dice, tomando pan y bendiciéndolo y partiéndolo: «Tomad y comed; este es mi cuerpo.» Si lo que les daba no era realmente su cuerpo, en vano se lo daba; era una repetición superflua, no de palabras, sino de hechos, puesto que el cordero pascual era una figura de su cuerpo más expresa, más distinta y más significativa que un pedazo de pan....

4.º Si despues de Jesucristo, al tomar el pan, hubo dicho: «Este es mi cuerpo;» si despues de palabras tan claras y tan formales, este pan se quedó pan, no solamente engañó á sus Apóstoles y á toda la Iglesia con ellos hasta el fin de los siglos, sino que aquel gran Dios habría engañado tambien á sus profetas. El Salmista dijo: *Pan de los ángeles comió el hombre; Panem angelorum manducavit homo*. (LXXVII. 25).

Señor, si no estais en la Eucaristía, os habeis engañado y habeis engañado á vuestro profeta Malaquias, cuando dijisteis por su boca: Desde Levante á Poniente, en todos lugares se sacrifica y se ofrece al hombre más una obligación pura, porque mi nombre es grande entre todas las naciones: *Ab ortu enim solis usque ad occasum, in omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda; quia magnum est nomen meum in gentibus*. (I. 11). Y esta oblation pura y sin mancha, ofrecida en todos los lugares á la grandeza y á la majestad de Dios, no ha de ser más que un pedazo de pan!

5.º Todos los sacrificios de la antigua ley no eran más que la figura del sacrificio de la nueva; todos los antiguos sacrificios han cesado desde el sacrificio de la cruz y del altar; pero, si la Eucaristía no fuese más que pan, la realidad no valdria la figura y no podria comprenderse que Dios, saciado de los sacrificios de las antiguas victimas, recibiese como una oblation pura y sin mancha y muy agradable la ofrenda de un poco de pan. La cesación de todos los antiguos sacrificios habia sido predicha, y ha tenido lugar desde que dijo Jesucristo: «Este es mi cuerpo.» Y no ha de ser más que un pedazo de pan lo que Jesucristo llama su cuerpo! Y todos los sacrificios de la antigua ley habrían cesado para dejar su lugar á un pedazo de pan! Y este pedazo de pan habria reemplazado perfectamente á todos los sacrificios, y habria perfectamente sido la realidad de los sacrificios que no eran más que una figura! Y Dios, no contentándose ya con bueyes, corderos ni toros, habria de contener

Ya se ve que esta liturgia se usa por la misa teológica.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD

tarsa, desde Jesucristo hasta el fin del mundo, con un poco de pan ofrecido en los sagrados altares de la Iglesia, su esposa! Y la Iglesia, al ofrecer á Dios esa pedaza de pan, habría de decirle: «He aquí el cuerpo de nuestro Hijo que os ofrezco; este pedazo de pan vale tanto como el cuerpo de vuestro Hijo; este pedazo de pan tiene un mérito infinito y es digno de vos; y Dios habría de quedar satisfecho!»

4.º ¿Tú, momento antes de decir: «Este es mi cuerpo;» Jesucristo dijo á sus Apóstoles: «Ardientemente he deseado comer este cordero pascual con vosotros, antes de mi pasión: *Desiderio desideravi hoc pascha manducare vobiscum, antequam patiar.* (Luc. XXII. 15). Y este deseo de Jesucristo, este deseo ardiente, este deseo que el amoroso corazón de Jesús tuvo tanto tiempo, no habría tenido por objeto más que comer con sus discípulos un pedazo de pan! Pero muchas veces había comido pan con ellos sin pronunciar tan bellas palabras; ¿por qué pues en esta circunstancia enaltece tanto aquel insignificante pedazo de pan?

7.º Y para remontarnos más alto, si cuando la cena de Jesucristo no dió á sus Apóstoles más que pan, ¿á qué toda aquella pompa de preparación que él había ordenado? Porque, dice el Evangelio, envió á Pedro y á Juan diciéndoles: *Id y preparadnos lo necesario para comer la pascua.* Ellos le dijeron: «¿Dónde quereis que la preparemos! Y él les contestó: Al entrar en la ciudad, hallaréis un hombre con un cántaro de agua; seguidle á la casa donde entre, y decid al dueño de la casa: El Señor nos envía á decir: ¿Dónde está el lugar en que podrá comer la pascua con mis discípulos? Y él os enseñará un gran conducto amueblado; preparad allí lo que sea menester. (Luc. XIII. 8-12). ¿Qué solemnidad tan inusitada se ostenta para no comer más que un pedazo de pan? ¿Qué solemnidad para proclamar una mentira, engañar á la Iglesia y hacerla idolatra hasta el fin del mundo? Pues todo esto, tiene lugar si la Eucaristía no es más que un pedazo de pan!...

8.º Jesucristo está á punto de abandonarnos en la última cena; se despide de su Iglesia, se va á la muerte, á la muerte en la cruz, y luego al cielo: *Ad Deum vadit.* Cuando un esposo está en el lecho de la muerte y se despide de su esposa fiel y querida, ¿no le abre entonces su corazón y le descubre sus secretos? ¿No le habla entonces claramente, dándole manifestaciones de un gran afecto, y dejándole las más preciosas prendas? ¿Y habría escogido Jesucristo aquel momento supremo para hablar con oscuridad y de una manera equivocada á la Iglesia, su fiel, querida y divina esposa, por cuya salvación iba á derramar su sangre? ¿Y por toda prenda de su amistad y su ternura, y para indemnizarla de su ausencia, ¿no había de dejarle más que un poco de pan!...

9.º Si la Eucaristía no es más que pan, ¿por qué promete Jesucristo este pan tanto tiempo antes? ¿por qué habla de él con tanta pompa? ¿por qué se place con tanta frecuencia en hacer resaltar su necesidad y sus maravillosos efectos? ¿por qué lo prefiere al maná del

desierto? Si lo que Jesucristo da no es más que pan, el maná era preferible; era la figura del cuerpo de Jesucristo, bajaba del cielo, tenía el sabor más exquisito, era un pan milagroso; en tanto que el pan que no representa el cuerpo de Jesucristo lo produce la tierra y siempre ha tenido el mismo gusto en todas partes....

10. Este gran Dios, para salvar al mundo, escogió á la más pura y humilde de las vírgenes; tomó por palacio un establo, por primeros testigos de su nacimiento á simples pastores; pasó su vida en una casa pobre; lejos de exhibirse, vivió treinta años en el retiro y en la soledad; el trabajo de sus manos le sostuvo; si quisieran hacerlo rey, se ocultó; no tiene donde descansar la cabeza, y muere en la cruz entre dos ladrones. Y el día de la cena ostenta esplendor, quiere una habitación vasta y bien adornada, lava los pies á sus Apóstoles, les dirige un largo y sublime discurso. ¡V había de hacer todo esto tan sólo para darles un poco de pan!....

Después de semejantes pruebas, ¿puede negarse ó ponerse en duda la presencia real?

Estas excelentes razones que prueban evidentemente la transubstanciación del pan, prueban igualmente la transubstanciación del vino....

11. Todos los evangelistas y S. Pablo explican las palabras «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,» añadiendo: El cuerpo y la sangre que será entregado por vosotros para la remisión de los pecados. Y es claro que no ha sido el pan el entregado, sino el cuerpo de Jesucristo; no fué el vino lo que se derramó, sino la sangre de Jesucristo; no fué el pan y el vino lo que nos ha redimido, sino el cuerpo y la sangre de Jesucristo....

En el año de 1059, habiendo negado Berenger la transubstanciación, fué al punto condenado por toda la Iglesia, como sostenedor de una doctrina nueva, inaudita, falsa y herética. Convencido más tarde de error, el mismo Berenger en el Concilio de Tours, en el papado de Víctor II, abjuró públicamente su herejía. Habiendo vuelto á caer en ella más tarde, la condenó de nuevo en el pontificado de Gregorio VII con la siguiente profesión de fe: Yo, Berenger, creo de corazón, y mi boca confiesa que el pan y el vino se convierten en el verdadero, propio y vivo cuerpo y en la sangre de nuestro Señor Jesucristo; y que después de la consagración es el verdadero cuerpo de Jesucristo que nació de la Virgen, y la verdadera sangre de Jesucristo que salió de su costado, y esto no en figura, sino en la realidad y propiedad de la naturaleza y de la verdad de la substancia. (*Hist. Eccles.*)

Desde que Jesucristo pronunció las palabras «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,» todos los más sabios, los más santos y los más perfectos, los Apóstoles, todos los mártires, todos los santos Padres, todos los teólogos, los Papas, los obispos, los pastores, los confesores, los misioneros, los Concilios, entre otros ocho Concilios generales, á saber, el primero y el segundo de Nicea, el Concilio romano en

el pontificado de Nicolás II, los Concilios de Letran, de Viena, de Constanza, de Florencia, y de Trento, un grandísimo número de Concilios provinciales, la Iglesia entera en todo tiempo, todos han confesado la presencia real, todos la han creído como dogma de fe, y han anatematizado toda creencia y práctica en contrario. Y todos se han empeñado en todos los tiempos y en todos los lugares; todos han sido, son y serán idolatras hasta el fin del mundo, si Jesucristo no está realmente en la Eucaristía; porque todos han adorado, adoran y adorarán el pan y el vino, en vez de adorar el cuerpo y la sangre de Jesucristo; es decir, que los cristianos más ilustrados han sido más insensatos que los más ciegos paganos; pues éstos en su mayor número adoraban al menos el sol, la luna, las estrellas, y los cristianos no adorarían más que un pedacito de pan!.... ¿Veis á tantos millones y millones de católicos de todos los siglos prosternados de generacion en generacion, desde hace más de mil ochocientos años, para adorar á Jesucristo presente en el altar? Pues todos son idolatras, no adoran más que un pedazo de pan. ¿Quién lo dice? Calvino. ¿Veis á tantos millares de obispos, á tantos millares y millares de sacerdotes católicos que consagran todos dos días y dicen á todos los fieles despues de la consagracion: He aquí el Cordero de Dios: *Eccc Agnus Dei?* Pues son unas mentirosas, unos impostores é idolatras. ¿Quién lo dice? Calvino. ¡Compréndase toda la locura y las monstruosas consecuencias de la herejía y de la incredulidad!...

Si las palabras de Jesucristo: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre,» no fuesen claras, positivas y evidentes, entonces yo retaría al hereje é incrédulo para que me dijera qué expresiones más convenientes y menos oscuras podía emplear Jesucristo para significar que el pan se había convertido en su cuerpo, y el vino en su sangre. ¡Habrá de añadir por ejemplo: «Esto es realmente mi cuerpo, y esto es realmente mi sangre!» Pero ¡hubiera sido tal modo de hablar conforme con el sentido común?

Cuando hablo, dice Bossuet, digo por ejemplo: «Aquí hay pan, aquí hay vino,» ó cualquier cosa que sea; y esto me basta. Y todo el que me escucha concibe desde luego mi pensamiento, y comprende perfectamente que quiero decir que hablo, en efecto, del pan y del vino. ¿Acaso es necesario que añada: «Aquí hay realmente pan, ó aquí hay realmente vino?» Y ¿no sería muy inútil tal adición? Pero ¿qué digo? El Salvador del mundo se explicó también con cierta edición importante y notable, cuando despues de haber dicho «este es mi cuerpo y esta es mi sangre,» prosiguió y añadió: El mismo cuerpo que será entregado por vosotros; la misma sangre que debe ser derramada por vosotros....

La Iglesia Católica, Apostólica y Romana siempre ha creído, enseñado y probado la existencia real. Así pues, como juez y formador de autoridad, mereció infinitamente más ser creída que el hereje y apóstata Calvino....

Los mismos herejes modernos han confesado que creían en la presencia real. Oid lo que dice Lutero: Si Carlstadt hubiese podido persuadirme que en el sacramento de la Eucaristía no hay más que pan y vino, me habría hecho un gran servicio, porque entonces habría podido hacer una guerra cruel al Papado. Pero me veo obligado á creer en la presencia real; no hallo ningún medio de negarla, pues el texto del Evangelio es demasiado positivo, claro y poderoso; no puede fácilmente interpretarse de otra manera ni en palabras ni en discursos. (*Ad Argentin*).

Melanchthon dice también: Si pones en este sacramento la figura en vez de la realidad, todo podrá destruirse con semejante arte, y hasta será permitido entonces transformar y cambiar la religion entera. Será permitido decir que Dios no es Dios, que Jesucristo no es Jesucristo, etc. (*Ab Frederic. Myconium*).

Así es que con justísima razon ha dicho y predicho el cardenal Hosius que los herejes se volverían ateos, y que el término de toda herejía es el ateísmo (*contra Hæreses*), visto que en la herejía nada hay estable, sólido ni constante, nada que quede en pié, si no es la incredulidad y la negacion de todas las verdades....

Frasma escribía á Conrado: Siempre he sostenido que era imposible poner en mi espíritu la negacion de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, sobre todo en vista de la evidencia del Evangelio y de las epístolas de los Apóstoles, que tan formalmente nos dicen que es el verdadero cuerpo de Jesucristo el que se da, y su verdadera sangre la que se derrama en el altar. Si creéis que en la hostia y en el cáliz no hay más que pan y vino, prefiero ser despedazado y sufrir toda clase de tormentos, antes que profesar lo que profesáis sobre el particular, y jamás permitiré que me bagais autor ni favor de semejante dogma....

Aunque favorable en más de un punto con los modernos sectarios, el mismo escritor dice en otra parte: Jamás he podido creer ni podré tampoco creer que Jesucristo, que es la misma verdad y la misma caridad, haya podido permitir por tanto tiempo que su amadísima esposa estuviese afectada á un error tan abominable, y adorase constantemente un pedacito de pan. (*Ad Eudocium Verum*).

Innumerables milagros ha obrado la sagrada Eucaristía.

Deverado por una fiebre ardiente y á punto de morir, el padre de S. Gregorio Nazianceno quedó curado con la santa comunión. El mismo S. Gregorio lo atestigua, y asegura que el mismo milagro se verificó en favor de su madre y de su hermana Santa Gorgonia. (*In Distich.*). S. Ambrosio asegura que su hermano Sapiro fué preservado de un naufragio cierto por llevar en su cuello la hostia consagrada. (*Lib. 1. de Offic.*).

San Gregorio el Grande atestigua que Máximo, obispo de Siracusa, se salvó igualmente de un naufragio por la Eucaristía. (*Serius*).

La presencia real es la única admitida. 8.º por los mismos herejes.

La presencia real en todas las especies. 7.º por los mismos milagros.

En 384, la secta de los Donatistas cometió una impiedad horrible contra la Eucaristía: Las sagradas hostias fueron arrojadas á los perros; y al punto se vieron señales sensibles de la cólera divina: aquellos animales rabiosos se lanzaron sobre sus propios amos, y mordieron y despedazaron á aquellos profanadores sacrilegos. (*Hist. Eccles.*).

Bajo el reinado del emperador Justino, un niño que había comulgado en Constantinopla fué arrojado por este hecho en un horno ardiente por su padre que era judío, y salió intacto. Este milagro sucedió en el año 552. (*Hist. Eccles.*).

Una señora romana, al recibir un día la comunión de manos de S. Gregorio, no pudo ménos de sonreirse oyendo llamar cuerpo de Jesucristo al pan que ella misma había elaborado. Pero aquel Santo, queriendo afirmar la vacilante fe de una cristiana tan débil, hizo guardar la hostia, se puso en oración, y luego se la enseñó convertida en carne, á la vista de todos. (*Hist. Eccles.*).

Leemos en las obras de S. Nilo, que S. Juan Crisostomo veía muchas veces ángeles en el lugar santo, sobre todo durante el sacrificio adorable del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, y que desde el momento en que el sacerdote empezaba la oblacion rodeaban el altar hasta la consumación de los santos misterios.

En 1290 sucedió en París un gran milagro por la Eucaristía. Una pobre mujer había empeñado su vestido en casa de un judío por una pequeña cantidad que necesitaba. Algunos días antes de Pascua rogó al judío que le devolviese su vestido para esta fiesta, á fin de poder cumplir, le dijo ella, el deber pascual con más decencia. De buena gana le dijo el judío os lo dejaré hasta para siempre y sin interés, si quereis traerme el pan que recibais en la iglesia, y que vosotros cristianas llamais vuestro Dios. Quisiera ver si Dios está allí en efecto. Su proposición fué aceptada por aquella desgraciada mujer. Fué á recibir la comunión en S. Merry, que era su parroquia, reservó secretamente la sagrada hostia, y la llevó al judío. Este puso aquella hostia en la mesa, la dió varios golpes, y vió correr sangre. Su esposa acudió con espanto, y trató con todas sus fuerzas de impedir llevase más lejos la impiedad. Pero él, más y más endurecido, hundió un clavo en la hostia, que en seguida arrojó sangre; la echó en el fuego, y entera salió de allí, y dió vueltas por el cuarto. La pasó por fin en agua hirviendo, y al punto el agua apareció ensangrentada. La hostia, elevándose de nuevo, apareció entónces bajo la forma de un Crucifijo. Aquella hostia milagrosa fué colocada y guardada preciosamente en la iglesia de S. Juan en Grève. Ya en el año de 1295, un habitante de París, llamado Reguier Fleming, hizo construir allí un oratorio que llamaron Capilla del Milagro. Nadie negó este prodigio, atestiguado por todos los ciudadanos de París.

En 1334, en la ciudad de Colonia, habiendo comulgado una persona sin fe, no pudo tragar la sagrada hostia, y se vió precisada á

sucarla de su boca. Al momento la hostia quedó transformada en un pequeño niño. Una multitud inmensa fué testigo de este prodigio. Los enfermos que se acercaban á aquel lugar, quedaban al punto curados. Se construyó allí mismo una iglesia, en cuyo frontispicio se escribió la leyenda «Corpus Christi» el cuerpo de Jesucristo.

En 1345, Casimiro, rey de Polonia, construyó un templo magnífico en memoria de un gran milagro, que se refiere del modo siguiente: Unos ladrones habían robado un cupon que contenia sagradas formas. Este cupon, que ellos creían de oro, no siendo más que de cobre una vez reconocido, fué arrojado con las hostias en un pantano. Al momento el pantano se convirtió en fuego que brillaba noche y día. Y no comprendiendo el Obispo del lugar la causa de aquel prodigio, ordenó un ayuno de tres días, y fué luego en procesion y orando á orillas del pantano, y hallando el cupon y las sagradas formas, las llevó al sitio de donde las habían quitado los ladrones. Procesos verbales muy auténticos y el templo levantado en aquel mismo lugar dan fe de este prodigio.

En 1453, habiendo robado un ladrón un cupon de plata que contenia una hostia consagrada, puso dicho cupon sobre su caballo, y se fué á Turin. Al llegar en aquella ciudad, su caballo cayó delante de la puerta de una iglesia, y al punto la santa hostia se elevó por el aire, resplandeciente de luz. Lo advirtieron al Obispo, quien fué en procesion al lugar del milagro. El Prelado se prosternó allí, hizo traer un cáliz, y la hostia que estaba en el aire, luminosa como el sol, bajó al cáliz, y fué llevada solemnemente á la iglesia. Este milagro está atestiguado por procesos verbales muy auténticos, y aun hoy día se celebra su aniversario en Turin.

En 1591, teniendo algunas personas una tentación de duda sobre la presencia real, S. Odon, Arzobispo de Cantorberi, oró á Dios que las iluminase y las confirmase de una manera evidente en la verdad del misterio. Consiguio lo que había pedido al Cielo. Un día que decía misa en su Catedral, al llegar á la fraccion de la hostia, saltaron dos gotas de sangre, que cayeron en el cáliz, en presencia de todo el pueblo. El Santo hizo acercar al altar á los que tenían la tentación de duda; y éstos, llenos de reconocimiento por la gracia de Dios les había otorgado, dieron gracias solemnemente con su Arzobispo. (*In ejus vita*).

En 1698, en la iglesia abadial de Faverney, en el Franco Condado, habían colocado dos hostias en un relicario de plata, exponiendo así el Santo Sacramento á la veneracion publica en el altar. Se declaró un incendio que consumió los manteles, los adornos y hasta el altar; pero el relicario permaneció suspendido en el aire sin ningun apoyo, por lo ménos durante doce horas, á la vista de una multitud inmensa que acudió de los lugares circunvecinos para ver el prodigio. Durante este tiempo, varios sacerdotes celebraron misa en los altares inmediatos, y la sagrada hostia permaneció siempre en el aire. En una de aquellas misas, en el momento en que des-

pues de la consagración el celebrante levantaba la santa hostia, el relicario bajó por sí mismo poco á poco, y se colocó sobre los corporales que se habían puesto en el altar. Las informaciones auténticas que se hicieron por orden del Arzobispo de Boscon, nombran á cincuenta testigos irreprochables que atestiguan haber visto con sus propios ojos aquel prodigio.

Podríamos citar otro gran número de milagros en prueba de la presencia real.....

Peró los mayores milagros que hablan en favor de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, son los milagros espirituales, los milagros de la gracia de una buena y ferviente comunión. ¡Cuántos dulces é inefables consuelos experimentan las almas bien preparadas! ¡Cuántas santas alegrías!—Así pues la hostia consagrada no es ya pan, sino el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de Jesucristo.

Matris, que  
Bovaron á Jesu-  
cristo á estable-  
cer este divino  
sacramento.

El primer motivo que llevó á Jesucristo á instituir al augusto Sacramento en nuestros altares, fué su amor; fué para alimentar nuestras almas con la Divinidad, para que la Iglesia pudiese honrar á Dios en todos los siglos de una manera digna de él, y adorarle como merece. Porque la víctima que se ofrece tiene un precio infinito; es igual á Dios; un Dios se ofrece á Dios.... Como todo lo que podemos hacer, inclusa la ofrenda de nosotros mismos, es muy poca cosa, Jesucristo quiso que tomándole por holocausto, pudiésemos tributar á Dios un culto digno de S. M., y tan grande como pueda desearlo.....

El segundo motivo que llevó á Jesucristo á establecer el sacramento de la Eucaristía, fué dejarnos para siempre en aquel divino testamento el recuerdo de su vida, de su pasión y de su muerte.

El tercer motivo fué unirse á nosotros y transformarnos.... Como Jesucristo, dice S. Juan, había amado á los suyos que vivían en el mundo, los amó hasta el fin: *Cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.* (XIII. 1). Todas mis delicias son estar con los hijos de los hombres, dice en los Proverbios: *Delicia mea esse cum filiis hominum.* (VIII. 31).

Naciendo, dice Sto. Tomás, se ha hecho semejante al hombre; comiendo con él, se ha hecho su alimento; muriendo, ha sido el precio de su libertad, y reinando en el cielo se entrega á él por recompensa:

*Se nascens dedit socium;  
Convalescens in edulium;  
Se moriens in pretium;  
Se regnans dat in premium.*  
(Hymn. in Off. S. Sacram.)

Es preciso darle amor por amor, vivir, combatir, vencer, sufrir y morir por él.

El cuarto motivo que comprometió á Jesucristo á establecer la

Eucaristía, fué hacernos practicar todas las virtudes, la fe, la esperanza, la caridad, la humildad, la pureza, la paciencia, la obediencia, la oración, etc.....

El quinto motivo es darnos una prenda del Cielo...; porque la divina Eucaristía es el alimento de la inmortalidad; el mismo Jesucristo lo dice: *Quien comiere de este pan, vivirá eternamente: Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in eternum.* (Joann. VI. 52).

Peró ¿por qué estableció Jesucristo aquel divino sacramento la víspera de su pasión? Santo Tomás lo explica: Lo hizo, dice aquel gran Doctor, para que su inmensa caridad se grabase más profundamente en el corazón de los fieles; lo estableció en la última cena, como un memorial perpétuo de su pasión, que fué la realización de todas las figuras del Antiguo Testamento, como el más grande de todos los milagros, y como un precioso consuelo para la Iglesia entristecida con su ausencia: *Ut arctius caritatis hujus immensitas fidelium cordibus infingeretur, in ultima cena hoc sacramentum instituit, tanquam passionis suae memoriale pervene, figurarum veterum impletivum, miraculorum ab ipso factorum maximum, et de sua contristatis absentia solatium singulare.* (Opusc. LV).

Sois pescadores de peces, dijo Jesucristo á sus Apóstoles: venid conmigo, y os haré pescadores de hombres. Los pescadores cogen el pescado para que les sirva de alimento; vosotros, Apóstoles mios, pescareis á los hombres para que yo les sirva de alimento en la Eucaristía.

Amor de Jesucristo en la Eucaristía.

Como el Señor había amado á los suyos, los amó hasta el fin. (Joann. XIII. 1).

El sacramento del Altar es el amor de los amores, dice S. Bernardo: *Altaris sacramentum est amor amorum.* (Sermon. de cena Domini).

Los he atraído hácia mí con los vínculos de la caridad, dice Jesucristo por boca del profeta Oseas: *In vinculis caritatis.* (XI. 4), con los lazos del amor.

La Eucaristía es el fuego del amor divino que inflama en nosotros el ardor de la caridad; porque allí es donde Dios es todo caridad, ó amor, como dice S. Juan: *Deus caritas est.* (I. IV. 8). ¡Quién no ha de amar á Jesucristo, y no ha de entregarse enteramente á él, puesto que se entrega enteramente á nosotros?....

Al pronunciar la palabra «Eucaristía» expreso en una palabra todos los tesoros de la bondad divina: *Dicendo Eucharistiam, annuen benignitatis Dei thesaurum aperio.*

Dios amó tanto al mundo, que no paró hasta dar á su Hijo unigénito, dice el apóstol S. Juan: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* (III. 16).

Dios se porta con vosotros como con hijos suyos, dice S. Pablo á los hebreos: *Tanquam pater vobis offeri se Deus.* (XII. 7). Os dáis, Señor, á los que es quierren. Está tan lleno de amor por los hom-

bres aquel gran Dios, que sus mayores delicias son el estar con los hijos de los hombres: *Delicia mea esse cum filiis hominum.* (Prov. VIII. 31).

En el divino sacramento de la Eucaristía, Jesucristo derramó sobre los hombres todas las riquezas de su divino amor, dice el Sto. Concilio de Trento: *Deus sui erga homines amoris ditissima rebus effudit.* (Sess. XIII. 2).

El hombre, dice S. Fulgencio, se ha retirado de Dios por desprecio; y Jesucristo ha venido al hombre por amor: *Homo Deum contemnit ad Deo desessit; Deus hominem diligens ad homines venit.* (Epist.).

En la encarnación, Jesucristo ocultó su Divinidad bajo el velo de la carne para que pudiésemos verle; y en la Eucaristía oculta su Divinidad y su humanidad bajo las apariencias del pan para que podamos comerle. En la encarnación, Dios recibió al hombre en su seno, uniendo la naturaleza humana al Verbo divino; y en la Eucaristía, el hombre es quien le recibe á su vez. La Eucaristía es la extensión de la encarnación; Dios se encarna en cierto modo en todos los corazones que comulgan....

Para tener una idea del infinito amor de Jesucristo en la santa Eucaristía, consideremos: 1.º Lo que nos da en la sagrada mesa. Nos da su cuerpo... su sangre... su alma... su Divinidad.... Se da por entero en todas sus perfecciones.... Agota su poder, dice S. Agustín; agota su sabiduría, agota sus riquezas: *Plus dare non potuit, plus dare percivit, plus dare non habuit.* (De Ciuitat. Vita).

Hay una diferencia infinita entre el amor del Creador y el amor de la criatura: la criatura ama por indigencia; el Creador por abundancia; la criatura ama por necesidad; Dios ama por exceso de bondad; la criatura ama para recibir; Dios ama para dar. La criatura supone siempre algún bien en la persona que ama; el Creador no presupone nada, sino que comunica el bien al objeto que aprecia. Dios no tiene amor interesado, amor mercenario; no tiene más que el amor benévolo y el amor complaciente: el amor benévolo por medio del cual quiere el bien de su criatura y se lo procura; el amor complaciente, por el cual se place, no en la criatura que recibió aquel bien, sino en sí mismo y en su bondad divina, que ha procurado aquel bien á su criatura. De ahí viene que el amor que nos tiene es inmeaso, infinito, inefable ó incomprendible, y no hay pensamiento, no hay concepción humana ni angélica, no hay lengua que pueda alcanzar á tanto; porque, como el motivo que tiene de amarnos no está en nosotros, sino en él, y cómo no saca el principio de su benevolencia de ninguna perfección que esté en nosotros, sino tan sólo de su bondad natural, teniendo su amor un motivo infinito y un principio divino, no puede menos de ser infinito, tan grande y tan infinito como su ser. Y, sobre todo en la Eucaristía, es dónde nos manifiesta su grande amor. Este Dios, que se ama con un amor infinito y que es todo amor, hallándose en nosotros y transformán-

donos, se ama en nosotros mismos y nos ama en sí mismo con un amor infinito. Este es mi Hijo predilecto, dice, en quien tengo puesta toda mi complacencia: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacuit.* (Matth. III. 17).

2.º Consideremos cómo Jesucristo se da á nosotros en la Eucaristía, y tendremos una idea de su amor.

Decid á la hija de Sion: He aquí tu Rey, que llega á ti lleno de mansedumbre: *Dicite filiis Sion: Ecce Rex tuus venit tibi mansuetus* (Matth. XXI. 5).

Si no viniere á nosotros y en nosotros sino como Rey, nos llenaríamos de temor y espanto; pero viene á nosotros como Rey lleno de dulzura y bondad incomparables: *Venit tibi mansuetus....*

No, no, dice S. Crisóstomo, su majestad y su grandeza no son un obstáculo que le impida hacerse hombre con nosotros, y encarnarse en cierto modo en nosotros. (*Homil. ad pop.*). Su Divinidad, abismo de luz, nos habría deslumbrado; y la oculta bajo el velo de la humanidad; su humanidad tendría también demasiado brillo; y la oculta bajo las especies del pan. Luego, para obligarnos á comulgar, nos presenta la Eucaristía como un alimento necesario. Y todas estas admirables invenciones se han verificado por puro amor hácia nosotros.

Cuando el Sacerdote lleva á aquel gran Dios para darlo en comunión, alienta á los fieles el prodigio que ha obrado la consagración. ¡Dice acaso: He aquí el Rey de majestad, el Rey de gloria; he aquí el Dios de la eternidad; he aquí el Dios que produce el trueno y lanza el rayo; he aquí el soberano Juez de los vivos y de los muertos; temblad, mortales! No, no habla así. Oid las dulces y consoladoras palabras que toma de S. Juan Bautista: *Ecce agnus Dei; He aquí el Cordero de Dios.* (*Johan. I. 29*). ¡He aquí el Cordero de Dios! ¿Lo enseña acaso como un Cordero vencedor? No; lo presenta como un Cordero inmóvil para la salvación del mundo, destinado á ser comido en señal de alianza con la Divinidad....

Si en el cielo este gran Dios está cubierto de luz como de un ropaje: *Anticus lumine sicut vestimento* (Psal. CIII. 2); si millares de serafines volan su rostro al aspecto de su eterno esplendor, ¿cómo osaríamos recibirle si no ocultase su majestad? Si el sol material nos deslumbrara, ¿qué sería del eterno Sol de justicia, si no velase sus divinos rayos? Pero viene á nosotros con una dulzura cuyo emblema es el más dulce de los seres, y vamos á Él de la misma manera que nos acercamos á un tierno y amable cordero....

3.º Consideremos por qué se da á nosotros, y comprendamos, en lo posible, su amor.

Se da á nosotros para unirnos á su ser.... para fortificarnos.... divinizarnos... y colmarnos de toda clase de bienes.... ¡Pues qué, Señor! os unis á pobres criaturas... á ganados de la tierra... á un poco de polvo, rebelde.... El amor de Jesucristo es infinito, y hace que se olvide de todos esos obstáculos....

4.º Consideremos cuando se da:



1.º Es la víspera de su muerte.... 2.º Insta á sus discípulos que preparen lo conveniente.... 3.º Se da en el mismo momento en que fragoran su pérdida; en el momento en que Judas pone su vida á precio: ¿Que queréis darme, y yo lo pondré en vuestras manos? *Quid cultis mihi dare, et ego enim vobis tradam?* (Matth. XXVI. 15). ¡Vendela, Judas; te será muy fácil: vas á recibirle, y va á entregarse á tí por la comunión!.... 4.º Ve la traición de Judas, la detención de Pedro, la inga de sus discípulos, la agonía y el sudor de sangre; prevé el beso de Judas, ve las cadenas, los azotes, su rostro escupido, sus mejillas abofeteadas, las burlas sangrientas, los falsos testimonios, la sentencia de muerte, la corona de espinas, la cruz, los clavos, el Calvario, las blasfemias y el abandono de su Padre y de los hombres; y su amor exige no obstante aquel momento supremo para dejar á su Iglesia el eterno monumento de su eterno amor en la Eucaristía. 5.º Establece este sacramento de su amor para darse á los mismos que van á venderle, á renegar de él, á abandonarle; nada le detiene.... 6.º Ve los ultrajes, las mofas, los sarcasmos, los desprecios, las profanaciones, los sacrilegios, las hipóstesis, las persecuciones que lo esperan, desde el momento de la institución de la Eucaristía hasta el fin del mundo; nada le detiene en su amor: *In finem dilexit eos.*

Queridos discípulos míos, á vosotros empero que sois mis amigos: *Dico autem vobis amici meos* (Luc. XII. 4), voy á dejaros, voy á morir por todos; pero, antes de morir, quiero darme á vosotros: Tomad y comed; este es mi cuerpo; tomad y bebed; este es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, la sangre de la doble alianza: en la cruz está sangre es unida á mi Padre; en la Eucaristía, esta sangre os unirá á mí. ¡Oh! ¡cuanto tiempo hace que deseaba ardientemente hacer esta Pascua con vosotros antes de sufrir y morir por el mundo entero! Queridos amigos míos, este es mi testamento, mis últimas voluntades: os preparo el reino celestial, como mi Padre me lo preparó á mí, para que comáis y bebáis á mi mesa en mi reino: *Ego dispono vobis, sicut disposui mihi. Pater meus regnum, ut elatis et bibatis super mensam meam in regno meo.* (Luc. XXII. 29-30). Necesitais este alimento divino para subir el reino de mi gloria.

Padre mío, yo estoy en ellos, y vos estais siempre en mí, á fin de que sean consumados en la unidad: *Ego in eis, et tu in me; ut sint consummati in unum.* (Joann. XVII. 23). ¡Qué infinito amor!...

¡O amor de mi Dios, exclamaba Sta. Magdalena de Pazzi! ¡O amor! ¡Por qué no ha de ser el amor amado y también conocido de sus propias criaturas! ¡O Jesús mío! ¡Por qué no tengo una voz bastante fuerte para hacer que me oigan hasta en los confines del mundo! En todas partes publicaría que este amor debe ser conocido, amado, estimulo como el único verdadero bien. ¡O amor, amor! si no sabéis dónde abrigaros, venid á mí, que yo os daré una morada! *(In eius vita).*

Amor, bondad infinita de Jesucristo en la Eucaristía, bondad universal: se da á todos los que le desean, á los pobres y á los ricos, á los ignorantes y á los sabios, á los niños y á los ancianos....

Bondad gratuita: no pide nuestros bienes ni nuestras riquezas; no pide más que nuestro corazón para embargarlo de delicias....

Bondad liberal: se da enteramente y sin reserva; nos enriquece con su cuerpo, su sangre, su alma y su Divinidad; nos da el cielo entero, la bienaventurada eternidad entera....

Bondad paternal: viene á nosotros como el mejor de los padres; nos acaricia, nos abraza y nos alimenta con su mismo cuerpo....

Bondad dulce, paciente y duradera: es una víctima que permanece día y noche en nuestros altares, para que podamos siempre tenerla á nuestro albedrío....

La sagrada comunión es una especie de encarnación del Verbo en nosotros; viene á habitar en nosotros: *Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis.* (Joann. I. 14).

Eucaristía de la Eucaristía.

La santa Eucaristía es el pan del cielo, el maná celestial: *Pluit illis manna ad manducandum; panem caeli dedit eis.* (Psal. LXXVII. 24).

La santa Eucaristía es la fuente de los jardines de Dios; es el manantial de agua viva, es decir, el manantial de la purísima Santidad, de la gracia que mana de Jesucristo, elevado á lo más alto de los cielos, según aquellas palabras de Isaías: Agotéis en la alegría las aguas que corren de las fuentes del Salvador: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* (XII. 3).

1.º La Eucaristía es verdaderamente un pan celestial y divino, no sólo bajo el concepto del lugar, puesto que baja del cielo, sino también con relación á su naturaleza y á su sustancia....

2.º Es el verdadero pan del cielo comparado con el maná. En la Eucaristía, la realidad, la verdad; en el maná, la sombra y la figura....

3.º Es el verdadero pan del cielo, porque es vivificante, da la vida....

4.º Es el verdadero pan del cielo, es decir, el pan perfecto y exquisito.... Es el pan de Dios que ha bajado del cielo y da la vida al mundo: *Panis enim Dei est, qui de caelo descendit, et dat vitam mundo.* (Joann. VI. 33). La Eucaristía es el único pan que haya bajado del cielo, el único que da la vida al mundo. Es el pan de Dios, porque sólo Dios lo ha hecho y pertenece sólo á Dios; este pan es el mismo Dios. Soy el pan de vida, dice Jesucristo: *Ego sum panis vivo* (Joann. VI. 35), es decir, vivo y vivificante, ó más bien soy la misma vida....

Zacarías llama á la Eucaristía trigo de los elegidos y también hermosura de Jesucristo: *Quid pulchrum ejus, nisi frumentum electorum?* (IX. 17). Y se ha dado este nombre á la Eucaristía: 1.º á causa de su sustancia; que, como Dios, es el Verbo, la imagen y la hermosura del Padre, y como hombre es el más hermoso entre ellos....



Siendo Dios en la Eucaristía dote del alma, dice S. Ambrosio, ésta no debe compararse más que de Dios, y debe rechazar toda comunicación con el siglo; *Cui paritio Deus est, nihil debet curare nisi Deum, nihil habere commune cum seculo.* (Lib. I. Offic.).

En la sagrada mesa, dice S. Jerónimo, recibimos á Dios por dote, pero nos convertimos á la vez en dote de Dios; dote escogida, bendita y afectada especialmente á Jesucristo: *Dominam partem habent, sed qui pars Domini sunt: pars prima, electa, benedicta, specialis, Christo adherens.* (Epist.). O Señor, exclama S. Agustín, me habéis enteramente libertado para poseerme por entero: *Totum me liberasti, ut totum me possideres.* (Medit.).

La unión de Jesucristo con el alma en la divina Eucaristía es tan perfecta, que Jesucristo la compara á la unión que se verifica entre el cuerpo y el alimento que toma: Mi carne, dice, es un verdadero alimento, y mi sangre una verdadera bebida: *Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus.* (Joann. VI. 56). Jesucristo, dice S. Crisostomo, se une, se incorpora á nosotros, ó más bien nos incorpora á él, para no constituir más que uno con él, como el cuerpo no forma más que uno con la cabeza. No solo se deja ver á los que le desean, sino que se deja tocar, poner en la boca y comer, para cumplir todos nuestros deseos (1).

El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él: *Qui manducant meam carnem, et bibunt meum sanguinem, in me manet, et ego in illo.* (Joann. VI. 57). Jesucristo no dijo: Viene á mí, sino vivo en mí; y no dice tampoco: Voy á él, sino vivo en él: *In me manet, et ego in illo.* Así por medio de la sagrada comunión nos unimos, nos incorporamos á Jesucristo, á la Divinidad, á la omnipotencia, realmente y del mismo modo que el alimento se une á nosotros; así está Dios en nosotros, y nosotros en Dios....

De la misma manera que la cera derretida añadida á otra cera se mezcla perfectamente y no forma más que una misma cera, dice S. Cirilo de Alejandría, el que recibe el cuerpo y la sangre de Jesucristo queda unido de tal manera con Él, que Jesucristo está en él y él en Jesucristo: *Sicut si quis liqua facta cera aliam ceram incididerit, altera cum altera per totum commisceat necesse est; ita, si quis, carnem et sanguinem Domini recipit, cum ipso in conjugat, ut Christus in ipso, et ipse in Christo inveniat.* (Lib. IV. in Joann., c. VII).

Cuando comemos el sagrado pan, no se cambia en sustancia nuestra, dice S. Agustín; antes bien nos cambia en la de Jesucristo: lo que á nosotros, y nos hace semejante á él, cosa que no hace el pan ordinario: *Hic panis sicut comeditur, non mutatur in nostram substantiam, sed nos facit in se transmutat, ubique unit, et simulat facit, quod non facit panis communis.* (In Psal.).

(1) *Semper panis nobis immutatur, et corpus ipsum in panem convertitur, ut modo quid dicitur panis non corpus eius recipitur. Non transmutat, sed panem in corpus eius convertit, nos in se transmutat, et nos facit in se transmutat, ut cum dicitur unum, et dicitur simulat facit, quod non facit panis communis.* (In Psal.).

Por este motivo llaman los santos Padres la sagrada Eucaristía *comunion, unión común*, porque nos que realmente al cuerpo de Jesucristo, de suerte que aquel que comulga no forma más que uno sólo con Jesucristo.

Jesucristo, dice S. Crisostomo, nos alimenta con su propio cuerpo, nos une y nos hace inhereentes á él: *Proprio corpore nos alit et sibi coniungit, usque conglutinat.* (In Caten.).

La unión que se verifica en la sagrada comunión es tan íntima, que, según S. Cirilo de Alejandría, Jesucristo y el que le recibe no forman más que uno. (Lib. IV. in Joann., c. XVII). Esta unión es tan perfecta, que, según Tertuliano, el alma egordra con su Dios: *Anima de Deo saginatur.* (Lib. de Resurrect. carni.). Esta unión es semejante á la que existe entre el yerro puesto dentro del horno y el fuego.... Santa Teresa compara la unión que se establece entre el alma y Dios en la sagrada mesa, á la de las aguas de la lluvia que caen en una fuente; estas aguas se mezclan tan bien, que no constituyen más que una sola agua. La compara también con las aguas de un río que al llegar al Océano confunde su corriente y dejan las aguas de ser distintas. En fin, dice ella, esta unión es como la de los rayos de luz que entrando en un cuarto por dos ventanas, se mezclan de una manera tan perfecta, que no es ya más que una sola luz. (In ejus vita).

A todos los que le han recibido, Jesucristo ha dado el poder de ser hijos de Dios, dice el evangelista S. Juan: *Quotquot receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri.* (I. 12). Somos transformados á semejanza suya, dice S. Pablo: *In eandem imaginem transformamur.* (II. Cor. III. 18); no nos transformamos esencialmente como si nuestra esencia se convirtiese en la esencia divina, pero accidentalmente, es decir, por la reflexión de la luz de Jesucristo, que cae sobre nosotros como en un espejo y nos hace luminosos.

Séis, dice el gran Apóstol, el cuerpo de Jesucristo y los miembros de sus miembros: *Vos estis corpus Christi, et membra de membris.* (I. Cor. XII. 27). Nos convertimos en templos de Dios vivos: *Vos estis templum Dei vivi.* (II. Cor. VI. 16).

Con la sagrada comunión somos los miembros del cuerpo de Jesucristo, formados de su carne y de sus huesos, añade S. Pablo: *Membra sumus corporis eius de carne eius et de ossibus eius.* (Eph. V. 30).

Por lo mismo dice aquel gran Apóstol: Vivo, y no soy yo al que vivo; Jesucristo es el que vive en mí: *Vivo autem, qui non ego, vivit caro in me Christus.* (Gal. II. 20).

Nos hacemos partícipes de Jesucristo, escribe á los Hebreos: *Participes Christi affecti sumus.* (III. 14).

Nos hallamos mezclados con el cuerpo de Jesucristo, dice S. Cirilo, y por consiguiente con su Divinidad; por cuya razón no formamos más que un mismo cuerpo y una misma sangre con Jesucristo:

La segunda ventaja de la comunión es que nos transformamos en Dios.

*Efficiamur concorporati et consanguinei Christi*, Somos tabernáculos de Cristo: *Christifera*. (Catech. IV).

Somos partícipes de la naturaleza divina, dice el apóstol S. Pedro: *Divina consortes natura*. (H. I. 5).

Nuestro cuerpo se alimenta, dice Tertuliano, con el cuerpo y la sangre de Jesucristo, para que nuestra alma engorde con el mismo Dios: *Caro corpora et sanguine Christi escitur, ut anima de Deo saginetur*. (Lib. de Resurrect. carn., c. VIII).

Dios, dijo S. Agustín, se hizo hombre para que el hombre se convirtiera en Dios; y para que el hombre comiese el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre: *Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus; ut panem angelorum manducaret homo, Dominus angelorum factus est homo*. (Serm. IX. de Nativ. Dom.).

El primer hombre quiso convertirse en Dios; no pudo, y cometió un crimen. Pero ¿qué ha hecho Dios en su sabiduría y misericordia? Ha dicho: El hombre quiere ser Dios y no puede, y hasta es un crimen que lo quiera; pues ya voy a hallar un modo de satisfacer el deseo del hombre, y satisfacerlo sin hacerlo culpable: me hará hombre, me dará a él en la Eucaristía, y haciéndome hombre, el hombre quedará hecho Dios, y comiéndose, vivirá de Dios y será Dios.

Ahora si que tiene cumplimiento lo que dijo la serpiente: Profetizó sin quererlo, la futura elevación del hombre á la Divinidad. Seréis como dioses si coméis esa fruta, dijo á nuestros primeros padres: *Eratis sicut dii*. (Gen. III. 5). Salomón creyó engañar al hombre, y el mismo fue el que se engañó. Si, el hombre será Dios, pero no comiendo la fruta del paraíso terrestre, sino comiendo en la sagrada mesa, en el jardín de la Iglesia, el divino fruto del paraíso celestial: *Eratis sicut dii*. (Gen. III. 5).

Inspirado por el Espíritu Santo, el Real Profeta, previendo la felicidad, la elevación, la dedicación de los que participasen de la divina Eucaristía, exclamaba: Lo ha dicho: Sois dioses é hijos del Altísimo: *Ego dixi: Dii estis, et filii Excelsi omnes*. (LXXXI. 8).

El hombre como el pan de los ángeles, dice el Salmista: *Panem angelorum manducavit homo*. (LXXVII. 25). Somos el pueblo de sus pastos y las ovejas obra de sus manos: *Non populus pasqua ejus, et oves manus ejus*. (Psal. XCIV. 7).

Dios se incorpora al hombre, dice S. Cipriano, Jesucristo ha querido ser lo que es el hombre, para que el hombre pudiera ser lo que es Jesucristo: *Hinc cum homine miscetur, quod homo est, esse Christus coluit, ut et homo posset esse quod Christus est*. (Trad. de Cruz Rom.).

Con la Eucaristía, dice S. Crisóstomo, no solamente nos convertimos en Jesucristo por el amor, sino que en realidad nos convertimos en carne de Jesucristo; y este milagro se verifica con el alimento que nos da. Para manifestarnos su amor, ha querido darselo á nosotros y no formar más que uno con nosotros. (Homil. LVI).

ad pop.). El que come el pan eucarístico, se vuelve semejante á este pan. El hombre se transforma en Jesucristo. Soy el alimento de los fuertes, dice Jesucristo; erecto, y me comeréis; no me convertiréis en vosotros, sino que vosotros mismos seréis convertidos en mí: *Cibus sum granulum, erecto, et manducabis me; nec tu me mutabis in te, sed tu auaberis in me*. (Lib. VII. Confess., c. X).

Lo propio de este sacramento, dice Sto. Tomás, es transformar el hombre en Dios y hacerlo semejante á él. Porque si el fuego tiene el poder de cambiar en fuego todas las cosas á las que se une, y de comunicarles su fuerza y su perfección, despues de haber destruido en ellas todo lo que podía ser contrario á su naturaleza, ¿cuánto más ha de consumir aquel fuego devorador de la Divinidad todo lo que halle impuro en nuestras almas, haciéndolas semejantes á Él (*Offic. SS. Sacram.*).

Con la sagrada comunión, el hombre deja de ser lo que era para convertirse en otro Jesucristo. No somos nosotros los que vivimos; es Jesucristo el que vive en nosotros, como dice el Apóstol de las Gentes.

Esta es una de las más hermosas prerogativas del sacramento del Altar que recibimos con la comunión. Los demás manjares que usamos se convierten en nuestra propia sustancia; pero esto nos transforma á nosotros; cambio infinitamente ventajoso, porque es infinitamente más preferible vernos convertidos en Dios, que si Dios se hubiese convertido en nosotros mismos. Si Dios se cambiase en nosotros, perdería su santidad, porque no somos más que miseria y pecado, y perdería también todas sus perfecciones, porque nada tenemos por nosotros mismos ni somos nada. Pero hallándonos convertidos en Jesucristo, tanto como es posible que lo estemos, adquirimos todo lo que no teníamos ni podíamos tener más que de Jesucristo, y perdemos todo lo miserable y dañino que en nosotros existía. Éramos débiles, y ahora somos fuertes; éramos ciegos, y ahora vemos claro; éramos pecadores, y ahora con la más feliz de las transformaciones hemos llegado á ser santos.

Con la sagrada comunión no sólo se nos honra con el augusto nombre de hijos de Dios, sino que lo somos en efecto, dice el apóstol S. Juan: *Filius Dei nomen et simus*. (I. III. 1).

Somos el mismo cuerpo y la misma sangre con Jesucristo, dice S. Cirilo de Jerusalem; no constituímos más que un mismo cuerpo: *Concorporeus et consanguineus; unum Christi corpus*. (De Euchar.).

Comalgamos, dice S. Leon, para vernos convertidos en carne de aquel que tomó nuestra carne: *Sumitur, ut in carnem ipsius, qui caro nostra factus est, transsumus*. (Serm. de Nativ.). ¡O cristiano! exclama aquel gran Papa, reconoce tu dignidad y tu elevación; y siendo partícipe de la naturaleza divina, no vuelvas á caer jamás en tu antigua vileza; acórdate de qué jefe y de qué cuerpo eres miembro: *Agnosce, ó christiane, dignitatem; tuam et divine consortis factus natura, noli in veteram ebilitatem redire; memento cujus capitis et cujus corporis sis membrum*. (Serm. I. de Nativ.).

Por la encarnación del Verbo, la naturaleza divina se ha unido de tal modo á la naturaleza humana, que no hay en estas dos naturalezas más que una sola persona. Así pues somos, por decirlo así, llamados y asociados por la Eucaristía al honor de este puesto supremo, y á la participación de una alianza tan santa, tan perfecta, tan sublime, tan excelente y divina. Porque la palabra de Dios y la teología nos enseñan que Jesucristo ha instituido este sacramento para extender, dilatar y consumir en nosotros el misterio de la encarnación. En efecto; hallándose la Divinidad unida á su sagrado cuerpo por la unión hipostática, que es una unión sustancial, personal, y hallándose también su cuerpo unido al nuestro, no hipostáticamente, sino íntima y admirablemente por la comunión, nuestro cuerpo está unido á la misma Divinidad ya en esta vida por medio de la sagrada carne de Jesucristo.

Hay una cadena única, admirable, preciosa y superior á todo precio, por medio de la cual el Padre eterno liga y une, ya en esta vida, el cuerpo terrestre y mortal de los hombres á la esencia suprema de la Divinidad; cadena compuesta de tres eslabones unidos entre sí. El primero es la residencia esencial y sustancial de la Divinidad del Padre en la persona del Hijo por la generación eterna. El segundo es la residencia sustancial y personal del Hijo en el cuerpo de Jesucristo por la encarnación. El tercero es la residencia sustancial y corpórea del cuerpo deificado de Jesucristo en los nuestros por medio de la Eucaristía. Así por ciertos grados y escalones nos hallamos unidos sustancialmente á la esencia de Dios ya en esta vida; unión tan grande que no puede ser suplida en este mundo por ningún otro sacramento! De ahí la máxima universal de los Padres y de todos los maestros de la vida espiritual é interior, que, con relación á este lugar de destierro en que nos hallamos, y méntanos en el nos hallamos, el mayor de los males que puede sucedernos es hallarnos separados del cuerpo de nuestro Dios, de la comunión; así como el mayor de los bienes es recibirlo....

El sacramento de la Eucaristía es para todos los fieles que la reciben una continuación constante del misterio de la encarnación; tal es lo que enseñan todos los santos Padres y la Iglesia. Ya se sabe á que grado de honor fue elevada la humanidad de Jesucristo en el dichoso momento en que quedó unida al Verbo Divino; y también es incontestable que Jesucristo, dándose á nosotros en la Eucaristía, ha hecho que todos los miembros de su Iglesia fueran partícipes de la misma gloria, puesto que viene en nosotros, se une á nosotros, nos transforma en El, nos deifica y no forma más que uno con nosotros....

La Eucaristía se llama comunión ó *unión común* por cuatro razones. La primera es que la Eucaristía es una mesa y un alimento común á todos los fieles.... La segunda es que recibimos del mismo manjar, el cuerpo de Jesucristo: por cuya razón, dice S. Crisóstomo, que éan

La tercera ven-  
taja es la unión  
con el prójimo.

la comunión del cuerpo de Jesucristo, no constituimos todos más que un sólo cuerpo. (*Homil. IV. ad pop.*).

San Pablo nos da la tercera razón: El cáliz de bendición que bendecimos, dice á los Corintios, ¿no es la comunión de la sangre de Jesucristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo del Señor? (*I. A. 16*). Así, aunque somos muchos, no formamos más que un sólo pan y un sólo cuerpo, porque todos participamos de un sólo pan: *Quoniam unus panis, unum corpus multi sumus omnes qui de uno pane participamus.* (*I. Cor. X. 17*).

La cuarta razón es que la Eucaristía, uniéndonos á Jesucristo, comunica á todos y á cada uno la sangre, la pasión y los méritos de Jesucristo.

Padre santo, decía Jesucristo, conservad en vuestro nombre á los que me habeis dado, á fin de que sean uno como nosotros: *Pater sancte, serua eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum sicut et nos.* (*Joann. XVII. 11*). Este deseo de Jesucristo tiene su cumplimiento en la sagrada mesa....

De la misma manera que con un gran número de granos se forma un sólo pan, todos los fieles no son más que un mismo pan sagrado y vivo con la santa comunión, es decir, un sólo cuerpo místico de Jesucristo, cuerpo que constituye la Iglesia, porque realmente todos los miembros de la Iglesia están unidos al cuerpo de Jesucristo, y con este divino cuerpo no forman más que uno en la Eucaristía. Por esto estaban tan perfectamente unidos los primeros cristianos: comulgando todos los días, no tenían todos más que un corazón y un alma: *Erat cor unum et anima una.* (*Act. IV. 32*).

Comiendo todos al mismo Dios, necesariamente no somos más que un mismo cuerpo, una misma Iglesia. Por esta razón sin duda dice el Concilio de Trento en su sesión 3.<sup>a</sup>, capítulo VIII: Este sacramento es la señal de la unidad, el lazo de la caridad, el símbolo de la paz y de la concordia: *Hoc sacramentum est signum unitatis, vinculum caritatis, pacis et concordie symbolum.*

Esta unión de todos los fieles por la sagrada comunión es tan verdadera y tan perfecta, que los santos Padres la llaman unión física. Parece que la religión pide mucho de nosotros cuando nos manda que estemos todos estrechamente unidos de corazón y de afecto, de alma y de espíritu con el prójimo, como en los primeros siglos de la Iglesia; pero la religión dice más: dice que estamos todos unidos corporalmente por la sagrada Eucaristía, y que el cimiento de esta unión es la santa Eucaristía, la carne de Jesucristo.

San Cirilo prueba esta unión con el siguiente raciocinio: Mi cuerpo, dice, está unido al cuerpo de Jesucristo con la comunión; el cuerpo de Jesucristo está unido al cuerpo de mis hermanos; así pues mi cuerpo y los de mis hermanos están realmente unidos en este sacramento de amor. (*Lib. IV. in Joann., c. VIII*).

Siendo invisible el cuerpo de Jesucristo, dice S. Crisóstomo, no tomáis de él una parte y yo otra; sino que vosotros, como yo, lo to-

tantino, exhortó á sus soldados á recibir la santa Eucaristia antes del combate que su padre trabó contra Magencia. Lo mismo hizo el ejército cristiano en la guerra á favor de los santos lugares. *Hist. de la Cruz*.

En el papado de Inocencio III, el rey de Castilla Alfonso VIII ganó el 16 de Julio del año 1212 una insigne victoria contra los sarracenos por la virtud de la santa Eucaristia y de la cruz. Este piadoso monarca se confesó antes del combate, procuró que se confesase su ejército, é hizo llevar contra los bárbaros, por el arzobispo de Toledo, el estandarte de la cruz. Provisto de tan poderosos medios, mató á doscientos mil sarracenos, y él no perdió más que veinticinco hombres. En España se celebra todos los años una fiesta el 16 de Julio para perpetuar el reconocimiento de tan insigne favor.

La victoria que el rey Ramiro ganó tambien contra los sarracenos en 834, no fué menos ilustre y milagrosa. Batido primero por sus enemigos, aquel príncipi se retiró á las montañas, y con el corazón alligido oró á Dios con fervor para obtener su auxilio. El apóstol Santiago se le apareció ordenó que los soldados cristianos se confesasen y comulgasen todos, y que después marchase el Rey al combate invocando el nombre del Señor y de Santiago, pues un ginete, montado en un caballo blanco como la nieve, precederla y dispersaría á los enemigos. Todo sucedió así puntualmente, y en aquel combate murieron setenta mil moros.

La quinta ventaja de la comunión es que es un remedio muy eficaz.

El cuerpo de Jesucristo tenía tanta virtud, que cuando los enfermos tocaban solamente el borde de su vestido quedaban curados, por más malos que estuviesen. No hay duda de que la Eucaristia, que es su propio cuerpo, tiene infinitamente más virtud que sus vestidos....

Pero la Eucaristia cura sobre todo las enfermedades del alma; por esto la llaman los santos Padres el remedio que da la inmortalidad. *Pharmacum immortalitatis*.

La Eucaristia es el remedio que cura todas las enfermedades del alma, y muchas veces las del cuerpo.

¿Estais enfermos de orgullo? Tomad la Eucaristia, es decir, tomad á Jesucristo, que se humilla hasta revestirse de la forma humana en la eucaristia, y de la forma del pan en la Eucaristia; este pan sagrado os hará humildes. ¿Estais enfermos á consecuencia de los achaques de la carne? Bebed el vino que engendra á las vírgenes. ¿Estais enfermos por la trasibilidad de carácter? Alimentaos con el Dios inmolado en la cruz, con el cordero sacrificado por la salvación del mundo: os comunicará su dulzura y su paciencia, etc....

La Eucaristia es un remedio contra los achaques y las enfermedades corporales. S. Basaventura declara que muchas veces personas débiles ó enfermas experimentan en la sagrada comunión tanta fuerza, alegría y consuelo, que se retiran sanas como si jamás hubiesen padecido. Leemos en la vida de los Padres que varios Santos

sin más alimento que la Eucaristia han pasado una vida larga y llena de salud. Pallades asegura que el monje Juan no tomaba nunca otro alimento más que la santa comunión en domingo. Este sacramento era exclusivamente lo que le alimentaba. El abate Severo nunca comía durante la semana; el domingo, y solamente después de haber recibido á Dios, tomaba una ligera comida. El emperador Luis el Piadoso, en su última enfermedad, estuvo cuarenta días sin comer; pero recibía cada día la sagrada Eucaristia. El que le asistió constantemente es quien lo asegura, dice Tomás Bostio.

Sigeberto cuenta en su crónica que en 823 una jóven de doce años, habiendo comulgado por Pascua en Tulles, pasó tres años enteros sin tomar ningún alimento. Hallándose enferma Santa Maria de Bélgica celebró por su santidad, se negaba también á tomar todo alimento, y sólo recibía la sagrada Eucaristia, que le daba fuerzas.

Suarez y otros teólogos enseñan que la santa comunión borra el pecado mortal de que no nos acordamos después de un razonable exámen. Así, el pecador que ignora involuntariamente su pecado y comulga de buena fe, obtiene su perdón y la justificación.

Este sacramento, según el Concilio de Trento, nos libra de los pecados veniales, y nos preserva de los mortales. (*Sess. XIII. c. II*).

Es preciso tener por una ventaja inestimable la remisión de los pecados veniales. Es preciso tener por una inmensa ventaja no sólo el hacer progresos en la virtud, sino tambien no retroceder y no caer. Los remedios que previenen las enfermedades son tan preciosos como los que devuelven la salud; y nótese bien esto, porque es un gran motivo de consuelo para los que no se apereiben sensiblemente del fruto que en ellos produce este divino sacramento. Ordinariamente vemos que los que lo frecuentan muchas veces viven en el temor de Dios, y pasan años enteros; y algunos hasta toda su vida, sin cometer un pecado mortal. Y esto es uno de los maravillosos efectos del sacramento, impedir que caigamos en pecado mortal, y conservar la vida del alma al mismo tiempo que el alimento corporal nos conserva la vida del cuerpo. ¿No nos lo dice nuestro Salvador en términos formales? Si no coméis la carne del hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tendreis la vida en vosotros. *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis.* (Joan. VI. 54). Soy el pan de vida: *Ego sum panis vite.* (Id. VI. 48). Este es el pan que baja del cielo, para que el que lo coma no muera. El que coma de este pan vivirá: *Hic est panis de caelodescendens; ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur. Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet.* (Id. VI. 50, 52).

Así es que, según el mismo Jesucristo, quien no coma de aquel pan quedará herido de muerte, es decir, que caerá en pecado mortal. Por el contrario, el que lo coma, vivirá, es decir, evitará el pecado mortal, vivirá con la vida de la gracia. La sagrada comunión contribuye eficazmente á mantener la salud del alma, como los buenos

La sexta ventaja de la comunión es que nos previene los malos hábitos veniales, algunos, véase las mortales, y nos impide recaer.

alimentos tomados á tiempo mantienen la salud corporal. Así que los judíos se cansaron del maná que Dios les enviaba del cielo, dice la Escritura, estuvieron todos á punto de morir, llegaron á las puertas de la muerte: *Manna escam abominata est animo eorum, et appropinquarent usque ad portas mortis.* (Psal. CVI. 18).

La Eucaristía es el pan de vida; es un pan vivo que se come para tener vida. (Con qué vida admirable no vivimos comiendo este pan vivo en santas disposiciones, puesto que comemos la misma vida! ¡Quién oyo jamás hablar del prodigio de poder comer la vida! A Jesucristo estaba reservado darnos tal manjar: es la vida por naturaleza; el que lo come, come la vida. ¡O delicioso banquete de los hijos de Dios! ¡O santísima mesa! ¡O sabrosos manjares! Juzgad de la excelencia de la vida que da este sagrado pan por la dulzura de tal alimento. Jesucristo es nuestro alimento y nuestra vida, dice S. Cirilo: *Noster cibum est, et vita.* (Lib. IV. in Joann.).

Poseyendo á Jesucristo, todo lo tengo, y todo con abundancia, exclama S. Pablo; estoy lleno de bienes: *Habeo omnia, et abundo; repletus sum.* (Philipp. IV. 18).

Regocijémonos, dice el Apocalipsis, y estremecámonos de alegría, y rindámos gloria á Dios, porque las bodas del Cordero han llegado, y se ha preparado su esposa. ¡Felices los que han sido llamados al banquete de las bodas del Cordero! *Gaudete et exultate, et dominus gloriam ei, quia venerunt nuptiae Agni, et uxor eius preparavit se. Beati qui ad cenan nuptiarum Agni vocati sunt!* (XIX. 79).

Los pobres y los humildes comerán y serán saciados, dice el Salomista: *Edent pauperes, et saturabuntur.* (XXI. 27).

En el feliz día de una comunión, hemos de exclamar con el Real Profeta: Este es el día que ha hecho el Señor; regocijémonos y estremecámonos de alegría: *Hec dies, quam fecit Dominus, exultemus et letemur in ea.* (CXVII. 24).

Ho anhelado, dice la Esposa de los Cantares saludando de lejos á la Eucaristía, he anhelado descansar á su sombra; porque es dulce á mi paladar esta fruta: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi; et fecit mihi dulcis gutturi meo.* (II. 3). Amigdo, comed y bebed; embriagaos, queridísimos míos: *Comedito, amice, et bibite; inebriamini, carissimi.* (Cant. V. 1). ¡Quién es aquella alma que sale del desierto, colmada de delicias y apoyada en su amado? *Qua est ista, quam ascendit de deserto, delicis affluens, vicina super dilectum suum?* (Cant. VIII. 5).

Si las delicias de Jesucristo consisten en estar con los hijos de los hombres, cuántas no deben ser las delicias de los hijos de los hombres al estar con Jesucristo y al poseerle en sus corazones!...

Si, Señor, dice la Sabiduría, habeis dado á vuestro pueblo el manjar de los ángeles; lo habeis presentado el pan del cielo, que encierra todas las delicias y la suavidad más perfecta: *Angelorum vocat nutriticisti populum tuum, et paratum panem de celo praestitisti*

La escritura ven-  
tosa es que la  
comunión sea  
bueno verdaderamente  
de Dios.

*illis omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem.* (XVI. 20).

El Dios de los ejércitos, dice Isaías, preparará para todas las naciones sobre aquella montaña (sobre el altar) un festin en el que se servirán los manjares y los vinos más deliciosos: *Et faciet Dominus exercituum omnibus populis in monte hoc convivium pinguium, convivium vinulentum.* (XXV. 6).

Isaías quiere hablar aquí del festin de la Eucaristía, del cuerpo y de la sangre de Jesucristo, que son las delicias de las almas fieles; pues la Eucaristía lleva al alma infinitamente más vida y alegría que ningún festin pueda dar al cuerpo.

Después de haber comulgado, Sta. Mónica exclamaba con santa embriaguez: Mi corazón y mi carne se han estremecido de felicidad en mi Dios. (*In ejus vita*).

Tres favores principales, que hacen felices á los Santos en el cielo, nos comunica la santa Eucaristía: los Santos están con Dios, están unidos á Dios, y se hallan transformados en Dios. Tal es nuestra felicidad en la mesa eucarística....

Los Santos en el cielo están con Dios; ven su divina majestad; tienen el honor de componer su corte; le poseen; y gozan continuamente de su presencia: lo que les colma de alegría. ¡Felices, dice el Rey Profeta, felices los que habitan en vuestra casa. ¡O Dios mió! ¡Beati qui habitant in domo tua, Domine! (LXXXIII. 5). Con la sagrada comunión participamos de esta felicidad de los Santos; estamos con Dios. Porque el Apocalipsis ha dicho de la Eucaristía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y Dios habitará con ellos; y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios estará con ellos, y será su Dios: *Ece tabernaculum Dei cum hominibus, et habitabit cum eis. Et ipse populus ejus erunt, et ipse Deus cum eis erit eorum Deus.* (Apoc. XXI. 3). Es verdad que en el cielo hay más luz, conocimiento, alegría y seguridad; pero no se posee á Dios más real, sustancial y personalmente que lo poseemos en la tierra con la sagrada Eucaristía....

Los Santos están unidos á Dios en el cielo; pero ¿no estamos nosotros unidos á Jesucristo en la Eucaristía? Véase el párrafo sobre la primera ventaja de la Eucaristía).

Los Santos en el cielo están transformados en Dios, y nosotros lo estamos también por la comunión. (Véase la segunda ventaja de la Eucaristía).

Somos en cierto modo más felices en la sagrada mesa que los bienaventurados en el cielo: los bienaventurados son servidores de Dios, disfrutan de él; pero no lo tienen á su disposición; es dueño y no criado suyo. Y en la santa mesa, Jesucristo se hace criado nuestro, somos dueños suyos; disfrutamos de él y nos sirve.

Nada encontraba comparable Sta. Magdalena de Pazzis á la felicidad de comulgar. Para procurarme esta dicha, decía, no titubearía, si necesario fuese, en entrar en la madriguera de un león y en exponerme á toda clase de sufrimientos. (*In ejus vita*).

San Francisco de Regis llamaba á la Eucaristía su refugio, su consuelo y sus delicias. (*In ejus vita*).

Se oía decir á S. Carlos Borromeo que sus delicias consistían en hallarse al pié del altar y recibir á su Dios: cuando la necesidad le alojaba de los sagrados tabernáculos, dejaba en ellos su corazón. (*In ejus vita*).

La bienaventurada María de la Encarnación, carmelita conversa en 1618, hizo su primera comunión á la edad de doce años. Recibió su divino Salvador con los sentimientos del más puro y ferviente amor, y su divino huésped derramó en su corazón una alegría tan inefable, que no hubiera querido, decía más tarde, trocarlo por todo el universo: y desde aquel momento todas las cosas de la tierra le parecieron insípidas. (*In ejus vita*).

En la santa comunión quedamos llenos de las gracias de Jesucristo, dice S. Pablo: *Et estis in illo repleti*. (Colo. II. 10). Estamos llenos de bienes de vuestra casa, Señor: *Replebimur in bonis domus tue*. (Psal. LXIV. 5). Habiéis visitado la tierra, la habéis embriagado de alegría, y habéis puesto todos vuestros cuidados en enriquecerla: *Visitasti terram, et inebriasti eam; multiplicasti complementare eam*. (Psal. LXIV. 10).

El sagrado banquete en el cual nos alimentamos de Jesucristo, exclama Sto. Tomás, banqueté en el que celebramos la memoria de su pasión, en el que el alma se llena de gracias y se nos da la prenda de la vida eterna: *Id sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus, mens impletur gratia, et futura gloria nobis pignus datur*. (In Offic. vener. Sacr.).

En la santa mesa es donde da Jesucristo el agua viva de que habló á la Samaritana: Cualquiera que beba agua del pozo de Jacob, tendrá aún sed; pero el que beba el agua que le daré, jamás tendrá sed; el agua que yo daré, será para él una fuente de agua saliente en la vida eterna: *Omnis qui bibit ex aqua hac, sitiet iterum: qui autem biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in eternum; sed aqua, quam ego dabo ei, fiet in eos fons aquae salientis in eternum*. (Joann. IV. 13-14). Digamos á Jesucristo como la Samaritana: Señor, dadme de esta agua para que no tenga sed: *Domine, da mihi hanc aquam, ut non sitiam*. (IV. 15).

Soy el pan de vida, dice Jesucristo: el que venga á mí, no tendrá hambre, y el que me crea, jamás tendrá sed: *Ego sum panis vitae: qui venit ad me, non esuriat; et qui credit in me, non sitiet unquam*. (Joann. IV. 35). Me he entregado en la cruz para dar á los hombres la vida que habían perdido por el pecado; me doy en la Eucaristía para conservarles esta vida; el mundo resucitado por mi cruz, conserva su vida, y la perfecciona por la Eucaristía. He dado mi carne en la cruz, como trigo que debiera molerse; mi carne se ha convertido en pan eucarístico; pan fortificante que asegura á los fieles la vida de la gracia y les conduce á la vida de la gloria.

La octava centena de los concilios que tiene el oficio de las Eucaristías más abundantes y más preciosas.

Así como el bautismo es una regeneración espiritual, así también la Eucaristía es un alimento espiritual; y lo que el bautismo produce por la regeneración, la Eucaristía lo produce por el alimento que da. Acercaos á Jesucristo, dice S. Ambrosio, y saciads, porque se ha convertido en vuestro pan; acercaos á El, y apagad vuestra sed, porque es fuente de agua viva; acercaos á El, y quedad iluminados, porque es la verdadera luz; acercaos á El, y quedad libres, porque la libertad se halla donde está el espíritu de Dios; acercaos á El, y quedad absueltos, porque es la remisión de los pecados (1).

El altar es la montaña de Dios, la montaña rica, la montaña de todas las gracias: *Mons Dei, mons pinguis*. (Psal. LXVII. 16).

¿Cuál es el bien de Dios, cuál es su gloria, sino el trigo de los elegidos y el vino que hace germinar vírgenes? dice el profeta Zacarías. (IX. 17). Tal es la Eucaristía y sus gracias. La Eucaristía hace florecer el alma, la fecundiza, le hace producir felices frutos de virtud; hace germinar vírgenes, y llena de alegría y de dulzura. La Eucaristía nos hace fuertes, activos y dispuestos á todo bien. Consuela, embriaga, endereza, vuelve enérgicas las almas lánguidas, rastreras, tristes, pusilánimes, terrestres y carnales; las eleva al cielo, y las convierte en ángeles.... Porque, como dice S. Bernardo, este pan se llama por excelencia *Eucaristía*, es decir, *gracia perfecta*; pues en este sacramento no sólo recibimos todas las gracias, sino el autor de todas las gracias: *Panis iste per excellentiam dicitur Eucharistia, id est, bona gratia; in hoc enim sacramento non solum qualibet gratia, sed ille, á quo est omnis gratia, sumitur*. (Serm. de Cena Dom.).

¿Qué bello y qué embriagador es vuestro cáliz, Señor, exclama el Salmista: *Et calix inebrians; quam preclarus est!* (XXII. 5). S. Cipriano, explicando estas palabras del Profeta, dice: Del mismo modo que la embriaguez pone al hombre fuera de sí mismo, haciendo de él otro ser, la Eucaristía cambia al hombre, y de terrestre le hace celestial: *Sicut ebrietas hominem á se et á mente alienat, factique plane alium; sic Eucharistia pátem á se alienat, et ex terrestre facit celestem*. (Lib. II. epist. III. ad Cecil.).

La Eucaristía nos hace Nazarenos, es decir, nos separa del mundo, de sus pompas y de sus placeres, y nos consagra á Dios....

San Cipriano dice que la Eucaristía embriaga para hacernos sobrios, para llevar y conducir los espíritus á la verdadera sabiduría, haciéndoles salir de la torpeza del siglo y elevándoles á la inteligencia de las cosas divinas. (Lib. II. epist. III. ad Cecil.).

La sagrada comunión aumenta en nosotros la gracia, el río de las gracias; es el Oceano de todas las gracias: Venid á mí, dice el Señor, y os daré todos los bienes: *Venite ad me, et ego dabo vobis omnia bona*. (Gan. XLV. 18).

(1) Accedite ad eum, et saturabitur, quis panis est; accedite ad eum, et potate, quis fons est; accedite ad eum, et illuminamini, quis lux est; accedite ad eum, et liberamini, quis ubi Spiritus Domini ibi libertas; accedite ad eum, et absolvamini, quis restitua peccatorum est. De Caritate.



Todos los bienes nos llegan con la Eucaristía: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* (Sap. VII. 14).

Señor dice el Salmista, habéis prevenido al hombre con todas las provisiones de vuestra dulzura: *Prævenisti eum in benedictionibus dulcedinis tue.* (XX. 4). Nos habéis colmado de la abundancia de vuestros bienes: *Cibaria misisti eis in abundantia.* (Psal. LXXVII. 25).

Mi gracia caerá como un dulce rocío, dice el Señor; mi pueblo germinará como los lirios, y sus raíces se extenderán como las de los cedros del Líbano: *Evo quasi ros, Israel germinabit sicut libanum, et erumpet radix ejus ut Libani.* (Ossee. XIV. 6).

Comeréis, dice el profeta Joel, y quedaréis saciados, y alabareis el nombre del Señor, vuestro Dios, que tantas maravillas ha hecho para vosotros: *Cenedetis, et saturabimini; et laudabitis nomen Domini Dei vestri qui fecit mirabilia vobiscum.* (II. 26). Todas las puertas de los ríos de la gracia están abiertas (en la Eucaristía), dice el profeta Nahum: *Porta fluviorum aperta.* (II. 6).

En esta divina mesa es donde os enriquecéis con todos los tesoros de Jesucristo, dice S. Pablo: *In omnibus divites facti estis in illo.* (I. Cor. I. 3); de tal manera, que allí no falta ninguna gracia: *Ita ut nihil vobis desit in ulla gratia.* (I. Cor. I. 7).

Una sola comunión, dice Santa Teresa, basta para enriquecer el alma con todos los tesoros espirituales, cuando no ponemos ningún obstáculo. (*Sobre la eucar.*).

Los demás sacramentos tienen su gracia especial; pero el sacramento de la Eucaristía, hablando propiamente, no tiene gracia determinada; las tiene todas.....

**P**rovisio con este pan de vida, el cristiano marcha con una confianza inquebrantable, y toma su vuelo hacia el cielo. El Dios que ha recibido, le recibe á su vez; toma á esta alma dedicada, y le da posesión de la bienaventuranza eterna.

La Eucaristía dificulta las angustias de la agonía, y ahuyenta los horrores de la muerte.....

[Qué terrible es la última hora! El cuerpo clavado en el lecho de los dolores, la familia desconsolada, y el alma agitada por el pensamiento del pasado, del presente y del porvenir!.....

Todo se presenta á la vez: el pasado con sus caídas, el presente con sus cambios, y el porvenir con sus juicios y su doble eternidad. ¡Oh qué necesidad tan grande de socorros se tiene en aquel formidable momento! Y el más grande de los auxilios es la sagrada Eucaristía. Recibiendo al Dios de la vida, no temeremos la muerte; por el contrario, será un beneficio, y exclamaremos con el gran Apóstol: *Mihimori lucrum.* Para mí la muerte es una ventaja. (*Philipp. I. 21.*)

Una buena y santa comunión nos procura una buena y santa muerte. Después de haber recibido el santo Viático, S. Aelred murió pronunciando estas palabras: Señor, cantaré eternamente vuestra

La novena ventaja de la comunión es que procura una buena muerte.

misericordia, vuestra misericordia, vuestra misericordia. (*In ejus vita.*)

Después de haber comulgado, S. Antonio murió con alegría. A Dios, hijos míos, dijo á sus religiosos, Antonio se va (al cielo). (*Ex. cit. Pir.*). S. Bernardo, fortalecido con el santo Viático, oyó una voz que le dijo: Venid, se os aguarda. (*Ex ejus vita.*) ¡Ah! ¡qué felicidad! exclama S. Francisco Regis, después de recibir el santo Viático: ¡qué contento meor! Veo á Jesús y á María que se dignan venir á recibirme para llevarme á la morada de los Santos. (*Ex ejus vita.*). S. Luís Gonzaga, después de haber sido viaticado, dió gracias á Dios porque se acercaba su fin, y suplicó á uno de los Padres de la Compañía que le acompañase en la recitación del *Te-Deum*. Y á otro le dijo: Nos vamos, y nos vamos con alegría. (*Ex ejus vita.*)

Podríamos citar otros ejemplos de las maravillas del santo Viático, que no es más que la continuación y el coronamiento de las otras comuniones.....

Hé aquí los dulces consuelos y la muerte feliz que procura la santa comunión..... El buen cristiano dice entonces con el Rey Profeta: Me alegro de lo que me anuncian; iremos á la casa del Señor: *Lalatus sum in eis que dicit sicut panis; in domum domini ibimus.* (CXI. 4).

Pero el que ha despreciado los Sacramentos durante su vida, está atormentado en la hora de la muerte...; y siendo su muerte el eco de su vida, después de haber vivido como un réprobo, muere ordinariamente como ha vivido.....

Vuestros padres, dijo Jesucristo á los judíos, comiecen el maná, y murieron; pero el que coma de este pan vivirá eternamente: *Manducaverunt patres vestri manna et mortui sunt. Qui manducat hunc panem, vivet in æternum.* (Joann. VI. 50). El que coma mi carne y beba mi sangre tendrá la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día: *Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem habet, vitam æternam; et ego resuscitabo eum in novissimo die.* (Id. VI. 55).

La Eucaristía es pues, la prenda de la resurrección y de la gloria. Por esta razón el Concilio de Nicea la llama el símbolo de la resurrección: *Symbolon resurrectionis.* Y S. Ignacio mártir la llama tesoro de los remedios inmortales: *Pharmacum immortalitatis.* (Epist. ad Ephes.). S. Cirilo, alimento para la inmortalidad y para la vida eterna: *Cibus nutritivum ad immortalitatem et vitam æternam.* (In Joann., lib. IV, c. XVI). El mismo padre dice en otra parte: El cuerpo de Jesucristo vivifica y hace incorruptible al que lo recibe: *Vivificat corpus Christi, et ad incorruptionem sua participatione reducit.* (In cap. VI. Joann.).

La Eucaristía nos asegura la felicidad y la gloria, dice el Santo Concilio de Trento. (*De Euchar.*). Santo Tomás afirma que encierra la prenda de la vida futura: *Futura gloriæ nobis pignus datur.* (In Offic. SS. Sacram.).

La decena ventaja de la comunión es que procura una buena muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES

AL

®

¿Cómo, dice S. Crisóstomo, ha de morir el que se alimenta de la misma vida? *Quomodo morietur qui cibis vita est?* (Homil. IX. ad pop.).

San Cipriano llama á la Eucaristía un alimento incorruptible. (*De Carna. Bom.*).

San Optat de Mileve la llama prenda de la salvación eterna y de la resurrección gloriosa. (*Lib. contra Parmen.*).

La resurrección, la inmortalidad, la gloria eterna: he aquí lo que alcanzarán cuantos se alimentan dignamente del cuerpo y de la sangre de Jesucristo....

Maravilla de la Eucaristía.

Examinad los grados porque ha pasado la vida al bajar de Dios á nosotros. El primer grado es aquel en que el Padre comunica su vida divina á su Hijo; el segundo grado es aquel en que el Hijo comunica la misma vida á la humanidad de que se revistió, y esto por medio de la comunicación de los idiomas; el tercero es aquel en que hace que la humanidad participe de la gracia y de la gloria; el cuarto es aquel en el cual Jesucristo nos da en la Eucaristía una vida no igual, pero semejante á la suya....

Vivo, dice el apóstol S. Juan en el Apocalipsis, en la diestra de aquel que estaba sentado en el trono con un libro escrito por dentro y por fuera y sellado con siete sellos; (*V. 4*).

Varios santos Padres dicen que aquel libro sellado es la figura de la Eucaristía. Esos siete sellos son las formas accidentales del pan eucarístico. Esos siete sellos son también siete grandes milagros, siete misterios encerrados en la Eucaristía. El primero es la transfiguración; el segundo es la existencia de las apariencias sin realidad; el tercero es que Jesucristo esté entero en tan reducido sitio; el cuarto es que, en virtud de la consagración, Jesucristo está entero bajo las apariencias de la hostia; el quinto es que Jesucristo está entero en cada hostia consagrada en la superficie del globo; el sexto es que no sólo está Jesucristo en cada hostia, sino que está entero en cada parte de la hostia, en cada punto de la hostia; el séptimo es que Jesucristo se entrega por alimento á todos los fieles, de tal manera que los transforma....

El Señor, dice el Rey Profeta, ha perpetuado la memoria de sus maravillas; es el Dios de bondad, el Dios de misericordia, y ha dado alimento á los que le tomen: *Memoria fecit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus; escam dedit timenibus se.* (CX. 5).

La Eucaristía es el compendio de las maravillas del poder de Dios. ¡Halla, y todo queda hecho! *Dixit, et facta sunt.* (Psal. XXXII. 9). En un instante se abre el cielo, Dios está en el altar, y el pan y el vino se convierten en su cuerpo y en su sangre....

La Eucaristía es el memorial de la sabiduría de Dios. Halla medio de estar con los ángeles en el cielo, y con los hombres en la tierra; de alimentar á los ángeles con su presencia, y á los hombres entregándose á ellos....

La Eucaristía es el memorial de la bondad de Dios. Se une á nosotros del modo más íntimo y más perfecto; se incorpora á nosotros, ó más bien nos incorpora á él y nos transforma en su ser. ¡Oh incomparable, infalible e incomprensible maravilla!

La creación, el gobierno y la redención del mundo son las tres principales maravillas y las tres grandes obras del poder, de la sabiduría y de la bondad infinita de Dios. Su poder brilla en la creación, su sabiduría resplandece en el gobierno del mundo, y su bondad es infalible en la obra de la redención. Estas tres grandes perfecciones de Dios son la causa eficiente del adorable sacramento de nuestros altares....

Entre las maravillas de la infinita grandeza de Dios, de este Océano, de este abismo de perfecciones, nada hay tan grande en la tierra como la Eucaristía, y nada es tampoco más grande en el cielo.

Todas las perfecciones de Dios, que son tan grandes que no podemos concebirlas mayores, tan grandes que no pueden serlo más, tan grandes que todos los pensamientos de los ángeles y de los hombres y de los más altos serafines no llegan á alcanzarlas, quedan agotadas en este sacramento de amor....

Dios ha manifestado su poder en la creación del universo. Con una sola palabra fecundiza la nada, da nacimiento á millones de criaturas nobles, excelentes y perfectas; crea el cielo con todos sus adornos, la tierra con todas sus admirables y diversas producciones, y los ángeles y los hombres adornados con una inteligencia que es como un rayo de su eterna razón. En la Eucaristía, Dios ejerce este mismo poder, ó más bien despliega todo su poder; con las palabras de su ministro convierte una cosa vil, un poco de pan, en la sustancia de su propio y adorable cuerpo. Aquel pan queda destruido y transformado por la consagración. En la creación, Dios no da nacimiento más que á criaturas; en la consagración del pan hace salir un Dios, lo convierte en el mismo Dios, y el pan deja de ser pan y es Dios.

En otro tiempo, en vista de las maravillas que obraba Moisés en la corte de Faraon, los egipcios exclamaban: Ahí está el dedo de Dios: *Digitus Dei est hic.* (Exod. V. III. 19). Ahí en vista de las maravillas de la Eucaristía es más bien cuando debemos exclamar, llenos de admiración y penetrados de un santo respeto: Ahí está el dedo de Dios: *Digitus Dei est hic.* O debiéramos antes bien decir: Ahí está el poderoso brazo de Dios; ahí está todo el poder de Dios: *Fecit potentiam in brachio suo.* (Luc. I. 34). Porque el cambio del pan en el cuerpo de Jesucristo no puede verificarse sino por la omnipotencia de la diestra del Altísimo: *Hec mutatio dexteræ Excelsi.* (Psal. LXXVI. 11). Es verdaderamente la voz de Dios en todo su poder, la voz de Dios en toda su magnificencia: *Vox Domini in virtute, vox Domini in magnificentia.* (Psal. XVIII. 4).

Pero ¿cómo puede hallarse Dios bajo la apariencia de un poco de pan?—Y ¿cómo, os preguntaré yo, ha formado Dios de la nada á

tantas criaturas? ¿Cómo ha elevado y extendido la bóveda de los cielos? ¿Cómo la ha adornado tan perfectamente? ¿Cómo la sostiene sin columnas ni contrapeas? ¿Cómo conserva y balaceca la pesada masa de la tierra en medio del vacío? ¿Cómo con un poco de barro ha hecho al hombre, su obra maestra en la tierra? ¿Cómo da vida á los ciegos, oído á los sordos, palabra á los mudos, salud á los enfermos, y vida á los muertos? Decidme de qué manera Dios ha hecho todo esto, y os diré cómo está en el altar. ¿No había de hacer nada el poder de Dios que no pudieseis comprender? ¿Ha de tener las manos atadas porque la inteligencia del hombre sea limitada, péndula y gruesa?—¿Cómo está en el altar?— Con su omnipotencia, á la que no puede resistir nada de lo posible....

Rasgos brillantes y magníficos de la sabiduría de Dios resplandecen en todo el universo; sería preciso ser ciegos para no ver en todas partes el dedo de Dios impreso en todas sus obras; en las más pequeñas como en las más grandes. No lo comprendemos; y sin embargo nos vemos obligados á ver, á creer y á admirar. Todo lleva el sello de una sabiduría infinita.

Pero en el sacramento de la Eucaristía, su sabiduría tiene un resplandor más divino que en todo lo demás. El hombre, creado á imagen de Dios, y rescatado con la sangre de Dios, necesita para mantenerse y vivir, según aquel precio y aquella dignidad, alimentarse con la carne de un Dios; ha costado la vida á un Dios, y no pueda vivir más que de Dios. Ha sido preciso la víctima de la Cruz para salvar al mundo, y es necesaria la víctima del altar católico para darle nueva vida. Si la Eucaristía obra esta gran maravilla. Pero, Señor, subsiste el cielo, estáis sentado á la derecha de nuestro Padre; ¿Cómo podéis estar en el altar? Ved la admirable e ingeniosa invención de la sabiduría del Salvador; se va y vuelve á vosotros; sube más allá de los cielos, y permanece en la tierra; está en medio de los ángeles, y es el alimento de los hombres: *Vado, et venio ad eos.* (Joan. XIV. 28). Pero, ¿cómo puede ser que el cuerpo del Salvador esté en el cielo y en la tierra, esté presente en tantas iglesias; á la vez, se distribuya todos los días á tantas personas, y sin embargo permanezca siempre el mismo? Antes de responder á esto os preguntaré: ¿Cómo ha podido el Hijo de Dios estar entero en el seno de su Padre, y estar también entero en el seno de la santísima virgen, su Madre? Ambas cosas son un misterio. Pero, cuando Dios dijo: *Fiat lux*: Hágase la luz, la luz quedó hecha: *Et facta est lux.* (Gen. I. 3). Cuando el Evangelio nos dice: *Verbum caro factum est*; El Verbo se hizo carne (Joan. I. 14); el gran prodigio de la Encarnación ha tenido lugar. De la misma manera cuando aquel gran Dios creador, aquel gran Dios-hecho-hombre dijo: Esto es mi cuerpo; esta es mi sangre: *Hoc est corpus meum; hic est sanguis meus* (Math. XXIV. 26-28), dijo verdad. Lo que pudo por una parte, ¿por qué no ha de poderlo por otra?

Antes de su ascensión, viendo que sus Apóstoles estaban tristes

porque había dicho que iba á su Padre, les prometió que no dejaría de estar con ellos hasta la consumación de los siglos. No ha sido pues imposible á aquel que ha ido á su Padre con quien está siempre, y sin embargo ha permanecido con sus discípulos, conservar su cuerpo glorioso en el cielo, y darnoslo en alimento en la Eucaristía....

La Eucaristía es el memorial y el compendio de la bondad de Dios. Se da á todos sin excepción; se da gratuitamente, se da entero; se da cada vez que le deseamos; se da con dulzura, se da siempre, se da hasta el fin del mundo....

La Eucaristía es el compendio, el memorial de las maravillas de la antigua ley.

1.º Contemplando el sacramento de la Eucaristía, recordamos todas las maravillas que existían en el estado de inocencia antes de la caída del hombre. En medio del paraíso terrestre estaba el árbol de la vida, dice el Génesis: *Lignum vite.* (II. 9). ¿Qué maravilloso era aquel árbol! Era el árbol de los árboles, conteniendo en sí mismo la virtud de todos los otros, pudiendo dar al hombre una especie de inmortalidad, y dando fuerzas sobrehumanas y devolviendo las fuerzas perdidas. Este árbol de vida había dado á Adán con su fruto: 1.º Una vida larga; 2.º Una vida sana y robusta; 3.º Una vida constantemente buena; 4.º Una vida acompañada de alegría. La Eucaristía produce también todas estas maravillas. Es el árbol de vida plantado en medio del paraíso de la Iglesia, conteniendo una virtud infinitamente mayor que el árbol de vida, dándonos la vida de la gracia, y asegurándonos la vida de la gloria....

La Eucaristía, dicen los Proverbios, es el árbol de vida para los que la reciben; dichoso es el que se acerca á ella: *Lignum vite est ille qui apprehenderit eam; et qui tenuerit eam, beatus.* (III. 8).

La Eucaristía es el árbol de vida: 1.º porque nos da ora la vida natural del alma, ora la vida sobrenatural de la gracia, y conserva y prolonga esta vida.... 2.º Da fuerzas, energía y heroísmo. 3.º El fruto del árbol de vida era superior á cualquier otro manjar por su dulzura; y lo mismo sucede con la Eucaristía.... 4.º El árbol de vida preservaba al hombre de la muerte; y de la misma manera la Eucaristía nos preserva de la muerte, del pecado, y por consiguiente de la muerte eterna, que es la suprema desgracia....

Perdiendo Adán aquel árbol de vida, perdió la facultad de usarlo, de alimentarse con él; pero el fruto de aquel árbol nos ha sido devuelto cien veces mejor por la Eucaristía....

2.º La Eucaristía es aquel río que regaba el paraíso terrestre; es un río admirable que hace germinar, riega y fecundiza las virtudes en nuestra alma, para que no languidezcan ni se marchiten; ántes, al contrario, se abran, florezcan, produzcan fruto y formen un jardín admirable ante Dios y la Iglesia....

3.º El arca de Noé salvó á ésta y á su familia de las aguas del diluvio; y así también la Eucaristía nos preserva de las emponzoña-

das aguas de la concupiscencia, del diluvio de los escándalos, de los vicios y de la muerte.....

4.º Los patriarcas y los profetas ofrecían al Señor sacrificios de agradable olor, y después de Moisés también ofrecían sacrificios los sacerdotes de la antigua ley. Había el sacrificio del holocausto, la víctima pacífica, la víctima de expiación y la víctima de propiciación. Todos estos sacrificios y todas estas víctimas no eran más que la figura del Cordero inmolado en la cruz y en nuestros altares. La Eucaristía es la realidad de todas aquellas figuras, es la verdad de aquella sombra. La Eucaristía es un holocausto, porque Jesucristo se ofrece entero en la consagración y en la comunión. Este sacramento es una víctima pacífica; nos alcanza de Dios la paz y todos sus bienes. Es un sacrificio de expiación, en el que Jesucristo se ofrece y satisface por nosotros..... Es un sacrificio de propiciación, porque con él obtenemos el perdón de los pecados veniales, de los pecados mortales, y la remisión entera ó parcial de las penas temporales debidas por los pecados mortales perdonados. Este sacramento remite inmediatamente los pecados mortales, porque se ofrece de Dios, por medio suyo, la gracia preveniente y la contrición con la cual quedan remitidos estos pecados.

La Eucaristía es el mayor y el más perfecto de todos los sacrificios, el único grande y el único perfecto. Con este sacrificio, Dios es tan honrado como desea y merece; es infinitamente honrado, puesto que un Dios se ofrece á Dios.

5.º En tiempo de Moisés se verificó un gran prodigio. Vió que ardía una zarza sin consumirse. Moisés quiso ver de cerca aquella maravilla, pero oyó una voz que le gritaba: No te acerques, deja tu calzado, porque el lugar que pisas es santo. En medio de aquella zarza ardiente residía la majestad divina que hablaba con Moisés. En aquel lugar eligió el Señor á Moisés para jefe de su pueblo y le dió á conocer sus voluntades. La Eucaristía encierra todas estas maravillas. El esplendor de la Divinidad se oculta bajo la hojarasca de la humanidad, y está envuelta en la apariencia del pan, como la zarza lo estaba con diversas hojas, y la humanidad no está consumida por la Divinidad, y la apariencia del pan no se destruye. Allí nos elige el Señor para el cielo; allí nos da á conocer sus voluntades. Es la cosa más santa, y no debemos acercarnos á ella sino con un respeto santo mezclado de temor y de confianza. Dios nos instruye sobre nuestros sagrados tabernáculos, y nos insta para que salgamos del Egipto, es decir, de nuestros pecados y de nuestros malos costumbres....

6.º Los judíos fueron salvados por el exterminio del ángel, por la sangre del Cordero paschal. Era preciso comer aquel Cordero de pié, con los riñones ceñidos, y comerlo con lechugas silvestres. Aquel Cordero paschal no era más que la figura de Jesucristo. La sagrada Eucaristía nos preserva del ángel de exterminio, es decir, del demonio. Hemos de recibirla de pié, es decir, en estado de gra-

cia, y con los riñones ceñidos, es decir, con pureza. Las lechugas silvestres, amargas, nos dicen que hemos de comulgar con sentimientos de penitencia, de compunción y de pesar por haber ofendido á Dios.....

7.º Acordémonos de la columna de fuego y de nubes que guiaba al pueblo de Dios. Aquella columna era luminosa para el pueblo judío, y llena de tinieblas para los egipcios. Así también la Eucaristía ilumina, calienta, abrasa á los que se acercan á ella dignamente, mientras que ciega, hiela y precipita en el abismo á los profanadores.....

8.º El maná era la figura de la Eucaristía. La Eucaristía contiene en grado eminente todas las maravillas del maná. 1.º Tiene el mismo color en las especies eucarísticas. 2.º La dulzura es propia del uno y de las otras. 3.º Solo después de haber renunciado los hebreos al alimento de Egipto, comieron maná; y también tan sólo después de haber renunciado á las culpables pasiones podemos comer el pan eucarístico. 4.º El maná se corrompía en poder de los iníeles y de los avaros, y la comunión es también para ellos un alimento mortal. 5.º El maná no se dió sino después del paso del mar Rojo, y la Eucaristía no se da tampoco sino después del bautismo. 6.º El maná solo cayó en el desierto; y Jesucristo quiere también habitar solamente en un corazón separado del tumulto del mundo. 7.º Fortificados por el maná, los hebreos combatieron y vencieron á Amalec; y fortificados nosotros por la Eucaristía, somos vencedores de las tentaciones, de los demonios y de los obstáculos opuestos á la salvación.

8.º El maná tenía todos los gustos apetecibles; y la Eucaristía encierra los más suaves gustos de la divinidad, de la gracia y de la virtud. 9.º El maná bajaba del cielo, y también de allí baja la Eucaristía.... 10.º El maná tenía la forma de un grano pequeño, y la Eucaristía se halla en las más pequeñas partículas del pan consagrado. 11.º Los judíos quedaron admirados ante aquel milagro, y los cristianos deben sentirse arrebatados de admiración, de alegría, de amor y de reconocimiento ante el inefable prodigio de la Eucaristía. 12.º Todos recogían la misma cantidad de maná; y en la santa mesa cada uno recibe á Jesucristo entero. 13.º El maná se recogía durante los seis días de la semana y se conservaba para el sábado, día de reposo. Así también en el día de fiesta de la eternidad, caerá el velo del sacramento: veremos aquel gran misterio cara á cara, y descansaremos en el seno de Dios. 14.º El maná cesó en la tierra prometida, y en la tierra de los vivos, la Eucaristía cesará también bajo las especies del pan y del vino; y poseeremos á Dios, y será nuestro alimento constante y visible.

9.º Acordémonos de las condiciones del arcé de la alianza, que construida con madera incorruptible, contenía el propiciatorio en el que residía el Señor en medio de los querubines, y encerraba también el maná, la vara de Aarón y las tablas de la Ley. Con aquella arcé, el pueblo de Dios atravesó el Jordán á pié enjuto para entrar

más entero, resultando que todos tenemos el mismo Dios en nosotros y no formamos más que un mismo cuerpo. (Homil. LX. ad pop.)

Estamos todos unidos en la santa comunión, así como los dos brazos están unidos por medio del cuerpo, pues uno y otro están unidos al cuerpo.

Somos los miembros del cuerpo de Jesucristo, de su carne y de sus huesos: *Membra unius corporis eius, de carne eius, et de ossibus eius.* (Ephes. V. 30). Unidos juntos tan noble y santamente en cuanto al cuerpo, ¿habríamos de estar separados y divididos en cuanto al corazón?...

Este sacramento, dice S. Crisóstomo, nos obliga á estar eventos no sólo de toda rapina, sino también de toda ligera enemistad: *Hoc mysterium non tantum á rapina, verum et ab omni vel tenui inimicitia parum esse jubet.* (Homil. LX. ad pop.).

La sagrada comunión es el lazo de la caridad respecto de nuestros semejantes, porque recibimos al mismo Dios, que á todos dijo: Si al ofrecer vuestro don en el altar, os acordáis de que vuestro hermano abraza algún resentimiento contra vosotros, dejad vuestro don delante del altar, e id á reconciliaros desde luego con vuestro hermano, y volved después á ofrecer vuestro don. (Matth. V. 23-24). Recibimos al mismo Dios que nos dijo á todos: Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y calumnian. (Matth. V. 44). Recibimos al que dijo: No tenéis más que un amo, y todos sois hermanos. (Matth. XXIII. 8). Recibimos al mismo Dios, que manda que todos nos amemos unos á otros, como nos ha amado. (Joann. XIII. 34).

La sagrada comunión es lazo de caridad hacia el prójimo: no sólo porque recibimos el mismo Dios, que nos manda amarnos unos á otros y perdonarnos mutuamente, sino también porque recibimos al Dios que ha unido el ejemplo al precepto, que ha amado á todos los hombres, y ha perdonado y hecho gracia á los más grandes pecadores. En la cruz pidió á su Padre misericordia para los que da el blasfemaban, para los que le mataban....

En la sagrada mesa, ¡o espectáculo tierno y hermoso! existe una igualdad perfecta: allí no hay distinción de ricos ni de pobres, de grandes ni de pequeños, de fuertes ni de débiles, de amos ni de esclavos. Todos están al lado unos de otros, recibiendo el mismo alimento, recibiendo al mismo Dios. Allí no hay pues más que una sola familia de Dios, la familia de la Iglesia....

La sagrada comunión es el lazo que nos une, porque el Dios que recibimos es nuestro Padre. Y recibiendo todos al mismo Padre, necesariamente todos somos hermanos, siendo todos hijos del Padre que se nos entrega.... ¿No es un sólo Padre el de todos? dice el profeta Malaquías. ¿No es un sólo Dios el que nos ha criado? ¿Por qué desprecia pues cada uno de nosotros á su hermano, violando la alianza hecha con nuestros antepasados? (II. 10).

Cuando un capitán entraba en otro tiempo triunfante en la ciudad de Roma después de una gloriosa victoria, la ceremonia más significativa que practicaban consistía en demoler parte de las murallas para hacerle entrar por la brecha, como si los romanos hubiesen querido decirle: Ya no necesitamos murallas, ya no necesitamos fortificaciones; tú sólo, ó gran capitán, bastas para defendernos; tu presencia nos servirá de muralla. De la misma manera debemos obrar cuando tenemos á Jesucristo con nosotros por la santa comunión; es preciso alejar el temor servil, estar lleno de confianza y decirle con el Real Profeta: Ningun mal temeré, Señor, porque os hallais conmigo: *Non timebo mala, quoniam tu tecum es.* (XXII. 4).

Un combate grande y cruel nos espera; los soldados de Jesucristo deben disponerse con energía, no olvidándose de beber cada día el cáliz de la sangre de Jesucristo, para que puedan derramar la suya por él: *Gravior et ferocior pugna nunc imminet, ad quam virtute robusta parare se debent milites Christi; considerantes idcirco se quotidie calicem sanguinis Christi; vivere, ut possint et ipsi propter Christum sanguinem fundere.* (Epist. LVI. ad Thib.).

Cuando pasó el ángel exterminador para herir á los egipcios, respaldó todas aquellas casas cuyo dintel estaba teñido con la sangre del cordero. (Exod. XII). Nuestros enemigos tiemblan ante Jesucristo, nos respetan, y sobre todo no pueden vencernos, provistos como estamos de la sangre del cordero de Dios....

Nos retiramos de la sagrada mesa como leones que van al combate, dice S. Crisóstomo, porque somos entonces terribles para los demonios: *Quasi leones ignem spirantes ab illa mensa recedimus, facti demonibus terribiles.* (Homil. LXI ad pop.).

Todo lo puedo con el que me fortifica, dice el gran Apóstol: *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philipp. IV. 13). Si Dios está con nosotros, ¿quién ha de estar contra nosotros? añade en otra parte el mismo apóstol: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom. VIII. 31).

Después de haber comido el profeta Elías el pan que un ángel le trajo, se halló tan fuerte, que anduvo durante cuarenta días sin detenerse y sin tomar ningún alimento, hasta que llegó á la montaña de Dios, dice la Escritura: *Qui cum surrexisset, comedit et bibit, et ambulabat in fortitudine cibi illius, quadraginta diebus, et quadraginta noctibus, usque ad montem Dei.* (III. Reg. XIX. 8). ¡Ah! si tan sencillo alimento dió tanta fuerza al Profeta, ¿qué fuerza no ha de comunicarnos la divina Eucaristía?

Dicen las Actas de los Apóstoles que habiendo Sanlo tomado alimento quedó fortalecido: *Et cum accepisset cibum, confortatus est.* (IX. 19).

Han vencido con la sangre del cordero, dice el Apocalipsis: *Vicerunt propter sanguinem agni.* (XII. 11).

Señor, dice el Salmista, me habéis preparado una mesa contra los que me hacen la guerra: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos qui tribulant me.* (XXII. 5).

La cuarta venida es que la comunión sea fortaleza.

Tres enemigos mortales, el demonio, el mundo y la carne, conspiran sin cesar para perdernos y nos hacen una guerra encarnizada. Bien podemos decir con Jeremías: Todos nuestros enemigos han abierto la boca contra nosotros; han silbado, han rochinado sus dientes, y han dicho: Los devoraremos. (*Lament II. 16*). Nuestros perseguidores han sido más veloces que las águilas; nos han perseguido, y nos han dispuesto a necchanzas: *Velociores fuerunt persecutores nostri aquilis celsi, persecuti sunt nos, insidiati sunt nobis.* (*Lament. IV. 19*). Cada día y cada momento hieren y destruyen á muchos de nosotros.

El demonio, lleno de envidia, de orgullo, de odio y de rabia, nos hace una guerra cruel. Por esto nuestro Señor advierte á sus Apóstoles en la persona de Pedro: Simon, Simon, le dice, hé aquí que Satán os ha pedido para cribaros como trigo: *Simon, Simon, ecce Satanas expetit eos, ut cribaret sicut triticum.* (*Luc. XXII. 21*).

El mismo S. Pedro nos dice por otra parte: Sed sobrios y vigi-  
lad, porque nuestro enemigo, el demonio, da vueltas al rededor nuestro como un león rugiente que trata de devorar su presa: *Sobrii estote et vigilate, quia ulcersarius vester, diabolus, tanquam leo rugiens, circuit, quaerens quem devoret.* (*I. V. 8*).

Desgraciada la tierra, desgraciado el mar, pues el demonio ha bajado á nuestro seno, lleno de gran ira, dice el Apocalipsis: *Vox terra et mari, qua descendit diabolus ad vos, habens iram magnam.* (*XII. 12*). Tiene la habilidad de la serpiente, el furor del tigre, la fuerza del león, la voracidad del lobo, la actividad del rayo, el ojo del águila, las garras del buitre, el veneno del áspid, y la mordedura de la víbora. ¿Cómo hemos de escapar á este monstruo? Con la sagrada comunión. Cuando Jesucristo estaba en la tierra, ahuyentaba del cuerpo de los poseídos á legiones de espíritus infernales con una sola palabra; ¿cómo habrían, pues, de resistir los demonios á su divina presencia en un corazón que le ha recibido y le posee?....

El mundo no es un enemigo menos peligroso que el demonio. El mundo corrompido es hijo mayor de Satán... es enemigo jurado de Jesucristo, de sus leyes, de su religión, de la virtud y de la inocencia... Está lleno de seducciones, de escándalos, de causas de muerte espiritual, etc. ¿Cómo hemos de vencer al mundo? Con la sagrada comunión....

Y la concupiscencia ¿no es aún un enemigo más formidable? El hombre es un enemigo mortal de sí mismo, enemigo tanto más peligroso, cuanto que no se aleja jamás de nosotros, y está en nosotros; cuanto tanto más temible, cuanto que el demonio y el mundo nada pueden sin él y todo lo hacen por él. ¿Cómo debilitar y vencer esta perpetua concupiscencia? Con la comunión.... El cuerpo de Jesucristo unido al nuestro calma todas las pasiones, manda á los vientos, á las tempestades y al mar iritado y produce una gran tranquilidad: *Imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna.* (*Matth. VIII. 26*). Cuando la sangre de Jesucristo corre en nues-

tras venas, al momento sentimos un celestial refresco que amortigua el fuego de la concupiscencia....

Santo Tomás dice que una de las razones por que este divino sacramento nos libra de las tentaciones, haciéndonos vencer, es que, habiendo sido dominados por la muerte de Jesucristo el infierno, el mundo y la concupiscencia, y siendo este sacramento una representación de su muerte, todos estos enemigos huyen y desaparecen así que ven la santa Eucaristía. (*De SS. Sacram.*)

De dónde venía en los mártires, pregunta S. Crisóstomo, aquel valor invencible que les hacía superiores á todos los asaltos, á todas las persecuciones, á todos los tormentos, á todas las promesas y seducciones? Del cuerpo adorable de Jesucristo, responde el mismo santo Doctor. (*Homil. I. ad pop.*). Nutridos con aquel celestial manjar, dice S. Agustín, despues de apagar la sed con aquel vino delicioso, hallándose como saciados con el divino alimento, y embriagados con el vino que hace las vírgenes, se hacían superiores á los más crueles tormentos, y muchas veces ni siquiera los sentían: *Quia bene manducaerat, et bene biberat; tanquam illa esca sanguinatus, et illo calice ebrius, tormenta non sensit.* (*De S. Laurent.*). Este divino sacramento, dice S. Crisóstomo, les hacía mirar los suplicios y la muerte como un delicioso festín, donde iban á sentarse llenos de felicidad y de alegría. (*Homil. LXI. ad pop.*)

Aquel que sabe dominarse en la ira, dice S. Bernardo, aquel que sabe dominarse en la envidia, en la lujuria y en todas las demás inclinaciones, debe dar gracias al cuerpo y á la sangre de Jesucristo; la virtud de este sacramento es la que obra en él: *Si quis vestrum non tam saepe modo, non tam acerbus sentit iracundia motus, invidia, luxuria, ac veterorum hujusmodi, gratias agit corpori et sanguini Domini; quoniam virtus sacramenti operatur in eo.* (*Serm. I. in Cena Dom.*)

La sagrada mesa, dice S. Crisóstomo, es la fuerza de nuestra alma, el nervio del espíritu, el lazo de la confianza, el apoyo, la esperanza, la salvación, la luz y la vida del hombre: *Hec mensa anima nostra vis est, nervi mentis, fiducia vinculum, fundamentum, spes, salus, lux, vita nostra.* (*Homil. XXIV. in I. Cor.*)

La Eucaristía es un pan sustancial que fortalece el corazón, el alma, el espíritu y el cuerpo....

La virtud de la Eucaristía ha hecho ganar insignes victorias.

Debiendo el emperador Othon librar una batalla á los húngaros, se preparó comulgando el y su ejército; luego ateo y derrotó completamente á los enemigos, el año 955. El cardenal Baronius atestigua este hecho. El mismo historiador cuenta que Catalaco, general de las tropas del emperador Miguel, batió y disperso completamente á un numeroso ejército de sarracenos que se habían apoderado de una provincia del imperio; Catalaco habia hecho comulgar en viático á sus soldados ántes de empezar la batalla.

Teodoro dice en sus escritos que Constantino, hijo del gran Cons-

en la tierra prometida. A su vista cayeron las murallas de Jericó. Oza, que con mano imprudente se atrevió a tocarla, quedó herido de muerte; los Bethsamitas no tuvieron derecho de reír, y por su indiscreta curiosidad murieron en número de setenta mil; el arca, depositada en casa de Obededom, trajo consigo mil bendiciones. Y todas estas maravillas están en la Eucaristía. Es la verdadera arca de alianza que une la tierra al cielo, el arca incorruptible de donde proceden todos nuestros bienes, el maná celestial, la ciencia divina y la vara que hiere a nuestros enemigos. Los querubines la rodean y la adoran, y nosotros también la adoramos como arca de la Divinidad en la que Dios nos concede el perdón; por ella pasamos á la tierra prometida de la eternidad, después de haber atravesado el río del tiempo; rompe el poder y los furrores del demonio como los muros de Jericó, y calma de bendiciones á los que tienen el honor y la dicha de recibirla. Pero también castiga con la muerte á los temerarios y profanadores....

La Eucaristía es también el memorial y el compendio de las maravillas de la nueva ley.

1.º La Eucaristía es el memorial de la encarnación. Hay entre una y otra grandes relaciones. Con la encarnación vino á nosotros el Hijo de Dios; y lo mismo hace con la Eucaristía. En la encarnación fué su advenimiento visible y palpable; y en la Eucaristía su advenimiento á nosotros, aunque invisible, es muy verdadero. En la encarnación vino á rescatarnos; y en la Eucaristía viene también á aplicarnos la redención para santificarnos. Cada vez que contemplamos la Eucaristía reconocemos que el Verbo se ha hecho carne, que ha habitado y que aun habita entre nosotros bajo el velo de las especies sacramentales.

La Eucaristía es como una extensión de la encarnación. Jesucristo se encarna, por decirlo así, en nosotros y nos diviniza.

2.º La Eucaristía nos recuerda los dos orígenes del Hijo de Dios, eterno el uno, y temporal el otro: por el primero emana del Padre por vía de generación, y por el segundo es enviado del cielo á la tierra. El primero existe desde la eternidad en el seno del Padre, y el segundo se cumple en la plenitud de los tiempos en el seno de María. Jesucristo ha querido honrar, imitar y extender estos dos modos de existencia con otra existencia, con su existencia sacramental, viniendo á nosotros y en nosotros para hacernos partícipes de su Divinidad encarnada y de su humanidad asistida.....

3.º La Eucaristía es el memorial del misterio de la natividad. La natividad tuvo lugar en Betlén. Belén quiere decir escasa de pan. Allí nació el que dijo, hablando de sí mismo: Soy el pan vivo bajado del cielo. *Ego sum panis vivus, qui de celo descendi.* (Joann. VI. 51). Allí estuvo echado en un pesebre; allí le adoraron los ángeles y los pastores, y fué respetado de los animales. Con la consagración todas estas circunstancias se renuevan. La Iglesia es Betlén, la casa de pan que baja del cielo; el altar es el pesebre en que descansa; y los

manteles del altar son los humildes pañales en que fué envuelto aquel Dios hecho hombre. ¿No está adorado en el altar por los ángeles, los pastores y el pueblo? El Verbo encarnado quiso nacer en un establo para que los hombres, abandonando la vida animal, tuviesen una vida de ángeles. Vivan pues alerta los cristianos para no ser como los brutos, y para que, cuando reciban al Verbo divino en la santa comunión, no le ofrezcan un establo, sino una morada digna de Él. En su advenimiento por medio de la encarnación, nació en un establo, para hablar en él al hombre que se había embrutecido, darle la mano, levantarlo, hacerle salir del fango, purificarlo, darle la pureza de los ángeles y llevarle al cielo; pero en su advenimiento por medio de la Eucaristía, no quiera ya establo, cieno ni mancha; quiere en nosotros un corazón puro, celestial y una conciencia muy limpia....

4.º La Eucaristía es el memorial de la Epifanía. Magos conducidos é iluminados por una estrella fueron á adorarle y á ofrecerle presentes. Debemos imitarlos.

5.º La Eucaristía es el memorial de la visitación. Al verse Isabel ante la madre de Dios, exclamó llena de alegría: ¿Y de dónde me viene la dicha de que la madre de Dios venga á verme? *Et unde hoc mihi, ut veniat mater Domini mei ad me?* (Luc. I. 43). Juan Bautista se conmovió en el seno de su madre, y quedó santificado con la presencia de Jesucristo: María entonó el magnífico cántico del *Magnificat*. Todas estas maravillas se renuevan en la sagrada mesa....

6.º La Eucaristía es el memorial de la presentación, cuando el santo anciano Simón recibió en sus brazos aquella sagrada prenda, alabando al Señor y diciendo: Ahora, Señor, déjame que vuestro criado se vaya en paz, según vuestra palabra; puesto que mis ojos han visto al Salvador prometido que tenéis dispuesto para ser, ante todos los pueblos, la luz que ilumina á las naciones, y la gloria de Israel nuestro pueblo. (Luc. II. 28-32).

¡Dichoso el anciano que recibió á Jesucristo en sus brazos! Pero más dichosos los que le reciben en la sagrada mesa, puesto que le reciben en su corazón. ¡Imitemos á Simón con nuestra alegría y reconocimiento....! Imitemos á la profetisa Ana que anunció la grandeza del divino Niño....

7.º La Eucaristía es el memorial de la transfiguración de Jesucristo. ¡Admirable transfiguración en la que el glorioso cuerpo de Jesucristo está oculto bajo las apariencias del pan! Allí oculta su esplendor, su luz más deslumbrante que el sol, adorada de los ángeles y de los hombres. ¡Admirable transfiguración que también á nosotros nos transforma en Dios! Y esta admirable y doble transfiguración se verifica en una elevada montaña, en la Iglesia católica, verdadero Thabor que es la montaña más alta, la única montaña rica, bella y fértil. En la santa mesa es donde el alma fiel puede decir con Pedro: ¡Qué bien estamos, Señor, aquí! quedémonos: Do-

mine, hominum est non hie esse. (Matth. XVII. 4). En la santa mesa es donde el Padre pronuncia aquellas palabras: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacuit.* (Id. XVII. 5).

8.º La Eucaristía es el memorial de la última cena; puesto que todos los días se pronuncian en el altar y tienen cabal cumplimiento, como el juez santo, aquellas palabras: *Esto es mi cuerpo, esto es mi sangre...*

9.º La Eucaristía es el memorial de la pasión del Salvador, dice Santo Tomás: *Recolitur memoria passionis eius.* (In Offic. SS. Sacram.). El santo sacrificio de la misa es la verdadera representación del sacrificio de la cruz. Al instituir aquel adorable sacramento, Jesucristo dijo: *Haced lo mismo en memoria mía: Hoc facite in meam commemorationem.* (Luc. XXII. 19). Por esto cada día es ofrecido el sacrificio de la misa, y el gran sacramento del altar tiene cumplido efecto por el ministerio de los sacerdotes, en memoria de la redención que quedó consumada con la pasión y muerte de Jesucristo. El altar nos representa el Calvario. Los vestidos sacerdotales nos indican las diferentes circunstancias de la pasión. Y por qué se separa la consagración del pan de la del vino, sino para representar la muerte del Salvador, con la que la sangre se separó de su cuerpo?

10. Finalmente la Eucaristía es el memorial de la resurrección, de la ascensión y de todos los misterios de nuestra fe....

Es el memorial de todos los milagros de Jesucristo....

El Señor ha perpetuado la memoria de sus maravillas; era el Dios de bondad, el Dios de misericordia; ha dado alimento a los que le temen: *Memorian fecit mirabilium suorum, misericors et misericors Dominus; escam dedit alimentibus se.* (Psal. CX. 4-5).

¿Cuánto, cuánto tiempo permaneció Jesucristo en la nosotros!

Jesucristo vive real, personal y sustancialmente en nosotros por medio de la Comunión tanto como existió las especies sacramentales: cuando quedan consumidas, Jesucristo permanece en nosotros virtualmente, como la virtud del alimento y de un vino generoso después que se han convertido en sustancia nuestra. Con esta permanencia virtual, la Eucaristía alimenta, hace crecer, fortifica y regocija al alma fiel.

He aquí, pues, el orden de cosas en la recepción de la santa Eucaristía: 1.º Jesucristo es recibido entero en alimento y permanece en nosotros; 2.º Después de cambiada la naturaleza de las especies, la carne y la humanidad de Jesucristo cesan de estar en nosotros, pero su Divinidad como un alimento inmortal permanece en nosotros, y finalmente esta Divinidad comunica a nuestra alma la vida sobrenatural, la mantiene, la aumenta, alimentándola constantemente con su gracia....

Resucitemos a Jesucristo: En verdad, en verdad os lo digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no ten-

dréis la vida en vosotros: *Amen, amen dico vobis: nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis.* (Joann. VI. 54). Jesucristo lo asegura con juramento: hemos de recibir la divina Eucaristía, y alimentarnos de ella; de otra suerte no viviremos.

Tomad y comed; esto es mi cuerpo, dijo Jesucristo: *Accipite et comedite: hoc est corpus meum.* (Matth. XXVI. 26). Esto es un segundo precepto de comulgar.

Según el profeta Zacarías, la Eucaristía es el trigo de los elegidos, y el vino que hace gorminar a las vírgenes: *Frumentum electorum, et vinum germinans virgines.* (IX. 17). Estas palabras prueban que nos es imposible llevar una vida espiritual, perseverar largo tiempo en la gracia, y sobre todo ser castos y puros sin la Eucaristía, como es también imposible sostener la vida del cuerpo sin el alimento....

Debiéramos comulgar á menudo, y halláramos en la comunión toda clase de bienes.... Pero á lo ménos es preciso que cumplamos el precepto de Jesucristo por Pascua, que es la época fijada por la Iglesia, su esposa, en vista de la indiferencia, la negligencia y ceguera de los hombres: *Comulgáris por Pascua florida.* Este precepto de la Iglesia, fundado en el precepto de Jesucristo es obligatorio, bajo pena de pecado mortal. Y sin embargo, cuántos cristianos cobardes y criminales, cristianos de nombre y paganos de conducta están en el triste estado de pecado mortal, en el estado de condenación! ¡Cuántos violan aquel sagrado precepto! Desprecian á Dios y desprecian á la Iglesia. Pero, como dice S. Cipriano, ninguno tendrá á Dios por Padre si no quiere reconocer á la Iglesia por madre. Y, ¿reconocemos á la Iglesia por madre cuando violamos su ley, la despreciamos y nos burlamos de ella? ¡Qué desgraciado.... Como los judíos ingratos en el desierto, su corazón se cansa de aquel divino maná: *Anima nostra jam utatur super cibo isto.* (Num. XXI. 5). Este pan de los ángeles se les hace insipido y lo desprecian. ¡Oh, cuántas personas parecen vivas y están muertas! dice el Apocalipsis: *Namen habes quon vivas, et mortuus es.* (III. 1).

¡Vernos admitidos en la mesa de Jesucristo, recibirle, alimentarnos con su cuerpo, qué tesoro, qué dicha! ¡qué cosa más ventajosa, más grande, más honorífica y consoladora! Y no sólo nos permite Dios acercarnos á él, lo que es ya un insigne favor; no sólo nos invita, sino que nos lo manda. Hay tanto daseo de hacer bien, de llenarnos de sus más abundantes gracias, y de entregarse enteramente á nosotros, que nos hace un mandamiento de recibirle....

¿De qué puede proceder este apartamiento de la sagrada mesa? Procede de la ignorancia, ó del olvido, del respeto humano, de las malas costumbres, del desprecio ó de la falta de fe; procede algunas veces de todos males reunidos; ¡Desgraciados, que preferís así la suprema miseria á las mayores riquezas, la desgracia más grande

Cosa ventajosa es comulgar á menudo.



á la soberana dicha, la muerte á la vida, la maldición á la bendición, el infierno al cielo, la nada á Dios!

Cada día alimentamos nuestro cuerpo, este cuerpo que pronto será alimento de los gusanos; ¡y no alimentamos nuestra alma con nuestro Dios, que es su único alimento! Todos los días deseamos y buscamos viles alimentos; ¡y abandonamos el cuerpo y la sangre de Jesucristo! ¡O insensatos mortales, qué dignos sois de lastimar....

Los primeros cristianos comulgaban cada día. Las almas fervientes en todos los siglos han comulgado á menudo; y los verdaderos cristianos que ahora existen hacen lo mismo. S. José de Cupertino, religioso franciscano, recibía cada día la sagrada Hostia: por las mañanas parecía su rostro extremadamente pálido; pero se ponía fresco y sonrosado despues de la Comunión. *(In ejus vita).*

San Pedro Crisólogo recomendaba con insistencia la frecuente comunión, deseando que este sagrado pan fuese el alimento diario de todos los cristianos. *(In ejus vita).*

San Elzear participaba con frecuencia durante la semana de la santa comunión. No creó, decía, que pueda imaginarse alegría semejante á la que experimento en la mesa del Señor. El mayor consuelo de una alma en la tierra es recibir á menudo el cuerpo y la sangre de Jesucristo. *(In ejus vita).*

Santa Ángela comulgaba también todos los días, y sus comuniones eran para ella un manantial abundante de espirituales dulzuras. *(In ejus vita).*

Todos los Santos han deseado recibir á menudo la divina Eucaristía, de ella han sacado su santidad y su perfección....

Con la comunión frecuente, crecemos en pureza, en humildad, en virtud, en santidad y en méritos....

¿Cuál fue el designio de Jesucristo al instituir la Eucaristía? Quiso que su uso fuese ordinario para nosotros: lo deseó, y nos invitó á ello. *Desiderio desideravi hoc pascha manducare cibicum.* (Luc. XXII. 15). He aquí por qué nos ha dado este sacramento como un manjar, dice S. Agustín; y por esto lo presenta también en forma de bebida: lo instituyó como una comida para hacernos comprender que era un alimento que debíamos usar, y usar con frecuencia. *(De celest. vita).*

El pan eucarístico es principalmente lo que pedimos cada día en las palabras del Padre nuestro: El pan nuestro de cada día dánoslo hoy: *Panem nostrum quotidianum da nobis hodie.* (Luc. XI. 3).

Jesucristo nos invita á la comunión frecuente: Venid, dijo, comed mi pan, y bebed mi vino: *Venite, comedite panem meum, et bibite vinum.* (Prov. IX. 5).

Esto hacía decir á S. Ambrosio: ¡Pues qué! si este sacramento es un pan, y un pan que debiera ser cada día el alimento de nuestra alma, ¿es bastante recibirle una vez el año? *Si panis est, si cotidiana est, quando illum post annum sumis?* (Lib. V. de Sacram., c. IV). Tomad, dice S. Agustín, este alimento tantas veces como pueda seros útil; y si todos los días os aprovecha, tomadlo cada día: *Accipe quotidie quod quotidie tibi prosit.* (De celest. vita).

De ahí se sigue que todo cristiano está obligado, no á comulgar cada día, sino á hallarse dispuesto á comulgar cada día. Vivid de tal manera, dice S. Ambrosio, que podáis alimentaros siempre de este pan vivificante: *Sic vive, ut quotidie alimentaris accipere.* (Lib. V. de Sacram., c. IV).

Es moralmente imposible que el que comulga á menudo no esté poderosamente excitado á purificar su corazón, á arreglar sus costumbres y á reformar su conducta. Es un ventajoso pensamiento el del que dice: ¡Mañana debo, pronto dello acercarme á la sagrada mesa; debo recibir á Jesucristo y unirme á él! Y de este pensamiento, ¡cuántas oraciones cuánta humildad, cuánta vigilancia nacen naturalmente! No hay mejor medio para perseverar que la sagrada comunión.

La comunión frecuente es útil á los justos, ora para sostenerlos, ora para hacerlos adelantar en la virtud y en la perfección. Para sostenerlos; porque ¿qué podemos hacer con nuestras propias fuerzas! ¿qué somos, abandonados á nosotros mismos!.... Para adelantar; porque el hombre debe adelantar siempre en el camino de la virtud..., del cielo... Y ¿cómo podrá ir de virtud en virtud y subir al cielo, si no se alimenta á menudo con el pan de los fuertes!....

La comunión frecuente es útil á los pecadores resucitados á la gracia, para no volver á caer, obtener nuevas gracias, expiar sus pecados y no volver á mirar atrás....

«Pero dirán algunos-se necesitan tantas disposiciones para acercarse dignamente á la santa mesa, que no nos atrevemos á comulgar tan á menudo; así yendo una vez al año, temblamos.» La frecuente comunión es la mejor de las disposiciones. Una comunión es una acción de gracias de otra comunión, y la comunión de hoy es la mejor disposición á la comunión de mañana.... Sucedé con la comunión como con las oraciones; cuanto más oramos, más sabemos orar y más gusto hallamos en la oración. El mismo uso de la Eucaristía es el que nos ha de poner en estado de comulgar más dignamente....

¡Dichosos los Apóstoles, decís, y todos los que vieron á Jesucristo en la tierra, que conversaron con él, con el comieron, fueron testigos de sus milagros, y por él fueron curados! Pues todo esto tenéis en la sagrada mesa....

Por lo demás, la comunión debe ser más ó menos frecuente según el fruto que saquemos de ella. Al confesor es el que debe determinar las comuniones. Comulgar á menudo y tener siempre las mismas imperfecciones, los mismos hábitos viciosos, la misma tibieza, sería exponernos, por lo menos, á hacer comuniones tibias....

No hemos de olvidar, sin embargo, que la comunión no hace impecable, y hemos de recordar también que borra los pecados veniales.... Y si, á pesar de las frecuentes comuniones, somos tan imperfectos, ¿qué sería si descuidásemos aquel divino mand? Dios también permite estas fragilidades para humillarnos y para inclinarnos á velar, á orar y hacer penitencia....

La comunión frecuente nos hace hacer progresos en la perfección sin que lo advirtamos, y hasta es un bien que lo ignoremos, para que el amor propio y la vanidad no destruyan lo poco bueno que haya en nosotros....

Por lo demás, no seamos nunca los jueces de nuestras comuniones; dejemos fallar al que para nosotros ocupa el lugar de Dios. A nuestro director toca trazarnos la regla de conducta, y á nosotros nos toca obedecer....

Desgracia de los que se apartan de la santa comunión, y se disgustan de ella.

¿Cómo puede disgustarse una alma de recibir el cuerpo y la sangre de Jesucristo? ¿Cómo puede disgustarse de un pan que es la delicia de los ángeles? Que esta pan sagrado y vivificante sea insipido para cierto número de personas que tengan trabajo en usarlo, que se nieguen hasta á usarlo, es una ceguera y una desgracia indecibles. Y esto es sin embargo lo que vemos cada día. ¡Espantoso estado para ellos! La prueba más grande de una salud débil, de una salud que desaparece, es el disgusto que causan los mejores alimentos: debe existir entónces alguna enfermedad secreta y muy peligrosa, y debemos emplear todos los medios para detener el mal y hacerlo desaparecer. El mismo razonamiento debemos hacer relativamente á la santa Eucaristía. Perder el gusto de la comunión es lo que debemos considerar más temible, y no tener sentimiento de ver este disgusto que se apodera de nosotros, y vivir tranquilos, con indiferencia, sin inquietud, es el colmo del endurecimiento y el índice cierto de una conciencia absolutamente desarreglada, ó á punto de caer en un completo desarrejo y perderse....

Es verdad que hay un disgusto de la comunión que Dios puede permitir, y que es una prueba ó un castigo transitorio. Es aridez ó sequedad. Pero entónces gemimos, nos humillamos, etc.; y semejantes disgustos no son de temer ni deben apartarnos de la comunión.... Pero el disgusto que proceda de nosotras mismas, de nuestra flojedad en el servicio de Dios, es una grandísima desgracia y un crimen. Este disgusto es muy común en el mundo, y de este es del que aquí tratamos....

¿Cuál es la causa de tan grande y tan pernicioso disposición? Es la relajación de la vida.... En vano buscaríamos otras causas; nos cegamos, estamos en un error.

Alegan algunos por causa que no están en estado de comulgar, que temen hacer un sacrilegio. Tienen razon en temer al sacrilegio; es el crimen de Judas, es el más grande de los crímenes. Pero ¿por qué han de cometer un sacrilegio recibiendo la santa comunión en el estado en que se hallan? Porque están dominados de la cobardía, y la cobardía es la que les ha sumergido en aquel deplorable estado. Que deschen la cobardía, y pronto serán capaces de recibir dignamente á su Dios.

¿Qué se ha hecho aquel tiempo feliz en que por primera vez comulgasteis? Entónces frecuentabais los Sacramentos, os gustaba fre-

uentarlos.... ¿Quién ha cambiado? ¡Dios ó vosotros? Dios no cambia: es siempre infinitamente bueno y amable, infinitamente digno de que le deseemos. Vuestro corazón es el que ha cambiado; habeis descuidado y luego abandonado la oración, la confesión, la vigilancia y la circunspección, que hace huir de las próximas ocasiones del pecado; habeis escuchado al demonio, el mundo y la concupiscencia; y desde aquel tiempo fatal para vuestra inocencia os habeis ido disgustando de la santa Eucaristía, acabando por preferir Barrabás á Jesucristo.

¡Y qué terribles son los efectos del disgusto y del ateamiento de la mesa del Señor! La relajación de la vida conduce al disgusto de la comunión, y este disgusto lleva al abandono de todos los más sagrados deberes; y entónces disminuyen las gracias, se debilitan las fuerzas, y se fortalecen los enemigos. Desde el momento que nos alejamos de Jesucristo, nos acercamos al demonio.

Abandonada la santa comunión, se agostan todas las gracias, los enemigos nos asaltan, nos enlazan, nos instan y nos sujetan. Sin comunión, no hay comunicación con Dios, abandonamos casi enteramente el servicio de Dios; y Dios se retira y nos deja á su vez en el abandono. Pero la mayor de las desgracias es veros abandonados de Dios. Preguntadlo si nó á los reprobos.... El Real profeta pinta en dos palabras tan alta desgracia: *Escam abominata est anima eorum et appropinquaverunt usque ad portas mortis*: Han tenido horror á aquel pan de vida, y han ido á las puertas de la muerte. (Cv. 18). Quedan heridos y abatidos como la yerba de los campos: su corazón está seco, porque no comen ya el pan de vida: *Percussus sum ut fanum, et aruit cor meum, quia oblitus sum comedere panem meum*. (Psal. 61. 5). Entónces el torrente de todas las pasiones se desborda, y vienen caídas y recaídas, y costumbres que se convierten en necesidades. Nos fallamos como sobrecogidos, arrastrados, precipitados por las caídas: las recaídas cierran la puerta, y los hábitos la empujaban. Ya no hay aire, ya no hay luz, ya no hay movimiento: morimos y vamos á despertarnos en el infierno....

¿Hemos de desesperarnos? No. Hay un remedio eficaz: alejar el disgusto de los Sacramentos, confesarnos y ponernos en estado de comulgar como otras veces.

Dios obra en favor nuestro milagros en la Eucaristía: debemos presentárselos nosotros también casi semejantes, y tantos cuantos nos presenta, todo con nuestra preparación.

El primer milagro que obra Jesucristo es el de la transubstanciación; y de la misma manera debe el pecador transubstanciarse también con un corazón contrito y penitente, para hacerse digno del festín eucarístico, para que de canal que es se vuelva espiritual, y de orgulloso, gloton, injurioso, envidioso, arrebatado, se vuelva con los esfuerzos que haga para corregirse y por la virtud del cuerpo de Jesucristo, humilde, sobrio, casto, liberal y dulce. Entónces podrá

Disposiciónes que hemos de llevar á la comunión.

decir con S. Pablo: Vivo, pero no yo; el Cristo es el que vivo en mí: *Vivo, jam non ego; cuncti vero in me Christus.* (Gal. II, 20).

De ahí resulta que todo cambiará en el hombre, su exterior y su interior; no será ya el hombre, será Jesucristo.

Segundo milagro. En la Eucaristía están el cuerpo, la sangre, el alma y la Divinidad de Jesucristo; y nosotros debemos ofrecer igualmente a Jesucristo, consagrándoselo, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestro espíritu y corazón, a fin de que todo lo que está en nosotros sea entregado a Jesucristo, que todo redunde en alabanza suya, en su honor, amor y gloria.

El tercer milagro en la Eucaristía es la humildad de Jesucristo: El inmenso, infinito, se encierra en una pequeña hostia, y hasta en cada partícula de la Hostia: ¡qué prodigio de humildad! Aprended de Jesucristo a humillaros acercándoos a El. Jesucristo se oculta bajo estas apariencias: oculta también vuestras virtudes, vuestras riquezas espirituales, para que no deseéis agrandar más que a Dios. Jesucristo en la Eucaristía sufre sin quejarse todas las injurias, todas las ofensas, etc.: *haced lo mismo.*

Cuarto milagro: Jesucristo se nos ofrece indivisible, entero: yo obraría pues muy mal, si me dividiera, si le quitase la más pequeña parte de mí mismo....

El quinto milagro es la imposibilidad de Jesucristo: imitémoslo con nuestra paciencia.

Sexto milagro. Jesucristo en la Eucaristía es de tal manera invisible a los sentidos, que la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto se engañan. Aprendámos de ahí a mortificar nuestros sentidos, a ser insensibles al mundo y a la carne.

El séptimo milagro de la Eucaristía, es que Jesucristo nos ofrece las cualidades de su glorioso cuerpo, la claridad, la agilidad, la suavidad y la imposibilidad. Ofrecámosle también el esplendor de la pureza y del buen ejemplo, la agilidad del fervor, la suavidad de la contemplación, y la imposibilidad de la resignación.

El octavo milagro es que Jesucristo alimenta a todos los fieles, se una y se incorpora a ellos, para que no formen todos más que un solo cuerpo con El y en El. Imitemos esta jamensa caridad de Jesucristo, amando a todos los hombres y orando por ellos, etc....

¿Queremos ver a Jesucristo en la Eucaristía? Tengamos mucha fe. Los dos discípulos que iban a Emmaús reconocieron a su divino Maestro en la fracción del pan. (*Luc. XXIV, 34*). ¿Dónde ha quedado Jesucristo ser conocido? dice S. Agustín. En la fracción del pan. Solo ahí ha querido ser conocido; por causa de nosotros que no debíamos verle en su carne y debíamos sin embargo alimentarnos de esta misma carne: *Ubi voluit Dominus agnosci? In fractione panis: voluit agnosci nisi ibi, propter nos, qui non cum eisuri eramus in carne, et tamen manducaturi eramus ejus carnem.* (Serm. CXI, de Temp.).

La primera de las fracciones es la

Recibiremos este gran sacramento con tanto más fruto, cuanto más viva sea nuestra fe, añade S. Agustín: *Tanto quippe illud summus capacius, quanto id est fidelius credimus.* (Eod. loc.).

Debemos decir a Jesucristo en la Eucaristía lo que dice Isaías: Sois verdaderamente un Dios oculto: *Vere tu es Deus absconditus.* (XIV, 45).

Porque habéis visto, Tomás, dijo Jesucristo a aquel apóstol, habéis creído. Dichosos los que no han visto y han creído: *Quia credidisti me, Thoma, credidisti; beati qui non viderunt et crediderunt.* (Joann. XX, 29). ¿Y por qué dichosos? Porque en su adoración tienen el mérito de la fe más pura y de la religión más perfecta.

Adoramos sin ver, pero no adoramos sin conocer; lo que adoramos, lo conocemos por la fe.... Se necesita una fe firme, inquebrantable.... Nada está mejor probado que la presencia real.... Se necesita una fe viva. Y llamo fe viva la que atraviesa las nubes y descubre a Jesucristo, y la que está llena de respeto, llena de buenas obras; porque, dice el apóstol Santiago, la fe sin las obras es una fe muerta: *Fides sine operibus mortua est.* (II, 26).

No debemos sentarnos en la santa mesa sin esta fe. No podemos pues decir a Jesucristo como aquel servidor del Evangelio decía a su amo: Señor, me habéis confiado diez talentos; he aquí otros diez. (*Luc. XIX, 16*). ¿No hemos sido hasta aquí como aquel criado infiel y perezoso que fue a esconder el talento que había recibido? ¿No hemos imitado a las vírgenes locas que dejaron apagar sus lámparas y no tenían aceite para ellas?... Si en la santa mesa Jesucristo pesase nuestra fe ¿no se nos hallaría demasiado ligero, como al impio Baltasar? *Appensus est in statera, et inventus est minus habere.* (Dan. V, 27).

Tengamos la fe de S. Tomás de Aquino, que en su lecho de muerte, al ver el santo Viático, pronunció las siguientes palabras con la más tierna devoción: Creo firmemente que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está en este augusto sacramento. ¡Os adoro, ó Dios y salvador mío! Os recibo, ó vos que sois el precio de mi redención y el Viático de mi peregrinaje! ¡Vos por cuyo amor he estudiado, trabajado, predicado y consagrado. (*In ejus vita*).

Tengamos la fe de S. Bruno: Creo, dijo, los misterios que cree la Iglesia, y en particular que el pan y el vino consagrados en el altar son el verdadero cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, su verdadera carne y su verdadera sangre que recibimos para la remisión de nuestros pecados y con la esperanza de la vida eterna. (*In ejus vita*).

Tengamos la fe de la bienaventurada María de la Encarnación, carmelita conversá. Cuando en una grave enfermedad, se le administró el Viático, el sacerdote, que tenía la santa Hostia entre sus dedos, le preguntó si creía que Jesucristo estuviese realmente presente en la Hostia. Si, lo creo, respondió ella; ¡ah! ¡si lo creo! Venid, ¡Señor mío! Venid ¡Señor mío! (*In ejus vita*).

La segunda disposición es la humildad.

La humildad, dice S. Bernardo, es una virtud tan necesaria, que sin ella no hay verdaderas virtudes; no son más que virtudes aparentes, virtudes vacías, efímeras, hipócritas y sin valor: *Humilitas virtutum in tantum est necessaria, ut absque ista illa nec esse virtutes videantur.* (Serm. in Cant.). El que sólo tenga una humildad vacilante, añade aquel Sto. Doctor, por más que amontone virtudes, no reúne más que ruinas: *Si autem illa, virtutum aggregatio non nisi ruina est.* (Ii supra.).

Aquel, dice S. Gregorio, que amontone virtudes sin humildad, imita al que arroja polvo al viento: *Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi in ventum pulverem portat.* (Pastor).

Y Jesucristo nos dice: Si no os volvéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos: *Nisi efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum celorum.* (Math. XVIII. 3).

Si la humildad es tan necesaria para las demás virtudes, tan necesaria en todas las acciones, cuánto no lo será en la más grande, la más sublime de las acciones, en la recepción de la divina Eucaristía?

En la Eucaristía es donde se aniquila Jesucristo; en la Eucaristía es donde da Jesucristo el ejemplo de la más profunda humildad. Se humilla haciéndose hombre; pero un ángel revela su grandeza. Se humilla queriendo nacer en un establo y tomando un pesebre por cuna; pero los ángeles anuncian á los pastores ese gran milagro; aparece la estrella de Jacob, y viene el Oriente representado por los magos á prosternarse á sus pies, á ofrecerle presentes y á adorarlo... Lleva una vida pobre y oscura; pero los elementos aplacados, los panes multiplicados, los enfermos sanos y los muertos que resucita publican su poder y su grandeza. Se aniquila en la cruz; pero el sol que se oscurece á su muerte, el velo del templo que se desgarrá, la tierra que tiembla, las rocas que se hunden y se estrellan, los muertos que resucitan, y el centurion y los que con él estaban, dándose golpes de pecho, reconocen su majestad y su Divinidad, y la proclaman ante todo el universo. Sólo en la Eucaristía aquel gran Dios aniquilado no da ninguna señal exterior de grandeza, de majestad y de Divinidad; no deja ver más que su sublime humildad y su infinito amor. Debemos formar nuestra humildad sobre aquel divino modelo, sobre todo al acercarnos á la sagrada mesa.

Para humillarnos profundamente hemos de considerar: 1.ª la grandeza del Dios que vamos á recibir...; 2.ª nuestra nada...; 3.ª nuestros pecados...; 4.ª nuestra pobreza en virtudes.

Obrando así, imitemos la humildad de Abraham, que se consideraba ceniza y polvo; imitemos la humildad de la santísima Virgen...; la de S. Juan Bautista...; la de S. Pedro...; la del Apóstol de las Gentes...; la del Publicano...; la del Centurion, de Magdele-na... y de todos los Santos....

Imitemos sobre todo la profunda humildad del Dios que se nos

entrega... Y como da su gracia á los humildes, quedaremos llenos de gracias en la sagrada mesa; y cuanto más nos humillamos, tanto más seremos elevados....

El Amado mio que se alimenta entre los lirios, me pertenece, y yo le pertenezco, dice la esposa de los Cantares: *Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pascitur inter lilia.* (II. 16). El Amado mio bajó á su jardín para coger lirios: *Dilectus meus descendit in hortum suum, ut lilia colligat.* (Cant. VI. 1). El que sea puro comerá este divino alimento dice el Levítico: *Qui fuerit mundus, vescetur ex ea.* (VII. 19).

¡Qué pureza no debe tener el que se sienta en tan precioso banquet! ¡Qué pureza no debe tener aquella lengua que recibe á su Dios, aquellos labios teñidos con su sangre, aquellos ojos que le ven de tan cerca, aquel corazón que llega á ser su tabernáculo, aquella alma en la que El establece su morada! ¡Qué pureza no debe tener aquel que recibe al gran Dios, ante cuya presencia tiemblan los ángeles, los querubines y serafines, y se cubren el rostro con sus alas!...

Si nuestro Redentor, dice S. Pedro Damian, amó tanto la flor de la pureza, que no sólo quiso nacer de una Virgen, sino que quiso también tener por padre putativo á S. José, que era virgen, ¿qué pureza no ha de pedir á los que le reciben en la Eucaristía, ahora que reina en los cielos? (*Lib. I, epist. VI*). Y, á pesar de la incomparable pureza y virginidad de María, la Iglesia se admira de que aquel gran Dios no haya tenido horror al seno de aquella Virgen immaculada: *Non horruit virginis uterus.* (In Prefat. B. V.). Se dice de David que se levantó del suelo, se lavó, perfumó su cabeza y sus manos, cambió de vestido, y después de todas estas preparaciones, entró en la casa del Señor, adoró á Dios, y pidió luego pan y comió: *Surrexit David de terra, et lotus unctusque est; cumque mutasset vestem, ingressus est domum Domini, et adoravit, et venit in domum suam, petivique ut ponerent ei panem, et comedit.* (II. Reg. XII. 20).

Job dice que los cielos no son puros en presencia del Altísimo: *Caeli non sunt mundi in conspectu ejus.* (XV. 15).

No deben comer los perros, es decir, los impuros, el pan de los hijos, dice Santo Tomás: *Vere panis filiorum non manducandus canibus.* (In seq. *Lauda Sion*).

El que no se ha despojado todavía del hombre antiguo, no debe recoger aquel divino maná. Jesucristo se entrega á los hombres para que se vuelvan ángeles. Los que no son puros y santos no deben acercarse á la santidad misma, dice el Concilio de Cartago: *Qui sancti non sunt, sancta tractare non debent.* Acérquese el cristiano á Jesucristo como otro Jesucristo, dice S. Lorenzo Justiniano: *Accedat ut Christus.* (Lib. de Ligno vite).

Miré, dice el apóstol S. Juan, y hé aquí que sobre la montaña de Sion estaba de pie el Cordero, y con él los que no tienen mancha de impureza, porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero á todas partes á donde va: *Et vidi; et ecce Agnus stabat super montem Sion, et*

La tercera disposición es la pureza.

*cum eo qui cum mulieribus non sunt coinquinati; virgines enim sunt. Ibi recumbunt Aquam quocumque erit.* (Apoc. XIV. 4-6). Así deben ser los que se alimentan del esposo de las vírgenes, del Santo de los Santos....

La pureza es una virtud que nos hace semejantes á los ángeles; y nosotros debemos procurar parecernos á ellos, porque, según el Real Profeta, comemos el pan de los ángeles: *Panem angelorum manducavit homo* (Ecc. LXXVII. 25); y quedamos alimentados con el pan del cielo: *Pane caeli saturavit eos* (Psal. CIV. 40); y Jesucristo dice también: *Soy el pan vivo que he bajado del cielo: Ego sum panis vivus, qui de caelo descendis.* (Johann. VI. 51).

El Espíritu Santo nos dice que el que ama la pureza del corazón tendrá al Rey del cielo por amigo: *Qui diligit cordis munditiam, habebit viciniam regem.* (Prov. XXII. 41).

La pureza aproxima al hombre á Dios, dice la Sabiduría: *Incorruptio facit esse proximum Deo.* (VI. 20). Las cosas santas son para los Santos, dice la Escritura: *Sancita Sanctis.*

Purificaos, vosotros que lleváis los vasos del Señor: *Mundamini, qui fertis vasa Domini.* El alma impura que coma este pan, será herida de muerte, dice la Escritura: *Anima polluta quæ ededit, ipso morietur.*

Escuchad lo que dice de Judith la Biblia: Se despojó de los vestidos de su viudez; y lavó su cuerpo, y ungióse con un unguento muy precioso, y trenzó su cabellera, y puso un bonetillo sobre su cabeza, y vistióse las ropas de su alegría, y se puso sandalias en sus pies, y tomó manillas y brillos, y arracadas y sortijas, y adornóse de todos sus atavíos; pareció á todos de una hermosura incomparable, y partió. Ocas y los sacerdotes de la ciudad que la aguardaban, admiraron su belleza, y le dijeron: Bajo sobre ti la gracia del Dios de nuestros padres. Y así que se presentó á Holofernes, quedó éste maravillado y seducido por sus encantos. Holofernes mandó que la hiciesen entrar en donde estaban los tesoros, y que permaneciese allí; y dirigiéndose á ella, le dijo: Bebe ahora y come con alegría, porque has hallado gracia ante mí (c. V). Hé aquí el cuadro de la hermosura, de la pureza de corazón que el cristiano debe tener para sentarse en la mesa del Señor. Entonces es cuando el cristiano entra en los tesoros de Dios, y Dios le mira con complacencia y le dice: Bebe mi sangre, come mi carne, porque has hallado gracia ante mí... Antes de acercarnos á un Dios virgen, al Dios de las vírgenes, hemos de renunciar á esas afecciones secretas, á ese hábito, á esas relaciones, á ese placer que la ley prohíbe y que deshonraría la carne inmaculada de Jesucristo; hemos de atacar esas pasiones y viciadas; y hemos de desprendernos del mundo, y de sus diversiones peligrosas y funestas que nos alejan de Jesucristo... Que se experimente el hombre á sí mismo, dice el gran Apóstol, y coma luego de aquel pan y beba de aquel cáliz: *Probet autem seipsum homo; et sic de pane illo edat, et de calice bibat.* (I. Cor. XI. 28).

Los magos, dice S. Crisóstomo, le saludaron con respecto y lo adoraron con temor y sobrecogimiento. (*Homil. ad pop.*) Imitémosles, respetemos á Jesucristo sobre el altar, y no nos acerquemos á aquel sagrado cuerpo sino con veneración profunda. No es á un ángel, es al Rey de los reyes, al Rey de los ángeles y de los hombres á quien vais á recibir y á tomar por alimento.

Nadie podía en otro tiempo mirar á Dios que no quedase herido de muerte. Los Betsamitas sólo por haber echado sobre el arca una mirada demasiado curiosa, fueron exterminados. Oza quedó herido de muerte por haber puesto sobre el arca una mano imprudente. El ángel del Señor azotó á Eliodoro de una manera terrible porque se había atrevido á entrar en el templo de Jerusalem. Si debían respetarse aquellas cosas, aunque sólo eran sombras, ¿de qué santo respeto no debemos estar poseídos ante la Eucaristía?

Debemos estar en el lugar santo, y sobre todo en la santa mesa como Jesucristo: tiene boca, y no habla; ojos, y no se sirve de ellos; pies, y no anda....

Respeto interior en el espíritu, en el alma y en el corazón....

Respeto exterior; respeto impreso por todos los sentidos, por los ojos, por los oídos, la lengua, los pies, las manos y todo el cuerpo...

Si las Dominaciones adoran, si las Potencias tiemblan, si los Serafines se cubren con sus alas, ¿con qué santo respeto no hemos de recibir nosotros al Dios de majestad?

En el momento de la muerte de Jesucristo tiembla la tierra y se abren las peñas: *Terra mota est, et petra scissae sunt.* (Matth. XXVII. 51). ¿Por qué tiembla la tierra y se abren las rocas? Porque la tierra presiente que han de depositar á Jesucristo en su seno, dice S. Hilario; y sintiéndose incapaz é indigno de recibirle, tiembla de espanto. No seamos más insensibles que la tierra y las peñas, y acerquémonos con temor á la mesa del Dios de Santidad....

Los que os tomen, Señor, serán grandes al lado vuestro en todas las cosas: *Qui timent te, magni erunt apud te per omnia.* (Judith. XVI. 19). El Señor bendice á todos los que le temen, dice el Salmista: *Benedixit omnibus qui timent Dominum.* (CXIII. 13).

Hemos de temer en presencia del Dios de majestad... temer no estar bastante preparados.... El gran Apóstol, que nada tenía que echarse en cara, estaba lleno de temor; porque, decía, aunque de nada me acuso, no por esto estoy justificado: *Nihil mihi conscius sum; sed in hoc non justificatus sum.* (I. Cor. IV. 4).

San Crisóstomo llama mesa terrible á la santa mesa....

Pero tengase en cuenta que el temor no debe separarse de la confianza, y que la confianza debe ser también más grande que el temer. Un rey es el que viene á nosotros; mas es un rey lleno de dulzura. *Eccc rex tuus venit tibi mansuetus.* (Matth. XXI. 5). Es un

La cuarta disposición es el respeto.

La quinta disposición es un temor saludable.

La sexta disposición es la confianza.

Dios; pero un Dios cordero, lleno de bondad.... Es un padre, un esposo, un amigo, un mediador, un redentor, un médico, un guía y un salvador.... Bajo tales aspectos debemos considerar á Jesucristo en la Eucaristía.... Es el padre del hijo pródigo; es el buen pastor, el caritativo samaritano....

Poned toda vuestra confianza en el Señor, y él os alimentará, dice el Salmista: *Facta super Dominum curam tuam, et ipse te eruet.* (LIV. 23). José, la cista Susana, Daniel, etc.... tienen confianza y se salvan; el leproso, el paralítico, el ciego de nacimiento, tienen confianza, y todos quedan curados.

**Deseando** Zaqueo ver á Jesús. Jesús le dijo: Baja pronto, Zaqueo; porque he de pisar hoy el día en tu casa. Y Jesús lo dijo al entrar: Esta casa ha recibido hoy la salvación: *Hodie salus domui huic facta est.* (Luc. XIX. 5-9). El deseo ardiente de Zaqueo es el que le hizo alcanzar tan grandes favores....

Si alguien tiene sed, venga á mí y beba, dice Jesucristo: *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.* (Joann. VII. 37). Esta sed de que nos habla Jesucristo, no es más que el deseo ardiente de acercarnos á la santa mesa....

El mismo Jesucristo desea ardientemente entregárenos: He tenido un grandísimo deseo de comer esta Pascua con vosotros, dijo á sus apóstoles: *Desidero desideravi hoc Pascha manducare vobiscum.* (Luc. XXII. 15). Vedme aquí, dice el Apocalipsis; estoy á vuestra puerta, y llamo: Si alguno oye mi voz y me habra, entrará y comerá con él y el conmigo: *Ecce sto ad ostium, et pulso: Si quis audierit vocem meam, et aperuit mihi januam, intrabo ad illum, et cenabo cum illo, et ipse mecum.* (III. 20). Oigo la voz de mi predilecto, dice la esposa de los Cantares: He aquí que mi muy amado me dice: Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, y ven: *Vox dilecti mei, ecce iste venit, et dilectus meus loquitur mihi: Surge, propera, amica mea, columba mea, et veni.* (II. 8-10).

Así como el ciervo suspira por las fuentes de agua viva, dice el Salmista, así suspira mi alma por vos, ó Dios mío: *Quoniam desideravi desideravi seruos ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus.* (XLII. 1). Han deseado y pedido, añade el Salmista, y Dios les ha saciado con el pan del cielo: *Potuerunt, et pane caeli saturavit eos.* (CLV. 40). ¡Qué amables son vuestros tabernáculos, Señor Dios de las virtudes! Mi alma ha aspirado á los atrios del Señor y ha desfilado de deseos: *Quam dilecta tabernacula tua, Domine virtutum! Concupiscit et desit anima mea in atrio Domini.* (Psal. LXXXIII. 2-3).

Ha buscado al que ama mi corazón, dice la esposa de los Cantares; le he buscado, y no lo he hallado. Me levantaré y recorreré la ciudad; buscaré por los caminos, por las plazas públicas al que mi alma desea: *Quæ sivi quem diligit anima mea; quæ sivi illum, et non inveni, Surgam, et circumbo civitatem. Per vicus et plateas queram quem diligit anima mea.* (III. 1-2). En su ardiente deseo se dirige á

La septima de posición es el deseo ardiente.

todas las criaturas, y pregunta: ¡Habeis visto el objeto de mis deseos? *Num quem diligit anima mea vidistis?* (III. 3). Si habeis visto á mi amado, decidle que languidezco por deseo de verlo: *Anxiatio dilecto meo quia amore languisco.* (II 5). Duermo, y vela mi corazón lleno de deseos: *Ego dormio, et cor meum vigilat.* (V. 2). He aquí un modelo de piosos y santos deseos.... Antes del advenimiento de Jesucristo por la Encarnación, el universo aspiraba por él, los pueblos le aguardaban hacia cuatro mil años, los profetas le precedían y deseaban, los patriarcas le anhelaban ardientemente; y los justos lo pedían á Dios con instancia. Todos le sañaban de lejos, y se alegraban, y se consolaban con la esperanza de su venida. Es el deseo de las naciones, dice el Génesis: *Ipse erit expectatio gentium.* (Gen. XLIX. 10). Vendrá el deseado de todas las naciones, dice el profeta Aggeo: *Veniet desideratus cunctis gentibus.* (II. 8). Cielos, exclama Isaías, dignos el rocío; y nubes, traednos al justo; fecundize la tierra, y brote de ella su Salvador: *Horate, cali, desuper; et nubes pluant justum; aperiat terra, et germinet Salvatorem.* (XLV. 8). ¡Ah, Señor, cuando abriéreis los cielos y bajaréis *Utinam dirumperes celos et descenderes!* (Isai. LXIV. 1).

Abrahán, dice Jesucristo, ha deseado ver mi día; lo ha visto, y se ha alegrado: *Abraham exultavit ut videret diem meum; vidit et gavisus est.* (Joann. VIII. 56). Nuestros padres, dice S. Pablo, veían las promesas, y las saludaban de lejos: *A longe eas aspicientes et salutate.* (Hebr. XI. 13). Todos esos justos de la antigua ley son modelos de deseos, y debemos imitarlos. Más felices que ellos, poseemos en la santa Eucaristía al que anhelaban con todo su corazón....

Hemos de tener el deseo del prójimo en país lejano....

El que está enfermo desea el médico, desea su curación: nosotros somos verdaderos enfermos....

El que está bueno desea alimento....

Dios llena de bienes á los que tienen hambre de Él, dice la santísima Virgen: *Esurientes implevit bonis.* (Luc. I. 53). Cuanto más deseamos á Jesucristo, más se inflaman nuestros deseos. Los que más comen, dice, aun tendrán hambre; y los que más beben, aun tendrán sed: *Qui edunt me, adhuc esuriant; et qui bibunt me, adhuc sitient.* (Eccli. XXIV. 29). Pero deseando siempre, los deseos quedarán siempre satisfechos. Saciados, desearemos todavía; y deseando, quedaremos satisfechos. Desear ser saciados y ver satisfechos nuestros deseos, ¿qué mayor felicidad? Es saborear anticipadamente la felicidad del cielo. ¡Ah, qué diferentes son los deseos del mundo y sus locuras; de los deseos de la santa Comunión!

Este deseo de la santa Eucaristía encierra en sí todas las demás disposiciones; porque cuando deseamos sincera y eficazmente un fin, estamos determinados á emplear todos los medios que son necesarios para conseguirlo. Si deseamos, pues, realmente la santa Comunión, sólo este deseo nos compromete á no descuidar nada para

disponernos á ella.... Hemos de ir á recibir á Jesucristo: ¡Hosanna en lo más alto de los cielos! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor! (Joann. III. 13). Entonces Jesucristo entra triunfalmente en nosotros.... He aquí el esposo, levantaos, id á recibirle: *Eccc sponsus, exite obviam ei.* (Matth. XXV. 6).

¡Ah, Señor! hemos de exclamar con S. Agustín, ¿quién me dará veros en mi corazón para que tomeis de él posesión, llenéis todo su vacío, renáis allí solo, permanezcáis conmigo hasta la consumación de los siglos, llenéis todos mis deseos, seaís mis más castas delicias, derrameis en el mil secretos consuelos, le sacéis, le ombrieguéis y me hagáis olvidar mis agitaciones, mis inquietudes, mis vanos placeres, olvidar á todos los hombres y el universo entero, y me dejéis todo para vos, para gozar de vuestra presencia, de vuestras conversaciones y de las dulzuras que prepararéis á los que os desean. Venid, Señor, y no tardéis, que todos los bienes me llegarán con vos. Despreciado, perseguido, afligido, despojado y calumniado, tendré en nada mis aflicciones así que vengaís vos á mitigarlas. Honrado, favorecido, elevado y rodeado de abundancia, las vanas prosperidades no harán meña en mí, ni me parecerán nada, desde el momento en que me hayáis hecho saborear cuán dulce sois. (Solutio.). Tales son los deseos que deben llevarnos á la mesa Eucarística....

Debemos también desear reparar, comulgando, todos los sacrificios que se cometen....

Es preciso, dice S. Bernardo, que el ardor de un deseo santo se anticipa á la recepción de nuestro Dios: *Oportet ut sancti desiderium ardet procedat faciem ejus.* (Serm. in Cant.).

Llevando á la santa mesa un ardiente deseo, semejante deseo nos inflammará en un grande amor por Jesucristo, amor que es la más importante y la más perfecta de todas las disposiciones para comulgar con fruto.

La octava día,  
posición es un  
amor ardiente  
á Jesucristo.

Jesucristo nos manifiesta en la Eucaristía una ternura, un amor infantil.... Esta bondad de un Dios merecería ser correspondida con otro amor infantil; pero, ya que somos incapaces de tenerlo, hagamos al menos lo que está de nuestra parte. Amemos al Salvador por todas las criaturas; deseemos que todas se empleen y sacrificquen en su servicio....

¿Dónde está nuestro amor? ¿Dónde están nuestros transportes de nuestro corazón? Traigámoslos, traigámoslos aquí. ¡A qué no tengo los corazones de todos los hombres! ¿A qué no tengo aquí tantos millones de corazones como gotas de agua hay en los mares, para depositarlos para siempre al pié de los altares ante la divina Eucaristía. ¿A qué no tengo el poder de detenerlos, unirlos y arrastrarlos tan inseparablemente al pié del trono de Jesús, que jamás puedan separarse de allí. ¿Cómo es posible que teniendo sin cesar á Jesucristo en medio de nosotros, no estemos continuamente prosternados de espíritu y de corazón ante el Santísimo Sacramento! ¿Cómo no nos

volvemos hácia la Iglesia cien veces durante el día para dirigir allí miradas, centellas de amor al celestial Esposo!...

La divina Eucaristía es el sacramento de amor; sólo el amor es el que lleva á Jesucristo á entregárenos. Hemos de pagarle amor con amor.... Se nos da todo á nosotros; ¿podremos rehusarle algo? ¿Nos atreveríamos á parecer ante Él, acercarnos, besarle, abrazarle, recibirle y tomarle por alimento sin amarle?....

Quando la luna está en su menguante ó es nueva, no se parece al sol. El sol es luminoso, brillante y deslumbrá; la luna está entonces casi sombría, oscura y tenebrosa, porque sólo á medias está iluminada por el sol; y cuando deja de estarlo completamente, desaparece, y no es ya nada para nosotros. Pero cuando está llena, mirando cara cara al sol en toda la extensión de su globo, recibe de lleno sus rayos, y es casi semejante á él; es un sol de noche que suplía la ausencia del día. Ahora bien; cuando comulgamos, nuestra alma toda debe ponerse bajo la influencia del eterno sol de justicia, para que recibamos todos los rayos de su amor y nos llene á todos con este mismo amor. ¿De dónde viene que una persona tiene más ilustracion y sabiduría, más esplendor de buen ejemplo, y más sólidas virtudes que otras? Porque cada vez que comulga es todo de Dios, le da todo su corazón y se aplica á amarle con todo su poder; mientras que la otra, al comulgar, sólo mira á Dios á medias, no le da más que una pequeña parte de sus pensamientos y de sus afectos, reservando lo restante para la vanidad, la guerra, las criaturas, el mundo, las trivialidades y la locura.

Sólo á la vista del arca, David se estremecía de alegría. Juan Bautista en el seno de su madre sintió ya la presencia de Jesucristo, encerrado también en las sagradas entrañas de María, y se llenó de un sábito regocijo.

Impresiones vivas de un vivo amor que los transportaba fuera de sí mismos, impresiones que los Santos han experimentado en todos los siglos. Ante la divina Eucaristía, se sentían enloquecidos de amor, estaban sumergidos en las más profundas y delicias contemplaciones, y derramaban abundantes lágrimas de amor. Nos quejamos muchas veces de nuestra sequedad y tibieza; amemos á Jesucristo, y cesarán nuestras quejas, y se disiparán todos los obstáculos para el amor de Jesucristo. Un alma enamorada del divino Esposo tiene siempre sentimientos que la ocupan y la entretienen; no tiene qué temer al pié de los altares, ni enojo ni disgusto alguno. Cuanto más habla á su Señor, más quiere hablarle; cuanto más recibe á su amado, más quiere recibirle, y las horas pasan como momentos....

Todo el mal estriba pues en que no amamos.

Quando llevaron el santo Viático á S. Felipe Neri, prorumpió en alta voz derramando lágrimas: ¡Aquí está mi amor! Viene á verme el que hace las delicias de mi alma! Dadme pronto mi amor (in ejus vita).

San Norberto, arzobispo de Magdeburgo, dice que el que se acerca raras veces á la Eucaristía, porque se halla tibio ó frío, se parece á un hombre que diga que no se acerca al fuego porque tiene frío, ó que no recurra al médico porque está enfermo. (*In ejus vita*).

El amor que Sta. Teresa tenía al santo sacramento del Altar está impreso en todas sus obras. Sus expresiones con todo fuego cuando se trata de este augusto Misterio. No puede expresarse con qué fervor se acercaba á la santa mesa, y con qué efusión manifestaba los sentimientos de su alma ante el divino Salvador. Dirigía entonces al Omnipotente las instancias y las plegarias más ardientes para que se sirviera, en nombre de su Hijo, contener el torrente de iniquidades con que está inundada la tierra, y preservar al universo de las horribles profanaciones con que los hombres insultan su misericordia.

El amor de S. Estanislao de Kostka hacia la Eucaristía era tan grande, que su rostro parecía todo encendido cuando entraba en la iglesia. Se le vio muchas veces en éxtasis durante la misa y despues de la comunión. Los días en que comulgaba, no podía hablar más que del exceso de amor que Jesucristo nos manifiesta en su adorable sacramento; y las conversaciones que tenía eran tan tiernas, que los padres que tenían más experiencia en las vías interiores de la piedad, no se cansaban de oírle. (*In ejus vita*).

La devoción de Sta. Angela á la Eucaristía era tan ardiente, que pasaba horas enteras de rodillas ante los tabernáculos donde descansaba su amado. (*Ex ejus vita*).

En una carta que S. Elzear escribió de Italia á Sta. Delfina, su esposa, decía: Deseo tener á menudo noticias mías: Id á menudo á visitar á Jesucristo en el Santísimo Sacramento, y entrad en espíritu en su sagrado corazón, pues ya sabéis que allí es mi morada ordinaria, y podéis estar segura de encontrarme allí siempre. (*Ex ejus vita*).

Santa Catalina de Génova, en sus arrebatos de amor á la divina Eucaristía, invitaba hasta las criaturas inanimadas á bendecir y á alabar al Dios que se le había entregado. ¿Pues qué? exclamaba, ¿no pertenecéis todas las criaturas á mi Dios? ¿Amado pues! bendecid con todo vuestro poder y vuestra fuerza. ¿O amor mío! ¿quien podrá impedirme amaros? ¿O amor! Si una cadena liga á los demás con vos, yo me ataré con diez cadenas! ¿Qué más puedo desear, Dios mío, sino que mi corazón arda y se consuma por vos en la tierra? Solo os quiero á vos, y no tomaré ningún descanso hasta que me vea oculta y sepulrada en vuestro divino corazón por medio de la santa Eucaristía. ¡Oh! ¡en cuán pocos hombres habita Dios! ¡O Dios mío, deteneis vuestro amor en vos mismo, porque, distraídos los hombres con las cosas de la tierra, se niegan á recibirlos! ¡O tierra, y qué darás en cambio á esos hombres que te tragas? (*Ex ejus vita*).

San Francisco de Sales tenía un amor especial al Santísimo Sacramento; era su vida y su única fuerza, su amor y su todo. (*Ex ejus vita*).

O Salvador mio, exclamaba San Eiren, os tengo por Viático en el largo y peligroso viaje que voy á emprender. Con el hambre espiritual que me devora, me alimentaré de vos, ó divino Redentor de los hombres! Y no habrá fuego que pueda acercarse á mí, porque ningún fuego podría soportar el vivificante contacto de vuestro cuerpo y de vuestra sangre. (*Serm.*).

La más perfecta de todas las disposiciones y preparaciones para recibir dignamente la Eucaristía, es vivir siempre del mismo Jesucristo. El que me coma, dice, vivirá para mí: *Qui manducat me, et ipse vivet propter me*. (Joann. VI, 58). Hemos de poder decir con el gran Apóstol: La vida mia es Cristo: *Mihi vivere Christus*. (Philipp. I, 21).

El que quiera recibir la vida, dice San Agustín, cambia de vida; porque si el pecador no cambia de vida, recibirá la vida de su juicio; en vez de recibir la salud, estará más cerca de la disolución; y en vez de recibir la vida, recibirá la muerte: *Mutet vitam qui vult accipere vitam. Nam, si non mutet vitam, ad judicium accipiat vitam: et magis ex ipsa corrumpitur quam sanatur; magis occiditur quam vivificatur*. (Serm. I, de Temp.).

Así como mi Padre que me ha enviado á la vida, y yo vivo para mi Padre, dice Jesucristo, así el que me coma vivirá también por mí y para mí: *Sicut misit me vivens Pater, et ego vivo propter Patrem; et qui manducat me, et ipse vivet propter me*. (Joann. VI, 58).

El mismo Jesucristo estableció sometido á María y á José; sometámonos nosotros á Dios, á su ley, á su palabra....

Puesto que habeis recibido á Jesucristo, nuestro Señor, dice S. Pablo, andad según sus indicaciones, arraigad en él, edificad en él, y arraigad en la fe: *Sicut ergo accepistis Jesum Christum Dominum, in ipso ambulat, radicati et superedificati in ipso, et confirmati fide*. (Coloss. II, 78).

Jesucristo debe ser la dote de nuestra herencia: *Dominus pars hereditatis mee*. (Psal. XV, 5). Hemos de seguir á Jesucristo hasta el Calvario....

El que recibe á Jesucristo, es de Jesucristo en la actualidad; y debe serlo para siempre. El que está en Cristo, dice S. Pablo, es una criatura nueva; lo antiguo pasó: ved que todo es nuevo: *In Christo nova creatura: vetera transierunt: ecce facta sunt omnia nova*. (II. Cor. V, 17). Se lee en las Actas de los Apóstoles que los primeros cristianos perseveraban en la doctrina apostólica, en la participación de la fracción del pan y en la oración: *Erant autem perseverantes in doctrina apostolorum, et communicatione fractionis panis, et orationibus*. (II, 42).

Es menester que Dios sea vuestra morada y vosotros la de Dios, dice el venerable Beda; vivid en Dios para que Dios viva en vosotros. Dios mora en vosotros para conteneros, impedir que caigáis, y

La novena dis-  
puesta en su  
que leemos de  
vive de Jesu-  
cristo.

Perseverancia  
dispone de la  
comunión.



haceros perseverar; morad en Dios para no caer, y perseverar en el bien. (*In Collect.*)

Dare al que persevera un maná oculto, dice el Señor en el Apocalipsis: *Vincenti dabo manna absconditum.* (II. 17). Haré que el vencedor coma del árbol de la vida: *Vincenti dabo edere de ligno vite.* (Ibid. II. 7).

He hallado al que ama mi corazón; me he apoderado de él, y no le dejaré marchar, dice la esposa de los Cantares: *Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam.* (III. 4).

Los hijos de Israel comieron el maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a la tierra prometida: *Filii Israel comederunt Manu quadraginta annis, donec venissent in terram habitabilem.* (Exod. XVI. 35). Así..., lo que da la perseverancia final es la perseverancia en la Comunion....

El ángel del Señor tocó a Elías, dice la Escritura, y le dijo: Levántate y come, porque te queda mucho camino que recorrer: *Surge, comede, grandis enim tibi restat via.* (III. Reg. XIX. 7). Y así que se hubo levantado, comió y bebió; y fortificado con aquel alimento, anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, la montaña de Dios: *Qui, cum surrexisset, comedit et bibit; et ambulavit in fortitudine cibi illius quadraginta diebus et quadraginta noctibus, usque ad montem Dei Horeb.* (Ibid. XIX. 8).

(Véase ACCIONES DE GRACIAS).

## EVANGELIO Ó SAGRADA ESCRITURA.

**S**ALUDEN S. Atanasio y S. Agustín (*in psal. XC*), S. Antonio llamaba la Sagrada Escritura una carta enviada por el Cielo a los hombres: *Sanctam Scripturam SS. Epistolam e Celo ad homines missam.* ¿Qué es la Sagrada Escritura? Es, dice S. Gregorio el Grande, una epístola del Omnipotente a su criatura: *Quid est Sancta Scriptura, nisi epistola omnipotentis Dei ad suam creaturam?* (Lib. IV. epist. LXXXIV).

El mismo Espíritu Santo ha dictado la Sagrada Escritura, dice S. Cipriano; los profetas (los evangelistas y los Apóstoles) no eran más que sus amanuenses, ó bien la pluma del Espíritu Santo, bajo cuyo dictado escribían: *Spiritus Sanctus erat scriba; propheta erant ejus calami, quibus Spiritus Sanctus scribenda dicitabat.* (Serm. de Eleem.).

¿Qué es el Evangelio? Es el libro de Jesucristo, la filosofía y la teología de Jesucristo; es la preciosa nueva de la redención; es la gracia, la salvación eterna del género humano que Jesucristo trajo al mundo y concedió a los creyentes.

**E**l Antiguo Testamento es el Nuevo Testamento velado; el Nuevo es el Antiguo sin velo.

El Nuevo Testamento, dice S. Willibaldo, es con relación al Antiguo lo que la luz es relativamente a la sombra, lo que la verdad comparada con la imagen, lo que el alma es al cuerpo, lo que la vida es a lo que vivifica. Y como el cuerpo está vivificado por el alma, así se han verificado las promesas del Antiguo Testamento por la verdad que Jesucristo nos ha descubierto en el Nuevo: *Novum Testamentum se habet ad Vetus, sicut lux ad umbram, sicut veritas ad figuram, sicut anima ad corpus, sicut vita ad quod vivificatur. Sicut enim corpus per animam vivificatur, sic per veritatem in Novo Testamento per Christum exhibitam, promissiones Veteris Testamenti verificata sunt.* (In ejus vita a Philipp. epist.).

La diferencia que existe entre la antigua ley y la nueva, estriba: 1.º en su autor: los autores de la antigua son principalmente Moisés, y luego los profetas; el autor del Evangelio es Jesucristo, verdadero Dios y hombre...; 2.º en que la antigua ley es menos perfecta...; 3.º en que la antigua no es más que una sombra de la nueva; el Evangelio es la verdad visible...; 4.º en que la antigua era una ley de temor; el Evangelio es una ley de amor...; 5.º en que la ley prometía bienes terrestres y perecederos, y el Evangelio prometa la gracia, el cielo; y nos lo da...; 6.º en que la ley era un yugo pesado, y el Evangelio es un yugo ligero...; 7.º en que la ley era el camino para ir a Jesucristo y al Evangelio, siendo el Evangelio y Jesu-

¿Qué es la Sagrada Escritura?

¿Qué diferencia hay entre la antigua y la nueva ley?

haceros perseverar; morad en Dios para no caer, y perseverar en el bien. (*In Collect.*)

Dare al que persevera un maná oculto, dice el Señor en el Apocalipsis: *Vincenti dabo manna absconditum.* (II. 17). Haré que el vencedor coma del árbol de la vida: *Vincenti dabo edere de ligno vite.* (Ibid. II. 7).

He hallado al que ama mi corazón; me he apoderado de él, y no le dejaré marchar, dice la esposa de los Cantares: *Inveni quem diligit anima mea; tenui eum, nec dimittam.* (III. 4).

Los hijos de Israel comieron el maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a la tierra prometida: *Filii Israel comederunt Manu quadraginta annis, donec venissent in terram habitabilem.* (Exod. XVI. 35). Así..., lo que da la perseverancia final es la perseverancia en la Comunion....

El ángel del Señor tocó a Elías, dice la Escritura, y le dijo: Levántate y come, porque te queda mucho camino que recorrer: *Surge, comede, grandis enim tibi restat via.* (III. Reg. XIX. 7). Y así que se hubo levantado, comió y bebió; y fortificado con aquel alimento, anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, la montaña de Dios: *Qui, cum surrexisset, comedit et bibit; et ambulavit in fortitudine cibi illius quadraginta diebus et quadraginta noctibus, usque ad montem Dei Horeb.* (Ibid. XIX. 8).

(Véase ACCIONES DE GRACIAS).

## EVANGELIO Ó SAGRADA ESCRITURA.

**S**ALUDEN S. Atanasio y S. Agustín (*in psal. XC*), S. Antonio llamaba la Sagrada Escritura una carta enviada por el Cielo a los hombres: *Sanctam Scripturam SS. Epistolam e Celo ad homines missam.* ¿Qué es la Sagrada Escritura? Es, dice S. Gregorio el Grande, una epístola del Omnipotente a su criatura: *Quid est Sancta Scriptura, nisi epistola omnipotentis Dei ad suam creaturam?* (Lib. IV. epist. LXXXIV).

El mismo Espíritu Santo ha dictado la Sagrada Escritura, dice S. Cipriano; los profetas (los evangelistas y los Apóstoles) no eran más que sus amanuenses, ó bien la pluma del Espíritu Santo, bajo cuyo dictado escribían: *Spiritus Sanctus erat scriba; propheta erant ejus calami, quibus Spiritus Sanctus scribenda dicitabat.* (Serm. de Eleem.).

¿Qué es el Evangelio? Es el libro de Jesucristo, la filosofía y la teología de Jesucristo; es la preciosa nueva de la redención; es la gracia, la salvación eterna del género humano que Jesucristo trajo al mundo y concedió a los creyentes.

**E**l Antiguo Testamento es el Nuevo Testamento velado; el Nuevo es el Antiguo sin velo.

El Nuevo Testamento, dice S. Willibaldo, es con relación al Antiguo lo que la luz es relativamente a la sombra, lo que la verdad comparada con la imagen, lo que el alma es al cuerpo, lo que la vida es a lo que vivifica. Y como el cuerpo está vivificado por el alma, así se han verificado las promesas del Antiguo Testamento por la verdad que Jesucristo nos ha descubierto en el Nuevo: *Novum Testamentum se habet ad Vetus, sicut lux ad umbram, sicut veritas ad figuram, sicut anima ad corpus, sicut vita ad quod vivificatur. Sicut enim corpus per animam vivificatur, sic per veritatem in Novo Testamento per Christum exhibitam, promissiones Veteris Testamenti verificata sunt.* (In ejus vita a Philipp. epist.).

La diferencia que existe entre la antigua ley y la nueva, estriba: 1.º en su autor: los autores de la antigua son principalmente Moisés, y luego los profetas; el autor del Evangelio es Jesucristo, verdadero Dios y hombre...; 2.º en que la antigua ley es menos perfecta...; 3.º en que la antigua no es más que una sombra de la nueva; el Evangelio es la verdad visible...; 4.º en que la antigua era una ley de temor; el Evangelio es una ley de amor...; 5.º en que la ley prometía bienes terrestres y perecederos, y el Evangelio prometa la gracia, el cielo; y nos lo da...; 6.º en que la ley era un yugo pesado, y el Evangelio es un yugo ligero...; 7.º en que la ley era el camino para ir a Jesucristo y al Evangelio, siendo el Evangelio y Jesu-

¿Qué es la Sagrada Escritura?

¿Qué diferencia hay entre la antigua y la nueva ley?

cristo el término de la ley, pues Jesucristo es el fin de la ley, como dice S. Pablo: *Finis legis Christus* (Rom. X. 4)...; 8.º en que la ley se dió sólo á los judíos, y el Evangelio se ha dado á todas las naciones...; 9.º en que la ley no era más que para un tiempo determinado, y el Evangelio durará siempre, será eterno...; 10 en que la ley era imperfecta, y el Evangelio es perfecto, ya se le considere bajo el punto de vista del dogma, ya de la moral...; 11 en que la ley antigua era en cierto modo una ley de esclavitud, y el Evangelio es la ley de la libertad, la ley del espíritu, la ley de la beneficencia y de la caridad...; 12 en que la ley daba solamente los preceptos y lo que estaba conforme con la naturaleza, y el Evangelio da los preceptos y los consejos, y las cosas sobrenaturales y divinas superiores á la naturaleza...; 13 en que la ley propone á la inteligencia el precepto con toda su sequedad, y el Evangelio ofrece la gracia con los preceptos y los consejos, para cumplir unos y otros...; 14 en que la ley no ha creado ningún Apóstol, y el Evangelio ha creado á muchos....

Necesidad de la Escritura ó de la revelación.

Además de la enseñanza filosófica, es necesaria para la salvación del género humano cierta doctrina revelada por Dios, dice Santo Tomás: *Necessaria est ad humanam salutem doctrina quedam á Deo revelata, præter philosophicas disciplinas*. (I. q. art. 1).

Esta revelación es necesaria para conocer las cosas que son superiores á la inteligencia del hombre y á las fuerzas de la naturaleza....

La revelación es también necesaria, añade Sto. Tomás, hasta en las cosas que la filosofía puede descubrir con la luz natural; puesto que la verdad, vista por la filosofía, no se descubre más que á pocos y después de un largo estudio, hallándose mezclada siempre con muchos errores. Se necesita, pues, una verdad revelada que dirija la filosofía, corrija los errores, y sea fácilmente conocida de todos de un modo cierto y positivo. Y para todo esto es insuficiente la luz natural. (*Ut supra*).

Los cuatro evangelistas.

San Mateo está representado teniendo á su lado una cabeza de hombre, porque Jesucristo se hizo hombre, y este evangelista se dedica á contar su vida como hombre.

San Marcos se representa con un león, porque describe el poder y el reinado de Jesucristo.

San Lucas está representado con un buey á su lado, porque Jesucristo aparece en S. Lucas como la nueva víctima que ocupa el lugar de todas las antiguas víctimas.

San Juan tiene una águila á su lado, porque nos hace conocer el divino origen de Jesucristo....

Así pues, S. Mateo expone la humanidad de Jesucristo; S. Marcos su dignidad real; S. Lucas su sacerdocio, y S. Juan su Divinidad....

La Escritura tiene principalmente cuatro sentidos: el sentido literal, que cuenta los hechos; el sentido alegórico, que indica lo que hemos de creer; el sentido tropológico, ó sentido moral, que indica lo que hemos de hacer, y el sentido anagógico, que indica lo que debemos esperar. Lyrano los designa y define en estos dos versos:

*Littera gesta docet; quid credas, allegoria;  
Moralis, quid agas; quid speres, anagoga.*

La ciudad de Jerusalem, literalmente, significa la capital de Judaea; en el sentido alegórico, figura la Iglesia; en el sentido tropológico ó moral, significa el alma fiel; y en el sentido anagógico, la patria celestial.

Añádes á la Sagrada Escritura un quinto sentido: el sentido acomodativo ó interpretativo.

Podemos servirnos de todos estos sentidos mientras no se ataque el dogma ni la moral, ni el culto aprobado por la Iglesia.

No es lícito falsificar las Sagradas Escrituras. Conservad el buen depósito por el Espíritu Santo que habita en nosotros, dice S. Pablo á Timoteo: *Bonum depositum custodi per Spiritum Sanctum, qui habitat in vobis*. (II. I. 14). O Timoteo, le dice también, conservad el depósito evitando profanas palabras nuevas y las contradicciones de la ciencia que falsamente se llama tal: *O Timothee, depositum custodi, devitans profanas novitates, et oppositiones falsi nominis scientia*. (I. IV. 20).

Antigüedad del Evangelio.

Oigamos al Apóstol de la Gentes: Pablo, siervo de Jesucristo, llamado al apóstolado, y elogiado para llevar el Evangelio que Dios había prometido en otro tiempo por sus profetas en las santas Escrituras: *Paulus, servus Jesus Christus, vocatus apostolus, segregatus in Evangelium Dei, quod ante promisserat per prophetas suos in Scripturis sanctis*. (Rom. I. 1-2). Es como si S. Pablo dijese: El Evangelio que os anuncio, no es nuevo, no lo hemos hallado, hace poco, ni lo he inventado yo, ni tampoco lo ha inventado otro, sino que es la obra y el decreto de Dios desde la eternidad. Por esta razón ha sido prometido en otro tiempo por todos los santos profetas como una cosa preciosa, admirable, saludable, cierta, muy verdadera, muy clara, divina, anunciada y fortificada durante todos los siglos: *La verdad es hija del tiempo, dice Ciceron: Temporis enim filia est veritas*. (Lib. de Offic.).

La antigua ley contenía en germen la nueva.

La Sagrada Escritura es el reino de los cielos, dice S. Crisóstomo, es decir, la bienandanza á que conduce Jesucristo; nuestra razón y nuestro verbo es su puerta; los sacerdotes son sus porteros; la llave es la palabra de la ciencia; la apertura es la interpretación fiel:

Excelencia y firmeza de la Santa Escritura.

*Regnum calorum est Sancta Scriptura, vel beatitudo, ad quam illo ducit; janua est intellectus, vel Christus; claviculæ sunt sacerdotes; clavæ est verbum scientiæ; aperit, ejus interpretatio.* (In Católica).

Nuestro Salvador Jesucristo, dice S. Pablo, ha destruido la muerte y hecho brillar la vida y la incorruptibilidad por el Evangelio: *Qui destruxit mortem, illuminavit autem vitam et incorruptionem per Evangelium.* (II. Tim. I. 10).

Toda Escritura inspirada por Dios es útil para enseñar, reprender, corregir é instruir en la justicia, añade S. Pablo, á fin de que el hombre sea perfecto y apto para toda obra buena: *Omnis Scriptura divinitus inspirata, utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia, ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus.* (II. Tim. III. 16-17).

Hugo de S. Victor dice muy bien, hablando del divino libro de la Escritura: La Sagrada Escritura es el libro de vida, cuyo origen es la esencia eterna y espiritual; escritura indeleble y digna de ser desahada; doctrina fácil, ciencia dulce y suave, profundidad inagotable, reunion de todas las verdades, cuyo conjunto forma una sola verdad: *Sacra Scriptura liber est vite, cujus origo æterna essentia, incorporea; scriptura indelebilis, aspectus desiderabilis, doctrina facilis, scientia dulcis, profunditas insoudabilis, verba innumerabilia, et unum tantum verbum omnia.* (Tract. de Arca Noë).

El libro de la Sagrada Escritura es uno, dice el abate Ruperto, y por esto tiene el nombre de Escritura; es uno, porque está escrito por el Espíritu Santo; es el tesoro y el tabernáculo de la palabra divina, que es una: *Unus iste liber Sancta Scriptura est; quo videri dicitur; et est unus liber, quia uno Spiritu est conscripta, et unus verbi Dei thesaurus, et sacrarium est.* (In Apoc.).

La Sagrada Escritura es un gran río; los árboles vigorosos y lozanos, plantados á las orillas de este río, son los Santos....

La Sagrada Escritura es tan rica, tan preciosa, tan bien dirigida por el Espíritu Santo, que es propio de todos los lugares, de todos los tiempos y de todas las personas; ayuda á sobrellevar las dificultades, los peligros y las enfermedades; á ahuyentar los males, á proporcionar los bienes, á ahogar los errores, á hacer practicar las virtudes y á destruir los vicios....

Oídme, pueblo mio, dice el Señor por medio de Isaías; oídme, tribu mia; la ley saldrá de mi boca; mi justicia iluminará á los pueblos, y descansará en medio de ellos. (XL. 14). La ley evangélica se llama justicia, porque ofrece á los hombres la justificación para que vivan en la justicia, en la piedad y en la santidad. Esta ley se llama justicia, porque el que la recibe es juzgado digno del Cielo, y el que la rechaza es condenado por la misma al infierno....

La Sagrada Escritura es el más perfecto de todos los libros, la más cierta de todas las ciencias, la más angosta, la más eficaz, la más sabia, la más útil, la más sólida, la más necesaria, la más basta y

La Sagrada Escritura es el más perfecto de todos los libros, la más cierta de todas las ciencias, la más angosta, la más eficaz, la más sabia, la más útil, la más sólida, la más necesaria, la más basta y

elevada. Es la única necesaria, porque es la palabra de Dios. No es Moisés el que habla; es Dios; no son los Patriarcas y los Profetas los que hablan; es Dios; no son los evangelistas S. Mateo, S. Lucas, S. Juan y S. Marcos los que hablan; es Dios. Y claro es que Dios posee todas las ciencias y las posee sin error....

La verdad del Evangelio consistió principalmente en tres cosas: 1.º en el verdadero conocimiento de Dios...; 2.º en el conocimiento de la encarnación y la redención...; 3.º en el conocimiento de la verdadera bienaventuranza....

Jesucristo ha hecho brillar la vida por medio del Evangelio, dice el Apóstol de las Gentes. (II. Tim. I. 10). Permaneced, añade á Timoteo, permaneced firme en las cosas que habeis aprendido y que se os han confiado, sabiendo de quien las habeis aprendido; desde la infancia habeis conocido las sagradas letras, que pueden instruiros sobre la salvación con la fe en Jesucristo: *Tu permans in iis que didicisti, et credita sunt tibi: ab infantia sacras litteras nosti, quæ te possunt instruere ad salutem, per fidem quæ est in Christo Jesu.* (II. III. 14-15).

Ama la ciencia de la Escritura, dice S. Jerónimo, y no amareis los vicios de la carne: *Ama scientiam Scripturarum, et vitia carnis non amabis.* (Epist.).

Como niños que acaban de nacer, dice el apóstol S. Pedro, desead con ardor la leche espiritual y pura, á fin de que os haga crecer para la salvación: *Quasi modo gentis infantes, lac concupiscite, ut in eo crescatis in salutem.* (I. II. 2). ¿Preguntais qué leche es esta? Es la doctrina evangélica; y esta doctrina se llama leche: 1.º por su dulzura y suavidad...; 2.º porque alimenta y engorda el alma, como la leche material nutre el cuerpo...; 3.º porque purifica el alma, la hace preciosa y la deja blanca como la leche...; 4.º porque es pura y natural como la leche... 5.º Así como la leche es la delicia de los niños, les hace conciliar un dulce sueño, quitándoles el deseo de otros alimentos, así la doctrina de Jesucristo constituye las delicias del alma, le da calma, la tranquiliza y la embriaga de felicidad y de verdad....

San Pedro manda á los fieles que mamen constantemente del pecho de la Iglesia, nuestra madre, la leche de la doctrina evangélica, para instruirse, para alimentarse y crecer en sabiduría y salud espiritual....

Saber y conocer la Escritura, es, pues, tener la ciencia de la verdad y de la dicha; es tener la ciencia de las ciencias....

Amad la luz de la sabiduría, vosotros, que sois superiores á los pueblos, dice el Señor: *Diligite lumen sapientiæ, omnes qui preestis populis.* (Sap. VI. 23). Esta luz de la sabiduría es el Evangelio....

Recorred los campos deliciosos de la Escritura, recoged como la aveja, y colocad en el alvéolo de vuestra memoria las muy odoríferas flores de la Escritura, el lirio de la castidad, el olivo de la caridad, la rosa de la paciencia, y las uvas de las perfecciones espirituales....

Toda la teología está fundada en la Santa Escritura; porque la teología no es más que la ciencia de las deducciones que se sacan de los principios ciertos de la fe. Es, pues, muy evidente que la Sagrada Escritura echa los cimientos de la teología, cimientos, principios según los cuales el teólogo hace y expresa sus demostraciones con el raciocinio.

La Sagrada Escritura contiene todo lo que puede saberse; abraza las ciencias naturales y sobrenaturales, y hasta nos da á conocer la ciencia divina con sus divinos atributos.....

El Génesis, así como el Eclesiástico y Job, enseñan la Física; los Proverbios, la Sabiduría y el Eclesiástico enseñan la Moral. La Metafísica la enseñan Job y el Salmista; allí se canta con himnos de alabanza el poder, la sabiduría y la inmunidad de Dios; las incomparables obras de Dios, los ángeles y todas las criaturas son allí ensalzadas. En el Génesis, el Éxodo, el libro de Josué, los libros de los Jueces y de los Reyes; en Esdras y en los Macabeos hallamos la Historia y la Cronología. La Geometría aparece en la construcción del Tabernáculo y del Templo.....

La Sagrada Escritura habla del principio de las cosas, del orden de la naturaleza, y sobre todo de Dios, de sus atributos, de la inmortalidad del alma, de la libertad, de la verdadera igualdad, de la fraternidad, de las penas, de las recompensas y de todo cuanto existe; y habla de todo de un modo más exacto, más sólido y claro que todos los sabios reunidos.....

Historia, literatura, poesía, pintura, escultura, de todo contiene...

San Vicente Ferrer, que tantas conversiones hacia con sus sublimes y elocuentes predicaciones en España, Francia, Alemania, Inglaterra é Italia, no llevaba consigo más que la Biblia, ni predicaba tampoco otra cosa. (*In ejus vita*).

La Sagrada Escritura es el arca del Testamento, contiene todas las maravillas, todas las ciencias y perfecciones. Debemos llevar con respeto este sagrado libro, es decir, leerlo, estudiarlo y escucharlo sin cesar.....

San Antonio de Padua citaba y explicaba también la Sagrada Escritura, y la enseñaba y predicaba con tanta fuerza y elocuencia, que el Soberano Pontífice le dió el precioso nombre de Arca del Testamento. (*In ejus vita*).

La continua meditación de las Escrituras, dice Casiano, convierte el alma en arca del Testamento: *Continua meditatio Scripturarum mentem facit arcam Testamenti*. (Callat.).

Hállese en nosotros el arca del Testamento, dice S. Jerónimo; seamos los guardiánas de la ley de Dios y los querubines de la ciencia, y mirezca nuestro espíritu el nombre de oráculo. (*Epist.*).

Cuanto decimos ó hacemos, dice S. Basilio, debe hallarse confirmado y aprobado por la manifestación de las Divinas Escrituras, para poder confirmar á los buenos en la fe y confundir á los malos: *Quidquid dicimus vel facimus, id testimonio dicinarum litterarum*

*confirmari debet ad confirmationem fidei honorum, et confusionem malorum*. (In Ethic., Reg. 26, c. 1).

El juicio de Dios ilustrará á los pueblos, dice Isaías. (*LI. 4*). La ley evangélica se llama juicio, porque nos enseña el juicio y los pensamientos de Dios; lo que á Dios place y lo que le disgusta, lo que aprueba y lo que condena.....

El que ha mirado en el fondo de la ley perfecta de libertad, dice el apóstol Santiago, y ha persistido, no escuchando para olvidarse al momento, sino cumpliendo las obras, será feliz en sus acciones: *Qui autem perspexerit in legem libertatis, et permanserit in ea, non auditor oblivisus factus, sed factor operis, hoc beatus in facto suo erit*. (I. 25). 1.º La ley evangélica es la ley perfecta, la ley de libertad, y no de servidumbre, como era la antigua ley. La libertad de la ley evangélica que nos ha dado Jesucristo, nos exime de los preceptos legales y de los preceptos ceremoniales, pero no de los preceptos del Decálogo, pues esta ley obliga, no porque nos haya venido por medio de Moisés, sino porque es la ley de la naturaleza, sancionada por Dios y renovada por Jesucristo..... 2.º Nos libra del pecado, del poder del demonio y del inferno..... La única libertad á los ojos de Dios, dice S. Jerónimo, es no ser esclavos del pecador: *Sola apud Deum libertas est non servire peccatis*. (Lib. super Matth.)..... 3.º Esta ley nos libra de la coacción y del temor; de manera que podemos cumplir la ley del Evangelio, no por temor de la venganza, sino por amor á la justicia. Los cristianos no son esclavos como los judíos, sino que son hijos de Dios.....

La santidad del Evangelio consiste: 1.º en la exención de todo error...; 2.º en el culto del verdadero Dios...; 3.º en el amor, y no en el temor servil...; 4.º en la doctrina de salvación que contiene...; 5.º El Evangelio nos conduce también á la santidad y á la perfección. No llegamos á ser verdaderamente santos, sino cuando observamos exactamente el Evangelio: cuanto más lo observemos, más creceremos en santidad.....

Cuando oramos, dice S. Agustín, hablamos á Dios; pero cuando leemos las sagradas Escrituras, Dios nos habla: *Cum oramus, cum Deo loquamur; quando vero legimus Divinas Scripturas, Deus loquitur nobiscum*. (Serm. CXII. de Temp.).

Señor, dice aquel santo Doctor, en vuestras Escrituras están mis casias delicias; no puedo engañarme ni engañar á nadie siguiéndolas: *Casus delicia mea Scripturae tuae; nec fallor in eis, nec fallant in eis*. (Lib. II. Confess., c. II).

¡Qué ventaja más admirable y preciosa tener siempre entre las manos los sagrados libros, leer y volver á leer aquellas divinas letras que Dios nos ha enviado con su propia mano, y que son los testigos incorruptibles y ciertos de la voluntad divina! ¡Qué dulce

El Evangelio da la verdadera libertad.

Santidad del Evangelio.

Incontables ventajas que contiene la Escritura.

es y saludable, y qué cosa más piadosa consultar á Dios y consolarle á menudo!....

Con la práctica del Evangelio, los hombres son reyes; se les da una soberanía, y no una soberanía efímera, terrestre y laboriosa, sino una soberanía duradera, celestial y llena de consuelos y dulzuras.

No es una planta ni un remedio aplicado á su llaga lo que les ha curado, dice la Subiduría, sino vuestra palabra, Señor, que todo lo cura: *Etenim neque herba, neque malagma sanavit eos, sed tuus, Domine, sermo, qui sanat omnia.* (XVI. 13).

Todas las enfermedades del alma tienen su remedio en la Sagrada Escritura, dice S. Agustín: *Omnis morbus animæ habet in Scriptura medicamentum suum.* (Epist. III. ad Volusian).

La sagrada Escritura, dice S. Basilio, es una farmacia abierta á todos, y propia para curar las almas; cada cual puede escoger en ella un remedio saludable y conveniente á su enfermedad: *Sancitæ Scripturæ est communis curandæ animarum officina; è qua metelan quisque sui morbo salutarem et accommodatam quærit se ligere.* (Homil. in Psal. I).

La Sagrada escritura es un inmenso tesoro, una farmacia preciosísima, donde se halla todo lo que conviene á los tiempos, á los lugares, á las personas y á las diversas enfermedades. Ella ha dado la fuerza y la constancia á los mártires; ella ha hecho los doctores, instruyéndolos y formándolos para instruir á los demás. Ella es la luz de la sabiduría; el río de la elocuencia y el martillo de la herejía; ella enseña á ser humildes y modestos en la prosperidad, grandes en la adversidad, laboriosos y vigilantes en la tentación; ella reformá las costumbres, y las conserva intactas, hace nacer y alimenta todas las virtudes; detiene, desarraiga, aplasta y destruye todos los vicios: así como su divino autor es la vida, la verdad y la vida....

VI, dice S. Juan en el Apocalipsis, vi á la derecha del que estaba sentado en el trono, un libro escrito por dentro y por fuera, y sellado con siete sellos: *Et cili in dextera sedentis supra thronum, librum scriptum intus et foris, signatum sigillis septem.* (V. 1). ¿Cuál era este libro sellado, y sellado con siete sellos? Muchos doctores creen y enseñan que este libro es la Sagrada Escritura. El primer sello es la profundidad de la Escritura en sí misma...; el segundo, la multiplicidad de los sentidos que contiene...; el tercero, la variedad de las figuras...; el cuarto, la sublimidad de la doctrina...; el quinto, la oscuridad de los misterios...; el sexto, la santidad del sentido tropológico...; el séptimo, la inefable transparente verdad mezclada con las cosas misteriosas....

Jesucristo abrió este libro sellado cuando, elevándose al cielo, dió á sus apóstoles la inteligencia de la Escritura: *Aperuit illis sensum, ut intelligerent Scripturas.* (Luc. XXIV. 45). Los confirmó en aquella inteligencia, y la aumentó enviándoles el Espíritu Santo....

Hemos de estudiar la Escritura con acceso á los juicios interiores.

Es un océano sin fondo la Sagrada Escritura; contiene sentidos profundos y sublimes: la profundidad de vuestras Escrituras, Señor, es admirable, exclama S. Agustín; no pueden considerarse sino con temor, temor de respeto y temor de amor.

En estas Escrituras ignoro muchas más cosas de las que sé: *In ipsis Scripturis nescio multo plura quam scio.* (Epist. CLXX).

En la Sagrada Escritura, dice S. Gregorio, nada el humilde corde-ro, y se ahoga el elefante orgulloso: *In Sancta Scriptura agnus (humilis) natat, et elephas (superbus) mergitur.* (Præf. in lib. Moral., c. IV).

No he dejado nunca desde mi infancia de leer la Escritura ó de consultar á los sabios, dice S. Jerónimo; siempre he desconfiado de mí mismo: *Numquam ab adolescentia, aut legere, aut doctos viros interrogare cessavi; nunquam meipsum habui magistrum.* (Præf. in Epist. ad Ephes.). Últimamente, añade el mismo Santo, he ido á Alejandria para ver á Didimo para que me ilustrase y resolviese todas las dificultades que se me ofrecían en las Escrituras. (*Ut Supra*).

Hé aquí lo que dice Rufino de S. Basilio y de S. Gregorio Nazianceno: Ambos nobles, ambos los más eruditos de Atenas, colegas durante trece años, después de haber arrinconado todos los libros de los griegos, no se ocuparon más que de la Sagrada Escritura, y buscaban su inteligencia, no en sí mismos sino en los autores más sabios y más reputados, y en los descendientes de los Apóstoles. (*Lib. II. Hist., c. IV*).

Pablo el Apóstol, dice S. Jerónimo en su carta á Paulino, se glorifica de haber aprendido la ley de Moisés y los profetas á los pies de Gamaliel; allí aprendió á lanzar los dardos espirituales y divinos; y esto mismo le hacía decir con confianza: Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino que son, al contrario, el poder divino para el derribo de las murallas, destruyendo los raciocinios y cualquier altura que se levante contra la ciencia de Dios, reduciendo á cautiverio toda inteligencia en obsequio de Cristo, y prontas á castigar cualquier desobediencia: *Arma militiæ nostræ non carnalia sunt, sed potentia Dei ad destructionem munitionum, consilia destruentes, et omnem altitudinem extolentem se adversus scientiam Dei, et in captivitatem redegentes omnem intellectum in obsequium Christi, et in promptu habentes utique omnem inobedientiam.* (II. Cor. X. 4-6).

El sabio, dice el Eclesiástico, recogerá la subiduría de los antiguos, y volverá á leer sin cesar las profetas; detendrá en la memoria los relatos de los hombres célebres, y entrará al mismo tiempo en los misterios de las parábolas; penetrará los secretos de los Proverbios, y se alimentará del sentido oculto de las parábolas: *Sapientiam omnium antiquorum exquirat sapiens, et in prophetis cogabit, Narrationem virorum nominatorum considerabit, et in verbis parabolarum simul introibit. Occulta Proverborum exquirat, et in absconditis parabolarum contersabitur.* (XXXIV. 1-3).

Los Proverbios son sentencias graves recibidas por la opinión general; las parábolas son semejanzas, comparaciones.

La vida de los Santos es la mejor interpretación de las Escrituras, dice S. Jerónimo: *Vita Sanctorum interpretatio Scripturarum.* (Epist. ad Paulin.)

No debemos estudiarse la Escritura según el sentido particular, sino según la interpretación aprobada por la Iglesia; de otra suerte caeríamos en mil errores, como los herejes han caído y caen cada día.

Hemos de estudiar la Santa Escrituras con profundo respeto. En otro tiempo, en los templos había dos Tabernáculos, uno al lado del otro: en el uno estaba la sagrada Eucaristía, y en el otro los santos libros: lo que prueba con evidencia que la Iglesia ha respetado siempre infinitamente las Divinas Escrituras, como ha respetado también siempre infinitamente la santa Eucaristía....

San Carlos Borromeo nunca lava la santa Escritura sino de rodillas y con la cabeza descubierta. (*In ejus vita.*)

**1.** Hemos de leer la Santa Escritura muy á menudo... 2.º hemos de leerla con humildad... 3.º con pureza de corazón... 4.º hemos de orar: estos son los medios necesarios para recoger abundantes frutos de las Sagradas Escrituras. Sin la ciencia de la Escritura no pueden existir buenos predicadores, ni verdaderos apóstoles....

Como ya hemos dicho, no basta leer y meditar la Escritura, es menester consultar á los hombres de experiencia y de práctica, á los buenos comentaristas....

El estudio, el amor al trabajo y el auxilio de Dios, todo es indispensable para conocer y comprender los sagrados libros....

Si el soberano Señor quiere, dice el Eclesiástico, le llenará del espíritu de inteligencia. Y derramará como lluvia las palabras de su sabiduría, y él confesará al Señor con la oración. El Señor dirigirá sus consejos y sus instrucciones, y él meditará los secretos de Dios. El mismo publicará las lecciones que ha aprendido, y se glorificará en la ley de la alianza del Señor. La muchedumbre alabará su sabiduría, y su sabiduría jamás caerá en olvido. (XXXIII. 89.)

Así es que la meditación, la oración, la lectura, el trabajo, la humildad, la pureza, el estudio de los Padres y de sus comentarios, y una vida santa, son las llaves de las Sagradas Escrituras. Estas llaves son un don del Cielo que Dios nos envía....

Leer las Divinas Escrituras es abrirnos el cielo, dice S. Crisóstomo: *Scripturarum lectio celorum est reservatio.* (In Psál.)

En la explicación de la Sagrada Escritura, dice S. Jerónimo, no hemos de emplear una elocuencia mundana, flores ni pitos oratorios, sino la erudición y la sencillez de la verdad. (*Proaemio in lib. III. Comment. in Amos.*)

Aquellas palabras de Manilho: *Ornari res ipsa cetat contenta doceri:* El asunto lleva en sí mismo su adorno, y sólo quiere ser presentado, conviene principalmente á la Sagrada Escritura. Fabio dice también: *Res magna sibi ipsa ornata sunt; non indigent furo ut amentur:* Las cosas grandes tienen en sí mismas su esplendor, su riqueza y su hermosura; es inútil el artificio para hacerlas amar. (*De Philos.*.)

Medios de aprovecharse de la santa Escritura.

## EXÁMEN DE CONCIENCIA.

**V**ed, hermanos míos, de andar con prudencia, dice el Apóstol de las Gantes: *Videte, fratres, quomodo caute ambuletis.* (Ephes. V. 45). Examinaos, aprended á conoceros, dice el apóstol S. Juan: *Videte vos metipcos.* (II. 8).

Velo como un centinela, dice el Profeta, estoy como en un lugar elevado, y espero viendo lo que me dirá el Señor y lo que he de responder á su acusación y á sus quejas: *Super custodiam meam stabo, et figam gradum super munitionem; et contemplantor ut videam, quid dicatur mihi, et quid respondeam ad arguentem me.* (Habacuc. II. 1).

Somos los ecónomos de Dios. No olvidemos que aquel amo de que nos habla el Evangelio, pide estrecha cuenta á su iniel económico sobre la gestión de sus bienes. Dame cuenta de tu administración, le dice: *Redde rationem cultivationis tue.* (Luc. XVI. 2).

Un administrador lleva sus cuentas en regla, y las conoce con exactitud... El negociante examina sus deudas, sus pérdidas y sus beneficios. De la misma manera debemos obrar nosotros cada día....

Ha pasado al campo del perezofo y á la vña del insensato, dice Salomon en los Proverbios, y todo estaba lleno de espinas; las malezas cubrían su superficie, y el vallado de piedras estaba caído: *Per agrum hominis pigri transiit, et per vineam viri stulti; et ecce totum repleverant urtica, et operuerant superficiem ejus spinæ, et mæx via lapidum destructa erat.* (XXIV. 30-31). He aquí el triste estudio de un alma que jamás se reconcentra para examinarse seriamente....

Mientras que los criados dormían, dice el Evangelio, vino el enemigo y sembró zizaña en medio del trigo; *Cum dormirent homines, venit inimicus ejus, et super seminavit zizania in medio tritici.* (Math. XIII. 25).

La Escritura, los Padres de la Iglesia, los Padres de la vida espiritual, recomiendan en gran manera el examen de conciencia. Es una de las cosas más importantes de la religión.... Ninguna ocupación debe dispensarnos de ello....

Dos razones principales prueban su necesidad: 1.º Este examen es necesario para conocer nuestras fallas y para inspirarnos al arrepentimiento.... 2.º Es necesario para no volver á pecar. Este examen es á la vez una penitencia y un preservativo.

Entre las Sentencias de oro de Pitágoras, hay una que S. Jerónimo encomia principalmente: Es de absoluta necesidad que mañana y

Necesidad del examen de conciencia.

Cuando y cómo hacer este examen.





sondeo. Cada vez que buscando hemos hallado necesidad de buscar más todavía no hemos buscado en vano; y si nosotros investigamos nuestro corazón y nuestra conciencia cada vez que tengamos necesidad de ello, lo haremos constantemente; porque los enemigos y las heridas nunca faltan. (*Serm. LVIII. in Cant.*)

Examinémosla sin lisonja, sin disimulo; examinémosla á fondo nuestro corazón; allí encontraremos oculta alguna pasión; algún defecto que mancha, todas nuestras acciones, desagrada á Dios y aparta de nosotros su gracia y sus dones. Arrancad, desarraigad este vicio secreto, este vicio familiar, si quereis la bendición de Dios y el dulce rocio de sus celestiales favores....

Hemos de examinar lo que hemos hecho y cómo lo hemos hecho... ¿De qué defecto me he corregido hoy? ¿A qué pecado he resistido? ¿Soy mejor?...

Hemos de desempeñar contra nosotros mismos las funciones de testigo, de acusador, de juez y de ejecutor....

No hemos de cansarnos jamás; hemos de perseverar en este examen.... Hemos de iniciar al labrador, al jardinero, al viandante, etc....

Hé aquí que en este día, dijo el Señor á Jeremías, te he constituido para arrancar y destruir, para perder y disipar, y para edificar y plantar: *Ecce constitui te hodie ut exellas, et destruas, et dispendas, et dissipas, et edifies, et plantes.* (I. 10).

Por esto....

Excelencia del examen de conciencia.

Nada hay tan útil, más loable; más ventajoso ni más santo que penetrar en nosotros mismos....

Después de un atento examen, y descubiertas ya las faltas, vienen el arrepentimiento, las lágrimas, las resoluciones y el cambio de vida....

Lo más esencial en el examen de conciencia, es el dolor y el buen propósito; un examen serio y asiduo nos proporciona una y otra cosa....

No temais, dijo el ángel profeta Daniel, porque desde el primer día en que habeis aplicado vuestro corazón á comprender para aligeros en presencia de vuestro Dios, han sido oídas vuestras palabras y he venido: *Noli metueri, Daniel, quia ex die primo quo posuisti cor tuum ad intelligendum ut te asligeres in conspectu Dei tui, ex audita sunt verba tua, et ego veni.* (X. 12). Cuando los hermanos de José huyeron contado sus faltas y sus pesares, no pudo éste contenerse; los colmó de bienes, se dio á conocer, los abrazó á todos, y lloró sobre cada uno de ellos; después de esto se abrevieron á hablarle. (*Gen. XLIV*). Así obra Dios hácia los que hacen un serio examen y condenan sus faltas....

Conocerse á uno mismo, dice S. Clemente de Alejandria, es la primera y más hermosa de todas las instrucciones; porque el que se conoce, conoce á Dios: *Est disciplinarium omnium pulcherrima et ma-*

xima se ipsum nosse; si quis enim seipsum novit, Deum cognoscit. (Lib. I. Strom.).

Por esto decía S. Agustín: Dios mio, ¡ojalá que siempre os conozca, á Vos, que nunca cambiáis; ¡ojalá que me conozca: *Deus semper idem, noverim te, noverim me.* (Soliloq., c. I).

Dios vendrá, dice aquel Santo doctor, se manifestará, examinará y convencerá, cuando el cambio del corazón no sea ya posible. Yo os colocaré delante de vosotros mismos, dice aquel gran Dios. Haced pues ahora lo que Dios hará más tarde. Dejad de echar atrás los pecados vuestros que no quereis ver, y ponéldos á vuestra vista. Subid al tribunal de vuestro espíritu; sed vuestro propio juez, y castigues el temor; declarad vuestras miserias, y decid á vuestro Dios: Conozco mi iniquidad, y siempre tengo delante mi crimen. Poned ante vuestros ojos lo que teniais á la espalda, no sea que más tarde el divino juez os ponga delante de vosotros mismos y no podáis huir de vuestra propia presencia, y su justicia caiga sobre vosotros como un leon, sin que nadie pueda libraros: *Quod erit post te, fiat ante te, ne tu ipse postea á Deo iudice fias ante te, et non sit quo fugias á te, ne quando rapiat sicut leo, et non sit qui eripiat.* (In Psal. XLIX).

Oid lo que dice S. Francisco de Asis: ¿Quién sois, Señor? ¿Y qué soy yo tambien? Vos sois el abismo del ser, del bien, de la sabiduría, de la virtud, de la perfección y de la gloria; y yo soy el abismo de la nada, del mal, de la ignorancia, de los vicios, de las miserias y de toda bajez: *Quis tu, Domine? Quis ego? Tu abyssus entis, boni, sapientie, virtutis, perfectionis et glorie; ego abyssus nihili, mali, ignorantie, vitiorum, miseriarum et vilitatis amnis.* (In ejus vita).

Dice Sócrates que los que no se conocen no sirven ni para gobernarse ni para gobernar á los demás. (*Anton in Meliss.*). Pero, ¿cómo hemos de aprender á conocernos? Con el examen de conciencia....

Por esto dice S. Bernardo: Aplicaos á conoceros; porque seréis mejores y más dignos de alabanza si os conocéis, que si, descuidándoos á vosotros mismos, conociérais el curso de los astros, la virtud de las yerbas, la naturaleza de los hombres y de los animales, y poseyérais la ciencia de todas las cosas del firmamento y de la tierra; entregaos, pues, al estudio de vosotros mismos: *Studo cognoscere te, quia multo melior et laudabilior es, si te cognoscis, quam si te neglecto, cognosceres cursum siderum, vires herbarum, naturas hominum et animalium, et haberes omnium celestium et terrestrium scientiam. Redde ergo te tibi.* (De Consid.).

San Ambrosio enseña que el conocimiento propio debe preceder al conocimiento de Dios, y que no se llega á este conocimiento sino con el conocimiento propio y con buenas obras. (*Lib. I. Offic.*).

El examen es de dos clases: examen particular y examen general. El examen particular es el que se hace sobre una sola cosa; y el examen general se extiende á todo lo que se ha pensado, deseado, dicho, hecho ó omitido durante el día....

Das clases de exámenes.

Hemos de hacer el exámen particular principalmente sobre lo que más impera en nuestro corazón..., sobre la pasión dominante..., la tentación principal..., el hábito..., la virtud que más nos falta, etc.... Pues cuando un jefe de ejército queda muerto, no tarda todo el ejército en ser derrotado; y cuando atacamos y destruimos el vicio dominante, quedan heridos de muerte todos los demás vicios....

Si alguno quiere matar á una serpiente, no dirige los golpes á toda la longitud del cuerpo, sino á la cabeza, y basta para acabar con el reptil aplastársela. Lo mismo sucede con las pasiones: combatid la principal, que exterminándola, exterminaréis todas las otras;... David se dirigió en derechura á Goliath....

Lo principal para un médico es tener seguridad del sitio en que radica el mal. Examinad también vosotros cuál es vuestra principal enfermedad y dónde se fija....

Para no dejar crecer la mala yerba es preciso arrancar la raíz....

Muchas veces de nada sirve el exámen de conciencia, porque no se aplica á lo más importante.

Debemos, sin embargo, emplear el exámen general y el exámen particular....

## FALSA CONFIANZA.

**N**o hemos de creernos fuertes é impecables, dice S. Bernardo, ni en el cielo, ni en el paraíso, ni aun menos en la tierra: porque en el cielo cayó el ángel en presencia de la Divinidad; Adán cayó en el paraíso terrenal, en donde de nada carecía; Judas cayó en la tierra, á pesar de ser apóstol del Salvador y de la escuela de un Dios. Por esta razón digo: Nadie se fie del tiempo ni del lugar, aunque éste sea un claustro; porque no es el lugar el que santifica á los hombres, sino los hombres los que santifican el lugar: *Non locus homines, sed homines locum sanctificant.* (Serm. de Ligno, feno et stip.).

Siendo buenos, podemos volvernos malos. Muchos hay, dice S. Jerónimo, que siendo hombres de la tierra se convierten en hombres del cielo, y muchos que siendo celestiales se vuelven hombres de la tierra: *Multi de terra cali fiunt, et multi de celo terra.* (Epist.). Pablo, apóstol de la tierra, se convirtió en apóstol del cielo. El que pertenece al cielo no debe estar sin temor, así como el que pertenece á la tierra, no debe desconfiar, sino trabajar para llegar á ser celestial....

El que se cree firme, tenga cuidado de no caer, dice S. Pablo: *Qui se existimat stare, cideat ne cadat.* (I. Cor. X. 12).

El que ama el peligro, en él perecerá, dice el Eclesiástico: *Qui amat periculum, in illo peribit.* (III. 27).

No tengáis más que tentaciones humanas, ordinarias, dice S. Pablo: *Tentatio vos non apprehendit nisi humana.* (I. Cor. X. 13); es decir, no os expongáis á la tentación, no busqueis la tribulación; pues de hacerlo caeréis.... El que está cerca del peligro, no está mucho tiempo seguro, dice S. Cipriano: *Nemo illic tutus est, periculo proximus.* (Serm.).

Es una confianza muy perjudicial exponerse al peligro próximo con la engañosa confianza de poderse librar y no caer en la hoguera del mal. La victoria es muy incierta, es casi perdida cuando se quiere combatir en medio de ejércitos enemigos. Es imposible que el que esté rodeado de llamas salga de ellas sin quemarse; y si las llamas son violentas, expirará en ellas consumido y reducido á cenizas.... Cosa rara será que el que se duerma á la orilla de un precipicio no caiga en él.... En todo esto es aún más ventajoso exagerar el temor que confiar demasiado; es más útil que el hombre reconozca su debilidad y no se exponga, que querer pasar por fuerte, exponerse, y salir débil y herido de la ocasión del mal, que hubiera debido evitar con prudencia....

No me he sentado en la asamblea de la vanidad, dice el Real Pro-

Puedo caer en cualquier tiempo y en cualquier sitio.

No hemos de exponerlos temerariamente.

feta, y no me mezclaré nunca con los que obran mal: *Non sedii cum concilio vanitatis, et cum iniqua gerentibus non introibo.* (XXV. 4). Odio la reunion de los malos, y no me rozo con los perversos: *Odium ecclesiam malignantium, et cum impiis non sedebo.* (Psal. XXV. 5). No me ligo con el corazon corrompido, ni he querido conocer al malvado que me haia: *Non adhasi mihi cor praeum, declinantem à me malignum non cognoscebam.* (Psal. c. 3. 4).

Leemos en el Génesis que habiendo querido Dina, hija de Lia, ver por curiosidad las mujeres del pais por donde pasaba, fué arrebatada y deshonrada con violencia por Sicheim, hijo de Hemor. (XXXI. 1. 2). ¡O deplorable desgracia! cada dia somos testigos de las mismas caidas; venos á jóvenes que se exponen, y pierden la virtud y la fe á causa de su culpable imprudencia....

Quédese encerrada en su casa la mujer; pues su primera virtud y su victoria consisten en no ser vista. Caro pagó Dina su curiosidad (in ejus vita). Porque, como dice Tertuliano, una doncella que se presenta al publico, llega á ser la victima de las pasiones que excita. (*De Spectac.*).

Procurad pues, jóvenes, huir de las miradas; no os exponais jamás imprudentemente á ver y á ser vistas. Imitad á la santísima Virgen, que efectivamente debe ser vuestro modelo. La Virgen tembló ante el ángel, creyéndole un hombre. (*Luc. I. 29*).

Huid de las malas compañías; apartad de ellas vuestro espíritu, vuestro corazon y vuestra voluntad, no les escuchéis nunca, ni les deis nunca la mano; detestad sus palabras y sus obras de tinieblas....

No vengos más que armas y asesinatos en el camino del perverso; el custodio de su alma se aleja de ellos con cuidado: *Arma et gladius in via perversi; Custos autem animae suae longe recedit ab eis.* (XXII. V). Hombre corrompido, ves y andas durante la noche para dañar y exterminar; mientras que los demás duermen, velas como un ladrón y un asesino para quitar el honor y el cielo á una alma inocente é inmortal que costó toda la sangre de Jesucristo. Velas para degollar, turvar, y manchas la noche; desprecias el dia, aborreces la luz, perviertes y corrompes cuanto está cerca de tí.

¡Cuántos imitan la paloma doméstica en su estupidéz y seducción! dice el profeta Osas: *Et factus est quasi columba seducta, non habens cor.* (II. est sensus). (VII. 11).

Porque esta paloma, aunque ve que todos los meses le quitan sus pequenuelos, vuelve sin embargo al mismo nido á poner sus buenvos; á empujarlos, y á alimentar de nuevo á sus hijuelos cuando han nacido. Se los quitan otra vez; veinte veces se los quitan, y veinte veces vuelve. Ves que tal persona, tal casa ó compañía, tal ó cual lugar es fatal para vuestra virtud; y sin embargo no dejais de ver á aquella persona, de ir á aquella casa, de buscar aquella compañía ó aquel lugar.... ¡O paloma estúpida y corrompida! De otro modo obran las demás aves; cuando por primera vez les arrebatan sus pequenuelos, se escapan al momento, y hacen su nido en otra parte. Así

debeis tambien huir vosotros luego que conozcais que quieren llevaros á olvidar las promesas del bautismo....

Aquella paloma doméstica no huya de las redes cuando la reclamán; de la misma manera que los ciegos amantes del mundo, atraidos por las seducciones de los placeres.... El ave cogida en la red está perdida; en vez del coto que ansiaba, halla la muerte. Esta es tambien la suerte de los que con una falsa confianza se exponen al peligro.

No os fieis de la criatura, no os fieis de los hijos de los hombres; no hay salvacion á su lado, dice el Salmista: *Nolite confidere in principibus, in filiis hominum, in quibus non est salus.* (CLV. 2-3).

Poneis en ellos vuestra confianza, y es vana y peligrosa, dice la Sabiduria: *Vana est spes illorum.* (III. 14).

No os fieis nunca de los que os adulan y os dicen que no hay peligro en aquella fiesta, en aquel baile, en aquel teatro, en aquella amistad, en aquella entrevista, en aquella casa, en aquellas tertulias, en aquellas reuniones; no os fieis de los que ponen maldos para los codos, y almohadas para la cabeza de todas las edades, á fin de coger las almas. ¡Desdichados! dice el Señor en Ezequiel: *Hec dicit Dominus Deus: Vae qui consuunt pulcillos sub omni cubito manus, et faciunt cervicalia sub omni cubito manus.* (XXX. 18).

Descansar en la criatura, es apoyarse en una caña que se rompe y hiere; es edificar en el vacio....

Jesús dijo á Pedro: Renegaréis de mí. Y Pedro le contestó: *Aun cuando debiera morir con vos, no lo haré nunca. Ait illi Jesus: Me negabis. Ait illi Petrus: Etiam si oportuerit me mori tecum, non te negabo.* (Math. XXVI. 34-35). Era una gran confianza en sí mismo, y quedó castigado por ella, pues á la voz de la voz de una simple sirviente, pronto renegó de su Maestro ante todo el mundo: *Ad ille negavit coram omnibus.* (Math. XXVI. 70). Y renegó de El por tres veces.... ¡De qué provino tan súbito y extraordinario cambio? De tener demasiada confianza en sus propias fuerzas....; y se expuso temerariamente. A haber pensado con cordura, no habria ido en medio de aquella compañía de malvados, de aquella muchedumbre depravada, sabiendo que no podia salvar á su Maestro.... Pero fué curioso, quiso saber lo que se decia, lo que pasaba, se expuso temerariamente, creyéndose fuerte, y una falsa confianza le cegó. ¡Qué habia de suceder? Renegó tres veces de Jesucristo; y mientras que los enemigos de Jesucristo pronunciaban la sentencia de muerte y lo atormentaban, Pedro mataba tambien su alma. ¡Oh! ¡cuántos imitadores hay del crimen de Pedro por abrigar la misma falsa confianza!

Nótese que Jesucristo le habia predicho sus tres faltas: *Ter me*

No hemos de fiarnos de los criaturas.

No hemos de fiarnos de nosotros mismos.



¿Qué es fe?

**F**EN su epístola á los Hebreos, S. Pablo define la fe de este modo: La fe es la sustancia de las cosas que debemos esperar, y la demostración de las que no se ven: *Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium.* (XI. 1).

La fe, dice S. Crisóstomo, es la convicción y la certidumbre de las cosas que se esperan, como si ya se poseyesen, porque Dios lo ha dicho: (*In Homil. ad Hebr.*).

La fe, dice S. Agustín, es creer lo que no vemos; y la recompensa de la fe será ver lo que hemos creído: *Fides est credere quod non vides, cuius merces est videre quod credidisti.* (Tract. XXVII. in Joann.).

La Iglesia da también la siguiente definición: Fe es una virtud sobrenatural por medio de la cual creemos en Dios y en todo lo que su Iglesia nos manda creer.

Necesidad de la fe.

**T**rabajad, dice Jesucristo, no por el alimento que se consume, sino por el que existirá eternamente y ha de daros el Hijo del hombre; porque Dios Padre ha puesto sobre El su signo. (*Joann. VI. 27*). Y ellos le dijeron: ¿Cómo hemos de hacer las obras de Dios? Jesús les respondió con estas palabras: La obra de Dios es que creais en el que él os ha enviado: *Hoc est opus Dei, ut credatis in eum quem misit ille.* (Id. VI. 28-29).

Dicen las Actas de los Apóstoles que todos los que estaban predestinados á la vida eterna creyeron: *El crederunt quoquo erant preordinati ad vitam eternam.* (XIII. 48). Así pues hemos de creer para salvarnos.

Sin la fe, dice S. Pablo, es imposible agradar á Dios; porque es preciso que el que se acerca á Dios crea que existe y que recompensa á los que le buscan: *Sine fide impossibile est placere Deo; credere enim oportet accedentem ad Deum quia est et inquisitibus se remunerator sit.* (Hebr. XI. 6).

El que no cree, está ya juzgado, dice Jesucristo: *Qui non credit, jam iudicatus est.* (Joann. III. 18). Así pues hemos de creer....

Sin la fe, dice S. Agustín, la vida no es levantada, ni recta, ni buena: *Sine fide non est alta, recta et bona vita.* (Tract. in Joann.).

El fin de la ley es Cristo, para que sea justo todo creyente, dice S. Pablo á los romanos: *Finis legis Christus, ad justitiam omni credenti.* (X. 4). El fin, dice S. Anselmo, es Jesucristo, y Jesucristo es la perfección de la ley; porque sin la fe en Jesucristo, la ley no ha podido ni puede cumplirse: (*In monolog.*).

Los judíos han sido rechazados por su incredulidad, dice S. Pablo:

vosotros estais firmes en la fe: *Propter incredulitatem fracti sunt: ita autem fide stas.* (XI. 30).

El que abandona la fe, dice S. Agustín, no está ya en buen camino: *Qui fidem deserit, á via erravit.* (Tract. in Joann.).

Los judíos que no creyeron, en Jesucristo, no comprendieron tampoco la ley ni los profetas. Los judíos que no quisieron creer, no entraron en la tierra prometida....

El justo vive de la fe, dice S. Pablo á los Hebreos: *Iustus ex fide vivit.* (X. 38). Así pues es necesaria la fe para ser justo; es necesaria la fe para vivir; y si sólo el que vive tiene fe, el que no la tiene ha muerto....

El que no cree, se condenará, dice Jesucristo. *Qui non creditur, condemnabitur.* (Marc. XVI. 16).

**S**ería preciso ser ciegos para sostener que la razón nos da una medida suficiente de luz con relación á la moral, y sobre todo al dogma, y por consiguiente que son inútiles la revelación y la fe en la revelación. Porque, 1.º sólo la fe puede mostrarnos la verdadera causa de nuestra corrupción é indicarnos el remedio de nuestros males; 2.º sólo ella puede enseñarnos cuál es nuestro último fin y guiarnos por su sendero...; 3.º sólo ella puede preservarnos de varios errores capitales, contrarios á la misma ley natural, que se hallan mezclados entre las bellas máximas preferidas por los filósofos paganos...; sólo ella puede enseñarnos las virtudes más esenciales para nuestra felicidad, la humildad, la abnegación, el amor á los enemigos, el perdón de las injurias, la resignación á la voluntad de Dios, la pureza, la virginidad, etc. Algunos paganos habían de estas virtudes, pero no alegan suficientes motivos para practicarlas; y aun si algunos hablan de ellas, es porque las aprendieron del cristianismo....

¿Cómo hemos de conocer la Creación, la Redención; y cómo hemos de reconocer al mismo Dios sin fe....

**1.º** La palabra de Dios en el Antiguo Testamento. ¿Ha hablado Dios á los hombres, revelándoles sus voluntades? Si Dios ha hablado, hemos de creerle; porque Dios no puede ni engañarse, ni ser engañado, ni engañar. Y Dios ha hablado, y ha hecho conocer sus voluntades á los patriarcas... á los profetas.... Los innumerables milagros públicos, pueden atestiguarlo, así como las profecías más auténticas... y la manifestación del pueblo judaico... y hasta de los paganos: Ciro... Nabucodonosor... Darío... etc.

**2.º** La palabra de Dios en el Nuevo Testamento es el fundamento de nuestra fe, Jesucristo es el verdadero Mesías prometido. Lo prueban un gran número de milagros auténticos... Lo prueba el cumplimiento de todas las profecías... Lo prueba el mismo Jesucristo con sus propias profecías... Lo prueba con su divina moral....

**3.º** Nuestra fe tiene por fundamento: 1.º la estabilidad de la Igle-

¿Por qué es tan necesaria la fe?

Fundamento de la fe: 1.º la estabilidad de la Iglesia.

sin..., 2.º su infalibilidad..., 3.º sus maravillas y sus beneficios..., 4.º sus Apóstoles, sus mártires..., sus Santos de todos los siglos, sus doctores....

4.º Nuestra fe se justificaría en caso necesario por el consentimiento uno y universal de los hombres.

5.º Hasta tendría el beneplácito y los homenajes de los enemigos de la fe....

6.º Tendría también los monumentos....

Escuela de la fe.

Se le dará un don especial, el don de la fe, dice la Sabiduría: *Dabitur illi fidei donum electum.* (III. 41).

Si conocéis á Jesucristo, dice un autor, y creéis en él, esto os basta, aun cuando ignoreis todo lo demás. Si no conocéis á Jesucristo, la ciencia de todo lo demás es nula, es nada:

*Si Jesum noscitis, satis est, si cætera nescitis;  
Si Jesum nescitis, nil est, si cætera nescitis.*

Ahora, dice S. Agustín, amamos creyendo lo que hemos de ver, y más tarde amaremos viendo lo que habremos creído: *Nunc diligimus credendo quod videmus; tunc diligemus videndo quod credidimus.* (De Spirit.).

La fe es el principio de la vision beatífica, en la que estriba la vida y la felicidad eternas; porque la fe engendra la esperanza, la esperanza engendra la caridad, y la caridad produce las buenas obras que nos lucen mercedores de la vida eterna....

Dios, dice S. Agustín, ha colocado la justificación, no en la ley, sino en la fe de Jesucristo. Moisés, con la justicia legal, prometió tan sólo la vida temporal á los justos segun la ley; pero Dios ha prometido á la justicia de la fe, es decir, á sus justos segun la fe, la salvación y la vida eternas. (Serm. XVII).

¿Qué no encuentra la fe? dice S. Bernardo: Alcanza las cosas inaccesibles, descubre lo desconocido, abraza lo inmenso, se apodera del porvenir, y por fin encierra la misma eternidad en su seno (1).

Gracia en Dios, y nada os faltará, dice el Eclesiástico: *Crede Deo, et recuperabis te.* (II. 6). ¿Qué es creer en Dios, dice S. Agustín? Es amarle, ir á su encuentro, incorporarnos á sus miembros. (Tract. XXVII. in Joann.).

Solo la fe, dice Philon, es un bien muy sólida y cierto; es el consuelo de la vida, aumenta la esperanza, aleja las calamidades, trae la dicha, ahuyenta la superstición, consolida la piedad y procura adelantamientos en todos los bienes. El que tiene fe, posee á Dios, que todo lo puede, y quiere todo lo bueno. (Lib. de Abraham).

La fe, dice S. Bernardo, es como un modelo de la eternidad; en-

(1) Quis non invenit fides? Attingit inaccessa, deprehendit ignota, comprehendit inmensa, apprehendit novissima; ipsa in se antiqua; circumstantiam suo vastissimo am quodam modo circumdant. Serm. LXXVI. in Cant.

cierra en su inmenso seno el pasado, el presente y el porvenir; nada se le escapa, nada perece para ella, y es tambien superior á todo (1).

La fe ha vencido, triunfa y vencerá.... S. Agustín enseña que la fe de Jesucristo ha sometido el mundo entero por la santidad, la castidad, la paciencia, la constancia de los Apóstoles, de los mártires y de las vírgenes. La fe, dice, ha vencido y destruido toda perfidia, de tal manera, que ni el judío, ni el hereje, tienen fuerza alguna contra ella: *Omnen fides perfidiam vicit atque ejecit, ita ut neque Judæus, neque hæreticus quampiam cum adversus eam habeat.* (Lib. de Utilitate credendi., c. XVII).

No hay, añade S. Agustín, no hay riquezas que puedan compararse, no hay tesoro, honores ni cosa alguna en el mundo que esté al nivel de la excelencia de la fe. La fe católica salva á los pecadores, da vista á los ciegos, cura á los enfermos, bautiza á los catecúmenos, justifica á los fieles, rehabilita á los penitentes, multiplica los justos, y corona los mártires (2).

Con la fe, nuestra vida es pura, alegre, tranquila, santa y dichosa. Véase cuán grande es la virtud de la fe, puesto que domina todas las adversidades y es la salud del alma, dándole una vida suave y divina....

La fe de S. Pedro le valió ser primado de la Iglesia y depositario de las llaves del reino de los cielos. Jesús preguntó á sus discipulos: ¿Quién os parece que soy? Y al punto Simon Pedro tomó la palabra y dijo: Sois el Cristo Hijo de Dios vivo: *Tu es Christus Filius Dei vivi.* (Matth. XVI. 16). Y Jesucristo le respondió diciéndole: Dichoso eres Simon, hijo de Juan; porque ni la carne ni la sangre te han revelado esto: mi Padre que está en los cielos te lo ha revelado. Y yo te digo que eres piedra, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atáres en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desatáres en la tierra será desatado en los cielos. (Matth. XVI. 17-19). Promesa admirable, rica y sublime concedida á la fe de Pedro, que tendrá su efecto hasta el fin de los tiempos en los soberanos Pontífices, sucesores de S. Pedro!

Ved las maravillas que el gran Apóstol, en su epístola á los Hebreos (XI), atribuye á la fe. Por medio de la fe, dice, Abel ofreció una víctima más agradable que la de Cain; con ella obtuvo la manifestación de que era justo, viendo sus dones aceptados por Dios, y por medio de la fe habló aun despues de su muerte. Por medio de la

Maravillas de la fe.

(1) Fides est vultu quodam eternitatis exemplar, præterita simul et presentia, se future una quodam vastissimo comprehendit, ut nihil sit præteritum, nihil peritum, præsent ut nihil. Serm. VI. in sigil. Natte.

(2) Nulla sunt moleres divitie, nulli thesauri, nulli honores, nulla mundi heque major magnificentia, quam est fides orthodoxa, que peccatores homines salvat, cæcos illuminat, infirmos curat, catechizatos baptizat, populos justificat, penitentes reparat, justos incrementa, martyres coronat. Serm. I. de verbis Apostoli.

fe, Noeh fué transportado para que no sufriese la muerte. Por medio de la fe, advertido Noé de lo que aun no se veía, preparó un arca para la salvacion de su familia, condenó al mundo y fué instituido heredero de la promesa que viene de la fe. Por la fe obedeció el patriarca Abraham, y partió para el lugar que debía recibir en herencia, y partió ignorando hasta donde iba. Por la fe vivió en la tierra prometida como en tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque él esperaba habitar en la ciudad que tiene fundamentos eternos, en la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios. Por la fe, hasta la estéril Sara concibió y dió à luz fuera de edad, porque creyó firmemente en la promesa que se le habia hecho, resultando que de un solo hombre ya extinguido salieron retoños iguales en número à los astros del cielo y à la arena innumerable de las orillas del mar. Todos esos hombres han muerto en la fe sin haber recibido el cumplimiento de las promesas; pero viendo y satisfaciéndolo de lejos, y confesando que eran extraños y viajeros en la tierra; pues los que así hallan manifestan ir en busca de una patria y desean la patria celestial; y por esto el Omnipotente no se avergüenza de ser llamado su Dios, porque les prepara una ciudad. Por la fe, Abraham ofreció à Isaac, cuando Dios le puso à prueba, al único hijo que habia recibido las promesas. Por la fe, Isaac bendijo para el porvenir à Esau y à Jacob. Por la fe, el moribundo Jacob bendijo à todos los hijos de José. Por la fe, mandó José al morir que trasladasen sus huesos. Por la fe, negó Moisés, al llegar à la mayor edad, ser hijo de la hija de Faraon, profiriendo padecer con el pueblo de Dios antes que saborear las efímeras alegrías del pecado, y juzgando que los oprobios del Cristo eran una riqueza más aceptable que todos los tesoros de los egipcios; porque él preveía la recompensa que habia de obtener su conducta. Por la fe, abandonó el Egipto sin temer la ira del Rey, permaneció firme como si hubiese visto lo invisible. Por la fe, celebró la Pascua è hizo la aspersión de la sangre, para que el exterminador de los recién-nacidos no tocase à los Hebreos. Por la fe, atravesaron éstos el mar Rojo, como si fuera tierra firme, y en su seno quedaron sepultados los egipcios que se atrevieron à perseguirlos. La fe hizo caer las murallas de Jericó. Y ¿qué hemos de añadir? Serianos prolijos si tratásemos de hablar de Gedeon, de Barac, de Sanson, de Gefe, de David, de Samuel y de los Profetas, que por la fe vencieron naciones, cumplieron la justicia, obtuvieron promesas, cerraron la garganta de los leones, apagaron la fuerza del fuego, quebraron curados de sus enfermedades, fueron fuertes en la guerra y derrotaron ejércitos de los extraños (1). Uno han sido atormentados, negándose à librarse, para hallar mejor resurrección; otros, des-

(1) Per fidem cæcærent reges, operati sunt hostium, adepti sunt repromissiones, obtulerunt curas hominum, extinguerunt impetum ignis, ellexerunt leones alios, evulnerunt de inimicis, fortes facti sunt in bello, castra vertebant exercituum. XI. 22-24.

pues de haber sufrido escarnios y golpes, cadenas y cárceles, han sido apedreados, aserrados, atormentados de mil modos y muertos al filo del acero, y andaban de una à otra parte cubiertos de pieles de ovejas y cabras, víctimas de la necesidad, de la angustia y de la aflicción, aquellos hombres de quienes no era digno el mundo: andaban errantes por los desiertos y montañas, y vivían en las cuevas y cavernas de la tierra (1).

Este es un compendio de las maravillas que el Apóstol de las Gentes cuenta de la fe en la antigua ley....

Zacarias, padre de S. Juan Bautista, dudó de la promesa de Dios, y se volvió mudo; creyó, è instantáneamente recobró el habla: *Apertum est illico os eius.* (Luc. I. 64.). La fe desota la lengua que la incredulidad habia atado, dice S. Ambrosio: *Quam vincerat incredulitas, fides solvit.* (Sermon.).

La bienaventurada Virgen cree en la palabra del ángel, y el Verbo se hace carne y el mundo se salva.

Oigamos à Jesucristo: En verdad, en verdad os lo digo, el que en mí crea, hará las obras que yo hago, y aun las hará mayores: *Amen, amen dico vobis, qui credit in me, opera que ego facio, et ipse faciet, et majora horum faciet.* (Joann. XIV. 12.). ¿Qué obras serán pues esas de los creyentes en Jesucristo, que aun han de ser mayores que las suyas? 1.º Origenes juzga que esas grandes obras consisten en el triunfo conseguido por hombres débiles sobre la carne, el mundo y el demonio; porque el triunfo de Jesucristo en nosotros es más grande que el triunfo conseguido en sí mismo. (*Homil. VII.*) 2.º Estas cosas grandes, dice S. Crisostomo, consisten en que S. Pedro curó con su sombra toda clase de enfermeidades. Los enfermos eran llevados à las plazas publicas, dicen las Actas de los Apóstoles, y colocados sobre lechos y jergones, para que al llegar Pedro los curáriesen con su sombra y los curase. Acudían la muchedumbre de las vecinas ciudades de Jerusalem, trayendo enfermos y personas atormentadas de los espíritus inmundos, y todos quedaban curados (2). Jesucristo no hizo esto y otras cosas? (*In Joann. Evang.*)

3.º S. Agustín es de parecer que estas grandes maravillas son la conversión del mundo pagano, llevada à cabo por doce apóstoles. Esto es más grande, dice, que crear el cielo y la tierra; porque el cielo y la tierra pasarán; pero la salvación y justificación de los predestinados no pasará nunca. Lo que Jesucristo hace en nosotros y con nosotros, es más grande que el cielo y la tierra creados sin nuestro concurso; porque en la obra del cielo y de la tierra, sólo hay

(1) Alii discutiuntur, non vincuntur redemptionem, ut meliorem inveniant resurrectionem. Alii vero ludibria et verbera experti, insuper et vincula et carcere: lapidati sunt, scissi sunt, tacti sunt, in occasione et hinc mortui sunt: circumventi in medio, in pedibus expulsi, secuti, angustati, afflicti, quibus dignum non erat moribus, in solitudine errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terre. XI. 22-28.

(2) Ita et in plateas efferunt infirmos, et preterant in lectulis et stratis, ut veniente Petro, saltem umbra illius obumbraret, et liberarentur ab infirmitatibus suis. Concurrebat autem et multitudo viciniam civitatum Jerusalem, allentes ligatos et vocatos, ut stratis immittas, qui curabatur omnes. V. 15-16.

la mano de Dios; pero en nosotros hay la imagen de Dios: *Et hoc magis esse dicimus quam creare calum et terram; hoc enim transibunt, predestinatorum autem salus et justificatio permanebit.* (Tract. LXXII).

Todos sois hijos de Dios por la fe, dijo S. Pablo a los Gálatas: *Omnes enim filii Dei estis per fidem.* (III. 26).

La fe, dice S. Crisóstomo, es la luz del alma, la puerta de la vida y el fundamento de la salvación eterna: *Fides lumen est animæ, ostium vitæ, fundamentum salutis æternæ.* (In Symbol.).

Veid las maravillas de la fe en los primeros cristianos. Todos los que creían no formaban más que un cuerpo, y todo lo poseían en comunidad. Vendían sus bienes, y repartían el producto entre todos, según la necesidad de cada uno. (Act. II. 45-46).

¿No ha escogido Dios a los pobres en este mundo, dice el apóstol Santiago, para ser ricos en la fe y herederos del reino prometido por Dios a los que le aman? *Nonne Deus elegit pauperes in hoc mundo, divites in fide, et heredes regni quod repromissit Deus diligentiibus se?* (II. 3). Dios eligió a los pobres, y los hizo ricos con los dones de la fe. Santiago nos dice sobre el particular que las verdaderas riquezas no son el oro, ni la plata, ni los vestidos preciosos, sino la fe y las virtudes de la fe...

Todo el que ha nacido de Dios, dice el apóstol S. Juan, es vencedor del mundo; y la victoria que nos hace dueños del mundo es la fe: *Omne quod natum est ex Deo vincit mundum; et hec est victoria que vincit mundum, fides nostra.* (I. V. 4).

Con la fe, dice S. Bernardo, poseo la eterna y angusta Trinidad, que mi espíritu no comprende: *Eternam beatamque Trinitatem, quam non intelligo, credo, et fide teneo.* (Serm. LXXVI. in Cant.).

Las cadenas, las cárceles, el destierro, el hambre, el fuego, las bestias salvajes y los más crueles suplicios, jamás arredraron a los hombres de fe (Serm. II. de Ascens.). Veanse los mártires y los santos misioneros... Por la fe, dice el mismo santo Doctor, no sólo los hombres, sino las mujeres, los niños y las jóvenes vírgenes han combatido en todo el mundo hasta derramar su sangre. (U. supra).

Vease á cuánto obliga la fe á los apóstoles... á S. Francisco Javier, á S. Vicente de Paul, á los Santos de todos los siglos...

Veanse los monumentos edificados en los siglos de fe... La impiedad todo lo destruye... la fe todo lo levanta...

¿Qué es lo que pobló los desiertos, las montañas y los claustros con tantos ángeles de la tierra? La fe...

¿Qué es lo que envía á los hospicios, tantos millares de santas jóvenes que renuncian á todas las ventajas del mundo para consagrar su vida á aliviar y á compartir las miserias del prójimo? La fe...

¿Qué es lo que une la Iglesia católica en todo el universo, de modo que tantos millones de hombres de todas las clases, condiciones, naciones y lenguas no sean más que como un solo individuo? La fe...

¿Qué es lo que engendra las herejías, las sectas, los cismas, tan-

tas divisiones y todo ese caos de opiniones diferentes, todas las revoluciones sangrientas y devastadoras? La pérdida de la fe...

¿Qué es lo que multiplica los libertinos, los escandalosos, los impíos, los ladrones, los adúlteros y los asesinos? La pérdida de la fe...

¿Qué es lo que mantiene la paz, la unión, el respeto, la prosperidad, de generación en generación, en las familias? La fe...

La fe es el fundamento de los imperios, de los reinos, de las naciones, de las provincias, de la sociedad y de la familia...

La fe hace bueno al rey, bueno al ministro, bueno al legislador, bueno al juez, bueno al sacerdote, buenos á los padres, buenos y piadosos á los hijos, y produce verdaderos fieles...

Creed en Dios, y nada temeréis, dice la Escritura. (II. Paral. XI. 20).

Ventajas de la fe.

La fe borra los pecados, dicen los Proverbios: *Per fidem purgantur peccata.* (XV. 27).

Dios se manifiesta á los que tienen fe, dice la Sabiduría: *Apparet eis qui fidem habent in illum.* (I. 2).

Dios toma por esposa al alma vivificada por la fe, dice el profeta Oseas: *Sponsabo te mihi in fide.* (II. 20).

Después de haber admirado y hecho admirar Jesucristo la fe del Centurion, le dijo: *Id y succeda todo según habeis creído. Y su criado quedó sano instantáneamente. Vade, et sicut credidisti fiat tibi. Et sanatus est puer in illa hora.* (Math. VIII. 13).

Se levantó una tempestad en el mar, y temblaron los apóstoles. Hombres de poca fe, les dijo Jesucristo, ¿por qué teméis? Y levantándose entonces, mandó á los vientos y al mar, y todo quedó en calma: *Quid timidi estis, modicum fidei? Tunc surgens, imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna.* (Math. VIII. 26).

Presentaron á Jesucristo un paralítico tendido en una camilla, y Jesús viendo su fe, dijo al paralítico: *Hijo mio, ten confianza, tus pecados han sido perdonados. Y en seguida añadió: Levántate, toma tu camilla, y vuélvete á casa. Y se levantó, y se fué á su casa.* (Math. IX. 2-7).

Una mujer enferma de un flujo de sangre durante doce años; se acercó á Jesucristo y tocó el extremo de su vestido. Porque decía para sí: *Con sólo tochar su vestido quedaré curada. Volviéndose Jesús, la vió y le dijo: Hija mia, ten confianza, tu fe te ha curado; y aquella mujer quedó sana desde aquel momento.* (Math. IX. 20-22).

Habiendo Jesús entrado en una casa, se le acercaron unos ciegos á quienes preguntó: *¿Creéis que yo pueda hacer lo que me pedís? Y ellos contestaron: Sí, Señor. Entonces tocó sus ojos diciendo: Succeda lo que cree vuestra fe. Y sus ojos se abrieron.* (Math. XI. 28-30).

Una mujer de Cananea dijo á Jesús con grandes voces: *Señor, hijo de David, tened lástima de mí; mi hija se halla cruelmente atormentada por el demonio. Jesús no le contestó una palabra. Entonces ella fué á prosternarse delante de Jesús diciendo: Señor, so-*



corredma. Y él contestó: No es bueno coger el pan de los hijos y echárselo a los perros. Pero ella dijo: Es verdad Señor; pero los perritos comen las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesús exclamó: ¡O mujer, grande es tu fe! Sacada lo que tu quieres. Y su hija quedó instantáneamente curada. (Mt. 22-23 27-28).

Jesús dijo a sus discípulos: En verdad os lo digo, si tenéis fe y no titubeáis y decís a esta montaña: Anda y arrojáte al mar; así sucederá; y obtendrás todo lo que pidais con fe en la oración. (Math. XVI. 21-22).

Se acercó un hombre á Jesús, y prosternándose á sus plantas le dijo: Señor, tened lástima de mí hijo, que es lunático y sufre mucho; pues cae muchas veces en el fuego, y otras en el agua. Lo he presentado á vuestros discípulos, y no han podido curarle. Jesús respondió: ¡O generación incrédula y perversal! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? (hasta cuándo sufriré? Tráedme). Y Jesús habló como uno al demonio, y el demonio salió del niño, que quedó bueno en aquel mismo instante. Entonces los discípulos se acercaron á Jesús en voz baja, y le dijeron: ¡Por qué no hemos podido nosotros echarle? Y Jesús les dijo: Por vuestra incredulidad. En verdad os lo afirmo, si tuvierais fe, tan grande como un granito de mostaza, diríais á esta montaña: Anda de aquí para allá; y andará; nada os sería imposible. (Math. XVII. 14-19). Todo es posible al que cree: *Omnia possibilia sunt credenti*. (Marc. IX. 22).

Todo el que crea en Jesucristo, no perecerá, pues tendrá la vida eterna, dijo el mismo Jesucristo: *Ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam eternam*. (Joann. III. 15).

Tal es la voluntad de mi Padre que me ha enviado: todo el que ven al hijo del hombre y crea en él, tendrá la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día: *Hec est autem voluntas Patris mei, qui misit me: ut omnis qui vidit Filium et credit in eum, habeat vitam eternam, et ego resuscitabo eum in novissimo die*. (Joann. VI. 40).

Soy la resurrección y la vida; aunque estuviese muerto, el que crea en mí, vivirá y todo el que viva y crea en mí, no morirá jamás: *Ego sum resurrectio et vita: qui credit in me, etiam si mortuus fuerit, vivet; et omnis qui vivit, et credit in me, non morietur in aeternum*. (Joann. XI. 25-26). Jesús dijo á Marta: No os dije que si creiais verías la gloria de Dios? *Dixit ei Jesus: Nonne dixi tibi, quoniam si crederis, videris gloriam Dei?* (Joann. XI. 40).

Porque me habeis visto, Tomás, habeis creído. Dichosos los que no han visto y han creído. le dijo Jesús: *Dixit ei Jesus: Quia noster viderit me, Thomas, credidisti: beati qui non viderunt, et crediderunt*. (Joann. XX. 29).

Todos los profetas, dice S. Pedro en las Actas de los Apóstoles, rinden á Jesucristo el tributo de decir que todos los que en él creen, reciben en su nombre la remisión de los pecados. (X. 43).

Habia en Lystra, refieren las mismas Actas, un hombre tullido y

rejo desde el seno de su madre, quien nunca habia podido andar. Oyo á Pablo que hablaba. Y Pablo mirándole y viendo que tenia fe en su curacion, le dijo con voz fuerte: Ponte en pie. Y de un salto se levantó y anduvo. (Act. 14-7-9).

El Evangelio nos dice que habiendo obtenido un oficial la curacion de su hijo, creyó, y tambien toda su casa con él: *Credidit ipse, et domus ejus tota*. (Joann. IV. 52). Es pues una felicidad inestimable para una casa cuando el jefe tiene fe.

La palabra de Dios conserva á los que tienen fe y los salva, dice la Sacerdotia: *Sermo tuus hos, qui in te crediderunt, conservat*. (XVI. 26).

La fe salva del pecado, de la muerte y de la condenacion....

En todas las cosas, dice S. Pablo á los de Epheso, empuñad el escudo de la fe para que podais apagar todos los dardos inflamados del espíritu perverso: *In omnibus sumentes scutum fidei, in quo possitis omnia tela nequissimi ignea extinguere*. (VI. 16).

Jesucristo, dice S. Pablo, vendrá para ser glorificado en sus Santos, y admirado en aquel día en todos los que han creído, como vosotros habeis creído nuestra manifestacion. (II. Thess. I. 10).

La gracia de Dios abunda con la fe y el amor, dice S. Pablo á Timoteo. (I. I. 14).

He guardado la fe, añade; por lo demás guardo la corona de justicia: *Fidem servavi; in reliquo reposita est mihi corona justitie*. (III. 7-8).

Entraremos en el reposo, nosotros que hemos creído, escribe aquel gran apóstol á los Hebreos: *Ingrédietur enim in requiem, qui credidimus*. (VI. 3).

Acerquémonos á Jesucristo con un verdadero corazón en la plenitud de la fe, añade tambien. (Hebr. X. 22).

Honor á vosotros que tenéis fe, dice el apóstol S. Pedro: *Vobis honor credentibus*. (I. II. 7).

Vuestro adversario el demonio, dice el mismo apóstol, da vueltas al rededor vuestro como un león rampante que busca la presa que ha de devorar; resistidle, fuertes en la fe. (I. P. 8-9).

Hálladme un hombre que busque la fe, y le seré propicio, dijo el Señor por medio de Jeremías: *Querite an inveniam virum quarentem fidem, et propitius ero ei*. (V. 1).

La fe es una luz viva, dice S. Agustín; la ausencia del Señor no es ausencia: tened fe, y aquel á quien no veis está con vosotros: *Est illuminatio fides; absentia Domini non est absentia: habetis fulen; et tecum est quem non vides*. (Serm. I. de verbis Apostoli).

Guardaos la virtud de Dios en la fe para vuestra salvacion, y hállese digna de alabanzas de gloria y de honor la prueba de vuestra fe, mucho más preciosa que el oro que se analiza con fuego, la manifestacion de Jesucristo á quien amais sin haber visto, y en quien creéis sin verle, y creyendo experimentais una alegría indecible y gloriosa, obteniendo el fin de vuestra fe, la salvacion de las almas. (I. I. 5-9).

Castellanos que  
dijo tener la  
fe. 1.º Debe  
ser firme e in-  
quebrantable.

Muchas personas merecen la reprehension que Jesucristo dirigió á sus discípulos: ¿Por qué teméis y dudáis, hombres de poca fe! *Quid timidi estis, modico fidei?* (Matth. VIII. 26).

La fe tiene por garantía y por base la palabra de Dios, interpretada por la Iglesia, que ha recibido el don de infalibilidad. Así que se sabe positivamente por la autoridad de la Iglesia que Dios ha hablado; no debemos castigarlos más que de creer lo que ha dicho y creerlo firmemente; compendáse ó nó, poco importa; la certidumbre está allí, y esto basta....

No me engañaré nunca, y estoy seguro de no engañarme, creyendo con los patriarcas y los profetas y todos los justos de la antigua ley; creyendo con Jesucristo, Hijo de Dios, con la santísima Virgen, su divina Madre, con S. Juan Bautista, los Apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes; creyendo con toda la Iglesia todos sus concilios universales y sus concilios provinciales; creyendo con todos los santos Padres, todos los teólogos, todos los santos Tammarfurgos, los Santos de todos los tiempos y lugares, edades y condiciones; creyendo lo que el universo católico ha creído siempre firmemente; creyendo con cuantos verdaderos cristianos, hombres fieles y virtuosos han existido....

Dijo con Richard de S. Victor: Señor, si lo que creemos (después de tantas manifestaciones) es un error, vos nos engañais; porque lo que creemos está confirmado por prodigios y milagros que sólo vos podéis haber hecho: *Domine, si error est quod credimus, á te decepti sumus; ita enim in nobis ut signis et prodigijs confirmata sunt, que non nisi á te fieri poterunt.* (Lib. I. de Trinit., c. II).

¿Es firme en nosotros esta fe? ¿No es acaso vacilante? ¿No la hemos perdido? ¡Ay! ¿No hemos llegado á aquellos tiempos de incredulidad de que nos habla Jesucristo diciendo: *Pensatis que si venir el Hijo del hombre hallará fe en la tierra?* *Filius hominis veniens, putas inveniet fidem in terra?* (Luc. XVIII. 8).

Debemos creer todo lo que Dios nos manda creer por medio de su Iglesia. Si el error pudiera deslizarse en algún punto, ningún artículo merecería nuestra fe. El que niega un artículo de fe, lo niega todos. Si Dios pudiese engañarse en una sola palabra, no estaríamos obligados á creerle en ninguna. Si la Iglesia docente nos diese un dogma falso, podríamos despreciar todos los demás. La palabra de Dios está aquí: *Id, inatridi á todas las naciones, enseñándoles á guardar todo lo que os he mandado, pues sabed que yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación de los siglos: Euntes ergo docete omnes gentes; docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis. Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi.* (Matth. XXVIII. 19-20). Así como mi Padre os ha enviado, de la misma manera os envío: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* (Johan. XX. 21). El que os escucha, me escucha, y

2.º La fe debe ser eterna.

el que os desprecia, me desprecia: *Qui eos audit, me audit; qui nos spernit, me spernit.* (Luc. X. 16).

He orado por ti (Pedro) para que no desfallezca tu fe: *Rogavi pro te (Petre) ut non deficiat fides tua.* (Id. XXII. 32). Eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: *Tu es Petrus, et super hæc petram edificabo Ecclesiam meam; et portæ inferi non prævalent adversus eam.* (Matth. XVI. 18).

La Iglesia, dice S. Pablo, es la columna y el fundamento de la verdad: *Columna et firmamentum veritatis.* (I. Tim. III. 13). Por esto dice Jesucristo: Tened, al que no escuché á la Iglesia como pagano y publicano: *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethnicus et publicanus.* (Matth. XVIII. 17).

Vosotros que creéis lo que quereis, dice S. Agustín, y rechazais lo que no quereis, á vosotros os creais, y no lo que dice el Evangelio. Quereis ser la autoridad y ocupar el sitio que corresponde al libro santo. (*De Morib.*).

Lo fe es una, dice S. Pablo: *Una fides.* (Ephes. IV. 5). No se divide, ni varia jamás.... (Véase *Iglesia, su infalibilidad*).

¿Tenemos nosotros esta fe entera? ¿Nos sucede alguna vez creer lo que nos place, y no creer lo que nos conviene? Si así fuese, no podríamos decir que tenemos fe.

No tratéis de comprender lo que es superior á vuestra inteligencia, dice la Escritura; no escudriñéis lo que aventaja las fuerzas de la razón; ocupaos más bien de lo que Dios os ha mandado, y evitad ser curiosos en las obras de Dios: *Altiore te ne quæsieris, et fortiora te ne scrutatus fueris; sed que præcepit tibi Deus, illa cogita semper, et in pluribus operibus ejus ne fueris curiosus.* (Ecclesi. III. 22). No es necesario que vuestros ojos vean y que comprendáis las cosas ocultas: *Non est enim tibi necessarium, ea que abscondita sunt, videre oculis tuis.* (Ibid. III. 23). Porque también en el orden natural veis muchas cosas que no comprendéis: *Plurima enim super septuaginta hominum ostensa sunt tibi.* (Ibid. III. 25).

El hombre sensato y lleno de fe cree en la ley de Dios, y esta ley no le engaña, añade la Escritura: *Homo sensatus credit legi Dei, et lex illi fidelis.* (Ecclesi. XXXIII. 3).

El verdadero cristiano busca la fe, y no lo que es del dominio de la razón, dice Tertuliano: *Fidem quartis, rationem non quartit.* (In Apoc.).

Si en materia de fe pudiésemos dar razones evidentes, dice S. Agustín, no sería fe, sino ciencia. Acordámonos de que Dios pueda hacer algo incomprendible para el hombre; pues de otra manera, ó no sería Dios, ó el hombre sería Dios. (*Lib. de Civit.*).

El no comprender ¿es acaso un motivo para no creer? En tal caso sería preciso dudar casi de todo, basta de nuestra propia existencia.... En efecto; ¿cuántos misterios vemos al rededor nuestro que no com-

2.º La fe debe ser firme y eterna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES INSTITUTO DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS Y PEDAGÓGICAS

prendemos! ¿Comprendemos por qué tiene este perfume la violeta, y aquel otro la rosa? ¿Comprendemos la metamorfosis de la mayor parte de los insectos? ¿Comprendemos por qué la hormiga cobra alas cuando se hace vieja? ¿Comprendemos lo que es un grano de arena, un átomo, etc...? Razón tiene pues S. Agustín en decir que si pudiésemos comprender todo lo que Dios ha hecho, ó dejaría de ser Dios, ó nosotros seríamos dioses.

El que quiera sondear la majestad infinita del Altísimo, quedará abatido por su gloria y su luz inaccesible: *Qui scrutator est maiestatis, opprimetur á gloria*, (Proy. XXV. 27). Dios se burla del mortal que, en vez de humillarse y crear con la docilidad y la sencillez del niño, se irgue y le llama para pedirle cuenta de sus intenciones, de sus órdenes y de sus acciones. Y mientras que el hombre pretende en mala hora penetrar las grandezas de Dios, el peso de la majestad divina le abate; y por querer mirarle de hito á hito, el insansato pierde los ojos de la fe y se vuelve ciego. Si el que quiere mirar con firmeza el sol pierde la vista, ¿cómo podríamos fijar nuestras miradas en el eterno sol de justicia sin quedar ciegos?

Si nuestra religion no contuviese misterios, no sería divina; sería fabricada por hombres, sería puramente humana.... Creamos pues humildemente....

La fe debe ser viva, es decir, práctica, llena de buenas obras.

No son los que escuchan la ley los justos ante Dios, dice S. Pablo á los Romanos; los justificados serán los que cumplen la ley: *Non enim auditores legis iusti sunt apud Deum, sed factores legis justificabuntur*. (II. 13).

Oid al mismo Jesucristo: No todos los que digan «Señor, Señor,» entrarán en el reino de los cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre que está en el cielo: *Non omnis qui dicit mihi «Domine, Domine,» intrabit in regnum celorum; sed qui facit voluntatem Patris mei, qui in caelis est, ipse intrabit in regnum celorum*. (Matth. VII. 21).

«De qué servirá, hermanos míos, dice el apóstol Santiago, que alguno diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarle la fe? ¿Quid proderit, fratres mei si fidem quis dicat se habere, opera autem non habeat? Numquid poterit fides salvare eum? (II. 14). Si un hermano ó una hermana nuestra están desahogados y necesitan el alimento diario, ¿de qué les servirá que les digamos: Id en paz, calentaos y comed; y si no les damos lo que necesitan para ello? (Id. II. 15-16). Así tambien, si la fe no está unida á las obras, muere por sí misma: *Sic et fides, si non habeat opera, mortua est in semetipsis*. (Id. II. 17).

Tener fe sin obras es tener la fe de los demonios. Los demonios tambien creen y tiemblan, añade el apóstol Santiago: *Demones credunt, et contremiscunt*. (II. 19). Con las obras, el hombre queda justificado, y no con la fe sola: *Ex operibus justificatur homo, et non*

ex fide tantum. (Id. II. 24). Porque, así como el cuerpo sin el espíritu muere, así tambien es inerte la fe sin las obras: *Sicut enim corpus sine spiritu mortuum est, ita et fides sine operibus mortua est*. (Id. II. 26).

El que cree en Dios, dice el Eclesiástico, obedece los preceptos: *Qui credit Deo, attendit mandatis*. (XXXII. 28).

No basta echar los cimientos de un edificio; es menester concluirlo. Así la fe, que es el fundamento de las virtudes, exige que las practiquemos....

La muerte de la fe, dice S. Bernardo, es la separacion de la caridad. ¿Creeis en Jesucristo? Haced lo que hizo Jesucristo, para que viva vuestra fe. Animo el amor vuestra fe, y sean las obras la prueba de su existencia: *Mori fidei est separatio caritatis. ¿Credis in Christum? Fac Christi opera, ut vivat fides tua. Fidem tuam dilectio animet, actio probet*. (Serm. XXIV. in Cant.).

El alma que tiene fe, dice S. Jerónimo, es el verdadero templo de Jesucristo; adornad este templo, revestilde, ofreciedo presentes, recibid en él á Jesucristo: *Verum Christi templum anima credentis est: illam exorna, illam vesti, illi offer donaria, in illa Christum suscipe*. (Epist.).

Como la fe sin obras es una fe muerta, las obras están tambien muertas sin la fe, dice S. Cirilo. La fe sin obras es una lámpara sin aceite: *Sicut fides sine operibus mortua est; ita missim opera mortua sunt si desit vera fides. Fides sine operibus est quasi lampas sine oleo*. (Homil.).

«De qué sirve, dice S. Cipriano, ser virtuoso en palabras, y criminal en acciones? El que cree en Jesucristo debe obedecerle, y no al mundo: *Quid juvat verbis virtutem astruere, si facis veritatem destruimus?* (Serm.).

Tonemos la señal de la salvacion, dice S. Gregorio, si añadimos obras á nuestra fe; porque el que practica lo que cree, es el que cree realmente: *Nos signati sumus, sed et fidem nostram operibus sequimur. Ille enim vere credit, qui exercet operando quod credit*. (Moral.).

La fe combate por medio de las obras, dice S. Agustín; y cuando la fe combate, no se vive segun la carne: *Fides pugnat, et quando fides pugnat, carnem nullus expugnat*. (Lib. de Morib.).

Israel creyó en la promesa del Señor, y entonces cantó sus alabanzas, dice el Salmista: *Crediderunt verbis ejus, et laudaverunt laudem ejus*. (CV. 12). Dadme á conocer el bien, Señor, inspiradme la sabiduría y la ciencia, porque yo he creído en vuestra palabra, añade el Salmista: (CXVIII). Así pues quiere unir á su fe el bien, la sabiduría y la ciencia; y estas son las obras de la fe. Sabremos que hemos conocido á Jesucristo si observamos sus mandamientos, dice el apóstol S. Juan: *Et in hoc scimus quoniam cognovimus eum, si mandata ejus observemus*. (I. II. 3). Pero es muy cierto que Jesucristo no se conoce sino por la fe, y no se tiene fe tal como Dios la pide, sino con la observancia de la ley de Dios.... Por esto dice S.

Agustín: No se engañe el alma creyendo conocer á Dios, si sólo lo confiesa con fe muerta, es decir, sin buenas obras: *Neguaquam meus fallatur, ut sese existimet Deum cognovisse, si cum fide mortua, hoc est, sine bonis operibus, confitatur.* (Lib. de Morib.).

¿Qué es crear en Dios? pregunta S. Agustín. Es amarlo creyendo, ir á su encuentro, é incorporarse á él creyendo. Tal es la fe que Dios exige de nosotros: *Quid est credere in eum? Credendo amare, credendo in eum ire, et ejus membris incorporari. Ipsa est ergo fides quam de nobis exigit Deus.* (Ut supra).

¿Cree el hombre que abandona la oración? No; si creyese, oraría...

¿Cree el blasfemo? No; porque está escrito: No jurarás en vano el nombre de Dios....

¿Cree el profanador del domingo? No; porque está también escrito: Acuérdate de santificar el día del Señor.... ¿Cree el impúdico? No; porque también dicen las santas Letras que jamás los impudicos verán á Dios....

Los apóstoles, los mártires y los Santos de todos los siglos han creído con una fe viva; sus admirables obras, sus virtudes heroicas y sus ejemplos sublimes lo atestiguan....

Más allá por lo  
menor se cree  
en la fe.

1.º Hemos de orar. Oremos para que no desfallezca nuestra fe, dice S. Agustín: *Ut ipsa non desiciat fides, oremus.* (Lib. de Morib.). La oración ferviente, añade, alcanza una fe inquebrantable: *Fusa oratio fidei impetrat firmitatem.* (Ut supra).

2.º La fe proviene de oír la palabra santa, dice S. Pablo á los romanos: *Fides ex auditu, auditus per verbum Christi.* (X. 17). La palabra de Dios es pues un poderoso medio para tener fe y practicarla....

3.º La fe nace con la humilde sumisión á la autoridad. Cuando la fe es sana, dice S. Crisóstomo, no se busca, sino que se cree fielmente; porque no puede hallarse por medio de discusiones y disputas: *Cum vero illa (fides) sana est, non querit, sed fideliter credit, nam ex questione et contentione verborum inveniri nihil potest.* (In Epist. I. ad Tim.).

4.º La fe surge por sí misma en un corazón recto y puro; y por este camino se haga pronto á la plenitud de la fe....

## FELICIDAD.

✠

El hombre desea irresistiblemente la felicidad, la quiera, la busque, y trabaja por poseerla. Creado el hombre á imagen de Dios, y destinado á gozar de él durante toda la eternidad, tiene una capacidad y un deseo como infinitos de dicha que ninguna cosa creada puede satisfacer.

Desear de la felici-  
dad.

Siete cosas, que no se hallan en la tierra, son indispensables para constituir la felicidad, dice el venerable Beda: una vida no seguida de la muerte, una juventud que no venga á marchitar la vejez, una luz inalterable, una alegría sin mezcla de tristeza, una paz que no esté nunca seguida de turbación, una voluntad que no experimente obstáculos, y un reino que no podamos perder. (Opusc.). La posesión de estas siete cosas constituye la verdadera felicidad; y como ninguna de ellas puede hallarse en la tierra, no debemos por consiguiente buscar aquí la felicidad....

La felicidad no  
está en la ter-  
ra.

Si la felicidad fuese un bien de la tierra, la hallaríamos principalmente en las riquezas, los honores y los placeres. Pero todo es vacío y engaño en esas tres cosas, que no pueden satisfacer el corazón del hombre y sus inmensos deseos. Por otra parte, destinados todos los hombres á la felicidad, ésta debe hallarse á su alcance, y es bien sabido que todos no tienen riquezas, honores y placeres.

¿Está la felicidad en las riquezas? El trabajo que cuesta adquirirlas, los cuidados y las vigilias que se necesitan para conservarlas, el deseo de aumentarlas, las decepciones que arrastran consigo, los pesares que causan, y el temor de perderlas, prueban que la felicidad no está en las riquezas....

¿Podremos hallarla en los honores? Los honores no son más que humo; los que los poseen, se ven obligados á exclamar con Salomón: *Kamius vanitatum, et omnia vanitas.* Vanidad de vanidades, todo es vanidad. (Ecles. I. 2). Los honores son una dura oscuridad, un fardo pesado, una brillante servidumbre.... Ved al soberano Pontífice... ved á los Reyes....

¿Estará la felicidad en los placeres? Preguntádselo al pródigo, al voluptuoso.... Cuántas decepciones, cuántas pesares, amarguras, enfriamientos, enfermedades y disgustos! Y ¿qué duran los placeres de la tierra! No se escapan á medida que los perseguimos!.... El corazón menos contento y menos feliz es el que los busca con más ardor....

Todas las felicidades del siglo se parecen á los sueños que tenemos mientras dormimos. El que cuenta sus tesoros en un sueño, se cree rico; pero al despertar, ve su pobreza; así sucede con los

hombres que se alegran de las cosas de la tierra. Si no se despertaran ahora que el despertar les sería útil, algún día se despertarían a pesar suyo. Despertaos pues, dormidos del siglo, sacudid el engañoso telarajo que se ha apoderado de vosotros, abandonad el sueño que os seduce. (Serm.).

Veramente es feliz el sabio, porque nada desea; pues el que codicia algo no tiene bastante, y por consiguiente no es dichoso.....

En la región de la muerte, dice S. Agustín, no hallamos más que trabajos, dolor, temores, tribulación, gemidos y suspiros: *In regionis mortuorum labor, dolor, timor, tribulatio, gemitus, suspirium*. (Civit.). La felicidad no está pues allí; allí no hallamos más que la ausencia de la dicha.....

¿Qué es la vida actual? Es un vapor que se desvanece, dice el apóstol Santiago: *Qua est vita vestra? Vapor est ad modicum parens*. (IV. 15). La vida es un vapor, un soplo, un humo, una gota de rocío, una corta tempestad.....

Escuchemos a S. Gregorio: La vida de la tierra es laboriosa; es más vana que las fúbulas, y más viva que un corcel; descansa en la instabilidad, se apoya en las debilidades, y no tiene ninguna fuerza de resistencia. Es una continuación de resoluciones inconstantes, de agitaciones interminables, y de trabajos sin descanso. ¿Quién es el que no se halla desgarrado por el dolor, atormentado por los cuidados, y perseguido por los temores? La tristeza acompaña la alegría; una saciedad penosa y sin encantos sucede al hambre, y el hambre viene detrás de la saciedad. Durante la noche deseamos el día; durante el día suspiramos por la noche: si hace frío, quisiéramos calor, y si hace calor, pedimos frío. Tenemos apetito y deseos antes del alimento, y después turbación, malestar y pesadez. Una multitud de pasiones tiránicas agitan á los hombres. (Moral.).

Los ciegos han dicho: ¡Feliz el pueblo que goza de los bienes del mundo! ¡Feliz tan sólo el pueblo cuyo Señor es Dios, dice el Salmista: *Beatum dixerunt populum cui hæc sunt: beatus populus cuius Dominus Deus ejus!* (CXLIII. 45).

Escuchad á Salomon en el libro del Eclesiastés: He levantado, digo, obras magníficas, he construido para mí palacios, y he plantado viñas. He trazado jardines y verjales, y los he llenado de toda clase de árboles. He practicado recipientes para regar la selva de mis plantas. He tenido criados y criadas y una numerosa familia, y rebaños de bueyes y de ovejas, más que todos los que me han precedido en Jerusalem; he amontonado plata y oro, la renta de los reyes y de las provincias; he tenido músicos y músicas, y lo que constituye las delicias de los hombres, copas y vasos para derramar vino. Mis riquezas han sido superiores á todas las de los que me han precedido, y he dado á mis ojos todo lo que han deseado, y no he impedido que mi corazón saborease los deleites y se complaciese en todo lo que yo había preparado, creyendo que mi suerte era disfrutar del fruto de mis sudores; y cuando he vuelto mi vista

hacia las obras de mis manos, hacía los trabajos en que me había cansado vanamente, no he visto en todo más que vanidad, aflicción de espíritu, y no he hallado nada estable bajo el sol. (II. 4-11).

Y yo también, dice en otra parte el mismo príncipe, soy hombre, mortal como todos, y de la raza de aquel que nació el primero de la tierra. En mi nacimiento, he respirado el aire común á todos, he sido depositado en una tierra en la que debía hallar iguales dolores; y como sucede á todos los niños, mis primeros acantos han sido llantos. (Sap. VII. 4-5). El niño, dice S. Agustín, presente, y su saberlo profetiza las mil tribulaciones que le esperan, llorándolas desde luego: *Infans presentis, quasi necius propheta, mille vite ærummas sibi subeundas, quas deplorat*. (Serm.).

El mundo llama y amamanta para envenenar y matar, dice S. Bernardo: *Mundus vocat et lætat, ut infeiat et interficiat*. (Epist.).

Todos los bienes de este mundo no tienen más que apariencia, y no realidad; los codiciamos, y no satisfacemos; son el entretenimiento de los ojos, y no el alimento del alma.....

¡Maldito sea el hombre que confía en el hombre, dice Jeremías, y se apoya en un brazo de carne, alejándose su corazón del Eterno! *Maledictus qui confidit in homine, et ponit carnem brachium suum; et il Dominum recedit cor ejus*. (XVII. 5).

El reposo no está en la tierra, donde lo buscáis, dice S. Agustín. Buscad lo que deseáis; pero buscadlo al menos donde podáis hallarlo. Buscáis la vida dichosa en la región de la muerte? No está aquí. Desgraciada el alma aulaz que apartándose de vos, Señor, espera hallar otra cosa mejor! Mirad, y volved á miraros á la espalda, al lado, al pecho; y vuestro lecho, cualquiera que sea, será duro. Sólo vos, Señor, sois el verdadero reposo y la verdadera dicha (1).

Lo habéis querido, Señor, y así sucede: todo afecto desordenado es su propio castigo, añade en otra parte el mismo Padre: *Iussisti, Domine, et sic est, ut pena sibi sit omnis inordinatus affectus*. (Lib. Cont.).

Hecia el alma razonable á imagen de Dios, dice S. Bernardo, puede ocuparse de cosas diferentes de Dios; pero éstas no pueden satisfacerle (2).

El hombre busca su dicha en las pasiones; pero seguir las es pelear, y la dicha no se halla en el pecado..... La tribulación y las angustias, dice S. Pablo, son la dote de toda alma que obra mal: *Tribulatio et angustia in omnem animam hominis operantis malum*. (Rom. II. 3).

Las pasiones son hiel en una gota de miel, y cuanto más crecen, más desolaciones, pesares y tormentos proporcionan.....

(1) Non est requies ubi parvitas eam. Querite quod queritis, sed in non est ubi parvitas. Beatus vultu queritis in regione mortis: non est illic. Vix animus audiat, qui speravit, et in recessu, se aliquod bellum habebit. Verba et recessu in legibus, et in terra, et in ventrem, et dures sunt omnia. Et la solus requies est, Dominus. Lib. II. Conf. c. 24.

(2) Ad imaginem Dei facta anima rationalis, cetera omnibus occurrere potest, repleri non potest. Serm. in illud: Ecce reliquias carnis.

Los pecadores, dice el Salmista, giran al rededor de la felicidad, y no la encuentran. (VI. 9). Se aficionan á las cosas vanas, variables y caducas. Esta afecion les arroja en una agitacion continua que les hace desgraciados.... Las santas alegrías heren del hombre ocupado con los deseos de la tierra, dice S. Bernardo: *Procupatam vacillantes desiderium animum delectatio saevitia declinat.* (Tu Evang.).

El alma corrompida morirá de hambre, dicen los Proverbios: *Anima desolata esuriat.* (XIV. 15).

Adán trata de aumentar su dicha con el pecado, y pierde la que tenía: ¿En donde estás, Adán? le pregunta el Señor: *Adán ubi es?* (Gen. III. 9). Te habia colocado en un lugar delicioso, y te encuentro en un estado muy diferente de aquel en que te hallabas. Te habia revestido de gloria, andabas ante mí con honor y alegría; y ahora te veo desnudo y tratando de ocultarme. ¿Qué es esto? ¿Quién te ha causado semejante desgracia? ¿Quién es el ladrón que te ha despojado de tantas hermosas y buenas cualidades, y te ha reducido á tanta pobreza? ¿Cuál es el principio del sentimiento de desconfianza y de confusion que experimentas? ¿Por qué bayes? ¿por que te avergüenzas, por que te ocultas? ¿por que tiembas? ¿Te acusa á ti mismo? ¿Hay testigos que te amargan con sus declaraciones? ¿De donde te viene tanto temor? ¿En donde están ahora las magnificas promesas de la serpiente? ¿Donde está tu antigua tranquilidad de ánimo? ¿donde tu seguridad primera? ¿Qué ha sido de tu confianza de otro tiempo? ¿Que has hecho de la paz de tu conciencia? ¿A donde han ido los grandes bienes que poseías? ¿Quién te ha arrebatado el amor filial, mantual para tí de tanta dicha? Tu temor y tu vergüenza son las pruebas de tu falta, y las tinieblas que buscas indican que has pecado. ¿En donde estás, Adán? *Adán, ubi es?* No trata de inquirir en qué sitio estás, sino en qué estado te hallas. ¿A quien estubo tu obediencia? ¿Huyes de tu Dios, á quien antes buscabas?..

La felicidad se halla donde Jesucristo la coloca. Escondida pues á Jesucristo: Bienaventurados los pobres de espíritu (es decir, los corazones sencillos, rectos y humildes), porque suyo es el reino de los cielos. Bienaventurados los que son mansos, porque poseerán la tierra. Bienaventurados los que son humildes, porque serán consolidos. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque obtendrán misericordia. Bienaventurados los que tienen el corazón puro, porque verán á Dios. Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que sufren persecucion por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos (1).

(1) Beati pauperes spiritu, quoniam illorum est regnum caelorum. *Matth. v. 3.* Beati autem qui misericordiam faciunt, quoniam misericordiam ipsi accipient. *ibid. v. 7.* Beati qui iunguntur in pace, quoniam in pace habebunt pacem. *ibid. v. 9.* Beati qui persequuntur propter iustitiam, quoniam in illis erit regnum caelorum. *ibid. v. 10.*

Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan: *Beati qui audiant verbum Dei, et custodiant illud.* (Luc. XI. 28).

En esto hace consistir Jesucristo la felicidad.

El mundo le hace consistir en otras cosas: la hace consistir en las riquezas, en los placeres y en los honores. Pero, dice S. Bernardo, ó Jesucristo ó el mundo se engañan: *Aut mundus fallitur, aut mundus errat.* (Serm. in Evang.).

La divina Sabiduría no puede sin embargo engañarse: así pues el mundo se engaña; así pues todos los que aman y sirven al mundo, y todos los que buscan sus vanidades, son ilusos y ciegos, á tenor de aquellas palabras del Salmista: Siempre viven éstos en el error: *Semper hi errant corde.* (XCIV. 40). Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida, enseña con palabras y ejemplos cuál es la verdadera dicha, y cuál la desgracia de los que se encuentran en uno y otro caso, y lo que hemos de huir, y lo que hemos de practicar para obtener la vida eterna, es decir, la dicha.

Quiera Dios que todos los cristianos pesen atentamente como deben, y experimenten en sus corazones y expresen con sus costumbres la gran verdad de que ceder á las pasiones inflama la conciencia, y abrazar la cruz la apaga.

Los apóstoles hallaban la felicidad allí donde su divino Maestro se la indicaba. Practicando las lecciones del sermón en la montaña, pasaron su vida en la obediencia de Jesucristo.

2.º ¿Donde está la felicidad? En el desprecio de las riquezas, de los honores y de los placeres del mundo; en la aceptación de la pobreza, de la oscuridad y de la muerte.

La verdadera felicidad, dice S. Eucher, consiste en despreciar la felicidad del siglo, en dejar á un lado las cosas de la tierra, no ocupándose más que de las de Dios: *Vera beatitudo est seculi beatitudinem spernare, neglectisque terrenis, in divina flagrare.* (Epist. ad Valerianum).

3.º ¿En donde está la felicidad? En las aflicciones y cruces. Cuanto más sufrimos por Jesucristo, más dichosos seremos. El mismo S. Pablo lo asegura: Rebelo de alegría en todas mis tribulaciones, dice: *Semper habundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VII. 4).

No quiera Dios, escribió á los Gálatas, que me glorie más que en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo se ha sacrificado para mí, y yo me he sacrificado por el mundo: *Mihi absit gloriari nisi in cruce Domini nostri Jesu Christi, per quem mundi mundus crucifixus est, et ego mundo.* (Gal. VI. 14).

Su. Terásis decir: Sufrir, ó morir; *Aut pati, aut mori.* (In ejus vita). Nadie es más dichoso, dice Salvo, que los que con su propia ciencia y voluntad abrazan las cruces. Los religiosos son humildes, pero quieren serlo; son pobres, pero se alegran de su pobreza; rechazan la ambicion, pisotean los honores; son despreciados, pero por su voluntad lloran, pero son amigos de los legítimos; sufren, pero ansian los sufrimientos. *(De gubernat. Dei).*

Quando estoy débil y enfermo, dice el gran apóstol, me hallo entonces fuerte: *Cum infirmior, tunc potens sum.* (II. Cor. XII. 10).

Sucedá lo que quiera á los que, son verdaderamente piadosos, debemos llamarlos felices; porque, si sufren pruebas, hallan su dicha en ellas, y las aceptan, y las quieren. (*Saleian., de gubernat. Dei*).  
Bastante consuelo es, exclamaba S. Francisco Javier en medio de las fatigas y de las cruces, bastante consuelo es, Señor: *Satis, est Domine, satis est.* (In ejus vita).

¡O poder de las lágrimas! exclama S. Efrén, ellas son el remedio de los pecadores, y con ellas los desgraciados son felices. Las lágrimas lavan el alma, y la purifican; apagan la voluptuosidad, y perfeccionan las virtudes. (*Serm.*).

4.º ¿Dónde está la dicha? En la observancia de la ley de Dios. Feliz el hombre, dice el Salmista, que ama la ley del Señor y la medita noche y día: *Beatus vir qui in lege Domini meditabitur die ac nocte.* (I. 1-2).

Nada es más dulce que observar los mandamientos del Señor, dice el Eclesiástico: *Nihil dulcius quam respicere in mandatis Domini.* (XXIII. 37).

¡Dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la practican, dice Jesucristo! (*Luc. XI. 28*).

La ley de Dios es justa, dulce y perfecta; nos enseña el camino de la dicha, y conduce á la bienandanza suprema.

5.º ¿Dónde está la felicidad? En el temor de Dios. Feliz el hombre que teme al Señor; tendrá placer en cumplir su ley, dice el Real Profeta: *Beatus vir qui timet Dominum; in mandatis ejus volens.* (CXL. 1). Felices los que temen al Señor: *Beati omnes qui timeant Dominum.* (Psal. CXXXII. 1).

No tengas miedo, hijo mío, dice el santo varón Tobías; es verdad que tenemos una vida pobre; pero tendremos grandes riquezas si tememos al Señor: *Nolite timere, fili mi; pauperem quidem vitam gerimus, sed multa bona habebimus, si timerimus Deum.* (IV. 23).

6.º ¿Dónde está la felicidad? En la victoria conseguida sobre nuestras inclinaciones. Haber vencido el deleite, dice S. Cipriano, es el supremo deleite: *Voluptatem vicisse, voluptas est maxima.* (De disciplina et bono pudicitia). Bienaventurados los corazones puros, porque verán á Dios, dice Jesucristo. (*Matth. V. 8*).

7.º ¿Dónde está la felicidad? En la virtud. Gloria, honor y paz al que obra bien, dice S. Pablo: *Gloria, et honor, et pax omni operanti bonum.* (Rom. II. 10).

8.º ¿Dónde está la felicidad? En la paz de la conciencia. Nuestra gloria, dice S. Pablo, es la manifestación de nuestra conciencia; nos dice que hemos vivido en este mundo, y entre vosotros con sencillez de corazón y sinceridad de Dios; no según la sabiduría de la carne, sino según la gracia de Dios. (II. Cor. I. 12).

Nadie es desgraciado porque los demás lo crean así, dice Salvio; pero desgraciado es el que tiene una mala conciencia, y muy dichoso es el que la tiene recta y pura. (*De gubernat. Dei*).

El mismo S. Agustín nos dice: Pensad de Agustín cuánto queráis; yo deseo únicamente para ser feliz que mi conciencia no me acusase ante Dios: *Senti de Augustino quidquid libet; sola me in oculis Dei conscientia non accuset.* (Epist. ad Secundianum).

La buena conciencia es un festín continuo, dicen los Proverbios: *Secura mens quasi jure convivium.* (XV. 15).

¿Qué cosa más preciosa, decía S. Bernardo al papa Eugenio, qué cosa más consoladora y más grata en la tierra que una buena conciencia? No podemos perderla como los demás bienes de este mundo; no teme, ni las afrentas, ni los tormentos del cuerpo; se alegra de la muerte en vez de afligirse por ella. (*De Consid.*).

¿Queréis no estar nunca tristes? dice en otra parte aquel gran Santo. Vivid cristianamente; una vida santa es inseparable de la verdadera dicha. La conciencia culpable está siempre atormentada (1). Si obras bien, dijo el Señor á Cain, ¿no recibirás por ello tu salario? Si obras mal, ¿no aparecerá de repente tu pecado en el dintel de tu puerta? (*Gen. IV. 7*).

Lo que hace la vida feliz, dice S. Ambrosio, es la tranquilidad de la conciencia y la seguridad de la inocencia (2). Nada proporciona una dicha igual á la tranquilidad de la conciencia, dice S. Agustín (3).

9.º ¿Dónde está la felicidad? En la gracia de Dios. La alegría del espíritu y la verdadera dicha consisten en la posesión de la gracia santificante. Hallarnos en estado de gracia es ser amigos é hijos queridos de Dios. ¿Hubo nunca en la tierra felicidad semejante?...

10.º ¿Dónde está la felicidad? Oigamos lo que dice Tertuliano: ¿Qué dicha mayor pueda hallarse que reconciliarnos con Dios, conocer la verdad, experimentar repugnancia hácia el error, y saber que nuestros pecados están perdonados? ¿Existe un principio de felicidad más fecundo que despreciar los deleites y todo lo que pertenece al mundo, tener la verdadera libertad y una conciencia sin remordimientos, llevar una vida exenta de codicia, estar preparados á la muerte, vencer al infierno y vivir por Dios? He aquí la dicha, he aquí los placeres de los buenos cristianos; son santos, continuos y gratuitos. (*De Spectac.*, c. XXVIII).

¿Quién es el hombre que quiere la vida y suspira por días dichosos? pregunta el Real Profeta. Aléjese del mal, y practique el bien; busque la paz, y persigala sin descanso: *Quis est homo qui euli vitam, diligit dies videre bonos? Dicerte á malo, et fac bonum; inquire pacem, et persequere eam.* (XXXIII. 13-15).

El que quiera ser feliz, dice Lactancio, debe escuchar la voz de Dios; buscar la justicia, despreciar las cosas humanas, y ocuparse de las divinas. (*Institut. divin. lib. VI*).

(1) *Via poroptimum esse tristis? Bene vivere, bona vita, semper gaudium habet, conscientia rei actum in bono est. In Paul.*

(2) *Vitam hestum efficiant tranquillitas conscientie, et securitas innocencie. Lib. II. Offic. c. 7.*

(3) *Tranquillitate conscientie nihil excogitari potest beatus. Lib. XXI. de Civit.*

41. ¿Dónde está la felicidad? Está exclusivamente en el conocimiento, el amor y el servicio de Dios.

Dios, dice S. Agustín, se contenta con vosotros, lo bastáis; bastéis también á vosotros Dios: *Sufficit te Deo; sufficit tibi Deus tuus.* (Lib. I. de Trinit., c. VIII). Nos habéis hecho para vos, Señor, y nuestro corazón estará siempre inquieto y agitado hasta que descanse en vos, presique aquel gran Doctor: *Pecasti nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* (Lib. I. Confess., c. I). ¿Amáis las riquezas? prosigue, Dios será vuestro bien. ¿Amáis los manantiales de agua pura? ¿Qué cosa más limpia y pura que esta sabiduría infinita! Todo lo que puede ser amado en la tierra, debe ayudarnos á amar al que es Criador de todas las cosas. (In Psal., LIII).

La verdadera dicha, dice S. Bernardo, es la que viene del Criador, y no de la criatura; y nadie puede arrebatárnosla cuando la poseamos. Es una alegría en comparación de la cual toda otra alegría no es más que tristeza todo placer sufrimiento, toda dulzura amargura, toda hermosura fealdad, y en fin, todo lo que pueda alegrar de alguna modo, pena y angustia (1).

Si deseamos poseer la dicha en la tierra, dice S. Agustín, es menester que poseamos á Dios, que es dueño de todo y todo lo ha criado; y tendremos en el todo lo que podamos desear relativamente á alegría y pureza. Pero, como nadie posee á Dios si el mismo Dios no le posee, seguimos el bien de Dios, y él será el nuestro. ¿Qué mayor dicha que poseer á Dios? En él hallamos todos los bienes, puesto que en él y por él vivimos. ¿Qué puede bastar, pregunto, á aquel á quien Dios no basta? ¿A qué buscar en otra parte la dicha, puesto que Dios es la felicidad suprema? (In Monit. Psal.).

El amor transforma al que ama en objeto amado; porque el alma vive más bien en aquel que ama que en el cuerpo que anima. El amor de Dios produce seis frutos que dan la verdadera dicha: 1.° ilumina la inteligencia...; 2.° inflama el corazón...; 3.° embriega de delicias...; 4.° inspira un ardiente deseo de poseer á Dios...; 5.° sacia el alma...; 6.° proporciona el arrebolamiento, y eleva admirablemente al hombre hacia Dios..... Esto es el paraíso en el cual podemos entrar, aun cuando nos hallemos todo el día en la tierra.

Jamás se experimenta ningún pesar por conocer, amar y servir á Dios; se encuentra, por lo contrario, una felicidad indecible que va progresivamente en aumento á medida que llamamos este deber tan dulce y ventajoso. Pero en el conocimiento, el servicio y el amor del mundo o en el amor propio, toda es amargura y repugnamientos, y cuanto más nos entregamos al mundo, más nos complacemos en nosotros mismos y más desgraciados somos.

(1) *Ubi et serm. et solum est gaudium, quod non de creatura, sed de Creatore consistit, ubi non potest esse possessio, anno solus á se. Qui comparata omni aliunde iucunditate, minus est, quam non esse, dicitur est omnis dilectio, amantium omnes docuerunt, sedum; esse potest, quodcumque nihil delectare possit, molestum. Epist. CXXV.*

¿Habéis sido colmados de todas las riquezas en Jesucristo, de suerte que no os falta ningún don, dice el Apóstol de las Gentes: *In omnibus divites facti estis in Deo; ita ut nihil eobis desit in alla gratia.* (I. Cor. I. 5-7). Alegraos una y otra vez en el Señor, dijo á los Filipenses; os lo repito, alegraos: *Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete.* (IV. 4). Alegraos, dice S. Anselmo, no en el siglo, sino en el Señor; porque así como nadie puede servir á dos amos, nadie puede tampoco alegrarse en uno y otro. La alegría según el mundo y la alegría según Dios están opuestas. Esta es verdadera y completa; aquella es engañosa y vacía. (Lib. de siml.).

Alegraos, dice S. Bernardo, porque de la mano izquierda de Dios habéis recibido dones, y de su derecha recibiréis recompensas. Su mano izquierda sostiene, y su mano derecha acoge. Aquella cura y justifica; esta abraza y beatifica. En la una están los remedios y los méritos; en la otra las coronas y las delicias. (Serm. in Psal.).

Toda abundancia que no provenga de mí Dios, es hombre, dice S. Agustín, nada llena tanto el alma hecha á imagen de Dios como vos. ¡ó Dios mío! (Soliloq., c. XIII). La vida bienaventurada, abade de aquel ilustre Padre, es el conocimiento de la Divinidad, el mérito de las buenas obras; y el mérito de las buenas obras conduce á la felicidad eterna. (Serm. CXXI. de Temp.). El hombre es feliz procurándose la dicha que no se desvanecen, es decir, procurándose á Dios. El es la felicidad eterna; por él adquiere el hombre la vida que siempre dura, adquiere la sabiduría perfecta, y recibe la luz impercedera. (Serm. XXXVIII).

Lejos de mí, Señor, dice en otra parte, lejos del corazón de nuestro sirviente creéme feliz, cualquiera que sea la dicha que pueda experimentar lejos de vos. Sólo en vos está la felicidad verdadera, que no llegan á alcanzar los culpables, sino los que os siguen con fidelidad. La vida dichosa es alegraros junto á vos, alegraros de vos y por vos; no hay otra: *Ipsi est beata vita gaudere á te, de te et propter te; ipsa est, et non est altera.* (Soliloq.). Cuando me una á vos con todas mis fuerzas, Señor, no tendré ni dolores ni trabajos; llena de vos, mi vida será realmente viva; pero ahora que no llenas mi corazón, soy una carga para mí mismo: *Cum voluerero tibi ex omni me, nusquam erit mihi dolor aut labor; vita erit vita mea plena te; nunc autem, quoniam plenus tu non sum, oneri mihi sum.* (Soliloq.).

Sigamos citando á S. Agustín. Nada, dice, es comparable al conocimiento de Dios, porque nada puede hacernos tan felices, y este conocimiento es en sí mismo la verdadera felicidad. He aquí por qué el Salvador dijo á su Padre: La vida eterna consiste en conoceros á vos, que sois el único Dios verdadero, y á Jesucristo á quien habéis enviado: *Hac est vita eterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem missisti Jesum Christum.* (Joann. XVII. 3.—Serm. LXXI. de Temp.).

El Señor, dice el Rey Profeta, es la dote de mi herencia y la co-



pa que me está reservada. Vos sois, ó Dios mio, quien me devolvirá el patrimonio que abandono en la tierra: *Dominus pars hereditatis mee et calces mee; tu es qui restituit hereditatem meam mihi*. (XV. 5). El cordel de la parte que me toca de estos encantadores lugares, y resulta que mi herencia es magnífica: *Panes escaiderunt mihi in praeclaris, etenim hereditas mea praeclara est mihi*. (XV. 6). El Señor es mi guía, y nada me faltará; me ha llevado á unos lugares de abundancia (1). Probad y ved qué dulce es el Señor: *Gustate et videte quoniam suavis est Dominus*. (XXXIII. 8).

Los ricos han sufrido pobreza y hambre, y los que buscan al Señor tendrán todos los bienes con abundancia (2). ¡Feliz el que hace estribar su esperanza en el Señor y no ha vuelta sus miradas á las vanidades y locuras engañosas! (3). Toda mi dicha consiste en unirme á Dios: *Mihi adhaerere Deo bonum est*. (LXXII. 28). Mi alma ha renunciado todo consuelo; me he acordado del Señor, y mi corazón se ha inundado de felicidades (4). Alegrese el corazón de los que buscan al Señor: *Letetur cor quarentium Dominum*. (CIV. 3).

Ninguna de las cosas creadas puede dar la dicha y acallar los inmensos deseos del hombre. La sociedad y la verdadera dicha sólo se hallan en Dios, que es infinito.

Oigamos á S. Lorenzo Justiniano cuando habla del divino matrimonio del Verbo eterno con el alma fiel: Allí, dice, se celebra un continuo festín, allí se come verdaderamente el becerro gordo; allí se halla la paz interior, la tranquilidad que nada teme, la felicidad duradera, las grandes delicias, la fe serena, la sociedad amable, los abrazos que unen, la felicidad de la contemplación, y la dulzura en el Espíritu Santo. Allí se abre la puerta del cielo, la entrada del paraíso (5).

Guardaos, dice Eusebio, guardaos de creer que la felicidad os espera en este mundo, que es una especie de circo donde se nos ha enviado para combatir. Nos disponemos en él para la dicha; pero no nos es posible suborearla. No busqueis en él lo que ningún Santo, ningún confesor, que haya terminado su tarea ha obtenido. No busqueis aquí lo que no ha hallado Jesucristo. Si el mundo invierte paz, los mártires no tendrían gloria (6).

El Señor, dice la Sabiduría, conduce al justo por caminos rectos,

(1) Dominus respicit me, et nihil mihi deerit, in loco pascae tibi me collocavit. XXII. 13.

(2) Dentes esurierunt et esurientes autem Dominum non inveniunt omnino. XXXIII. 16.

(3) Beatus vir bonus est homini Dominus spes eius, et non respicit in vanitates et insanas falsas. XXXIX. 1.

(4) Renunció consolaris unum meum, in meo fidei Dei, et delectatus sum. LXXVI. 3-4.

(5) Hi iure collocatur convivium, et vinctus sempiternis conpetitur argentus. Pax in illo quiescit interna, secure tranquillitas, tranquilla felicitas, securitas motus, fides societas, amicitia societas, societas amicitia, consensu hominum delectatio, societas in Spiritu Sancto. Hi ceteri panes est, et paradisus porta. *Lib. de Ligno vite.*

(6) Curvato, ne in arena summi, in qua ut sublevis agros missi sumas, aliquid felicitatem expectandi iudicis. Beatius hic parvi patris, non potest acquiri. Non enim panem exultatio est, que boni iustitiae certamen. *In Solent. Lib. I.*

(7) Quis est deus quod hic nec Christus invenit. Si martires pacem haberet gloriam martyres non haberent. *In Chron.*

le enseña cuál es su reino, le da la ciencia de los Santos, hace prosperar su trabajo, y bendice sus obras (1).

Señor, exclama la Sabiduría, qué bueno y dulce es vuestro espíritu en todas las cosas: *Quam bonus et suavis est Dominus, spiritus tuus in omnibus*! (XII. 1).

Es muy justo, Señor dice S. Agustín, que el que busca la felicidad fuera de vos os pierda. Yo os pido que todo sea para mí amargura, para que vos sólo seáis dulce á mi alma, vos que sois inestimable dulzura y dulcificáis todas las amarguras (2).

Dico el Génesis (XXXIX. 2) que hallándose el Señor con José en Egipto, este Patriarca prosperaba en todo: *Fuitque Dominus cum eo; et erat vir in cunctis prospere agens.*

Leeos en el libro de los Reyes (VII. 2) que habiendo todo Israel buscado al Señor descansó en él: *Requiescit omnis domus Israel post Dominum*. Aprended de ahí que no hay verdadero reposo, verdadera felicidad y prosperidad más que en ay Dios, en su servicio y amor. Sólo Dios da la paz de la conciencia, la paz con el prójimo, la paz con los enemigos, la paz en medio de las tentaciones, la paz con uno mismo. Apliquémonos á descansar en Dios, puesto que él sólo es el fin hacia el que debemos dirigir sin cesar nuestras miras: El sólo es la verdadera felicidad; unámonos á El por la fe, la sabiduría y todas las virtudes.

San Bernardo pone en boca de Jesucristo las siguientes palabras: Os suenare con un alimento misterioso, llenaré vuestros deseos, aplacaré vuestra sed, os daré reposo, y no desearéis ya nada; porque en mí están los pastos de la vida, en mí se halla la dulce y verdadera sociedad. (*Sermo in Cant.*).

Aquel cuya alegría es Jesucristo, dice S. Agustín, no puede verse privado de la felicidad que goza; porque esta alegría, que se alimenta de un bien eterno, no cesa nunca (3). Toda la vida, del justo, dice Clemente de Alejandria, es una fiesta perpetua y santa (4). ¿Qué hemos de temer del siglo, teniendo á Dios por protector en la tierra? dice S. Cipriano (5).

Animo pues, alma cristiana; únete solo á Dios, siéntate en su mesa. El será tu asiduo convidado, y El llegará á constituirse en tu festín. Repite con la esposa de los Cantares: El amado mio me pertenece y yo soy suya: *Dilectus meus mihi, et ego illi*. (II. 16).

La suprema felicidad del hombre consiste en que Dios reine en él, y él mismo descanse en Dios. Porque, 1.º, Dios es un Rey muy justo y bueno que manda con suprema dulzura, y es muy diferente de

(1) Iustorum desideria que via rectas, et ostendit illi regnum Dei, et dedit illi sociationem. *Solentium huiusmodi et illius in laboribus, et complevit huiusmodi illis. Lib. 19.*

(2) Iustitia est in similitudine, quomodo in aliquo illo meo consuevit esse etiam in te. Felix est similitudo in similitudine, ut si solus datus equorum, animus meus, qui est dulcis et delectabilis, per quem datus vultus delectantur. *Lib. Corinthe.*

(3) Non potest quantum dicitur delectationibus suis, cum Christus est iudicium; et hoc enim exultatio est, que boni iustitiae certamen. *In Solent. Lib. I.*

(4) Univera vita iusta est quomodo collectio ne sanctorum dies festus. *Lib. IV. Strom.*

(5) Quis est deus quod hic nec Christus invenit. Si martires pacem haberet gloriam martyres non haberent. *In Chron.*

los tiranos, como el mundo, el demonio y la carne; pues éstos mandan con imperio e insolencia cosas inicuas y muy penosas..... 2.º El reino de Dios consiste en la gracia y en las virtudes, la fe, la esperanza, la caridad, etc.; precioso dones que Dios comunica al alma para que alcance por su medio el supremo bien. Dios gobierna el alma revelándose a ella e inspirándole el deseo de unirse á El, de amarlo y de servirle. ¿Qué cosa mejor y más feliz que conocer la verdad infinita, amar la bondad infinita, y servir y adorar la majestad infinita? 3.º Dios estableció su reinado, no por su propio interés, sino para utilidad del alma que gobierna, y con la mira de una utilidad incomparable, que es hacerla vivir en la piedad, la santidad, las virtudes y la gracia, y hacerla merecer el reino y la gloria celestiales; donde poseerá á Dios y todos sus bienes durante la eternidad..... 4.º El reino de Dios no hace esclavos á sus súbditos, no les envilece, sino que antes bien los mantiene libres y los ennoblece, y aun los convierte en reyes, según aquellas palabras del Apocalipsis: *Fecisti nos Deo nostro regnare et sacerdotes, et regnabimus super terram*: Nos habéis hecho dueños y sacerdotes de Dios, y reinarémos en la tierra. (1.º 10). Reinarémos en la tierra, es decir, dominaremos nuestro cuerpo, las pasiones, el mundo, el infierno y la tierra de los vivos. ¿No es rey el que por gracia de Dios domina sus deseos ó inclinaciones? ¿No es rey el que refrena y encadena el orgullo con la humildad, la avaricia con la liberalidad, la ira con la clemencia y la dulzura, la gula con la sobriedad, la injuria con la castidad, y la carne con el espíritu? ¿No es rey aquel cuya razón, cuya prudencia y continencia domina sábia y victoriosamente la memoria, la voluntad, la concupiscencia y la inclinación á la ira; los ojos, los oídos, la lengua, la boca, los pies, las manos, y en una palabra, todo su ser?

Por esto nos manda Jesucristo orar y decir cada día: *Adveniat regnum tuum*: Venga á nos el tu reino. (Matth. VI. 10).

Perfectamente dice S. Cipriano: Quien ha renunciado al siglo, está por encima de los honores y del poder de la tierra; y por esto quien se da á Dios y á Jesucristo, desea, no las coronas de la tierra, sino la diadema celestial, y aun más, suspira por la posesion de Dios, en quien debemos reinar (1).

San Ambrosio dice: Reinando Dios en nosotros, no puede nuestro adversario tener lugar que le pertenezca; no es el mal ni el pecado los que reinan, sino la virtud, la pureza y la piedad (2). Esta es la verdadera dicha.

¡Sed paces, ó Señor, nuestro Dios, sed nuestro rey, nuestro legislador; reíñad sobre nosotros; os ofrecemos nuestra alma y todas

(1) Qui renuntiavit huius seculo, maior est et honoribus eius et regno; et ideo, qui se Deo dedicat, non terram, sed celestem regnum desiderat, ino Deum ipsum, quo in illo regnabit cum eo. Sermon. 24. Deit. 10mo.

(2) Si Deus in nobis regnat, locum haberi adversariis non potest. Cuius non regnat, peccatum non regnat, sed regnat virtus, regnat pudicitia, regnat devotio. Sermon. VII.

sus potencias, sus cualidades, su grandeza; no podemos regirla nosotros mismos, y no queremos que el infierno, el mundo, la carne, los tiranos la gobiernen. Vos, que nos habéis criado y rescatado con vuestra sangre, regidnos como á propiedad vuestra, como á vuestro reino. Sólo, gobernareis con sabiduría, clemencia e imperio para ventura y felicidad nuestra. Solo en Dios está el verdadero bien, el bien infinito, la hermosura, la riqueza, la dulzura, el reposo, el consuelo, todos los tesoros y dignidades, la majestad, la gloria y la sabiduría, la vida y la felicidad. Vos sois, ó Dios mio, el oceano infinito del ser, la bondad y la dicha sin limites. Desde la eternidad toda verdad y todo bien se halla en vos. Sois el principio y el fin de la creación, el autor de todas las cosas, el conservador y la providencia del mundo; estais en todos los lugares, y existis en todos los tiempos; sois la duracion, la regla, el lozo, el término. Sólo en vos está la felicidad de los ángeles, de los hombres y de todas las criaturas. Dios mio, mi amor y mi todo, hacéd que me sumerja en vos. O eterno é inmenso oceano, rodéme vuestra providencia, vuestra misericordia y bondad, como el agua rodea al pez en el mar; hacéd que me sumerja y nada aqui durante la eternidad; que me embriague, me pierda y me absorba aqui para siempre, y que conmigo lleve mis deseos, mis votos, mis esperanzas y cuanto tengo, todos mis afectos y todo mi amor. En esto, y sólo en esto se halla la felicidad.....

Jesucristo es el alma que debe animarnos; en el tenemos la vida, el movimiento y el ser, dice S. Pablo: *In quo vivimus, et movemur, et sumus*. (Act. XVII. 28). El fiel cristiano debe decir: Jesucristo es mi soplo, mi respiracion, mi aspiracion, mi alma y mi vida; es para mí más querido, más precioso y más íntimo que mi alma; porque es el alma de mi alma, el espíritu de mi espíritu, el centro de mi corazón. Así como el alma anima, vivifica, mueve, gobierna y dirige todos los miembros; así como habla por medio de la boca, oye por medio de los oídos, ve por medio de los ojos, anda por medio de los pies, y toca por medio de las manos; de la misma manera Jesucristo anima y vivifica mi alma, y por su medio mi cuerpo, todos sus sentidos, todas sus potencias y todos sus miembros, y los mueve y los dirige al bien y en servicio suyo. Porque él hace que mi lengua no diga más que cosas buenas y santas, que mis ojos no vean nada impuro, que mis oídos no se abran más que á la palabra de Dios y á las conversaciones castas, que mi corazón sólo guste del cielo, que mi espíritu no piense más que en las cosas divinas, y que mis pies y mis manos no obren más que para obras buenas.

¿Teneis hambre? Desead á Jesús; es el pan y el alimento de los ángeles. ¿Teneis sed? Desead á Jesús; es el manantial de las aguas vivas, es el vino que embriaga el alma. ¿Estais enfermos? Id á Jesús; es el médico supremo, el Salvador. ¿Se acerca la muerte? Suspirad por Jesús; es la vida y la resurreccion. ¿Teneis dudas?

Consultad á Jesús; es el ángel del gran consejo. ¿Estais en la ignorancia y en el error? Preguntad á Jesús; es el camino, la verdad y la vida. ¿Sois pecadores? Implorad á Jesús; él es el que libera al pueblo de sus pecados; para esto vino al mundo; su objeto, el fruto de su pasión fué borrar el pecado. ¿Estais atormentados por el orgullo, la gula, la impureza y la indolencia? Invocad á Jesús; él es la humildad, la sobriedad, la pureza, el amor y el fervor por esencia. ¿Descalís la hermosura? Él es la hermosura incomparable. ¿Deseais las riquezas? En él habitan, hasta corporalmente, todos los tesoros de la Divinidad, dice S. Pablo: *In ipso inhabitat omnis plenitudo Divinitatis corporaliter.* (Colos. II. 9). ¿Envidiais los honores? La gloria y las riquezas están en su casa, dice el Rey Profeta: *Gloria et divitias in domo eius.* (CXL. 3). Es el rey de gloria: *Quis est iste rex gloria?* (Psal. XXIII. 10). ¿Queréis á un amigo íntimo? Por amor nuestro bajó del cielo, trabajó, sudó, llevó su cruz, y por vosotros murió también. ¿Queréis la sabiduría? Es la sabiduría eterna e increada del Padre. ¿Deseais consuelos y alegría? Es la dulzura de los corazones alligidos, y la alegría de los ángeles. ¿Deseais la justicia y la santidad? Es el Santo de los Santos, la eterna justicia que justifica y santifica á todos los que en él creen y esperan. ¿Deseais la vida bienaventurada? El es la vida eterna y la dicha suprema de los Santos y de todos los elegidos.

La única y verdadera felicidad está en Jesucristo.

Sólo en el cielo está la verdadera felicidad.

Sólo en el cielo se halla la felicidad suprema. Jamás el ojo ha podido ver, ni el oído percibir, ni el corazón del hombre sentir lo que Dios tiene preparado en el cielo para los que le aman, dice S. Pablo á los Corintios: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ preparavit Deus iis, qui diligunt illum.* (I. II. 9). Allí se embriagará el alma con la abundancia de la casa de Dios. Apagará la sed de vuestros elegidos, Señor, con el torrente de vuestras delicias; porque en vos está el manantial de la vida, y en vuestra luz veremos la luz, dice el Real Profeta: *Inebriabimur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos; quoniam apud te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lumen.* (XXXV. 9-10).

Acá en la tierra, dice S. Bernardo, el justo muere lleno de días, y en el cielo vive por la eternidad; en todas partes se sacia, de gracia en la tierra, y de gloria en el cielo: *Hic moritur justus plenus diebus; et illic oritur in plenitudine dierum. Utrobique plenus; et hic gratia, et illic gloria.* (Serm. in Cant.). Decid al justo que estará bien en el cielo (Véase Cielo), dice el Señor por boca de Isaías: *Dixit justo quoniam bene.* (III. 10).

El hombre es esclavo de su felicidad.

Todos nos dañamos á nosotros mismos, dice S. Ambrosio: *Nemo læditur, nisi à seipso.* (Serm. III). El hombre desea sin cesar la felicidad, una felicidad sin fin en goce y en duración; y sin embargo huye de ella; la quiere, y se aleja de ella. La felicidad se

la presenta, y él cierra los ojos, la desprecia y se va. La busca en todas partes en donde jamás ha de encontrarla; en todas partes en donde no está. Y allí donde se halla y donde puede hallarla, no la busca. La dicha no está fuera de Dios; sólo está en Dios; y allí no quiere él buscarla.... Ciego, engañado, seducido por la mentira, el error, el demonio, el mundo, los sentidos, cree hallarla en los objetos sensibles; carnales, en los objetos de la tierra, en las criaturas, en lo que le rodea y en sí mismo; pero, como no persigue más que fantasmas, sólo encuentra la nada.

Ciegos espirituales, abrid los ojos, y vereis que la verdadera felicidad no está más que en Dios; comprended por fin que sólo allí la hallaréis; arrojaos pues al seno de Dios, y descansaréis eternamente.

Santo Tomás de Aquino indica tres medios para adquirir la felicidad: 1.º la voluntad firme...; 2.º la resistencia á las pasiones...; 3.º la bondad, la mansedumbre hacia el prójimo. (4.º p. q. art. 7).

San Agustín indica dos medios: la oracion y la lectura. Porque, dice; cuando oramos, hablamos á Dios; y cuando leemos, Dios nos habla: *Cum oramus, ipsi cum Deo loquimur; cum vero legimus, Deus nostrum loquitur.* (Serm. CXII. de Temp.).

Aquel gran doctor señala tambien en otra parte otro tercer medio: Observar la ley de Dios: *Ille beatissimus est, qui diuinas Scripturas perlit in opera.* (Serm. CXII. in Temp.).

Practicar las ocho bienaventuranzas es buscar y hallar la felicidad verdadera.

Medios de llegar á la verdadera felicidad.

UNIVERSIDAD ANTONIO DE NÚÑEZ  
 UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 DE BIBLIOTECAS

## FIN DEL HOMBRE.

¿Cuál es el fin del hombre?



¿Cuál es el fin del hombre? Dios. ¿Cuál es su único fin? Solo Dios... Dios ha hecho al hombre para que el hombre conociese á Dios, y conociéndole le amase, y amándole le posesiese, y poseyéndole fuese feliz, soberano y eternamente....

Así como el caballo nace para correr, el ave para volar, y el bany para la libranza; así como el fuego existe para calentar, el sol para iluminar, el agua para apagar la sed, y el pan para ser nuestro alimento, así: así también el hombre ha nacido para conocer, amar y servir á Dios, para que gozando de la posesion y vision de Dios, sea para siempre dichoso.

El mundo, dice Luciano, fue hecho para que nosotros naciésemos; nosotros nacemos para conocer á Dios, creador del mundo y tambien nuestro, y le conocemos para servirle; le servimos para recibir la inmortalidad en recompensa de nuestros trabajos, y recibimos el premio de la inmortalidad para que, hechos semejantes á los ángeles, sirvamos para siempre á nuestro supremo Padre y Señor, y seamos el eterno reino de Dios. Este es el fin supremo de las cosas; esto es el secreto de Dios y el misterio del mundo: *Hec summa rerum est, hoc arcanum Dei, hoc mysterium mundi.* (Lib. III, c. VI).

Oigamos todos el fin de toda palabra, dice el Eclesiastes: Temed á Dios, y observad sus mandamientos, porque ahí está el hombre entero: *Fuere loquendi pariter omnes audiamus: Deum time, et mandata eius observa: hoc est unum, omnis homo.* (XII, 13).

Veamos la opinion de S. Bernardo: Debo amar infinitamente, dice, á aquel por quien soy, vivo y tengo sentimientos. Si no le amo, soy un ingrato y un indigno. Señor Jesús, el que se niega á vivir por vos, es verdaderamente digno de muerte, y por eso está muerto. Aquel á quien no gustais, tiene el gusto depravado, y aquel que trata de pasar sin vos, no es nada. fin fin. ¿á qué está el hombre sino para conoceros? (O Dios) Sólo para vos lo hicisteis todo, y el que quiere existir para sí mismo, y no para vos, empieza por no ser nada en medio de todas las cosas. Temed á Dios y observad su ley, dice la Escritura; porque ahí está el hombre todo; así pues, si ahí está el hombre todo, sin esto no son nada los hombres (1).

Temer á Dios y observar su ley es el único fin del hombre. Y si preguntais: ¿Qué es el hombre? Salomon contesta: Es el que teme á

(1) *Valde omnino mihi invidiosus est, per quem sum, vivo et sapio. Si non eum, ingratum sum et indignum. Egrum plane est mori, qui nihil Dominum suum, recusat vivere, et mortuus est. Et qui nihil non amat, desipit et qui curat esse nisi propter te, non debilo est, extrahi est. Dominus, pro te homo, nisi pro te innotuit et Proprie semetipsum. Deus, fecit omnem et qui esse vult sine, et non fili, nihil potest inquit inter omnia. Deum time, et mandata eius observa, hoc est unum, inquit, omnis homo. Ergo, si hoc est omnis homo nunquam hoc nihil est omnia homo. In Eccl. 12.*

Dios y lo obedece. Los hombres que no obran así, parecen hombres, pero en realidad son leones, zorros, harpías rapaces, tigres feroces, lobos hambrientos, etc.... Por esto el mismo Epicteto dice: El que no tiene afición á la virtud, es indigno de que le llamen hombre: *Homini nomine dignus non est, qui virtutis studiosus non est.* (Ita Laertius).

Por esto el hombre que vive como un impio, no es un hombre, sino un animal disfrazado con traje humano....

El Real Profeta pedía pues con mucha razon á Dios que le hiciese conocer su fin para saber lo que le faltaba y procurárselo: *Animi fac mihi, Domine, finem meum, ut sciam quid desit mihi.* (XXXVIII, 5).

Por esto no se ocupaba más que de los dias de la eternidad: *Memor fui dierum antiquorum.* (CXLII, 5). Por esto sus meditaciones eran únicamente sobre los años eternos. Y los años eternos son Dios. *Et annos eternos in mente habuit.* (EXAVI, 6).

Dios todo lo hizo para su gloria, dicen los Proverbios: *Universa propter semetipsum operatus est Dominus.* (XVI, 4). Dios ha creado el mundo y todo lo que contiene, para su gloria y para sí mismo; como último fin que es de todas las cosas. Porque, así como es la causa primitiva y el principio de todo, de la misma manera es el fin de todas las cosas. El mismo lo dice en el Apocalipsis: Soy el alfa y la omega, el principio y el fin: *Ego sum alfa et omega, principium et finis.* (I, 8). Todas las criaturas tienen por fin la glorificación de Dios para promulgar y celebrar por todas partes el poder, la misericordia, la justicia y la sabiduría de su Creador. Por esto Dios es el mismo en todas las cosas, y en todas las cosas es semejante á sí mismo. Dios, dice S. Agustín, es tan grande en las cosas más insignificantes como en las mayores: *Deus nec major est in maximis, nec minor in minimis.* (Lib. CIVI).

Observad que Dios lo ha hecho todo para sí mismo, no por deseo y necesidad de gloria, sino porque la naturaleza y el orden de las cosas así lo exige. La criatura se relaciona con su Creador, y le mira, por su esencia íntima y entera, como fin y bien supremo. Igualmente la naturaleza y la Divinidad del Creador tienen una dignidad y majestad tan grandes, que exige que todo vaya á parar á El, y aun más es propiedad esencial de la Divinidad ser el único fin de todas las cosas. Ni pudiera suceder de otra manera; repugna pensar....

Haciéndolo todo Dios para sí, es justo é indispensable que, cooperando con él, tengamos idéntica intencion, haciéndolo todo en alabanza y gloria suya y diciendo, con S. Ignacio de Loyola: Sea todo para mayor gloria de Dios: *Ad maiorem Dei gloriam.* (In ejus vita).

Aunque Dios lo haya creado todo para sí como último fin, sin embargo todo lo ha creado mediatamente para los justos que le obedecen; para ellos ha creado el sol, la luna, el fuego, los árboles, las frutas, los animales, etc.; á fin de que, sea por sí mismos, sea por sus diversas criaturas, hagan que todo vaya á parar á El. Pues si todo lo hace Dios para el hombre, es muy natural que el hombre lo haga á su vez todo por Dios....

Dios, dice S. Bernardo, todo lo hace para sí mismo, es decir, que por una bondad gratuita lo hace todo para sus escogidos y en utilidad de ellos, quien es la causa de su acción. Este es el fin de Dios, dice S. Pablo: *Domina propter electos.* (H. Tim. II. 40).

Santo Tomás enseña que Dios es la primera causa eficiente, ejemplo y fin de todas las cosas, porque Dios al producirlas, quiere comunicarles su bondad, y aquellas tienden a participar de ésta. El fin es la intención de lo que obra. Pero Dios no ha hecho las cosas para sí como fin de sí mismo, pues Dios no tiene fin de sí mismo, sino que es el fin de todas las cosas para fin y bien de las criaturas. En Dios la sabiduría, la bondad y la acción son una sola y misma cosa con Dios, y por consiguiente no puede ser su fin. Así pues Dios todo lo ha creado para sí, es decir, ha creado todas las cosas con el fin de manifestar y comunicar á sus criaturas su bondad, su sabiduría, su poder, su magnificencia, su gloria, etc.; lo que es un bien para las criaturas, y no para Dios. Pues Dios, por esta comunicación de sí mismo, no adquiere nada para sí, ya que poseyéndolo todo esencialmente, nada nuevo puede adquirir; de lo que se deduce que la gloria con que los hombres la ensalzan en compañía de los ángeles y de todas las criaturas no añaden nada á la suya, teniendo en sí como tiene la gloria increada é infinita; pero exige esta gloria exterior, para que las criaturas saquen de Dios su esencia, sus propiedades, sus exaltadas y todos los bienes. (3.ª q. art. 7.).

El mismo Platon, preguntado por qué había creado Dios el mundo, contestó: Dios es muy bueno, y la envidia no tiene nunca cabida en el que es muy bueno; y así quiso que todas las criaturas participasen de El según que cada cual sea capaz de la bienaventuranza: *Optimum erat (Deus); ab optimo porro invidia longe relegata est. Itaque consequenter sui similia cuncta, prout eisque natura capax beatitudinis esse poterit, effeci voluit.* (Dial.).

Alvarez explica claramente esta verdad en una sabia, profunda y suave contemplación. Ante todo, dice, ó santísimo Señor Dios, sois el último fin de todas las cosas, y todas las criaturas sólo os buscan á vos para su último fin. Porque todo lo habeis creado para vuestro poder, no porque os faltase algo, sino á fin de que cada cosa, según su naturaleza y su capacidad, participase de vuestra infinita perfección. Su fin es pues el de aspirar á vos, revestirse de vuestra semejanza en lo posible, y acercarse á vos, criador suyo. Y hasta las criaturas desprovistas de razón, llevadas por su misma naturaleza, se dirigen á vos como á su fin, mientras buscan su propio bien, lo que es una participación de vuestra bondad. Solo el hombre pecando se separa de vos y se inclina hacia la abyección de la criatura. En segundo lugar, el universo entero descansa en su fin; y cuando está separado de El está agitado sin tregua hasta que llega su fin del modo que la es propio. Vos, Señor, sois pues nuestro reposo: sólo vuestra majestad puede llenar nuestro corazón, y sólo vuestra bondad y vuestra dulzura son capaces de saciar-

le. Ni las dignidades, ni las riquezas, ni los placeres, ni todos los bienes creados llenan la inmensa cavidad del corazón; sólo vos, ó Dios mío, que sois el único bien infinito é increado, podéis llenarlo y hacerle feliz. Vos sois, Señor, la ciudad á donde nos encaminamos, el puerto á donde nos dirigimos, el lecho en el que podemos hallar reposo, y el báculo que nos sostiene. En tercer lugar, sólo cuando os posea, Señor, á vos que sois mi único y último fin, sólo entonces será infinitamente dichoso. (In Iai.).

Las criaturas privadas de razón aspiran á su fin, glorificando á Dios con su voz muda, como la obra glorifica al artista, como una casa da gloria á su arquitecto, como el cuadro hace honor al que lo ha pintado.

Dios lo ha creado todo para su gloria increada, que es El mismo; para comunicar á las criaturas la gloria de sus perfecciones infinitas, y no para la gloria creada que recibe de las criaturas. Sin embargo, de esta gloria increada resulta natural y necesariamente la gloria creada, con la cual todas las criaturas alaban á su Criador; porque todas las criaturas deben en toda justicia aquella gloria á Dios. Pero esta gloria creada no ha podido propiamente ser el fin de Dios, no ha podido descarta creando el universo y todo lo que existe para procurársela; ya porque esta gloria está fuera de Dios, y siendo creada es muy poca cosa; ya porque, como ya lo hemos dicho, nada añade á la gloria increada é infinita que Dios posee en sí mismo desde toda la eternidad; ya también porque esta gloria ó glorificación es antes al bien de las criaturas que el de Dios. Porque la dicha, la felicidad de la criatura consiste en conocer, amar y servir al Criador, según aquellas palabras de S. Agustín: Señor, nos habeis creado para vos, y nuestro corazón está agitado siempre hasta que descansa en vos: *Peccasti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* (Lib. Confess., c. 1.).

El hombre lleva la imagen de Dios, 1.º como el hijo la de su padre; á quien debe amor, respeto y obediencia; 2.º como propiedad de su amo, á quien debe temer y respetar; 3.º como el soldado lleva la imagen de su jefe y de su rey; á quien debe fe y obediencia; 4.º en fin, como ministro y dispensador de los bienes de su amo y señor, á quien debe dar cuenta exacta del uso de las criaturas que le han sido confiadas, y de que se ha servido para perpetua alabanza y gloria del Señor, su Dios....

1.º La razón con sus luces me manifiesta que procedo de Dios. Si procedo de Dios, debo pues consagrar mi vida entera á servir á Dios; á volver á El....

2.º La razón me manifiesta que todo lo tengo de Dios. Teniendo todo de Dios, todo debo referirme....

3.º La razón me manifiesta que todo lo debo á Dios, bienes temporales y bienes sobrenaturales.... Así pues Dios debe ser mi fin....

4.º La razón me manifiesta que debo encaminarme constantemente á Dios.....

En segundo lugar el corazón con su capacidad, sus necesidades y sus deseos inmensos é insaciables, me dice bastante que Dios es mi fin. El corazón desea invenciblemente la felicidad, necesita la felicidad, y la busca irresistiblemente..... Pero la verdadera felicidad, la felicidad capaz de satisfacer el corazón, jamás ha existido ni existirá en las criaturas..... Sólo existe en Dios..... Así pues Dios es mi fin, ya que en él solo halla mi corazón la paz y cuanto puede anhelar.....

En tercer lugar la conciencia me dice de dos maneras evidentes y palpables que sólo Dios es mi fin: 1.º con los remordimientos cuando no me ensaño á Dios... 2.º con la paz, la alegría y la felicidad que experimento cuando solo á El lo busco y lo quiero.....

En cuarto lugar la fe me enseña que Dios es mi único fin. 1.º La fe me manifiesta la creación: me dice que estoy hecho á imagen de Dios; que esta imagen está hecha para gozar de Dios; y es claro que la imagen no existe más que para que sea la reproducción de su modelo. 2.º La fe me manifiesta que el hombre cayó por haberse alejado de Dios, su único fin... 3.º La fe me da á conocer la redención. Y ¿por qué me habría Dios rescatado, si no estuviere yo hecho para El y si no fuese mi único fin? 4.º La fe me presenta los Sacramentos, las gracias, la ley de Dios, la religión, etc., como medios de obtener á Dios, mi único fin. Estos grandes medios me prueban que sólo Dios es mi fin; pues de otra suerte Dios me ofreciera medios inútiles.....

El sol..., la luna..., la tierra..., las estrellas..., los mares..., los elementos..., las estaciones..., los árboles y las plantas..., los animales..., los minerales..., los vegetales..., tienden al fin que Dios les ha señalado, es decir, á la utilidad del hombre, y de ahí también á la glorificación de su Autor.

Si cada cosa no se encaminase á su fin, todo sería un caos.....

## GOCES CRISTIANOS.

**J**esucristo es nuestra alegría.... El que se alegra en Jesucristo, dice S. Agustín, no puede engañarse en sus consuelos: *Non potest quisquam fraudare delectationibus suis, cum Christus est gaudium.* (Sentent. XI).

Motivos de regocijo para el verdadero cristiano.

No es menester, dice el abate Apolo, pensar con tristeza en nuestra salvación; siendo herederos del reino de los cielos. Que estén tristes los paganos, floren los judíos, y sean muy desgraciados los corazones impenitentes; pero alegrense los cristianos. (*In vit. Patr.*).

Esta alegría cristiana tiene por principio: 1.º la misericordia de Dios..... Alegrese vuestra alma en la misericordia del Señor, dice el Eclesiástico: *Lætetur anima vestra in misericordia eius.* (II. 37).

2.º La esperanza en Dios..... He esperado en él, que es la salvación eterna, dice el profeta Baruch, y la alegría me ha venido del que es Santo: *Ego speravi in eternam salutem, et veni mihi gaudium á Sancto.* (IV. 22).

3.º La promesa de Dios. Yo soy quien os consolaré, dice el Señor por medio de Isaias: *Ego, ego ipse consolabor vos.* (II. 12). Las vírgenes, dice el Señor por boca de Jeremías, se alegrarán en coro, y también los jóvenes y los ancianos; y yo cambiaré su duelo en regocijo y les consolaré y les llenaré de alegría despues de su dolor; y embriagaré el alma de los sacerdotes con mi abundancia; y mi pueblo quedará lleno de mis bienes, dice el Señor (1).

4.º Esta alegría cristiana está fundada en los méritos y en la bondad de Jesucristo.

5.º En los medios de salvarnos, los Sacramentos y la oración.....

6.º En los méritos que podemos adquirir en todas las cosas, dirigiéndolo todo á Dios.....

7.º En la misma obligación que Dios nos impone de alegrarnos. Hija de Sion, dice por medio del profeta Sofonías, entona himnos de alabanza; Israel, da gritos de alegría; alegrate con todo tu corazón y estremécete de placer: *Lauda, filia Sion; jubila, Israel, letare et exulta in omni corde.* (III. 14). ¡A qué tanta alegría, Profeta? Porque el Señor vuestro Dios está en medio de vosotros; es el Dios fuerte, es vuestro Salvador: se alegrará en vosotros, descansará en vuestro amor, y se estremecerá de alegría en vosotros. (*Sophon. III. 17*). Alegrate, hija de Sion, añade el Señor por boca del profeta Zacarías, alaba al Señor, mira que vengo y habitaré en medio de ti: *Lauda et letare, filia Sion; quia ecce ego venio, et habitabo in medio*

(1) *Lætabitur virgo in choco, juvenas et senes simul, et convertentur haurire cœquum secundum, et consolabor eis, et letificabo á dolore eorum. Et inebriabo ebrietas ancorolatum pagueline, et populus meus bonus meo sumpscitur, ait Dominus. XXXI. 13-14.*

tu. (II. 10). Servid al Señor con regocijo, dice el Salmista. *Servite Domino in letitia.* (XCIX. 1).

8.ª Esta alegría cristiana está fundada en las gracias y en los dones de Dios. Alegroos, dice S. Bernardo, pues recibís ya los dones de la mano izquierda de Dios; alegraros, porque esperáis los dones de su diestra. Su mano izquierda sostiene, su diestra recibe; su mano izquierda cura y justifica, su diestra abraza y beatifica. En su mano izquierda están los méritos, en su mano derecha las recompensas; en su mano derecha las delicias, y en su mano izquierda los remedios (1).

¿Dónde se halla la verdadera alegría? 1.ª Se halla en el Señor. Regocijaos sin tregua en el Señor, dice el gran apóstol a los Filipenses; os lo repito, regocijaos: *Gaudete in Domino semper; iterum dico, gaudete.* (IV. 4). Regocijaos, dice S. Anselmo, no en el siglo, sino en el Señor; porque, así como nadie puede servir á dos amos, nadie puede tampoco alegrarse en el Señor y en el siglo. Estas dos alegrías están opuestas como la noche y el día. (*In Epist. ad Philipp. IV. 4*).

Alegros en el Señor, dice el Real Profeta, y os concederá todo lo que nuestro corazón le pida: *Delectari in Domino; et dabit tibi petitiones cordis tui.* (XXXVI. 4). Mi corazón y mi carne, añade, se han regocijado en el Dios vivo. (*LXXXII. 3*). Justos, alegraros en el Señor: *Lætamini, justi, in Domino.* (XCVI. 13). En cuanto á mí, dice el santo varón Tobías, haré que mi alma se alegre en el Señor: *Ego autem, et anima mea in eo letabimur.*

Oigamos á Isaías: Me alegraré en el Señor; mi alma estará llena de regocijo; mi Dios me ha dispuesto los vestidos de la salvación, y me ha rodeado con los adornos de la justicia, como el esposo adornado con su corona, y la esposa resplandeciente de piedras preciosas (2).

Por mi parte, dice el profeta Habacuc, me alegraré en el Señor; me estremeceré de alegría en Dios, mi Jesús: *Ego autem in Domino gaudebo, et exultabo in Deo Jesu meo.* (III. 18). Seiscientos años antes de la venida de Jesucristo, aquel profeta le anuncia, le nombra y se regocija en él, porque preveía que por medio suyo quedaría, como nosotros, libre de sus enemigos, del demonio, del pecado, de la concupiscencia, de la carne, del mundo; y sería también colmado de su gracia, de su felicidad y de su gloria.

Esta alegría, que debe tener el cristiano, no es la alegría según el sentido de la naturaleza, porque nosotros sentimos dolor en la tribulación, sino que aquella alegría es conforme á la razón, ilustrada y fortalecida por la fe y la gracia...

(1) *Gaudete, quia jam perceptis donis ministris gaudete, quia expectatis proximas delicias. Læta quidem heri, dextera spectati, terra maledicta et justiorum; duo tamen gaudebitis ut consolati sitis in terra que moritur, in dextera vero proxima continentur; in dextera delicias, in terra sunt miserie.* *Serm. IV. in vigilia Nativit.*

(2) *Gaudens exultabo in Domino, et exultabit anima mea in Deo meo; qui induit me vestimentis auro, et induendo pallio circumdedit me, quasi sponsum decoravit vestibus, et quasi sponsam circumdedit margaritis suis.* *XL. 19.*

La alegría espiritual es un gusto anticipado de la alegría del cielo. Léos de mí, Señor, dice S. Agustín, léjos de mi corazón creemos feliz, por más alegría que experimente fuera de vos; pero haceo que experimente esa alegría que el impío no conoce y que dáis á los que os sirven. Vos mismo sois esta alegría, y el alegraros cerca de vos, de vos y por vos, constituye la vida bienaventurada; esa es la verdadera alegría, y no hay otra: *Gaudium tu ipse es; et ipsa est beata vita gaudere ad te, de te, propter te; ipsa est, et non altera.* (Lib. X. Confess., c. XXII).

Señor, dice el Salmista, me habeis socorrido y consolado: *Tu, Domine, adjuxisti me, et consolatus es me.* (LXXXV. 17). Rebose de alegría el corazón de los que os buscan: *Letetur cor querentium Dominum.* (Psal. CIV. 3).

Me he alegrado en la salud que he recibido de ti, Señor, dice Ana en el primer libro de los Reyes: *Lætata sum in solatium tuo.* (II. 1).

La única y verdadera alegría es la que poseemos, nadie puede arrebatárnosla; al lado suyo toda alegría es tristeza, toda dulzura es amargura, toda suavidad pesar, toda hermosura fealdad, y en fin, todo lo que puede regocijar fuera de Dios es penoso (1). La perfecta alegría, añade aquel gran Doctor, no viene de la tierra, sino del cielo; no procede de este logar de lágrimas, sino de la ciudad de Dios embriagada por un río de vida. (*Epist. CIV.*).

La alegría en Dios, dice S. Crisóstomo, es la única que no puede arrebatárnosla; todas las demás alegrías son variables y pasajeras; pero el que se alegra en Dios, se adhiere al mismo principio de todo deleite puro, al manantial de la verdadera alegría. Las demás alegrías no nos alegran de tal manera que puedan ahuyentar la tristeza y el enojo; al contrario, son causa y origen de pesares. Pero la alegría en Dios es estable, inmutable, y tan grande, que llena el corazón. Y como las centellas que caen en un mar inmenso quedan al punto apagadas, así también, suceda lo que quiera al que hace consistir su felicidad y su alegría en Dios, todo queda negado en este océano sin límites; y su alegría, léjos de disminuir, toma á cada momento creces. (*Rom. XVIII. ad pop.*).

Nos habeis creado para vos, Señor, dice S. Agustín, y nuestro corazón estará siempre inquieto hasta que descanse en vuestro seno: *Fecisti nos, Domine, ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* (Lib. I. Confess., c. 1).

El verdadero cristiano sólo en Dios halla el descanso y la paz; así pues allí están exclusivamente las verdaderas alegrías. Las alegrías del mundo, las alegrías que proporcionan las pasiones, dan acceso paz y descanso? Nunca; sólo nos proporcionan disturbios y remor-

(1) *Nilul verum et salum est gaudium, quod nos de creature, sed de Creatore consistit; et quod, cum possideris, nemo tollit á te, cum committis omnia aliunde petenda, memores estis, omnia servatis, major est, omnia dilis, minorum; omnia decorata, sedulitate postremo quodcumque aliud delectare possit, in istis.*

dimientos.... El que quiere hallar la alegría en sí mismo, añade S. Agustín, estará triste; pero el que busca en Dios su alegría, estará siempre alegre; *Qui vult gaudere de se, tristis erit; qui autem de Deo vult gaudere, semper gaudet.* (Tract. XXV. in Joann.).

Jerusalén, exclama el profeta Baruch, mira hacia Oriente, y contempla la alegría que viene de Dios sobre tí: *Circumspice, Jerusalem, ad Orientem, et vide inuadentem à Deo tibi civitatem.* (IV. 36).

El que busca á Dios, busca la alegría, dice S. Agustín: *Deum querens, gaudium querit*; porque al acercarse á Dios queda iluminado, fortificado y amado de Dios. Sólo Dios es la verdadera y completa alegría del corazón; sólo El llena el corazón del hombre y del ángel. (*Sentent. IX.*)

¿Dónde se halla aún la verdadera alegría? Halláremos en segundo lugar la alegría en una vida santa. ¿Queréis, dice S. Bernardo, no estar nunca tristes? Vivid santamente. Una vida pura siempre goza de alegría, mientras la conciencia del culpable está siempre sumergida en el pesar: *Vis nunquam esse tristis? Bene vive, bona citta semper gaudium habet; conscientia rei semper in pena est.* (De inter. domo, c. XLV.).

3.º Se halla la verdadera alegría en la humildad. Guardemos humildemente el consejo de Dios, dice Judith: *Espectemus humiles consolacionem epus.* (VIII. 20).

4.º Se halla la alegría en una buena conciencia. ¿Qué más rico, dice S. Bernardo, que más dulce para el corazón, que más tranquilo y seguro en la tierra que una recta conciencia? No teme la pérdida de los bienes, ni las reprimendas, ni los sufrimientos; léjos de asustarle la muerte, la calma de regocijo. (*Lib. de Consid.*)

La conciencia de una recta voluntad, dice Ciceron, es el mayor de los consuelos en medio de las penas de la vida. (*Ad Torquat.*). Séneca, escribiendo á Lucilio, dice: Quiero que estes siempre contento. Pero me dirás: ¿En dónde he de hallar este contento, este gozo verdadero y constante? En una buena conciencia, en buenos consejos y buenas acciones, en el desprecio de lo que pasa y en una conducta irreprensible. Aprendamos de ahí que las buenas acciones propugnan la alegría.

6.º Se encuentra alegría en el temor de Dios. El temor del Señor, dice el Eclesiástico, es la alegría y el triunfo, y un manantial de alegría y una corona de regocijo. El temor del Señor alegrará el corazón; le dará gozo y regocijo, y también largos días. Al que teme al Señor le espera alegría en el fin de su vida, y bendición en el día de su muerte. (*I. 11-13.*)

7.º Hallamos la alegría en los consoladores pensamientos del Cielo, de Jesucristo, de los beneficios de Dios, de su presencia, de su morada y cooperación en nosotros, de la santísima Virgen, de los Santos, etc....

8.º Se halla la verdadera alegría en el amor de Dios....

9.º Se halla la alegría en la mortificación de los sentidos. Si re-

nunciáis á los placeres de los sentidos, Dios os dará delicias mucho mayores. En vez de placeres carnales, Dios os reserva placeres espirituales, y alegrías eternas en vez de alegrías temporales, y placeres divinos en vez de placeres humanos. David, que había experimentado aquellas delicias, decía: Mi alma rehusaba los consuelos de la tierra; me acordaba del Señor, y su memoria me deleitaba: *Renuit consolari anima mea; memor fui Dei, et delectatus sum.* (LXXVI. 34). Porque, así que se conocen y gustan las alegrías espirituales, se halla insipido é insufrible todo lo que pertenece á la carne.

10. Se halla la verdadera alegría en las oraciones y en la meditación. Atraeré esta alma hacia mí, dijo el Señor por boca del profeta Oseas, la conduciré á la soledad, y allí hablaré á su corazón: *Ego lactaba eam, Auam eam in solitudinem, et loquar ad cor epus.* (II. 14). Le hablaré interiormente, en su espíritu y en su voluntad; llenaré su corazón de consuelos; le hablaré con un lenguaje lleno de dulzura; satisfaré sus deseos; la traeré hacia mí seno, y la acercaré á mi corazón. Le comunicaré mi consolador espíritu....

La alegría se halla en la virtud. El mismo Séneca lo asegura. Sólo la virtud, dice, da una alegría perpetua y segura: *Sola virtus prestat gaudium perpetuum, securum* (Epiat. XXVII.); porque la virtud es la práctica de la ley de Dios. Y alegrarse en las cosas que están según la ley del Señor, es alegrarse en el Señor, es la verdadera alegría, dice perfectamente S. Basilio: *In his qui secundum mandatum Dei sunt gaudere, est in Domino gaudere.* (In Regul. Breuior., Reg. CXCIV).

11. Se halla también la alegría en las lágrimas del arrepentimiento. Una sola lágrima derramada por los pecados pasados encierra más dulzura que todos los placeres del mundo y de la carne reunidos....

Creed que tenéis mucho motivo para alegraros cuando sois objeto de varias tentaciones, dice el apóstol Santiago: *Omne gaudium existimate, cum in tentationes varias incederitis.* (I. 2). Viendo Pablo, dice S. Crisóstomo, que las tentaciones que cada día le asaltaban iban amontonándose como montañas de nieve, se alegraba como si hubiese vivido en medio del paraíso: *Paulus, cum videret quasi nivis euntes, tentationes quoties ingruentes, non aliter quam si in medio paradisi exisset, ita gaudebat gestiebatque.* (De S. Paulo). No hay armas tan potentes como regocijarnos según Dios, añade S. Crisóstomo: *Nullum armatura genus validius, quam gaudere secundum Deum.* (Ut supra).

San Antonio recomendaba únicamente á sus religiosos que vivían en la mortificación y austeridad, el gozo espiritual como el mejor de los escudos y el más eficaz de los remedios para vencer todas las tentaciones y pruebas. Hay, dice, un medio excelente para vencer al enemigo, y este medio es el gozo espiritual; aleja como el humo las asechanzas del demonio; en vez de temerlas, las persigue, las

El gozo trieta-  
su roa, haco  
intrepabile



combate y la alaja. No, no hay nada que venza y abata á nuestros enemigos como el gozo, el contento espiritual. (*Apud S. Athanas.*)

El demonio, dice S. Agustín, es como un perro furioso atado por Jesucristo; puede ladrar, solicitar, pero no puede morder más que al que lo quiera; puede comprometer, pero no puede derribar ni matar. Y pierde la esperanza, hasta de persuadir, cuando en la tentación ve que el hombre está constante, alegre y contento (1).

Los demonios se alegran cuando pueden apagar ó estorbar la alegría espiritual....

Cada vez que nos alegramos en Dios, golpeamos al demonio, dice Orígenes: *Quibus in Deo gaudemus, toties diabolum flagellamus.* (De Elema.)

Con este gozo espiritual nos atraemos la gracia y las divinas luces; vemos los peligros y los evitamos, y nuestros enemigos, descubiertos y ya visibles, comprenden la fuga....

Estoy lleno de consuelos, dice el Apóstol de las Gentes á los Corintios; reboso de alegría en todas nuestras aflicciones: *Repletus sum consolatione; superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. V. 4.)

Habiendo el Consejo hecho azotar á los apóstoles porque anunciaban á Jesucristo, salieron éstos del Consejo, dicen las Sagradas Escrituras, llenos de alegría por haber sido juzgados dignos de sufrir ultrajes por Jesucristo: *Ibant gaudentes á conspectu Concilii, quoniam digni habiti sunt, pro nomine Jesu, contumeliam pati.* (Act. V. 40-41)

Me alegro en mis sufrimientos por vosotros, dice S. Pablo á los Colosenses, y cumplo en mi carne lo que falta á los sufrimientos del Cristo, por su cuerpo, que es la Iglesia: *Gaudio in passionibus pro vobis; et adimpleo ea que desunt passionum Christi, in carne mea, pro corpore ejus, quod est Ecclesia.* (I. 24.) La pasión de Jesucristo fué por sí misma completa y suficiente; pero, no obstante, ha faltado y falta algo á aquella pasión por nuestra parte, es decir, la comunicación y la participación á los sufrimientos y á los méritos de Jesucristo; es decir, que Jesucristo debe sufrir, no sólo en sí mismo, sino también en sus miembros; es menester que se comuniquen por esta pasión, á fin de perfeccionar su cuerpo, que es la Iglesia. En efecto; los fieles que sufren, llegan á ser partícipes de la pasión de Jesucristo y de sus méritos, y semejantes á Jesucristo moribundo y crucificado. 1.º Como Jesucristo y su Iglesia tienen místicamente el mismo cuerpo, la misma alma, la misma vida; de la misma manera, la pasión de la Iglesia es una, con la de Jesucristo, así como los sa-

(1) Demoni est quasi canis á Christo ligatus, qui latrare potest, sollicitare potest, morderé potest, sed non potest, nisi voluerit; persequitur, sed non potest, nisi voluerit. Quam auctor persequendi nullus, nisi volat hominem in tentatione constantem, genitorem, letum et aliam. *Lib. II. Capit. 6. VIII.*

frimientos de la cabeza y del cuerpo, ó de la cabeza y de los miembros, son una misma cosa para la persona que los padece. Por esto no dijo Jesucristo á Saulo que perseguía á la Iglesia; ¿Por qué persigues á la Iglesia? sino que dijo; ¿Por qué me persigues? *Quid me persequeris?* (Act. XXVI. 14.) Porque así como Jesucristo comunica su gracia y sus méritos, de la misma manera comunica su pasión y hace participar de ella á sus hijos. 2.º Adimpleo, cumplo; es decir, he de evangelizar para hacer concurar á Jesucristo y aplicar á las naciones los méritos de la pasión de Jesucristo, para que la Iglesia ezezca, se perfeccione y participe plenamente de la pasión y de la redención de Jesucristo.... 3.º Adimpleo, cumplo; es decir, que el bien con las obras satisfactorias que hace, se aplica á sí mismo la satisfacción de Jesucristo, para satisfacer por la pena temporal debida á sus pecados, y pueda también aplicar á los demás esta satisfacción: esto es lo que se llama comunión de los Santos.

Jesucristo, dice S. Crisóstomo, se alegraba en medio de sus padecimientos. Llamaba al día de su crucifixión el día suyo. Así daban obrar los cristianos. Los sufrimientos son una pena para el cuerpo; pero espiritualmente considerados son alegrías. La naturaleza de las pruebas no puede por sí dar la alegría; pero sufriendo por Jesucristo y sostenidos por el Espíritu Santo, obtendremos el regocijo y el descanso, sobre todo en la eternidad... (*Homil. ad pop.*)

Es tan grande la gloria que me espera, decía S. Francisco de Asís, que todas las penas me sirven de regocijo. Sólo en la cruz está la perfecta alegría. (*In ejus vita.*)

El gozo cristiano dulcifica las aflicciones y las hace meritorias; algunas veces domina hasta el punto de no dejarlas sentir, así ha sucedido á muchos mártires y otros Santos por un milagro del Omnipotente. Lejos de temer los sufrimientos, los aman, se alegran de ellos, los desean y los buscan. Así se sucedía al gran Apóstol. Habiendo á mi carne, dice, un aguijón, y ha enviado al ángel de Satanás para abofetearme. Por esto suplí tres veces (á menudo) al Señor que lo apartase de mí. Y me dijo: Te basta mi gracia; porque mi fuerza resplandee en la debilidad. Con alegría pues me gloriaré más y más de mis debilidades, á fin de que la fuerza del Cristo more en mí. Por esta razón me complazco en mis debilidades, en los ultrajes, en las necesidades, en las persecuciones y angustias sufridas por Jesucristo; pues cuando soy débil entonces me considero fuerte (1). S. Pablo hallaba un manantial de gozo en las pruebas que sufría, en el mismo mérito que tenían esas pruebas; y su gozo las hacía no sólo dulces, sino dignas de desearse....

El que sufre con tristeza y sin resignación, sufre más, y sufre sin mérito. El que sufre con alegría, sufre menos, y sufre adquiriendo grandes méritos. Nuestro Señor Jesucristo, que conocía el precio de

(1) Illud est gloriabor in infirmitatibus meis, ut inhabitet in me virtus Christi. Propter quod alioquin nulli in infirmitatibus meis, in castiditate, in necessitatibus, in persecucionibus, in angustiis pro Christo: cum enim infirmus, tunc potens sum. *II. Cor. XII. 10.*

las aflicciones, decía: Dichosos los que sufren! dichosos los que lloran! (Matth. V. 4-10). Si es una felicidad sufrir, hemos de sufrir con alegría, y la alegría en los padecimientos nos dará la dicha.

Pallades dice, hablando de los santos religiosos de su tiempo: Sorprendía extraordinariamente viéndolos llenos de alegría en la soledad; está su alegría era tan dulce y tan intensa, que jamás se la visto semejante en la tierra, ni aun considerada como alegría corporal; pues no se veía ninguno entre ellos pesados ni triste. (In *Laudac.* c. III).

San Bernardo dice del apóstol S. Andrés: Fue á la cruz no sólo con paciencia, sino voluntaria y ardentemente como á un festín, como en busca de incomparables delicias. (De S. Andr.).

El justo nada en la alegría, dice el Salmista: *Lxtabitur justus.* (LVII. 11).

Señor, dice Isaias, se regocijan en vuestra presencia como segadores satisfechos con su cosecha, como vencedores que se reparten el botín: *Emgatur coram te, sicut qui letantur in messe, sicut exultant victricis copia preda, quando discidunt spolia.* (IX. 3).

Váase lo que dice el Señor por medio de Isaias: Los servidores míos nadarán en la abundancia, y vosotros tendréis hambre; mis servidores habrán apagado su sed, y vosotros estaréis sedientos; se alegrarán, y seréis confundidos; entonarán himnos de alabanza en medio del gozo de sus corazones, y vosotros en medio del abatimiento, dicesis gritos lastimosos y gozaráis en la tristeza de vuestro espíritu. (LIX. 13-14).

La mayor prueba del dichoso estado de gracia, dice S. Buenaventura, es la alegría espiritual: *Maximum inhabitantis gratia signum, est spiritualis letitia.* (In Speculo, c. III).

El fruto del Espíritu Santo es la alegría espiritual, dice S. Pablo. (Gal. V. 22).

La buena conciencia, dice S. Agustín, consiste enteramente en la esperanza y la esperanza es el fundamento de la alegría. (Sól.).

¿Qué alimento más suave, dice S. Ambrosio, que aquel de que se nutre una alma sin mancha, una alma inocente? Una conciencia tranquila es un festín continuo, dicen los Proverbios. (AV. 15. Ofic.).

Sólo la buena conciencia da alegría al alma y al corazón, y de ninguna manera pueden darsela las grandezas, ni los tesoros, ni el poder, ni la fuerza física, ni otra cosa cualquiera, dice S. Crisóstomo. (Homil. ad pop.).

¿Qué cosa más dulce, dice Tertuliano, que ser amado de Dios, conocerle, detestar el error y obtener el perdón de nuestros pecados? ¿Qué placer más dulce que despreciar el deleite y despreciar al mundo, tener la libertad de hijos de Dios, gozar de una conciencia pura, no temer la muerte, pisotear las falsas divinidades, arrojar á

La alma que  
trabaja y que  
lucha siempre  
por salir de  
gracia.

La alegría cristiana  
es la que  
satisfacción de  
una buena  
conciencia.

Dulzura del gozo  
en el alma,  
y modo de  
producirla.

los demonios, y vivir de Dios y para Dios? Estos placeres, estos espectáculos de los cristianos son santos, perpetuos y gratuitos: *Ha voluptates, hinc spectacula christianorum sancta, perpetua, gratuita.* (De Spectac., c. XXVIII).

La íntima unión del Verbo con el alma produce las alegrías cristianas. Y ¿dónde hallaremos dicha semejante? En esta unión casta y sin mancha, dice S. Laurencio Juveniano, hay un festín continuo, y muchas veces se come en él el divino cordero. Saboreamos en ella la paz interior, la tranquilidad segura, la felicidad tranquila, una fe quieta, una admirable sociedad, los besos de la unidad, las delicias de la contemplación, y la suavidad en el Espíritu Santo. Allí está la puerta del cielo, la entrada del paraíso. Desde el hecho nupcial sabe muchas veces la esposa al cielo, y muchas veces el divino Esposo baja del cielo hasta la esposa. Ella está sin temor, no es incierta en su salvación, penetra en las altas mansiones del Esposo como en casa de su amado y en su propia posesión; porque el mismo Esposo, para rescatarla, se ha vendido, y se ha entregado á ella. Para rescatarla ha combatido en las tentaciones, ha combatido con los malos espíritus, y combate cada día contra ellos. No con temeridad sino con confianza entra en las habitaciones del Esposo; porque si, por una parte, ha sido como extraña en la ciudad santa, ahora ha llegado á ser ciudadana en compañía de los Santos; ha llegado á ser esposa del Verbo; y por un privilegio de amor, cuanto posee el Esposo lo pertenece. Porque el verdadero amor nada tiene exclusivamente para sí; da con el corazón abierto cuanto tiene, y se da también á sí mismo; y por la misma fe, por la misma caridad que lo lleva á dar lo que posee, se vale de lo que los demás poseen. Con esta superabundancia de amor mútuo existe entre el alma y el Verbo una familiaridad perfecta en palabras, en confianza, en seguridad de la gracia y de la gloria; sin distinción de condiciones. (De univ. conflict.).

El gozo de los justos, dice S. Crisóstomo, es un verdadero recreo (recreación nueva) del alma y del cuerpo, y el presagio y la flor del fruto eterno. Por esto encarga el Apóstol á los fieles que se regocijen constantemente en el Señor. (Romil. ad pop.).

Toda la vida del justo, dice Clemente de Alejandría, es un día festivo, santo y solomní: *Universa vita justí est quidam ceteris ac saneris dies festus.* (Lib. Strom.).

La tranquilidad de la conciencia y la seguridad de la inocencia constituyen una vida dichosa, dice S. Ambrosio: *Vitam beatam efficiunt tranquillitas conscientie, et securitas innocentie.* (Ofic.).

¿Qué temor puede tener del siglo, dice S. Cipriano, aquel cuyo tutor es Dios en el siglo? *Quis ei de seculo metus est, qui in seculo Deus tutor est?* (Epist. ad Martyr.).

No hay alegría semejante á la alegría del corazón, dice Rabán; ningún gozo terrenal puede compararse al gozo de la verdadera sabiduría, que consiste en la verdadera caridad, en la contemplación de la verdad y en el conocimiento de Dios. (De Adept. virtut.).

Alotraos con Jerusalén, dice Isaías, estremeaos de alegría con ella; vosotros todos que la amáis, unid vuestros arrebatos á los suyos. Quedaréis llenos de sus consuelos, quedaréis inundados con el torrente de sus delicias, y gozaréis del resplandor de su gloria. Ved lo que dice el Señor: Voy á hacer correr como un río la paz sobre vosotros, y como un torrente la gloria de las naciones; os llevarán en brazos, y los pueblos os acariciarán en sus rodillas como á un niño de pechos. Así como una madre consuela á su hijo, así os consolaré y seréis consolados. Vereis, y vuestro corazón se regocijará, y vuestros huesos se reanimarán como la yerba; los servidores del Señor conocerán su brazo. (LVI. 10-14).

Los atraerá con los lazos que seducen á los hombres, con las cadenas del amor, dice el Señor por medio del profeta Oseas: *In vinculis traham eos, in vinculis caritatis*. (H. 4).

¡Oh! exclama S. Agustín, ¡qué dulce ha sido para mí dejar ya de saborear de repente las dulzuras de las trivialidades! ¡Era para mí una alegría inmensa despedirme de cuanto había temido perder! Vos arrojábais todo aquello lejos de mí; Vos, ó Dios mío; Vos, verdadera y suprema suavidad, arrojábais todo aquello y ocupabais su sitio; Vos, más dulce que todas las dulzuras (1).

El gozo cristiano es señal de una buena y piadosa voluntad; es el adorno y la flor de la virtud....

Con la posesión de Jesucristo el gozo del corazón no tiene medida; el alma se renueva y siente una inefable dulzura; alcanza la inteligencia espiritual, las luces de la fe, el aumento de la esperanza, el fuego de la caridad, el afecto de la compasión, el celo de la justicia, y el goce de las virtudes. El alma llena de goces espirituales tiene en la oración conversaciones familiares con Dios; siente que la escuchan y que á menudo es oída, habla cara á cara con él; cautiva á su Dios; le obliga, en cierto modo, y le encadena con su oración llena de consuelo y de goces celestiales, embriagadores é irrevocables....

¡Feliz pues el alma fiel que corresponde á las gracias de Jesucristo! Ya en esta vida halla el céntuplo, y vive contento, rico y en paz, y se asegura el eterno goce de los elegidos en la celestial Jerusalén. De manera que pasa de la alegría de la gracia á la alegría de la gloria; del río de las delicias que gusta en Dios aquí en la tierra, al océano sin fin de la eterna posesión de Dios....

(1) *Quasi dulce mihi subito factum est carere conversatione dulcissimi et cum amittere mensa fuerat, iam dimittere sequium erat. Episcopus enim eam á me, lo, veni et summi caritatis, episcopus, et patris pro eis, omni voluntate dolorem. Lib. VIII, de Confess. c. 24.*

## GOCES MUNDANOS.

¡Visto que la risa es engañosa, dice el Eclesiastés y he dicho á la alegría: ¿Por qué me seduces en vano? *Hisum reputari errorem; et gaudium dixi: Quid frustra deciperis?* (II. 2).

Los que lloran por cosas vanas, dice S. Agustín, lloran inútilmente; y los que se rien de las cosas vanas, se rien de su desdicha. Todos están en el error, porque se alegran de lo que habían de dolerse, y se rien de lo que habrían de llorar; su parecen á los niños que juegan y rien hasta cuando sus padres mueren ante su vista (1).

Vanidad es la alegría del siglo, dice S. Agustín; hacemos ardientes votos para que llegue; y cuando creemos tenerla, desaparece. Todas estas alegrías mundanas, tan cortas, pasan, vuelan y se desvanecen como el humo. ¡Desgraciados los que las quieran! (2).

¿En qué ciframos los goces del mundo? En los bienes; pero, ¿qué son los bienes de la tierra?... En los placeres del deleite; pero, ¿qué son estos deleites?... En las delicias de la mesa; pero, ¿qué son estas delicias?... En la maledicencia..., la calumnia..., la vanagloria..., en los bailes..., en los teatros..., en las tertulias..., las fiestas..., las relaciones mundanas y peligrosas, etc.

Ciframos los goces del mundo en los honores. ¿Y qué son los honores?... Otras tantas ilusiones que ciegan, y muchas veces se convierten en irreparables errores... En estas cosas llenas de mentira es sin embargo en lo que el mundo cifra su alegría; así pues su alegría es un error, es vana é inmotivada.

No hay goces mundanos sin dolor ni amargura. La amargura les precede..., la amargura les acompaña..., la amargura los termina. Los goces desaparecen, y queda la amargura....

La risa está mezclada con el dolor, y todos los goces del mundo, acaban con lágrimas, dicen los Proverbios: *Risus dolore miscetitur, et extrema gaudium luctus occupat*. (XIV. 13).

Dios, dice S. Agustín, mezcla las amarguras con las alegrías de la tierra, á fin de llevar al hombre á aquella felicidad, á aquella alegría cuya dulzura nunca engaña y que sólo se encuentra en Dios (3).

(1) *Qui placent de rebus vanis, misere placent et cum rident de rebus vanis, de rebus vanis rident. Erant, qui excedenti in dolore, rident, ubi dicit debent: nihil infantis ludunt et rident, etiam cum parentis eorum moriantur. Lib. Confess.*

(2) *Lexilia mundi vanitas est; cum magna expectatione speratur ut veniat, et non potest teneri cum veniat. Transiunt enim, evolvunt omnia, et sicut fumus evanescent, vix qui amant talia. Tract. VII, in Joann.*

(3) *Deo Deus felicitatis hinc certis amaritudines miscet, ut illa queratur felicitas, cujus dulcedo non est fallax. Lib. Confess.*

Vanidad de los goces mundanos.

Amargura con los goces mundanos.

UNIVERSIDAD ADRIANO DE NEBRASKA

UNIVERSITY OF NEBRASKA LIBRARY

BIBLIOTECAS

Homos tenido hiel por bebida, porque hemos pecado contra el Señor, dice Jeremías: *Dedit nobis aquam fellem; peccavimus erga Dominum.* (VIII. 14). Hemos esperado la paz, y ningún bien ha venido; la curación, y he aquí el espanto: *Espectabimus pacem, et non erat bonum; tempus maledicti, et ecce formido.* (Id. VIII. 15).

Dios, dice S. Jerónimo, da á los amantes de los goces del mundo una agria amargura, el agua de la maldición, y los llena de quebranto, á fin de que sepan por experiencia cuán duro y amargo es haber abandonado á Dios y haber provocado al Señor, que es la misma dulzura. (*Comment.*).

Comprended y ved, dice Jeremías, cuán frusto y amargo es haber abandonado al Señor vuestro Dios: *Scito et ride quia malum et amaram est reliquiasse te Dominum Deum tuum.* (II. 19).

Dios embriaga á los mundanos con un vino de dolor, dice el Salomista: *Potasti nos vino compunctionis.* (LIX. 5). Los alimenta con el pan de las lágrimas, y apaga su sed con el cáliz de los llantos: *Cibatis nos pane lacrimarum, et potum dabis nobis in lacrymis in mensura.* (Psal. LXXIX. 6).

La abeja mundana es una gota de miel que se convierte en un mar de hiel.... Ved lo que sucede á cualquiera que se entregue á la embriaguez... á la intemperancia... al deleite... á la vanidad... á un desmedido deseo de agradar, etc....

Los goces mundanos engendran el hastio y el remordimiento.... Por qué? Porque son peligrosos y culpables.

Son peligrosos, ¿á qué no exponen en efecto los placeres de los sentidos, los deleites... la gula... los ojos poco circunspectos... los oídos poco castos... la lengua mal contenida?... ¿á qué peligros no exponen las vanidades... el amor del mundo... los bailes... las familiaridades... los espectáculos? etc....

Los goces mundanos son culpables: 1.º por el escándalo recibido y por el escándalo dado...; 2.º por la desobediencia á la ley de Dios...

Las alegrías mundanas son ratas y de corta duración. Son sombras, fantasmas que se desvanecen en el momento en que creemos alcanzarlas. Sombras de espinas, nos vemos obligados á abandonarlas, porque nos llenan de sangre.... Si queremos seguir las, nos arrastran al abismo....

La serie de alegrías humanas es una tragedia que acaba así que empieza, y termina siempre con los pesares, las lágrimas y la muerte.

El que vive de los goces del mundo, dice S. Gregorio, encadena sus sentidos interiores, su espíritu... su alma... su memoria... su inteligencia... su voluntad... su corazón.... (*Homil. XXXVI. in Eyang.*).

No comprende ya los verdaderos goces... las cosas espirituales...

Los goces mundanos son peligrosos y culpables.

Los goces mundanos son ratas y de corta duración.

Las alegrías mundanas encadenan los sentidos interiores.

Habladle, y no os entenderá...; no siente ya nada...; Dios, la religión, la virtud... la ley... sus deberes, etc., todo le cansa... Ya no ve nada...; no sueña más que en trivialidades, en locuras...

El mundo se regocija en la nada, dice el profeta Amos: *Laxavi in nihilo.* (VI. 14).

Las alegrías mundanas están variadas...; no tienen sabor ni duración.... No hay en ellas realidad, ni dicha, ni estabilidad, ni riqueza, etc.

Desgraciados de vosotros que reís, dice Jesucristo: *Vae vobis qui ridetis.* (Luc. XI. 35).

Jesucristo ha llorado muchas veces; pero jamás se le ha visto reír, dicen S. Agustín, S. Basilio, S. Bernardo y otros doctores.

Por esto dice el apóstol Santiago: *Sequitur vestra miseria, et penitiam, et fletum;* porque vuestra risa se convertirá en llanto, y vuestra alegría en tristeza: *Miseri estote, et lugete, et plorate; risus vester in luctum convertatur, et gaudium in merorem.* (IV. 9).

No se puede, dice S. Jerónimo, disfrutar de los goces del mundo y de los goces de Dios, ser dichoso en esta vida y en la otra, vivir según el mundo è ir al cielo. (*Epist. XXXIV. ad Julian.*).

Las alegrías mundanas no son más que el hastio.

Dios moldea los goces mundanos.

El hastio es el castigo de los goces mundanos y vanales.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## GRACIA.

¿Qué es la gracia?

La palabra «gracia» viene de *gratis datum*, dado gratuitamente. La gracia es pues un socorro sobrenatural que Dios nos concede para practicar el bien y evitar el mal. (Definición de la Iglesia en los catecismos).

¿Cuáles clases de gracias hay?

Los teólogos distinguen un gran número de gracias, á las que dan un nombre particular y una definición especial. No las enumeraremos todas.

Hay gracia habitual ó santificante; y gracia actual. La gracia habitual es la que se fija en nosotros y nos mantiene en la amistad de Dios. Jamás está en un corazón manchado con el pecado mortal.

La gracia actual es un auxilio que Dios concede más ó ménos veces. Se divide, 1.ª, en gracia del espíritu, en gracia de luz, y en gracia de la voluntad, á la cual excita y fortifica. Se divide, 2.ª, en gracia operante y cooperante; excita, ayuda, previene y acompaña; y en gracia suficiente y gracia eficaz. La gracia operante es un auxilio que Dios pone en nosotros sin nosotros. La gracia cooperante es la que obra con el concurso de nuestra voluntad. La gracia excitante es semejante á la que obra; nos excita á hacer tal bien y á evitar tal mal. La gracia que ayuda es semejante á la que coopera. La gracia preveniente es la que precede, ó á otra gracia, ó al libre consentimiento de la voluntad. La gracia que sigue ó acompaña, es la que se une á otra gracia, ó también al libre consentimiento de la voluntad.

La gracia suficiente es aquella que, aunque es capaz de obtener el efecto para que ha sido concedida, no puede alcanzarla por causa de la malicia y debilidad de la criatura.

La gracia eficaz es la que consigue su efecto....

¿Se concede un nombre de la gracia?

Jesús dijo á la Samaritana: Si conociereis el don de Dios y quien es el que os dice «dádme de beber», tal vez le hubierais pedido vos también, y os hubiera dado el agua viva. (Joann. IV. 10). Quiquiera que beba de esta agua (del pozo de Jacob), seguirá teniendo sed; pero el que beba el agua que le dare, jamás tendrá sed. (Id. IV. 13). El agua que le dare se convertirá en una fuente que ha de brotar en la vida eterna. (Id. IV. 14). Si alguno tiene sed, anade, venga á mi y beba: Si quis sedit, veniat ad me, et bibet. (Joann. VII. 37).

Así como la rama saca su savia del tronco del árbol y de las raíces, así la gracia viene de Jesucristo y por Jesucristo. Por esto dice en su Evangelio: Soy la verdadera viña. Vivid en mí, y yo en vos.

Así como el sarmiento no pueda dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco podéis vosotros si no vivís en mí. Yo soy la viña, y vosotros sois los sarmientos. El que no viva en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y lo recogerán para arrojarlo al fuego y quemarlo: Si quis in me non manserit, mittetur foras sicut palme, et aresecit, et colligenti cum, et in ignem mittent, ei ardet. (Joann. XV. 1-6).

Cuando Dios corona nuestros méritos, pregunta S. Agustín, ¿por qué acaso otra cosa más que sus dones? *Deus, cum coronat nostra merita, quid aliud coronat quam sua dona?* (Lib. IX. Confess., c. XIII). Es lo mismo que lo que la Iglesia canta en el prefacio de la misa: Señor, coronando nuestros méritos, coronais vuestros dones: *Coronando merita, coronas dona tua*.

De la gracia os viene la salvación por la fe, y no de vosotros, dice S. Pablo á los Efebios; porque es un don de Dios: *Gratia est salvati per fidem; et hoc non ex vobis, Dei enim donum est.* (II. 8).

La gracia de Dios, nuestro Salvador, escribe aquel apóstol á Tito, se ha revelado en todos los hombres: *Apparuit gratia Dei, Salvatoris nostri, omnibus hominibus.* (II. 11).

Todo lo bueno que se recibe y todo don perfecto procede de lo alto, dice el apóstol Santiago, y baja del Padre de las luces, en quien no hay cambio ni sombra de vicisitud: *Omne datum optimum, et omne donum perfectum, desorsum est; descendens á Patre luminum, apud quem non est transmutatio, nec vicissitudinis obumbratio.* (I. 17).

Dice también S. Agustín: Dadme, Señor, lo que es necesario para cumplir lo que mandais, y mandadme luego lo que gustais: *Da quod jubes, et jube quod vis.* (Lib. X. Confess., c. XIX).

Señor, dice el Rey Profeta, habeis preparado en vuestra bondad lo que el pobre necesita: *Parasti in dulcedine tua pauperi, Deus.* (LXVII. 11).

Sacaráis con alegría agua de los manantiales del Salvador, dijo Jesús: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* (XII. 3).

Toda la gloria de las más grandes obras de los cristianos debe atribuirse á Jesucristo; porque sólo él es la causa toda de estas obras. Aunque el hombre, por su naturaleza y libre albedrío, las verifique libremente, toda su dignidad procede sin embargo de la gracia de Jesucristo. Así, una obra de caridad, por ejemplo, tiene del hombre su carácter de libertad; es una obra libre y no forzada ó necesaria; pero tiene de Jesucristo el sér sobrenatural y agradable á Dios y el merecer la gloria eterna. Así pues sólo á Jesucristo se debe toda su gloria, su alabanza y ornamento, como dice por medio de Isaias: No dare mi gloria á otro: *Gloriam meam alteri non dabo.* (XLVIII. 11). Abandona liberalmente al hombre que obra bien toda la utilidad, el mérito y el precio de una acción buena; pero se reserva toda la gloria que pueda resultar de aquella. Así vemos que los veinticuatro ancianos de que habla el Apocalipsis ponían sus coronas á los pies del Trono, diciendo: Sois digno, Señor y Dios nuestro.

de recibir la gloria, el honor y el poder, porque todo lo habéis creado: *Dignus es, Domine Deus noster, accipere gloriam, et honorem, et civitatem, quia in creati omnia.* (IV. 10-11).

Todos los trabajos de los Santos, sus combates y sus victorias deben redundar en honor del Rey del cielo; porque El es aquel ante quien se dobla toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en el infierno, como dice el Apóstol de las Géntes. (*Philipp. II. 10*).

De tal manera es Jesucristo el autor de la gracia y de todas las gracias, que es el ángel del Nuevo Testamento y de la nueva alianza; porque Él ha calmado y destruido la ira y la enemistad de Dios contra los hombres; es pues el ángel de la alianza, es decir, de la reconciliación; y por esto le llama Isaías el príncipe de la paz: *Princeps pacis.* (IX. 6); y el gran Apóstol le llama la paz nuestra: *Pax nostra.* (Ephes. II. 14).

Jesucristo, dijo aquel apóstol á los Colosenses, os ha revivificado en el perdonándoos todos vuestros pecados y borrando la sentencia de condenación lanzada contra nosotros despues de haber muerto en el peccado; y la ha abolido, clavádotle en la cruz:... *Donavit vobis immo delicta, debetis, quod adversus nos erat, chirographum decreti, quod erat contrarium vobis; et ipsum tulit de medio afflictionis illius crucis.* (II. 13-14).

2.º Jesucristo ha establecido una nueva alianza despues de destruida la alianza mosaica entre Dios y los hombres, por medio de la cual Dios se obliga para con los cristianos á dar la gracia y la gloria eternas; y en cambio los cristianos se obligan con Dios á creer en Jesucristo, Hijo suyo, obedecerle, practicar su ley y su doctrina é imitar su vida....

3.º Bajó del cielo á la tierra como un ángel, y tomó en sí mismo la carne humana, para unir el barro al Verbo, la tierra al cielo, el hombre á Dios por medio del lazo de la union hipostática con la naturaleza humana que tomó en el casto seno de su madre la immaculada Virgen Maria, formando así la más estrecha y perfecta de las alianzas.

4.º En la última cena, en la víspera de su muerte, hizo propiamente el testamento que contenia su última voluntad, y la sancionó con la institución de la Eucaristía, diciendo: He aquí la sangre de la nueva alianza: *Hic est sanguis novi testamenti.* (Math. XXVI. 28).

5.º Jesucristo, como ángel del testamento, trajo del cielo esta alianza á los hombres, y la ha consolidado en la tierra, durante treinta y tres años, con sus trabajos, sus predicaciones, sus milagros, sus viajes, sus fatigas, sus dolores, el hambre, la sed, el frío, el calor; y no solamente la confirmó por fin y selló con su sangre, sino que la adquirió y se la apropió, pues había dado el precio necesario para una reconciliación tan grande y una alianza tan íntima, precio equivalente y aceptable en toda justicia; y este precio es para todas las naciones, para todos los siglos, aunque el mundo durase millones de años y aun toda la eternidad. Porque los Santos

y los bienaventurados participarán en el cielo de esta alianza por medio de la gloria durante la eternidad; Jesucristo la llevó al cielo, y allí fué confirmada por él en vista de la gloria celestial. Así es que, habiendo cumplido esta alianza, subió el primero gloriosamente al cielo, llamando á sus fieles e invitándoles á que le siguiesen....

La voluntad del hombre no basta si no cuenta con un auxilio sobrenatural, dice S. Crisóstomo: *Nullo modo hominis voluntas sufficit, nisi auxilio superiore roboretur.* (Homil. ad Ephes.).

Nada podeis hacer sin mí, dijo Jesucristo: *Sine me nihil potestis facere.* (Joann. XV. 5).

Por nosotros mismos no tenemos más que el peccado y la mentira, dice S. Agustín. Si el hombre tiene algo de la verdad y de la justicia, lo tiene de aquella divina fuente que debemos desear en el desierto de este mundo, á fin de que, refrescados con algunas agradables gotas de aquella agua, no caigamos en el camino (1).

El peccador queda aplastado por el peccado como por el peso de una montaña. Está aprisionado, no puede salir de su cárcel, ni sacudir sus cadenas, ni el peso que le agobia sin la gracia de Dios.

El alma es la vida del cuerpo, y Dios es la vida del alma, dice S. Agustín: *Vita corporis anima est; vita animæ Deus est.* (Tract. de Cogn. veræ vitæ).

No somos capaces de producir por nosotros mismos la más mínima cosa; pero la posibilidad nos viene de Dios, dice el gran Apóstol: *Non sufficientes sumus cogitare aliquid à nobis, quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est.* (II. Cor. III. 5). La gracia que previene, que excita y acompaña, es necesaria....

El cuerpo muere cuando está separado del alma, dice S. Agustín; y de la misma manera muere el alma cuando llega á estar separada de Dios: *Quando moritur caro, amissa anima; sic moritur anima, amisso Deo.* (Tract. de Cogn. veræ vitæ).

El caballo, añade el mismo santo Doctor, no se doma por sí mismo; el león no se doma tampoco solo; y el hombre se halla igualmente en la imposibilidad de vencerse por sí mismo. El caballo y el león necesitan que el hombre los dome, y el hombre necesita para lo mismo la gracia de Dios (2). El hombre no se doma con la naturaleza, sino con la gracia....

La gracia es el alma del alma, prosigue S. Agustín: *Gratia est anima animæ.* (De Gratia et Lib. Arb.).

La gracia es la respiración del alma. La respiración de la gracia es tan necesaria al alma, como la respiración del aire es necesaria al

(1) Nemo habet de sua nisi peccatum et malitiam. Si quid autem habet homo veniens alicuius potentis, alicuius fonte est alicuius deliquisse alicui in deo creatio ad se, quoniam quilibet alium quibus ergatis, deo delictum in via. *Tract. de Cogn. veræ vitæ.*

(2) Equus non se domat, leo non se domat, et de homo non se domat. Sed ut dometur equus, leo, quilibet homo, sego Deus quæritur ut dometur homo. *Sermon. IV. de verbis Domini in Altit.*

Necesidad de la gracia.

cuerpo. Todo lo que la respiración presta al cuerpo, la gracia lo presta al alma....

La gracia no halla los méritos, los hace, dice S. Agustín: *Ille non incedit, sed efficit merita.* (Tract. de Gratia et lib. Arb.).

Es necesario, dice S. Bernardo, que la unción espiritual de la gracia auxilie á nuestra pequeñez; que Jesucristo con su gracia suavice las cruces de las penitencias, porque no podemos soportar á Jesucristo sin cruz. ¿Y quién podría sufrir la aspereza de la cruz sin la gracia? (1).

Si el Señor no construyera la casa, dice el Salmista, en vano habrían trabajado los obreros. Si Dios no defiende la ciudad, inútilmente vigilan sus guardas: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt qui edificaverunt eam. Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.* (CXXVI. 1-2). Precisamente lo mismo sucedió á los Apóstoles en el mar. Simón dijo á Jesús: Maestro, hemos trabajado toda la noche sin coger nada; pero si tú me lo dices, echaré las redes: *Præceptor, per tantam noctem laborantes nihil cepimus; in verbo autem tuo laccabo rete.* (Luc. V. 5). Ellos no habían cogido nada, porque Jesucristo no estaba con ellos. Mas con él, cogieron tan grande cantidad de peces, que su red se rompió: *Concluserunt piscium multitudinem copiosam; rumpebatur autem rete eorum.* (Luc. V. 6). Por esto la esposa de los Cantares decía á su amado: Atraedme á vos, correremos detrás de vos al olor de vuestros perfumes: *Trahé me; post te curremus in odorem unguentorum tuorum.* (I. 3). Sólo al olor de los celestiales perfumes de la gracia de Jesucristo podemos andar, correr, volar por el camino de la virtud y del cielo....

El hombre cae sin Dios, pero no puede levantarse sin Dios. El hombre no necesita á Dios, ni necesita tampoco su concurso para pecar mortalmente y bajar al infierno; pero nunca saldrá del pecado mortal y del infierno sin la gracia de Dios. No sólo no puede el hombre levantarse sin Dios, sino que no puede tampoco andar sin Dios....

La gracia atrae de un modo libre, pero no necesariamente....

Las advertencias, la doctrina y la revelación siempre enseñada nos atraen y conducen, dice S. Cirilo: *Trahimur monitione, doctrina, revelatione incessabiliter facta.* (Catech.).

Oigamos á S. Agustín: No penséis, dice que so os atrae á pesar vuestro; el espíritu no tiene más trabas que el amor. No es la fuerza la que hace obrar, sino la dilección. Con mucha más razón deberíamos decir que el hombre está traído á Jesucristo; porque el hombre tiende á la verdad, á la felicidad, á la justicia, á la vida eterna; y Jesucristo es todo esto. Tal violencia se hace al corazón, no

(1) *Nonne aut et unctio spiritalis gratie adoret infirmitatem nostram, obsecraturam et multitudinem peccatorum crucis devotissime suo gratia leniens; quin nec est homo crucis sequi Christum; et sine unctio, gratia asperitatem terre que possit Lib. 3o Consid.*

á la carne. ¿A qué os admiráis pues? Creed, y vendreis; amad, y seréis atraídos. No os figureis que esta violencia sea dura y penosa; es dulce y suave; es la misma suavidad la que os atrae. No atraemos á la oveja si tiene bambre y lo presentamos yerba? Y me parece que no está arrastrada á pesar suyo, sino que el mismo deseo la lleva. Lo mismo os sucede á vosotros; venid á Jesucristo, y si no os sentís atraídos, pedid serlo. (Sermon. II de verbis Dom.).

Pero si todo es de Dios, dice S. Crisóstomo, si todo lo obra su gracia, en vano me exhortáis; en vano me precipitáis en el miedo y en el terror, é inútilmente me mandáis diciendo «obedeced», puesto que todo lo obra la gracia. Abrid la Escritura, y ella os contestará: Desde el principio Dios ha creado al hombre, y lo ha dejado en la dependencia de su propio consejo: *Deus ab initio constituit hominem, et reliquit illum in manu consilii sui.* (Eccli. XV. 14). He puesto ante ti agua y fuego, dice el Señor; extiende la mano hácia lo que quieras. Ante el hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal, y no le dará lo que quiera: *Apposui tibi aquam et ignem; ad quod roberis, porrige manum tuam. Ante hominem vita et mors, bonum et malum; quod placerit ei, dabitur illi.* (Ibid. XV. 17-18). Y en el Deuteronomio: Considera que he puesto hoy ante tu vista la vida y los bienes, la muerte y los males, para que ames al Señor, tu Dios, y vivas: (XXX. 15-16. — Homil. ad pop.). El hombre debe pues corresponder á la gracia para que ésta le sea provechosa....

La gracia toca y solicita la voluntad del hombre para que consienta libremente en seguir la gracia y cooperar á ella; pero no necesita aquella voluntad....

Dios es quien mueve en vosotros la voluntad y las obras, según le place, dice S. Pablo: *Deus est enim qui operatur in vobis et velle et perficere pro bona voluntate.* (Philipp. II. 13). Es decir, dicen S. Crisóstomo y los demás doctores y teólogos, auxilia, aumenta y pone en movimiento la prontitud de la voluntad para obrar bien....

Dios, dice S. Agustín, mueve é incita para que el hombre quiera libremente arrepearirse, amar y hacer el bien: *Deus movet et incitat, ut homo libere velit penitere, amare, et quodcumque bonum operari.* (De Gratia et lib. Arb.).

Dios excita y da la gracia para hacerlos querer; nosotros debemos corresponder á la gracia....

Dios mueve en nosotros con su gracia la voluntad, poniéndose de muy distinta manera que al crear el cielo y la tierra, etc. Creando el cielo y la tierra, los puso en la necesidad de existir; pero hizo producir á la voluntad las acciones libres por medio de la persuasión, del atractivo, de dulces sollicitaciones y caricias, con ternura, terror, fuerza interior y tiernos consuelos. Obra, no físicamente, sino moralmente.

La Iglesia enseña con S. Agustín que todo principio de buena voluntad, de fe y de salvación proceda de la gracia perseverante.

Dios hace de manera que queráis y cumpláis lo que queréis. (*De gratia et lib. Arb.*)

Dios mueve en nosotros las obras, infundiéndonos la misma gracia con que movió la voluntad. Cuando un acto exterior es difícil, como el martirio, entonces da fuerza para obrar, confirmando y animando al hombre con una nueva gracia.

San Bernardo ensena de un modo admirable, hablando de la gracia y del libre albedrío, de qué manera mueve Dios en nosotros el pensamiento, la voluntad y las obras. Mueve en nosotros la primera de estas tres cosas, dice, es decir, el pensamiento sin nosotros. Mueve la segunda, que es la voluntad, con nosotros. Y mueve la tercera, que son las obras, por medio de nosotros: *Primum, scilicet cogitare, sine nobis. Secundum, scilicet velle, nobiscum. Tertium, scilicet perficere, per nos facit.* Hemos de procurar, añade, cuando sentimos que estas cosas obran invisiblemente en nosotros y con nosotros, no atribuirlo á nuestra voluntad, que es débil, ó á la necesidad divina, que es nula, sino tan sólo á la gracia que nos llena: *Carissimum adhuc ne, cum hæc invisibiliter intra nos, ac nobiscum accitari sentimus, aut nostra voluntati attribuamus, quæ infirma est; aut Dei necessitati, quæ nulla est; sed soli gratiæ, quæ plenus est.* La gracia, continúa aquel Padre, es la que excita el libre albedrío cuando sombra el deseo; cura cuando cambia el afecto; fortifica para concluir á obrar; conserva para hacemos escribir la racicita. Obra con el libre albedrío á quien previene y precede para excitar el pensamiento; sigue y acompaña en lo demás, es decir, en la voluntad y en las obras. Previene en el pensamiento para hacer cooperar en la voluntad y en las obras; por esto el principio es tan sólo de la gracia; la voluntad y las obras tienen lugar por medio de la gracia y el libre albedrío inseparablemente unidos, y obran juntos; no alternativamente, en la voluntad y en las obras. Ni la gracia ni el libre albedrío obran en particular; sino que obran ambos sobre la totalidad con un trabajo individual. (*Lib. de Gratia et lib. Arb.*)

Con la gracia de Dios, dijo S. Pablo á los Corintios; soy quien soy, y si gracia no la sido usárid en mí; sino que he trabajado más que todos ellos; no yo, sino la gracia de Dios conmigo: *Gratia tuum Dei sum id quod sum, et gratia ejus in me vacua non fuit; sed abundantius illis omnibus laboravi; non ego autem, sed gratia Dei mecum.* (I. XV. 10).

Vamos, claramente en estas palabras del Apóstol que la gracia y la voluntad obran juntas y de concierto.

Atraedme, dice la esposa de los Cantares; corromeros detrás de vos al olor de vuestras perfumias. (I. 4). Guindados, Señor, por medio de vuestra gracia de los vicios á la virtud, de la ignorancia á la fe y al conocimiento vuestro, de la carne al espíritu, de la tibieza al fervor, de la empresa al cumplimiento de la obra, de las cosas fáciles y pequeñas á las acciones grandes y heroicas, de las

zozas de la tierra á las cosas del cielo, del temor al amor, del desleite á la mortificación de la carne y á la cruz....

La gracia nos atrae y conduce, no con látigos y cadenas, sino con la fuerza del amor, según aquellas palabras del profeta Oseas: Le he atraído con los lazos que captivan á los hombres, con los lazos del amor: *In fœniculis traham, in vinculis caritatis.* (XI. 4). Amad, dice S. Agustín, y seréis atraídos: *Amæ, et traheris.* (*De Gratia et lib. Arb.*)

Dios nos dió el libre albedrío, y le concede cooperar á la gracia cuando la gracia le excita á obrar bien, y Dios coopera con nosotros por medio de la gracia.... El libre albedrío solo nada puede: la gracia nunca necesita; y la gracia y el libre albedrío de común acuerdo son autores del bien; y este bien es meritorio por la gracia y la cooperación voluntaria de la gracia....

Dios da su gracia por puro amor hácia nosotros.... Dios mueve en nosotros la voluntad y las obras con su gracia, á fin de que sus deseos se cumplan en nosotros, por nosotros y para nosotros, viviendo feliz y santamente en la tierra para que pueda coronarnos en la eternidad; pues tal es la misericordiosa voluntad de Dios al darnos sus gracias....

Averguense la pereza humana; Dios está más dispuesto á darnos su gracia que nosotros á recibirla; está más dispuesto á darnos la salvación eterna que nosotros á ir al cielo. Es propio de la naturaleza de Dios ser infinitamente bueno y dadivoso. Cuando da, da con placer y espontaneidad; cuando se niega á dar y castiga, niega y castiga con sentimiento; y sólo en nosotros halla los motivos de obrar de tal manera....

Hay en Dios una propensión inflada á comunicarse y un extraordinario deseo de verificarlo, deseo que proviene de la infinita perfección y plenitud de su ser; plenitud que es tan grande, que la hace extensiva á los demás; y por más que la hace extensiva, no pierde ni un átomo de ella. Dios es para las criaturas inteligentes lo que el sol es para las cosas sensibles, dice S. Gregorio Nazianzeno: *Sicut in rebus sensibilibus est sol, ita in intelligibilibus est Deus.* (*In Distict.*). Así como el sol derrama por todas partes sus rayos para iluminarlo, calentarlo, vivificarlo y fundirlo todo, sin perder por esto ninguna de sus rayos, Dios derrama también los de su beneficencia sobre todos los hombres y todas las cosas para iluminarlos con las luces de su sabiduría; inflama con su amor á los ángeles y á los hombres, los vivifica para la vida de la gracia y de la gloria sin perder nada de su plenitud inflada. La encarnación, las pruebas, la predicación, los milagros, la pasión, la muerte, los Sacramentos, la misión del Espíritu Santo, el cuidado especial de toda la Iglesia y de cada fiel, estos son los efectos de la solicitud de Dios respecto de nosotros. A causa de las entrañas de misericordia de nuestro Dios, nos visitó el que se levanta en los altares del Oriente, como dice Zacarías, padre de S. Juan Bautista: *Per visera misericordiæ Dei nostri, in quibus visitavit nos oriens ex alto.* (Luc. I. 78).

Por qué da  
Dios la gracia.



La gracia de Dios, dice S. Próspero, reina por la persuasión, las exhortaciones, los buenos ejemplos, el temor de los peligros y los milagros; por la inteligencia que da, las inspiraciones, los consejos, los incendios del corazón y la fe. (*Líb. II de Vocat. gentium, c. XI.*)

Se da la gracia para iluminar el espíritu, excitar la voluntad, purificar el alma, abrasar el corazón de caridad, llenar de buenas obras la vida, y llevar á la presencia y al goce eternos de Dios en la mansion de la gloria....

Se nos da la gracia, dice S. Agustín, para que queramos, y ella es la que empieza el bien en nosotros; y cuando queremos, ella concluye en nosotros lo que ha empezado. Nos previene para curarnos, nos acompaña para conservar en nosotros la salud espiritual; nos previene para hacernos vivir con piedad, y nos acompaña para hacernos vivir eternamente con Dios (1).

Así es que la gracia se nos ha dado para conocer, amar y servir á Dios fielmente en esta vida y poseerla para siempre en la eternidad. Se nos ha dado para nuestra felicidad temporal y espiritual, para nuestra felicidad eterna....

Por qué de Dios más gracia á quien que á otros?

Por qué es éste atraído por la gracia, y no aquel otro? pregunta S. Agustín: No juzgues si no quieras caer en el error, contesta aquel gran Santo: *Car hic trahatur, ille non trahatur? Noli iudicare si non sis errare.* (De gratia et lib. Arb.). Nada debe Dios al hombre....; es muy dueño de sus dones....

Por otra parte, da más al que más corresponde á sus gracias.... Hay muchas ingratos, incredulos, impíos y endarecidos; Dios nada les debe; no les debe más que castigos.... Son los primeros en abandonar á Dios; Dios se retira, y tambien les abandona; consiégan lo que merecen.... ¿Debe Dios algo al que no ora, al que ni siquiera se propone orar, al que quisiera vivir siempre para seguir siempre pecando?... ¿Debe Dios algo al que abusa de todo?...

Dios, dice S. Agustín, devuelve mal por mal, porque es justo; devuelve bien por mal, porque es bueno; devuelve bien por bien, porque es bueno y justo; pero no devuelve nunca mal por bien, porque no es injusto (2).

La gracia no se concede más que al que vigila sobre sí mismo, dice S. Crisóstomo: *Non datur gratia, nisi vigilanti.* (Homil. ad Rom.).

O hombre, exclama S. Pablo, ¿cómo eres tu para contestar á Dios? ¿Pregunta acaso la vasija al alfarero por qué le ha hecho de aquella manera? ¿No tiene el alfarero facultad de hacer del mismo

(1) *Tras, ut volentibus operetur incipientes, qui voluntibus cooperentur perfectiores. Precedunt, ut incipientes, et subsequuntur ut perfectiores vegetiores, procedunt ut vocantur, et subsequuntur ut gloriosiores, procedunt ut in se vivimus, et subsequuntur ut cum aliis semper vivimus.* De Gratia et lib. Arb. c. XVII.

(2) *Deus credit mala pro malis, quia iustus est; bona pro bonis, quia bonus et iustus est; solum non reddit malis pro bonis, quia iniustus non est.* De Gratia et lib. Arb.

barro un vaso de honor y un vaso de ignominia? (*Rom. IX. 20-21.*)

Dios es la misma justicia, da á cada uno segun sus obras.... Es cierto que durante toda la eternidad ningún réprobo podrá nunca decir que se halla perdido sin remedio por culpa de Dios. Al contrario, se verá obligado á confesar que se ha perdido por culpa suya y que habria ido al cielo si hubiese querido. Dios no condena más que los que merecen ser condenados, así como tampoco niega nunca el cielo á los que lo merecen. ¿A qué vienen nuestras quejas? Sólo nosotros tenemos la culpa de nuestra pérdida: *Perditio tua est te, Israel.* (*Osee. XIII. 9.*)

Apliquémonos á conocer, á amar y á servir á Dios con todo nuestro corazón; y seremos del número de los elegidos....

Dios se acerca al hombre y le comunica la gracia de cuatro modos:

1.º Por la iluminacion del espíritu para ver lo que es preciso conocer....

2.º Por la instruccion, para saber lo que es preciso practicar....

3.º Por el cobro ó el aumento de la amistad de Dios....

4.º Por el goce interior de las cosas espirituales....

Principalmente por esas cuatro vías se acerca Dios al alma, se comunica á ella, la atrae y la colma de gracias....

No tenido un gran deseo de comer esta Pascua con vosotros antes de sufrir, dijo Jesucristo á sus Apóstoles: *Desiderio desideravi hanc Pascha manducare vobiscum, antequam patiar.* (Luc. XXII. 15).

Si conocieses el don de Dios, dijo á la Samaritana, le habrías pedido, y os habria dado agua viva. (*Joann. IV. 10.*) Si alguien tiene sed, venga á mí y beba: *Si quis sitit, veniat ad me, et bibat.* (Id. VII. 37). En la cruz exclamó: Tengo sed: *Sitio.* (Id. XIX. 28). La sed le devora, pero la sed de nuestra fidelidad á sus gracias y de nuestra salvacion....

La encarnacion, la vida, los sufrimientos y la muerte de Jesucristo prueban evidentemente su ardiente deseo de colmarnos de gracias....

Y ipso expresa en el Apocalipsis su ardiente deseo de hacernos partícipes de la abundancia de sus gracias? Vedme ahí á la puerta, dice, y llamo. Si alguno oye mi voz y me abre la puerta, entrare en su casa, y comeré con él y él conmigo: *Ecco sto ad ostium, et pulso; si quis audierit vocem meam, et aperuerit mihi januam, intrabo ad illum, et cenabo cum illo, et ipse mecum.* (III. 20).

¿No dice tambien en los Proverbios: Hijo mio, dame tu corazón? *Probrbe, fili mi, cor tuum mihi.* (XXIII. 26). ¿No dice tambien en S. Lucas: He venido á derramar el fuego sobre la tierra, y qué he de querer sino que se encienda? *Ignem veni mittere in terram; et*

*quid volo, nisi ut accendantur?* (XII. 49).

¿Cómo comunicó Dios sus gracias?

Después de Jesucristo de cómo instruyó sus gracias.

Abundancia de las gracias.

En Jesucristo, dice S. Pablo á los Colosenses, habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, y vosotros estáis llenos de ella en El: *In ipso in habitat omnis plenitudo Divinitatis corporaliter, et estis in illo repleti.* (II. 9-10). Si estamos pues llenos de la Divinidad, tenemos toda la abundancia de las gracias, puesto que poseemos á su divino Autor.

La gracia era grande en todos ellos, dicen las Actas de los Apóstoles: *Et gratia magna erat in omnibus illis.* (IV. 33).

Dios, dice el apóstol Santiago, á todos da copiosamente, y no zahiere á nadie: *Dat omnibus affluenter, et non impropriet.* (I. 5).

Dios, dice Sto. Tomás, 1.º da liberalmente, no vende...; 2.º da, generalmente, no á uno sólo, sino á todos...; 3.º da abundantemente...; 4.º da con bondad, sin reprender. (3.º p.º g. art. 9).

Dios, dice S. Bernardo, se no entrega enteramente, y enteramente para mi uso: *Totus mihi datus, et totus in meo usus expectatus.* (Serm. in Cant.).

San Ambrosio dice que Dios recompensa nuestras buenas obras mucho más abundantemente de lo que merecen: Dios castiga menos de lo que se merece; pero recompensa más de lo que merecemos. Esta es también la doctrina de los teólogos, que se halla conforme con aquellas palabras del apóstol S. Pedro: Esforzaos más y más, hermanos míos, en afirmar con vuestras buenas obras vuestra vocación y elección; porque, haciéndolo así, jamás caeréis, y se os abrirá ancha entrada al eterno reino de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. (II. L. 10-11).

Señor, dice el Salmista, le habeis colmado con las bendiciones de vuestra clemencia: *Procreasti enim in benedictionibus dulcedinis.* (XX. 4). Mi alma quedará como saturada y llena de vuestras bendiciones: *Stetit adipem et pinguedine repleatur anima mea.* (Psal. LXII. 6). Quedaremos, Señor, saciados con los bienes de vuestra casa: *Replebitur in bonis domus tuae.* (Ibid. LXIV. 5). Venid y esenched, continúa el Salmista, y os contaré lo que el Señor ha hecho por mi alma: *Venite, audite, et narrabo quanta fecit anima mea.* (LXX. 16). Somos el pueblo de sus pastos y las ovejas de sus manos: *Nos populus pastuum ejus, et oves manus ejus.* (Psal. XCIV. 7). Iban y floraban derramando sus simientes, y volverán en la alegría, llevando las garbas en sus manos. Los que han sembrado con lágrimas, segarán con alegría. (Ibid. CXXI. 6-5). ¿Qué dará yo al Señor, exclama, por todos los bienes de que me ha colmado? *Quid retribuam Domino pro omnibus que retribuit mihi?* (CXV. 3).

La fuente de vuestros jardines, dice la esposa de los Cantares, es un manantial de agua viva que se precipita (sobre mí) del Líbano de la eternidad: *Fons hortorum, puteus aquarum viventium, qui fluunt impetu de Líbano.* (IV. 15).

No experimentarán ya hambre ni sed, dice Isaías; serán conducidos al manantial de las aguas: *Non esurient, neque sitient, quia miserato ad fontes aquarum potabit eos.* (XLIX. 10).

Dios alimenta á los cristianos con su Evangelio, su doctrina, sus favores y la Eucaristía; los protege en las tentaciones: si cunilan en El, si le siguen y quieren cooperar á su gracia, venen todos los ardores de las tentaciones y de las tribulaciones, y no tienen hambre ni sed....

No embriagado al alma cansada, y he saciado á todas las almas desfallecidas, dice el Señor por medio de Jeremías: *Inebriavi animam lassam, et omnem animam esurientem saturavi.* (XXXI. 23).

¿Cuántas gracias! Gracias temporales...; gracias espirituales...; gracias de creación...; de redención...; de providencia...; de Sacramentos...; gracias interiores...; gracias exteriores...; gracias para el cuerpo...; gracias para el espíritu, el alma y el corazón...; gracias para la memoria y la voluntad...; gracias en el tiempo...; gracias en la eternidad...; gracias universales...; gracias particulares...; gracias á cada instante....

¿Qué he debido hacer más para mí viña que no lo haya hecho? dice el Señor por medio de Isaías: *Quid est quod debui ultra facere vinee mee, et non feci ei?* (V. 4).

La comunión de la gracia tiene muchas relaciones con el ingerto de las plantas; porque, 1.º, así como se pone el ingerto de un árbol excelente sobre un arbusto estéril para que produzca abundantes y deliciosos frutos, así también la gracia nos hace producir á nosotros, árboles silvestres y estériles, numerosos y excelentes frutos de buenas obras.... 2.º Se corta el ingerto de un árbol bueno para introducirlo en el malo; así viene la gracia del cielo al corazón.... 3.º Se corta una rama del árbol silvestre para reemplazarla con la rama productiva; así también la gracia destruye en nosotros al viejo Adán, poniendo en su lugar á Jesucristo, que es el nuevo Adán.... 4.º La rama que se adapta al árbol toma su savia y se une á él perfectamente; así, por medio de la gracia nos hallamos incorporados á Jesucristo, unidos, transformados, divinizados.... 5.º El ingerto se aia al árbol para que tome su savia; y así se nos da la gracia para que absorba en nosotros todo lo que es de la naturaleza.... 6.º El ingerto debe tener lugar en la primavera, en los momentos de la savia; y principalmente en la juventud debemos también entregarnos á Dios.... 7.º El árbol debe abrirse hasta la médula para que el ingerto pueda tomar la savia y el árbol el ingerto; así también el alma debe abrirse hasta el corazón por amor de Jesucristo, para que pueda unirse á él y no constituir más que un sólo corazón. Así como la médula se une á la médula, así nuestro corazón se une al corazón de Jesucristo por la gracia.... 8.º Así como se corta el árbol para el ingerto, debemos cortar, separar las pasiones y el pecado para que se nos imperte en Jesucristo por la gracia.... 9.º Procuran envolver el ingerto con cuidado, defenderlo del frío, del calor, de los vientos é insectos dañinos, y hasta se procura revestirlo del barro; así también por la meditación de nuestra

La gracia es un ingerto divino.

nada y del barro que nos rodea, de las miserias humanas, de la muerte y de los pecados cometidos, el alma debe estar unida a Jesucristo, y defendida contra todas las tentaciones de la pereza, de la gula, del orgullo, de la injuria y de los demás vicios.... 10. El ingerto se coloca en lo alto del árbol; y así la gracia debe dominar todos nuestros pensamientos y acciones.... 11. El árbol silvestre y estéril no produce nada ó poco, y aun los frutos que produce son amargos y desahucados, dá con el legítimo ingerto frutos hermosos á la vista y excelentes al paladar; así debe la gracia producir en nosotros frutos de buenos ejemplos.... 12. El árbol adopta el ingerto; y por la gracia, Dios nos adopta como hijos suyos.... 13. El ingerto se agarra fuertemente al árbol y así el corazón debe agarrarse á la gracia....

Conservará la gracia como la pupila de su ojo, dice el Eclesiástico: *Gratiam quasi pupillam conservabit.* (XVII. 48).

La gracia de Dios es comparada con razón á la pupila; porque, 1.ª, así como en la pupila aparece la imagen de la hermosura y de la bondad del ojo; de la misma manera aparece en la gracia la imagen de la hermosura y de la bondad de Dios; porque la gracia es la participación más pura de la Divinidad.... 2.ª Así como la pupila es el adorno y la gracia del rostro, también es la gracia el adorno y la dignidad del alma. Quitad la pupila del ojo, y el hombre quedará ciego; quitad la gracia; y cogaréis, ó más bien mataréis el alma. Quitad el sol del firmamento durante el día; quitad las estrellas durante la noche; y el cielo no será más que oscuridad y tinieblas; quitad la gracia; y destruireis el sol y las luces del espíritu, y no quedarán más que espesas tinieblas en la inteligencia y en la razón; una noche sombría y perpétua reinará al redor nuestro. La gracia es para el alma y la razón lo que el sol es para la tierra y la luna....

La gracia es el manantial de la gloria; sale de la gloria, y nos conduce á ella.... El agua que daré, dice Jesucristo, es una fuente de agua que brota en la vida eterna. *Aqua quam ego dabo ea, per in eo fontem aquæ salientis in vitam eternam.* (Joann. IV. 14). ¡Al Señor, dadme de esta agua, os diré con la Samaritana: *Domine, da mihi hanc aquam.* (Id. IV. 15).

Jesucristo llama su gracia «agua viva», porque viene del cielo, que es la vida, y allí nos conduce. La gracia es un río que corre al Océano de la bienaventuranza eterna. El que beba de esta agua, jamás tendrá sed, dice Jesucristo: *Qui biberit ex hac aqua, non sitiet in eternum.* (Joann. IV. 14).

Aunque no tengan nuestras buenas obras comparación con la gloria celestial, como obras de los hombres; tienen, sin embargo, cierta proporción con aquella gloria, como obras de la gracia de Jesucristo; porque la gracia es la simiente de la gloria; ya por su naturaleza, ya por su destino y por la promesa de Dios....

La gracia es comparada á la pupila del ojo.

Excelencia de la gracia.

Por medio de la gracia, dice S. Jerónimo, el hombre se convierte en cierto modo en Dios; deja de ser hombre y debió: *Per gratiam homo fit quasi Deus, et desinit esse homo et mendax.* (Lib. super. Joann.).

Lo que era para mí gaudencia, lo he juzgado pérdida á causa de Cristo, dice el gran apóstol á los Filipenses. Aún más, juzgo que todo es pérdida al lado de la supereminente ciencia de nuestro Señor Jesucristo, para quien me he despojado de todas las cosas y las miro como cenizas, á fin de alcanzar á Cristo (1).

Dios se comunica con su gracia y se da el mismo al justo, y con esta comunicación eleva el alma y la transforma en sí mismo, haciéndola divina....

Aumento en vosotros la gracia y la paz en el conocimiento de Dios y de Jesucristo, dice el apóstol S. Pedro. Nuestro Señor, para que sepais todo lo que atañe á su divino poder con relación á la vida y á la piedad, nos ha sido entregado con el conocimiento de aquel que nos llamó para su gloria y por su propia virtud, y cumplo con sus gracias las grandes y preciosas promesas que nos habia hecho, á fin de que con ellas llegásemos á ser partícipes de la naturaleza divina.... *Per quem maxime et pretiosa vobis promissa donavit, ut efficiamus divina consortes natura.* (II. 1. 2-4).

Sólo Dios tiene esencialmente la naturaleza divina. Los fieles y los justos son partícipes de la naturaleza divina por la gracia, no esencial ni personalmente, sino en parte accidental y en parte sustancialmente.

1.ª Accidentalmente, por el dón de la gracia santificante, que es accidental en el justo, es decir, que está en él, pero que podría no estar sin que desapareciese su naturaleza. Por esta gracia participamos de la naturaleza divina de un modo muy inmediato y común infinitamente. Porque la gracia es tan noble y sublime, que sobrepasa la naturaleza de los ángeles y de los hombres, y es tan infinitamente superior, que no pueda hallarse ninguna sustancia creada que sea de la misma naturaleza que la gracia, como enseñan los teólogos, porque la gracia participa de la Divinidad en sumo grado, que aventaja todas las cosas creadas y toda la naturaleza.

Por la gracia, el hombre es pues elevado, y pertenece al orden, no angélico, sino divino; se hace participante y aliado de la naturaleza divina. No puede existir para nosotros mayor participación de la Divinidad que la que existe por la gracia, excepto la participación de Dios por la gloria. Pero la participación de la Divinidad por la gloria eterna, sólo tiene lugar con la participación de la Divinidad por la gracia.

Mediten los pecadores esas grandes cosas, para que vean cuánto

(1) *Qui unum fuerat licet, hic videtur esse propter Christum divinitatem. Verumtamen scissions quam divinitatem esse, propter calumniam ipsamque deum Christi Dominum esse, propter quem omnia defidelitatem fecit, et arbitror ut gratiam, et Christum hereticum.* III. 7-8.

han perdido perdiendo la gracia por un vil placer, un vil interés, y para que se esfuerzen sin dilación á obtenerla de nuevo. No descauden tampoco nada los justos para conservarla, confirmarla, aumentarla y cantarla en ellos.

2.º Los justos llegan á ser partícipes de la naturaleza divina, no sólo accidentalmente por la gracia santificante, sino también sustancialmente por la misma naturaleza divina que se les comunica, por medio de la cual Dios les adopta como hijos suyos, como herederos y desheredados. Para esto notad, 1.º, que nuestra justificación formal y nuestra adopción consisten completamente en la caridad y en la gracia que se nos da y se identifica con nosotros; y contiene en sí misma y atrae consigo al Espíritu Santo, autor de la caridad y de la gracia. Porque la gracia que adopta no puede separarse del Espíritu Santo, ni la adopción del Espíritu Santo puede separarse de la gracia: de la misma manera que el sol no puede separarse de sus rayos, ni los rayos pueden separarse del sol. En efecto: el Espíritu Santo, por medio de la caridad y de la gracia, nos justifica formalmente, y habita en nosotros, nos vivifica y nos adopta. En efecto: la justicia inherente á la gracia santificante, no es una simple cualidad, sino que abraza muchas cosas inapreciables, la remisión de los pecados, la fe, la esperanza, la caridad y otras dones, y el mismo Espíritu Santo, autor de todos los dones. El hombre decide todas estas grandes cosas en la justificación infusa, como dice el santo Concilio de Trento, sesión VI, capítulo VIII.

Observad también, en segundo lugar, que en la justificación y adopción no sólo recibe el hombre la caridad, y la gracia, y los dones del Espíritu Santo, sino que recibe también á la misma persona del Espíritu Santo, y por consiguiente á la Divinidad, á toda la santísima Trinidad, de tal manera, que la Divinidad está real y personalmente presente en el alma del justo con sus dones y por medio de sus dones, y habita en esta alma sustancialmente como en su templo, se une á ella y la desliza, lo que es un favor, una dignidad y un manantial de dichas en cierto modo infinitas.

Con esta comunicación de la misma persona del Espíritu Santo y de toda la Trinidad, nace la suprema elevación del alma y su especie de desificación — y por consiguiente una adopción muy perfecta y divina, no sólo por la gracia, sino también por la sustancia divina. Esto mismo hace decir á S. Basilio que los Santos son dioses, á causa de la habitación del Espíritu Santo en ellos. (*Homil.*)

La misma gracia es la causa formal de la primera adopción, que tiene en efecto lugar por la gracia, y la causa formal de la segunda adopción que se verifica por la comunicación del mismo Espíritu Santo; porque la habitación del Espíritu Santo en nosotros se verifica también por la gracia. La caridad y la gracia son las que por su naturaleza alimentan esta comunicación del Espíritu Santo, y le llevan consigo, queriéndolo así el Espíritu Santo; lo que prueba admirablemente su familiaridad y su benevolencia para los hombres,

debiendo también esto mismo llevarles á alabarle, amarle, adorarle, servirle, darle gracias con todo su corazón, con todas sus fuerzas y constantemente.

La gracia es una inmensa participación de la santidad de Dios y de su hermosura.

Brax un árbol árido en Adán, dice S. Ambrosio; pero ahora, con la gracia de Jesucristo, os habéis convertido en un árbol de excelentes frutos: *Lignum aridum factus eras in Adán; sed nunc per gratiam Christi pomifera arbor pullulasti.* (Serm.).

La he preferido (la gracia) á los reinos y á los tronos, y he comprendido que las riquezas no son nada al lado suyo: *Et preposui illam regnis et sedibus, et divitiis nihil esse duci in comparatione illius.* (Sap. VII. 8). No la he comparado con la piedra preciosa, porque el oro al lado suyo es un poco de arena, y la plata es como barro: *Nec comparavi illi lapidem preciosum; quoniam omnia aurum in comparatione illius, arena est erigula, et tantquam lutum assumabitur argentum in conspectu illius.* (Sap. VII. 9). Todos los bienes me han venido con ella: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* (Sap. VII. 11). Es más estimable que las perlas, y todas las piedras preciosas no igualan su valor: *Pretiosior est cunctis opibus, et omnia que desiderantur, huic non valent comparari.* (Prov. III. 15). Es superior á todos los tesoros: *Super argentum et aurum gratia.* (Prov. XXII. 1).

La gracia es, pues, el tesoro de los tesoros; es la participación de la naturaleza divina en el más alto grado, es decir, tanto como la criatura puede participar de la Divinidad, no sólo natural, sino sobrenaturalmente.....

Jesucristo anda sobre las aguas, calma la tempestad, y traslada en un abrir y cerrar de ojos la barca á tierra. Con su gracia, Jesucristo obra en nosotros los mismos prodigios; nos hace despreocupar el siglo, calma las tempestades de las tentaciones, de la concupiscencia, llevándonos al puerto de la salvación eterna.....

Si la gracia de Jesucristo está en nuestro corazón, nos hallaremos al punto adonde queremos ir, es decir, al cielo....

Veid la fuerza, la eficacia y la acción tan pronta como poderosa de la gracia de Jesucristo, que en la cruz hizo del buen ladrón un Santo, y de Saulo, el perseguidor, un apóstol celoso y poderoso en sus obras.

El agua de una fuente sube hasta el nivel de su manantial; de la misma manera que el agua de la gracia, que baja del cielo al alma justa, es tan poderosa y eficaz, que levanta el alma hasta su divino Creador. Siendo la gracia el manantial de la gloria, sale de la gloria, toma al hombre, y le lleva á la gloria. La gracia es una agua viva que lleva á la vida eterna.....

A fin de que la grandeza de las revoluciones no me eleve, dice el gran apóstol, tiene mi carne un aguijón, el ángel de Satanás que me

Poder y maravillas de la gracia.

®

abofetea. Por cuya razon tres veces (á menudo) he orado al Señor para que se retirase de mí. Y me dijo: Mi gracia te basta: *Sufficit tibi gratia mea*; porque la fuerza resplandece en la debilidad. Con alegría me glorificaré pues en mis debilidades, á fin de que la fuerza del Cristo habite en mí. (II. Cor. VII. 7-9).

El Señor ha estado á mi lado, dice aquel apóstol, y me ha fortificado, para que se cumpla por mí la predicación y todas las naciones entiendan; y me he visto libre de las garras del león. (II. Tim. IV. 17).

La gracia de Dios, dice S. Crisóstomo, es la mayor de las seguridades, es un muro inexpugnable: *Maxima securitas, et inexpugnabilis murus est gratia Dei.* (Homil. XLVI. in fin.).

S. Pablo, lleno de la gracia, decía: En todo sufrimos, pero no se nos alate; se nos retarda, pero no somos detenidos; se nos persigue, pero no nos vemos abandonados; se nos humilla, pero no perecemos (1).

Las almas piadosas sostenidas por la gracia sufren sus adversidades y aflicciones con más facilidad y valor que los malos su pretendida dicha....

¡Qué maravillas obra la gracia! exclama S. Agustín. El hombre que ayer viste voraz y ebrio, se os presenta hoy admirable por su sobriedad; el impudico que ayer visteis, es hoy un hombre continente; aquel hombre que ayer blasfemaba, alaba hoy á Dios; aquel que visteis ayer esclavo de la criatura, puede hoy servir de ejemplo á un ferviente servidor de Dios, de dónde vienen esas prodigiosas y profundas mudanzas! De la gracia. (In Psal. LXXXVIII).

Así que la gracia ilumina, dice S. Gregorio, cambia el corazón: cesamos de repente de ser lo que éramos, y nos convertimos en lo que no éramos: *Humani subit, ut illustrat, immutat affectum; abnegat hoc repente quod erat; exhibet repente quod non erat.* (Moral.).

Oíd lo que dice S. Crisóstomo al hablar de la gracia del Espíritu Santo en el día de Pentecostés: La gracia abyenta la maldad, y la reviste de benignidad; extermina la esclavitud, y da la libertad. Por esta razon la tierra se ha convertido en cielo; porque ¡qué estrellas pueden compararse á los apóstoles! (Serm. I. de Pent.).

Considero, dice S. Gregorio, á David, á Amós, á Daniel, á Pedro, á Pablo, á Mateo: quiero ver lo que la gracia del Espíritu Santo obra en ellos; pero las fuerzas me abandonan. Esta gracia del Espíritu Santo llena un niño que toca el arpa, y lo convierte en Salmista; llena un simple pastor, y le convierte en profeta; llena á una criatura, y le convierte en juez de los animales; llena un pecador, y lo convierte en predicador sublime; llena un párraidor, y lo convierte en doctor de las naciones; llena al publicano, y lo convierte en un evangelista. (Homil. XXX. in Evang.).

Pedro, sin la gracia, fué vencido por la voz de una criada; con

(1) In omnibus tribulationibus patienter, sed non commotum; oportunitatem, sed non desultamur; persequuntur patienter, sed non derelinquuntur; deprimuntur, sed non pericuntur. II. Cor. IV. 8-9.

la gracia, fué vencedor de los príncipes, de los reyes y de los imperios....

Lo que es imposible por la naturaleza, llega á ser posible y hasta fácil por la gracia. La gracia exhorta, excita, apresura, inspira, consuela y fortifica....

La gracia convierte á un hombre carnal, terrestre y escudaloso en un hombre puro, ejemplar y celestial. Ved á Magdalena..., á María Espiciaca..., á Agustín, etc....

Cuando el Señor, dice S. Jerónimo, riega un corazón con su gracia, este corazón germina, florece como la azucena; arroja profundas raíces como el cedro del Líbano, y cuanto más se eleva, más profundamente extiende sus raíces, para burlarse de las tempestades. (Epist.).

Cuando la gracia baja á un alma, al punto se derrite esta alma, como la cera al fuego; llora sus extravíos; se inflama, es dulce y muy resignada á Dios. Entonces se aplastan las montañas del orgullo; la ambición, la vanidad y la impureza desaparecen, así como los estrechos valles de la pusilaninidad, del temor, del entorpecimiento y de la pereza....

La gracia convierte en cordero á un león y un tigre; la gracia convierte en paloma un buitre...; la gracia hace un elegido de un réprobo, un ángel de un demonio, la más hermosa imagen de Dios de un monstruo de iniquidades....

La gracia es la que hace meritorias todas las obras....

Ved las maravillas que la gracia obra en los mártires.... en los Santos de todos los siglos.... La gracia es la que puebla el cielo y hace á todos los Santos....

Si conociéseis la gracia de Dios, dijo Jesucristo á la Samaritana, ¡cuánto la deseárais y pediriais! (Joann. IV. 10). Si conociésemos la gracia y todas sus ventajas, ¡oh! cuánto la deseáramos, cuánto la buscaríamos, cuanto trabajaríamos para alcanzarla, conservarla y aumentarla en nosotros! ¡Cuán vil y soberanamente despreciable nos parecería todo lo demás!....

La gracia destruye la codicia de todo lo que el mundo posee, de todo lo más agradable, lo más atractivo, lo más seductor. Así que bebemos el agua sagrada de la divina gracia, no tenemos ya sed del mundo, ni deseamos más que el cielo....

La gracia da la vida y la inmortalidad...; la esperanza de la gloria... Produce la grandeza del alma y la alegría en las adversidades.

Hacer obras heroicas, sufrir grandes adversidades, no es cosa de romanos, sino de cristianos, dice un autor aludiendo á Scébola: *Et facere, et pati fortia, non romanorum, sed christianorum est.* (Anton. in Mellis.).

Con la gracia nos hacemos amigos de Dios.... Con la gracia somos adoptados por hijos de Dios, y nos glorificamos de tener á Dios por padre.... Por la gracia estamos en comunión con la au-

gusta Trinidad, con la santísima Virgen y todos los elegidos y Santos.... Por la gracia participamos de todos los méritos de Jesucristo, de todos los favores unidos al Santo Sacrificio que se ofrece sin interrupción en el mundo entero, y participamos de los méritos de todos los Santos. Con la gracia nos aseguramos la recompensa de la vida eterna....

La gracia confiere al hombre grandes e inestimables ventajas: 1.º Abuyenta y destruye el pecado mortal, que es el primero de los males de Dios y del hombre... 2.º Hace que el hombre sea agradable á Dios... 3.º Hace que el hombre sea recto y santo; la voluntad, la inteligencia, todas las facultades están en él sometidas á Dios, á la ley de Dios; ella hace que el hombre sea inocente, justo, semejante á Dios... 4.º Ella nos hace hijos de Dios, herederos suyos, coherederos de Jesucristo, templos del Espíritu Santo y miembros de Jesucristo... 5.º Lleva en su seguimiento todas las virtudes y los siete dones del Espíritu Santo... 6.º Hace que el alma sea más brillante que el sol, más bella que la luna, pura como los ángeles; y terrible para todos sus enemigos... 7.º Es la semilla de la gloria; y así como de la semilla nacen los árboles, los frutos y los granos, así de la gracia nace la felicidad de la gloria eterna... 8.º La gracia cierra el infierno, abre el cielo, y hace de Dios lo que quiere...

La gracia conduce por vías rectas; enseña cual es el reino de Dios, da la ciencia de los Santos, hace prosperar el trabajo, y bendice las obras del hombre, dice la Sabiduría (1).

Todo es nuestro por medio de la gracia, dice el Apóstol de las Gentes, la vida, las cosas presentes y las cosas futuras; todo es nuestro, y nosotros somos de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios: *Omnia vestra sunt, sive vita, sive presentia, sive futura: omnia vestra sunt; vos autem Christi, Christus autem Dei.* (I. Cor. III, 22-23).

Todos los bienes nos llegan con la gracia, dice la Escritura: *Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.* (Sap. VII, 11).

Probado, y ved cuán dulce es el Señor (por su gracia), dice el Rey Profeta: *Gustate, et videte quoniam suavis est Dominus.* (XXXIII, 9).

Dios visita la tierra de nuestros corazones con su gracia; la fecundiza y la embriaga de felicidad, dice el Salmista: *Visitasti terram, et inebriasti eam.* (LXIV, 10). La fecunda lluvia de vuestras gracias hace germinar todas las virtudes, en el alma y la llena de alegría: *In siccis eius latibitur germinans.* (Ibid. LXIV, 11).

Señor, la leche de vuestras gracias es más deliciosa que el vino, dicen los Cantares: *Meliora sunt ubera tua vino.* (I, 4). Los pechos espirituales de la gracia llenan de consuelos y alimentan el alma. Y así como los niños encuentran todo su alimento y su dicha en el seno de sus madres, y nada buscan en otra parte, ni desean otra cosa, así lo hallamos también todo en la gracia.

(1) Justum deduxit per vias rectas, et extendit illi regnum Dei: de illi sequuntur Sanctorum; inest illi illius in laboribus, et completit labores illius. X, 16.

Los que se alimentan de la gracia, dice la Escritura, tendrán todavía hambre; y los que apagan su sed con ella, seguirán sedientos: *Qui edunt me, adhuc esurient; et qui bibunt me, adhuc sitient.* (Ecclesi. XXIV, 29). Cuanto más gustan las almas las suavidades y las delicias de la gracia, más hambre y sed tienen de sentirla aumentarse. Las delicias espirituales de la gracia tienen la especialidad de hacer que los que las prueban las deseen con mayor avidez; el apetito queda colmado con la saciedad, y la saciedad aumenta el apetito; porque las gracias multiplican los deseos saciándolos.

La gracia dulcifica todos los padecimientos. Los que aborrecen la cruz y hayen de ella, dice S. Bernardo, no ven más que la cruz, y no su unción. Vosotros que amais la cruz habéis experimentado que la cruz está llena de dulzuras, porque está llena de las gracias del Espíritu Santo que os ayuda. (*Serm. in Cant.*).

El gran Apóstol exclamaba: *Estoy lleno de consuelos, y reboso de alegría en todas mis tribulaciones: Repletus sum consolatione, superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* (II. Cor. VII, 4). En efecto: la gracia cambia la hiel en dulzura.... Y por el contrario, el mundo, sus placeres, las pasiones, hacen amarga la miel. Una gota de gracia convierte en miel un océano de hiel; mientras que una gota de duleite carnal llena de amargura la vida entera....

Esueteamos lo que dice Jesucristo. Al que ha recibido mucho, mucho se le pedirá, y mucho se exigirá también á aquel á quien mucho se ha confiado: *Omni autem cui multum datum est, multum queratur ab eo, et cui commenderunt multum, plus petent ab eo.* (Luc. XII, 48).

Cuando las gracias aumentan, dice S. Gregorio, aumenta también á proporción la cuenta que hemos de dar de ellas: *Dum augetur dona, rationes etiam crescent donorum.* (Homil. IX. in Evang.).

Fijémosnos en aquellas terribles palabras de S. Pablo á los Hebreos: Es imposible (muy difícil), dice, que los que han sido iluminados una vez y han gustado el don perfecto, han sido participes del Espíritu Santo y han gustado las dulzuras de la palabra de Dios y las virtudes del siglo futuro, y han caído, se renueven otra vez en la penitencia, crucificando de nuevo por sí mismos al Hijo de Dios y renovando sus oprobios. Porque una tierra que bebe la lluvia que en ella cae, y produce yerba útil á los que la cultivan, recibe la bendición de Dios; pero la que produce malezas y espinas, es despreciada y como maldita, y al fin es entregada á las llamas (1).

Nada es tan ventajoso como aprovecharse de las gracias; pero nada perjudica tanto como abusar de ellas. Recordémoslo á menudo aquellas terribles palabras del Evangelio: *Reddo rationem rationis tue:* Dad cuenta de vuestra gestión. (Luc. XVI, 2).

(1) Terra enim si bene comestum super se bene habentem, et generosa herbarum operibus non illa á quibus colitur, accipit benedictionem á Deo. Proferens autem spinas et tribulos, respicitur est, et maledictio proxima, cuius commutatio in combustionem. VI, 7-8.

Cuenta que hemos de dar de las gracias.

Habia de pro-  
curar apro-  
charse de las  
gracias.

Al acercarse Jesús, dice S. Lucas, viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: (Si tú conocieras al menos en esto día que se te ha concedido lo que podría darte la paz! Pero estas cosas se ocultan ahora á tu vista (1). No imitemos pues la ceguera de aquella desdichada Jerusalén....

El que es peo sin necesidad de vosotros, no podrá salvaros sin vuestra cooperación, dice S. Agustín: *Qui creavit te sine te, non salvabit te sine te.* (Confess.).

Solo la gracia nos salva; pero nunca nos salva sino correspondiendo á ella y aprovechándonos de ella....

No desprecies la gracia que está en tí, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo: *Noli negligere gratiam que in te est.* (I. IV. 14). Medita estas cosas, y entrégate completamente á ellas, para que tu progreso sea manifestado á todos: *Hæc meditare, in his esto, ut profectus tuus manifestus sit omnibus.* (Ibid. IV. 15). Recomendad á los ricos, añade, que no se elevan en sus pensamientos, que no cifren su esperanza en riquezas inciertas, sino en el Dios vivo que nos da abundantemente lo que necesitamos; que hagan el bien; que procuren ser ricos en buenas obras; que den fácilmente; que repartan y amontonen verdaderos tesoros para el porvenir, á fin de conseguir la vida eterna (2).

La gracia de Dios, Salvador nuestro, escribió á Tito, se ha revelado á todos los hombres, instruyéndonos, á fin de que, renunciando á la impiedad y á los deseos del siglo, vivamos con templanza, justicia y piedad en este mundo (3).

Nadie falte á la gracia de Dios, escribe á los Hebreos: *Ne quis deit gratia Dei.* (XII. 16).

Creced en la gracia, dice S. Pedro, y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo: *Crescite in gratia, et in cognitione Domini nostri et Salvatoris Jesu Christi.* (II. III. 18).

Hállense en vosotros la gracia, la misericordia y la paz, dice el apóstol S. Juan: *Sit vobiscum gratia, misericordia, et pax.* (II. 3).

Bienaventurado el hombre que me escucha y vela cada día sobre mi palabra: *Beatus homo qui audit me, et qui vigilat ad fores meas quotidie.* (Prov. VIII. 34). El que me halle, encontrará la vida y su salvación. Pero el que me ofenda, perjudicará su alma; pues todos los que no me aman, aman la muerte (4).

Vosotros todos que tenéis sed, venid á las aguas, dice Isaías: vosotros que estáis en la pobreza, apresuraos; comprad y alimentaos;

(1) Ut appropinquavit, videns civitatem, hevit super illam, dicens: Quia si cognovisses et tu, et mundus in face die tuæ, quæ ad pacem tibi. Nunc autem abscondita sunt tibi oculis tuis. *XX. 42.*

(2) Bene agere, divites fieri in bonis operibus, facile trahere, communiare; thesaurizare alia famulantes. *Isaiah in Tempore, ut appropinquaret vocari videns. I. Tim. IV. 15-18.*

(3) Visibilis gratia Dei. Substantia nostra, quibus hominibus, carnisque nos, ut obsequantur nobiscum, et nos ubi desideria, soluta, et pax, et pax vivamus in hoc seculo. *II. 16-12.*

(4) Qui me invenit, invenit vitam, et hæbet salutem à Domino. Qui contempsit me, contempnit, habet animam suam. Omnes qui me colerunt, diligunt mortem. *Prov. VIII. 35-36.*

venid, que recibireis sin dinero vino y leche (1). Oidme: Alimentaos con el bien y la gracia; y vuestra alma quedará inundada de delicias: *Audite audientes me: Et comedite hominum, et delebitur in crassitudine animo vestro.* (Isa. IV. 2). Prestad oído, y venid á mí; escuchadme, y vuestra alma recibirá la vida, y pastará con vosotros la eterna alianza de misericordia: *Inclinate aurem vestram, et venite ad me; audite, et vivet anima vestra, et feriam vobiscum pactum sempiternum.* (Id. IV. 3).

1. Hemos de desear ardientemente la gracia. Así la desea S. Pablo á todos los hombres: Hállese la gracia de nuestro Señor Jesucristo con vosotros todos. Así sea: *Gratia Domini nostri Jesu Christi cum omnibus vobis. Amen.* (II. Thess. III. 18).

La gracia, dice la Sabiduría, se anticipa á los que la desean, para ser la primera en manifestarse: *Proceperat se qui concupiscunt, ut illis se prius ostendat.* (VI. 44). El que vele por ella desde la mañana, no se cansará, pues ha de hallarla sentada en su puerta: *Qui de luce vigilaverit ad illam, non laboravit; assident enim illam foribus suis in cœlis.* (Ibid. VI. 15). Han tenido sed: os han invocado, Señor; y un arroyo ha brotado para ellos: *Sitiunt, et invocaverunt te; et data est illis aqua.* (Ibid. XI. 4).

2. Hemos de orar para alcanzarla, conservarla y aumentarla. Hemos de decir como la Samaritana: Dame, Señor, de esta agua para que no tenga sed: *Domine, da mihi hæc aquam, ut non sitiam.* (Joan. IV. 15).

Hemos de pedirla á Dios, que la da con abundancia, dice el apóstol Santiago: *Postulet à Deo, qui dat omnibus affluentem.* (I. 5).

Pidieron, dice el Salmista; y Dios les envió un pan del Cielo, y les sació: *Petierunt; et pane caeli saturavit eos.* (CIV. 40). Teniendo sed, oraron; y el Señor abrió la piedra, y brotaron aguas: *Dirupit petram, et fluxerunt aquæ.* (CIV. 44).

3. Hemos de vigilar. La gracia no se concede más que al que vigila sobre sí mismo, dice S. Crisóstomo: *Non datur gratia nisi vigilantibus.* (Homil. ad pop.).

Levantaos presurosos de entre los muertos los que dormís, dice S. Pablo; y el Cristo os iluminará con su gracia: *Surgite, qui dormitis, et exurge á mortuis; et illuminabit te Christus.* (Ephes. V. 14). Pensad pues, hermanos míos, en andar con circunspección; no como insensatos, sino como prudentes: *Videte, fratres, quomodo cave ambuletis, non quasi insipientes, sed ut sapientes.* (Ibid. V. 15-16).

4. Hemos de evitar el pecado, y salir de tal estado si nos billamos en él, pues el pecado es el único obstáculo para la gracia. La gracia no se concilia nunca con el pecado, como tampoco pueden convivirse el día y la noche, la vida y la muerte....

5. Hemos de buscar la gracia en su mismo manantial, en los Sacramentos....

(1) Omnes adentes; venite ad aquas; et qui non habent argentum, propeerte, creta, et comedite; venite, sumite absque argento, et bibite tibi communitatione vitum et lac. *E. V. 1.*

Medice para obtener la gracia y conservar-la.

La gula es criminal

UNA vida pasada en las delicias de la mesa, dice S. Bernardo, es una imagen y la sombra de la muerte; y tanto como la sombra está cerca del cuerpo, semejante vida está ciertamente cerca del infierno: *Vita in deliciis agens, et mors est, et umbra mortis; quantum enim umbra prope est corpori cuius est umbra, tantum pro certa vita illa inferna propinquat.* (Serm. XLVIII. in Cant.).

Es difícil, ó más bien imposible, dice S. Jerónimo, que el que goza de los bienes presentes, pueda gozar de los bienes futuros; que lleno sea su estómago de manjares exquisitos, y que su alma sea colmada de bienes en la eternidad, pasando así de las delicias carnales á las delicias del cielo: *Difficile, imò impossibile est, ut et presentibus quis et futuris fruatur bonis; ut et hic centrem, et ibi mentem impleat; ut de deliciis transeat ad delicias* (Epist. XXXIV ad Julian.).

El que vive en delicias, está muerto en vida, dice el gran Apóstol: *Qui in deliciis est, circum mortuus est.* (I. Tim. V. 6).

El goloso hace que su carne engorde para las llamas eternas.... Con su alimento escogido, demasiado delicado y tomado con exceso, sólo encontramos la muerte del cuerpo, y muchas veces la del alma, convirtiendo aquellas delicias en tristeza eterna.... Ved lo que pasó al mal rico, que desde una mesa espléndida cayó al infierno.

¡Desgraciados de vosotros los que estais saciados, porque tendreis hambre! dice Jesucristo: *Vae vobis qui saturati estis, quia esurietis!* (Luc. VI. 25).

El bienestar desmedido engendra las malas acciones, dice el Salomista: *Proditur quasi er adipe iniquitas coram.* (LXXII. 7).

Delicienas y castigos de la gula.

Solamente del vicio de la gula, dice S. Gregorio, sala un ejército innumerable de vicios que combaten el alma: *Ex uno gula vicio, immensa vitiorum agmina ad conflictum animæ producantur.* (Lib. V. in lib. Reg., c. D).

El alma acostumbrada á la gula, dice S. Bernardo, se llena de manchas: *Mens assuetæ deliciis, multas contrahit sorde.* (Epist. CLII).

Los excesos de la mesa precipitan en la injuria, la maldad, el orgullo, la ira, los juramentos, las disputas y los odios....

Los excesos en la bebida y la comida, dice Teodoro, destruyen la razon, y convierten el cuerpo del hombre en sepulcro, donde se arroja y cae en putrefaccion. (In Psal.).

Los principales efectos de la gula son: 1.º entorpecer el espíritu y hacer que el hombre sea estúpido ó inerte... 2.º Esta pasión da dolores de cabeza y estómago, calenturas, parálisis, apoplejías y un sin número de enfermedades, abreviando así la vida... 3.º Reduce muchas veces á la indignidad. Y de tal pobreza nace el robo, la desesperacion, y algunas veces el suicidio.... 4.º Destruye la armonía

de las facultades; apaga los sentimientos nobles y honrados; hace que el hombre sea iracundo, provocativo, insolente, amigo de pleitos y de disputas, etc.... 5.º Inutiliza al hombre para las vigiliat, el trabajo, el cansancio, el estudio, la oracion, la lucha contra las tentaciones del demonio, del mundo y de la carne; y embutece al hombre....

Los amigos de los excesos de la mesa, son incapaces de disciplina, y cierran su corazón á la gracia divina, á la accion de los Sacramentos y de las verdades de la salvacion eterna.

La gula es la pérdida de la salud, del tiempo, de la honra, de la fortuna y de la castidad del cuerpo y del espíritu....

Nadie, dice S. Crisóstomo, es más amigo del demonio que el goloso, porque este vicio es el manantial, el principio, el origen de todos los vicios. El goloso se parece á un enorguameno; convierte su boca, sus ojos, su oído y sus demás sentidos en horribles cloacas de impureza (1).

La vejez es prematura, los sentimientos se embotan, y los pensamientos generosos se debilitan con la gula. El espíritu queda rodeado de tinieblas, el cuerpo se disuelve, y llueven miserias; es un buque gastado, en mal estado y con demasiado cargamento; sombrío, se estrella y se sumerge....

¡Por qué, dice S. Crisóstomo; por qué, pregunto, os dedicais á engordar vuestro cuerpo? ¡Es para llevarle á la muerte, ó para presentarlo muerto en la mesa? (Homil. LVIII. in Math.).

Los excesos de la mesa hacen que abunden los humores morbicos, turban el sueño, entorpecen los miembros, y traen las enfermedades y sufrimientos. Todas las facultades del alma desaparecen: la voluntad, la memoria, la inteligencia....

San Agustín enseña que la gula es madre de la injuria. Por su intemperancia, dice, Adán y Eva se volvieron voluptuosos; en tanto que permanecieron en los límites de la templanza y de la sobriedad, fueron virgenes; pero al volverse golosos, la concupiscencia se apoderó de ellas. En tanto que fueron sobrios, permanecieron castos, porque la sobriedad es amiga de la virginidad, y enemiga de la carne corrompida; pero la intemperancia reniega de la castidad, y alimenta la impureza. (Serm. LXXV. II. de Temp.).

El fuego y el agua no pueden estar juntos, dice S. Bernardo; y así tambien las delicias espirituales son incompatibles con las delicias carnales en una misma persona. El pan celestial deja el alma en ayunas allí donde se halla la diversidad de manjares (2).

El reñamiento de la gula no tiene término, dice Clemente de Alejandria; siempre ya de exceso en exceso: *Nullum habet terminum delicta ingluacis.* (Lib. II. Strom.).

(1) Dicitur homo magis amicus esse, quam qui milicia et christate maculatur: hic enim satis est, bene vivere et oratio omnium vitiorum. Delicia vacuus, nullo ducuntur á dimittere sequuntur, et sic, nocet, meret, et, cadit, sequitur instrumentum, amarissimum vitiorum conditio dicitur. Homil. LVIII. in Math.

(2) Quoties ignis et aqua simul esse non possunt, sic spirituales et carnales deliciae in eodem se non possunt. Ut curiosa ciborum diversitas, celestes panis spiritum destruat in ventrem. Epist. III. ad Paul.



El amante de los festines se verá en la indigencia, dicen los Proverbios: *Qui diligit epulas, in egestate erit.* (XXI. 17). El que mantiene afeminadamente á su esclava (que es su carne), la verá más tarde insolente, añaden los Proverbios: *Qui delicate nutrix seruetur suum, postea sentiet eum contumacem.* (XXXIX. 21). El cuerpo es esclavo del alma cuando éste le contiene con el freno de la templanza; pero el alma es esclava del cuerpo cuando la gula domina; El que alimenta con delicadeza su cuerpo, verá como se le rebela; y el alma quedará pronto herida de muerte.

El hombre está destinado, según los designios del Criador, á vivir espiritualmente. El alma debe dominar la carne y mandar; el alma debe reinar, y el cuerpo sujetarse y obedecer. El alma, que es espiritual, debe en cierto modo espiritualizar al cuerpo. Pero, ¿qué sucede con el poloso? La carne manda al alma, la domina y la hace carnal. ¡Horrible trastorno! El cuidado excesivo del cuerpo es el olvido de la virtud. Así que cuidamos al cuerpo, el alma queda descuidada; así que nos dedicamos en alimentar con delicadeza el cuerpo, el alma se halla en la penuria y muere hambrienta. Nadie, dice Jesucristo, puede servir á dos amos; porque, ó se aborrecerá al uno, ó se aborrecerá al otro; ó será sometido al uno, y despreciará al otro: *Nemo potest duobus dominis servire; aut enim unum odio habebit, et alterum diligit; aut unum sustinet, et alterum contemnet.* (Matth. VI. 24). No se puede servir y amar á la vez al alma y al cuerpo...

Viendo Crato á un joven que se abandonaba á la gula, le dijo: ¡Miserable, deja de fortificar tu carne contra ti mismo! ¡O miser, decime adversus temetipsum carcerem munire! (Teste Maximo, Serm. XXV. 2).

Cuando cuidamos excesivamente al cuerpo, dice S. Basilio; cuando le engordamos, el alma enferma necesariamente, se debilita y no se halla ya en estado de llenar sus funciones. Por el contrario, cuando el alma está buena y por medio del ejercicio de las buenas obras se eleva á toda su altura, necesariamente se debilita el cuerpo y hace penitencia (1).

El hombre sin templanza padece insomnios, angustias y dolores, dice la Escritura: *Vigilia, cholera et tortura viro infructu.* (Ecli. XXXI. 23).

Una prolongada y abundante cena, dice la escuela de Salerno, es un insostenible peso para el estómago. (Queréis pasar una noche dulce y tranquila? No hagáis más que una ligera colación.

*Ex longa cena stomacho fit maxima pena;  
Ut sit nocte levis, sit tibi cena brevis.*

El deleite, dice Clemente de Alejandria, engendra muchas veces

(1) Cum corpus bene habitum est, et nihil carnis gravatur, necesse est infirmum et imbecillum esse omnino ad proprias functiones; contra, cum anima bene se habet, et exercitiorum rebus laborum, et suarum magnitudinem exultat, corporis est utrumque habitus emittent. Apud Avonem, in Helio, p. II, c. XXXIX.

perjuicios y desprecios; pero los excesos de la mesa producen en el alma malos deseos, olvido de los deberes y pérdida de la prudencia: *Hominibus saepe damnum et molestiam procreavit voluptas; graves autem affectiones, et obliuionem, et insipientiam in animo parit nimia alimentum copia.* (Lib. II. Strom.).

La gula destruye al cuerpo y al alma, dice S. Jerónimo: *Epulorum largitas, et corpus frangit, et animam.* (Epist. ad Julian.).

San Gregorio llama tumba al vientre lleno de alimentos. Lleva, dice, una tumba viva el que tiene un cuerpo lleno y cargado con los excesos de la mesa: *Nam circum sepulcrum circumfert qui corpus cibo meropis distentum atque obrutum gestat.* (In Carmin. de diversis vitæ generibus). El vino, la lujuria, la envidia y el demonio son cosas parecidas; aquellos que están dominados por ellos, han perdido el sentido, añade S. Gregorio: *Vinum, libido, inor, et demones pares; hos mente preuanc, quos tenent.* (In Petrar.). La gula, prosigue, es madre de la vergüenza y de la insolencia: *Contumelia atque insolentia parens est satietas.* (In Distich.).

Por esta razón advertía prudentemente S. Jerónimo á Paulino que huýese de los festines, como de cadenas de deleites: *Conuicia celus quasdam catenas fugies voluptatum.* (Epist. XIII).

No hay tirano semejante al estómago, dice S. Bernardo: *Nullus tam improbus exactor est quam venter.* (De inter. Domo, c. XLVI). La gula, dice en otra parte, arroja olvido y desprecio á los bienes eternos. (Serm. 1 de Aslo.).

Los excesos en las comidas producen enfermedades, y la ansiedad produce el cólera, dice el Eclesiástico: *In multis cesus erit infirmitas, et acilitas appropinquavit usque ad choleram.* (XXXVII. 33). Muchos han muerto por intemperancia; y el hombre sobrio prolonga su vida: *Propter crapulam multi obierunt; qui autem abstinentes est, adjacet vitam.* (Ibid. XXXVII. 34).

Si el hombre dado á la crápula tuviese un alma de puerco, ¿podría tratarla peor de lo que hace? pregunta S. Basilio. Porque no gusta más que de lo más vil, hace un Dios de su vientre, se vive todo carne, y sólo viva de carne y para la carne: *Si porcina habuisses animam, quid aliud ipsi ennuñtare potuisses? Jam quando terra sapit, et Deum, habes ventrem, totus quoque caro effectus, ritiosis affectibus obsequeris.* (Homil. in hæc verba Evang.: *Quid faciam, etc.*).

Hablamos Sófocles del hombre dominado por la gula, dice que el tal no vive, y es tan sólo un cadáver: *Non arbitrar hunc vivere, sed cadaver judico.* (In, Laertius).

La embriaguez convierte al hombre en bestia imunda, dice S. Crisóstomo: *Ebrietas suæ ex hominibus facit.* (Homil. LXIII. in Matth.). Los excesos de la mesa, dice S. Eucher, embrutecen al hombre; no difiere ya de los animales impuros, ya que cifra su dicha en la carne, adora su vientre, y hace consistir su gloria en el cieno y en la ignominia: *A suisvis, aut pecore nihil differt, cum beatitudinem*

El hombre se da  
porca con la  
gula.

*in corporis voluptate constituit, cui Deus venter est, et gloria in confusione.* (In Epist.).

El goloso alimenta y engorda su carne para los gusanos y la podredumbre. ¡Qué empleo! ¡qué ocupacion más noble entretenerse en preparar alimento para los gusanos! ¡Ah! desgraciados! ¡Si dieseis al menos á los pobres lo que gastais de un modo tan vergonzoso y criminal!...

Semejante hombre no es más que un sér innoble y degradado, dice Clemente de Alejandria. (*Lib. II. Strom.*). No es más que un monton de inmundicias, dice S. Crisóstomo; no es más que un olor infecto, y es peor que el animal inmundado que se zambulle en el cieno, y se alimenta de barro; porque el goloso tiene una mesa aún más abominable, vive sólo para su estómago, no conoce otra cosa ni ningun otro sentido que el de su paladar, ni ve lo que habria de ver, ni oye lo que deberia oír, ni habla más que de orgias (1).

El hombre amante de los excesos de la mesa, traga tantos alimentos que no puede digerirlos. ¡Qué vergüenza!

San Juan Climaco dice con energia: El goloso se esfuerza en embrutecer á su espíritu; arroja el aceite al fuego, y su estómago lleno animaliza á su corazon: *Onerato ventre, deprimitur cor.* (Apud Anton. in Meliss., c. XXXIX).

Desgraciado de él, exclama el profeta Habacuc. ¿Hasta cuándo amontonará contra sí tanto lodo! *Va eis! Usquequo aggravavit contra se densum lutum?* (II. 6).

Toda esta gordura, dice S. Máximo, no es más que un cieno asqueroso con que se carga, y que constituye una cárcel donde encierra su razon y su alma: *Omnis haec pinguedo, quid est aliud quam densum lutum, quo se aggravat, quoque quasi carcere animam suam arcibus involvit et in carceris gulosos?* (Anton. in Meliss., c. XXXIX).

Digamos pues con un filósofo: Naci para cosas grandes, y no para ocuparme de mi cuerpo como de una cosa importante: *Ad majora natus sum, quam ut me corporis mei mancipium efficiam.* (Teste Maximo, serm. XXVII).

La función más vil del hombre es comer; en esto no difiere en nada del bruto. Así es que el que hace consistir su dicha en los manjares, busca la dicha de los irracionales...; y sin embargo el goloso hace consistir en la comida su única felicidad!...

Dije en mi corazon, exclama el Eclesiastés, iré y me embriagaré con las delicias de la mesa, y gozaré bienes; pero he visto que todo no era más que vanidad y nada! *Uti ego in corde meo, Iudam, et affluentem deliciis, et fruar bonis; et vidi quod hoc quaque esset vanitas.* (II. 1). En efecto: las delicias de la mesa están llenas de corrupcion; son vanas, ligeras y duran poco; no nos las proporcionamos por

(1) *Quid deliraverit foliis non nisi in illis! Sicut enim immundus bestia: imo vero etiam multa haereticis suis cum in luto volentibus, et stercore nutantibus, sic vero alimentum bene esse sibi videri non possunt. Nihil solummodo ventri, ceteris membris mortuus est. non potest spiritus que respiciendo, in quo nihil que aures convellit, neque loquutus que loqui oportet. Hieron., XLV. in Math.*

otra parte sino con muchos trabajos y grandes gastos, y son un veneno; son además una injusticia que cometemos respecto de los pobres, á quienes debemos en conciencia lo que nos sobra.

Desde Adán hasta Noé, es decir, durante 1,600 años los hombres no comieron carne, ni bebieron vino; se alimentaban de frutos, legumbres, y bebían agua, viviendo, á pesar de todo, nueve siglos años. La sobriedad es madre de la salud, de la sabiduría y de la santidad...

Me habeis enseñado, Señor, dice S. Agustín, á valerme de los alimentos como de medicinas: *Hoc me docuisti, ut quemadmodum medicamenta, sic alimenta sumpturus accedam.* (Lib. X. Confess., c. XXXI).

La frugalidad, dice S. Crisóstomo, es un alimento, un placer real, y nos dá la salud, y la mantiene: *Frugalitas, et alimentum est, et voluptas, et sanitas.* (Homil.).

El principio de la vida del hombre es el agua, el pan y el vestido, dice el Eclesiástico: *Initium vitae hominis, aqua, et panis, et vestimentum.* (XXIX. 28). El hombre sobrio tendrá un sueño pacífico, añade, dormirá hasta la mañana; y su alma disfrutará con esto: *Somnus sanitatis in homine parvo; dormiet usque mane, et anima illius cum ipso delectabitur.* (XXXI. 24). Si te instan para que comas mucho, añade el Eclesiástico, levántate de en medio de los convidados; y la comida te dará alivio, y no te traerá enfermedades. (XXXI. 25). El hombre sobrio prolonga su vida: *Qui abstinet est, adjiciet vitam.* (Ibid. XXXVII. 34).

La sobriedad va siempre acompañada de la salud y de la fuerza, dice Filon. (Apud Anton. in Meliss., c. XXXIX).

La sobriedad es pues madre de la salud, de la sabiduría, de la castidad; de la santidad y de la longevidad; mientras que, por el contrario, la gula es madre de las enfermedades, de la locura, de la impureza, de la iniquidad y de la muerte prematura.

Quando esteis en la mesa, dice Epicteto, considerad que tenéis dos convidados, el cuerpo y el alma. Acordaros de que lo que dais á vuestro cuerpo, desaparecerá pronto, mientras que lo que dais á vuestra alma durará siempre: *Hoc inter epulandum considera duos tibi excipientes convites, corpus et animam. Tum quod omne in corpus collatum, repente effluxurum sit; quod vero in animum, perpetuo servandum.* (Ita Laertius).

Hombre de ser sobrio.

## HÁBITOS.

XX  
 Cómo se cae en el hábito del pecado.

XXI HABIENDO Jesús ido á casa de Marta y de María, halló que Lázaro, su hermano, estaba en el sepulcro desde hacia cuatro días: *Jesus invenit eum quatuor dies jam in monumento habentem.* (Joann. XI. 17).

Lázaro fue á la muerte y á la putrefacción: 1.<sup>o</sup> por languidez: *Erat languens*....; 2.<sup>o</sup> por enfermedad: *Infirmabatur*....; 3.<sup>o</sup> por sueño: *Dormi*....; 4.<sup>o</sup> por la muerte: *Mortuus est*....; 5.<sup>o</sup> por la disolución en el estado de muerte: *Jam factus*.... Así es como se cae también en el hábito de pecar.

Lázaro, que está en la tumba desde hace cuatro días, es el pecador que tiene el hábito de pecar mortalmente. El primer día es cuando el pecador cae por el consentimiento de su voluntad....; el segundo día es cuando consume su pecado con la acción....; el tercero es cuando vuelve á caer, y contrae el hábito de las recídas....; el cuarto es cuando se endurece; y su pecado y sus recídas vienen á formar en él una segunda naturaleza, según aquellas palabras de S. Agustín: La pasión nació de la voluntad perversa; y la pasión á quien servimos, se convierte en hábito; y este hábito, cuando no le oponemos resistencia, llega á ser una necesidad: *Ex voluntate perversa facta est libido; et dum servitur libidini, facta est consuetudo; et dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas.* (Lib. VIII. Confess., c. V).

El mismo santo Doctor dice: Así como se llega al pecado por tres grados, por sugestión, delectación y consentimiento, así hay también tres diferencias en el pecado: diferencia en el corazón, en la acción y en el hábito. Estas son tres clases de muertes: la una tiene lugar en la casa, es decir, cuando consentimos en el corazón. La segunda como fuera de la casa, y tiene lugar cuando consentimos á la acción... La tercera tiene lugar cuando, en fuerza del mal hábito, que aplasta como una pesada piedra, el alma se precipita y encierra en una tumba. Jesucristo ha resucitado estas tres especies de muerte. Y véase la diferencia que pone Jesucristo en su misma palabra para devolver la vida según las circunstancias. Al primer muerto dijo: *Levántate, joven: Puella surge.* (Marc. V. 41). Y dijo al segundo muerto: *Joven, levántate; te lo mando: Adolescens, tibi dico: Surge.* (Luc. VII. 14). Para resucitar al tercer muerto, se turbó Jesucristo en sí mismo; lloró, se estremeció nuevamente, llegó al sepulcro, y gritó luego en alta voz: *Sál, Lázaro: Lazare, veni foras*.... (Joann. XI. 43.—Lib. I de serm. Domini in monte, c. XXIII).

San Agustín añade: Hay primero el casquillo del deleite en el corazón....; 2.<sup>o</sup> el consentimiento....; 3.<sup>o</sup> la acción....; 4.<sup>o</sup> el hábito....

*Est. 1.<sup>o</sup> (súllatio delectationis in corde; 2.<sup>o</sup> consensus; 3.<sup>o</sup> factum; 4.<sup>o</sup> consuetudo.* (In Joann. tract. XLIV).

Estaban ligados con una cadena de tinieblas, dice la Salvdria: *Una enim catena tenebrarum omnes eunt colligati.* (XVII. 17). La cadena de los crímenes se forma por el hábito. La sugestión del demonio engendra el placer del pensamiento; el placer engendra el consentimiento; el consentimiento la acción; la acción lleva á otra acción; y de ahí viene en seguida el hábito. Luego viene el abandono de Dios, el endurecimiento y la condenación. Los actos habituales son eslabones sostenidos unos por otros; porque, como muy bien dice la Glosa sobre aquellas palabras de Job: He hecho un pacto con mis ojos (XXI. 1), el pensamiento sigue á la mirada, el deleite al pensamiento, el consentimiento al deleite, la acción al consentimiento, el hábito á la acción, la necesidad surge del hábito, la desesperación sigue á la necesidad, y la condenación á la desesperación (1).

La pasión, dice S. Gregorio, se enciende como el fuego; y si se tiene algún cuidado en apagarla, y se arroja en ella estopa, el incendio llega de repente: *Mox ignis libido succenditur, et si negligenter extinguatur, adjacens stipula, velociter inflammatur.* (Moral.).

La imprudencia y la locura de los insensatos consiste en no comprender ni ver la necesidad de portarse bien; se alejan de la línea recta, se extravían en los caminos oscuros y tortuosos; y los errores de las pasiones seductoras, á que son llevados por los sentidos degradados y por la concupiscencia, hacen que de una pasión pasen á otra, hasta que, errando más y más y constantemente, van á caer por fin en un fatal círculo de hábitos, y después al infierno. Ahí está el supremo é irrevocable error....

Pensad, dice Bossuet, (I. II. profesión religiosa), que este hombre viejo que está en nosotros, y contra el cual tenemos que combatir durante todo el curso de la vida, no deja de hacer esfuerzos para suplantar al hombre nuevo; su codicia, indócil é impaciente, hiera, aunque se procure contenerla por medio de la disciplina; se adelanta por todas partes, como un prisionero inquieto que procura escaparse; se presenta por todos los sentidos para arrojarse sobre los objetos que le placen. Se reviste de modestia al principio; parece que se contenta con poco, que no es más que un deseo imperfecto, una curiosidad, casi nada; pero si se satisface este primer deseo, pronto se ve que atrae otros muchos; y por fin el alma toda queda embargada. Si se arroja una piedra en un estanque, no se toca, es verdad, mas que una parte de sus aguas; pero ésta, comunicando movimiento á las demás, las agita en un círculo que se extiende, y toda el agua se remueve por fin; así se excitan poco á poco unas á otras y por un encadenado movimiento las pasiones de nuestra alma....

No resistiendo al hábito, llega á ser una necesidad, dice S. Agustín:

Fuertes consecuencias del hábito.

(1) Visum sequitur cogitatio, cogitationem delectatio, delectationem consensus, consensus, opus, opus consuetudo, consuetudinem; necessitas, necessitatem desperationem, desperationem duritiam.

*Dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas.* (Lib. VIII. Confes., c. 1).

Se dice que una enorme piedra cubría el sepulcro de Lázaro: *Et lapis superpositus erat ei.* (Joann. XI. 38). Esta piedra que cierra el sepulcro, dice S. Agustín, es la fuerza de un desgraciado y pesado hábito que aplasta el alma, y no le permite respirar ni resucitar á la gracia (1).

A este hábito se agrega incesantemente iniquidad sobre iniquidad para ser privados para siempre de la clemencia de Dios, dice el Salmista: *Appone iniquitatem super iniquitatem eorum, ut non intrent in iustitiam tuam.* (LXVIII. 28). Nos eliminamos así del número de los vivos, y no tenemos ya el nombre escrito entre los de los justos: *Delectantur de libro viventium, et cum justis non scribantur.* (Psal. LXVIII. 29).

El que está sumergido en tan deplorable estado, es incansable en su iniquidad, dice la Sagrada Escritura, y jamás podrá saciarse sino después de haber secado y consumido su alma: *Insatiables in parte iniquitatis, non satiabitur donec consumat arefaciens animam suam.* (Echi. XIV. 9).

Es cosa completamente humana el caer, dice S. Bernardo; pero hay cierta malicia infernal en perseverar en el pecado: *Humanum est errare; diabolicum perseverare.* (Serm. in Psalm.).

La primera y mayor pena de los pecadores, dice el mismo Séneca, es la falta que han cometido; ningún crimen queda impune; y el peor de los castigos es caer de uno á otro crimen: *Prima et maxima peccantium pena est, peccasse; nec ullum scelus impunitum est, quoniam aeternis in seculo supplicium est.* (In Prov.).

Lo particular del pecado, dice Bossuet (vol. 1. *pecado de hábito*), es que imprime al alma una mancha que desfigura toda su hermosura, y borra los rasgos de la imagen del Creador, representado en ella. Pero una falta reiterada, además de aquella mancha, produce también en el alma una grande inclinación al mal; penetrando hondamente, destruye las buenas inclinaciones, y arrastra con su propio peso hacia los objetos de la tierra. La Escritura se sirve de tres poderosas comparaciones para expresar la desgracia del pecado de hábito: *Induit maledictionem sicut vestimentum, et intravit sicut aqua in interiora ejus, et sicut oleum in ossibus ejus.* La maldición le cubre como un vestido, y ha penetrado como el agua en su interior, como el aceite dentro de sus huesos. (Psal. CVIII. 18).

La maldición está en el pecador habitual como un vestido, porque le rodea de todas partes; domina todas sus acciones y sus palabras, entra como agua en su interior, y va á corromper sus pensamientos, y penetra por fin como aceite en sus huesos, es decir, en su corazón, en su alma y en su espíritu. El vestido indica la tiranía del hábito,

(1) Males illa imposta sepulchro, non est eis dum consuetudinis, qui premitur animo; nec resurgere, nec respirare permittitur. Serm. XLIV. de corpore Domini in Joann.

el agua la impetuosidad, y el aceite una mancha que se derrama por todas partes, y casi nunca se borra. Muy terrible enfermedad es el hábito de pecar.

Dios no abandona á nadie que no se abandone primero; tales son las palabras de S. Agustín: *Deserunt, et deseruntur.* (In Psalm. VII). Los pecadores, y sobre todo los pecadores por hábito, abandonan los primeros á Dios, y luego son abandonados, dice aquel gran Doctor. Adán ha sido juzgado á tenor de esta regla; ha dejado, y ha sido dejado: *Deseruit, et desertus est.* (Ut supra). Lo mismo sucede con los demás pecadores....

En cuatro palabras explica S. Agustín de qué manera son después los pecados el justo castigo unos de otros, y en qué abismo quedan los pecadores sumergidos por esta serie de crímenes habituales: el pecador, dice, abandonado de Dios, cede á sus malos deseos, y consiente á ellos; es vencido, aprisionado, encadenado, poseído, y se halla enteramente bajo su yugo: *Desertus á Deo, cedit (desideris), atque consentit; vincitur, capitur, trahitur, possidetur.* (Contra Julianum.).

Se abandonan al mal hábito; y Dios les deja en aquel estado: ¡dos espantosas desgracias!....

Es menester la grande y poderosa voz de Dios para dejar el hábito del pecado. Jesucristo gritó en alta voz: Sal del sepulcro, Lázaro: *Voce magna clamavit: Lazare, veni foras.* (Joann. XI. 43); porque los pecadores por hábito son sordos, considerados espiritualmente. Pero Dios no está obligado á este milagro; y el hábito es por otra parte un obstáculo para el milagro de la resurrección espiritual.

Se dice que Lázaro tenía las manos y los pies atados, y el rostro envuelto en el sudario: *Ligatus pedes et manus iustus, et facies illius sudario erat ligata.* (Joann. XI. 44).

Esto es el deplorable estado del pecador por hábito.... ¿Cómo ha de salir entonces de aquella tumba!....

Escuchemos á Séneca cómo habla de la concupiscencia, que, según él, lleva al hábito del mal: No conseguireis que cese, dice, si le permitis que principie; más fácilmente podemos tenerla distante que ahuyentarla: *Non obtinebis ut desinat, si incipere permiseris; excluditur facilius quam expellitur.* (Epist. CXVII).

Mientras que el enemigo es débil, matarle, dice S. Jerónimo: *Dum parvus est hostis, interfice.* (Epist. XXII. ad Eustoch.).

Despreciando las cosas pequeñas, dice S. Gregorio, y seducidos insensiblemente, caemos en aprisión en las mayores: *Si curare parca negligimus, insensibiliter seducti, ardeat etiam majora perpetramus.* (Moral.). Entonces pecamos sin remordimientos; y cuando se llega al grado de perversidad de pecar sin remordimientos, ya no hay remedio. Tal es el terrible estado del pecador habitual....

Los que pecan sin cesar, dice el Señor por medio del Salmista,

Cada día es dejar el hábito del pecado.

®

tienen el corazón extraviado, y no conocen mis caminos. Por esto he jurado en mi ira que no encontraré en mi reposo: *Semper hi errant corde; et isti non cognoverunt vias meas; ut juravi in ira mea: Si introibunt in requiem meam.* (XCIV. 40-41).

Difícilmente se corrige el perverso, y es muy grande el número de los insensatos: *Perversi difficile corriguntur, et stultorum infirmitas est numerus.* (Eccle. I. 15).

Estaba atado, dice S. Agustín, no con una cadena extraña, sino por mi voluntad de hierro. Mi enemigo mataba mi voluntad, había hecho una cadena con ella, que me tenía atado (1).

Por más grandes y detestables que sean los pecados, se consideran ligeros, y hasta dejan de considerarse como pecados cuando se convierten en hábito, de tal manera, que ya no se ocultan, se divulgan, y sirven de vanagloria, dice S. Agustín. (*In Enchirid., c. LXXX.*)

Tantas veces como recae el pecador, otras tantas cadenas se fabrican, dice S. Gregorio: *Quot vicibus prava frequentationis homo astringitur, tot quasi vinculis ad mentem ligatur.* (Lib. IV. Moral. XVIII).

Los pecadores de costumbre no se corrigen, porque son locos, dice la Escritura. 1.º Son locos, puesto que turba la razón y quita el deseo de la virtud. El pecador prefiere la criatura al Criador, es decir, un obolo á incalculables tesoros, un grano de trigo á una cosecha abundante, el viento al oro, una gota de agua al mar, un veneno mortal á la gracia y á la vida eterna. ¿Qué cosa puede darse más insensata? 2.º Reiterando los pecados, se contrae el hábito; y en seguida viene la necesidad. ¿Puede darse locura más funesta.... 3.º Se persevera con obstinación, y nos complacemos en el mal....

4.º No queremos corregirnos, y se desprecian las advertencias y á las personas que tienen la caridad de reprender. Nos alejamos de los remedios, y queremos permanecer enfermos. No es ya sin razón ni estupidez; es la evaluación de la locura.... La Escritura llama esta locura moral el hambre del corazón, *egestas cordis*; y llama hombres sin corazón á los pecadores de costumbre: *Indigent corde*; es decir, privados del uso de la voluntad. (*Prov. XI. 12*).

Cuando el impío ha bajado á las profundidades del mal, no alcanza más que desprecio, dicen los Proverbios: *Impius, cum in profundum venerit peccatorum contemnit.* (XVIII. 3).

Con razón dice el poeta. Reprimid la pasión naciente; harlo tarde viene el remedio cuando se ha dejado tiempo para que el mal haga grandes progresos:

*Principis obsta, sero medicina paratur:  
Cum mala per longas invaluere moras.*

Una vez corrompida el alma, dice S. Crisóstomo, y degradada por

(1) *Ligatus enim non fuerit alio, sed sua ferrea voluntate. Velle ipsum tenet vincula, et ille nulli est tunc liber et contraxerat.* Lib. VIII. Confess., c. V.

el hábito del mal, se halla en una enfermedad incurable, y no sana ya por más remedios que Dios le propina (1).

No puede salirse tan fácilmente de los hábitos viciosos como adquirirlos. La voluntad, que puede tomar ó rechazar el mal según le place, se envuelve en su propia obra, como el gasno de seda; y si las redes con que se rodea parecen de seda por su agradable aspecto, no dejan sin embargo de ser iguales al hierro por su dureza. No, no puede destruir tan fácilmente la prision que se ha fabricado, y romper las trabas con que está ligada. Y no me digáis, añade Rossuet, que ya que vuestros compromisos son tan voluntarios, la misma voluntad que las ha dado nacimiento, podrá fácilmente destruirlos. Al contrario, esto es lo que constituye dificultad de que la misma voluntad comprometida salga de compromiso; ella destruye las trabas, y quiere construir las; y ella misma ha de emplearse en deshacerlas, ella misma ha de sostener á la vez el choque y dar el asalto. Y ¿quién no ve claramente que, si no le viene alguna fuerza y algún socorro exterior, combatirá en vano, y no hará más que cansarse con inútiles esfuerzos? No puede uno ser mucho tiempo fuerte y vigoroso tratándose de vencerse á uno mismo, como dice S. Ambrosio. El combate que nos vemos obligados á sostener contra nosotros mismos y nuestros propios deseos, es demasiado rudo para poder salir victoriosos (2).

No digáis que es el demonio el que os hace permanecer en vuestros malos hábitos. El demonio, dice S. Agustín, se alegra de ser acusado, quiere en gran manera que le acuséis, y desea que le echéis la culpa de vuestros vicios, para que perdáis todo el fruto de una humilde confesión (3).

Tenemos dos obstáculos que vencer, la inclinación y el hábito. La inclinación hace amable el vicio; el hábito lo hace necesario. No tenemos en nuestro poder el principio de la inclinación, ni el fin del hábito, dice S. Agustín. La inclinación nos encadena y arroja á una cárcel; el hábito nos encierra allí, y impareda la entrada para no dejarnos ninguna salida (4).

El pecado convertido en hábito está como identificado en el hombre; el pecador habitual se convierte en pecador, y de ahí la infinita dificultad de vencer los malos hábitos....

Es una grande enfermedad el hábito del pecado; y para conocer si tenemos esta enfermedad, es preciso examinar tres cosas: 1.º Si hacemos el mal con placer; porque todo placer implica conformidad

modo de pensar el pecador que ha llegado á ser habitual.

(1) *Cogitavit animus pravae voluntatis habitum, non que immutabiliter agrotans, neque cessat magis quam illis a Deo remediis iudicatis. Bonif. ad pap.*

(2) *Advertis quam gravem certaminem esse, quod est intra luminem, ut semper ipse confidat, cum suis cupiditatibus praeliatur; nec potest sine evadere, nisi erit gratia Domini liberata. In Paul. CXVIII. — In vol. — Utriusque.*

(3) *Ipse diabolus gaudet cum necessitat, vult omnino ut necesse sit; vult ut á se sentiat erimantur, cum se perdat confessionem. Lib. Confess.*

(4) *Inclinatio se sentit difficultate virtutum et quasi muro impossibilitatis erecto, paratque classes, que erodit, non invenit. In Paul. CVL.*

á alguna naturaleza; y es muy cierto que el pecado no tiene de por sí esta conformidad con nuestra naturaleza, siendo preciso que la reiteracion del pecado haya constituido en nosotros otra naturaleza que es el hábito.... 2.º Pecamos sin remordimientos de conciencia? Entonces es pecado de hábito.... 3.º Pecamos sin resistencia? Es pecado de hábito, porque entonces la fuerza del alma está abatida....

Cómo nos des-  
prendamos del  
hábito.

Se sale y se triunfa de los malos hábitos, por inveterados que sean: 1.º por el temor de Dios...; 2.º con el combate...; 3.º con la oración...; 4.º por el sentimiento y el dolor de hallarnos en tan triste estado...; 5.º evitando las ocasiones próximas del pecado habitual...; 6.º haciendo un vivo horror hacia el pecado...; 7.º haciendo frecuentes y humildes confesiones....

¿Os veis combatidos por el hábito de la pasión? pregunta S. Agustín. Resistid fuertemente; no cedáis, tratad, al contrario, de extinguirlo con la resistencia: *Pugna? Repugna; noli cum cedendo satiare; sed resistendo necare.* (Lib. de contin.).

Una gran devoción á la Virgen puede también hacernos salir de todos los hábitos malos.

## HEREJÍAS.

**H**ereje es el que elige su creencia y se forma una fe para sí mismo. No cree que la Iglesia y los Doctores enseñen.

**H**erejía es, en griego, sinónimo de *elección*. La herejía es una elección falsa en el dogma y en la moral.... La herejía es pues la admision de un dogma falso, ó la negacion de un dogma católico....

La palabra *secta* viene de la palabra latina *secare*, cortar, dividir. Una secta es una fraccion que se aleja y se separa de las otras, según aquellas palabras del apóstol S. Judas: Estos son los que se separan, hombres de vida animal, que no tienen espíritu: *Hi sunt qui segregant semetipsos, animales, spiritum non habentes.* (19).

Ha habido falsos profetas en el pueblo, dice el apóstol S. Pedro, como habrá entre vosotros maestros mentirosos que introducirán secretamente sectas perniciosas, renegando del que nos ha rescatado, y trayendo sobre sí una pronta perdición. Varios seguirán sus desarreglos, y será escarnecido por ellos el camino de la verdad. Con palabras fingidas traficarán con vosotros (4). Así obran siempre, en efecto; porque la mayor parte de las herejías niegan la Divinidad, la humanidad, el alma y la voluntad, la redencion ó la gracia de Jesucristo; ó bien las herejías atribuyen á Jesucristo cosas indignas, como la ignorancia y la blasfemia, la desesperacion, y la condenacion, como lo ha hecho Calvino.

Se puede ser cismático, y no hereje si, por ejemplo, se separa no de la Iglesia, sin dejar de creer que es la verdadera Iglesia, y sin pretender que varro en la fe, pero por no querer obedecerle: el cisma no está directamente opuesto á la fe, sino á la caridad y á la union.

Sin embargo, el cisma conduce ordinariamente á la herejía.

San Agustín define el cisma, y le distingue de la herejía de este modo: El cisma es una reciente disension de varios, traída por la diversidad de opiniones; pero la herejía es un cisma inveterado: *Schisma est recens congregationis ex aliqua sententiarum diversitate dissensio; heresis autem, schisma inveteratum.* (Lib. II, contra Crescente, c. VII).

La primera causa de la herejía es el orgullo. Queriendo ser Doctores de la ley, no comprenden lo que dicen

Causas de las herejías: 1.º el orgullo.

(1) *Entraunt pseudo propheta in populo, sicut in vobis, erunt magistri mendaces, qui introducturas sectas perditionis et sem. qui cum eos. Populum accunt, superducentes illis edocentur perditionem. Et multi sequuntur eorum laxarios, per quos via veritatis blasphemantur; et filios veritas, de vobis segregantur. II, n. 1-3.*

ni lo que afirman, dice S. Pablo: *Volentes esse legis Doctores, non intelligentes neque quae loquuntur, neque de quibus affirmant.* (I. Tim. 1-7).

La madre de todas las herejías, dice S. Agustín, es la soberbia: *Mater omnium haereticorum est superbia.* (Lib. VIII. de Gent.). Hay diversas herejías en distintos lugares, añade el Doctor de las Gentes; pero sólo una madre, la soberbia, las ha dado á luz: *Diversis locis sunt diversae haereses; sed una mater, superbia, omnes genuit.* (Lib. de Pastor., c. VIII.).

El orgullo nos lleva á querer descubrir algo nuevo, á querer comprender lo que es superior á la razon, etc..... Entónces creamos, ó más bien destruimos....

El orgullo nos lleva á querer figurar y adquirir cierto nombre, etc.....

El orgullo nos conduce á la desobediencia y á la rebelion contra la autoridad.

La segunda causa de la herejía es la osadía y la pertinacia. Atravidos son los herejes, dice S. Pedro: *Audaces.* (II. n. 10). Lutero escribia del siguiente modo: Me mantengo firme y de pié; permanezco inquebrantable, y me glorio de ello. La Divina Majestad me compromete á no hacer caso de nada, aun cuando mil Agustinos, mil Ciprianos de la Iglesia estuviesen contra mí: *Hic sto, hic maneo, hic glorior; Divinae Majestatis mecum facit ut nihil curem, si mille Augustini, mille Cipriani Ecclesiae contra me starent.* (Tom. IV. operum German.).

Los herejes están llenos de sí mismos, y no se escuchan más que á sí mismos, dice S. Pedro: *Sibi placentes.* (II. n. 10). Es decir, son provocativos, pertinaces, imprudentes, irreducibles, rebeldes, intratables, insolentes, arrogantes y despreciadores de los demás y de toda la autoridad. Los obispos lo condenan; el Papa les condena también; y ellos se rien de tales condenaciones; y apelan á un Concilio universal. El Concilio universal les anatematiza también; pero ellos desprecian sus solemnes decisiones....

La tercera causa de las herejías es el espíritu de curiosidad y de las novedades. Hablándonos cosas que nos plazcan, les hace decir Isaias: *Loquimini nobis placentia* (XXX. 10). El pueblo trata de oír novedades, cosas que no ataquen la libertad, la razon, la carne, ni las diversas concupiscencias. A esto es lo que las herejías, como Lutero y Calvino, propalan entre el pueblo. ¿Qué debe extrañarnos entónces que tantos les hayan escuchado y seguido?

El libertinaje es madre ó hija á la vez de las herejías; el demonio es padre de los heresiarcas y de las herejías, y la impureza es su madre....

Sus ojos están llenos de adulterio, como dice S. Pedro: *Oculos*

2º El atrevimiento y la pertinacia.

3º El espíritu de curiosidad y de novedades.

4º El libertinaje y la corrupción.

*habentes plenos adulterii; et del hábito cogitativo del pecado: Et incessabilis delicti.* (II. n. 14).

Oigamos á Lutero: Así como no está en mi poder dejar de ser hombre, tampoco me es posible vivir casto; tan necesario es para mí satisfacer mis inclinaciones carnales, como el comer y el beber: *Non est mei juris ut abique muliere sim; et famine sociari tam est necessarium, quam edere et bibere.* (T. V. serm. Wittanberg. fol. 119).

Zwingle confiesa el mismo que estaba abrasado, devorado con el fuego de las pasiones impuras hasta tal grado que no se ocupaba más que de la pasión de la carne, no tenia otros pensamientos que los de la lujuria, no meditaba más que sobre este asunto, ni dejaba de entregarse enteramente á la satisfaccion de sus malas inclinaciones. (*In litteris ad omnes Helveticam republ. civi.*)

Lutero, hablando tambien de los excesos impuros á que se abandonaban los herejes, dice: Viven como creen; son puercos, y permanecen tales; así crecen, y así mueren: *Sicut credunt, ita vivunt; sicut, et manent sicut; credunt sicut sues, et sicut sues moriuntur.* (In I. Cor. XV).

¿Qué espantoso ejemplo de corrupcion de costumbres no presenta Enrique VIII. rey de Inglaterra! Para satisfacer sus pasiones, sacrificó su riqueza, su fe, su conciencia, su reputacion y su reino. (*In ejus vita.*)

Calvino llegó tan lejos en la más infame depravacion de costumbres, en palabras y en acciones, durante su vida toda, que el pudor no permite levantar el velo para descubrir semejantes horrores....

San Crisóstomo enseña que el corazon depravado es el verdadero manantial de las herejías. Los que viven en el desórden, dice, para no estar atormentados por el temor de las penas futuras, nada desconfían á fin de persuadirse que todo lo que creen y enseña nuestra religion sobre los pecados, la resurreccion, el juicio, el infierno, etc., es falso (1).

¿Por qué enseñan los herejes que son ridiculos é impíos los votos? Para no verse obligados á avergonzarse de su propia corrupcion. Porque, ¿qué son Lutero, Calvino, Beze, Bucer, etc., sino apóstatas, violadores de los votos religiosos, ó sacerdotes que hicieron voto de continencia en la Iglesia católica romana, y luego rompieron sus compromisos? Probado está por una experiencia constante y evidente que han caído en la herejía por haber dejado de llevar una vida casta y santa....

San Jerónimo hace observar con razon que todas las herejías han empezado á propagarse por mujeres corrompidas. Simon el Mago, dice, propagó su herejía auxiliado por la prostituta Elena. Nicolás de Antioquia, inventor de todas torpezas, reunito coros de mujeres perdidas. Marcio se sirvió en Roma de una mujer corrompida pa-

(1) Nihil viventes, ne futurorum metum et respectationem evadunt, personales sibi cum studio citant, falso esse omnia quae nostra religio continet, namque de peccatis, resurrectione, iudicio futuro, et similibus. In Epist. I. ad Tim.

ra extender más velozmente la ponzoña. Apelas tuvo á la impúdica Filomena por compañera de sus orgías. Montan sedujo primero á Priscilia y Maximilia con oro, y las manchó luego con su doctrina. Arrio, para ensañar al universo, empezó por seducir á la hermosa del príncipe. Donato fué auxiliado en su herejía por la fortuna de Lucina, Agripa, que era ciega, se unió á Elipides, ciego también. La disoluta Galia se unió con Prisciliano, etc. (*Epist. ad Ciceronem t. II*).

Teómalas, calvinista, ha consignado en su libro nueve vergonzosas manchas de Calvino: la primera, su herejía, peor que todas las demás; la segunda, su ambición desmedida y su horrible tiranía; la tercera, su insigne usura; la cuarta, su sordida avaricia; la quinta, su fortuna mal adquirida; la sexta, su desenfrenado amor al juego; la séptima, sus infames y públicas impudicias; la octava, sus furiosos arrebatos; la novena, su ensañamiento en la venganza, su crueldad y su sed de sangre.

Estanislao Resco dice que las cuatro virtudes cardinales de Beza eran Xéras, Arpia, Belena y Quirera.

Los catenistas enseñan que nadie debe resistir á la codicia ó á la pasión, porque dicen que viene de Dios, autor de todos los movimientos y de todas las acciones buenas y malas, y que es preciso obedecer á las inclinaciones propias sin vergüenza y sin escrúpulo, porque nadie debe avergonzarse de las inclinaciones divinas. ¡Horrible blasfemia, unida en el cenagal de la más infame corrupción! (*Calvinus ipse Instruct. contra Libertin.*).

Por la soberbia de sus vanas palabras, dice el apóstol S. Pedro, atraen á los deseos del diente de la carne: *Superba caritatis loquaces, petulant in desideriis carnis luxuria*, (II. II. 18).

Los herejes arcaos hacen caer en la herejía con los diversos celos que ofrecen á la lujuria, enseñando 1.º que la castidad es imposible...; 2.º que es menester ocuparnos de los bienes presentes y ciertos despreciando los bienes futuros ó inciertos. De lo que se deduce que niegan explícita ó tácitamente la inmortalidad del alma, la resurrección y el infierno... 3.º Calvino sostiene que Dios es causa de todas las pasiones. (*Ut supra*).

El espíritu de Calvino, dice Semedelin, es mentiroso, homicida, lleno de negrura y de perversidad, inconstante, libérico, diabólico, falso, furioso, verboso, asqueroso y ciego. (*Contra Greg.*).

Lutero dice que el esposo puede seducir á su criada, si su esposa no se someta á su voluntad. (*Super Esther.*).

Prometen la libertad, prosigue S. Pedro, siendo ellos mismos esclavos de la corrupción: *Libertatem promittentes, cum ipsi servi sint corruptionis*. (III. II. 19).

El calvinismo, el luteranismo, el arrianismo, el mahometismo y todas las herejías son hermanas: sólo vemos corrupción y desarreglo de costumbres en todas partes, y este desarreglo es siempre excusado y autorizado....

Conservad la fe y la buena conciencia, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo; algunos, por haber renunciado á ella, han naufragado en la fe: *Habens fidem et bonam conscientiam, quam quidem repellentes circa fidem naufragaverunt*. (I. I. 19). El manantial, la causa de las herejías es la mala conciencia y una vida corrompida. Jamás es la herejía el primer pecado; viene de la ambición, del orgullo, de la avaricia ó de la torpeza, y principalmente de la impureza. De ahí es que una vida corrompida tiende á la herejía, y á menudo termina allí. Las causas de tamaño mal son las siguientes: 1.º La antipatía natural, la oposición que existe entre la fe y una vida sin costumbres; la fe reprende y condena; la vida desarreglada resiste y pretende justificarse del abandono de la fe por la necesidad de satisfacer las malas inclinaciones... 2.º La natural penitencia del mal arrastra á la herejía; porque de un vicio se cae al otro, y por fin al abismo del error y de la iniquidad... 3.º La herejía es un castigo divino; porque Dios castiga una vida disoluta, negando su luz, la verdad y la fe, y entrega á los hombres corrompidos á su reprobado sentido, dice S. Pablo, y á los inmundos deseos de su corazón; se ultrajan á sí mismos en su cuerpo los que han transformado la verdad en mentira. Por esto los ha entregado Dios á pasiones de ignominia; los ha entregado á sus reprobados sentidos. Llenos de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia y de perversidad; llenos de envidia, de asesinatos, de espíritu de disputa, de fraude, de malignidad y de murmuración; detractores, aborrecidos de Dios, violentos, orgullosos, arrogantes, inventores de toda clase de males, desobedientes, insensatos, disolutos, sin afección, sin lazos, sin misericordia, después de haber conocido la justicia de Dios, no han comprendido que los que tales cosas hacen son dignos de muerte; y no sólo los que las hacen, sino también los que aplauden á los que las hacen. (*Rom. I*). Este es el cuadro en el que el gran Apóstol pinta á los que renuncian á la fe ó no quieren recibirla.... 4.º Estos hombres perdidos de costumbres, como dice S. Crisóstomo, niegan los dogmas para abandonarse más libremente y sin remordimientos á los vicios. (*In hanc. ad rom.*). 5.º Quiéren comprarlo y explicarlo todo por la razón, es decir, quieren ver la verdad en sí misma, lo que es muchas veces imposible, pero no creerla, lo que es posible y tan fácil....

Castellan afirma que Calvino convierte á Dios en demonio, puesto que lo considera autor de todo mal. Calvino, dice, pretende que Dios ha creado el mayor número de los hombres para perdidos; que los ha predestinado no sólo á la condenación, sino también al mal que es causa de la condenación y ha decretado desde toda la eternidad, y quiere, y hace que pequen necesariamente; de tal manera que los robos, los homicidios y los adulterios no se cometen sino por su voluntad y su impulso, porque sugiere las inclinaciones malas y corrompidas, y no sólo las permite, sino que sujeta eficaz-

Varios errores y abusos de los herejes, y una blasfemia.



mente á ella á los hombres, y los precipita así en un endurecimiento tal, que, cuando obran de esta manera, hacen más bien la obra de Dios que la suya. (*Lib. I. de novo Deo Calvini*). ¿Habíamos jamás oído en siglo alguno semejantes blasfemias?....

Este hereje hace á Dios autor de todos los movimientos, de todas las acciones malas y buenas. Escuchadlo á él mismo: como todas las cosas son obra de Dios, les es permitido á los hombres saltar la rienda, y hacer todo lo que les viene á la imaginación, no sólo porque estamos libres del peligro de pecar, sino también porque detener, impedir un deseo cualquiera, es entorpecer las miras de Dios. Por esto Dios aprueba las orgías, las rapiñas, puesto que son obras suyas. Por esto no hemos de cuidarnos de restituir lo robado porque no es convenientemente corregir á Dios. Que nada turbe nunca la conciencia.... (*Instruct. contra Libertin., c. III*). Este es el Dios de Calvino....

Lutero y Calvino se horrorizan de la palabra *Trinidad* de Dios. (*Nanctus, in locis communibus, titul. de Deo*). Se burlan de la elección de Dios, de las personas, de las relaciones y de las propiedades en Dios. (*Lib. II. Disp. Albano, c. IV*).

Lutero enseña que los votos no obligan á un religioso, que el hombre no tiene libre albedrío, que obra por casualidad; que para necesariamente, que la fe sola justifica, que nada merecen las obras buenas cerca de Dios....

Calvino dice que Dios es causa de que haya malos, que Jesucristo se desesperó en la cruz, que experimentó las penas del infierno, etc. Se hallan otras mil blasfemias en los herejes....

No alteramos la palabra de Dios, dice S. Pablo: *Neque adulterrantur verbum Dei*. (II. Cor. IV. 2). Y durante la vida del mismo Lutero existían ya treinta y seis doctrinas contradictorias tan sólo sobre la presencia real.

No seámos como niños que flotan, llevados acá y allá por cualquier viento de doctrina y piquetes de los hombres, cuya astucia imbuye artificialmente en el error, dice S. Pablo á los Efesios (1).

Jorge, duque de Sajonia, siendo interrogado por los católicos sobre las creencias de los luteranos, respondió: Sólo que hoy crean; pero ignoro completamente lo que creerán mañana....

Lo mismo dice S. Hilario de los arrianos: Cosa peligrosa y admirable es que existan ahora tantas creencias distintas como voluntades; tantas doctrinas como costumbres diversas, tantas blasfemias como vicios.... Se tiene la fe que se quiere, y la comprenden como quieren (2).

Cuando el espíritu está seducido por la calentura de las novedades,

(1) Ut juvi nulli simus parvuli fluctantes; et circumferantur omni vento doctrine iniquitatis hominum, in statu ad circumventionem erroris. IV. 14.

(2) Periculosum nobis, atque mirabile est, in quo dies existere, quot voluntates ha doctrinas esse quod cupis; et tot datus blasphemiarum pullulare, quot vicia sunt. Illa scribitur et volumus, sed ita et volumus, ut dicitur. *Lib. de Constantium et Constantium Imperat.*

dice S. Crisóstomo; cuando titubea combatido por las dudas, entonces busca; pero cuando el espíritu es sano y recto, no investiga, cree firmemente, porque nada pueda hallarse ni descubrirse con contiendas y disputas (1). Es decir, que sólo la fe, apoyada en la autoridad de la Iglesia, ilumina y confirma al espíritu en la verdad....

Los herejes, dice S. Ambrosio, hacen alarde de ser cristianos mientras que son muy malos en sus obras y tienen el sentido pervertido: *Profitentur se christianos, cum sint nequissimi opere, et sensu perverti*. (Lib. I de Offic.).

Los herejes, dice S. Cipriano, imitan á los católicos como los monjes á los hombres, y los tobos á los perros, por cierta semejanza (2).

Los herejes creen lo que cada cual quiere, y rechazan lo que les place, es decir, que no tienen fe. Cada año, cada mes cambian de símbolo; más bien, no hay símbolo entre ellos: los antiguos dogmas son destruidos y reemplazados por otros nuevos....

Tened cuidado, escribe S. Pablo á los colosenses, de que nadie os seduzca por la filosofía, y discursos falaces y vanos apoyados en las tradiciones de los hombres, en los elementos del mundo, y no en la palabra de Cristo (3). Queriendo ser Doctores de la ley, escribe á Timoteo, no comprenden lo que dicen ni lo que afirman: *Volentes esse leges Doctores, non intelligentes, neque qui loquuntur, neque de quibus affirmant*. (I. Tim. III. 7). Aprenden siempre, y nunca llegan al conocimiento de la verdad: *Semper dicentes, et nunquam ad scientiam veritatis pervenientes*. (II. Tim. III. 7). Resisten á la verdad estos hombres corrompidos de espíritu y extraños ya á la fe; pero su progreso tendrá un término; porque su demencia quedará manifiesta á todos (4). Vendrá un tiempo, continúa S. Pablo, en que no sufrirá ya la sana doctrina, sino que, según sus propios deseos, buscarán por todas partes maestros que halaguen su oído, y se negarán á la verdad, aficionándose á fábulas (5).

Sea nuestra palabra pura, irreprensible, escribe á Tito, á fin de que el que se ha declarado nuestro adversario se avergüence, y no tenga que decir ningún mal de nosotros: *Verbum sanum, irreprehensibile, ut in qui ex adverso est, vertatur; nihil habens molum dicere de nobis*. (II. 8). Evitad las cuestiones frívolas, y las genealogías; y las contestaciones, y las disputas sobre la ley, porque son inútiles y vanas. Separaos del hambre hereje, despues de una á dos adver-

(1) Quando animus occupatum vincitur febre, nunquam analyticis tactibus ducta sine periculo cum vero libe non est, non lumen, sed phasos creant, cum ex questione et contentione veritatem inveniunt nihil possunt. *In Epist. ad Titum*.

(2) Hæretici imitantur catholicos, sicut canes imitantur homines, et assunt impi imitantur canes, quibus similes sunt. *De Jherosolimita*.

(3) Videte ne quis vos decipiat per philosophiam et inanem subtilitatem secundum traditiones hominum, septuaginta elementa mundi, et non secundum Christum. II. 8.

(4) Hic resistunt veritati, homines corrupti, mentis repleti circa scientiam, sed ultra non proficiunt: insipientia enim dicitur manifestata esse omnibus. II. Tim. III. 8-9.

(5) Erit tempus cum serenas doctrinam erit conturbata. II. Tim. III. 8-9.

(6) Erit tempus cum serenas doctrinam erit conturbata. II. Tim. III. 8-9.

tenencias, sabiendo que semejante hombre está pervertido, y que peca, llamando su condenación en su propio juicio (1). No es deplorable llevar de doctrinas diversas y extrañas, dice á los hebreos: *Doctrinis variis et peregrinis nolite abducere*. (XIII. 9).

La herejía es, 1.ª, variable...; 2.ª, extraña y odiosa á la escuela de la verdad y á la doctrina de la Iglesia, porque ha sido importada por hombres dados al orgullo, y fabricada por el padre de la mentira...; 3.ª, pone el espíritu á merced de cualquier viento de doctrina... Los herejes giran sin cesar en el círculo de los errores, y van cayendo de herejía en herejía....

Con las obras queda consumada la fe, dice el apóstol Santiago: *Ex operibus fides consummata est*. (H. 22). Porque, así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así es también cosa muerta la fe sin obras: *Sicut enim corpus sine spiritu mortuum est, ita et fides sine operibus mortua est*. (H. 26). Y los herejes dicen que la fe sola salva, y enseñan que son inútiles las obras.

Los herejes dan bojes, y no frutos; palabras, y no la verdadera ciencia y la verdad; sofismas, y no sólidas razones. Se valen de la Escritura; pero no la comprenden, y lo que es peor, la perverten y la corrompen. En el sitio á donde haya una fuente sin caño, no puede menos de haber barro, es decir, el error y el pecado; no sirve para lavarnos, nos mancha....

En todas las cartas, dice el apóstol S. Pedro, hay ciertos pasajes difíciles de entender; los hombres ignorantes y ligeros los interpretan por desgracia suya en mal sentido, y lo mismo sucede con las otras Escrituras: *In omnibus epistolis... sunt quedam difficulta intellectu, que indocti, et instabiles depravati, sicut et ceteras Scripturas, ad suam ipsorum perditionem*. (H. III. 16). El juicio particular no basta pues para explicar la Escritura; y es menester la autoridad infalible de la Iglesia. Los herejes sostienen sin embargo que todos podemos interpretarla....

San Agustín afirma que todas las herejías se resisten á creer á Jesucristo encarnado, porque se resisten á la doctrina de Jesucristo, á su Iglesia, á los Sacramentos, al soberano Pontífice y al orden jerárquico constituido por Jesucristo. (*Lib. de hær. 1.*)

Los herejes blasfeman de todo lo que ignoran, dice el apóstol S. Judas. Desgraciados de ellos, que andan por el camino de Cain, y extraviándose como Balaam, rompen todos los diques, y se pierden en las contradicciones. Son nubes sin agua, arrebatadas acá y allá por los vientos, árboles de otóna, marchitos, estériles, muertos dos veces y sin raíces; olas de un mar furioso que levanta la espuma de sus torpezas; astros errantes á quienes espera una tempestad de tinieblas durante la eternidad (2).

(1) *Stolus autem questionis, et perallogis, et contumacis, et pueris laici de hoc sunt enim tinieblas et tenebre. Hereticum hominem postquam et secundum corruptionem devit; scilicet, non salvabitur aut, qui operibus est, et delinquit, cum sit proprio iudicio condemnatus. Tit. II. 3 U.*  
(2) *Stolidissimi patentes, nubes sine aqua, que à ventis circumferuntur arbores ho-*

La perversidad de los herejes es una noche, dice S. Bernardo; tantas sectas otras tantas noches tenebrosas. En vano se tratará de buscar en medio de estas tinieblas el sol de justicia y la luz de la verdad, porque no pueden hallarse juntas la luz y las tinieblas (1).

La herejía es orgullosa, amiga del ruido, tumultuosa ó inconstante; lo que asegura un día, otro lo niega; fabrica y destruye los dogmas en un momento, ó más bien los supone y les da ciertas apariencias; hay tantos dissentimientos, contradicciones y disputas entre los herejes cuantos son los individuos. No hay unidad, porque abandonan la unidad de la verdadera Iglesia y su autoridad infalible, que es la sola que establece la verdad y esta unidad.

Una secta, dice S. Agustín, está en África, otra en Oriente; esta en Egipto, aquella en Mesopotamia; cambian según los lugares, las personas y los tiempos; pero tienen una madre común, que es la rebelión del espíritu y de los sentidos. Y no es extraño que no estén acordes entre sí, porque la discension es hija natural de tal madre. (*Gen. I. 8.*)

Una herejía, dice S. Gregorio, es el ejército de la mentira; combate por medio del fraude y de la mala fe: es una expedición de las potencias infernales, sostenida por legiones de espíritus inmundos: *Hæc invidiæ exercitus, fraudis propugnator, demonum expeditio, immundorum spirituum legiones*. (Moral.).

Este pueblo, dice el Señor por medio de Jeremías, trocó su gloria por un ídolo. ¡Oh cielos, estremeced en vuestro estupor; puertas del cielo, consternaos! Este pueblo ha cometido dos faltas: me ha abandonado á mí, manantial de agua viva, para construirse cisternas, fosos entreabiertas que no pueden conservar agua. (*II. 11-13*). Estas palabras se aplican á los herejes; porque abandonan el manantial puro de la doctrina de la fe, que se halla en la Iglesia, y practican cisternas vacías, que sólo contienen el depósito de los dogmas erróneos, dicen S. Ireneo, S. Cipriano, S. Anastasio....

Sus profetas, añade Jeremías, profetizaban la mentira, y sus sacerdotes aplaudían; y mi pueblo se aficionó á estas cosas! (*V. 31*).

Las herejías permiten deponer ó dar la muerte á los príncipes legítimos, á los obispos, á los sacerdotes y á los católicos que los resistían. Por esto en Francia, en Inglaterra, en Alemania se han visto horribles matanzas de ministros de la religión romana. Se procedía por medio de la rapina, el destierro y el asesinato, era un horrible diluvio de crímenes: violación de los juramentos, abolición de la misa, desprecio de los Santos, profanación de sus reliquias; votos quebrantados; templos manchados, mutilados, abatidos y quemados; leyes civiles y religiosas pisoteadas, ultrajes al pudor de las virge-

Fuente decorativa y desgraciada que ocasionan las herejías. (R)

innuicis, intrinsecis, hæc mortem, procliviter: fructus fieri iuris, depugnantes vniis confessions, aliter errant, quibus proinde temerarium servata est in informis. In c. ante.  
(1) *Neq heretica præterit quot secta, hæ noctes. Prostrata per hæc noctes, iniquitate solum ex lumine quæritur veritate, qui nulla vocantur luci ad tenebras. Epist.*

nes, expulsión de los hombres probos, elevación de los malos etc.; estas son las obras de la reforma....

Son Pablo en las Actas de los Apóstolos llama á los herejes lobos hambrientos, que destrozan el rebaño: *Lupi rapaces non parcentes gregi.* (XX. 29). Se alzarán de su medio de vosotros, añade, hombres que enseñarán cosas perversas para atraerse discípulos: *Et ex vobis ipsi erunt in terra loquentes perversa, ut abducant discipulos post se.* (Act. XX. 30).

Lutero suscitó guerras civiles...; destruyó la paz...; llevó á todas partes la desolación...; los monasterios, las iglesias, las costumbres; todo fué atacado, nada se respetó....

Jorge Duque de Sajonia, invitado por Lutero á abrazar su herejía, contestó: Las obras de Lutero y de los luteranos prueban que su fe no es de Dios, sino del infierno; porque las obras que la fe de Lutero enseña y aconseja, consisten en violar los votos, los ayunos y las fiestas, en profanar los templos y los altares, despreciar y negar los Sacramentos, blasfemar de la bienaventurada Virgen y de todos los Santos, y aun más, del mismo Dios, á quien suponen autor del pecado.

El camino de la verdad es, un motivo de blasfemia para los herejes, dice el apóstol S. Pedro: *Per quos via veritatis blasphemabitur.* (II. ii. 2). Es decir, la verdadera religion, que es el camino de la verdad, es ultrajada, ora por su abominable conducta, ora por sus escritos criminales, impios y llenos de errores....

Edere, en sus *Pesquisas sobre los Evangelios*, cita entre los dogmas de los Flacianos estas palabras: El Papa es el verdadero Antecristo, el dragón venenoso, el ministro de Satanás, el hombre del pecado, el hijo de perdition; todos los que pertenecen al Papa, constituyen propiamente el reino infernal, son el pueblo del demonio, y horribles y crueles bestias.

Aurifabre, discípulo de Lutero, escribe que el mismo Lutero estaba sorprendido de los innumerables crímenes que cometían los luteranos, y que á menudo decía suspirando: El Evangelio que yo he revelado y explicado, ha matado la virtud, ha ahogado la justicia, ha anulado la templanza, ha desgarrado la verdad, ha hecho coja la fe, ha abierto la puerta á una serie continua de iniquidades, ha destruido la devoción, y sólo ha dejado la herejía (1).

Starra llama Calvino Calígula. (*Ad Lucam Usuandram*).

Postelle escribe que los calvinistas no tenían más que la forma del hombre, pues vivían á manera de bestias salvajes y feroces.

El apóstol S. Juan llama Antecristos á los herejes: *Et nunc Antichristi multi facti sunt.* (I. ii. 18).

Ven, y mira, dice el Apocalipsis. Y ved ahí un caballo pálido, y el que lo montaba tenía el nombre de muertos, y el infierno le seguía, y se le dió poder para matar con la espada, y el hambre, y la muerte,

(1) Pudié revestirlos Evangelium por sus virtus satanas, iudicio oppresso, temperantia ligata, veritas incerta, libertas iniqua, sanctitas profana, deus in publico, hereticus in secreto.

y las bestias de la tierra. (VI. 7-8). Estos son los herejías y los herejes.... De su boca sale fuego, humo y azufre: *De ore eorum procedit ignis, et fumus, et sulphur.* (Apoc. IX. 17).

Se ven, dice la Sabiduría, animales de una especie desconocida, llenos de un furor inaudito, que respiran llamas, derraman un humo negro, y lanzan por los ojos horribles centellas; exterminan con sus mordeduras, y sólo sur soplo da la muerte. (XI. 19-20). Estos son los herejías....

El que produce un falso testimonio, dicen los Proverbios, es un martillo, una espada, un dardo para la cabeza de su prójimo: *Jaculum, et gladius, et sagitta acuta homo qui loquitur contra proximum falsum testimonium.* (XXV. 18). Y los herejes corrompen las manifestaciones de la Escritura, falsifican voluntaria y sacrilegamente la palabra de Dios para pervertir las almas y arrastrarlas á la herejía, sucediendo que pierden y exterminan no sólo á un alma, sino á millares de personas, ciudades, provincias y naciones enteras....

Los herejes y las herejías son como las raposas de Sansón; separados de todo, sólo se unen para destruir, devastar é incendiar....

Cierta raza de hombres, dice el Señor por medio del profeta Joel, ha venido á caer en mi tierra; raza fuerte e innumerable; sus dientes son como los de un león; ha devastado mi viña, ha arrancado la corteza de mis higueras, las ha despojado, y han caído. (I. 6-7). Así obran los demonios en las almas. Lo mismo hacen Lutero y Calvino; arrancan la corteza, despojan las plantas espirituales, hacen caer como hojas todos los frutos de la piedad, todas las ceremonias sagradas, toda la eficacia de los Sacramentos, y todo el adorno de la Iglesia y del alma; derriban y destruyen toda la riqueza moral, la felicidad y la gloria de la virtud y de la eternidad; hacen que el alma sea pobre, ávida, desolada y muerta, como una higuera y una viña asaltadas por la langosta; y la hacen quedar seca....

La piedra clamara contra tí desde el centro del muro, y las maderas de las casas hablarán, dice el profeta Habacuc. (II. 14). Las piedras, las maderas, los techos de los templos y de los monasterios, manchados, derribados y quemados, se levantan, y se levantarán sobre todo en el día del juicio contra los herejes que los han profanado, saqueado y destruido. Claman y clamaran contra el sacrilegio, y pedirán venganza á Dios contra aquellos herejes y sacrilegos destructores; porque han violado la mansion de Dios, han despojado y ahuyentado de Dios, y han hecho que cesarán las alabanzas y el culto divino....

Ved los templos de los herejes: qué desahucos están y qué muertos! No hay altares, no hay cruces, no hay tribunales sagrados, no hay la santa mesa, no hay cuadros, no hay sacrificio santo.... Si aún quedan algunos adornos, proceden de los católicos, pertenecen á los católicos, como todas las bellas catedrales de que se han apoderado los herejes por injusticia y usurpación violenta.

Los guardas que recorren la ciudad me han encontrado, dice la Esposa de los Cantares; me han pegado y me han herido; los guardas de los puertos me han arrebatado mi velo: *Fuerunt me custodes quæ circumerunt civitatem: percusserunt me, et calvarerunt me; tulerunt pallium meum mihi custodes murorum.* (V. 7). Así obran con relación á la Iglesia los pastores que caen en la herejía.

Los herejes son semejantes al demonio.

Pueden compararse los herejes á Lucifer, y los herejes con los demonios.

1.º Lucifer ha pecado por intolerable orgullo; y el herejarca peca así.... 2.º Lucifer y sus ángeles se rebelaron contra Dios y la Iglesia del cielo; y los herejes se rebelan contra Dios y su esposa la Iglesia de la tierra.... 3.º Lucifer y sus demonios comatieron un crimen de lesa Majestad divina; porque Lucifer entre otros quiso apoderarse del trono de Dios cuando dijo: Subiré al cielo, y colocaré el trono sobre las nubes, y seré semejante al Altísimo: *In colum constendam, super astra Dei exaltabo solium meum; similis ero Altissimo.* (Isai. XIV. 13-14). Así también cometen los herejes un crimen de lesa majestad divina, pues combaten la verdad de Dios, la fe, la religión, el culto, la Iglesia, los Sacramentos; y usurpando el puesto de Dios, se esfuerzan para establecer una nueva fe, una religión, una Iglesia, la que preside el herejarca como un Lucifer de la tierra; los herejes le auxilian, como ángeles caídos, y crean en él.... 4.º Lucifer se esfuerza para arrastrar consigo á la rebelión y á la ruina no mismo á los ángeles que á los hombres; y así también el herejarca seduce, en cuanto puede, á los sabios y á los ignorantes, y los arrastra consigo á la rebelión, á la ruina y al infierno.... 5.º Lucifer es autor de toda herejía, y muchos herejes han tenido demonios familiares.... 6.º Así como Lucifer es el que se halla colocado más profundamente en los eternos abismos, los herejes están en lo más profundo de los infiernos como siendo los más grandes criminales, los asesores y los ministros de Lucifer... Por esto dice S. Crisóstomo: Este hombre es arriano; luego es un demonio. *Arrianus est; ergo diabolus est.* (In Epist. ad Tim.).

Como por que los herejes son comparados muchos veces á las raposas.

1.º La raposa está llena de cobardía; y tiene mucha habilidad en el arte de engañar; los herejes no desprecian tampoco nada para cegar, engañar y seducir, con sus solismas, sus promesas y artificios.... 2.º Las raposas que Sansou ató, no estaban unidas por la cabeza, aunque sujetas por otra parte unas con otras. Entre los herejes hay también tantos sentimientos diversos como cabezas; pero se unen para conspirar contra la fe ortodoxa y combatirla; desunidos en los demás puntos, forman un sólo cuerpo para atacar la verdadera religión.... 3.º Los herejes, imitando á las raposas de Sansou, todo la devastan, todo la asolan con sus discusiones, guerras, carnicería é incendios.... 4.º La raposa no puede domesticarse, ni modificar por ningún medio sus costumbres y sus astucias; y es igual-

mente casi imposible convertir á los herejes, pues mueren todos en la obstinacion.... 5.º La raposa imita cuando quiere el ladrillo del perro y el aullido del lobo; así los herejes simulan cuanto hacen los demás, y se vanaglorian de imitar y de seguir el camino y la fe ortodoxa.... 6.º La raposa no emprende nunca una corrida en línea recta; su corrida es tortuosa. Así hacen los herejes; todo en ellos es tortuoso, sus vueltas y revueltas; no maquinan más que astucias, engaños y traiciones contra los católicos.... 7.º La raposa entra en su madriguera por un sitio, y sale por otro; así hacen los herejes, dice S. Agustín, pues cuando quedan derrotados en un punto por la razón, tratan de buscar otras salidas. *Vulpes in speluncam unam intrat, alia exit; sic heretici, dum ratione premuntur, alia elabuntur.* (Lib. de Hæres.). 8.º La raposa desea ardientemente su presa, y la devora cuando la tiene. De la misma manera arden los herejes en deseos de ira, y no tratan más que de aumentar el número de las víctimas....

Estasno, á quien Lutero llama demonio encarnado, califica á su vez á Lutero de furioso semejante á Orestes. (In Apol. contra eum).

Todos los herejes se condenan unos á otros, se insultan y se degradan....

Los zwinglianos han hecho un escrito en el que dicen que Lutero es un papa visionario, el sobrino del Antecristo, un lunático, sofista, asqueroso, rústico, seductor, falso profeta, el más próximo pariente del Antecristo, verdugo del Salvador, y profanador de las Sagradas Escrituras. El mismo Zwingli llama á Lutero profeta de la mentira, que asegura impudentemente cuanto pasa por su cabeza; un loco inarable, un impostor y un hereje que niega á Cristo, un aporreador de la verdad y un Antecristo. (Anno Domini 1527).

Los lateranos, según Estanislao y Rescio, sostienen que los calvinistas son blasfemos, enemigos mortales del Hijo de Dios, hombres sin experiencia ni buen sentido, doctores enviados por Satanás, perros, animales inmundos, fetido producto de Satanás, seductores, locos, raza de víboras peores que los turcos, ladrones del alma y del cuerpo, lunáticos, cabezas de demonios, asesinos de las almas, calumniadores, lobos infernales, la hediondez del demonio, teniendo todos una doctrina arrancada del fondo del abismo del infierno, etc....

Lutero dice á su vez que son los calvinistas fanáticos, que son una raza maldita, envenenadores, amplos, blasfemos, asesinos, asfetos, turcos enviados y poseídos por el demonio, mahometanos bautizados, seres semejantes al demonio, y peores y más infames que los demonios, etc. (Lib. contra Calv.).

¡Qué caridad tan fraternal! ¡Y son estos malvados los que Dios envía para reformar á su esposa la Iglesia! ¡son éstos los nuevos apóstoles inspirados por el Espíritu Santo para ilustrar á los pueblos destruir los abusos y los errores, etc!.....

Los herejes se degradan entre sí.

Los herejes en-  
trañan fuera de  
la verdadera  
Iglesia.

Os anunciamos lo que hemos visto y oído, dice el apóstol S. Juan, para que estéis en comunión con nosotros, y nuestra comunión sea con el Padre y con su Hijo Jesucristo (1).

Nadie, dice el venerable Beda, puede estar en sociedad con Dios si no se une antes á la sociedad de la Iglesia: *Acc habere societatem cum Deo quisquam valet, qui non prius unatur Ecclesie societati* (In Evang.); porque, como dice S. Cipriano, cualquiera que, separado de la Iglesia, se une á una iglesia adúltera, queda separado de las promesas de la Iglesia; y el que abandona la Iglesia no puede obtener nunca las recompensas de Jesucristo, y es un extraño, un profano y un enemigo; el que no tiene á la Iglesia por madre, no puede tener á Dios por padre. Si alguno de los que estaban fuera del arca de Noé hubiese podido salvarse del diluvio, el que está fuera de la Iglesia podría también salvarse.

El Señor advierte y dice: El que no está conmigo, está contra mí; y el que no amonta conmigo, disipa. El que rompe la paz y la concordia de Jesucristo, otra contra Jesucristo; el que pretende amontonar fuera de la Iglesia, destruye á la Iglesia de Jesucristo. No pueden permanecer con Dios, porque no quieren entrar en la unidad de la Iglesia de Dios. Y aunque se dejen quemar vivos, se echasen al fuego, se entregasen á las bestias feroces y sacrificasen su vida, no olvidarían la corona de la fe, sino la pena de la perdición; no pueden tener la gloriosa muerte de los virtuosos mártires, sino la muerte de los desesperados. Semejantes hombres pueden hacerse matar, pero no conseguir corona. (De unitate Eccles.).

Ya habéis oído, dice el apóstol S. Juan, que el Antecristo vendrá; pero ahora mismo hay varios Antecristos. Han salido de nosotros sin ser de los nuestros, pues si hubiesen sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros (2).

La amargura, dice S. Cipriano, no puede aliarse con la dulzura, ni las tinieblas con la luz, ni la lluvia con un cielo sereno, ni la guerra con la paz, ni lo estéril con la fecundidad, ni la sequedad con las lluvias abundantes, ni la tempestad con la calma. Si alguno quiere ser bueno y virtuoso, no crea poderse separar de la Iglesia; el viento no arrabata el trigo, ni tampoco los árboles sólidamente arraigados; sólo las ligeras pajas son arrebataadas, y la tempestad sólo derriba los árboles de poca raíz. (De unitate Eccles.).

Castigan á los  
herejes.

Remuegan del que los ha rescatado, dice el apóstol S. Pedro, y atraen sobre sí una perdición instantánea: *Et cum qui emittis negant, superducunt sibi celerem perditionem*. (II. u. 1).

La mayor parte de los herejes arca han sufrido una muerte pronta,

(1) Quod vitium et uicium, punitissime vobis, et et vos societatem habetis non habent, et societatem non habent cum Patre, et cum Filio eius Jesu Christo. I. u. 2.

(2) Audite quos Antichristus venit, et nunc Antichristi multi facti sunt. Ex verbis procedunt, sed non erant ex malis, ratio et factum ex nobis, permittentem illique malis cum I. u. 19-20.

terrible y vergonzosa. Volando Simon el Mago por el aire, auxiliado por la magia, cayó por las oraciones de S. Pedro, se rompió las piernas, y murió en crueles dolores. Manés fué muerto por el rey de los persas. Montan se aborció. Yendo Arrio á la iglesia para apoderarse de ella, fué detenido por crueles dolores de entrañas, y exhaló su último suspiro. Combatiendo Juliano el Apóstata contra los persas, murió herido de un dardo lanzado por una mano desconocida. El tirano Máximo cortó la cabeza á Prisciliano. Leon el armenio, iconoclasta, fué asesinado en la misma iglesia. Después de haberse hecho monótono el emperador Heraclio, murió repentina y vergonzosamente. Teodorico, arriano, rey de los godos, perdió la vida de una manera terrible. Valens, arriano, fué quemado vivo después de haber sido vencido por los godos. Los gusanos royeron y devoraron la lengua del blasfemo Nestorio. Hunerico, arriano, y perseguidor de los fieles, fué devorado por los gusanos. El emperador Anastasio, eutiquio, fué herido del rayo. Lutero murió durante la noche después de una opipara cena. Zwinglio murió en el campo de batalla. Carlstad desapareció arrebatado por el demonio. Calvino, devorado por los gusanos, como Antioch y Herodes, murió blasfemando. Enrique VIII, rey de Inglaterra, dió su último aliento lleno de desesperación. (Hist. Eccles.).

Los herejes, dice el apóstol S. Pedro, trafican con las almas; pero el juicio que les amenaza desde hace tiempo, se avanza á pasos agigantados, y su ruina está cerca: *Fictis verbis de vobis negotiabantur; quibus iudicium iam olim non cessat*. (II. u. 3). Son fuentes sin agua, nubes arrebatadas por torbellinos, á quienes están reservadas durante los siglos las horrosas sombras de las tinieblas: *Hi sunt fontes sine aqua, et nebulae turbidibus eragitate, quibus caligo tenebrarum reservatur*. (Id. II. u. 17).

El antidoto se encuentra dónde está el veneno. Cuando surgen herejes, Dios provee á las necesidades de su Iglesia por medios particulares. Entonces Dios suscita doctores y grandes Santos para combatir el error. Así es que, cuando apareció Arrio, Dios presentó á S. Atanasio, y lo opone á aquel herejarca. Opone á S. Cirilo contra Nestorio, á S. Jerónimo contra Orígenes, á S. Agustín contra Pelayo, S. Bernardo contra Abalardo, á Sto. Domingo contra los albigenses, á la Compañía de Jesús y á los doctores modernos contra Lutero y Calvino; como opondrá al fin del mundo á Raech y á Elias contra el Antecristo.

El primer medio es huir de los herejes y de sus escritos, llenos de errores. Guardaos, dice Jesucristo, de los falsos profetas que vienen hácia vosotros con vestido de ovejas, y son sin embargo lobos rapaces. Los conoceréis por sus frutos (1).

(1) Attendite á falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces. A fructibus eorum cognoscetis eos. Matth. VII. 15-16.

Vosotros pnes hermanos míos, que estais advertidos, dice el apóstol S. Pedro, andad con cuidado; no sea que, llevados por los mismos extravíos que aquellos hombres sin ley, dejéis de estar firmes: *Vos igitur, fratres, precientes, custodite; ne, insipientium errore traducti, excidatis à propria firmitate.* (II. n. 17).

2.º San Pablo da excelentes medios. Proponeos por modelo, dice á su discípulo Timoteo, la sana doctrina que habeis apreñdido de mí tocante á la fe y caridad en Jesucristo: *Formam habe sanorum verborum, que à me audisti in fide, et in dilectione in Christo Jesu.* (II. n. 13). Guardad ese precioso depósito por medio del Espíritu Santo que habita en nosotros: *Bonum depositum custodi per Spiritum Sanctum, qui habitat in nobis.* (II. n. 14). Y guardando lo que habeis apreñdido de mí ante muchos testigos, dadlo en depósito á hombres fieles que sean capaces de instruir por sí mismos á otros: *Et que audisti à me per multos testes, hæc commenda fidelibus hominibus, qui idonei erunt, et alios docere.* (II. n. 2). Sabed distribuir la palabra de la verdad: *Illece tractantem verbum veritatis.* (II. n. 15). Huid de los discursos vanos y profanos de los seductores, porque contribuyen mucho á la impiedad, y su doctrina es como la gangrena que extiende insensiblemente su corrupción: *Profana et vaniloqua devota; multum enim proficiunt ad impietatem; et sermo eorum ut cancer serpit.* (II. n. 16-17). Evitad las cuestiones vanas é inútiles, teniendo presente que engendran las disputas: *Stultas et sine disciplina questiones evita, sciens quæ generant lites.* (II. n. 23).

3.º Es menester ser prudentes, amados míos, dice el apóstol S. Juan, no creáis á cualquier espíritu, y experimentad antes si los espíritus son de Dios:  *Nolite omni spiritui credere sed probate spiritus, si ex Deo sint.* (I. n. 4). Hay medio para conocer que un espíritu procede de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido con carne verdadera, es de Dios; y todo espíritu que divide á Jesucristo, no es de Dios; y éste será el Antecristo, que habeis oído que ha de venir y que ya está en el mundo (1).

4.º La antigüedad, la tradición y las autoridades. Acordaos de los antiguos tiempos, dice Isaías: *Recordamini prioris seculi.* (XLVI. 9). Digamos esto mismo á los nuevos herejes que establecen una religión y una fe de que no habian oído hablar los siglos. Muy bien dice S. Jerónimo: Quienesquiera que seáis vosotros los que introducis nuevos dogmas, os ruego que respetéis los oídos romanos, y respetéis tambien la fe que ha sido preconizada por los Apóstoles. ¿Os esforzais para instruirnos y enseñarnos lo que antes no sabíamos? Tened presente que el mundo ha sido cristiano hasta hoy sin vuestra desconocida doctrina (2).

(1) In hoc cognoscitur Spiritus Dei: omnis spiritus qui confitetur Jesum Christum in carne venisse, ex Deo est, et omnis spiritus qui solvit Jesum, ex Deo non est, et ille est Antichristus. I. n. 2.

(2) Quisquis assertor es novorum dogmatum, queso ut parvis romanis aurius, parcas fidei, que Apostolorum ore laudata est. (Discere nos nitare, quod antea nescimus) Usque in hunc diem sine vestro illa doctrina christianus mundus fuit. Epist. ad Parmenium, et Coemum.

Tertuliano hace una pregunta semejante: ¿Quién sois? dice: ¿de dónde venis, y cuándo habeis venido? ¿dónde os habeis ocultado durante tanto tiempo? *Qui estis vos? unde, et quando venistis? ubi tamdiu latuistis?* (Lib. de Præscript.).

San Optat, obispo de Mileve, dice tambien: Manifestad el origen de vuestra cátedra y de vuestros monumentos, vosotros que pretendéis ser la santa Iglesia: *Vestra cathedra originem ostendite, qui vobis cultis sanctam Ecclesiam vindicare.* (Lib. II. contra Parmen.).

Y S. Hilario dice: El tiempo en que vivimos, me manifiesta muy tarde á estos doctores tan preciosos; la fe que me habeis enseñado, ó Jesús, encuentra que estos nuevos doctores llegan muy tarde, demasiado tarde; he creído en vos, Señor, antes de todas estas cosas desconocidas que han dicho los innovadores (1).

Escuchad todas estas profundas palabras de verdad, vosotros Lutero y Calvino, que despues de 1500 años de creencia unánime, invariable y universal habeis querido renovar la antigua fe. ¿Quién os ha enviado? ¿quién os ha dado vuestra misión? ¿dónde están vuestros milagros? ¿dónde están vuestras obras? ¿cuál es vuestra conducta, vuestra vida y santidad? ¿qué bien habeis hecho? El árbol se aprecia por su fruto: ¿dónde están los frutos de vida y de luz que vuestros nuevos dogmas y vuestra nueva moral han producido?....

5.º La regla segura es la que da Vicente de Lerins: Tengamos por indudable, dice, y guardemos invariablemente lo que ha sido enseñado y creído siempre y en todas partes, etc.: *Id teneamus quod ubique, quod semper, etc.* (Præscript. adv. hæres., c. XII. 1). Y como es muy cierto que semejante fe, que es la única verdadera, jamás ha existido ni existirá en otra parte que en la Iglesia católica, apostólica y romana, podemos estar ciertos de que la fe de la Iglesia romana es la única verdadera, la única que Jesucristo enseñó.....

(1) Tardis mihi hos pñsimos doctores ante aunc hujus seculi protulit; sero has habuit fides mea, quam tu (ó Christo) credidit; inaudis ergo his omnibus, in te credidit. Lib. VI. de Trinit.

## HERMOSURA DEL UNIVERSO.

**A**l principio Dios creó el cielo y la tierra. (*Gen. I. 1.* Véase el capítulo primero del Génesis). Los cielos, dice el Salmista, progonan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos: *Caeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.* (XVIII. 2). Venid, y contemplad las obras del Eterno, que hizo maravillas en la tierra: *Venite, et videte opera Domini, quae posuit prodigia super terram.* (Psalm. XLV. 9).

Meditare, Señor, todas vuestras obras, y me ejercitire en conocer vuestros prodigios (1).

¿Qué Dios es grande como nuestro Dios? Vos sois el Dios que luce maravillas (2).

¿Qué magníficas son vuestras obras, ó Dios mío! y ¡qué profundos son vuestros pensamientos! (3).

Por medio de la grandeza y de la hermosura de la criatura podemos llegar á conocer al Criador; dice la Sabiduría (4).

La tierra está llena de la gloria del Señor, dice Isaias: *Plena est omnis terra gloria ejus.* (VI. 3). Porque, 1.º esta gloria resplandece en la creación, en el gobierno de la providencia, y en particular en las producciones continuas y tan variadas de la tierra; 2.º resplandece también en la extensión, en el movimiento y en el conjunto admirable del globo.

Obras del Señor, bendicidlas todas: *Benedicite omnia opera Domini Domino.* (Dan. III. 57). Las criaturas inanimadas bendicen á Dios, no con sus labios, sino con su acción. 1.º Con su hermosura, su variedad, su excelencia, el lugar que ocupan, su utilidad, su destino y su obediencia á Dios, prueban el poder y la sabiduría de su Creador, tributándole alabanzas á su manera. 2.º Inclinan y excitan á los que las miran y contemplan, á alabarle, amarle y venerarle, sirviéndose en cierto modo de los labios de sus admiradores para glorificar, bendecir y dar gracias á Dios.

Cielos, bendicid al Señor: *Benedicite, caeli, Domino.* (Dan. III. 59). Los cielos proclaman la gloria de Dios, porque de él han recibido: 1.º una naturaleza incorruptible...; 2.º una extensión inmensa...; 3.º un aspecto magnífico...; 4.º un movimiento rápido, regular y perpetuo... 5.º La variedad de los estratos, su grandeza su elevación, su brillo, la armonía y la unidad que presiden sus revoluciones,

(1) Meditabor in omnibus operibus tuis, et in adinventioibus tuis exercorbar. *Psalm. LXXVII. 24.*

(2) Quis Deus magnus sicut Deus noster? Tu es Deus qui facis mirabilia. *Psalm. LXXXVII. 14-15.*

(3) Quam magnificentia sunt opera tua, Domine! *Psalm. XCII. 6.*

(4) A magnificentissimis speciebus creaturarum, cognoscimus potestatem Creatoris horum videlicet. *XIII. 2.*

proclaman la gloria del Creador.... 6.º Su número, su influencia, su lux admirable y diversa la precizan también. La fuerza general, así como la vida, el nacimiento y la conservación de todas las cosas de la tierra ensalzan al Señor. El cielo es como el trono, el santuario y el reino de Dios; es la morada de los ángeles y de los bienaventurados....

¿Qué es el universo? Es un libro cuyas páginas todas son la demostración de la existencia y de los atributos de Dios....

Mi libro, dice S. Antonio, es el universo; me da ocasión para una excelente lectura cada vez que así lo deseo. (*Vit. Patr.*).

## HIPOCRESÍA.

La hipocresía  
es un crimen  
abiertamente  
detestable.

**H**ANDO el malo quiere hacerse pasar por bueno, es entonces mucho más malo, dice Séneca: *Malus, ubi se bonum simulat, tunc est pessimus.* (In Prov.).

La hipocresía, dice Clemente de Alejandría, es como la nieve; y el hipócrita es como el muladar cubierto de nieve; porque oculta todos los vicios bajo la blanca apariencia de la virtud, así como la nieve oculta la inmundicia (1).

Nada está más opuesto al espíritu de Jesucristo que la hipocresía. Jesucristo es la misma verdad, la misma sencillez, la misma sinceridad; y no puede menos de aborrecer la falsedad, el fingimiento y la doblez.

Dios ha dado lengua al hombre para que dé a conocer su corazón. El corazón debe quedar en descubierta, por decirlo así. Pero el hipócrita expresa con su lengua todo aquello que no está en su corazón.

Los hipócritas son como aquellas langostas de que habla el Apocalipsis (IX), que tenían el rostro de mujer y la cola de escorpión. En efecto: los hipócritas seducen primero con su rostro, con sus palabras y modales; y secretamente se vuelven contra vosotros, os muerden, os hieren y pierden en el espíritu de los demás. Pero, queriendo matar, y matando en efecto, se matan á sí mismos. Pierden la fe, la caridad y su reputación. Son execrables á los ojos de Dios y de los hombres.... Por esto decía el Salmista: Haced, Señor, que mi alma se vea libre de la iniquidad y de la lengua del hipócrita: *Dominus, libera animam meam a labiis iniquis et a lingua dolosa.* (CXIX. 2).

Los hipócritas, dice S. Pablo á Timoteo, tienen una apariencia de piedad, pero destruyen la virtud. Huid de ellos: *Habentes speciem quidem pietatis, virtutem autem ejus abnegantes; et hos devota.* (II. II. 5).

La verdad, dice el Real Profeta, no está en sus labios: su corazón es un abismo; su boca un sepulcro abierto: su lengua está llena de artificio y de veneno: *Non est in ore eorum veritas: cor eorum canum est; sepulchrum patens est guttur eorum; linguæ suis dolose agebant.* (V. 10-11).

Amaban al Señor con la punta de los labios, y sus lenguas le mentaban: *Dixerunt eum in ore suo, et lingua sua menditi sunt ei.* (Psalm. LXXVII. 36).

Los hipócritas, dice S. Bernardo, son ovejas por su vestido, raposas por su astucia, y lobos por sus acciones y su crueldad. Quieren parecer buenos, y no lo son; no quieren parecer malos, y lo son. No

(1) Hypocresis est, imitari virtutem, et hypocrita est, quasi serpentinum nive cubito tum, opusque qui vicia committit candore simulata virtute, velut arve obtegat. L. II. Scrom.

practicaban la virtud, pero ocultan el vicio bajo el antifaz de la virtud (1).

Desear, en la virtud, el honor unido á la virtud, dice el mismo santo doctor, no es virtud, sino la subversión de la virtud. ¿Qué cosa más perversa y más indigna que querer parecer mejor por medio de aquello mismo que hace peor? (2).

Este pueblo, dice el Señor por medio de Isaías, me glorifica con su boca y con sus labios; pero su corazón está lejos de mí: *Populus iste ore suo et labiis suis glorificat me; cor autem ejus longe est á me.* (XXIX. 13).

El hipócrita se parece á la serpiente que se valió de todas sus astucias para seducir á nuestros primeros padres.... El hipócrita se parece á Cain, que, teniendo intención de matar á su hermano, le dijo: Vamos á pasar.... El hipócrita se parece á Herodes. Id, dijo á los Magos aquel rey hipócrita y cruel: informaos con cuidado del niño; y cuando lo hayais encontrado, hacedme lo saber, para ir yo también á adorarle como vosotros: *Ite, et interrogate diligenter de puero; et cum inveneritis, annuntiate mihi; ut et ego veniens adorem eum.* (Math. II. 8).

El hipócrita imita á los criminales fariseos, tantas veces anatematizados por Jesucristo....

El hipócrita imita á Judas. Cuando en la cena, la víspera de su muerte, Jesucristo dijo á sus Apóstoles: Uno de vosotros me hará traición: *Unus ex vobis tradet me.* (Marc. XIV. 18). — ¿seré yo, le preguntó Judas? *Numquid ego stam, Rabbi?* (Math. XXVI. 25). Y luego en el jardín de las olivas entregó á su Maestro con un pérfido beso.

El hipócrita imita á Arrio, diestro en el arte fausto de aparezar lo que no era, ocultaba bajo una afectada modestia su corazón bajo y capaz de todos los crímenes....

Arrancad esa máscara que cubre al hipócrita, dice S. Efrén; y sólo hallaréis en el hedor é infección. Cuando el vicio se oculta bajo el imponente exterior de la virtud, adquiere un nuevo grado de abominación. (Serm.).

¡Ghjas ciegos, decía Jesucristo á los impíos y á los hipócritas fariseos, apartad el mosquito, y tragáis el camello: *Duces cæci, excoriantes culicem; camelum autem glutientes.* (Math. XXIII. 24). ¡Qué lleno está el mundo de esas falsas piedades! Parecemos escrupulosos en cosas insignificantes, y nos permitimos como cosa corriente las maldiciones, las envidias, los odios y las rapiñas. Ciego fariseo, continúa Jesucristo, limpias el exterior de la copa y del plato, y por dentro estás lleno de manchas y de injusticia. Hipocrita fariseo, limpia primero la parte interior de la copa y del

(1) Hypocrite crees simul habita, ostentat vulgus, acin et credulitate lapsi. Hi sunt qui boni videri, non esse; mali non videri, sed esse volunt. Serm. LXX. in Cant.  
(2) Appetere de humilitate laudem humilitatis, non est virtus, sed subversio. Quid perverius, quicquid indignius, ut inde velis vilisior melior, unde videri detegeri. Serm. LVIII. in Cant.



plato, para que el exterior sea también puro.... (Matth. XXIII, 25-26). De otra suerte, á pesar de tu hipocresía, tu corrupción interior se manifestará de alguna manera, y quedará descubierta tu hipocresía....

El Señor, dice el Salmista, tiene horror á los hipócritas: *Virum dolosum abominatur Dominus*. (V. 7).

San Antonio dice que el hipócrita, el corazón fingido es un monstruo singular; porque la naturaleza que permite la monstruosidad en los miembros, no la admite nunca en el corazón. Se ven hombres con cuatro brazos, con cuatro piernas y con dos cabezas; pero no se ha visto nunca un hombre con dos corazones, porque el corazón es el principio de la vida. Y como el hombre no puede tener dos vidas, tampoco puede tener dos corazones. Con mucha razón llamamos pues monstruo extraordinario al hipócrita, porque tiene dos corazones, uno en la boca, y otro en el pecho. (In vit. Patr.).

Jesucristo llama á los hipócritas sepuleros blanqueados. Un sepulcro, dice S. Cirilo, está cubierto de flores y lleno de gusanos, de podredumbre y de infección: *Sepulcrum extrinsecus florentia pinguitur, et intus est spurcitia mortis plenum*. (Comment.).

¿Qué idea tan terrible de un hipócrita! Es un sepulcro viejo. Escritas y fariseos hipócritas, dice Jesucristo, os parecéis á sepuleros blanqueados que exteriormente parecen hermosos á los hombres, estando llenos en su interior de huesos y de podredumbre. Así también vosotros parecéis por fuera justos á los ojos de los hombres; pero vuestro corazón está lleno de hipocresía y de iniquidad. (Matth. XXIII, 27-28).

Este es pues el horroroso estado del hipócrita; lleva la muerte en su seno; parece vivo, y está muerto: *Nomen habes quod vivas, et mortuus es*. (Apoc. III, 4).

¿Qué será de él, y dónde habrá de ocultarse, cuando en el gran día de las manifestaciones de las conciencias, el soberano Juez, que todo lo ve, todo lo oye, todo lo escribe, revelará todos los secretos de los corazones, y el universo entero verá todas las cosas vergonzosas é hipócritamente escondidas?....

Hijo del hombre, dice el Señor á Ezequiel: haz una abertura en la muralla; entra, y mira las horribles abominaciones que cometen. Y entré, y vi imágenes de toda clase de reptiles y animales, y la abominación; y todos aquellos ídolos estaban pintados al rededor de toda la muralla, (VIII, 8).

Locura de la hipocresis.

Nadie es en realidad más de lo que es ante Dios.... ¿Podemos engañar á Dios?.... No hay subdurnia, no hay prudencia, ni hay consejo contra el Señor, dicen los Proverbios: *Non est sapientia, non est prudentia, non est consilium contra Dominum*. (XXI, 30).

¿De qué nos ha da servir engañar al hombre, siéndonos imposible engañar á Dios?....

¡Desgraciado del corazón con doblez! dice el Eclesiástico: *Vae duplici corde!* (II, 14). Dios malicia á los hipócritas.

Desgraciados de vosotros, dice Isaías, los que queréis ocultar vuestros proyectos en lo más recóndito de vuestros corazones! *Vae qui profundi estis corde!* (XXIX, 15). Visitaré, dice el Señor por el profeta Sofonías, á todos los que llevan un vestido extraño. (I, 8). Este vestido extraño es la hipocresía. ¿Qué más extraño, en efecto, que el lobo lleve una piel de oveja? ¿qué más extraño que querer parecer justos los que cometen la iniquidad?

La esperanza del hipócrita perecerá, dice Job: *Spes hypocritae peribit*. (VIII, 13).

El hipócrita no podrá aguantar las miradas de Dios: *Non veniet in conspectu ejus omnis hypocrita*. (Job. XIII, 16).

Oigamos á Jesucristo: Desgraciados de vosotros, hipócritas: *Vae vobis, hypocrite*. (Matth. XXIII, 13). Y ocho veces seguidas en el mismo capítulo del Evangelio de S. Mateo, Jesucristo maldice á los hipócritas. Toda la Escritura está por otra parte llena de estas mismas maldiciones.

## HONORES.

En qué consiste el honor?

La palabra honor viene de la latina *onus*, peso, carga; ó más bien, dice S. Isidoro, *onus*, carga, viene de la palabra honor, honor: *Honor est onere peni; aut potius, de honore onus.* (Lib. Sentent.).

Preguntándose á Diógenes qué hombres eran los que tenían más honor y la vida; los hombres que tienen más honor y lo merecen, son los que se hacen superiores á la pobreza, á la oscuridad, al hambre y á la muerte (1).

El que se gloria, gloríese en el Señor, dice S. Pablo: *Qui gloriatur, in Domino gloriatur.* (II. Cor. X. 17). Aprended de ahí que la verdadera alabanza, el verdadero honor y la verdadera gloria no están sino con Dios y en Dios.

La buena reputación es un verdadero bienestar, dicen los Proverbios: *Fama bona impinguit ossa.* (XV. 30). Un hombre sin mancha vale más que una grande opulencia, añaden los Proverbios: *Melius est nomen bonum quam divitiæ multa.* (XXII. 1).

Si todo lo perdéis, acordaos de conservar vuestra honra, dice Catón:

*Omnia si perdas, famam servare memento.* (Ita. Laertius.).

Una reputación honrada es preferible á las mayores riquezas; porque las riquezas son de la tierra, pasajeras, y muchas veces van acompañadas de tormentos; pero la buena reputación es una riqueza del alma, una riqueza espiritual, duradera y sólida.

La honra más grande consiste en seguir al Señor, dice el Eclesiástico: *Gloria magna est sequi Dominum.* (XXIII. 38). Servir á Dios es reinar, dice S. Bernardo: *Cui servire regnare est.* (Serm. VII. in Psal.). Porque, 1.º nada es tan honroso como servir al Rey de los reyes, que es la nobleza, la misma grandeza, la divina y suprema Majestad.... 2.º Este servicio nos hace semejantes á Dios.... 3.º Dios recompensa con la gloria celestial á los que le sirven, y les hace reyes del universo, á tenor de aquellas palabras del Apocalipsis: Nos habéis hecho reyes y sacerdotes para nuestro Dios, y remaremos en la tierra: *Fecistis nos Deo nostro regnum et sacerdotes, et regnavimus super terram.* (V. 10).

Cuidad de tener una buena reputación, dice el Eclesiástico; porque este bien será más duradero para vosotros que mil tesoros los más preciosos: *Curam habe de bono nomine; hoc enim magis permanet tibi quam mille thesauri pretiosi et magni.* (XLI. 13). Un hombre honrado es mucho mejor que todos los bienes de este mundo.... Ciudad más decaje á Isócrates, de dejar una buena reputación á

(1) Coelestiores quam, glorie, voluptatis et vite; contrarius autem, pule pauperie, obscuritate, fame et morte superiores. Ita Laertius, in vita sua.

vuestros hijos, que de dejarles inmensas riquezas; porque las riquezas son mortales, pero el honor es inmortal (1).

Si consigo una buena reputación, ya seré bastante rico, dice Plauto: *Ego, si bonam famam mihi servaero, sat ero dives.* (In Mostell.).

De ahí procede el suplicio que el Señor impone al impío y al malvado: Habéis borrado el nombre del impío, dice el Salmista; lo habéis borrado para siempre, por toda la eternidad: *Nomen eorum delesti in eternum, et in sæculum sæculi.* (IX. 6). Su memoria queda borrada: *Periit memoria eorum.* (Psal. IX. 7).

Hay tres coronas, dice Simeon: La corona de la ley, la del Sacerdocio y la del imperio; pero la corona del honor, de la buena reputación, es mucho más ilustre y preciosa que todas aquellas (2).

San Crisóstomo enseña que una reputación duradera y el honor no se adquieren por medio de grandes monumentos, de columnas y de títulos, sino con virtudes heroicas, y principalmente con la caridad y la limosna; porque todo esto es vano y caduco, dice; pero las virtudes son algo verdadero y estable. Por otra parte, éstas son santas y celestiales, al paso que los crímenes van muchas veces unidos al crimen, y más aún á la vanidad. No es, pues, buscar el honor verdadero ni la buena reputación, cifrándolo en los títulos y columnas; algunas veces es en cierto modo perder la fama y dar pabulo á que las lenguas de los espectadores acusen y condenen. Si amais una honra eterna y una memoria indestructible, os enseñaré el camino por el que podreis siempre ser alabados, exaltados, y que os dará una inmensa confianza para el siglo futuro. Con tal medio, se acordarán de vosotros y os celebrarán cada día: levantad casas para los pobres, colocad vuestro dinero en manos de los necesitados, y lo hallareis centuplicado en el cielo. Dejad el mármol, los palacios y las ciudades; edificad sobre la limosna, y edificareis para la eternidad. Así vuestra memoria será inmortal; así vuestra memoria será rica hasta el infinito y para siempre. Tal memoria no queda en olvido de Dios ni de los hombres. Pensad, os lo ruego, en estas palabras que dirán de vosotros: Este es misericordioso, bueno, caritativo, dulce y lleno de liberalidades. Ha distribuido y ha dado á los pobres, dice el Salmista; su justicia y su memoria vivirán siempre: *Dispersit, dedit pauperibus; justitia eius manet in sæculum sæculi.*

En un día, el día de esta vida, ha dado sus riquezas; y su justicia será eterna, y su memoria será inmortal. ¿Veis el honor que le tributan todos los siglos? ¿Veis su memoria llena de grandes é inefables bienes? Apliquemonos á grabar nuestro recuerdo en semejante edificio; porque colocar nuestro nombre en piedras, no sólo es cosa completamente inútil, sino que puede dar margen á que nos critiquen y nos desgarren. Y abandonamos pronto éstos lugares de miso-

(1) Plus tibi curæ sit, ut honestam famam, quam divites ingentes libera reliquias: nam hæ mortales sunt, illa immortalis. Ad Neron.

(2) Tres sunt coronæ, scilicet, coronæ legis sacerdotii et imperii: veram coronam bonam famam illustrius longe et pretiosior his omnibus est. In Epist. 1. Petri.

ría, llevando con nosotros los pecados cometidos; y dejamos aquí nuestros edificios y nuestra fortuna, dejamos aquí una memoria helada e inútil, sujeta al desprecio; y nuestro nombre nos deja pronto, y pasa á otro. (*Homil. in Gen.*)

Ved á Tabita; hace limosnas; todos los siglos la celebran. (*Act. IX. 39*). Si buscáis una buena reputación; una verdadera honra, imitad á aquella mujer célebre en virtudes, añadiendo S. Crisóstomo: construíd monumentos en el corazón de los hombres, y no los construyáis con piedra; y entonces aquellos monumentos serán del mismo género que vosotros. Porque, ¿que semejanza, que relación hay entre vosotros y una piedra? El sólido y verdadero honor está en la virtud; sólo en ella se encuentra. (*Homil. XXX. in Gen.*)

Los honores del mundo son una carga.

Moisés fué erigido por Dios en Dios de Faraón, dice S. Ambrosio, es dote, en su superior, y superior poderoso y formidable. Moisés se quejó á Dios de esta elevación: ¿por qué, le dijo, habéis alligado á vuestro servidor? ¿por qué no he de hallar gracia ante vos, y por qué habéis puesto sobre mis hombros el peso de todo este pueblo? No puedo ya sostener solo á todo este pueblo; la carga es demasiado pesada para mí. (*Núm. XI. 11-14. De Offic.*). Un buen rey es un servidor público.... El hombre sin experiencia ambiciona el honor y el poder; pero el que tiene experiencia, huye de los honores, dice Pompeyo: *Magnam potentiam ambii incerpertus; odii expertus.* (Plutarch.).

El rey de Siria, Seleuco, decía muchas veces: Si se supiese solamente qué trabajo hay en leer y contestar las cartas, nadie debería ni siquiera levantar del suelo la diadema para ser rey. (Plutarch.).

Carlos V rey de los Belgas, al ceder su corona á su hijo Felipe II, le dijo llorando: Oh hijo mío, te impongo una pesada carga; porque yo mismo durante mi reinado no he pasado un cuarto de hora sin grandes cuidados y ansiedades. (*In ejus vita*).

El papa Adriano II no pedía para un enemigo otro castigo que verle Papa. (*Hist. Eccles.*).

Pío V, Pontífice eminentemente piadoso y santo, decía de castumbre: Cuando era un simple religioso, esperaba mucho de la salvación de mi alma; hecho Cardenal, he temblado; y ahora que he llegado á Sumo Pontífice, casi desespero (1).

Así es que desde el gran papa S. Gregorio todos los soberanos pontífices han tomado el nombre de siervo de los siervos de Dios: *Servus servorum Dei.* (*Hist. Eccles.*).

Si no contempláis más que la marcha y el aparato de los grandes, nada os parecerá más seductor; pero si examináis los cuidados, las sospechas, las disgustos, las trabas, las columnias, los celos, las conspiraciones, etc., de que se ven asaltados, no vereis más que espinas y cruces pesadas; y nada hallaréis tan penoso....

(1) Cum essem religiosus, speravi bene de salute anime mee; Cardinalis factus, extitit mihi Pontifex crucis non despero. *In ejus vita.*

Con mucha razón decía el rey Antigono á un hijo suyo enorgullecido con su encumbrada posición: ¿Ignoras tú, hijo mío, que nuestro reinado no es más que una brillante servidumbre? ¿An ignoras, ó fili, regnum nostrum non esse aliud, nisi splendidam servitutem. (Plutarchus, in ejus vita.)

El honor es una palabra que lisonjea; pero no es en realidad más que una triste servidumbre, dice S. Paulino: *Blandum nomen honos, sed mala servitus.* (Epist. ad Rom.).

Sepa el que busca los honores que va detrás de la tempestad, dice Filon: *Cogitet qui honorem affectat, tempestatem se affectare.* (Lib. I de J. H.).

¿Que es una grande elevación, dice S. Gregorio, sino la agitación del alma? Todo lo que está en la cumbre de los honores en la tierra, está más abatido por los pesares, que alegre por aquel honor (1).

La ambición, dice S. Bernardo, es la cruz de los ambiciosos; nada atormenta ni inquietta tan profundamente. Los honores halagan á los que los desean; pero son fardos terribles y temibles para los que reflexionan. La verdad es que, pensando seriamente en ello, no se halla en los honores más que un consuelo frívolo, un espantoso juicio, un uso corto, y un fin desconocido (2).

Vuestros honores y elogios nos agobian antes de aliviarnos, dice S. Agustín; y nos arrojan al peligro: los toleramos, y nos hacen temblar: *Laudes vestra gravant nos potius, et in periculum mittunt. Toleramus illas, et tremimus inter illas.* (Serm. LII. de verbis Domini).

A los honores los toca buscaros, y no debéis vosotros correr tras ellos, añade aquel gran Doctor: *Honor te querere debet, non illum tu.* (Homil. L.).

Los honores cambian las costumbres, pero raras veces para mejorarlas, dice un grave autor: *Honores mutant mores; sed raro in meliores.* Palgrave de los honores.

Sometidos á los otros, se mantienen en pie, dice S. Gregorio; pero elevados á los honores, caen: *Sisterant subditi, sed in culmine prolationis periti, ceciderunt.* (Pastor.).

Como el humo que se desvanece ascendiendo, así se eclipsa y desaparece muchas veces el hombre elevándose á los honores....

Así como los ríos que, pequeños en su origen, dice S. Basilio, aumentan extraordinariamente en su curso, y acaban muchas veces por abandonar su cauce y devastarlo todo, de la misma manera sucede á menudo que los que adquieren un grande honor y un gran poder, después de haber oprimido á alguno, adelantan en los

(1) Quis est potestas cuiusvis nisi tempestas ventis? Oras quod hinc eminat, plus morboribus afficitur, quam honoribus gaudet. *I. p. Pastor, c. IX.*

(2) Ambitio ambiviam eras; nihil acerbius cruciat, nihil molestius inquietat. Modestus honores laxatior, sed ceterum pensantibus terrore inquit ac formidine. Veritas est, que solida suggestione roborat, in mentem, quam est, se autem levitate concutit, grave iudicium, usque brevis, hinc ignotas. *Lib. III. de Conat.*

crimenes y en las más iníquas opresiones. Su mayor elevación es para ellos un motivo de mayores maldades (1).

Los honores de la tierra no se miden.

San Anselmo hace la siguiente comparación relativa á los honores y á los que los buscan. Los que desean los honores de este mundo, dice, obran como los niños que persiguen á una mariposa; porque, cuando las mariposas vuelan, nunca siguen una línea recta, sino que se agitan en diversos sentidos; y cuando parece que van á posarse, no se detienen. Los niños que las persiguen, cuando quieren cogerlas, corren tras ellas, y fijando más su vista en las mariposas que en el suelo, caen muchas veces. Y cuando se acercan con cautela, y están á punto de cogerlas, las mariposas escapan volando; y si consiguen prenderlas, se alegran de una cosa de nada, como si hubiesen conseguido un bien precioso. Así obran los que codician los honores del mundo; porque los honores no siguen nunca un camino fijo, sino que muchas veces se apartan, se escapan y pasan de uno á otro. Y aun suponiendo que pudiéramos conseguirlos, ¿qué queda entonces en las manos y en el corazón? Nada. (*Lib. de Simil.*)

¿Cuántos trabajos para alcanzar los honores! ¿qué pocos pueden conseguirlos! Y cuando los hemos alcanzado, agobian ó se escapan; y al perderlos, ¡cuántos pesares, cuánta amargura, y hasta á veces cuántas profundas humillaciones!

Hemos de huir de los honores.

Como dice S. Agustín, el honor debe buscarlo, y vosotros debéis huirlo: *Honor te quæres debet, non illum tu.* (Hom. I.)

S. Jerónimo dice de Sta. Paula: Huyendo Paula de la gloria, la mereció; porque la gloria sigue á la virtud, como la sombra sigue al cuerpo; huye de los que la buscan, y se adhiere á los que la desprecian (2).

Gozamos con más abundancia de la gloria humana cuando la despreciamos, dice S. Crisóstomo: *Gloria humana tunc multo uberius fruimur, quando eam despiciamus.* (Homil. v. in Gen.)

Huis del honor de la elevación, dice S. Basilio á S. Atanasio en su panegírico; pero no os escaparéis: *Fugis, Athanasii; nã non effugies.* Y podemos decir, por el contrario, á los que aman los honores: Los persiguis, y se os escaparán; y si os apoderáis de ellos, si queráis conservarlos, os llenarán de sangre y os matarán....

Patente está la historia para atestiguar que los hombres más capaces, más piadosos y más santos, han huido siempre de los honores, y todo lo han puesto en práctica para evitarlos....

La sabiduría y la prudencia nos mandan seguir el camino que han seguido todos los Santos.

(1) *Velut flumina ex parvis initiis exoriant, deinde paulatim incrementum intolerabile in processu accipiunt, impetu demum violento, quibund oblitiscunt, necesse tantum sit uti qui in nascenti provehuntur torrentem, eo quod jam aliquis egresserunt, et iterum continuo lassiores, majoresque turris progreduntur; potentia incrementum et eis nocentia occasio invidios. Homil. in Paul.*

(2) *Fugendo gloriam, gloriam Paula merebatur, que virtutem quam umbra sequitur, et appetitorem sustulit, sequitur contemptorem. In ejus epistola.*

## HUMILDAD.

La humildad viene de las palabras latinas *humi altus*, ahmendado por tierra ó echado por tierra.... La verdadera humildad no es más que el exacto conocimiento de Dios y de uno mismo. Por esto S. Agustín decía incesantemente á Dios: *Averim te, nocerim me.* Que os conozca, Señor, y me conozca. (*Soliloq., c. 4.*)

¿Qué es humildad?

La verdadera humildad consiste en no enorgullecerse de nada, en no murmurar de nada, no ser ingrato, ni arrebatado, sino dar gracias á Dios en todos los actos de su providencia, y alabarle en su justicia como en su bondad....

Conocer á Dios y conocernos á nosotros mismos son dos cosas que constituyen la más alta sabiduría práctica, dice S. Agustín: *In his duobus summa sapientia practica consistit.* (*Soliloq., c. 4.*)

San Francisco de Asis decía: Señor, ¿qué sois vos, y qué soy yo? Vos sois el abismo de la sabiduría, del ser y de todo bien; yo soy el abismo de la locura, el último de los pecadores, y todo mal. (*S. Bonav., in ejus vita.*)

Oigamos á Jesucristo: En verdad os lo digo; si no cambiáis y no os volvéis como pequeños niños, no entraréis en el reino de los cielos: *Amen dico vobis, nisi conversi fueritis, et efficiamini sicut parvuli, non intrabitis in regnum celorum.* (Math. XVIII. 3).

La humildad es necesaria.

Los niños no son ambiciosos, sino sencillos, inocentes, candidos; y así debemos ser. Es preciso ser humilde por la virtud, como el niño lo es por la edad. Es menester ser pequeño por humildad, como el niño lo es por su estatura. Jesucristo nos manda ser semejantes á los niños, no en ligereza y en impudencia, sino en sencillez y en humildad.

Aunque practiquéis, dice S. Crisóstomo, ya la oración ó el ayuno, ya la misericordia ó la pureza, ó cualquiera otra virtud sin humildad, todo se perderá y será inútil: *Sive orationem, sive jejunium, sive misericordiam, sive pudicitiam, sive aliud quod bonorum absque humilitate congreges, statim cuncta diffuunt, cunctaque deperunt.* (Homil. XV. in Math.)

Si me preguntáis, dice S. Agustín, cuál es el camino que conduce al conocimiento de la verdad, qué cosa es la más esencial en la religión y disciplina de Jesucristo, os responderé: Lo primero es la humildad, lo segundo es la humildad, y lo tercero es la humildad. Y cada vez que me hagáis la misma pregunta, os daré la misma respuesta (4).

Así como la tierra no puede dar frutos sin simiente ni agua, dice

(4) Si queratis: quoniam via ut ad obtinendum veritatem, quibund summat ut lo religione et disciplina Christi Respondit: Primum est humilitas. ¿Quid secundum? Humilitas. ¿Quid tertium? Humilitas. Et quoties interrogabit, toties hoc dicam. *Episc. LVII.*

el abate Isaías, nadie puede tampoco hallar en sí el arrepentimiento sin tener humildad. (In ojus vita).

El que reúne las virtudes sin humildad, dice S. Gregorio, obra como si arrojase polvo á los vientos: *Qui sine humilitate virtutes congregat, quasi quis in ventum pulverem portat*. (Lib. XXXIV. Moral.). La señal más cierta de una reprobacion inevitable es el orgullo, añade aquel gran Doctor; pero la humildad es la señal más lisa de predileccion: *Evidentissimum reprobationum signum est superbia; electorum vero humilitas*. (Lib. XXXIV. Moral., c. XVIII).

Rareficio de humildad, dice el apóstol S. Pedro, porque Dios resiste á los soberbios, y da su gracia á los humildes: *Omnes incedem humilitatem resistite, quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam*. (I. V. 5).

Antes de ser humilde era pecador, dice el Salmista: *Prisquam humiliarer, ego deliqui*. (CXVIII. 67). Desde lo alto de su trono, añade el Salmista, el señor mira á los humildes, y rechaza lejos de sí los votos de los soberbios: *Excelsus Dominus humilia respicit; et alta á longis cognoscit*. (CXVIII. 6).

Todo lo que hagamos se pierde si no lo conservamos cuidadosamente en la humildad, dice S. Gregorio: *Perit omne quod agitur, nisi sollicitè in humilitate custodiatur*. (Lib. Moral.).

Jesucristo, que era la misma humildad, dice S. Agustín, ha matado el orgullo; nos ha trazado el camino por la humildad; porque con el orgullo estábamos separados de Dios, y sólo con aquella virtud podíamos volver á su seno (1).

Humillemos nuestras almas, dice Judith, y sirvamos á Dios con espíritu de humildad: *Humiliemus illi animas nostras, et in spiritu constituti humiliati, servientes illi*. (VIII. 16).

Un pecador que se humilla, vale más que un justo orgulloso, dice S. Agustín: *Melior est peccator humilis, quam justus superbus*. (Serm. XLIX).

La serpiente, añade S. Agustín, sabe que, perdidos por el orgullo, sólo podemos volver á Dios por la humildad: *Sicut serpens non non posse redire (ad Deum) nisi per humilitatem, qui per superbiam lapsi sumus*. (In Psal. CXXXVII).

Es preciso, dice S. Bernardo, que nos juzgemos humildemente á nosotros mismos para ascender en virtud á fin de que no suceda que creyéndonos más de lo que somos, caigamos más abajo todavía: *Oportet humiliter sentire de se nitentem ad altiora; ne dum supra se atollitur, cadat á se*. Sin el merito de la humildad jamás se obtienen mayores méritos: *Nisi humilitatem merito maxime obtinentur*. (Serm. XXXIV. in Cant.).

Solamente con la humildad nos acercamos á la grandeza de Dios, dice S. Agustín; el humilde se le acerca, y el soberbio se le aleja:

(1) Christus humilitate scilicet superbia. Viam enim nobis facit per humilitatem, qui per superbiam recesserunt á Deo, redire ad Deum nisi per humilitatem non poterant. Serm. XLIX.

*Non acceditur ad altitudinem Dei nisi per humilitatem; cui propinquat subditus, longe ab eo recedit elatus*. (Sentent. LXXXVIII).

Todo el que se ensalza, será humillado, y el que se humilla será ensalzado, dice Jesucristo: *Omnis qui se exaltat, humiliabitur; et qui se humilia, exaltabitur*. (Luc. XIV. 11). Ninguna sentencia es más verdadera, y ninguna se observa menos en la práctica.... ¡Qué grande error, dice S. Bernardo! ¡qué grande ilusión la de los hijos de Adán! Cuanto más grandes sois, cuanto más elevados, más debéis humillaros en todo: *Quanto magis es, humilia te in omnibus*. (Serm. XXXIV. in Cant.).

El vestido de las virtudes es la humildad, dice S. Gregorio; si se lo quitais, desaparecerán todas: *Tegmen virtutum est humilitas, quam si tollas, peribunt omnes*. (Lib. Moral.).

Es preciso, dice S. Leon, que los que han de ser coherederos de la gloria de Jesucristo, sean partícipes de su humildad. (Serm. de Nativ.).

Quisiéramos ser ensalzados, dice S. Agustín, antes de humillarnos. Empezemos por humillarnos, nosotros que queremos ser ensalzados. (Sentent. LXXXVIII).

Escuchemos á S. Bernardo: La virginidad, dice, es laudable, pero la humildad es más necesaria. Aquella es aconsejada, y esta prescrita. Se os invita á que guardéis la primera, y se os obliga á la segunda. Podéis salvaros sin virginidad, pero no sin humildad. La humildad que deplora la virginidad perdida, es agradable á Dios; pero sin humildad, me atrevo á decir que la virginidad de María no habria sido del grado del Hijo de Dios (1).

Jesucristo estaba subordinado á María y á José: *Erat subditus illis*. (Luc. II. 51). Sobre estas palabras exclama S. Bernardo: ¿Quién es el que estaba subordinado? ¿á quienes se subordinó? ¡Un Dios, que obedece no solamente á María, sino tambien á José! Que un Dios se subordine á una mujer, es una humildad sin ejemplo. Avergüezate, orgullosa ceniza; un Dios se humilla, y tú te ensalzas! (2).

Aprende de mí que soy manso y humilde de corazón, dice Jesucristo: *Discite á me, quia mitis sum et humilis corde*. (Matth. XI. 29).

Tened vosotros, dice el gran apóstol á los filipenses los sentimientos que tenia Jesucristo, quien, revestido con la divinidad ó mientos que tenia Jesucristo, mismo, tomando la forma de esclavo; igual á Dios, se unonó á sí mismo, tomando la forma de esclavo; hecho á semejanza de los hombres, se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y á la muerte de la cruz: *Senepsum emanentem, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus. Humi-*

(1) Enudabilis virginitas, sed magis necessaria humilitas. Illi consensit, ista preceditur. Ad illam victoriam, ad istam cogitavit. Potest deique sine virginitate salvari: sine humilitate non potest. Potest, insuper, plures humilitas, quæ virginitatem deplorat, amittunt sine humilitate autem, nunquam dicere, nec virginitas Marti placuit. Humil. Insuper. Misere est.

(2) Quis quibus? Deus hominibus, nec tantum Mariæ, sed et Josephi. Quod Deus obtempere, humilis sine exemplo. Erubescat, superbe cinis; Deus se humilia, et tu te exaltis. Humil. Insuper. Misere est.

*liavit semetipsum, factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis: (II. 7-8).*

Toda la enseñanza de la sabiduría cristiana, dice S. Leon, no consiste en la abundancia de las palabras, ni en el arte de raciocinar, ni en la alabanza y la gloria, sino en una humildad verdadera y voluntaria, en la humildad que Nuestro Señor eligió y enseñó con energía desde el seno de su madre hasta el suplicio de la cruz. (*Ad Thascorum*).

Yo soy un gusano de tierra, y no un hombre, dice Jesucristo por medio del Salmista; soy el oprobio de los mortales y la hez de la plebe: *Ego autem sicut vermis, et non homo; opprobrium hominum et abjectio plebis. (XXI. 7).*

Mirad al gran Dios: quiso nacer en un establo; llevó una vida humilde y oscura, durante treinta años. Pasó su vida entera en la mayor pobreza. Las raposas, dice, tienen sus madrigueras, y las aves del cielo sus nidos; mas el Hijo del hombre no tiene en dónde reclinarse su cabeza: *Vulpes fossas habent; et volucres caeli nidos; Filius autem hominis non habet ubi caput reclinet. (Matth. VIII. 20).* ¡Y muera como impostor, como un malvado entre dos ladrones! (¿Qué humildad tan profunda y sublime!

Para que el hombre no se desdenase de humillarse, dice S. Agustín, Dios se ha aniquilado á fin de que el orgullo del género humano quedase abatido, y el hombre no intrase como indigno el seguir las huellas del mismo Dios: *Ne designaretur homo imitari hominem humilem, Deus factus est humilis, ut vel sic superbia generis humani non designaretur sequi vestigia Dei. (In Psalm. XXXIII).*

El alma, dice S. Basilio, no hace progresos en la virtud más que por la humildad. El conocimiento de la piedad es el conocimiento de la humildad. Cuando el hombre sabe humillarse, sabe imitar á Jesucristo (1).

No soy más que polvo y ceniza, dice el gran patriarca Abraham, (*Gen. XVIII. 27*).

Moisés, tan grande y constituido en tanta dignidad, fue profundamente humilde. Todos los profetas practicaron la humildad....

La bienaventurada Virgen, elegida por Dios desde la eternidad para ser madre de Dios, y saludada por el ángel con profundo respeto como llena de gracia, y debiendo dar á luz al prometido Mesías, se declara, en su sublime humildad, simple criada del Señor: *Eccc ancilla Domini. (Luc. I. 38).*

Jesucristo dice de S. Juan Bautista: Nadie de entre los hijos de las mujeres ha sido más grande que Juan Bautista: *Non surrexit inter natos mulierum major Johanne Baptista. (Matth. XI. 11).* Vía llama una lámpara clara y luciente: *Erat lucerna ardens et lucens.*

(1) Assim in virtute progressus, in humilitate progressus est. Pietatis enim cognitio, humilitatis consilio vel, quando se animo seculo submittere, Christum est seculo imitari. *Idem, in Psal.*

(Joann. V. 35). Juan Bautista, á quien Jesucristo da el nombre de Elías y de profeta, haciéndole superior á los profetas: *Prophetam? Etiam dico vobis, et plus quam prophetam. (Matth. XI. 9).* Juan Bautista, elegido por Dios para ser su precursor; Juan Bautista, santificado en el seno de su madre por la presencia del Verbo encarnado; Juan Bautista, tan grande y tan elevado, es el más humilde de los hombres: se llama simplemente una voz que clama en el desierto: *Vox clamantis in deserto. (Matth. III. 3).* No soy digno, dice aquel gran Santo, de desatar los cordones del calzado del Salvador: *Cujus non sum dignus solere corrigiam calcamentorum ejus. (Luc. III. 16).*

Ved la humildad del Publicano. En el templo se mantiene alejado del santuario, ni siquiera se atreve á levantar los ojos al cielo, y se da golpes en el pecho diciendo: Dios-mío, tened lástima de mí, que soy un pecador: *Publicanus a longe stans, molebat nec oculos ad caelum levare; sed percutiebat pectus suam, dicens: Deus propitius esto mihi peccatori. (Luc. XVIII. 13).*

Ved la humildad del Centurion. Jesús quiere ir á su casa para sanar á su sirviente; y el Centurion le contesta: No soy digno, Señor, de que entrais en mi casa; pero decid tan sólo una palabra, y mi sirviente quedará bueno: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum, sed tantum dis verbo, et sanabitur puer meus. (Matth. VIII. 8).*

Ved la humildad de Pedro: Apartaos de mí, Señor, pues soy un hombre pecador: *Eri a me, quia homo peccator sum, Domine. (Luc. V. 8).*

Ved á Magdalena á los pies de Jesucristo....

Y ¿qué diramos de la humildad del gran Apóstol, de aquel á quien Jesucristo había elegido como un vaso de honor para ser doctor de las gentes y llevar el nombre y la fe del verdadero Dios al universo entero? Nada soy, dice: *Nihil sum. (II. Cor. XII. 11).* Soy, dice, el más pequeño de los Apóstoles, é indigno de ser llamado Apóstol: *Ego enim sum minimus Apostolorum, qui non sum dignus vocari Apostolus. (I. Cor. XV. 9).* No soy más que un aborto. (*I. Cor. XV. 8*).

Todos los Santos han sido modelos de humildad....

Así como las capas terrestres ocultan los venenos de oro, el mar las perlas, y la tierra las raíces y la savia de los árboles, la virtud de los humildes y de los Santos está escondida en el mundo ora por la Providencia, ora por ellos mismos....

Cuando más iluminados por Dios y elevados en perfección son los hombres prudentes y los Santos, tanto más reconocen que Dios es todo, y ellos no son nada; y por esto se humillan y se aniquilan....

Cuanto más grande seas, dice el Eclesiástico, más debes humillarte en todo: *Quanto magnus es, humiliat te in omnibus. (III. 20).* Las razones que legitiman este precepto, son muchas: 1.º La grandeza enorgullece ordinariamente á los hombres... 2.º La verdadera grandeza es la humildad; sólo la humildad eleva, y solamente la magna-

Quanto más elevados os sean, más debéis humillaros.

nimidad está en la humildad. Solo la humildad desprecia en un gran corazón el incienso y las pequeñas y vanas sombras de los honores del mundo, porque ve que no hay verdadero honor más que en la virtud, y que no hay honor sólido y digno de desearse más que en la gloria eterna.... 3.º La escuela de Jesucristo es la escuela de la humildad; en esta escuela se aprende la humildad y la caridad.... S. Gregorio da también otra razón: Cuando aumentan los dones, dice, aumenta también la cuenta que hemos de dar; y así cada uno según su empleo y su posición, debe procurar humillarse y servir á Dios con tanto más celo, cuanto más terrible y estrecha cuenta ha de dar á Dios (4).

El Eclesiástico da la quinta razón. Después de haber dicho: «Cuanto más grande seas, más debes humillarte en todo,» añade: Y buscarás gracia ante Dios: *Et coram Deo invenies gratiam.* (III. 20). Así, para ser más grandes ante Dios, que es el único que sabe estimar y pesar la grandeza, y para ser más grandes en su gracia, hemos de serlo más en humildad....

Acordaos, dice S. Isidoro, que sois polvo y ceniza, podredumbre y gusanos; y aunque esteis en alguna posición elevada, si vuestra humildad no está al nivel de vuestra altura, perdéis enteramente cuanto sois. ¿Estáis acaso á mayor elevación que el primer ángel? ¿sois más ilustre en la tierra que Lucifer en el cielo, quien por su orgullo cayó de su sublime grandeza á la más profunda miseria? *(De conflictu vitiorum et virtutum).*

Cuando os veis en la cima de las virtudes, dice S. Eiren, tenéis entonces necesidad de una humildad suma, á fin de que, siendo sólidos y perfectos los cimientos, que son la humildad, sea fuerte el edificio construido encima; entonces vuestras virtudes y méritos tendrán una gran firmeza (2).

La sexta razón que nos obliga á humillarnos á medida que nos elevamos, es que tan sólo allí reside la perfección así de la humildad como de las demás virtudes....

El Eclesiástico nos da la séptima de las razones. Vedla: Solo el poder de Dios es grande y honrado por los humildes: *Quantum magna potentia Dei solius, et ab humilibus honoratur.* (III. 21). Humillados pues profundamente, y recibireis de Dios mucha abundancia de gracias; porque Dios es muy honrado por la humildad, le place esta virtud, y le alegra infinitamente; y Dios honra á los que le honran y les colma de gracias. Es evidente la razón: siendo Dios la suprema grandeza, la criatura le debe tributar la suprema humildad. Dios ama la humildad porque ama la verdad, y la humildad no es más que la verdad, puesto que no es más que el conocimiento de

(1) Cum quantior dona, rationes etiam erantur honorum. Tanto ergo humilior, atque ad servandum Deo promptior quisque debet esse ex iusticia, quanto se obligatiora esse conspiciat in resoluendo ratione. *Homil. VII. in Evang.*

(2) Quando videtur te ad optima virtutum avocatum, tunc maxime tibi humilitate opus est, ut fundamentis satis et latius, quod superstruendum est edificium, inconcussitas consistat; quoniam sic in multa acie virtutum tuarum erit. *De Vita spirit. hom. 16.*

Dios y de nosotros mismos, en tanto que el orgullo es la ignorancia completa de estas dos grandes verdades, compendio de todas las verdades posibles....

1.º ¿Qué somos por la sustancia?... 2.º ¿Qué por la extension y medida de nuestro ser?... 3.º ¿Qué por la calidad?... 4.º ¿Qué somos por nuestro origen?... Hijos del pecador Adán, y nosotros también pecadores... 5.º ¿Qué somos por la acción?... 6.º ¿Qué por la debilidad?... 7.º ¿Dónde estamos? En la tierra, entre el cielo y el infierno... 8.º ¿Desde cuándo existimos?... ¿Cuánto hemos vivido?... ¿Cuándo moriremos?... 9.º ¿Cuál es nuestra posición? De pie ahora, inclinados ó caídos mañana, y tal vez dentro de un instante.... 10. ¿Cuáles son nuestras costumbres? ¿cómo vivimos?

¿Qué hemos sido? dice S. Bernardo, ¿qué somos? ¿qué seremos? *Quid fuisti? quid es? quid eris?* ¿Qué hemos sido? La vil nada. ¿Qué somos? Un vaso de ignominia. ¿Qué seremos? Pasto de los gusanos: *Quid fuisti? Sperma fatidum. Quid es? Vas stercorum. Quid eris? Escra vermium.* (Lib. Consid.).

Escuchemos á Job: He dicho á la corrupción: Eres mi padre; y á los gusanos: Sois mi madre y mi hermano: *Putredini dixi: Pater meus es; et mater mea, et soror mea, vermium.* (XVII. 14).

Oh hombre, dice S. Agustín: si considerases toda la asquerosidad que tu cuerpo contiene y arroja, comprenderías que es la cloaca más vil: *O homo, si consideres quid per os, quid per nares exierosque meatus corporis egrediat, nunquam vilis sterquilinum invenisti.* (In Psalm.).

Tu humillación está en ti, dice el profeta Miqueas: *Humiliatio tua in medio tui.* (VI. 14).

Mi ser, Señor, dice el Salmista, está delante de vos como la nada; si, todo hombre vivo en la tierra no es más que unicidad: *Substantia mea tanquam nihilum ante te; cerum tamen universa carnis omnis homo vivens.* (XXXVIII. 6). Mi ignominia está todo el día en mi presencia, y la confusión cubre mi rostro: *Tota die circumdanda mea contra me est, et confusio faciei mee cooperuit me.* (XLIII. 16).

Baja, dice Isaías, sientate en el polvo, sientate en la tierra: *Descende, sede in pulvere, sede in terra.* (XLVII. 1).

¿Qué mayor motivo para humillarnos que el no poder hacer nada bueno por nosotros mismos! Y Jesucristo nos lo afirma: sin mi nada podéis hacer, dice: *Sine me nihil potestis facere.* (Joann. XV. 5).

Si alguien, dice S. Pablo á los Galatas, cree ser algo, sin ser nada, se engaña á sí mismo: *Si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit.* (VI. 3).

El que sepa que no es más que ceniza, dice S. Jerónimo, y que pronto quedará reducido á polvo, no puede nunca ser orgulloso; y el que considere la brevedad del tiempo y la longuía de la eternidad, y se ocupe siempre con el pensamiento de la muerte y de la nada de su ser, será necesariamente humilde. (*Lib. super Matth.*).

Motivos que obligan á humillarse.

No hay pecado cometido por hombre, dice S. Agustín, que no pueda cometer en cualquier hombre, si su criador le abandona: *Nullum est peccatum quod fecit homo, quod non possit facere alter homo, si desit rector á quo factus est homo.* (De Caritate).

¡Qué motivo de humillación!

¿Quién es el hombre que puede decir: Mi corazón está puro, inocente y está exento del pecado? dicen los Proverbios: *Quis potest dicere: Mandatum est cor meum, purus sum á peccato?* (XX, 9).

Aunque haya justos y corazones puros, no deben sin embargo gloriarse de ello ni hacerlo motivo de vanidad, ya porque esta pareceza no es obra suya, sino de Dios, ya porque el que es perfecto hoy, puede mañana ser un gran pecador y un réprobo; pueda caer por su fragilidad natural, como lo han hecho y lo hacen tantos otros.... Podemos decir otro tanto de la incertidumbre del estado de gracia, según aquellas palabras de la Escritura: El hombre ignora si es digno de amor y de odio: *Homo nescit an amore vel odio dignus sit.* (Ecl. IX, 4). Nadie, en efecto, por más santo que sea, sabe de un modo cierto que es justo, á no mediar una revelación especial, es decir, que no puede saber si está en el feliz estado de la gracia santificante y en la amistad de Dios. ¡Qué motivo para temblar y humillarnos!....

Aunque cierto hombre sea justo, dice S. Crisóstomo, y sea mil veces justo, y haya llegado á la cumbre de la justicia, de modo que pueda hallarse exento de pecado, no puede estar exento de alguna mancha; porque, por más santo que sea, es hombre. ¿Quién puede creerse sin mancha? ¿quien pueda asegurar que se halla sin pecado? Por eso se nos manda decir en la oración: Perdonadnos nuestras culpas; á fin de que por el hábito de la oración estemos advertidos de que nos hallamos expuestos al mal por el foco del pecado y por los resultados de la concupiscencia. (In Orat. Dom.).

No hay hombre justo en la tierra que obre bien y no peque, dice el Eclesiastes: *Non est enim homo justus in terra, qui faciat bonum et non peccet.* (VII, 21).

Humíllanos ante Dios, haceos inferiores á los ángeles, á los hombres y á todas las criaturas hasta del infierno, S. Francisco de Borja se hacía inferior á Judas, y aun á los demonios, y hasta á Lucifer. (In eius vita). Haced lo propio. Y por qué? Porque habeis pecado más veces y más tiempo que ellos.... S. Vicente Ferrer dice con mucha energía que el que quiere huir de las redes y de las tentaciones del demonio, debe juzgarse á sí mismo como un cuerpo muerto lleno de gusanos, que despiden mal olor; como un cadáver cuya vista horroriza, y á cuyo lado contenemos el olfato, porque su ojar infecta, y volvemos el rostro con disgusto.

Es preciso que me mire y me trate siempre de igual manera á mí mismo; porque toda mi vida está manchada, todo soy corrupción, y mi cuerpo, y mi alma, y mi corazón, y todo lo mío está lleno de podredumbre, de ignominia repugnante, y es una vergonzosa sen-

ta de pecados y de iniquidades; y lo que es más abyecto y horrible, es que siento volver en mí con más fuerza esta corrupción vil y peligrosa. (Tract. de vita spirit.).

Dionisio el Chartreux dice que tenemos mil motivos de humillarnos, considerando principalmente: 1.º nuestros pecados cometidos...; 2.º nuestra propia fragilidad...; 3.º la imperfección de nuestra naturaleza...; 4.º nuestras manchas y miserias corporales...; 5.º comparándonos con los Santos y elegidos...; 6.º viendo que nada tenemos por nosotros mismos y nada nos pertenece...; 7.º considerando los juicios de Dios...; 8.º considerando su divina majestad...; 9.º pesando el castigo del orgullo.... S. Bernardo pone en los labios de Dios estas palabras: ¡Oh hombre! si te vieses, te disgustaría tu aspecto, y me gustarías; pero, porque no te ves, estás prendado de ti, y me disgustarías. Tiempo vendrá en que no podrás gustarme á mí, ni te satisfarás á ti mismo; á mí no me gustarás, porque has pecado, y te disgustarás de ti mismo, porque arderás eternamente (1).

El que se conoce perfectamente, se desprecia, dice S. Gregorio; porque el orgullo nace de la ceguedad y de la ignorancia de uno mismo: *qui se clare cognoscit, sibi vilescit; superbia enim oritur ex cecitate et sui ignorantia.* (Lib. Moral.).

El primer grado de la humildad es conocernos, y conocer nuestra nada...; el segundo es sufrir con valor el desprecio que recibimos, de cualquier persona que venga...; el tercero es que nos alegremos de ello....

San Anselmo hace consistir la humildad en el desprecio propio. Indica siete grados de humildad: el primero es reconocer que somos despreciables...; el segundo es lamentar esta degradación...; el tercero es confesar que somos despreciables...; el cuarto es persequir de ello á los demás...; el quinto es sufrir con paciencia que nos lo digan...; el sexto es sufrir con espíritu tranquilo que así nos traten...; el séptimo es tenerlo por agradable desearlo y quererlo. (Lib. de similit., c. C.).

Hé aquí otros grados señalados, á la humildad; 1.º humillarnos ante nuestros superiores...; 2.º delante de nuestros semejantes...; 3.º con nuestros inferiores....

Los doce grados que S. Benito señala á la humildad en la regla que ha trazado, son los siguientes: El primero es el temor del Señor...; el segundo es la resignación...; el tercero la obediencia...; el cuarto la práctica de esta obediencia hasta en lo más penoso...; el quinto descubrir nuestros defectos, y darnos enteramente á conocer á nuestros superiores...; el sexto creernos indignos de toda consideración y de todo bien...; el séptimo persuadirnos sinceramente de

(1) Oh homo, si te videres, tibi displiceres, et mihi placeres; sed, quia te non vides, tibi placere, et mihi displicere. Veniet tempus, cum nec mihi nec tibi placueris; mihi, quia peccaveris; tibi, quia in eternum ardebis. Sermo, in Plat.

Diversos grados de humildad.

®



que somos inferiores á los demás...; el octavo, que especialmente es para los religiosos, seguir el ejemplo de la comunidad, y no singularizarse nunca...; el noveno guardar silencio hasta que se nos pregunte...; el décimo no dejarse arrastrar á la risa y á la disipación...; el undécimo hablar con modestia, hablar poco, y no decir más que cosas razonables...; el duodécimo practicar la humildad exterior é interiormente....

Señales de la humildad.

Casiano indica como señales de la humildad: 1.º la mortificación...; 2.º el conocimiento que damos de nosotros á nuestros superiores...; 3.º si todo lo hacemos según la decisión del superior...; 4.º la obediencia y la mansedumbre en todo...; 5.º no hacer daño á los demás, y sufrir el que recibamos...; 6.º no hacer nada fuera del ejemplo y de la regla...; 7.º estar contentos con los oficios viles, y creernos sirvientes inútiles...; 8.º creernos inferiores á todos...; 9.º reprimir nuestra lengua y hablar con modestia...; 10 huir de las alegrías ruidosas. (Lib. IV, institut. rem. ut., c. XXXII).

El mismo autor da también las siguientes señales: 1.º no querer alabanzas...; 2.º ser sencillos en las costumbres...; 3.º ignorar de buenas gana el bien que los demás digan de nosotros, temiendo que al conocerlo lo perdamos...; 4.º abrigar humildes sentimientos sobre nuestra pobre persona aun cuando los demás digan otra cosa...; 5.º reconocer siempre que los demás tienen más ventaja que nosotros...; 6.º enjuiciarnos á nosotros mismos...; 7.º no excusarnos, y recibir de buen grado la corrección...; 8.º ignorar nuestras virtudes...; 9.º despreciar lo que es humano y de la tierra...; 10 orar por nuestros perseguidores y hacerles favor....

Excoelencias, riquezas y ventajas de la humildad.

1.º La humildad sale victoriosa del infierno y de las tentaciones.

San Macario oyó un día que el demonio le decía: Macario, mucho me violentas; deseo dañarte, y no puedo. Ayunas y velas sin cesar, yo hago siempre lo propio, pero tú me aventajas en una cosa. Y preguntándole Macario en qué, respondió: Tu humildad es la que tan sólo triunfa de mí: *Humilitas tua sola me vincit.* (In Vit. Patr. Lib. VII, c. XIII).

Toda la victoria del Salvador, que venció al demonio y el mundo, dice S. Leon, fue concebida en la humildad y terminada por la humildad: *Tota victoria Salvatoris, que diabolum superavit et mundum, humilitate est concepta, humilitate confecta.* (Lib. II, de Consid.).

La humildad abate toda la fuerza del enemigo. El humilde es el primero en acusarse y condenarse, dicen los Proverbios: *Iustus prior est accusator sui.* (XVIII. 17). Así es que quita al demonio todo medio de atacar, de acusar y de vencer....

La humildad eleva.

El que se humilla, será ensalzado, dice Jesucristo: *Qui se humiliat, exaltabitur.* (Luc. XIV. 11).

Jesucristo, dice S. Pablo, se ha aniquilado, por cuya razón Dios

le ha ensalzado, dándole un nombre superior á todos los nombres; á fin de que al pronunciarse la palabra Jesús, se doblen todas las rodillas en el cielo, en la tierra y en los infiernos (1).

La humildad en los honores, dice S. Bernardo, es el honor del mismo honor, y la dignidad de la dignidad. Toda indignidad es digna de este nombre si tiene orgullo. Si nos hallamos constituidos sobre los demás, seamos sus iguales por medio de la humildad. Si mandamos seámoslos someternos. ¿Por qué hámos de enorgullecernos sin causa? El Señor es infinitamente grande; pero no debemos tratar de imitarle en esto. Su grandeza es laudable, pero no imitable. Humilláos, y seréis grandes, seréis dueños de Dios. Solamente la humildad eleva; ella solamente da la vida. Es el verdadero camino, no hay otro fuera de ella. El que anda de otra suerte, ha de caer, pero no subir (2).

María se humilla, y en el momento en que se dice humilde sierra del Señor, se encarna el Verbo Eterno en sus castas entrañas. La humildad la eleva al único y sublime puesto de Madre de Dios....

María, dice S. Bernardo, ha llegado á ser justamente señora del universo por haberse presentado como sierra de todos: *Maria facta est omnium Domina, que se omnium exhibebat ancillam.* (Serm. in Apoc.).

El humilde se considera como el más indigno de todos, aunque viva más dignamente que los otros, y creyéndose el último de todos, es indudablemente el primero. La verdadera grandeza del alma es la humildad, con la que el hombre se cubre, á ejemplo del Verbo encarnado, que ocultó su divina grandeza bajo el velo de la sagrada humildad.... El hombre verdaderamente humilde ignora su grandeza....

La humildad es el árbol de la vida, que crece siempre y llega á grandísima altura. Cuanto más se rebaja el hombre, tanto más sube; así como el árbol crece á medida que bajan sus raíces y se ocultan más en la tierra. El orgullo que sube hasta el cielo, baja hasta el infierno, y la humildad que baja hasta el infierno, se eleva hasta á los cielos. Esto enseñan los Santos Padres....

Cuanto más humildes seáis, dice S. Bernardo, más os seguirá el acrecentamiento de la gloria. Bajad para subir; humilláos para ser ensalzados, á fin de que, ensalzados, no os veáis humillados. La humildad ignora lo que es caer, pero sabe lo que es subir (3).

(1) *Semper in omni saeculo. Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen quod est super omne nomen ut in nomine Jesu omnia genuflectantur, cadant, terreamini, et subvertantur.* *Philipp. II, c. 10.*

(2) *Humilitas in honore, tantum est spiritus humilis, et dignitas humilitatis. Omnis dignitas nisi dignitatis nomine indigna non est, humilitas dicitur. Si ergo quis ex, isto in honore de preter, si omnia se peccata, non deducere omnino. Quia in infirmitate, ó humo, quod exaltatur, sibi causa? Scilicet, quod in Domini, sed non de propinquo. Sicut, humilitas in gloria, sicut in infirmitate, humilitas, ad opprobrium. Sicut est, humilitas, qui exaltatur, sed qui docet ad vitam. Hec via non est illa, propter ipsam. Qui aliter vidit, occidit potius quam ascendit. Serm. XXXVI, in Cant.*

(3) *Quanto humiliter fueris, tanto te magis sequitur gloria altitudo. Descende ut ascendas, humiliter ut exaltaris, non exaltate humiliter. Humilitas quidem solet, sed ascensionem. De modo bene servati, c. XXXII.*

Dios signo de cerca á los orgullosos para vengarse, dice Séneca: *Sequitur superbus ultor á tergo Deus.* (In Hercule). Y Dios, remunerador de los humildes, está ante éstos para guiarlos, elevarlos y coronarlos....

La humildad, dice S. Cipriano, eleva al más alto grado: *De humilitate ad summa crescimus.* (Serm. ad Martyr.).

Sóil pequeños á vuestros propios ojos, para que seáis grandes á los ojos de Dios, dice S. Agustín: *Esto parvulus in oculis tuis, ut sis magnus in oculis Dei.* (Serm. CCMIII. de Temp.).

Dios, dice el Real Profeta, levanta al pobre, al humilde del polvo, y al indigente de su malhadar, para hacer que se sienten entre los príncipes de su pueblo en medio de sus elegidos: *Suscitans á terra inopem, et de stercore erigens pauperem, ut collocaet eum cum principibus populi sui.* (CML. 7-8).

Veid á José: sus hermanos le hicieron padecer toda clase de persecuciones y ultrajes, y le rebujaron hasta venderle como esclavo; *Vendiderunt eum.* (Gen. XXXVII. 28); pero Dios lo elevó, haciéndole como Dios de Faraón y de todo el Egipto; y sus orgullosos hermanos se vieron obligados, para no morir de hambre y obtener su gracia, á postrarse á sus pies.... Sus hermanos le vendieron, dice S. Gregorio, para no honrarle; y el fue honrado y exaltado porque le vendieron: *Venditus est á fratribus Joseph, ne ab eis adoraretur; sed ideo est adoratus, quia est venditus.* (In Gen.). José vendido así, y así tratado, parecía miserable y digno de compasión, según el juicio de sus hermanos y del mundo; pero lo era, pues por aquel hecho Dios empezó á glorificarle y á deprimir á sus hermanos. Porque Dios empieza, en efecto, á elevar cuando humilla, y cuanto más quiere ensalzar, más deprime. Así hizo con José, principalmente con Jesucristo.

El orgulloso Aman, tan elevado, quiso perder al humilde Mardoqueo; pero aquel Mardoqueo fue más elevado que Aman, y Aman fué atado al patibulo levantado para Mardoqueo. (Cuántos ejemplos parecidos podríamos citar!....)

El cargo triunfal de la virtud y de la gloria es la adversidad y el desprecio....

Cuando eras pequeño á tus ojos, dice Samuel á Saul, ¿no fuiste erigido en jefe de las tribus de Israel, y no te consagró el Señor como rey? *Nonne, cum parvulus esses in oculis tuis, caput in tribus Israel factus es? unctique te Dominus in regem super Israel.* (1. Reg. VI. 17). Veid el fruto de la humildad....

Ante el Señor que me ha elegido, mandándome ser rey de su pueblo en Israel, dice el rey David; apareceré más pequeño de lo que he sido, y seré humilde á mis ojos, apareciendo así más glorioso (1).

(1) Ante Dominum, qui elegit me, et precepit mihi, ut essem dux super populum Domini in Israel, videri habebis quam factus sum; et ero humilis in oculis meis, et gloriosus apparebo. 1. Reg. VI. 17.

David, dice S. Crisóstomo, confiesa que ha sido pastor y hombre de labranza, y despues de haber llegado á ser noble y grande, siente y confiesa que ha salido del polvo, y por no haber olvidado lo que ha sido, es mantenido en la grandeza de la dignidad real (1).

¿Queréis ser grandes? dice S. Agustín. Comenzad por ser humildes. ¿Pensáis en levantar un gran edificio? Debeis principiar por la humildad, que es su cimiento: *Magnus esse cit, á minimo incipe. Cogitans magnam fabricam constituere celsitudinis, de fundamento prius cogita humilitatis.* (In Evang. Matth., serm. X).

Por causa del orgullo cayó del Cielo la admirable naturaleza de los Angeles; y por la humildad del Hijo de Dios sube al Cielo la fragilidad de la naturaleza humana. Cuanto más descendiendo y se rebaja el corazon con profunda humildad, más se eleva. La humildad es pues el principio de la exaltacion, de la grandeza y de la gloria....

La gloria va precedida de la humildad, dicen los Proverbios: *Gloriam precedit humilitas.* (XV. 33).

El esplendor y la gloria, dice S. Gregorio Nazianceno, acompañan á la humildad: *Splendor et gloria humilitatem comitantur.* (Orat. III).

Cuanto más nos humillemos, es decir, cuantas más bajas ideas tengamos de nosotros mismos, dice S. Agustín, más grandes seremos en presencia de Dios. Por el contrario, cuanto más elevado aparecerá el orgulloso entre los hombres, más pequeño y abyecto le juzgará Dios. Humillaos pues para ser ensalzados, no sea que, elevados por el orgullo, seáis humillados. Porque el que se poltre á sus ojos, es del agrado de Dios; el que se desprecia, es estimado de Dios. Tened una profunda humildad en vuestra elevacion; esta elevacion no será honrosa para vosotros sino en tanto que seréis humildes. (Serm. CCMIII).

Creedme, dice S. Cirilo, el que se cree grande, se hace abyecto, como el que se cree sabio, se vuelve loco. Allí donde se halla una profunda humildad, está la dignidad suprema; y cuando es despreciais soberanamente, vuestra dignidad llega á ser casi infinita. Juzgándonos indignos de las grandezas, la humildad nos hace repentinamente dignos de la mansion celestial y eterna. (Catech. III).

El que desea seguir las huellas de la Divinidad, dice S. Ambrosio, siga el camino de la humildad, y el que quiera ser más ensalzado que su hermano en el cielo, debe precederle en humildad en la tierra, aventajándole por el respeto hacia sus deberes, á fin de vencerle en santidad. (Offic.).

El camino del cielo es la humildad y las humillaciones, así como el camino de la ruina y de la condenacion es el orgullo....

La gloria recibirá al humilde de espíritu, dicen los Proverbios: *Humilem spiritus suscipiet gloria.* (XXIX. 23). Así como el águila alimenta á sus pagueñuelos, los recibe, los levanta en el aire, y allí los mantiene y sostiene para que no caigan, la gracia celestial re-

(1) Noverat ne pastorem esse rivum, et non genere nobili totum. Sed quando factus rex nobilis, agnovit se ex humo fuisse nobilitatum; et qui non est oblitus que cuncta erat, perseveravit in culmine regni. In Ecl. II. 19.

cibe a los humildes, los levanta, los sostiene en su elevación, los fortifica y les impide caer....

Cuanto más grande y elevado es el hombre humilde, más trata de empqueñecerse. La humildad es madre del verdadero honor, y el humilde es, en efecto, honrado de Dios, de los ángeles y de los hombres; y no recibe un sólo honor, sino todos los honores, ya temporales, ya espirituales, ya eternos.

A medida que el humilde multiplica sus actos de humildad, aumenta y multiplica su gloria; porque nada es tan glorioso y admirable como considerarse pequeño, haciendo las cosas más grandes. En esto estriba la verdadera gloria; y así cumplimos aquellas palabras de Jesucristo: Cuando hayáis hecho lo que se os mande, decid: Somos servidores inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer: *Cum feceritis omnia que precepta sunt vobis, dicite: Servi inutilis sumus; quod debuimus facere, fecimus.* (Luc. XVII. 10).

¿Desearís ser grandes? dice S. Eren. Séid los últimos de todos. ¿Desearís una buena reputación? Haced vuestras obras en la humildad y mansedumbre (1).

¿Queréis tener muchos honores? dice Séneca. Os entregaré un grande imperio: Regius á vosotros mismos, y aprended á gobernaros: *¿Vis habere magnam honorem? Dabo tibi magnam imperium; impera tibi.* (In Prov.).

Dios, dice S. Agustín habita los lugares más altos, y hace de los que levanta un cielo para sí. ¿Quién es santo sino el humilde? Dios da la vida á los humildes; los humildes son el cielo (2).

San Juan Bautista, dice S. Gregorio, no quiere tomar el nombre de Jesucristo, y llega á ser miembro suyo, y dedicándose á reconocer humildemente su debilidad, merece el mayor de los encumbramientos (3).

3.º Sólo el humilde es capaz de cosas grandes.

Nada es imposible, ni siquiera difícil á los humildes, dice S. Leon: *Nihil arduum humilibus....* (Serm. de Quadrag.). El humilde, desconfiando de sí mismo, todo lo hace en Dios, y Dios le ayuda....

Siempre consulta á Dios, y Dios le guía.... Atribuyéndolo todo á Dios, Dios le bendice en todo; y entonces todo lo puede. Dice como Pedro: Echare, Señor, la red sobre vuestra palabra: *In verbo tuo laxabo rete.* (Luc. V. 5).

El orgulloso descansa sobre un brazo de carne; quedan fallidas sus esperanzas, no pueda sostenerse, y cae: el humilde no se apoya más que en el poderoso brazo de Dios, está firme, resiste, emprende y concluye....

El gusano de seda hace un trabajo precioso; pero se aculta, y ya

puede verse más que su hermosa casita. Consideremos como gusanos; ocultaos, y haced que no se vean vuestras obras. Es lo que aconsejaba y hacía el Real Profeta: No soy un hombre, sino un gusano: *Ego sum vermis, et non homo.* (XXI. 7).

¿Quién ha hecho cosas más grandes que Moisés, Judas Macabeo, los Apóstoles y los Santos de todos los tiempos? Pues no hacían nada por sí mismos; obraban siempre por Dios y en Dios.... Los orgullosos no producen más que rufas; los humildes son los que hacen obras duraderas y heroicas....

4.º La humildad de María todo lo repara.

Dios mira la humildad de su sierva María: *Respexit humilitatem ancille sue.* (Luc. I. 48).

El favor divino que la naturaleza humana había perdido por el orgullo de nuestros primeros padres, dice S. Agustín, volvió á recobrarlo María por la humildad: *Dicinitatis propitiationem, quam humana natura in primis parentibus per superbiam perdidit, in Maria per humilitatem recuperavit.* (Serm. XII).

Dios mira á María, y da su gracia, dice S. Bernardo: *Respicit Mariam, et infundit gratiam.* (Serm. super «Missus est.»)

¡O verdadera humildad, exclama S. Agustín, humildad que engendra no Dios á los hombres, da vida á los mortales, renueva los cielos, purifica el mundo, abra el cielo, y libra las almas de los hombres! (4).

¿A quién miraré yo, dice el Señor por medio de Isaías, sino al pobre y al corazón contrito? *Ad quem respiciam, nisi ad pauperem et contritum spiritum.* (LXVI. 2). Dios da una mirada al humilde y no se dice que la da al corazón virgen, dice S. Bernardo.

Así pues, si María no hubiese sido humilde, el Espíritu Santo no habría bajado á ella, ni la habría fecundado. Dios miró más la humildad de su sierva, que su virginidad; y aunque agrado por su virginidad, concibió sin embargo por su humildad; y aquella misma humildad hizo que su virginidad fuese del agrado de Dios (5).

5.º La humildad es el fundamento, el sosten y el acrecentamiento de las virtudes.

La humildad, dice S. Basilio, es el tesoro más seguro de todas las virtudes, su raíz y fundamento: *Humilitas est tutissimus virtutum omnium thesaurus, radix et fundamentum.* (In Consil. monasterii, c. XVII).

Así como el orgullo es el manantial de todos los males, dice S. Crisóstomo, la humildad es el origen de todas las virtudes: *Sicut superbia omnium malorum fons est, ita humilitas cunctarum virginitatum.* (Homil. XV. in Matth.).

(1) *Cupis magnis esset Si omnium aduersariorum. Cupis homini possidere contenti la humilitate ac mansuetudine operi tui temporis atque paratillo. Tract. de Tricens. Det. Incol. I. III.*

(2) *Dicit in albis habitat; quos exaltabit facit sibi eos cadam. Qui sunt sancti, nisi humiliter? Dicit dicit vitam in quibus humilitate operis sunt. Humiliter sunt eorum. Serm. XII.*

(3) *Contra ergo esse vult apertum somno Christi, factus est mansuetum Christi, quia dum infirmitatem suam; statuit humiliter et gratiaque, illas delatitudinem merari venatorum obtinere. Lib. Moral.*

(4) *O vera humilitas; que Deum hominibus peccati, vitam mortibus eicit, caros in nocentissimum paritavit, paradisaum aperit, et hominum omnium liberavit! Serm. XII.*

(5) *Super humiliter dicit, non super virginem. Si ergo Maria humilis non esset, nunquam Spiritus Sanctus non recurrens, nec interpretaret. Respicit ad ipsam, humiliter et tenet ancille sue; potius quam virginitatem; et si placuit ex virginitate, bonum concipit et humilitate. Quis constat quia enim ut placeret virginis, humiliter speculabat dicitur facti. Homil. I. super Mattheum est.*

La humildad, dice Casiano, es señora de todas las virtudes, y es el más sólido cimiento del edificio celestial. (*Collat. XV, c. VII*).

La humildad es el arsenal que encierra todas las virtudes, dice S. Basilio. (*Ad mont. ad flum. spirit.*).

Nada sea para vosotros más precioso que la humildad, dice Sta. Paulina; nada debe pareceros más amable; esta virtud es la principal conservadora, y como la custodiadora de todas las virtudes (1).

La humildad, dice S. Bernardo, es la que guarda el pudor, y es también madre de la paciencia: *Humilitas custos est pudicitia, et mater patientia*. (Epist.). Ella sola es la escuela de la sabiduría cristiana, dice S. Leon: *Est tota christianæ sapientia disciplina*. (Epist. ad Diacorum).

Todos los dones de Dios, dice S. Gregorio, y todas las virtudes mueren sin la humildad: *Omnia Dei dona omnesque virtutes perimunt, nisi adsit humilitas*. (Moral.).

6.ª La humildad es la virtud que al momento encuentra a Dios, y más se acerca a él.

Acercaos a Dios, y se os acercará a vosotros, dice el apóstol Santiago: *Appropinquate Deo, et appropinquabit vobis*. (IV. 8). Preguntáis cuál es el camino más corto para acercaros a Dios? Humillaros...

Ved, hermanos míos, un gran milagro, dice S. Agustín: Dios está muy alto, y si quereis subir hasta él, huye de vosotros; pero si os humillais, baja hasta vosotros: *Videte, fratres, magnum miraculum: Altus est Deus; erigit te, et fugit a te; humiliat te, et descendit ad te*. (Serm. II. de Ascens.). Lo mismo dice el Rey Profeta: Desde lo alto de su trono mira el Señor a los humildes, y rechaza lejos de sí los votos de los soberbios: *Excelsus Dominus, et humilia respicit, et alta à longe cognoscit*. (CXXXVII. 6). El hombre, añade, subirá sobre su corazón orgulloso, y Dios se elevará todavía más arriba: *Accedet homo ad cor altum, et exaltabitur Deus*. (LXIII 7-8).

En las cosas visibles, dice S. Agustín, hemos de subir mucho para ver mejor; pero para acercarnos a Dios y verle, no hemos de elevarnos, sino bajar: *In rebus visibilibus, ut excelsa quisque contingat, in excelsis erigitur; Deus autem, cum omnium sit excellentissimus, non elatione, sed humilitate contingitur*. (Serm. de Ascens.).

Un pecador humilde encuentra más pronto a Dios que un justo soberbio... Con los pasos de la humildad subimos hasta la cumbre del cielo. Aprendamos pues á ser humildes; sólo así nos acercaremos á Dios.....

Oigamos á Isaías: *Hic aqi lo que dice el Altísimo, el muy sublime, aquel cuyo palacio es la eternidad, y cuyo nombre es el Santo; Habito más allá de los cielos y oigo los suspiros del corazón humilde; vivifico á los espíritus humildes (2)*. Notad aquí la admirable

(1) Nihil habetis humilitate prestantius, nihil utilius; hec est enim precipua conservatrix, et quasi cunctas virtutum omnium. Epist. XIV. ad Celant.

(2) Hinc dicitur: Excelsus et Sublimis, habitans eternitatem, et Sanctum nomen ejus in excelsis et in sanctis habitans, et cum coelesti et humili spiritu, et vivificat spiritum humilium. LVII. 15.

grandeza de Dios, y su magnificencia en la maravillosa combinación con que une los dos extremos; pues une la suprema elevación con el supremo abatimiento, el cielo y el humilde; el, que está elevado hasta el infinito, se une á la suprema nada que se humilla. Habita en el corazón humilde como habita en el cielo, porque se hace un cielo del corazón humilde. Así eleva Dios á los humildes hasta el cielo, hasta la eternidad. Elevados así, ¿cómo no han de hallar á Dios, puesto que está en ellos, y ellos en él?

7.ª La humildad es la destrucción del pecado. San Egidio, discípulo de S. Francisco, dice admirablemente: La humildad es como el rayo, que á la verdad hiere, pero desaparece; así la humildad hiere y destruye todo pecado, y hace que el hombre se considere como la nada á sus propios ojos. (*In ejus vita*).

El humilde es casi impecable, porque desconfía constantemente de sí mismo, y sólo confía en Dios. Vela, teme, huye y ruega....

Todos los pecados del corazón humilde quedan perdonados y borrados, según aquellas palabras del Salmista: Señor, no os acordéis de nuestras iniquidades pasadas, y apresárense á prevenirnos vuestras misericordias, porque hemos sido muy humillados. (LXXVIII. 8). No despreciéis, Dios mío, un corazón conito y humillado: *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despiciet*. (L. 19).

Dios, dice S. Agustín, olvida nuestros pecados cuando los reconocemos y humildemente los confesamos: *Deus ignoscit, quando ipso agnoscit peccator*. (Lib. Confess.). El hombre cae en el pecado por orgullo, y se levanta por humildad. Jamás un corazón humilde ha quedado en el pecado; jamás rebosa Dios el perdon á humilde...

8.ª La humildad hace ángeles de los demonios.

El orgullo, dice S. Anselmo, de los ángeles hizo demonios; y la humildad, por el contrario, convierte en ángeles á los mismos demonios: *Superbia ex angelis demones fecit; humilitas ex demonibus angelos facit*. (Lib. de Similit.).

Por medio de la humildad, dice S. Gregorio, los hombres ocupan el lugar de los ángeles que se hicieron apóstatas por el orgullo: *Illic humilitate homines redeunt, unde apostata angeli superbiendo ceciderunt*. (Homil. in Evang.).

El mayor de los pecadores se convierte en ángel humillándose. Véase á David, al Publicano, á Pablo, á Magdalena, á Agustín, etc. Todos estos grandes pecadores llegaron á ser grandes Santos por la humildad. Dios perdonaría hasta á los demonios que están en el infierno si pudiesen y quisiesen humillarse.

9.ª La humildad es el sacrificio más agradable á Dios.

La humildad, dice S. Crisóstomo, es el mayor y más excelente de todos los sacrificios. *Sacrificium maximum est humilitas*. (Homil. II. in Psalm. L). En efecto: la humildad es el sacrificio del corazón, del alma, del espíritu, de la voluntad, del cuerpo, del hombre todo...

10. La humildad ilumina y hace conocer la verdad.

En la profunda humildad, dice S. Bernardo, es donde radica el

conocimiento de la verdad. *In culmine humilitatis constituitur cognitio veritatis.* (Epist.).

Dios no se revela más que á los humildes. Jesucristo, dirigiéndose á su Padre, dice: Os doy gracias, ó Padre mio, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas á los sabios y á los prudentes (es decir, á los orgullosos), y haberla revelado á los pequeños; (á los humildes): *Confiteor tibi, Pater, Domine tibi et terra, quia abscondisti hæc à sapientibus et prudentibus, et recessisti ea parvulis.* (Matth. XI, 25.)

Si los herejes están en el error y fuera de la verdad, es porque son orgullosos. La ausencia de la humildad del espíritu y del corazón es la mayor de las desgracias para el hombre, y el mayor castigo de Dios. En espíritu humilde no necesita más que la fe para ver y conocer todas verdades esenciales á la salvación; mientras que el orgulloso no quiere más que su razón. Y como Dios se ha retirado de su espíritu, la razón está oscurecida y alterada, ya que el hombre no es más que un insensato.

11. La humildad da la verdadera libertad.

Me he humillado, dice el Rey profeta; y Dios me ha dado la libertad: *Humiliatus sum, et liberabit me.* (CXIV, 6).

El que se humilla, dice S. Crisostomo, el que confiesa su dependencia, merece la libertad de la gracia: *Omnia qui confitentur servitutem, meretur gratia libertatem.* (Homil. II. in Psal. I).

La humildad queda victoriosa de los movimientos de la ira; es superior á las ofensas y á toda clase de dificultades; queda siempre victoriosa de los demonios, del mundo, de la carne, de todos los pecados, de todos los obstáculos, y abre el camino y la puerta del cielo. ¿Dónde una libertad más bella y preciosa que la que nos proporciona?

12. La humildad da la verdadera sabiduría.

En todas partes donde habita el orgullo está cerca la confusion, dicen los proverbios; pero la sabiduría habita con los humildes: *Ubi fuerit superbia, ibi erit et contumelia; ubi autem est humilitas ibi sapientia.* (XI, 2).

La humildad, dice S. Agustín, merece ser guiada por la luz de Dios, y la luz de Dios es la recompensa de la humildad: *Humilitas claritatis est meritum; claritas humilitatis est premium.* (CIV. in Joan.).

13. La humildad da la paz.

Aprended de mí, dice Jesucristo, pues soy manso y humilde de corazón; y hallarán descanso vuestras almas: *Discite à me quia mitis sum et humilis corde, et invenientis requiem animabus vestris.* (Matth. XI, 29). La hija de la humildad es la paz del corazón. El humilde está en paz con Dios, con el prójimo y consigo mismo....

14. La humildad alcanza la gracia.

Dios, dice el apóstol Santiago, da su gracia á los humildes: *Humili-*

bus dat gratiam. (IV, 6). La gracia del Espíritu Santo no puede habitar en el que no es humilde, dice S. Agustín: *Quicumque humilis non fuerit, non potest in eo habitare gratia Spiritus Sancti.* (CIV. in Joann.). Así pues, la gracia del Espíritu Santo habita en un corazón humilde.... Ninguna gracia niega Dios á la humildad....

15. Siempre es oída la oración del humilde.

Dios, dice el Rey Profeta, oye la oración del humilde, y nunca la desatiende. Graba en su memoria las generaciones esta consoladora verdad: *Respect in orationem humilium, et non sprebit preces eorum. Scribantur hæc in generatione altera.* (CI, 18-19).

Señor, dice Judit, siempre os ha sido agradable la oración de los humildes y de los misericordiosos: *Humilium et maxuetorum semper tibi placuit deprecatio.* (IX, 16).

Oíd mi oración, Señor dice el Salmista, porque estoy profundamente humillado: *Intende ad deprecationem meam, quia humiliatus sum nimis.* (CXLI, 7).

16. La humildad asegura al hombre lo que es necesario á la vida, y hasta le asegura la abundancia.

Los valles se cubren de mieses, dice el Salmista: *Valles abundarunt frumento.* (LXIV, 14). Los valles representan á los humildes.... Ya veis, Señor, añade el Salmista, fuentes en los valles; sus aguas corren al través de las montañas: *Qui emittit fontes in convallibus, inter medium montium pertransibunt aque.* (CIII, 10).

17. La humillacion es un bien precioso.

¿Qué ventajoso es para mí, y qué bueno, Señor, el que me habeis humillado? dice el Real Profeta: *Bonum mihi quia humiliasti me.* (CXVIII, 71). Las humillaciones nos hacen reconcentrar, hacen volver al hombre de sus extravíos, le habren los ojos, le desprenden de los bienes, de los honores y de los placeres del mundo, le hacen conocer la nada del cuerpo y de todas las criaturas, y le inclinan á no unirse más que á Dios, que es el único, rico, grande, bueno, soberanamente amable y digno de admiración y de alabanza.

18. La humildad satisface toda justicia.

Con la humildad pagamos cuanto debemos á Dios; porque el hombre humilde se somete á Dios por espíritu de religion, y hace cuanto Dios le exige. Satisface sus deudas con el prójimo con una atención y una caridad sinceras; pues el hombre humilde es siempre caritativo, dispuesto á prestar servicios, á socorrer, á ayudar y á consolar. Ved á las humildes hijas de la caridad en los hospicios.... El hombre humilde satisface tambien las deudas que tiene consigo mismo, sujetando el cuerpo al alma con la continencia, y sometiendo el espíritu á Dios....

19. La humildad place infinitamente á Dios.

Nada es tan agradable á Dios, dice S. Luis obispo de Tolosa, como una vida llena de méritos y acompañada de una grande humildad; porque somos tanto más agradables á Dios, cuanto más nos despreciamos á nosotros mismos por él. (*In ejus vita.*)

Los humildes son los predilectos, los favoritos de Dios...

20. La verdadera dicha está en la humildad.

Bienaventurados los pobres de espíritu, dice Jesucristo, es decir, los humildes: *Beati pauperes spiritu.* (Matth. V. 3). Con mucha razón, dice S. Agustín, entendemos por pobres de espíritu a los humildes, porque su espíritu no está inchado de orgullo. (*In hac verba*).

El principio de la gracia, de la gloria, del reino celestial, es la humildad; y es muy cierto que la verdadera dicha sólo se halla en la gracia y en la gloria celestial...

¡Bienaventurado, dice S. Nilo, aquel cuya vida es muy ensalzada, y cuyo espíritu es muy humilde! (*In vita Patrum*).

Huyendo de la gloria, dice S. Jerónimo al hablar de Sta. Paula, merecía la gloria: *Fugiendo gloriam, gloriam merebatur.* Habiendo el Señor puesto su consideración en la humildad de su sierva, dice María, todas las generaciones me llamarán bienaventurada: *Quia respexit humilitatem ancilla sua, ecce enim ex hoc beatam me dicant omnes generationes.* (Luc. 1. 48).

Señor, dice el Salmista, nos hemos alegrado en los días que escogisteis para humillarlos: *Lætati sumus pro diebus quibus nos humiliasti.* (LXXXIX. 15).

Llenos de humildad, esperamos el consuelo del Señor, dice Judit: *Spectemus humiles consolationem ejus.* (VIII. 20).

La humildad, dice S. Eftren, es una gran felicidad y una gran gloria; no tiene caída ni ruina: *Magna felicitas et gloria est humilitas; et non est in ea lapsus atque ruina.* (Serm.).

Si queréis ser felices, dice Séneca, pensad primero en despreciaros á vosotros mismos y desead ser despreciados por los demás: *Si ris beatus esse, cogita hoc: primum contemnere, et contemni.* (Prov.).

Dios consuela, llena de alegría y vivifica á los humildes...

21. La verdadera perfección está en la humildad.

La virtud de la humildad es el árbol de vida que crece y se eleva siempre...

Cuanto más llena está la espiga, más se inclina al suelo; cuanto más cargado de frutas está un árbol, más ceden sus ramas. Lo mismo sucede con el humilde....

22. La humildad asegura la salvación.

Señor, dice el Real Profeta, salvaréis al pueblo humilde: *Populum humilem salvabis facies.* (XVII. 28). Dios salvará á los espíritus humildes: *Humiles spiritu salvabit.* (Psalm. XXXIII. 19).

Y cómo no ha de salvarse el humilde, siendo la humildad de Jesucristo y de María causa de nuestra salvación?

La humildad, dice S. Crisóstomo, ha hecho entrar al buen ladrón al paraíso antes que á los Apóstoles: *Humilius latronem ante Apostolos in paradysum duxit.* (In Luc., c. XIX).

S. Optato dice también: Los pecados con humildad valen más que

la inocencia con orgullo: *Meliora sunt peccata cum humilitate, quam innocentia cum superbia.* (Lib. II. contra Donat.).

La humildad ha venido del cielo, y á él nos conduce.

Hemos de ser aún más humildes de corazón y de espíritu que de palabra, dice S. Anselmo; es preciso que nuestra conciencia nos halle humildes, y que estemos convencidos de que nada somos, nada sabemos y nada comprendemos. (*Lib. de Similit.*)

Sed amantes de vivir ignorados y de ser tenidos por nada, dice la Imitación de Jesucristo: *Ama nesciri, et pro nihilo reputari.* (Lib. I. c. II).

Hemos de tener los humildes sentimientos de Salomón y decir con él: Soy el más insensato de todos los hombres, y la sabiduría no está conmigo: *Stultissimus sum virorum, et sapientia hominum non est mecum.* (Prov. XXX. 2). El Espíritu Santo quiere enseñarnos con estas palabras que la verdadera sabiduría consiste principalmente en el conocimiento de nosotros mismos, de nuestra miseria y locura, y en terneros en poco....

Trabajar como S. Agustín para conocer á Dios y conocernos á nosotros mismos, es el verdadero medio de comprender la humildad y practicarla....

Aprendamos á hacer actos de humildad por el orden siguiente: 1.º acto, despreciarnos á nosotros mismos...; 2.º acto, no creernos buenos para nada...; 3.º acto, no querer ser estimados...; 4.º acto, querer ser considerados como viles y despreciables...; 5.º acto, sentir tener educación...; 6.º acto, rebajarse siempre más que los otros...; 7.º acto, estar resignados á todo...; 8.º acto, someternos por Dios á todos los hombres...; 9.º acto, abrazar lo más humillante....

Hay otro orden relativo á los actos de humildad: 1.º no decir nada para ser alabados...; 2.º no alegrarnos de las alabanzas...; 3.º no hacer nada por respetos humanos...; 4.º no disculparnos...; 5.º ahuyentar los pensamientos vanos...; 6.º considerar á todo el mundo como superior á nosotros...; y 7.º recibir bien todas las humillaciones....

(Que hemos de hacer para ser humildes)

## IGLESIA.

Antigüedad de la Iglesia.

La verdadera Iglesia es tan antigua como Adán; Dios dió á conocer al primer hombre sus órdenes y su voluntad. Desde Adán hasta Moisés hubo la revelación no escrita, una tradición constante que transmitía de siglo en siglo y de generacion en generacion los preceptos del Señor. Atendida principalmente la longevidad de los hombres de aquellas primeros tiempos, era imposible que la revelación fuese olvidada. Matusalen habia vivido con Adán durante más de tres siglos; Lamech, hijo de Matusalen y padre de Noé, habia tambien visto á Adán durante más de cien años. Abraham habia vivido con Noé durante sesenta años. Luego vienen los patriarcas Isaac y Jacob. Los doce hijos de Jacob forman las doce tribus del pueblo de Dios.....

En tiempos de Moisés tuvo lugar la revelación escrita. La revelación hecha á Moisés y escrita por él ante todo el pueblo hebreo, fué transmitida intacta hasta Jesucristo. Entonces aparece el Evangelio, la más sublime de las revelaciones, que reúne la revelación primitiva, la revelación escrita por Moisés, y la tradición no escrita; de suerte que todos los siglos poseen estas tres revelaciones, que constituyen la verdadera Iglesia.

La Iglesia romana subsiste desde Adán, puesto que hace profesión de creer y observar la ley natural, la ley revelada no escrita, y la ley revelada á Moisés, en todo lo que tienen más esencial.

Lo esencial de la antigua ley eran los preceptos del Decálogo y el anuncio de la venida del Mesías, que debían hacer sustituir la verdad á las figuras. Los preceptos ceremoniales y judiciales que Moisés dió al pueblo de Dios, no eran más que para cierto tiempo, así como sus purificaciones legales. Todo esto estaba mandado sólo hasta la venida del Mesías, que debía perfeccionar esta ley, haciendo sunder la realidad á las figuras. Así dice el P. Campien (en su *Methode pour discerner la véritable religion*), su circuncision, sus purificaciones no eran más que figuras de los Sacramentos que el Mesías habia de instituir en la Iglesia. Lo que habia de esencial en la religion de los judíos, se ha perpetuado pues en Jesucristo, en sus Apóstoles y en los sucesores de los Apóstoles, que solamente se hallan en la Iglesia romana. Y los judíos que han existido después de Jesucristo, y los que existen ahora, han sido y son desertores de la religion judaica, porque no han querido reconocer al Mesías, que era el punto capital de su religion.

Todas las demás sectas se han levantado en el mundo despues del establecimiento de la Iglesia romana, como lo probaremos pronto. Así es que la religion católica y romana es sin disputa la más antigua del mundo, puesto que existe desde el origen de los siglos; ob-

serva la ley natural, la ley escrita en lo que tiene de esencial, y la ley cristiana ó evangélica.

Pero esta ley natural, esta ley revelada no escrita, esta ley antigua revelada y escrita, esta ley del Evangelio no constituye más que una sola Religion, emanada de Dios desde el origen del mundo; al principio ménos perfecta en verdad, pero religion que Dios ha querido perfeccionar sucesivamente durante los siglos, revelando de tiempo en tiempo nuevos misterios á los hombres; hasta llevarla á su última perfeccion por medio de su único Hijo, nuestro Salvador Jesucristo, que es el centro de todos los siglos pasados y futuros, y el fin de la ley, como dice el gran Apóstol á los romanos: *Finis legis Christus* (X. 4).

Jesucristo tomó la antigua Iglesia y la colocó en la nueva; tomó la Sinagoga, é hizo que fuese sustituida por la Iglesia católica, apostólica y romana. La antigua Iglesia es una misma Iglesia con la nueva, la Iglesia de los judíos y de los cristianos romanos. Los judíos, en efecto, creían en la venida del Mesías antes de Jesucristo, y los judíos llamados por Jesucristo han creído en él despues de su venida. Así pues es la misma Iglesia, la misma fe, la misma esperanza, la misma caridad, la misma justicia, la misma gloria y la misma bienaventuranza. Es el mismo Jesucristo que gobierna y enseña una y otra, justificándola y beatificándola. Si los judíos modernos meditasen esta verdad, dejarían de ser judíos y serían cristianos.....

Todo es novedad en las sectas. Ya sabemos, dice el P. Campien (*ut supra*), en que tiempo, en que lugar y en que años han empezado á parecer en el mundo todas estas sectas: ya sabemos el nombre de sus autores, de sus adheridos y de los primeros sectarios. Pero sabemos tambien que toda religion nueva, con el mero hecho de ser nueva, no puede ménos de ser muy falsa.

En vano tratan los sectarios de trazar su genealogía desde los Apóstoles; se hallan muchos vacíos ó interrumpidos en que la religion no aparecía en ninguna parte. Jamás se habia oído hablar de estas especies de religiones, y sólo se han hecho famosas por espantosas disensiones y horribles disturbios, que promovieron en la Iglesia. Así que los católicos están corrompidos en sus costumbres, el libertinaje del espíritu sigue el libertinaje del corazón..... Los hombres disolutos cambian tan fácilmente de religion como de modas y de vestidos; la antigua religion llega á ser para ellos repugnante y odiosa, porque condena sus desórdenes. Las religiones nuevas, que fisonjean las pasiones, tienen para los corazones gustados encantos seductores, sobre todo cuando estos encantos se presentan bajo la engañosa máscara de reforma y de severidad; pero severidad y reforma que sólo están en las palabras. De esta máscara se han valido todos los herejes para engañar á los pueblos. Por esto los innovadores tienen á gloria el ser discípulos recién venidos y como resucitados por milagro de las cenizas de los antiguos profetas, de los discípulos de Lutero, de los discípulos de Calvino, y hasta

de los pretendidos discípulos de S. Agustín; porque Calvino se vanagloriaba á altas voces de que S. Agustín era todo para él. Tantos hermosos pretextos, máximas austeras y severa moral que queráis; pero desde el momento en que no hay novedad en materia de religión, hay señal de falsedad. Por más que digan que su doctrina no es nueva, que es muy antigua, y aunque para hacer más plausible su antigüedad, citan á S. Agustín, á S. Próspero, los antiguos Cánones y á los Padres de la Iglesia, todo partido que se aferra y disputa siempre despues de haber sido condenado por la Iglesia romana, no es más que un partido hereje.....

La Iglesia romana no se ha formado de ninguna otra Iglesia.

Todas las otras sectas han salido de la Iglesia romana por medio de escandalosos divorcios; pero la Iglesia romana no ha salido de ninguna otra, porque tiene su origen de Jesucristo y de sus Apóstoles. No puede decirse que el papismo ha salido de la religión cristiana de los cuatro primeros siglos; pues fuera preciso para ello manifestar que en los cuatro primeros siglos no hubo Papas, y que el papismo sólo principió en el siglo quinto. Pero la historia evidencia que hubo Papas en todos los siglos. Así pues los cristianos romanos jamás han sido otra cosa que católicos y papistas, y han existido ántes que todas las sectas y herejías. Bajo el pontificado de S. Pedro nacieron en Roma, y por consiguiente su religión no se ha formado de ninguna otra. Hay más: todos los herejarcas ántes de su rebelión han sido católicos y papistas. Simón el Mago, el primer hereje y el primer autor de herejía, se hizo bautizar, y era de la religión de S. Pedro, primer Papa establecido por Jesucristo: Simón era pues papista ántes de su herejía, y los papistas existían ya ántes que Simón, y por consiguiente ántes que toda secta. Arrio era sacerdote de la Iglesia romana; Nestorio era Pontífice de la Iglesia romana; Lutero era monje de la Iglesia romana; Calvino era canoigo; Zwínglio archidiacono de la Iglesia romana, regida por los Papas.

Antes de que hubiesen nacido estas sectas, aquellos jefes de partido, y tambien los demás eran todos papistas, todos estaban sometidos al soberano Pontífice de Roma, y todos habían hecho profesión pública de esta sumisión. Todos se han pues separado del Papa, y han salido de la Iglesia romana, no habiendo la Iglesia romana y los Papas salido más que de Jesucristo y de S. Pedro, el primero de todos los Papas.

Separarse de la Iglesia universal es una prueba visible de error, y una prueba tan evidente que, cualesquiera que hayan sido los hombres separados de la Iglesia regida por el Pontífice romano y los obispos, siempre han sido reconocidos en el mundo cristiano por verdaderos herejes. Basta recorrer todos los siglos para convenernos de este hecho.

Toda separación ha sido siempre mirada, ya cuando la revelación no escrita, y tambien despues de la ley de gracia, como un error digno de ser anatematizado y proscrito.....

La Iglesia romana se llama hoy, como siempre, Iglesia católica. Es la misma en la sucesión continua de sus pastores.... Es la misma con relación á la forma sensible del gobierno, segun la cual los fieles estaban en otro tiempo, como hoy, sometidos á los párrocos, los párrocos á los obispos, y los obispos al soberano Pontífice, jefe de toda la Iglesia.

Es tambien la misma con relación á la forma judicial, es decir, que se pueda apelar del juicio de los obispos al tribunal del Sumo Pontífice, como es constante por la apelación que hicieron S. Atanasio y S. Crisóstomo, que habían sido depuestos por los obispos de Oriente, y fueron restablecidos por los soberanos Pontífices.

Es la misma con relación á sus ritos, ceremonias, modo de celebrar la misa, administrar los Sacramentos, dedicar las Basílicas, consagrar los altares, observar los ayunos, las vigílias, las oraciones, las fiestas de los Santos, aunque haya habido ligeros cambios en ciertas cosas con consentimiento de la Iglesia.

Es la misma con relación á la forma exterior de todas las órdenes del cristianismo, de los láicos clérigos, religiosos, cenobitas y monjes que hacen profesión de los consejos evangélicos, cantando noche y día las alabanzas de Dios.

Es la misma con relación al espíritu interior de santidad, que no cambia en la Iglesia, como aparece por la vida y conducta de los Santos, aunque la disciplina se modifique algunas veces.

Es la misma relativamente al espíritu de afección y celo que ha llenado en todos los siglos y llova aun á tantos Apóstoles de todas órdenes á predicar las luces de la fe á las naciones bárbaras, desafiando las borrascas de los mares y los más eminentes peligros.

La Iglesia romana es la única que haga conocer el Evangelio á los infieles y convierta á los idólatras, no con la fuerza de las armas ni la codicia, sino tan sólo con la caridad.

Todas las otras sectas no se ocupan más que de seducir, ganar dinero y corromper; semejantes en esto, dice Lactancio, á aquellos quinceillos que roen la madera en que nacen. (Lib. III, c. V).

Por qué entre tantos pastores, ministros y predicadores sectarios, no vemos á ninguno que movido solamente de la caridad todo lo sacrifique, exponga mil veces su vida y derrame su sangre por la propagación y gloria de su fe entre las naciones bárbaras? Este celo apostólico fué, por el contrario, siempre exclusivo de la Iglesia romana; hoy brilla en ella tanto y más que nunca.....

Todos los miembros de la Iglesia católica, apostólica, romana tienen la misma fe, y la unidad de fe no existe más que en la Iglesia romana.

Una Iglesia tiene unidad de fe sí, en primer lugar, ha creído desde su establecimiento todos los artículos revelados por Jesucristo, los evangelistas y los Apóstoles; sí, en segundo lugar, no ha variado nunca en su profesión y sus fórmulas de fe; sí, en tercer lugar,

La Iglesia romana es hoy lo que era al principio.

Unidad de la Iglesia. 1.ª Unidad de fe.



tiene una regla segura é infalible para conservar esta unidad; y si, en cuarto lugar, separa desde luego de su comunión á todos los que alteran, rechazan ó inventan un sólo artículo de fe. Pero la Iglesia romana ha creído siempre y crea todavía todo lo que ha sido revelado por Jesucristo y los Apóstoles, y la misma creencia se halla en cualquier parte donde haya hombres de su comunión. No ha variado jamás sus profesiones y sus símbolos de fe; pues cuando los Concilios han decidido algun punto de doctrina, no han revelado un nuevo artículo de fe, sino que declaran que aquel artículo habia sido revelado.

La Iglesia tiene una regla segura para conservar la unidad de fe, regla que tiene por base las decisiones de los Concilios confirmados por la Santa Sede, ó, en defecto de Concilios, que no siempre pueden celebrarse, los acuerdos de la misma Santa Sede. Y los Concilios así confirmados jamás han variado de doctrina. La Iglesia romana segrega finalmente de su comunión á cualquiera que altere, corte ó invente un sólo artículo de fe.

Todas las sectas, por el contrario, nunca han tenido unidad de fe. Porque, 1.º, han creído en un tiempo ciertos artículos que han negado en otro; han aumentado ó disminuido el número de sus dogmas, segun su interés y la necesidad de la época; los calvinistas, por ejemplo, dieron este espectáculo cuando para fortalecer su partido aprobaron la doctrina de los luteranos, muy diferente de la suya. 2.º Los protestantes, para atenernos al mismo ejemplo, han variado muchas veces sus fórmulas de fe; jamás han podido sus ministros ponerse de acuerdo sobre el número de los dogmas fundamentales; unos han querido diez, otros seis, y algunos cuatro solamente. ¿Es esto poseer la unidad de fe? 3.º Ninguna secta tuvo jamás regla segura para conservar esta unidad. 4.º No vemos por fin que hayan eliminado de su comunión á los que difieren en algun punto de la doctrina general. Los protestantes se han aliado con otras sectas, ó más bien no constituyen más que una reunion de sectas, que se desgarran entre sí y se unen tan sólo para combatir á la Iglesia romana. Pero, á despecho de los herejes, sólo hay en esta Iglesia una perfecta unidad de creencias; un Dios, una fe y un bautismo, como dice el Apóstol de las Gentes: *Unus Deus, una fides, unum baptisma*. (Ephes. IV. 5).

Escuchemos á S. Agustín: El Espíritu Santo, dice, es el amor y el vínculo del Padre y del Hijo; á él pertenece la sociedad, por la cual no somos más que uno. El cuerpo del hombre está seguido de varios miembros, y una sola alma anima á todos los miembros, dando al ojo la facultad de ver, al oído la de oír, y á los demás miembros otras facultades. Así tambien el Espíritu Santo une y anima á los miembros del cuerpo de Jesucristo, es decir, la Iglesia (1).

(1) Spiritus Sanctus est Petris et Filii amor et connexio: ad ipsum pertinet societas qua efficiuntur unum: corpus hominis multis constat membris, et vegetat omnia membra una anima; sicque in Christo ut videtur in corpore ut videtur, sic la caritas. Ita Spiritus Sanctus unumque corpora Christi, quod est Ecclesia, coniunct et vegetat. *Cicero*.

Todas las naciones que pertenecen á la Iglesia son co-herederas; forman un mismo cuerpo y participan de la promesa de Jesucristo, dice S. Pablo: *gentes esse coheredes, et concorporales, et participes promissionis eius*. (Ephes. III. 6). Practicando la verdad por medio de la caridad en todo crecamos en Jesucristo, nuestro jefe. Por él todo el cuerpo, cuyas partes están unidas con tan justa proporcion, recibe por medio de los vasos que llevan el espíritu y la vida, el acrecentamiento por una virtud secreta: *Veritatem autem facientes in caritate, crescemus in illo per omnia, qui est caput Christus; ex quo totum corpus (Ecclesia) compactum, et connexum per omnem iuncturam subadministrationis, secundum operationem in mensuram uniuscuiusque membri, augmentum corporis facit in edificationem sui*. (Ephes. IV. 13-16).

La Iglesia forma un sólo cuerpo; su alma es la fe y la caridad.... Perseguiendo Saulo á la Iglesia, oyó una voz que le gritaba: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Audisti vocem: Saule, Saule, ¿quid me persequeris?* (Act. VIII. 4). Jesucristo tiene su cabeza en el cielo, y su cuerpo en la tierra; porque la Iglesia es el cuerpo místico de Jesucristo, y los fieles son sus miembros. Jesucristo, advierte S. Agustín, no decía á Saulo: ¿Por qué persigues á mis fieles? sino: ¿por qué me persigues? Tan cierto es que su amada Iglesia no forma más que un sólo cuerpo con él. Jesucristo se uno tan íntimamente á ella, que quiere ser su cabeza, su espíritu, su alma y su vida. (In Act.).

Os anunciamos, dice el apóstol S. Juan, lo que hemos visto y oído, á fin de que entreis con nosotros en la misma sociedad, y sea esta nuestra sociedad con el Padre y su Hijo Jesucristo: *Quod viderimus, et audivimus, annuntiamus vobis, ut et vos societatem habeatis nobiscum, et societatem nostram sit cum Patre, et cum Filio eius Jesu Christo*. (I. 1. 3).

Nadie, dice el venerable Beda, puede tener sociedad con Dios antes de agregarse primero á la sociedad de la Iglesia: *Nec habere societatem cum Deo quequam valet, qui non prius unitur Ecclesie societati*. (In Evang.). Porque, como dice S. Cipriano, cualquiera que, separado de la Iglesia, se une á una secta adúltera, no tiene ya participacion á las promesas hechas á la Iglesia, ni recibirá las recompensas de Jesucristo. El que abandona la Iglesia de Jesucristo, es un extraño, un profano, un enemigo; el que no tiene á la Iglesia por madre, no puede tener á Dios por padre. Nadie pudo salvarse fuera del arca de Noé; y nadie podrá tampoco salvarse fuera de la unidad de la Iglesia. El Señor advierte diciendo: El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, disipa. El que rompe la paz y la union de Jesucristo, obra contra Jesucristo; el que pretende recoger fuera de la Iglesia, trabaja para destruir la Iglesia de Jesucristo. Semejantes hombres no pueden permanecer con Dios, porque no quieren concertar la unidad en la Iglesia.... Aunque abandonen sus cuerpos á las llamas; aunque entregados á

los fuegos, ó expuestos al furor de las bestias salvajes sacrificium su vida, no recibirán la corona de la fe, sino el castigo de la perdición: pueden hacerse matar; pero no pueden hacer que se les corone (1).

Los malos, dice S. Agustín, están en la Iglesia, que es el cuerpo de Jesucristo, como los humores pestilenciales están en el cuerpo del hombre; el hombre queda curado cuando puede deshacerse de ellos. Así, cuando los malos se separan de la Iglesia, ésta brilla con nueva hermosura, y dice rechazándolos como un virus mortal: Estos han salido de mi seno; pero no me pertenecian: Sic sunt in corpore Christi quomodo humores mali; quando eromuntur, tunc reclaritur corpus; sic et illi, quando exeunt, tunc Ecclesia reclaruit; et dicit quando humores eos eromat corpus: Ex me exierunt isti, sed non erant ex me. (Serm. LXXVIII.)

Carísimos míos, dice el apóstol S. Juan, no creáis á cualquier espíritu; averiguad antes si los espíritus son de Dios, porque han venido muchos falsos profetas en el mundo. Ved en que podréis conocer que un espíritu es de Dios; todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido con carne verdadera, es de Dios, y todo espíritu que dividá á Jesucristo, no es de Dios; y éste será el Anticristo, que habéis oído que ha de venir y que ya está en el mundo (2).

San Agustín asegura que todas las herejías repugnan á Jesucristo encarnado, porque están en oposición con su doctrina, su Iglesia, sus Sacramentos, su Pontífice Supremo y el orden jerárquico que estableció. La Iglesia católica, dice aquel Santo, es sola el cuerpo de Jesucristo, y él es su jefe y salvador. Fuera de este cuerpo, el Espíritu Santo no vivifica á nadie; porque nadie es partícipe de la divina caridad, si llega á ser enemigo de la unidad (3).

Mi paloma es única y es perfecta, dice el Señor hablando de su Iglesia: Una est columba mea, perfecta mea. (Cant. VI. 8).

Por la unidad la Iglesia es omnipotente, inmutable; todo lo renueva; se derrama entre las naciones en las almas santas, y da nacimiento á los amigos de Dios y á los profetas: Et cum sit una, omnia potest; et in se permanens, omnia innovat et per nationes in animas sanctas se transfert, amicos Dei et prophetas constituit. (Sup. VII. 27).

(1) Nam quisquis, ab Ecclesia segregatus, ad alteram junctus, á promissis Ecclesie non meretur: nec pervenit ad Christi coronam; qui reliquerit Ecclesiam Christi, alienus est, profanus est, hostis est. Habere enim non potest Deum Patrem, qui Ecclesiam non habet in vitam. Si potest evadere iniquitatem, tunc extra vocem Dei fuit, et qui extra Ecclesiam factus fuerit, exivit. Mox dicit Dominus, et dicit: Qui non est mecum, contra me est; et qui non colligit vocem, spernit. Qui pascit Cardos et coccinorum corpus, adversus Christum non habet. Mox dicit Dominus, et dicit: Qui non est mecum, contra me est; et qui non colligit vocem, spernit. Qui pascit Cardos et coccinorum corpus, adversus Christum non habet. Mox dicit Dominus, et dicit: Qui non est mecum, contra me est; et qui non colligit vocem, spernit. Qui pascit Cardos et coccinorum corpus, adversus Christum non habet.

(2) Charissimi, nolite omni spiritui credere, sed probate spiritus: si ex Deo sint, proferunt vobis pacem et concordiam inter vos. Si ex hominibus sunt, non habent pacem et concordiam inter vos. Si ex hominibus sunt, non habent pacem et concordiam inter vos. Si ex hominibus sunt, non habent pacem et concordiam inter vos. Si ex hominibus sunt, non habent pacem et concordiam inter vos.

(3) Ecclesie catholicae sola est corpus Christi, cuius ille caput est, ad invicem corporis sui. Extra hoc corpus numerum videlicet Spiritus Sanctus, qui non est particeps divinarum caritatis, qui hostis est unitati. Epist. I. ad Rom.

La nación y el reino que no estén sometidos á la Iglesia, perecerán, dice Isaias: Gens et regnum quod non servierit tibi peribit. (IX. 12). Perecerán para el tiempo, y sobre todo para la eternidad, como todos los que estaban fuera del arca perecieron con el diluvio; porque fuera de la unidad de la Iglesia, que es el arca de Dios; no hay salvación....

En aquel día, dice el profeta Zacarías hablando del reino de la Iglesia, no habrá más que un sólo Señor; llegará á ser rey de la tierra, y no habrá más que su nombre: In die illa erit Dominus unus; et erit nomen ejus unum. (XIV. 9).

La Iglesia no ha enseñado jamás otra ley que la del Decálogo y del Evangelio.... Tiene la unidad perfecta de ley en cuanto á la enseñanza y á la práctica, á lo menos para todo lo esencial que contiene esta ley....

Siempre ha habido siete Sacramentos en la Iglesia.

Jamás ha reconocido la Iglesia otro jefe invisible que á Jesucristo, ni á otro jefe supremo visible que al Papa. Desde S. Pedro hasta hoy, los Pontífices romanos han sido y serán siempre el centro de la unidad. Quitad ese centro, y ya no habrá Iglesia, porque dejaris de ser una....

Uno sólo entre doce es el elegido, dice S. Jerónimo, para que, establecido un sólo jefe, desapareciera toda ocasión de cisma: Inter duodecim unus eligitur, ut, capite constituto, schismatis tolleretur occasio. (Lib. I. contra Jovin.).

San Pedro obtuvo la primacia, dice S. Cipriano, á fin de que no hubiese más que una sola Iglesia de Jesucristo y una sola autoridad: Primatus Petri datur, ut una Christi Ecclesia, et cathedra una monstraret. (Tract. de unit. Eccles.).

El que no recoge con vosotros, espanto, escriba S. Jerónimo al papa Dámaso: Quicumque tecum non colligit, spargit. (Epist. LVII).

Jesús dijo á sus Apóstoles: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Dicit illis Jesus: Vos autem quem me esse dicitis? (Math. XVI. 15). Simon Pedro, respondiendo, dijo: Sois el Cristo, hijo del Dios vivo: Respondens Simon Petrus, dixit: Tu es Christus, Filius Dei vivi. (Math. XVI. 16). Y Jesús le contestó: Dichoso eres, Simon, hijo de Joná; porque ni la carne ni la sangre te han revelado esto, sino mi Padre, que está en los cielos: Respondens autem Jesus, dixit ei: Beatus es, Simon Bar-Joná; quia caro et sanguis non revelavit tibi, sed Pater meus, qui in caelis est. (Math. XVI. 17). Y yo te digo que eras Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella: Et ego dico tibi quia tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non prevalebunt adversus eam. (Math. XVII. 18). Y te daré

2.ª Unidad de ley.

2.ª Unidad de Sacramentos.

2.ª Unidad de jefe.

Supremacía, autoridad é infalibilidad d el Papa.

®

las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra, será también atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, también será desatado en los cielos: *Et tibi dabo claves regni colorum. Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in caelis; et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in caelis.* (Matth. XVI. 19).

Vamos el comentario de S. Leon. Y yo te digo; es decir, así como mi Padre te ha manifestado mi Divinidad, yo te bago conocer tu excelencia, tu autoridad suprema. Te digo que eres Pedro; y así como yo soy la piedra inviolable, inquebrantable, tu eres también piedra, porque eres inquebrantable por mi virtud, á fin de que cuanto pertenezca á mi poder llegue á ser propiedad tuya. Eres Pedro, es decir, la piedra angular de la Iglesia: *Et ego dico tibi; hoc est; sicut meus Pater tibi manifestavit Divinitatem meam, ita et ego notam facio tibi excellentiam tuam; quia tu es Petrus, id est, cum ego sim ininvocabilis petra, tu quique petra es, quia mea virtute solidaris; ut quae mihi potestate sunt tradita, sint tibi meum participatione communia. Tu es Petrus, id est, petra Ecclesia.* (Serm. III in anivers. Assumpt.).

Escuchemos á S. Agustín. Sobre esta piedra, es decir, sobre mi mismo, construiré mi Iglesia; porque Jesucristo, dice S. Pablo, era la piedra: *Super hanc petram, hoc est, super meipsum; quia petra erat Christus.* (In Serm. de cathedra Petri.—I. Cor. X. 4).

El Señor dice en Isaías: Pondré por cimiento en Sion una piedra sólida, escogida, preciosa, angular é inmutable; tú que crees en ella vivo en paz: *Hic dicit Dominus Deus: Ecce ego mittam in fundamentis Sion lapidem, lapidem probatum, angularem, pretiosum, in fundamento fundatum; qui crediderit, non fovebit.* (XXVIII. 16).

La piedra que los arquitectos habian desechado, ha llegado á ser la piedra angular, dice el rey Profeta: *Lapidem quem reprobarerunt aedificantes, hic factus est in caput anguli.* (CXVII. 22).

David, Isaías y otros llaman piedra á Jesucristo; y él comunicó á S. Pedro su nombre, su dignidad, su autoridad y su ministerio, dice S. Jerónimo y S. Gregorio.

San Pedro es llamado piedra, dice S. Ambrosio, porque, como una roca inquebrantable, sostiene el edificio y el espíritu de todo el cristianismo: *Petra dicitur Petrus, eo quod tanquam saxum immovibile totius operis christiani compagem mentemque sustineat.* (Serm. IV).

Escribiendo S. Jerónimo al papa Damaso, lo dice: Sé que la Iglesia está edificada sobre esta piedra; cualquiera que haya comido el Cordero fuera de esta casa, es un profano: *Super illam petram aedificatam servos, quicumque extra hanc domum anynam comederit, profanus est.* (Epist. LVII).

Las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia: *Et portae inferni non prevalebunt adversus eam.* (Matth. XVII. 18). No prevalecerán, porque la Iglesia está fundada sobre ti, Pedro, que eres la piedra sólida, así como sobre tus sucesores. No prevalecerán, porque si la Iglesia es inquebrantable por ti, con mayor razon lo serás tú.

Las puertas del infierno no prevalecerán; es decir, todos los demonios reunidos, todo el infierno, todos los impíos, los perseguidores y los falsos profetas, todas las sectas y todas las herejías no podrán jamás derribar la piedra sobre que descansa la Iglesia. Ahí está la palabra de Dios, y diez y ocho siglos manifiestan su exacto cumplimiento.

Jesucristo y el Espíritu Santo asisten y sostienen constantemente al Romano Pontífice, á fin de que no yerra en la fe, administre perfectamente la Iglesia y la conserve. Contad, dice S. Agustín, contad á los Papas desde S. Pedro; allí está la piedra que las soberbias puertas del infierno no dominarán: *Numerate sacerdotes ab ipsa sede Petri; ipsa est petra, quam non vincunt superbiae inferorum portae.* (In Psal. contra partem Donat.).

Y á ti, Pedro, te daré las llaves del reino de los cielos: *Et tibi dabo claves regni colorum.* (Matth. XVI. 19). Es cierto que con estas llaves hemos de entender el poder supremo, ora de orden, ora de jurisdicción en toda la Iglesia, prometido y entregado á Pedro y á sus sucesores por Jesucristo, quien lo explicó y lo dijo formalmente añadiendo: Todo lo que atares en la tierra, será también atado en los cielos, y todo lo que desatares en la tierra, también será desatado en los cielos: *Et quodcumque ligaveris super terram, erit ligatum et in caelis; et quodcumque solveris super terram, erit solutum et in caelis.* (Matth. XVI. 19). El que tiene las llaves de una casa ó de una ciudad, es ordinariamente su dueño....

Todos los que conocen el Evangelio, saben, dice S. Gregorio, que el cuidado de toda la Iglesia ha sido confiado por voz del Señor á S. Pedro, principe y jefe de todos los Apóstoles; porque á él se le dijo: Te daré las llaves del reino de los cielos, etc.: *Cunctis Evangelium scientibus liquet, quod voce Dominica, saneto et omnium Apostolorum principis Petro, totius Ecclesiae cura commissa est; ipsi quippe dicitur: Tibi dabo claves regni colorum, etc.* (Lib. IV, epist. XXIII). Y todo lo que atares en la tierra, será también atado en los cielos; y todo lo que desatares en la tierra, también será desatado en los cielos.

¿Cómo?

1.º Negando la absolucion... 2.º imponiendo una penitencia á los que caen... 3.º atando al culpable con entradichos, suspensiones, excomuniones y anatemas... 4.º con leyes y preceptos, por ejemplo, ayunos y fiestas obligatorias... 5.º sujetando á los fieles con definiciones de fe, etc... 6.º absolviendo... 7.º concediendo indulgencias, etc....

San Bernardo, escribiendo al papa Eugenio, dice: ¿Quién sois? El gran sacerdote, el Pontífice Supremo; sois Abel por la primacía, Noé por el heredero de los Apóstoles; sois Abel por la primacía, Noé por el gobierno, Abraham por el patriarcado, Melquisedech por el orden, Aaron por la dignidad, Moisés por la autoridad, Samuel por el juicio, Pedro por el poder, y Jesucristo por la union. Sois aquel á quien han sido entregadas las llaves y confiadas las ovejas: ¿Quién es?

*Sacerdos magnus, summus Pontifex tu Princeps episcoporum, tu haeres Apostolorum, tu primatu Abel, gubernatu Noe, patriarchatu Abraham, ordine Melchisedech, dignitate Aaron, auctoritate Moises, iudicatu Samuel, potestate Petrus, unctione Christus. Tu es cui claves tradita, cui oves credita sunt.* (Lib. II. de Consid.).

El Señor dijo: Simón, Simón, mira que Satanás ha deseado pasarte por un tamiz como trigo. Y yo he orado por ti para que tu fe no desfallezca; y cuando estés convertido, afirma en ella á tus hermanos: *Ali Dominus: Simon, Simon, ecce Satanás expetivit eos, ut cribaret sicut triticum; ego autem rogavi pro te ut non deficiat fides tua; et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos.* (Luc. XXII, 34-32). Jesucristo en su oración por Pedro, pide, y consigo para él en particular dos privilegios insignes. El primero es personal, es la fuerza que necesita Pedro para no perder nunca la fe de Jesucristo. Y si bien es verdad que Pedro negó al Salvador, aun entonces creía en el fondo de su corazón. El segundo es la indefectibilidad de la fe para Pedro y para sus sucesores....

Si la Iglesia romana, dice Baronio, está siempre floreciente, y es la cabeza de todas las iglesias; si las sillas de los demás Apóstoles han desaparecido, y la de Pedro es siempre inmóvil, á pesar de todos los ataques; si durante todos los siglos, y hoy como en el principio, su fe siempre indestructible es publicada en todo el universo, es por una prerogativa única y excelente, por un privilegio divino concedido á ella sola, porque es un don de Dios, y no un efecto de sus obras, para que nadie se glorifique en sí mismo. (*De Pontif. rom.*)

San Cipriano llama la Sede romana *cátedra* de S. Pedro, é *Iglesia principal*, de donde ha salido la unidad del sacerdocio. La llama también *madre* y *raíz* de todas las iglesias. (*Tract. de unit. Ecclcs.*)

*Apacienta mis cordeis, apacienta mis ovejas*, dijo Jesucristo á Pedro: *Pasce agnos meos; pasce oves meas.* (Joann. XXI, 16-17). Estas palabras manifiestan que S. Pedro y sus sucesores son los jefes supremos de la Iglesia. Esto se prueba:

1.º En que Jesucristo sólo interroga aquí á Pedro; y esto hasta tres veces, como príncipe que era de los Apóstoles;

2.º Por la misma evidencia que en sí llevan estas palabras: *Apacienta mis cordeis, apacienta mis ovejas*; es decir, apacienta, gobierna, manifiesta á los obispos, á los sacerdotes, y á los fieles.

Habiendo visto con mirada profética la inmóvil sede de Roma, el rey David exclamaba bajo la inspiración del Espíritu Santo: El Señor me ha colocado sobre una peña, y ha levantado mi cabeza á mayor altura que la de mis enemigos: *In petra exaltavit me; et nunc exaltavit caput meum super inimicos meos.* (XXVI, 6). Ha colocado mis pies sobre esta roca, y ha dirigido mis pasos: *Et statuit super petram pedes meos; et direxit gressus meos.* (XXXIX, 3).

Hay muchas olas impetuosas y crueles tempestades, dice S. Crisóstomo; pero no temo ser sumergido, porque me mantengo en la piedra. Poco me importa que el mar se agite furioso; no puede der-

ribar esta piedra fuertísima: *Mulló quidem fluctus et unde immanes; sed submergi non creor, quia supra petram sto. Insaniam licet mare, petram non potest exerceere.* (Epist. IX ad Cyrillum).

Lo que me confirma en la fe, dice S. Agustín, es la sucesión del Sacerdocio desde S. Pedro, á quien el Salvador despues de su resurrección dejó el cuidado de apacentar sus ovejas, hasta los actuales obispos: *Ne tenet ab ipsa secle Petri apostoli, cui pascendos oves quas post resurrectionem Dominus commendavit usque ad presentem episcopatum, successio sacerdotum.* (Contra Epist. fundam., c. IV).

San Dionisio el Areopagita en su «Tratado de los nombres divinos» (c. III), llama á S. Pedro gloria suprema, adorno celestial, cumbre y base de la Iglesia, porque Pedro no sólo es el monarca, sino que es, despues de Jesucristo, la piedra fundamental.

De todas las promesas y de todos los dones hechos por Jesucristo á S. Pedro se deduce que la autoridad de Pedro y sus privilegios son inmensos é incomparables.

Jesucristo ha concedido á S. Pedro y á sus sucesores, en sus relaciones con la Iglesia universal, doce privilegios principales, sin contar los privilegios particulares cuya enumeración puede verse en Belarmino. (*Lib. I de Pontif. rom., c. XVII, etc.*)

El primero es que Pedro ha sido establecido por Jesucristo como el fundamento de la Iglesia...

El segundo es que fué jefe, director y juez de todos los Apóstoles. Por cuya razón S. Jerónimo, escribiendo á S. Agustín. (*Epist. LXXVIA*), dice: Pedro tenía tan grande autoridad, que Pablo ha escrito: Despues de tres años he llegado á Jerusalem para ver á Pedro: *Tanta Petrus auctoritatis fuit, ut Paulus in epistola sua scriperit: Ihende post annos tres veni Hierosolymam videre Petrum.*

He aquí lo que dice Teodoro escribiendo á Leon: Pablo, el penegrista de la verdad, la trompeta del Espíritu Santo, acude á la autoridad de Pedro para obtener una decision concierne á las instituciones sobre las que habian versado debates en Antioquia: *Paulus proce veritatis, tuba sanctissimi Spiritus, ad metionem Petram occurrit, ut vis qui Antiochia de legalibus institutis contentabant, ab ipso afferret solutionem.*

San Evodio, sucesor de S. Pedro en la silla de Antioquia, declara en una carta que Jesucristo no ha bautizado á ninguna mujer más que á la Virgen, su madre, ni á ningún hombre más que al apóstol Pedro, y que Pedro bautizó á Andrés, á Santiago y á Juan, y éstos á los demás Apóstoles.

El tercer privilegio de S. Pedro es el hallarse colocado á la cabeza de la jerarquía; de él viene el órden jerárquico de los obispos, de los sacerdotes y de los demás ministros de la Iglesia, así como su jurisdicción. Esto hace decir al papa Inocencio en su carta al Concilio de Cartago, carta que es la 91 en las *Cartas* de S. Agustín: Todo el episcopado y toda su autoridad viene de Pedro: *Aquo (Petra) ipse episcopatus, et tota auctoritas nominis hujus emerit.* Tam-

bien el papa Julio I dice en su carta 16 á los orientales: Para nosotros la dichosa silla de Pedro es madre de la dignidad sacerdotal: *Beati apostoli Petri sedes nobis sacerdotalis mater est dignitatis.*

En el tercer sermón que pronunció S. Leon con motivo de haber sido elevado á la silla de Roma, dijo: Si Jesucristo ha concedido á los demás príncipes de la Iglesia favores comunes con los de Pedro, sólo por este los ha transmitido lo que no les ha sido negado: *Si quid cum eo (Petra) commune ceteris voluit esse principibus, nunquam nisi per ipsum dedit quicquid aliis non negavit.*

El mismo santo doctor dice en su carta 89. El Señor ha querido que Pedro estuviese al frente de todos los poderes dados á los Apóstoles; á fin de que por él, como jefe supremo de la Iglesia entera, pudiese derramar sus dones sobre todo el cuerpo.

El cuarto privilegio que Jesucristo ha concedido á S. Pedro y á sus sucesores, es la asistencia continua del Espíritu Santo para regir la Iglesia y enseñar la verdad, á fin de que no pudiesen jamás errar en la fe y quedasen condenadas por toda la Iglesia las herejías que ellos condenaran. Hé aquí por qué Inocencio I en su carta al Concilio de Mileve, carta que es la 93 en las obras de S. Agustín, dice: Cada vez que es atacada la fe, declaro que todos nuestros hermanos los obispos deben deferir á Pedro, es decir, al sucesor de su nombre y de su dignidad: *Quoties fidei ratio ventitatur, arbitror omnes fratres episcopos nostros non nisi ad Petrum, id est, sui nominis et honoris auctorem, deferre debere.* Esta fe por otra parte la práctica constante de todos los siglos; porque los Pontífices romanos todo lo han ilustrado y decidido en materia de fe; han disipado las dudas, y condenado todas las herejías.

El quinto privilegio es que Pedro y todos sus sucesores son representantes de la persona de Jesucristo, como un virey es representante del rey. Por esto S. Pedro con su vida, su celo, la predicación de la fe, su muerte y su martirio, fué muy semejante á Jesucristo, su divino Maestro, y estuvo estrechamente unido con él. Leemos en los *Comentarios sobre el salmo IV* de S. Gregorio que Jesucristo, dijo á Pedro: Me presento en Roma para ser crucificado de nuevo. Es decir, que al que ya había sido crucificado en persona, expresaba que iba á serlo nuevamente en la persona de Pedro: *Petro aut Christus: Venio Romanam iterum crucifigi. Qui enim in seipso jam pridem crucifixus fuerat, in Petro iterum se crucifigendum dicebat.*

Tertuliano dice en su libro de las *Prescripciones*: Tenéis á Roma, en donde reside toda autoridad para nosotros. ¡Feliz Iglesia donde los Apóstoles derramaron su doctrina y su sangre, donde Pedro sufrió como el Señor, y Pablo fué coronado en el acto del destierro de Juan!

El sexto privilegio es que Pedro y sus sucesores presiden como monarcas la Iglesia universal, por cuya razon son el principio de la unidad de la Iglesia, que es el reino de Jesucristo. Pues, así como no hay más que un imperio donde no hay más que un em-

perador, un reino donde no manda más que un rey, un mundo que Dios ha hecho y rige, y un cielo iluminado por el sol, la Iglesia no podría ser el único reino visible de Jesucristo, si tuviese más de un jefe visible que la gobierne, y á quien esté enteramente sometida. Este jefe es Pedro y sus sucesores. El cuerpo no puede existir sino con una sola cabeza; si tuviese varias, sería un monstruo privado de razon, y hasta de vida.

He aquí por qué dice S. Ambrosio (*Serm. XI*): Sólo en la barca de la nave de la Iglesia se halla el Señor, nave de la que Pedro ha sido nombrado capitán y piloto al pronunciar el Señor aquellas palabras: *Sobre esta piedra fundaré mi Iglesia.* Así como el arca de Noé en tiempos del diluvio salvó á todos los que contenía, la Iglesia de Pedro en el momento de la conflagración del mundo preservará á todos los que contiene; y así como despues del diluvio la paloma llevó el signo de paz á Nos encerrado en el arca, de la misma manera despues del juicio Jesucristo dará á la Iglesia de Pedro la alegría de la paz eterna (1).

De todos los Apóstoles, dice S. Agustín, sólo Pedro mereció oír aquellas palabras: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia. Digno era ciertamente aquel apóstol de ser elegido para piedra fundamental de la Iglesia de Dios, columna que habia de sostener aquel majestuoso edificio, y llave del reino de los cielos (2).

Jesucristo, dice en otra parte S. Agustín, cura á los enfermos de todo el cuerpo de la Iglesia por medio del jefe que le da; en aquella cabeza coloca la salud de todos los miembros (3).

Oigamos á S. Leon: Pedro es el único elegido entre todos los demás para presidir la vocación de todos los pueblos, y ser jefe de los Apóstoles y de todos los Padres de la Iglesia; á fin de que, cualquiera que fuese el número de los sacerdotes y de los pastores, Pedro rigiese á todos aquellos, sobre quienes Jesucristo reina como soberano (4).

Así como los miembros separados de la cabeza no pueden vivir, todo miembro que está separado de Pedro y de sus sucesores por el cisma ó la herejía, es un miembro muerto y separado del cuerpo. El que no es del rebaño de Pedro, no es del rebaño de Jesucristo; porque aquellos á quienes Jesucristo cura, cuida y rige, los cura cuida y rige por medio de Pedro, su pastor.

(1) Hanc solam Ecclesiam navim ascendit Iambrosi, in qua Petrus magister est constitutus, sicque homo; Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam. Sicut enim Nos ecclesiam, hancque plantando, cunctos que susceperunt illiusse reseravit illa, et Petri Ecclesia, cuncta gentes secuto, omnes que complectitur representat illiusse; et sicut tunc transiit diluvio ad arcam Noe columba signum pacis dedit, ita et transiit iudicio ad Ecclesiam Petri Christus gaudium pacis refert.

(2) Solus Petrus inter Apostolos meruit audire: Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo Ecclesiam meam. Dignus certe qui additandis in dono Dei populo lapid esset ad fundamentum, columna ad sustentandam, clavis ad regendam. *Serm. XXVIII de Sancti ad fundamentum, columna ad sustentandam, clavis ad regendam.*

(3) Tunc corpus totum in ipso capite curat. *Serm. CXXIV de Temp.*

(4) De tanto mundo quis aliter Petrus, qui et universarum gentium vocacione, et omnibus Apostolorum concilioque Ecclesiam Petrus preponitur: ut quavis in populo Dei nulli sacerdotum nisi, nullique pastores, omnes tamen proprio regat Petrus, que principiter regit et Christus. *Serm. III de Assumpt. ad Pontif.*

El séptimo privilegio de Pedro es que sus derechos, sus poderes y su imperio no sólo son más elevados, sino mucho más extensos que los de los más grandes monarcas; porque su poder se extiende á todos los fieles dispersos por el universo, y hasta á los infieles para reunirlos á Jesucristo y á la Iglesia, debiendo ser objeto de su solicitud los bárbaros y los antropófagos, que viven sin ley y sin Dios. La Roma pagana con su poder y sus triunfos no dominaba más que una parte del mundo; la Roma cristiana domina sin armas todo el universo.

Todos, por derecho divino, dice S. Cirilo (*in Thesauró*), inclinan la cabeza ante Pedro, y los dueños del mundo le obedecen como al Señor Jesús. Nosotros, que somos los miembros, debemos estar unidos á nuestra cabeza, el Pontífice romano, y á la Sede apostólica: *Petro omnes jure divino caput inclinant, et primates mundi tanquam ipsi Domino Jesu ebediunt. Debemus nos ut qui membra sumus, capiti nostro romano Pontifici, et apostolicæ Sedis adherere.*

El octavo privilegio de Pedro es que sus derechos y su imperio no sólo se extienden á toda la tierra, sino hasta el purgatorio y á los cielos; porque no abre el cielo únicamente al hombre que está en la tierra, sino á las almas que están en el purgatorio. Del mismo Jesucristo ha recibido las llaves del paraíso. (*Math. XVI.*)

San Bernardo dijo al papa Eugenio: Podéis cerrar el cielo á un obispo; podéis depouerte del episcopado, y hasta entregarle á Satanás: *Tu episcopo celum claudere; tu ipsum ab episcopatu deponere, etiam tradere et Satane potes.* (Lib. II de Consid.)

Pedro, dice S. Crisóstomo, es el guarda de la fe, el fundamento de la Iglesia y el portero del cielo: *Petrus est custos fidei, petra Ecclesie, janitorque celorum.* (Serm. CVII.)

El noveno privilegio de Pedro es que su poder pasa de edad en edad á sus sucesores; los otros patriarcas desaparecen; él permanece siempre, atraviesa los siglos, y existirá hasta el fin del mundo. Esto hace decir á S. Cipriano, escribiendo su 3.<sup>a</sup> carta al papa Cornelio: Los sectarios se atreven á embarcarse para llegar á la Sede de Pedro; se atreven á llevar á la Iglesia, su madre, de la que salió la unidad sacerdotal, cartas de cismáticos y profanos; y no reflexionan que la pérdida no tiene entrada en Roma (1).

San Jerónimo escribía al papa Dámaso (*Epist. I*): Me dirijo al sucesor del pescador y al discípulo de la cruz. Me uno por la comunión con vuestra beatitud, es decir, con la carne de Pedro: *Cum successore piscatoris et discipulo crucis loquor. Ego Beatitudini Tue, id est, cathedra Petri communione consocior.*

El primer Concilio de Ereso (*t. II, c. XVI*) califica al papa Celestino de sucesor ordinario y de vicario del bienaventurado Pedro, jefe de los Apóstoles: *Ordinarius successor, et vicarius beati Petri Apostolorum principis.*

(1) Navigare audent ad Petri cathedram atque ad Ecclesiam principalem, unde unitas sacerdotum exstitit, et schismatica et profana littera ferri, nec cogitare eos esse Romanos, sed quis pericula habere non possit accerrimum.

Habiendo sido leída en el Concilio de Calcedonia (*action II*) una carta del papa Leon, todo el Concilio exclamó: Leon es el intérprete de la voz de Pedro: *Leonem vocis Petri interpretem fuisse.*

En una carta dirigida á Entiches, decía Pedro obispo de Rávena: Os exhortamos, ó hermano, á someteros con toda obediencia á lo que el bienaventurado Pontífice romano ha escrito; porque el bienaventurado Pedro, que vive y preside en su Sede, da la verdadera fe á los que la buscan: *hortamur te, frater, ut his quæ á beato Papa romano civitatis scripta sunt, obedienter attendas. Quoniam beatus Petrus, qui in propria sede et civit et prasidet, præstat quærentibus fidei veritatem.* (Hæc epist. habetur ante conc. Chalced.).

El papa Cílicio decía: Llevamos el peso de todos los que tienen cargo, ó más bien el bienaventurado apóstol Pedro lo lleva en nosotros; él es quien, como confiamos, nos dirige y protege en todo, á nosotros que somos los herederos de su administración: *Portamus onera omnium qui gravantur. Quinimo hæc portat in nobis beatus apostolus Petrus, qui nos in omnibus, ut confidimus, administratiosis suas protegit et tuetur heredes.* (Epist. ad Himeric., episc. Tarazon.).

Décimo privilegio: El poder y la dignidad de S. Pedro y de sus sucesores es superior al poder de Abraham, de Moisés, de Aaron, de Melchisedech, de todos los antiguos sumos sacerdotes, de todos los patriarcas y profetas: los poderes de estos hombres de Dios no eran más que una sombra, una figura de los poderes que tienen los soberanos Pontífices.

Undécimo privilegio: S. Pedro ha fundado con sus discípulos iglesias en todo el universo. Ha enviado con título y poderes de obispo, á Sicilia á Pancracio, Marciano, Berilio; á Capua á Prisco, á Nápoles á Asprenco, á Terracina á Epafródito, á Fiesola á Rómulo, á Lucus á Paulino, á Rávena á Apolinario, á Verona á Eupropio, al Tesino á Siro, á Aquilea á Hermágoras, á las Galias, al Lemano y la Borgoña, á Marsella; á Tours á Materno, Ruins á Sixto, á Arles á Trofimo, á Soissons á Sabino, á Viena á Crescencio, á la Auvernia á Astremonio, á la Germania á Encher, Egisto y Marciano; á España á Tarmato, Clissifon, Segundo, Judalecia, Cocilio, Hesiquio, etc. Todo esto está probado por el martirologio romano.

La historia de Inglaterra atestigua también que S. Pedro había enviado á José de Arimatía para evangelizar aquella comarca.

El duodécimo privilegio es la nobleza que S. Pedro ha dado á Roma, y la superioridad que le ha asignado sobre todas las ciudades del mundo, de tal modo que para designar la verdadera Iglesia, hemos de decir la Iglesia romana.

.....  
Vamos entre mil textos lo que dice S. Ligorio tratando de la infalibilidad del Papa (*Dissertat. de roman. pontif. Autor.*): En 1690, Alejandro VIII condenó los cuatro artículos de la iglesia galicana con su bula *Inter multiplices*. Los obispos de Francia que ha-

bian sostenido aquellos cuatro artículos en su asamblea de 1682, se retractaron en 1693 por medio de una carta dirigida al papa Inocencio XII. El mismo Luis XIV, que había promulgado un edicto mandando que aquellos artículos se cumpliesen, revocó sus ordenes, y se retractó públicamente. Cuando el Papa habla como Doctor universal, delimitando *ex cathedra*, es decir, en virtud del poder supremo dado á Pedro para enseñar á la Iglesia, entonces decimos que es infalible en las decisiones sobre las controversias de la fe y de la moral. S. Agustín, Sto. Tomás, S. Buenaventura, Scoto, Cayetano, Belarmino, Baronio, Alejandro de Hales, S. Francisco de Sales, y casi todos los teólogos son del mismo parecer.

Nosotros lo sostenemos con las pruebas siguientes: S. Mateo (XVI. 18), dice: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

El Concilio de Calcedonia llama á Pedro piedra de la Iglesia católica. (Actión. III. apud Bellarm.). Y según esta promesa de Jesucristo á S. Pedro, dice S. Cirilo de Alejandria; la Iglesia católica de Pedro está pura de toda seducción: *Secundum hanc promissionem, Ecclesia apostolica Petri, ab omni seductione manet immaculata.*

Orígenes, explicando las palabras de Jesucristo más arriba citadas, dice: Si el infierno prevaleciese contra Pedro, sobre quien está fundada la Iglesia, también prevalecería contra la Iglesia: *Si prevaleceret inferi adversus Petrum, in quo Ecclesia fundata est, contra Ecclesiam etiam prevaleceret.*

He orado por ti, Pedro, á fin de que no desfallezca tu fe. (Luc. XIII. 32).

Porque Pedro sobresalía en la fe, dice S. Basilio, quedó encargado de formar y de regir la Iglesia: *Quoniam fide praecebat Ecclesia edificacionem in seipsum recipit.* (Lib. II. contra Eunom.).

San Leon dice: Pedro gustó de tal manera á Jesucristo por la suhlidad de su fe, que, colmado de gracias, recibió la sagrada solidez de la envidiable piedra; fundada sobre ella, la Iglesia es más fuerte que las puertas del infierno. (Serm. XCIV. de Transfig.).

El Concilio de Calcedonia dice: Todo lo que el Papa define, debe ser considerado y creído como procedente del Vicario del trono apostólico: *Omnia ab eo (Papa) definita, tenentur tamquam á vicario apostolici throni.* (Refert. D. Thomas, in opuscul. contra errores Graec.).

He aquí lo que dice el segundo Concilio ecuménico de Lyon: La santa Iglesia romana tiene soberanía sobre la Iglesia universal, soberanía que ha recibido con la plenitud del poder, de manos del mismo Señor, en el bienaventurado Pedro, de quien el romano Pontífice es sucesor. Así las cuestiones que se suscitan sobre la fe deben ser definidas en su tribunal (1).

(1) Ipse proprio sanctae Romanae Ecclesiae summum principatum super universam Ecclesiam obtinuit, quem se ab ipso Romano in Christo Petro, cuius romanae Pontificis est successor, cum potestate plenitudineque accepit: sic, quae de fide suborta fuerint quaestiones, non debent iudicio deferri.

En la última sesión del Concilio de Florencia dijeron los Padres: Definimos que el romano Pontífice tiene la primacía sobre el universo entero; que es el sucesor de Pedro, el jefe de toda la Iglesia, el padre de los cristianos y el doctor de todos, y que ha recibido de nuestro Señor Jesucristo, en la persona del bienaventurado Pedro, plenos poderes para gobernar la Iglesia, como lo enseñan los Concilios ecuménicos y los santos Cánones (1).

Si es cierto que el Papa es el doctor de toda la Iglesia, también es cierto que debe ser infalible; de otra suerte la Iglesia podría ser engañada por su maestro.

En el Concilio general de Viena, en el Pontificado de Clemente V. se declaró que era cosa exclusiva de la Sede apostólica fallar en las dudas sobre materia de fe: *habia fides declarare ad sedem demerant apostolicam pertinere.*

San Ireneo dice: Es necesario que todos estén sometidos á la Iglesia romana, que es el origen y la cabeza de todas las iglesias: *Omnes á romana Ecclesia necesse est ut pendean, tamquam á fonte et capite.* (Lib. III. c. iii).

San Atanasio escribió al papa Félix: La Iglesia romana conserva siempre la verdadera doctrina de Dios. (Epist. ad Fel. pap.). Y dijo al mismo Papa: A vos os toca condenar las herejías profanas, las innovaciones imprudentes y todo lo que infecta á la Iglesia; porque vos sois el jefe de todos los que profesan la doctrina ortodoxa y la fe sin mancha: *Tu profanarum haeresou, atque imperitorum, omniumque infestantium depositore princeps et doctor, caputque omnium orthodoxae doctrinae, et immaculatae fidei existis.*

Escribiendo Teodoro, obispo de Asia, al papa Leon, le dijo: Espero el juicio de vuestra Sede apostólica, y suplico encarecidamente á vuestra Santidad que venga en mi auxilio, puesto que apelo á vuestro justo y recto juicio.

San Agustín (Lib. I. contra Julianum, c. V), dice: Con la decisión del Papa terminada está la causa de los Pelagios: *Per Papae rescriptum causa Pelagiorum finita est.*

Santo Tomás dice por su parte: Debemos descansar más en la decisión del Papa, á quien toca decidir en materia de fe, que en ninguno de los más sabios doctores: *Magis standum est sententiae Papae, ad quem pertinet determinare de fide quam quorunlibet sapientium.* (Quodlib. 10. art. 6). El mismo doctor dice en otra parte: Cuando la Iglesia ha decidido una cuestión de fe, el que no se somete, es un hereje; y esta autoridad de la Iglesia reside principalmente en el soberano Pontífice. (2. 2. q. 11. art. 2. ad 3).

He aquí lo que dice S. Buenaventura: El Papa no puede engañarse, si concurren dos circunstancias: 1.º que decida como Papa;

(1) Definimus, romanum Pontificem in universum orbem habere primum, et summum potestatem, quae sit ab ipso Romano in Christo Petro, cuius christiani pontificis potestatem, ac doctrinam esse Petri, habereque Ecclesiam universam, et christi universam potestatem, ac doctrinam esse Petri, quod ad Ecclesiam á D. N. Jesu Christo plenam potestatem traditam esse, quaeque etiam in gestis concumenorum Conciliorum, et in Sacris Canonibus continetur.

2.ª que tenga intención de hacer un dogma de fe: *Papa non potest errare, suppositis duobus: primum, quod determinet quatenus Papa; alterum, ut intendat facere dogma de fide.* (In Summa theolog., q. 1. art. 3. d. 3).

Santo Tomás enseña que la promesa de infalibilidad en las cosas de fe se ha hecho solamente a los sucesores de S. Pedro; por cuya razón dice aquel gran Doctor que la Iglesia no puede engañarse, porque el Papa no puede errar: *Ecclesia universalis non potest errare, quia ille qui in omnibus exauditus est pro sua reverentia, dicit Petrus: Ego rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua.* (3. p. q. 25. art. 1).

La segunda razón que da Santo Tomás es que no podría conservarse la unidad de la fe en la Iglesia, si las cuestiones de fe no pudiesen decidirse por el Papa, que es jefe de la Iglesia: *Ratio est, quia una fides debet esse totius Ecclesie; quot servari non possit, nisi questio fidei determinetur per eum qui toti Ecclesie præest.* (2. 2. q. 1. art. 10).

La tercera razón es el antiguo uso de la Iglesia. Siempre es á Roma, y no á Antioquia, ni á Lion, ni á Alejandria, ni á Jerusalem, etc., á donde se acude para una decision de fe; y la decision romana ha tenido siempre y desde luego fuerza de ley. Otras sillas han sido destruidas y han muerto, pero nunca la de Roma.

Roma es la única que sanciona los Concilios ecuménicos y provinciales.....

El Concilio de Constanza declara hereje al que piense, en lo relativo á los artículos de la fe, de otro modo que la Iglesia de Roma.

Afirmo, dice S. Ligorio, y afirmo con convicción, que los que dicen que el soberano Pontífice, quien quiera que sea, puede equivocarse en sus decretos sobre la fe, llevan la peste y la ruina á la Iglesia. Los que han impugnado con terquedad los decretos de la Santa Sede, han sido primero cismáticos, y luego herejes.

Por todas estas razones, Suarez (Lib. III de Fidei defens.), Bañez y Belarmino (Lib. IV de Pontif. Rom., c. II), declaran que la infalibilidad del Papa es casi una cuestión de fe, y que la opinion contraria es herejica y próxima á la herejía.

Excepto los galicanos, que, por otra parte, son en corto número, todos los obispos en general reconocen la infalibilidad del Papa. Y en la práctica, los mismos galicanos se atienen siempre á las decisiones de Roma. Si los decretos de los Papas no fuesen infalibles sin el consentimiento de los obispos, habríamos de decir que la Iglesia no está fundada sobre Pedro, sino que Pedro está fundado sobre la Iglesia; habríamos de decir igualmente que los hermanos no deben ser confirmados por Pedro, sino Pedro por sus hermanos; habríamos de decir que los miembros, que son los obispos, están más seguros de su decision que la cabeza, que es el Papa.

Jamás ningún Concilio, ni siquiera general, ha existido ni ha tenido valor sino por la sancion del Papa.

Belarmino asegura que la doctrina de que los decretos emanados del Papa son infalibles, es la antigua doctrina de todos los católicos, de todos los teólogos y Padres de la Iglesia. (De Pontif.). Santo Tomás la da como cierta: Pertenece, dice, á la autoridad del soberano Pontífice determinar finalmente las cosas de fe, para que todos las acaten como verdad inconcusa: *Ab illius (Papæ) ergo auctoritatem pertinet finaliter determinare ea quæ sunt fidei, ut ab omnibus inconcusa fide teneantur.* (2. 2. q. 1. art. 10).

Juan de Paris decía antes de ser galicano: La Iglesia estaría dividida si la unidad no se conservase por medio de la sententia de uno solo; y el que tiene este poder, es Pedro y sus sucesores. (Lib. de Potest. regis et Papæ, c. III).

Muchísimos Papas han declarado la infalibilidad del soberano Pontífice. El papa Anacloto dice: Hallanse las grandes causas sometidas á la Sede apostólica. Sede en la que Jesucristo ha edificado su Iglesia: *Majores causæ ad sedem apostolicam referantur, super quam Christus universam construxit Ecclesiam.* (Epist. I de Oppress. episc.).

El papa Nicolás I se expresa aún más formalmente: Aquel que obra contra la Iglesia romana, que es madre de la fe, dice, viola la fe: *Fidem quippe violat, qui adversus illam (Ecclesiam romanam) agit, quæ mater est fidei.* (Ut in canone omnes, dist. XXII).

Inocencio III, en su carta 299 al Patriarca de Constantinopla, dice: Ved las palabras que pronunció Jesucristo: Yo he orado por tí, Pedro, á fin de que tu fe no desfallezca. Jesucristo declara formalmente que jamás los sucesores de Pedro se apartarán de la fe católica, y al contrario, guiarán á los demás, puesto que han recibido el poder de confirmarlos en la fe, y Jesucristo ha querido también que todos estuviesen obligados á obedecerle.

Gregorio VII dice también: Jamás ha errado la Iglesia romana, y no deba ser considerado como católico el que no está unido á esta Iglesia: *Ecclesia romana nunquam erravit, nec pro catholico habendus est, qui hinc Ecclesie non conjungitur.*

Los papas Evaristo, Alejandro I, Sixto I, Pio I, Victor, Ceferino, Marcelino, Eusebio y otros sostienen la misma doctrina.

Mil veces han fulminado los Papas decretos contra los herejes, y estos decretos tuvieron al momento toda su fuerza. Así es que en 150 Valentino fué condenado por el papa Higino, en 245 los montanistas por Cefarino, en 300 Joviano por Ciricio, en 416 Pelagio por Inocencio I; y al punto los anatematizados fueron considerados como herejes por todos los católicos.

Los obispos de Francia escribieron á Inocencio X, despues que acababa de condenar las proposiciones de Jansenio, diciéndole: No sólo por la promesa que Jesucristo hizo á Pedro, sino tambien por las Actas de los antiguos Pontífices, los juicios hechos en materias de fe por la Santa Sede consultada por los obispos, obligan á los cristianos.

Así pues, antes del consentimiento de los obispos todos estamos obligados á obedecer los preceptos de Roma; así pues el Papa es in-



fallible. Ya lo hemos dicho; tan sólo los galicanos opinan de distinto modo; pero los galicanos no son la Iglesia universal.

Muchas veces transcurren siglos sin que haya un Concilio general. ¿Y no ha de ser necesaria una autoridad suprema, infalible y permanente para contener el error y condenarlo? De otra suerte, se introduciría en la Iglesia. ¿Puede la Iglesia, que es un gobierno divino, ser menos cuerda que los gobiernos humanos, y no admitir los auxilios que tienen éstos? No termina un tribunal supremo toda diferencia? Roma es el tribunal supremo donde todo queda definido y terminado.

Es muy cierto que si admitiésemos el parecer de los galicanos, que dicen que el Papa es fallible, que es necesario el consentimiento de los obispos, ya no habría medio de convencer á los herejes de los errores, ni siquiera por medio de Concilios generales; porque los herejes no se someten nunca al juicio de un Concilio al que no asisten, diciendo que, como falta su intervención, el Concilio no puede fallar, y se consideran ellos como la parte más sana de la Iglesia. Así vemos á los heterodoxos, apelar á un Concilio ecuménico después de haber sido sus errores llevados al tribunal de Roma, á fin de evitar así la condenación romana, pues saben que han de eludir así las sentencias del Concilio.

Objetan á esto, 1.º, que el papa Libero se adhirió á la herejía arriana. Pero debe tenerse en cuenta que aquel Papa estaba desterrado por orden del emperador Constantino; no era libre, no había hablado *ex cathedra*, como ejerciendo la autoridad suprema, sino como particular. Así, después de recobrar la libertad, condenó aquella herejía.

Objetan, 2.º, que el papa Virgilio, en una carta á la emperatriz Teodora, anatematizaba á los que confesaban dos naturalezas en Jesucristo, adhiriéndose á la herejía de Eutiches. Pero hemos de observar, como dice Baronio, que aquel Papa profesó esta herejía en el destierro, donde había sido enviado por la emperatriz, que entonces no era más que un anti-papa, puesto que había tomado posesión de la Sede Silverio, el papa legítimo. Muerto Silverio, Virgilio llegó á ser legítimo Papa, y no volvió á profesar aquella herejía.

3.º Dicen que el mismo papa Virgilio había aprobado los tres capítulos que condenó después el Concilio general de Constantinopla. Pero ha de tenerse en cuenta que no se trataba de una cuestión de fe en aquellos capítulos.

Objetan, 4.º, que S. Cipriano se resistió en gran manera al decreto del papa S. Esteban. No era sin embargo aquella una cuestión de fe, sino, al contrario, de disciplina. Por otra parte, S. Cipriano se sometió luego á aquel decreto.

Objetan, 5.º, que el papa Honorio fué condenado por un Concilio, por haber escrito á Sergio, jefe de los monotelitos. A esto puede contestarse: 1.º que muchos escritores aseguran que estas cartas fueron supuestas por los griegos; 2.º que las cartas, aun siendo del

Papa, pueden entenderse en un sentido católico; 3.º que Honorio habló como particular, y no como Papa....

Nos adherimos, dice S. Ligorio, al sentimiento que coloca al Papa sobre el Concilio general, y aun sobre todas las Iglesias tomadas colectivamente.... Este es el sentir de S. Agustín, Santo Tomás, S. Buenaventura, Alejandro de Hales, S. Juan de Capistrán, S. Bernardo, Baronio, Belarmino, Spondrat, Pallaricino y muchos otros. Es el sentir del V Concilio de Letrán, celebrado en el Pontificado de Leon X, sesión XI.º. En este Concilio fué recibida solemnemente la Constitución *Pastor aeternus*. Y véanse las palabras de esta Constitución: Sólo el Pontífice Romano, como teniendo autoridad sobre todos los Concilios, tiene el pleno derecho y el poder de convocarlos, transferirlos y disolverlos, obrando así, no solamente según la manifestación de la Escritura, de los Santos Padres y de otros Pontífices romanos, sino también en virtud de lo públicamente manifestado por los mismos Concilios.

Los adversarios objetan y dicen: Si el Papa es superior á los Concilios, son inútiles los Concilios, y los Papas los han convocado innecesariamente para juzgar cuestiones de fe. Véase la respuesta, que no puede ser más satisfactoria. No han convocado los Papas los Concilios porque no pudiesen decidir por sí mismos las cuestiones controvertidas en materias de fe; los han convocado para que, discutidas solemnemente las cuestiones, quedasen las herejías más convencidas de error, y examinados los dogmas de fe por la Iglesia entera, quedasen fijados con todo el debido esplendor, y fuesen más fácilmente recibidos por los fieles.

En vano se citan los Concilios de Constanza y de Basilea; en vano se cita el decreto del de Constanza, que dice: Representando este sagrado Concilio á la Iglesia, tiene inmediatamente el poder de Jesucristo; todos, sea cual fuere la dignidad de que estén revestidos, y aun el Papa, deben obedecerle en lo concerniente á la fe, la extirpación del cisma y la reforma general de la Iglesia en su jefe y en sus miembros. Puede contestarse desde luego que esta sesión fué mala; después que este decreto fué expedido en un momento en que no se sabía quién era el verdadero Papa, en los días de un cisma en que tres Pontífices se disputaban el soberano Pontificado; pero esos tres Pontífices fueron depuestos todos por el Concilio, y los Cardenales eligieron por legítimo Papa á Martín V. Reuniendo todo lo que la Escritura, los Padres, los Obispos y los mismos Concilios dicen en favor de nuestra causa, añade S. Ligorio, todo el mundo puede ver que nuestro parecer es el de la Iglesia entera, y es su regla y su juicio, y que el parecer contrario debe mirarse como infundado, peligroso, extraordinario, opuesto á la práctica de la Iglesia, y origen de perturbaciones que debe recluirse.

Las puertas del infierno nunca prevalecerán contra la Iglesia, dice Jesucristo: *Portae inferi non prevalebunt adversus eam.* (Matth. XVII 18) Infalibilidad de la Iglesia.

Si la Iglesia pudiese engañarse, las puertas del infierno prevalecerían contra ella; y Jesucristo habría mentado.

Oraré a mi Padre, dice Jesucristo, y os dará el Espíritu Santo, para que permanezca eternamente con vosotros; el Espíritu de verdad permanecerá con vosotros, y estará con vosotros: *Et ego rogabo Patrem, et Paraclietum dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum, Spiritum veritatis; apud vos manebit, et in vobis erit.* (Joann. XIV. 16-17).

Así como mi Padre me ha enviado, yo os envío, dijo Jesucristo a sus Apóstoles: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* (Joann. XX 21).

Se me ha concedido, dice, toda clase de poder en el cielo y en la tierra. Id pues, y enseñad a todas las naciones... Y ved que estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos: *Data est mihi omnis potestas in celo et in terra. Euntes ergo docete omnes gentes...; et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi.* (Matth. XXVIII. 18-20).

El que os escucha, me escucha, y el que os desprecia, me desprecia. Mas el que me desprecia, desprecia al que me ha enviado: *Qui vos audit, me audit, et qui vos spernit, me spernit. Qui autem me spernit, spernit eum, qui misit me.* (Luc. X. 16).

La Iglesia, dice S. Pablo, es la columna y el sostén de la verdad: *Columna et firmamentum veritatis.* (I. Tim. III. 15).

No creía yo en el evangelio, dice S. Agustín, si la autoridad de la Iglesia no me convenciese, y llevase á creer: *Ego Evangelio non crederem, nisi me catholica Ecclesia convinceret auctoritas.* (Lib. contra Epist. Manich., c. IV.). S. Agustín tenía pues á la Iglesia por infalible.

Jesucristo, dice S. Pablo á los Hebreos, era ayer, es hoy, y será en todos los siglos: *Jesus Christus heri et hodie, ipse et in secula.* (XIII. 8). Era ayer, es decir, existe desde toda la eternidad; era ayer, es decir, ha existido en los profetas; es hoy, existe en los Apóstoles y en su Iglesia para dirigirla; y será en todos los siglos, es decir, estará con la Iglesia militante para hacerla infalible, y con la Iglesia triunfante, para coronarla.

Al que no escuche á la Iglesia, dice Jesucristo, tenadlo por pagano y publicano: *Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut ethiopicus et publicanus.* (Matth. XVIII. 17). Jesucristo hace á todos un sagrado deber de escuchar y seguir la enseñanza de la Iglesia, so pena de ser asimilados á paganos y publicanos. Pero, si la Iglesia no fuese infalible, ¿cómo habría Jesucristo mandando que la escuchásemos?

Señor, dice Ricardo de S. Victor, si lo que creemos siguiendo á la Iglesia es erróneo, vos sois el que nos engañais: *Si error est quod credimus, á te decepti sumus.* (Lib. I de Trinit., c. II).

La verdadera Iglesia debe ser infalible; de otra suerte dejaría de ser la verdadera Iglesia. Debe ser infalible porque, cuando sobrevienen controversias entre los fieles, ¿quién podría decidir las di-

Necesidad de que la Iglesia sea infalible.

cultades si la Iglesia de Jesucristo estuviese sujeta á error? ¿Las decidiría la Escritura? Pero, ¿no incen de la Escritura, dice el P. Campien, todas las dificultades? ¿no han nacido de la Escritura mal explicada todas las herejías? ¿no ha hecho la Escritura mal entendida que se extendiera por el mundo esa horrorosa confusión de opiniones diferentes, de sentimientos impíos, cismas escandalosos, contrariedades lastimosas, contradicciones extravagantes, y en fin ese horrible caos de innumerables herejías? Por más que se confronten con pasajes para demostrar la verdad, los adversarios confrontan los mismos textos y hallan en ellos un sentido enteramente opuesto. Así pues, á no haber Jesucristo establecido un juez vivo, perpétuo é infalible, sostenido é inspirado por el Espíritu Santo, que decidiera infaliblemente todas las controversias y fallara con seguridad sobre lo que debe acatarse como verdad de fe y considerarse como error sobre el sentido que debe darse á uno ó á otro pasaje de la Escritura, estaríamos siempre nadando en la duda y en la incertidumbre, siempre errantes de opinion en opinion, y no habría ninguna religion segura, unos profesarian la primera religion de que se les hablase, otros la que conviniese á sus intereses ó estuviese de moda, estos según su caparicho, aquellos según sus pasiones, y todos sin estar nunca seguros de nada. Para prevenir pues tan horribles desórdenes, para hacer que la religion fuera firme, la Iglesia invariable y la fe inquebrantable, para conservar el depósito de la fe en toda su pureza y su integridad hasta el fin de los siglos, era absolutamente necesario que Dios estableciese un Juez infalible y perpétuo que no pudiera equivocarse en un pueblo donde no hubiese juez con autoridad de apaciguar las querellas y disensiones y terminar las dificultades, aunque en aquel pueblo hubiese volumenes de leyes y de ordenanzas? Todos pretenderian que la ley estuviese en su favor, y la interpretarían según sus intereses, los más poderosos oprimirían á los débiles, y la injusticia y la violencia prevalecerían sobre la justicia y la equidad. En una palabra, allí reinaria una horrible confusión.

¿Qué desastrosos desórdenes no veríamos en un pueblo donde no hubiese juez con autoridad de apaciguar las querellas y disensiones y terminar las dificultades, aunque en aquel pueblo hubiese volumenes de leyes y de ordenanzas? Todos pretenderian que la ley estuviese en su favor, y la interpretarían según sus intereses, los más poderosos oprimirían á los débiles, y la injusticia y la violencia prevalecerían sobre la justicia y la equidad. En una palabra, allí reinaria una horrible confusión.

De la misma manera, si no hubiese Dios establecido un Juez para decidir soberana é infaliblemente en materia de religion los puntos de fe, la religion cristiana no sería más que una confusión de sentimientos capciosos opuestos y contradictorios, como se ve en todos tiempos en los innovadores que no han querido someterse á las decisiones del tribunal establecido por Dios. Si Jesucristo se hubiese contentado con darnos muchas leyes y revelararnos los sublimes misterios del Nuevo Testamento, y no hubiese establecido un Juez para explicar segura é infaliblemente aquellas leyes y aquellos misterios, cada cual los interpretaría según el plan que se hubiese formado ó la secta que hubiese adoptado; y esto es lo que han hecho siempre los herejes. De aquel modo Jesucristo habría entregado su Evangelio á todos los caprichos, á todas las terquedades, á

todas las imaginaciones del espíritu humano, y sobre todo á las diversas pasiones de los hombres.

Hay una segunda razon que prueba la necesidad absoluta de un Juez, dirigido por el Espíritu Santo, y es que muchas Biblias han sido falsificadas en varios puestas. Los Rabinos han falsificado el ejemplar hebreo, y sobre todo las profecias concernientes al Mesias divino. Los Santos Padres de Oriente se quejan de que los herejes de su tiempo habian falsificado el ejemplar griego. Los reformadores de los pasados siglos, Lutero y Calvino, han falsificado el ejemplar latino. No hay casi version, hasta la del Nuevo Testamento, impresa en Mons, que no haya sido falsificada y malignamente adulterada en varios pasajes. Si han compuesto volúmenes enteros para demostrar las falsificaciones y los giros malignos, ¡Y cuántas otras versiones falsas se han fabricado despues! Es el gran artificio de todos los innovadores, que son ordinariamente espíritus soberbios y presuntuosos. Consideran como punto de honra el sostener sus opiniones contra la autoridad más respetable, que es la de la Iglesia. Se les ve obstinados así que han dado el primer mal paso, y no quieren que el mundo diga que se han engañado; y para sostener sus errores cuando se ven condepados, acuden al gran recurso de hacer versiones de la Sagrada Escritura, corrompiendo los pasajes que condenan demasiado visiblemente sus falsos dogmas. Luego componen algunos pequeños libros en lenguaje florido, tienen cuidado de que estén bonitamente encuadernados y bien impresos; los expenden á bajo precio, y el título que les dan, sirve para enganar al pueblo. Suelen ser *Notas sobre la Escritura, Paráfrasis sobre los Evangelios, Análisis de las Epístolas de S. Pablo, ó Reflexiones morales sobre cada versículo de los Evangelios*, como si quisieran autorizar sus notas, sus paráfrasis y sus reflexiones erróneas y heréticas con la autoridad de los Santos Libros. Este ha sido en todos tiempos el más maligno artificio de los herejes. Lutero, Calvino y sus partidarios llenaron desde luego la Europa con tales libros, compuestos con todo el artificio y malignidad de que es capaz el espíritu humano seducido, y los alaviaron con los títulos más pomposos y capciosos, á fin de destambrar á los espíritus sencillos, débiles é ignorantes. Libros envenenados, que los partidarios del error y sus emisarios esparcían entonces y esparcen aun hoy dia, ordinariamente á costa de los fondos comunes. De ahí se originan disputas contiendas de mala ley, debates y controversias.

Si cada particular tuviese el don de infalibilidad, como quieren los herejes, jamás habria habido disensiones entre los fieles, ni sobre el número de canonicidad de los libros santos, ni sobre la diferencia de las versiones, ni sobre el sentido de los textos; inspirados todos por el Espíritu Santo, habrian hablado todos de la misma manera. Hemos pues de buscar en otra parte esta infalibilidad; no puede hallarse más que en la Iglesia, no hay medio.

La segunda prueba de que los particulares no pueden segura é

infaliblemente interpretar la palabra de Dios, se saca de las diferencias que hemos visto nacer entre todos los herejes, ya sobre el número de los libros Santos, ya sobre la diversidad de las versiones y el sentido de los textos.

Lutero rechaza la Epístola de Santiago, y sostiene que el Apocalipsis es apócrifo, al paso que Calvino opina lo contrario. Esta persuasión interna está pues sujeta á error. Lutero hace una version de la Escritura, y Zwinglio publica que esta version corrompe la palabra de Dios. Los luteranos dicen lo mismo de la version de Zwinglio. Ecolampadio y los teólogos de Basilea hacen otra version; y Beza la halla impia en varios lugares. Los de Basilea dicen lo mismo de la version de Beza, etc. Así pues, se ve que se ha de ser muy dudosa con relacion á estas diferencias; su fe es puramente humana, y no tienen el don de infalibilidad, puesto que se contradicen. No es el Espíritu Santo quien les inspira; el Espíritu Santo es el espíritu de verdad, y la verdad es una.....

¿Están los herejes acordes sobre el texto? Aquí hay también un gran caos de contradicciones. Sobre este sólo pasaje: *Esto es mi cuerpo: Hoc est corpus meum* (Matth. XXVI. 26), hay mas de sesenta explicaciones diferentes. Lutero lo interpreta de la realidad, pero pretende que el pan subsista siempre. Zwinglio sostiene que aquellas palabras no indican más que la simple figura del cuerpo del Salvador. Calvino dice que Jesucristo no está en la Eucaristia sino por la fe. La fe de los protestantes es pues una fe dudosa, vacilante, que no sabe á que atenerse. Y sin embargo, todos estos célebres reformadores, al salir por medio de la apostasia de la Iglesia romana, se vanaglorian todos de entender perfectamente la Escritura. Esta horrorosa diversidad de interpretaciones, y á menudo sobre un mismo pasaje, no es una demostracion evidente que un espíritu vertiginoso y erróneo les dominaba, y que no se inspiraban en el uniforme espíritu de Dios?

Todos los herejes de todos los siglos han obrado de la misma manera.....

Es pues necesario un juez infalible. Sin esto disputaríamos hasta el fin del mundo, sin saber á qué atenernos ni á quien creer; *temeríamos tropezando, como ciegos, de error en error*; si Jesucristo no hubiese establecido un Juez infalible habria sentado su Iglesia sobre cimientos ruinosos, y no sobre la piedra inquebrantable. Las puertas del infierno prevalecerian, contra su promesa solemne; no habria atendido suficientemente á la conservacion del depósito de la fe; no estaria con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos; su Iglesia no seria la columna de la verdad, y la oracion que hizo para que la fe de su Iglesia no se perdiese nunca, habria sido una oracion vana é inútil. A este punto se reducen todas las controversias, ó más bien este es el único punto de controversia que ha existido entre católicos y herejes. Y es porque no han querido y aun no quieren someterse á las decisiones de este Juez infalible, que ha habido y hay tantos herejes.

¿Quién es el Juez que Jesucristo ha establecido para terminar en última apelación todas las controversias? Este Juez no es sola la Escritura, puesto que la Escritura es el testamento sobre el cual se pleitea, y es el origen de todas las disputas y controversias. Este Juez no puede tampoco ser cada particular, puesto que todos se contradicen.

¿Quién es el Juez de la Iglesia á que Dios ha dado el don de infalibilidad?

Entre tantas iglesias llamadas cristianas como ha habido en el mundo y hay todavía, dice el P. Campien, no es á la Iglesia arriana, ni á la nestoriana, ni á la pelagiana, ni á ninguna de todos los antiguos herejes á la que Dios ha dado la infalibilidad, puesto que aquellas Iglesias han desaparecido, y la verdadera debe ser perpetua hasta la consumación de los siglos; no es tampoco á la Iglesia luterana, ni á la calvinista, ni á la zwingliana, ni á la sociniana, ni á la anglicana, puesto que todas estas iglesias son nuevas, se han contradicho mil veces, se combaten unas á otras, y aun en cada una de estas iglesias hay tantas variaciones y contradicciones, que si los que son sus autores volviesen al mundo, no podrían reconocer su obra.

Este don de infalibilidad sólo puede haber sido comunicado á la Iglesia católica, apostólica y romana, pues ella sola tiene todas las señales de verdad y todos los motivos de credibilidad; y decimos á la Iglesia, no á cada particular de la Iglesia, porque entonces sería una confusión y un laberinto. Por esto Jesucristo, que es la sabiduría increada y encarnada, sólo ha dado este don de infalibilidad al Papa cuando habla *ex cathedra*, y á los obispos, en los Concilios generales, unidos al soberano Pontífice y obrando de concierto en el mismo.

Pero, para que la Iglesia sea este Juez infalible, es necesario que haya ciertas calidades ó prerrogativas que no sólo la distinguan, sino que aseguren su fe. Es preciso, 1.º, que dura siempre. Convieno, dice S. Pablo, que haya herejías: *Oportet et haereses esse.* (1. Cor. XI. 19); es preciso que haya siempre un oráculo infalible para conocerlas y condenarlas. 2.º Es preciso que esta Iglesia esté gobernada por el Espíritu Santo; sin esto no tendríamos seguridad de nada. 3.º Es preciso que el Espíritu Santo la gobierne para siempre; porque, si no fuese más que por un tiempo limitado, Dios no habría provisto suficientemente á la conservación de la fe de los fieles. 4.º Es preciso que el Espíritu Santo ilumine á esta Iglesia sobre todas las verdades reveladas que debemos creer, sobre la canonicidad y número de los Libros Santos; sobre la fidelidad de las versiones, sobre el sentido de los textos y sobre las tradiciones que son verdaderamente divinas y apostólicas. Porque, si sólo estuviese iluminada en lo relativo á algunas verdades, no estaríamos seguros de las otras. 5.º Es preciso que esta Iglesia sea siempre visible, porque una Iglesia invisible no puede enseñar ni ser consultada. 6.º Es preciso finalmente que esta Iglesia esté también convencida de que le asiste el Espíritu Santo. Una Iglesia infalible supone y exige todas estas prerrogativas. Por

esto ha tenido gran cuidado Jesucristo de que todos estos puntos esenciales estuviesen señalados en el Evangelio.....

Hay pruebas evidentes de que los primeros pastores son los únicos que reúnen todas las calidades de Juez infalible. Hablando Jesucristo á S. Pedro como al soberano Pontífice de la Iglesia católica, apostólica y romana le dijo: Sois Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. (*Math. XVI. 18*). Esta es la firmeza inquebrantable de aquella infalibilidad contra todas las potencias de la tierra y del infierno, y contra todos los errores. Despues de haber Jesucristo hablado al pueblo, llamó á los Apóstoles en particular, y les dijo: Id, enseñad á todas las naciones, y sabed que yo estaré con vosotros cada día hasta la consumación de los siglos. (*Math. XXVIII. 20*). He aquí la duración perpétua de aquella infalibilidad, y sin interrupción, puesto que ha de estar con ellos cada día. Jesucristo promete á sus Apóstoles el Espíritu Santo el Espíritu de verdad para gobernar infaliblemente su Iglesia, á fin de que viva con ellos eternamente. (*Joann. XIV. 16*). Jesucristo no promete aquel Espíritu Santo por los cuatro primeros siglos, como quieren los protestantes, sino por todos los siglos. He aquí como se perpetúa aquella infalibilidad. Y Jesucristo añade: Aquel Espíritu de verdad os lo enseñará todo: *Ille vos docebit omnia.* (*Joann. XIV. 26*). Este Espíritu os enseñará toda verdad: *Docebit vos omnem veritatem.* (*Joann. XVI. 13*). He aquí la infalibilidad universal en todas las verdades.

Y es preciso observar que en todos estos pasajes no hablaba Jesucristo más que á los Apóstoles y á sus sucesores, que únicamente son los obispos cuando fallan con el Papa. Era preciso que Jesucristo fuese muy en cuenta este artículo de nuestra creencia para declarar y especificar de una manera tan exacta todo lo que puede estar relacionado con él; y si hizo esto, fué para prevenir todas las dudas, todas las contiendas, todas las contestaciones. Es el punto decisivo que termina todas las controversias. En efecto: cuando se cree firmemente este punto de fe, todo queda terminado; no hay más que someterse á este oráculo infalible, alumbrado por el Espíritu Santo, que no puede equivocarse en virtud de las promesas de Jesucristo. Si así sucede, podemos estar firmes en nuestra fe y en nuestra religión. Sin éste no puede haber más que una confusión de opiniones diferentes, caos de religiones diversas, forjadas según el capricho, las prevenções y las pasiones de los espíritus turbulentos. Así es que el Hijo de Dios no perdonó medio para inculcar profundamente en el espíritu de los hombres este artículo de nuestra fe.

Jesucristo compara tambien su Iglesia á una ciudad situada en una alta montaña donde puede ser vista de todo el mundo, y á una tea colocada en un candelero que derrama por todas partes su luz. Ved ahí la visibilidad de esta Iglesia infalible. Y dice en otra parte á sus Apóstoles: Id, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñán-

doles á guardar todo lo que os he confiado: *Enantes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, docentes eos servare omnia quecumque mandavi vobis.* (Math. XXVIII. 19-20). No se predicó, ni se administran los Sacramentos en una Iglesia invisible. Y ved ahí que estare con vosotros cada día hasta la consumación de los siglos: *Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi* (Math. XXVIII. 20); es decir, predicando, enseñando y decidiendo. Esta es la visibilidad perpetua de la Iglesia; y su perpetua infalibilidad por todos los siglos.

Finalmente, la Iglesia debe tambien estar convencida de su infalibilidad: yo en el Evangelio todo lo que Jesucristo dijo para que fuese infalible; los Apóstoles han enseñado á sus sucesores de qué manera habian de hablar en estos casos: Así nos ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros: *Visum est Spiritui Sancto et nobis* (Act. VI. 28); es decir, nos ha parecido así hablando como habíamos por el Espíritu Santo. Por esto los Apóstoles, aunque, llenos del Espíritu Santo, hubieran podido decidir cada uno en particular la famosa cuestión suscitada con motivo de la observancia de la ley de Moisés, quisieron reunirse en Jerusalem para terminar un debate que empezaba á dividir á los fieles. Deseaban dar á la Iglesia un modelo de la conducta que debieran observar los Pastores en los siglos sucesivos. Y esta es en efecto, la que han observado siempre cuando han sobrevenido herejes causantes de grandes turbaciones y divisiones en la Iglesia.

La segunda razon que prueba que Jesucristo ha prometido el don de infalibilidad tan sólo á los principales pastores, es que si estuviésemos sujetos al error cuando deciden de acuerdo con la Santa Sede, habríamos de decir ó que Jesucristo les habia engañado prometiendoles en la persona de los Apóstoles aquel gran don, ó que no lo habia prometido sino mientras durara la vida de los Apóstoles, ó que no habia tenido el poder de cumplir su promesa, lo cual seria otras tantas horribles blasfemias, pues el les habia prometido varias veces que su Iglesia subsistiria hasta el fin de los siglos.

Los protestantes declaran que la doctrina de la Iglesia católica romana permaneció pura durante los cuatro primeros siglos; pero pretenden que en el siglo V fue adulterada con la mezcla de errores groseros y principios idólatras. Así pues debieran tambien decir que Jesucristo fué aquel hombre insensato de que el mismo nos habla en el Evangelio que construyó su casa sobre la moleda arenosa, y las tempestades la destruyeron. No mejor cimentada estaria la Iglesia cayendo en ruina y desolacion, y el divino Salvador se habria engañado y habria engañado á S. Pedro al decirle: Sois Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (Math. XVI. 18); ó bien se habria visto obligado á dejarla derrumbarse por carecer de suficiente potencia. En caso contrario, han de sostener que Jesucristo no hacia estas promesas más que á sus Apóstoles. Pero Jesucristo les

hacia tambien á sus sucesores, puesto que les decía: Ved aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos. (Math. XXVIII. 20). El Espíritu Santo permanecerá eternamente con vosotros. (Joann. IV. 16). Bien sabia entonces que los Apóstoles no habian de vivir hasta el fin del mundo; pero hablaba á sus sucesores.

Así, pretender que la Iglesia fundada por Jesucristo ha caído en el error, no sólo es una horrible blasfemia, sino tambien la más estúpida de las mentiras y la mayor de todas las locuras.

Hemos de terminar pues diciendo, ó que el Salvador no fundó Iglesia alguna, lo que es evidentemente falso, ó que si ha fundado una, la ha hecho firme, inquebrantable, infalible, sin que jamás pudiese prevalecer contra ella ningun error en materia de fe. Hasta hoy hemos visto cumplida esta promesa.

La tercera razon que Dios ha comunicado el don de infalibilidad á los principales pastores de su Iglesia, es decir, á los obispos unidos y concertados con el Papa, y al Papa, cuando habla como jefe supremo, ó sea *ex cathedra*, es que ellos son los únicos que han condenado siempre las herejías. Todos los que no han tenido sus creencias, han sido siempre separados del cuerpo de la Iglesia y considerados con razon como cismáticos ó herejes.

¿Hase visto jamás artículo de fe mejor probado en todos los siglos desde Jesucristo hasta nosotros, que la infalibilidad de la Iglesia? ¿Puede darse jamás tradición más antigua, constante y universal? En efecto: no sólo ha sido siempre esta la fe de los fieles, sino la de los mayores Santos y Doctores de la Iglesia.

De todo lo que acabamos de decir se deduce esta conclusion general, á saber, que debemos someternos sin resistencia y sin examen á las decisiones de la Iglesia, so pena de ser declarados herejes y reprobados, puesto que el Salvador nos dice en su Evangelio que el que no cree está ya juzgado: *Qui non credit, jam judicatus est.* (Joann. III. 18).

Por otro parte, puesto que estamos ciertos de que los primeros pastores unidos á la Santa Sede no pueden equivocarse en materias de fe, en virtud de las promesas de Jesucristo, que no puede engañar ni ser engañado, y ha prometido á los primeros pastores la asistencia del Espíritu Santo hasta la consumación de los siglos, no es esto bastante para disipar todas nuestras dudas, nuestras inquietudes, y calmar enteramente las conciencias? Sin ello, como ya lo hemos dicho y no nos cansamos de repetirlo, no tendríamos seguridad de dicho y no nos cansamos de repetirlo, no tendríamos seguridad de nada, no sabríamos á qué atenernos ni á quien creer, y habria tantas religiones como cabezas, de la manera que sucede entre los protestantes. Aun cuando nos pareciese que estos primeros pastores se han engañado, debiéramos desconfiar de estos primeros pastores de nuestro espíritu á sus decisiones. ¿Y por qué? Porque por una parte estamos ciertos de que nuestra ciencia es débil, defectuosa y sujeta á muchos errores; que no hemos recibido mision de juzgar por nosotros mismos, y que por otra parte estamos ciertos de que el ju-

ción de los primeros pastores es infalible en todos los puntos concernientes á la fe, y de que sus decisiones son otros tantos oráculos del Espíritu Santo, en virtud siempre de las promesas de Jesucristo. Aun cuando se nos hiciese ver con pasajes de la Escritura ó de los Padres de la Iglesia, con especiosas razones y sutiles raciocinios, lo contrario de lo que han decidido, hemos de estar siempre inviolablemente adheridos al sentimiento de la Iglesia, y hemos de tener la convicción de que cuanto se nos diga en contrario no es más que falsedad, error y sutilezas emanadas del espíritu de mentira.....

Condición que  
impone Jesu-  
cristo al pro-  
mover la infal-  
bilidad de los  
primeros pas-  
tores.

Falta conocer con qué condiciones prometió Jesucristo la infalibilidad á los primeros pastores.

1.º ¿Puede ser á condición, dice el P. Campion, que aquellos primeros pastores que han de fallar en última apelacion todas las controversias, hayan de ser Santos? Jesucristo no habria así provisto ninguna necesidad: porque, residiendo la santidad en el corazón, y no pudiendo nadie apreciarla en la tierra, jamás podríamos saber quiénes son Santos, y quiénes no lo son; porque es muchas veces un hipócrita el que más santo parece. Si esta condición fuese pues necesaria, nuestra fe seria siempre dudosa.

2.º ¿Puede ser á condición de que hayan de ser sabios? Jesucristo no habria así provisto ninguna necesidad, porque no podemos saber si son bastante sabios, ó qué grado de ciencia se necesita para decidir con acierto. Nuestra fe seria tambien así siempre incierta.

3.º ¿Puede ser á condición de que tengan todos una intención recta, y no obran más que á impulso de motivos puros y sobrenaturales? Jesucristo no habria tampoco provisto ninguna necesidad, porque no podemos penetrar la intención de los demás; y así no habria para nosotros más que dada é incertidumbre.

4.º ¿Puede ser á condición de que todos los obispos del mundo cristiano le favorezcan con sus votos? Jesucristo no habria así afirmado suficientemente su Iglesia y nuestra fe. Bien prevenia que habian de hallarse casi siempre obispos disidentes.

5.º ¿Puede ser á condición de que en esas asambleas no haya intrigas, luchas ni cabalas? Jesucristo, si tal hiciese, no hubiera atendido á la conservación del depósito de la fe; porque, aun cuando no hubiese luchas públicas ni ruidosas, temeríamos siempre que las hubiese secretas, y no habria nada seguro para la fe en la decisión, y los herejes condenados no dejarían de prevaleerse de este pretexto.

6.º ¿Puede ser á condición de que se examine bien la cuestion controvertida, de que el juicio de cada obispo vaya precedido de un examen bastante, de que hayan confrontado el punto propuesto con la Escritura y los monumentos de la tradicion, y de que esto sea notorio? Pero, ¿cómo podríamos saber si lo han hecho? (No han clamado siempre los herejes condenados diciendo que no se habia examinado bien la cuestion y no se habia comprendido la dificultad?

Sin duda es menester que la decision vaya precedida de un exámen serio, y un obispo seria culpable si decidiese sin haber examinado con madurez las cuestiones sobre que ha de fallar; pero, á pesar de esto, no prometió Jesucristo con tal condición la infalibilidad á los primeros pastores, porque nosotros hubríamos en tal caso temido siempre que no hubiesen examinado suficientemente las cuestiones, y por consiguiente nunca podria ser firma nuestra fe.

7.º ¿Puede ser á condición de que la dificultad esté decidida por un Concilio universal? Pero, ¿ha hablado Jesucristo de Concilio universal ni particular? Nos remite á la Iglesia; pero no nos dice que sea la Iglesia reunida. La Iglesia dispersa unida al soberano Pontífice, es tan infalible como la Iglesia reunida en Concilio universal.

8.º ¿Puede ser á condición de que se observen todas las formalidades? Pero Jesucristo no hubiera tampoco así asegurado bastante nuestra fe; porque, aun cuando se observasen todas las prescritas, los herejes condenados inventarian nuevas formalidades asegurando su necesidad para una decision valedera.

9.º Tampoco puede ser á condición de que el clero de segundo orden lo apruebe y el pueblo lo consenta. Estas son especies mandadas forjadas por los últimos innovadores; pues jamás ha habido más que el Papa y los Obispos que hayan tenido voz decisiva tratándose de la fe.

10. ¿Puede ser á condición de que los primeros pastores han de fallar sinceramente sin ningun miramiento político ni otra consideración humana? ¿Puede ser á condición de que el fallo no será por temor, ni por complacencia hacia algun poder, por algun interés, ni por otra mira humana? Es verdad que este ha sido en todos tiempos el ridiculo pretexto de los herejes condenados para no someterse. Pero, si se hubiese impuesto esta condición para que pudiese tener lugar la infalibilidad prometida á la Iglesia, nunca podríamos estar seguros de nada. Siempre tendríamos motivos para temer que los obispos hubiesen fallado por politica, por temor ó por miras interesadas, y pondríamos siempre en duda la validez de su juicio.

La infalibilidad prometida á la Iglesia no está limitada por ninguna de estas condiciones; las promesas de Jesucristo son absolutas é independientes de toda condición. La infalibilidad está unida á la decision del mayor número de los obispos unidos en comunión y de iguales sentimientos con el Papa. Y así, que esos primeros pastores sean santos ó sabios, como si no lo sean; lo mismo si están reunidos que si están dispersos; lo mismo si tienen una intención recta que si no la tienen; lo mismo si hay intrigas que si no las hay; lo mismo si han fallado por politica ó interés que en caso contrario; lo mismo que pretexten los herejes que se ha faltado á la forma canónica en la uniformidad de sentimientos, que el juicio de los obispos no ha ido precedido de un examen bastante, que no se ha examinado la cuestion con los Escrituras y los monumentos de la tradicion, que la mayor parte de los obispos se han sometido como ciegos;

aunque se acumulen todos los pretextos, todos los enredos, todas las maquinaciones, todas las astucias, todos los artificios y sutilezas imaginables; aunque se diga que el procedimiento ha sido irregular, que el juicio no ha sido canónico, y todo lo que puede inventar la malignidad del espíritu humano excitado por la herejía, es lo cierto que la Iglesia, en las ocasiones en que se trata de la fe, nada olvida de cuanto es necesario para hacer que su decisión sea cierta, indudable, irrefragable.

Lo repetiremos otra vez: las promesas de Jesucristo son absolutas e independientes de toda condición. De cualquier manera que estén dispuestos los pastores que fallan en materias de fe, su decisión es siempre infalible y un oráculo del Espíritu Santo, estando unidos al centro de la unidad católica y fallando con el Papa. Porque entonces la divina Providencia dispondrá indudablemente los espíritus de tal modo que decidan siempre conforme á la verdad, y jamás en favor del error; y esto en virtud de las promesas de Jesucristo. Si no sucediera así, jamás estaríamos seguros de nada, ni siquiera de lo que decidieron los Concilios generales.

Una decisión clara y precisa del mayor número de los obispos unidos con el mismo sentimiento con el Papa; una decisión de esta naturaleza hace que nuestra fe sea firme, cierta, exenta de toda duda, inquietud, incertidumbre y perplicidad. Esta debe ser la regla infalible de nuestra creencia. Ningún católico dice lo contrario, porque ha sido siempre la regla de toda la Iglesia, y nadie puede negarlo sin declararse hereje ó cismático. A este punto se reducen únicamente todas las controversias que ha habido y habrá en el mundo. Este es el último y soberano tribunal cuyos fallos jamás será permitido apelar. Y ciertamente la Iglesia sería un cuerpo muy desahogado y muy poco firme si no hubiese jefe ni juez que terminase infaliblemente todas las dificultades y diferencias que nacen de la Escritura en materias de religión. Por esto todas las demás religiones que se dicen cristianas, no son más que cuerpos monstruosos, porque no tienen ni jefe ni juez que pueda terminar segura é infaliblemente sus dudas y dificultades, ni tienen por regla más que la Sagrada Escritura, que falsifican é interpretan como quieren según sus caprichos. De ahí viene que hay entre ellos tantas sectas como cabezas. Sin embargo, la verdad es una, y ellos están necesariamente en el error.

He aquí las reglas que se han de observar en un Concilio general, reglas que se han observado siempre. Se ve en ellos la prudencia, la subiduría y el espíritu de Dios que guían á la Iglesia, y deben enmudecer para siempre las vanas y falsas declamaciones de sus enemigos.

1.º Es preciso que todos los obispos sean llamados y convocados de tal manera, dice Belarmino (*Lib. 1. 9-17 de Concil.*), que la convocación se haga en las partes principales del mundo cristia-

no. 2.º Ningún obispo debe estar excluido de él sin causa, es decir, si no es hereje ó cismático, notorio ó excomulgado. 3.º Es menester que haya obispos, á lo menos de todas las provincias más grandes y principales. 4.º El Papa debe presidir por sí mismo ó por sus legados; de otra suerte sería un cuerpo sin cabeza, que no representaría á la Iglesia. 5.º Es preciso que no esté disuelto por el Papa. Esta condición es consecuencia de la anterior, porque, no presidiendo entonces el Papa por sí mismo, ni por medio de sus legados, el Concilio no subsiste. 6.º Es preciso que se guarde la libertad de los sufragios. 7.º Cuando el Concilio está terminado, debe obtener la confirmación del Papa: esto da la seguridad á los fieles de que es legitimo y de que se ha celebrado canónicamente.

Sobre Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. (*Matth. XVI. 18.*)

Ni las herejías, ni las amenazas, ni las persecuciones, ni la muerte, ni el infierno podrán destruir la Iglesia. Jesucristo la anima, la sostiene, la fortifica y la hace invencible; la asiste, y combate por ella. Por esto dice S. Crisóstomo: Los bárbaros destruyen las murallas y las fortalezas; pero ni los mismos demonios pueden destruir la Iglesia: *Mania barbari destruant, Ecclesiam vero ne demones quidem superant.* (Orat. de contumelia Ecclesiæ).

La Iglesia, dice S. Agustín, es la piedra que no podrán arrollar las soberbias puertas del infierno: *Ipsa est petra, quam non vincant superbi inferorum porta.* (In Psalm. contra partem Donati).

He orado por ti, Pedro, á fin de que tu fe no desfallezca nunca, dijo Jesucristo: *Rogavi pro te, Petre, ut non deficiat fides tua.* (Luc. XXI. 32).

Si, dice S. Agustín, si los enemigos de la Iglesia tienen el poder de perseguirla, ejercitan su paciencia; si la atacan con la calumnia, ejercitan su sabiduría; si la tratan como enemiga, ejercitan su bondad, su benevolencia y su caridad. (*In Psalm. contra partem Donati*). Si quieren aniquilarla, es más fuerte que ellos; ve como unos tras otros espiran á sus pies....

La Iglesia, dice S. Pablo, es la columna y el sostén de la verdad: *Columna et firmamentum veritatis.* (I. Tim. III. 15).

Allí donde están las plantas venenosas suele hallarse también el antidoto contra el veneno. Cuando la Iglesia es atacada y perseguida, Dios da remedios para curar las heridas que le hacen. Así que se levanta una herejía, Dios envía doctores para destruirla. Por esto opuso Dios S. Atanasio á Arrio, S. Cirilo á Nestorio, S. Jerónimo á los origenistas, S. Agustín á Pelagio, S. Bernardo á Abelardo, S. Domingo á los albigenses, los modernos doctores Belarmino, Bossuet y otros, á Lutero y á Calvino; así como al fin del mando enviará á sus dos grandes profetas Elias y Enoch para combatir al Antecristo.

Dios, dice el Salmista, está en medio de su Iglesia, y la hace inquebrantable: *Deus in medio ejus non commovebitur.* (XIV. 6).

Sólo de la Iglesia.

Debemos mantenernos en la nave de la Iglesia sobre el tempestuoso mar del mundo, dice S. Ambrosio: esta nave está agitada por desencadenados vientos y tempestades: numerosos enemigos tratan de estrellarla y sumergerla; pero jamás naufragará, porque la cruz de Jesucristo es su mástil, el Padre eterno está en la popa sirviendo de piloto, el Espíritu Santo la dirige hacia el puerto, y doce hábiles remeros, que son los doce Apóstoles, la hacen pasar al través de los estrechos y escollos sin que perezca. (Serm. V.)

Estoy elevado y colocado en la piedra, dice S. Bernardo; estoy seguro y me mantengo firmemente; allí estoy libre de todo enemigo y de toda caída; el mundo tiembla, la concupiscencia me acomete, el demonio me acobarda; pero no caigo, porque descanso en la firmísima piedra: *In petra exaltatus, in petra securus, in petra firmister sit, securus ab hoste, tutus à casu; tremat mundus, premit corpus, diabolus instidatur; non cado; fundatus enim sum supra firmam petram.* (Serm. LXXI. in Cant.).

Salvadas (oh Iglesia mía) dice Dios por medio de Isaías, que soy el Señor, tu salvación, tu redentor, el fuerte de Jacob: *Et scies quia ego Dominus salvans te, et redemptor tuus, fortis Jacob.* (LX. 16).

Dios, dice Daniel, suscitará un reino que jamás será destruido; este reino vencerá, y hará desaparecer todos los reinos, y subsistirá eternamente. (H. 44).

La Iglesia ha sido atacada violentamente por las potencias de la tierra y del infierno. Los emperadores paganos nada olvidaron para acabarla en su nacimiento; varios príncipes han entrado diferentes veces á saco en Roma, y han asesinado ó arrojado á las Papas; centenares de sectas herejéticas y millares de escritores furiosos han atacado la Iglesia; y, para no remontarnos á tiempos demasiado lejanos, que no han hecho las herejías de Lutero y Calvino, tan temibles por el número de sus sectarios, y sostenidas por tantos príncipes y reyes? No han empleado durante más de un siglo el hierro y el fuego para exterminar á los católicos y derribar la sede apostólica? Pero ¿de qué han servido sus formidables ataques, sino para hacerla más firme é inviolable? Este es un milagro vivo, un milagro perpetuo....

Todas las sectas que han atacado la Iglesia romana y se vanagloriaban de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo, han caído, porque sólo estaban fundadas sobre movediza arena; apenas se ven de ellas algunos miserables restos en Oriente, y aun se han introducido en sus doctrinas tantos errores nuevos, que ya no son las mismas sectas. Sólo la Iglesia romana subsiste desde Juca diez y ocho siglos. Y ¿quién la sostiene? Si fuese bastarda ó hubiese caído en el error, cómo lo publican y lo han publicado siempre los innovadores, ¿la sostendría Dios con tanto brillo? Y sin embargo, es la única que sostiene, porque es la única que ha sobrevivido constantemente. ¿Qué? Hubiera mantenido Dios durante más de diez y ocho siglos una religión falsa que hubiese enseñado el error, en tanto que

habría abatido la verdadera religión, reduciéndola á no ser casi nada?

Aun cuando nosotros mismos os anunciásemos, dice el Apóstol de las Gentes á los galatas, y aun cuando un ángel venido del cielo os anunciase un Evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema: *Sei, licet nos, aut Angelus de celo evangelizet vobis praterquam quod evangelizavimus vobis, anathema sit.* He aquí una regla de lo que da el Apóstol. Si un nuevo dogma aparece en alguna parte, examínese para ver si concuerda con la doctrina de la Iglesia católica que Pablo y los Apóstoles han predicado desde el principio; si se aparta, tégase por herejía y anatematizese. Todos los Padres y toda la Iglesia han seguido y siguen todavía esta regla.

San Ireneo dice: Si surge alguna disputa en un punto de doctrina, no será preciso recurrir á las Iglesias antiguas y buscar en ellas la decisión de la contienda? (Lib. III, c. IV).

Tertuliano dice: Es preciso examinar lo que los Apóstoles han predicado y lo que Jesucristo les ha revelado, y atenernos á ello. Nada debemos recibir si no es por conducto de la Iglesia fundada por los Apóstoles. Toda doctrina que concuerde con la fe de la Iglesia de los Apóstoles, con la fe de las antiguas Iglesias madres, es una doctrina verdadera; toda doctrina contraria es mentira y error. Lo que ha sido anunciado desde el principio, es del Señor, es la verdad; lo que ha venido más tarde y no está de acuerdo con estas primeras enseñanzas, es extraño y falso. (Lib. de Prescript.).

Debe considerarse como hereje, dice Orígenes, cualquiera que vanagloriándose de creer en Jesucristo, profesa una fe diferente de la que conserva la tradición de la Iglesia: *Haereticus habendus est omnis ille, qui Christo quidem credere se profiteretur, aliud tamen de fidei veritate credit, quam habet definitio traditionis Ecclesiae.* (In Matth. humil. XIX).

Por qué, escribe S. Jerónimo á Pamaquio, por qué os esforzáis, después de cuatrocientos años, en enseñarnos aquello de que nunca hemos oído hablar? Sin vuestra doctrina, cristiano hasta hoy ha sido el mundo: *Cur post quadringentos annos docere vos audeatis quod ante nescimus? Uepe in haec diem, sine vestra illa doctrina, christianus mundus fuit.* Lo mismo podríamos decir á Lutero, Calvino y demás herejías....

¿Qué he de profesar y creer como doctrina de la Iglesia católica? Lo que ha sido profesado y creído, dice Vicenta de Lerins, en todos los lugares, en todos tiempos y por todos: *Id tenemus quod ubique, quod semper, quod ab omnibus traditum est; hoc est eorum vere propriaeque catholicam.* (Prescript. adversus Haereses, c. XII). La antigüedad y universalidad de la doctrina deben servirnos de norma. Por esto dice S. Paldó: Aunque nosotros mismos os anunciásemos, ó un ángel del cielo os anunciase un evangelio diferente del que os hemos anunciado, rechazado y anatematizallo. Levantando la voz

Propiedad de la  
y a la biblioteca  
de la Iglesia.



S. Juan Damasceno contra el emperador Leon, iconoclasta, exclama: Oídme, pueblos, tribus, hombres, mujeres, niños, ancianos, jóvenes, nación santa de cristianos: Si alguien os anuncia cosas contrarias á lo que la Iglesia católica ha recibido y conservado de los santos Apóstoles, de los Padres y Concilios, no le prestéis oído, ni sigáis su diabólico consejo, como hizo Eva, que, seducida por la serpiente, encontró la muerte. Aun cuando fuese un ángel, aun cuando fuese un rey el que os enseñase cosas diferentes de las que enseña la Iglesia católica, apartaos de su lado y anatematizadlo. (*Lib. II. Imagin.*) Nunca ha dejado de seguir la Iglesia romana estas reglas tan sábias. ... En tiempo de Donato, S. Agustín anonadó á Gaudencio con éste irresistible dilema: Contestadme, dice: ¿ha parecido, ó no ha parecido la Iglesia? Elagid. Si ha parecido, ¿qué Iglesia ha podido dar vida á Donato? Y si no ha parecido ¿qué locura es la de Donato de querer fundar otra? (*Lib. II. contra Gaudent., c. VIII.*)

Lo mismo puede objetarse contra todas las pretendidas Iglesias.

La verdadera fe y la verdadera Iglesia son inseparables, de tal manera, que, si, sobre un punto tan sólo, el de la invocación de los Santos, por ejemplo, la Iglesia se apartaba de la verdadera fe, sería necesariamente herética, y dejaría de ser la Iglesia de Dios, y sería la Iglesia de Satánás. Así es que todo individuo que yerra en un punto, no es ya ortodoxo, sino hereje, aunque crea todos los demás dogmas como los ortodoxos. Podemos pues decir: Cuando apareció Calvino, ó había parecido la Iglesia, ó no había parecido: si había parecido, y en tiempos de S. Gregorio el Grande, como dicen los innovadores, es claro que el mundo ha carecido, durante nuevecientos años de religion, de Sacramentos, de Iglesia y de medios de salvación: en esta hipótesis, Jesucristo ha abandonado á su esposa; su reino eterno ha cesado, pues Jesucristo reina en la Iglesia; por consiguiente, las puertas del infierno han prevalecido contra la Iglesia, á pesar de la formal promesa de Jesucristo, y Jesucristo ha mentido. En tal caso, Calvino ha nacido fuera de la Iglesia; jamás ha sido uno de sus miembros, sino un infiel, un hereje, y un pagano, que no hubiera debido ser recibido y escuchado como tal por el pueblo y el mundo, sino que debiera haber sido despreciado y rechazado como extraño á la Iglesia. Pero, si, por el contrario, la Iglesia nunca ha parecido; si Calvino nació, fue bautizado, educado é instruido en la verdadera fe y verdadera Iglesia, cuando asió de su seno y se separó de ella por la predicación de dogmas nuevos, quedó separado de la verdadera fe y de la verdadera Iglesia, y se convirtió en apóstata. Por consiguiente, fundando una Iglesia reformada, no fundó la verdadera Iglesia, la Iglesia apostólica, sino una Iglesia de apostasía, una Iglesia cismática y hereje. Reflexiónese sobre esta argumentación....

En Dios, dice el apóstol Santiago, no hay cambio, ni sombra, ni revolución: *Apud quem non est transmutatio, nec vicinudinis obumbratio.* (I. 17). Así es la Iglesia....

Mirad á Sion, la ciudad de las solemnidades, dice Isaías; vereis con vuestra propia vista á Jerusalem, aquella misión de la paz, aquel pabellón que no podrá trasportarse á otra parte: jamás podrán arrancarse las estacas que lo mantienen clavado en el suelo, ni pedrán romperse las cuerdas que lo aseguran: *Respice Sion, civitatem solemnitatis nostræ: oculi tui videbant Jerusalem, habitationem operulentam tabernaculum quod æquiquam transferri poterit: nec auferentur clavi ejus in sempiternum, et omnes funiculi ejus non rumpentur.* (XXXIII. 20). Esta era una profecía de la perpetuidad de la Iglesia gráficamente representada por Daniel. El Dios del cielo, dice, suscitará un reino que no ha de perecer nunca, antes bien ha de existir eternamente: *Suscitabit Deus cæli regnum, quod in æternum non dissipabitur: ipsum stabit in æternum.* (II. 44).

El Señor, dice el profeta Miqueas, reinará en su Iglesia desde ahora hasta la eternidad: *Et regnabit Deus super eos in monte Sion, ex hoc nunc et usque in æternum.* (IV. 7).

Digamos los protestantes cuando ha empezado la Iglesia romana; manifiéstennos al autor de la religion católica, é indiquennos el tiempo y el lugar en que empezó á establecer los Papas. Trescientos años hace, ¿dónde estaban las Iglesias de los luteranos y calvinistas? En ninguna parte. Pero la Iglesia romana existía ya. Existía antes de la época que vió nacer á Nestorio, á Arrio, á Cerinto, á Ebion y á todos los herejes. Retamos á nuestros adversarios á que señalen como principio de la Iglesia romana un tiempo posterior al de los Apóstoles.... Jamás ha variado esta perpetua Iglesia católica, apostólica y romana. Las sectas, al contrario, están llenas de variaciones; es una confusion, un horrible caos. Hoy una fórmula de fe, mañana otra, y hasta se han dado varias á la vez, como si lo que era ayer una verdad de fe no debiese serlo hoy, por haber variado los tiempos y los intereses. Y ¿que tantas variaciones sino porque, desde el momento en que los herejes han combatido las decisiones de la Iglesia y se han sustraído á su autoridad, han carecido de regla segura? Se abandonan á todos los extravíos de su espíritu particular, y no admiten otra guía. Todos los sectarios, así antiguos como modernos, han dado á la Escritura explicaciones diferentes; anda cual según el plan de religion que se había formado, y todos han condenado mutuamente estas explicaciones. Los calvinistas condenan la interpretación de los arrianos, que consideran como herejes; pero por la misma razon debieran tambien condenar la suya, porque no han de ser ellos más inspirados ni más infalibles que los arrianos. Y si, según los calvinistas, cada cual tiene el incontestable derecho de interpretar la Escritura, lo mismo lo tenían los arrianos que los calvinistas. Así pues, los calvinistas y todos los protestantes deben, según sus principios, condenar su propia interpretación de la Escritura, ó aprobar la de los arrianos; puesto que ambas partes tienen el mismo derecho y la misma autoridad.

Después de haber despreciado el testimonio de los más célebres

doctores, los herejes han reconocido sin embargo que no podían sostener sus dogmas sin violentar la palabra de Dios. Muy bien han manifestado que su causa era mala é insostenible, puesto que se han visto obligados á llegar á esto extremo. ¿Qué pudo obligarles á hacer pasar por apócrifos varios libros canónicos, sino la desesperación de no poderlos poner de acuerdo con sus errores? ¿Por qué no admitían los maniqueos el Evangelio de San Mateo ni las Actas de los Apóstoles, sino por creer, según sus principios, que Jesucristo no había nacido de la Virgen y que el Espíritu Santo no había bajado sobre los fieles hasta que apareció en la tierra Manés, su impropio y parásito maestro? ¿Por qué rechazaban los ebionitas las epístolas de S. Pablo, sino por querer establecer el uso de la circuncisión que el Apóstol condenaba? ¿Por qué habla Lutero con tanta insolencia de la Epístola de Santiago, llegando á decir que solo sirve para suscitar disputas, que está llena de vanidad, que es árida y tan despreciable como el cieno, y enteramente indigna del espíritu apostólico, sino por sostener, contra la doctrina de aquel admirable apóstol, que solo la fe, y no las obras, es lo que constituye la verdadera justicia? ¿Por qué quieren los discípulos de aquel herejiarca excluir del número de los sagrados libros á Tobias, el Eclesiástico, los Macabeos y varios otros, sino porque hallan en ellos su condenación y la prueba manifiesta de sus errores en lo concerniente á la protección de los ángeles, el libre albedrío, el purgatorio y la intercesión de los Santos?

¿Con qué derecho pregunto, añade el P. Campien, se permiten truncar y corregir las Escrituras? Dicen que conservan con respeto las verdaderas Escrituras, intentando solamente eliminar las falsas. Muy bueno es el intento; pero ¿en qué autoridad fundan tal distinción, y quien es su juez? El Espíritu Santo, contestan ellos. Y así trata de eludir Lutero el juicio de la Iglesia, á la que exclusivamente pertenece el exámen de los espíritus. Mas, ¿por qué causa, teniendo todos el mismo espíritu, concuerdan tan poco en sus sentimientos y se hacen una guerra continua?

El espíritu de Lutero rechaza seis epístolas canónicas; el espíritu de Calvino las admite, y sin embargo ambos tienen el mismo maestro, y este maestro, según dicen el Espíritu Santo. Los anabaptistas se ríen del libro de Job como de una fábula, de una verdadera comedia. Castellan llama canción erótica al sagrado Cantar de los Cantares, dando se expresan por medio de símbolos y figuras sensibiles las más tiernas comunicaciones del alma con Dios, y de la Iglesia esposa de Jesucristo con su divino esposo. ¿Quién les hace hablar de esta suerte? El Espíritu Santo, dicen ellos.

Véase cómo tratan esos reformadores al Espíritu Santo, haciéndole decir enauto les place. Pero el Espíritu Santo, que es el Dios de verdad, no puede inspirar semejantes contradicciones. Quien las inspira, es el espíritu de error, el espíritu del infierno....

La decadencia y la ruina de todas las sectas prueban sus false-

dades. Nada, en efecto, es mejor prueba de la falsedad de una religión que su caída; porque la verdadera religión de Dios, la verdadera Iglesia de Jesucristo debe subsistir inquebrantable é inmóvil hasta la consumación de los siglos. Así habló un fariseo llamado Gamaliel, doctor de la Ley, honrado por todo el pueblo. Tomando la palabra en medio del Consejo que deliberaba sobre si habian de ser condenados á muerte los Apóstoles que predicaban á Jesucristo, dijo: Hombres de Israel, hijos en lo que vais á acordar respecto de estos hombres. Ya sabéis que hace poco se levantó Theodás, suponiéndose algo grande; cerca de cuatrocientos hombres se unieron á él, pero fué muerto, y todos los que en él habian creído, fueron dispersados y reducidos á la impotencia. Se levantó despues Judas Galileo en los dias del empadronamiento, llevando consigo á una gran muchedumbre; pero éste pereció tambien, y fueron dispersados cuantos en él creyeron. Escuchadme pues, y creedme! Apartaos de esos hombres, y dejadlos; porque si su obra es de los hombres, se destruirá por si misma; pero si es de Dios, no podéis ponerles impedimento, pues sucedería entonces que combatirais contra Dios. (Act. V. 34-39). El Consejo fué de este prudente parecer. Contra la obra de Dios nada pueden los hombres. Por este motivo la religion romana no ha dejado ni dejará nunca de existir. Al contrario, todas las sectas, que son obra del hombre inspirado por el demonio, caen por si mismas. ¿En qué han venido á parar, y en qué parca todas las herejias? Duran más ó ménos, hacen más ó ménos ruido, producen más ó menos revoluciones; pero al fin sucumben. Y sucumben porque no son la creación del Dios de la inmortalidad y de la vida.

La Iglesia católica, apostólica y romana ha permanecido desde Jesucristo invariable por su unidad en la fe, en los Sacramentos, en sus leyes y en su jefe. Ha visto sucederse al frente suyo una no interrumpida genealogía de soberanos pontífices y de obispos. Nos consta de una manera cierta por medio de las historias y de los monumentos auténticos que nos indican la sucesion de los primeros pastores, no solo siglo por siglo, sino año por año. Porque, aun cuando hayan pasado varios meses ó varios años sin elegir á un nuevo Papa, y aun cuando se hayan levantado alguna vez antipapas, el intervalo de ninguna modo destruye la sucesion, porque entonces el clero, el cuerpo de los obispos subsiste á pesar de todo en la Iglesia con la intencion de dar un sucesor al difunto Papa así que lo permitan las circunstancias....

Además fiéis según apogee el sol, dice S. Crisóstomo, que oscurecer á la Iglesia: *Fidelis solum extinguit, quam Ecclesiam obscurari.* (Homil. IV de verbis Isaie).

San Pablo escribía á los Colosenses que en su tiempo estaba ya predicando el Evangelio á todas las criaturas existentes bajo del sol, es decir hablando en general casi á todos: *Quod predicatum est in universa creatura que sub celo est.* (I. 23). Doy ante todo gracias á

Verdad de la Iglesia.

mi Dios, escribía á los Romanos, en favor de vosotros y por medio de Jesucristo, porque vuestra fe se ha extendido por todo el mundo: *Primum quidem gratias ago Deo meo per Jesum Christum pro omnibus vobis; quia fides vestra annuntiatur in universo mundo.* (I. 8).

La Iglesia es la columna y el sosten de la verdad, dijo á Timoteo: *Columna et firmamentum veritatis.* (I. m. 15).

Isaías comparó la Iglesia á una alta montaña hacia la que acuden todas las naciones. (XX. 1). Sois la luz del mundo, dijo Jesucristo á sus Apóstoles. Una ciudad colocada en la cumbre de una montaña no puede estar oculta. Y una luz no se enciende para que la coloquen debajo de un cubo, sino en un candelero, á fin de que alumbré á cuantos estén en la casa. (Matth. V. 14-15).

Estos pasajes de la Escritura y tantos otros parecidos prueban hasta la evidencia que la Iglesia es visible, y que nos instruye y confirma visiblemente en la verdad por medio de sus pastores y de sus obispos, y sobre todo de su jefe supremo, el soberano Pontífice.

La Iglesia católica, dice S. Agustín, es la Iglesia derramada por toda la tierra. Nadie puede dejar de verla; y según las palabras de Jesucristo no puede estar oculta: *Ipsa est Ecclesia catholica, que per totum orbem terrarum diffunditur, hanc ignorare nulli licet; niteo, secumum verbum Domini nostri Jesu Christi, abscondi non potest.* (Epist. cxxx ad Severin.).

La Iglesia es como el sol, ilumina el mundo entero: *Lustrant universo in circuitu pergit.* (Eccl. 1-6). Es como su divino fundador, una luz que ilumina á todos los hombres en este mundo: *Erat lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (Joann. 1. 9).

Es brillante, y no se apaga nunca: se deja conocer facilmente por los que la aman, y hallar por los que la buscan, dice la Sabiduría: *Clara est, et que nunquam marcessit, et facile videtur ab his qui diligunt eam; et invenitur ab his qui querunt illam.* (VI. 13).

Jerusalem (es decir, Iglesia), ciudad de Dios, brillará con luz deslumbrante, exclama Tobías, y te venerarán todos los pueblos de la tierra: *Jerusalem, civitas Dei, luce splendida fulgebis, et omnes fines terre adorabunt te.* (XIII. 11-13). Las naciones vendrán de lejos hacia ti, y adorarán en ti al Señor; porque invocarán en ti un gran nombre: *Nationes ex longinquo ad te venient, et adorabunt in te Dominum; nomen enim magnam invocabunt in te.* (Id. XIII. 14-15).

La Iglesia católica, apostólica y romana es infinitamente superior por su elevación, su dignidad y su gloria á todas las demás sociedades religiosas. En segundo lugar aventaja tambien por su doctrina, su vida, sus costumbres y su culto, á toda filosofia, toda sabiduría, todo gento, toda asamblea, todos los lugares y todos los tiempos. Bajada del cielo, es tan visible como el firmamento.

Te he erigido en luz de las naciones y en salvación de los últimos límites de la tierra, dijo el Señor á su Iglesia por medio de Isaías:

*Dedi te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremum terram.* (XLIX. 6).

Es un dogma que fuera de la Iglesia no hay salvación. Así pues debe ser visible, para que todas en general la vean. Por esto hace que su poderosa voz se oiga en la tierra toda, dice el Salmista: *In omnem terram exiit sonus eorum.* (XVIII. 5).

Extenderé mi mano sobre las naciones, dice el Señor por Isaías, y levantaré mi estándarte ante los pueblos: *Ego levabo ad gentes manum meam, et ad populos exaltabo signum meum.* (XLIX. 22). Este estándarte es la cruz. Levantaré una enseña en medio de ellos, elegiré algunos para enviarles hacia las naciones del mar, á Africa, á Lidia, entre los pueblos armados de flechas, á Italia, á Grecia, á las islas más remotas; y anunciarán mi gloria á las naciones. (Isai. LXVI. 19).

Levántate, Jerusalem, abra los ojos á la luz, pues ya se acerca y la gloria del Señor ha brillado sobre ti, dice el mismo profeta: *Surgit, illuminare, Jerusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.* (LX. 1).

Penetraré en lo más profundo de la tierra, dice la Iglesia en el libro del Eclesiástico; visitaré á todos los que duermen, é iluminaré á cuantos esperen en el Señor. Esparciré mi doctrina como una profecía; la dejaré á los que tratan de ser sabios, y no dejaré de velar por su descendencia hasta que venga el siglo de la sanidad. (XXIV. 45-46).

El pueblo que andaba en las tinieblas, dice Isaías, ha visto una gran luz; ha amanecido para los que habitaban la region de las sombras de la muerte: *Populus qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam; habitantibus in regione umbræ mortis lux orta est eis.* (IX. 2).

La Iglesia es como su divino fundador, que ha destruido la muerte, según dice S. Pablo, y que, con el Evangelio, ha hecho brillar á nuestra vista la luz de la vida y de la incorruptibilidad: *Destruxit quidem mortem, illuminavit autem vitam et incorruptionem per evangelium.* (II. Tim. 1. 10).

Esa luz es la doctrina, la gracia, el esplendor y la gloria del Evangelio que la Iglesia está encargada de anunciar. El pasaje que precede, ha inspirado las siguientes palabras á S. Jerónimo: Ya ha venido la luz que todos los profetas prometían y el universo aguardaba. (Comment.).

La Iglesia es la brillante estrella que despidе sus rayos sobre el mundo, la estrella que guía hacia Jesucristo á los hombres de buena voluntad....

Es preciso que la verdadera Iglesia sea siempre visible; de lo contrario habria una excusa valdiera para no entrar en la comunión de una Iglesia invisible. Por esta razón, la verdadera Iglesia, que es la única que enseña el camino de la salvación, debe ser siempre visible; por esta razón, la Iglesia romana ha sido siempre visible, aun en medio de las más furiosas persecuciones.....

Cuando se pregunta á los arrianos, á los donatistas, á los iseráneos y calvinistas en qué parte del mundo se hallaban sus Iglesias ántes que Arrio, Donato, Lutero ó Calvino hubiesen fundado sus sectas, contestan que sus Iglesias eran entonces invisibles, que ellos eran desconocidos entre los católicos, y que conservaban en sus oraciones la pureza de la religión de Jesucristo, hasta que llegase el tiempo dispuesto por Dios. No hay falsa religión que no pueda de-enderse bajo tal principio.

Antes de Lutero y Calvino, durante mil quinientos años, su religión no existía, á no ser que quieran abiliarse con los herejes anteriores. No hay pues más verdadera Iglesia que la Iglesia católica, apostólica y romana, que ha existido siempre y ha sido siempre visible en el mundo entero....

Catolicidad de la Iglesia.

Lo que llama mi atención en la Iglesia romana, dice S. Agustín, es su nombre de «católica;» es la única Iglesia, entre tantas heréticas, que tiene con justicia este título precioso. Porque, áun cuando los herejes se vanaglorian de ser católicos no se estroven nunca á indicar su basilica ó su templo á un extranjero que pregunte por la Iglesia católica, sino que le señalan la Iglesia romana. (*Contra Epist. fundam., c. IV.*)

Así como no hay más que un Señor, dice el venerable Beda, una fe, un bautismo y un sólo Dios creador de todas las cosas, tampoco hay más de una Iglesia católica, que es la multitud de todos los elegidos: está diseminada por todas las comarcas del universo, ha existido en todos los siglos, y está sometida á un sólo Dios: *Sicut unus Dominus, una fides, unus baptismus, unus Deus et Pater omnium; ita est una catholica omnium electorum multitudo per omnia et mundi loca, et tempora seculi, eidem uni Deo subiecta.* (In Cant., c. VI.)

Alégrase toda la tierra en Dios, dice S. Agustín. No se regocija nadie á parte, rebosa la tierra entera de alegría; regocijese la Iglesia católica, porque ella sola ocupa todo el universo. El que está aparte y separado del todo, pretende dar aluidas, y no hacer resonar cánticos de júbilo: *Jubilat Deo omnis terra; Nemo jubilet in parte, omnis terra jubilet; catholica jubilet, catholica totam tenet; Quicquam partem tenet, et toto praeclusus est, ululare vult, non jubulare.* (In Psal. LXV.)

La Iglesia sube hasta el cielo, baja hasta el purgatorio, que es la cárcel de la Iglesia, abraza todos los tiempos y todos los siglos, y llena el universo. La Iglesia romana es la única que, ante tantísimas sectas, lleva el hermoso nombre de católica.

También el Real Profeta publicaba la catolicidad de la Iglesia: Dominará de un mar á otro, dice, y desde el río á las estremidades de la tierra: *Dominabitur á mari usque ad mare; et á flumine usque ad terminos orbis terrarum.* (LXXI. 8). Así como el Espíritu Santo, del Señor llena el universo, la Iglesia, inspirada por el Espíritu Santo, abraza todas las naciones: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum.* (Sap. 1-7).

La catolicidad de la Iglesia comenzó en la persona de los Apóstoles con un gran milagro, con la diversidad de lenguas en el solemne día de Pentecostés. Todos, dicen las Actas de los Apóstoles, les oían hablar en su propia lengua. Partos y medas, etnitas y los que habitan la Mesopotamia, y la Judea, y la Capadocia, el Ponto y el Asia, la Trigia y la Pamfilia, el Egipto y la Lidia, cerca de Cireno, y los extranjeros venidos de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, les oíamos hablar nuestro idioma de las grandezas de Dios. (II. 6-11). Y desde los Apóstoles, la Iglesia de Jesucristo se ha extendido á aquellas regiones y á muchas otras....

La montaña en la que habita el Señor, dice Isaias, se elevará sobre las colinas y las más altas montañas, y las oleadas de las naciones irán hácia ella. (II. 2). Observar aquí un milagro: los ríos bajan por las pendientes, pero aquí las olas suben, las naciones suben....; la gracia obra esta maravilla, levantando los corazones. Jesucristo, anunció esta afluencia de pueblos al seno de la Iglesia, y pronosticó su catolicidad: Cuando estaré levantado en la cruz, todo lo atraeré hácia mí: *Cum exaltatus fueró á terra, omnia traham ad meipsum.* (Joann. XII. 32). Y las naciones dirán: Venid, subamos á la montaña del Señor y á la casa del Dios de Jacob: *Et dicent: Venite, et ascendamus ad montem Domini, et ad domum Dei Jacob.* (Isai. II. 3).

En su universalidad, la Iglesia es cierto cielo inmenso que se extiende sobre el mundo entero dice S. Bernardo. En este cielo, la luna es la fe; la estrella de la mañana es la esperanza, el sol es la caridad, y las estrellas son las virtudes y los Santos. (*Serm. in Cant.*.)

Levanta la vista, dice el Señor por medio de Isaias, mira al rededor tuyo (ó Iglesia mía); estos pueblos reunidos vienen hácia tí. Jura por mi mismo que vendrán á ser para tí el vestido con que se engalana la recién casada. (MLX. 18). Tus desiertos, tus soledades y tu tierra, en otro tiempo sembrada de ruinas, no podrán bastar á la muchedumbre que se dirigirá hácia tí; tus enemigos quedarán dispersos. Los hijos de tu esterilidad (de la antigua ley) te repararán: El sitio es demasiado reducido; construidnos un recinto donde podamos habitar. Y tú dirás en tu corazón: ¿Quién me ha dado estos hijos, á mí que era estéril (cuando la Sinagoga) y no paría? Extenderé mi mano sobre las naciones, levantaré mi estandarte ante los pueblos. Traerán tus hijos en sus brazos y tus hijas sobre sus hombros. Los reyes les alimentarán, y las reinas serán sus nodrizas; se prosternarán ante tí, y besarán el polvo de tus pies. (Id. MLX. 19-23). Ensancha el recinto que ocupas, desarrolla las telas de tus tiendas, alarga sus cuerdas. (Id. MLXV. 2). Penetrarás á derecha y á izquierda; tu posteridad será heredera de las naciones, y habitará las ciudades desiertas: *Ad dexteram et ad locum penetrabis, et semen tuum gentes hereditabit, et civitates desertas inhabitabit.* (Id. LIV. 3). Entonces verás, y tu corazón se admirará, y quedará inundado de delicias, cuando acendan hácia tí las nome-

rosas regiones del mar y la fuerza de las naciones. Llegarán para tí innumerables manadas de camellos, y los dromedarios de Madian y de Ephi; los habitantes de Saba vendrán á ofrecerte oro é incienso con cánticos de alabanza.... ¿Quiénes son los que velan como nubes, y como palomas presurosos de volver á su retiro? Es que me esperan las islas y los bajeles del mar para transportar á tus hijos y sus tesoros, á fin de honrar al Dios que te ha colmado de gloria. Los hijos del extranjero levantarán tus murallas, y sus reyes te servirán. Tus puertas estarán abiertas noche y día; nunca se cerrarán, para dejar entrar á los reyes y lo más selecto de las naciones. La nación y el reino que no te racilan, peroverán, y los pueblos que no te reconocen, quedarán aislados como el desierto. La gloria del Líbano vendrá hacia tí; tus enemigos adorarán la huella de tus plantas, y te llamarán «ciudad del Señor.» Haré que seas el orgullo de los siglos y la alegría de las generaciones. La paz reinará en tí, y la justicia te regirá. (Isai. LX. 4-15). Estas sublimes palabras que anuncian y describen la Iglesia católica, más bien son una historia que una profecía.

Una piedra, dice Daniel, se desprendió de la montaña, sin que á ello contribuyese la mano del hombre, y se convirtió en una gran montaña que llenó toda la tierra: *Abscisus est lapis de monte sine manibus, et factus est mons magnus, et implevit uniuersam terram.* (II. 34-35).

El número de los hijos de Israel, dice el profeta Oseas, será como la arena del mar, que no puede medirse ni contarse: *Et erit numerus filiorum Israel, quasi arena maris, que sine mensura est, et non numerabitur.* (I. 10). Esta profecía comenzó á tener cumplimiento en tiempo de Jesucristo que anunció su Evangelio á los Israelitas y Judíos, y vinieron luego los Apóstoles y sus sucesores, los obispos y los misioneros, por cuyos cuidados han entrado las naciones al seno de la Iglesia.

La Iglesia establecida bajo la autoridad del Pontífice romano es la única en cuyo favor se haya cumplido la promesa que Dios hizo á la Iglesia de Jesucristo: Te daré por herencia las naciones, y tu dominio se extenderá hasta los confines de la tierra: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terre.* (Psal. II. 8).

Ella ejecutó el mandamiento que Jesucristo dió á sus Apóstoles: Id, enseñad á todas las naciones; recorrió el mundo entero, y predicó el Evangelio á toda criatura: *Euntes in mundum uniuersum predicate Euangeliu omni creatura.* (Marc. XVI. 15). Por esto es la única á la que convenga verdadera y propiamente la señal visible de universalidad, de catolicidad. Según confesion de sus mismos enemigos, siempre ha tenido exclusivamente esta distinción gloriosa y divina.... El hecho es incontestable.

Ninguna secta puede presentar una cosa semejante. Demuéstranos Lutero, Calvino y los demás sectarios que á su Iglesia es á la que

Dios dijo por el profeta: Te daré las naciones por herencia, y tu dominio se extenderá hasta las extremidades de la tierra. (Psal. XII. 8). Enumérennos siglo por siglo los reinos y las provincias que ha conquistado su Iglesia. No podrán contar más que los que poseen ahora, y aun éstos porque los arrebataron á viva fuerza á la Iglesia romana. ¿Cuánto han durado las sectas? ¿En cuántas otras sectas se han subdividido? ¿Son estas iglesias universales ó católicas?.... La Iglesia romana cuenta fieles en todo el universo; ¿dónde están los de las sectas?

Jesucristo, dice S. Pablo á los Efesios, ha amado la Iglesia hasta sacrificarse por ella, á fin de purificarla, santificándola en el bautismo del agua con la palabra de vida, para hacerla presentar llena de gloria, sin mancha, ni Ude ni cosa parecida. Antes bien santa y sin defecto alguno: *Christus dilexit Ecclesiam et seipsum tradidit pro ea, ut illam sanctificaret, mundans lauacro aque in uerbo uitae, ut exhiberet ipse sibi gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam, aut rugam, aut aliquid huiusmodi; sed ut sit sancta et immaculata.* (E. 25-72).

La Iglesia tiene los nombres de ciudad de los Santos (Isai. LII. 1), ciudad santa (Apoc. XXI. 2), vinya fecunda (Psal. LXXIX. 9), montaña alta (Isai. II. 2), camino recto (Isai. XXXV. 8), paloma única (Cant. VI. 8), reino del cielo (Matth. XIII. 24), esposa de Jesucristo (Cant. IV. 8), y sostén de la verdad (I. Tim. III. 15). Todos estos títulos, que sólo convienen á la Iglesia católica, apostólica y romana, son títulos de gloria que prueban su santidad. Es la Iglesia de Jesucristo que Dios rige en la que habita, ya espiritualmente por su gracia, ya corporalmente en la Eucaristía. Anúdase que el Evangelio es santo...; que en la Iglesia los Sacramentos son santos...; que la doctrina de la Iglesia, su moral y su culto son santos...; que todos sus miembros son llamados á la santidad, y que muchísimos de ellos, en todos los siglos, han sido Santos, y muy grandes Santos....

¿En el seno de qué Iglesia han derramado su sangre tantos millares de mártires ilustres? En el seno de la Iglesia católica y romana.... ¿A qué Iglesia pertenecieron S. Atanasio, S. Jerónimo, S. Crisóstomo, S. Agustín y tantos otros hombres eminentes en ciencia y santidad? A la Iglesia católica y romana.... ¿De qué Iglesia eran miembros los Antonios, los Pablos, los Hilarios, los Simones Estilitas, y todos aquellos millares de Santos religiosos que poblaron los desiertos del Egipto, de la Tebaida, etc.? De la Iglesia católica y romana.... ¿A qué Iglesia han estado affidadas en todos los siglos las innumerables vírgenes que todo lo abandonan en el mundo para consagrarse á Dios en el claustro; aquellas hospitalarias hermanas que se olvidan de sí mismas para entregarse noche y día en hospitales, cárceles, galeras, etc., á los más asidos y penosos cuidados en favor de una multitud de desgraciados? A la Iglesia católica y romana.... ¿De qué Iglesia son hijos tantos millones de celosos misio-

Santidad de la Iglesia.

neros que en todos tiempos abandonan sus padres, amigos, bienes, patria, y van á lejanas comarcas á sufrir toda clase de privaciones y á exponer su vida para salvar almas que jamás han conocido? De la Iglesia católica, apostólica y romana.

¿Quién ha fundado todas las grandes instituciones de caridad y humanidad? La Iglesia católica.....

Buscad otro tanto en las otras religiones.... Buscad en las sectas profetas é innumerables milagros que sean el sello de la santidad. Nada habla en las sectas, ni sus ceremonias, ni sus templos, ni sus altares ¡Alfarrás! No los tienen; los han destruido..... Una de las pruebas invencibles de la santidad de la Iglesia católica, es que todos los que á ella pertenecen á esta religión y quieren realmente santificarse, acuden á ella; mientras que los que quieren vivir según sus pasiones y los desareglados deseos de la carne, sin obediencia, freno ni principios, la abandonan para profesar las falsas creencias de alguna secta.....

La religión católica romana es la más santa de todas las religiones, ó mejor dicho, es la única santa. Todas las demás conceden mucho á la carne y á la sangre, al libertinaje del espíritu y á la corrupción del corazón; niegan á la Iglesia y á los poderes eclesiásticos erigidos por Dios la sumisión que se les debe; inspiran un espíritu de rebelión hasta contra los soberanos de la tierra puestos por Dios para gobernar á los pueblos; eliminan de sus prácticas las austeridades, las abstinencias, los ayunos, la confesión, el celato y todo lo que mortifica los sentidos y las pasiones corrompidas. Comparad la pretendida santidad de todas las sectas con la sólida santidad de la Iglesia católica, apostólica y romana; y vereis que existe entre ellas la misma distancia que entre el cielo y el infierno.

La Iglesia católica romana no se contenta con enunciar en teoría máximas santas y austeras, pues amolda á estas máximas su conducta; es la única religión que practique las austeridades y mortificaciones tan recomendadas en la Escritura, y principalmente en el Nuevo Testamento, y que haga profesión de observar los consejos evangélicos en una multitud de comunidades de ambos sexos. Las otras religiones ni la sombra ofrecen de todas estas prácticas que conducen á la santidad.

La Iglesia católica, esposa única y verdadera.

No hay salvación fuera de Jesucristo, dice S. Pedro; pues no hay bajo el cielo otro nombre dado á los hombres por medio del cual podamos salvarnos; *Non est in alio aliquo salus; nec enim aliud nomen est sub celo datum hominibus, in quo oporteat nos salvos fieri.* (Act. IV. 12). Sólo Jesucristo es la salvación del mundo; sólo él es la verdad, y habiendo fundado la Iglesia católica romana, esta Iglesia es su esposa y la única verdadera.

El Señor, dice Isaías, nos enseñará sus vias la ley saldrá de Sion, y la palabra vendrá de Dios: *Docerit nos vias suas, quia de Sion exibit lex, et verbum Domini.* (H. 3). La ley saldrá de Sion, es de-

cir, de la Iglesia, no la ley judaica, sino la ley del Evangelio, la ley cristiana, la ley de la gracia, la ley vivificante dada así á los gentiles como á los judíos.

No hay secta alguna que no pretenda tener ventajas sobre todas las demás, sosteniendo que es la verdadera Iglesia de Jesucristo. Sin embargo, es necesariamente preciso que todas estas sectas que se dicen cristianas, se engañen, más ó más; pues Dios no puede haber revelado dos religiones contradictoriamente opuestas. Dios no puede, por ejemplo, haber revelado que un mismo misterio es y deja de ser; que hay tres personas en Dios; y que no está; que el Verbo eterno se ha encarnado y no se ha encarnado; que Jesucristo está realmente en la Eucaristía y realmente no está; que el infierno será eterno y no será eterno; y lo mismo respecto de los demás artículos de la fe. Dios no puede haber revelado tales contradicciones, porque sería absurdo, y en una ó otra hipótesis mentira; y Dios no es absurdo ni mentiroso. No puede por consiguiente haber más que una sola religión verdadera, y es la que ha sido revelada por Dios.....

Entre tantas sectas, permitaseme elegir dos, la de Lutero y la de Calvino, y les dirigiré las siguientes preguntas: 1.º Decís que vuestra religión viene en línea recta de los Apóstoles? Pero ¿dónde estaba vuestra Iglesia antes de Lutero y de Calvino? Procurais remontaros hasta Juan Hus, Jerónimo de Praga, Wicel, los Albigenses y los Valdenses. Haced mal. Las religiones de todos éstos eran diferentes entre sí, y diferentes también de la vuestra; pero, aun antes de estas sectas, ¿dónde estaba la vuestra? Tales sectas han surgido mucho tiempo despues de establecida la religión de los Apóstoles.....

2.º Decís, continúa el P. Campen, que creéis todo lo que contiene la pura palabra de Dios; que hallais claramente vuestra religión en la Escritura, y que habeis confrontado pasaje por pasaje? Todas las sectas dicen lo mismo..... Decís que las demás sectas no entienden la Escritura, y se engañan; pero con mucha justicia se os puede hacer á vosotros el mismo cargo. Decís que el Espíritu Santo os guía á vosotros, y ellos dicen otro tanto. Y lo que prueba con evidencia que el Espíritu Santo no os guía á vosotros ni á ellos, es que todos os contradecís.....

3.º Decís que creéis muchos misterios de la religión romana, y todos los que son necesarios para la salvación? Jamás ha habido una secta herética que haya dejado de publicar que creía todo lo necesario para la salvación, conservando alguno de los dogmas de la religión romana. Los demás herejes tienen tanto derecho como vosotros á valerse de esta razón.....

4.º Decís que vuestra religión tiene muchas cosas buenas? Lo mismo pueden decir la mayor parte de las sectas heréticas, y hasta la religión de Mahoma.....

5.º Decís que vuestra religión es la más santa? Habeis eliminado de ella las austeridades del cuerpo, las mortificaciones de la car-

ne, los ayunos, las abstinencias, el celibato y la confesión; hubiera dicho que sola la fe salvaba y que eran inútiles las obras, y habéis excluido los consejos evangélicos. Así pues, vuestra religión es sensual. Vuestros pretendidos reformadores no se han contentado con excluir todo lo que refrena la concupiscencia, han autorizado también todos los vicios, porque han sostenido como un dogma de su religión que no se imputa ningún pecado á los que tienen fe, y nuestro gran patriarca Calvino ha tenido la imprudencia de añadir, con horrible impiedad, que un hombre que tenga fe, aunque sea culpable del mayor crimen, tiene la salvación tan segura como el mismo Jesucristo. ¿Puede tal Iglesia ser la verdadera Iglesia?...

7.º ¿Decís que vuestra Iglesia es la más universal? Sólo existe en algunos países, y hay entre vosotros tantísimas sectas diferentes, que cada una en particular es un terreno insignificante comparado con la vasta extensión de las provincias y de los reinos que posee la Iglesia romana en todo el universo....

8.º ¿Decís que vuestra religión ha sido confirmada con grandes milagros? ¿Dónde están? Indical uno sólo en cualquiera de las sectas que se han formado. En la Iglesia católica, si, los encontraréis numerosos, ciertos públicos y muy auténticos en todos los siglos....

9.º ¿Decís, Lutero y Calvino, que recibisteis directamente vuestra misión de Dios! Prescindiendo de que no lo probéis nunca, y que es muy fácil probar, por el contrario, que la habéis recibido de Satanás, pues el árbol se juzga por su fruto, muy tarde os ha enviado Dios; ¿qué hacía, pues durante mil quinientos años de su Iglesia, á la que había solemnemente prometido no desamparar nunca hasta la consumación de los siglos?...

10.º ¿Decís finalmente, protestantes, calvinistas, que vuestros reformadores han purgado la Iglesia de sus errores, de sus supersticiones y de su idolatría, y que la han purificado, reformado y vuelto á llevar á su antigua pureza! Nunca ha habido hereje que no haya pretendido reformar la Iglesia romana y no se haya vanagloriado de haber restituido la religión á su primitiva pureza. Pero, ¿qué autoridad tenían Marcion y Arrio, lo mismo que Lutero y Calvino, para formar la Iglesia universal? ¿Quiénes eran éstos sujetos? ¿De dónde venían? ¿Quiénes los nombra plenipotenciarios? ¿O reformadores, necesitabais todos ser reformados, y salisteis del seno de la verdadera Iglesia por no querer ser reformados por ella! En vista de vuestro comportamiento, no hay hombre, por más faccioso y enredador que sea, que no tenga derecho para erigirse en otro pretendido reformador de cualquiera iglesia; tanto derecho y autoridad ha de tener como el monje Lutero y el canónigo Calvino, acusado públicamente en Francia de enormes crímenes, y podrá á su vez reformar su reforma con el mismo poder con que aquellos dos innovadores reformaron la Iglesia católica, apostólica y romana. Y aun será absolutamente necesario reformar de nuevo la reforma de Lutero y Calvino, puesto que ellos mismos confiesan que están sujetos al error y á la mentira,

deduciéndose de sus mismas palabras que han podido enganarse en su reforma. Así es que, según sus principios, será preciso admitir hasta el infinito reformadores para reformar á los reformistas; y esto hasta el fin de los siglos, quedándonos el desconsuelo de no poder saber nunca que reforma ha sido buena y verdadera....

La Iglesia católica, apostólica y romana, que está exenta de todos éstos errores, es pues la única verdadera Iglesia....

Jesucristo dijo á Pedro: Eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y yo te daré las llaves del reino de los cielos; y todo lo que atares en la tierra, será también atado en los cielos; y todo lo que desataras en la tierra, será desatado en los cielos. (Math. XVI. 18-19).

Así como mi Padre me ha enviado, yo os envío, dijo á sus Apóstoles: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.* (Joann. XX. 21). Y despues de pronunciar estas palabras, soplo sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: los pecados serán perdonados á aquellos á quienes los perdonáreis, y no lo serán á aquellos á quienes no los perdonáreis. (Joann. XX. 22-23).

Tengo todo poder en el cielo y en la tierra, añade aun; id pues, y enseñad á todas las naciones. (Math. XXVIII. 18-19). El que crea, se salvará; pero el que no crea, se condenará. (Marc. XVI. 16).

La predicación de los Apóstoles triunfa; la fe destruye la infidelidad; la verdad destruye la mentira, y la caridad de Jesucristo el odio; la paciencia triunfa de los sufrimientos, de las persecuciones y de la muerte....

La Iglesia, dice S. Hilario, tiene la particularidad de florecer cuando la persiguen, de engrandecerse cuando está oprimida, de ser invencible cuando la desprecian, de conservar toda su vida cuando la hieren, y de desplegar su ciencia é inteligencia cuando se ve atacada por los sofismas y la calumnia, no siendo nunca tan fuerte como cuando parece abatida y venida. *Vere hic proprium habet Ecclesia; ut dum persecutionem patitur, floreat, dum opprimitur, crescat; dum contemnitur, persistat; dum leditur, exat; dum arguitur, intelligat; dum stat, cum superari videtur.* (Lib. III).

Ninguna fuerza, dice S. Crisóstomo, puede vencer á la Iglesia; Dios, más fuerte que todo, es el mismo la Iglesia: *Ecclesiam vincere nulla vis potest; Deus est Ecclesia, qui fortior omnibus est.* (Homil. ad pop.). Pues, como dice S. Bernardo, el Dios único que es el esposo, es la cabeza; y la esposa que es la Iglesia, es el cuerpo. (Serm. in Cant.).

Como una azucena entre espinas, así aparece mi muy amada en medio de sus hijas de los hombres: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filios.* (H. 2). Así como la azucena nace y crece entre espinas, así se fortifica la Iglesia y brilla en medio de los herejes y malos cristianos, que, semejantes á crueles espinas, la hieren y desgarran; parecida es á la azucena por su brillo, su pureza, el embria-

Poder de la Iglesia.

gador perfume de su doctrina y santidad. Aun más, las persecuciones la engrandecen, y entonces se dilatan su poder y su fama.

Sereis, dijo Jesucristo, como corderos en medio de los lobos. Pero el gran milagro del poder de la Iglesia consiste en que los corderos son más fuertes que los lobos, los vencen, los derriban y los convierten en corderos. Véase á Saulo,....

La Iglesia es la torre de David, coronada de almenas, donde están calzados mil broqueles y todas las armas de los fuertes: *Sicut turris David, qua edificata est cum propugnaculis; mille clipei pendunt ex ea; omnis armatura fortium.* (Cant. IV. 4).

La Iglesia es terrible como un ejército ordenado en batalla: *Terribilis ut castrorum acies ordinata.*.... (Cant. VI. 3). Es un campamento, una fortaleza, una ciudad inexpugnable.

Siendo la Iglesia una en todo, todo lo puede, dice la Sabiduría: *Cum sit una, omnia potest.* (VII. 27). La Iglesia, lo mismo que María, aplasta la cabeza de la sierpiente infernal: *Ipsa conteret caput tuum.* (Gen. III. 15).

¿Quién hubiera creído, dice S. Crisostomo, que la cruz de Jesucristo había de convertir en polvo los ídolos, y que los discípulos del Crucificado habían de llegar á ser tan gloriosos y de alcanzar tanto poder? ¡Oh! cuántos terribles y formidables enemigos ha tenido la Iglesia! Sin embargo, jamás fue vencida. ¡Cuántos tiranos, cuántos príncipes y emperadores le hicieron encarnizada guerra! Augusto, Tiberio, Claudio, Diocleciano, Domiciano, Nerón, Juliano el Apostata, etc., quisieron derribarla y destruirla por medio del calabazo, del hierro y del fuego; pero ahora callan, entregados á la execración de todos los siglos, y la Iglesia, con tanta ferocidad combatida por ellos, sube al cielo. Los doce Apóstoles, atacados con encarnizamiento por el mundo entero, triunfan, al paso que los que contra ellos luchaban han desaparecido; y aquellos doce corderos han dispersado legiones de lobos feroces, y los han vencido con las únicas armas de la paciencia, del Evangelio, de la cruz, y con su sangre. (*Homil. de Cruce*).

Veis, dice S. Agustín, las potencias de este siglo vencidas y derribadas no por medio de conquistas, sino por la muerte de los cristianos. Y por el contrario, están derribados los templos y deritidos los falsos dioses en cuyo honor eran sacrificados los discípulos de Jesucristo, y las potencias de la tierra se arrodillan á las plantas de un pescador, á las plantas de Pedro, deponiendo su diadema y orando. (*De coelst. vita*).

El Dios del cielo, dice Daniel, creará un reino que jamás ha de ser destruido y cuyo imperio no se dará á otro pueblo; este reino vencerá y absorberá todos los reinos, y subsistirá eternamente. (II. 44). Se desprendió una piedra de una montaña, hirió la estatua en sus pies de hierro y barro, y los rompió. (*Dan. II. 34*). Entonces se hicieron juntamente pedazos el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro, y se convirtieron en el polvo impalpable que ar-

roja lejos de sí un viento de verano; y no pudo conocerse ya el sitio que antes ocupaban; pero la piedra que había despedazado la estatua, llegó á ser una gran montaña, y llenó toda la tierra. (*Dan. II. 35*). Esta piedra desprendida de una montaña es la divina Iglesia de Jesucristo; y aquella estatua, compuesta de hierro, barro, bronce, plata y oro, es el paganismo, son las herejías que la Iglesia destruye y de las que triunfa, llenando el mundo entero con su resplandor divino y sus innumerables beneficios.

El reino de Jesucristo, que es la Iglesia católica, apostólica y romana, tiene la ventaja sobre todos los demás reinos de poseer las ocho grandes y preciosas prerogativas siguientes: 1.ª la duración...; 2.ª la extensión...; 3.ª la fuerza y la eficacia con que Jesucristo domina en ella los espíritus, las almas y los corazones, haciendo que hombres endurecidos, orgullosos, corrompidos, rebeldes, incrédulos y perseguidores, se vuelvan dulces, humildes, puros, obedientes, llenos de fe y de caridad...; 4.ª los efectos que produce; pues los que se someten al reino de Jesucristo quedan libres del demonio, del pecado, del infierno, y se convierten en hijos de Dios y herederos del cielo...; 5.ª el modo con que Jesucristo, su monarca, ha triunfado de los otros reinos: los Apóstoles lo han engrandecido y hecho poderoso, no por medio de las armas, sino por medio de la cruz, la pobreza y la humildad, retraindo las pasiones con la paciencia, el desinterés y los martirios, é inspirando desprecio por los honores, las riquezas, los placeres y el amor de las cosas carnalidades...; 6.ª las leyes muy sábias, muy santas y fáciles de observar que lo rigen, prescribiendo la castidad, la inocencia, la caridad, la santidad, la perfeccion y todas las virtudes...; 7.ª el objeto y el fin con que ha sido establecido, objeto que consiste en formar reyes para el cielo...; 8.ª el rey que tiene, que es Jesucristo, Rey de los reyes, Señor de los señores, eterno é inmutable...

Dios, dice Daniel, dará á su Iglesia el poder, el honor y el imperio; todos los pueblos, todas las lenguas se le someterán. Su poder es un poder eterno que no será transferido, y su reino no será debilitado: *Dedit ei potestatem, et honorem, et regnum; et omnes populi, tribus et lingua ipsi servient; potestas eius, potestas aeterna qua non auferetur; et regnum eius, quod non corrumpetur.* (VII. 14).

El Señor, dice el profeta Zacarías, saldrá y combatirá contra las naciones: *Egrelietur Dominus, et praeliabitur contra gentes.* (XIV. 3). Ha aquí el principio del triunfo de la Iglesia sobre las naciones. Jesucristo con su Evangelio la somete los pueblos rebeldes y enemigos en otro tiempo...

La Iglesia romana no se ha sostenido nunca, ni se sostiene más que con armas espirituales; amenazas de los juicios de Dios, oración y paciencia. Todas las sectas no se establecieron ni se sostienen sino con auxilio de los facciosos y de los poderes de la tierra. Y en esto, lejos de haber algo sobrenatural y divino, todo es natural y huma-



no; pues los más groseros bárbaros harían tanto como los más hábiles herejes....

El poder de la Iglesia se ejerce con la caridad. La Iglesia se ha vengado siempre de sus enemigos con la caridad, la bondad, la paciencia, las oraciones y el perdón.... Siempre puso en práctica aquellas palabras de Jesucristo: Devolved bien por mal... rogad por los que os persiguen y calumnian.... Si alguna vez empuña el arma de la excomunión, es solamente por necesidad y en interés de su gloria y de la salvación de sus hijos.

Hermosura de la Iglesia.

¡Ohy negra pero hermosa, dice la Esposa de los Cantares: *Nigra sum, sed formosa*. (I. 5). Estas palabras se aplican á la Iglesia. La Iglesia se ennegrece con las pasiones que se agitan al rededor suyo y la persiguen; se bella con la invencible constancia que despliega su espíritu y con su paciencia sublime. Está ennegrecida por los golpes que le dan sus agresores; pero es hermosa, 1.º, por el brillo y el encanto unidos á su fuerza, á su humildad y á las demás virtudes que adquiere y desarrolla con la resignación de que hace prueba en medio de los diferentes asaltos que le dan...; 2.º es hermosa por la riqueza de las coronas que tiene preparadas en el cielo...; 3.º es hermosa por el número de Santos que la reconocen por madre.... El sudor y el polvo del combate la hacen negra, dice S. Ambrosio, pero, cuando se corona con los insignias de la victoria, es hermosa: *Nigra est exercitii sui pulchra, dum praeliatur; decora dum victoriam suam insignibus coronatur*. (Serm. V). Ninguna métrica experimenta el oro puro pasado por el crisol, añade S. Ambrosio; su brillo aumenta por el contrario. Lo mismo sucede con la Iglesia: *Sicut aurum bonum, ita Ecclesia, cum uritur, detrimenta non sentit, magis fulgor ejus augetur*. (Ut supra).

Eres muy hermosa, ó amada mía, dice el Señor á su esposa la Iglesia, eres muy bella; tienes los ojos de paloma: *Ecce tu pulchra es, amica mea; ecce tu pulchra es; oculi tui columbarum*. (Cant. I. 14).

La Iglesia tiene dos hermosuras, hermosura exterior y hermosura interior. Es hermosa en sí misma y en sus hijos sumisos; es hermosa en la tierra, y hermosa en el cielo; es hermosa cuando combate, y hermosa cuando triunfa; es hermosa en el mundo por la gracia, y en la vida futura por la gloria....

Eres muy hermosa, ó amada mía, y no hay mancha en ti: *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te*. (Cant. IV. 7). A estas palabras ha querido aludir el gran Apóstol al escribir á los Efesios: Jesucristo ha amado á su Iglesia hasta entregarse el mismo á la muerte por ella, á fin de santificarla, purificándola, y á fin de hacerla presentar ante el trono de gloria, sin mancha, arruga, ni cosa parecida, sino santa y sin defecto alguno. (V. 25-27).

La Iglesia es muy hermosa: hermosa, 1.º, con la hermosura de la ley evangélica que profesa...; 2.º con la hermosura del conocimiento de Dios, de la verdadera fe y del culto verdadero...; 3.º hermo-

sa en sus ceremonias, sus ritos, los adornos y la majestad de sus templos, etc...; 4.º hermosa por la hermosura de sus Sacramentos...; 5.º hermosa con la gracia y la justicia inherente á los fieles, á los justos y á los Santos...; 6.º hermosa por sus religiosos, sus doctores, confesores, vírgenes, mártires, etc...; 7.º hermosa en fin con todas sus prerrogativas, sus cualidades, sus virtudes y su Divinidad....

¿Quién es la que se adelanta como la aurora naciente, hermosa como la luna, brillante como el sol, terrible como un ejército en batalla fuera de sus tiendas? *Qua est ista que progreditur quasi aurora consurgens, pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?* (Cant. VI. 9). ¿Quién es la que sube del desierto, llena de delicias, apoyada en su muy amado? *Qua est ita que ascendit de deserto, deliciis affluens, innixa super dextrum suum?* (Cant. VIII. 5). Por medio de su profeta habla el Señor aquí de la santísima Virgen y de la Iglesia. Así lo creen todos los comentaristas....

La Iglesia, que es la sabiduría, es más bella que el sol y los diversos grupos de estrellas; comparada con la luz más pura, aún es más brillante: *Est enim haec speciosior sole, et super omnem dispositionem stellarum; luci comparata, vincitur prior*. (Sap. VII. 29). Es decir, que la Iglesia es más resplandeciente, más adornada y elevada que el sol y todos los astros; su luz es la misma luz de Dios....

Jacob tuvo dos esposas Lia y Raquel; Raquel era más bella que Lia, dice la Sagrada Escritura. (Gen. XXX. 15). Columna de gracias y llena de donos del Espíritu Santo, la Iglesia esposa de Jesucristo es hermosa inferiormente como Raquel, la Iglesia se vuelve fecunda á medida que aumentan sus proleas y se acerca más al Calvario para unirse, imitándole, á su divino Esposo crucificado....

San Bernardo llama á la Iglesia una grande y hermosa viña plantada por el Señor, rescatada con su sangre, regada con la palabra de vida, propagada por la gracia, y fecundizada por el Espíritu Santo. Esta viña produce toda clase de flores, la violeta de la humildad, la araucana de la castidad, la rosa de la paciencia y de la caridad, y la flor de la abstinencia. (Serm. III. Cant.).

Alégrate, tu que eras estéril y no parías, dice S. Pablo á imitación de Isaías (LIV. 1); da gritos de alegría, tu que no habías sido madre; porque la que habia sido abandonada, tiene más hijos que la que tiene esposo: *Letare, sterilis, quae non pariat, erumpere et clamare, quia non parioris; quia multi filii deserta magis quam ejus quae habet virum*. (Gal. IV. 27).

Escuchad á S. Ambrosio hablando de la fecundidad de la Iglesia virgen: La santa Iglesia, dice, inmaculada en su concepción, y fecunda en su parto, es virgen por su castidad, y madre por su numerosa familia. Esta madre virgen nos concibe, no por medio de hombre, sino en virtud del Espíritu Santo; nos pare no en medio

Virginidad y fecundidad de la Iglesia.

de dolores, sino en medio de la alegría de los ángeles; nos alimenta, no con leche material, sino con la palabra de los Apóstoles. Es virgen en sus Sacramentos y sus virtudes, y es madre de los pueblos (1).

Mucho tiempo estéril, la Iglesia, dice S. Jerónimo, sólo fué fecunda después que Jesucristo hubo nacido de una virgen; sólo después de haber habido nacimiento a Jesucristo se volvió muy fecunda: *Ecclesia diu sterilis, non peperit antequam Christus de Virgine nasceretur; sed cum Christum peperit, proles Deo plurimas peperit.* (Lib. super Matth).

Los hijos de la esterilidad dirán según Isaías: El lugar es demasiado estrecho; dadnos un recinto en donde podamos habitar. Y tú dirás en tu corazón: ¿Quién me ha dado estos hijos; á mí que era estéril y no paría? Me habían arrojado de mi país, y estaba cautiva; ¿quién los ha alimentado? Yo estaba sola y abandonada; ¿de dónde me han venido? (XLIX. 21).

¡Alegrate, estéril que no parías, exclama el mismo profeta, entona cánticos de alabanza, da gritos de alegría, tú que no tenías hijos. (LII. 1). Antes de Jesucristo, la gentilidad era estéril y abandonada de Dios; no tenía fe ni gracia, y se veía privada de hijos de fieles y de Santos; pero por medio de Jesucristo se ha vuelto fecunda...

La Iglesia, dice S. Ambrosio, no está unida á un hombre, pero tiene un esposo; tiene el esposo de la sana doctrina; y sin que su pudor tenga por qué alarmarse, se une al Verbo, como á su esposo eterno: *Ecclesia virum non habet, sponsum habet. Habet sponsum sanæ doctrinæ, Verbo sine ullo flexu pudoris, quasi sponso innubit æterno.* (U. supra).

Escribámos á S. Agustín: Jesucristo, dice hijo de la Virgen, esposo de las vírgenes, nacido corporalmente de un seno virginal, se une espiritualmente al alma con un enlace virgen. Virgen, la Iglesia católica es esposa de Jesucristo. ¿De qué honra no son dignos los miembros de esta Iglesia que conservan también la virginidad en su cuerpo, como la Iglesia la conserva en la fe, la Iglesia que imita á la Madre de Jesucristo! Porque la Iglesia es también virgen y madre. Habíamos su virginidad. María ha dado corporalmente á luz al Jesús del sagrado cuerpo de la Iglesia, y la Iglesia parece espiritualmente á los miembros de este divino Jesús. En la Iglesia como en María la virginidad no es un obstáculo para la fecundidad; en una y en otra, la virginidad no destruye la fecundidad. (De S. Virgín., c. I).

María concibe por el Espíritu Santo, y la Iglesia concibe también por el Espíritu Santo á sus numerosas hijos. María concibe al Hijo de Dios, y la Iglesia concibe á hijos de Dios, María concibe á aquel que baja del Cielo, y la Iglesia concibe á hijos que suben al Cielo, María concibe á aquel que abre el Cielo, y la Iglesia concibe á los

(1) Sancta Ecclesia immaculata casta, fecunda parit, virgo est, castitate, mater est prole, paritque non virgo, non vero filium, sed Spiritu, parit non virgo, non cum dolore, immo cum gaudio, et desiderio, mater enim virgo, non ex corpore, sed, sed Apostolica. Virgo est Sacramentum et virtutum, mater est populi. *Lib. I de Virgín.*

que entran allí. María es virgen, y la Iglesia es virgen. María es fecunda, y la Iglesia es fecunda. De una y otra parte, unida esta fecundidad á la virginidad conservada, es un gran milagro. El Espíritu Santo es quien hace fecundas á las dos vírgenes, á María y á la Iglesia....

Esta antigua madre, la Iglesia, que tiene más de mil ochocientos años, siempre perseguida y siempre en el Calvario con su divino esposo, es siempre virgen y siempre fecunda. Esposa de Jesucristo, le da numerosos hijos, no cada nueve meses como las otras madres, sino cada día, cada instante y en todos los lugares del mundo. Concibe numerosos hijos para Dios; los pare, los alimenta, los educa, les da vestidos, los sostiene, los instruye, los acompaña durante el tiempo, y los conduce á la eternidad de la gloria, al lado de su divino Esposo que corona á la Madre y á los hijos....

La Iglesia católica, apostólica, romana, es madre de la verdadera ciencia; la teoría y la experiencia están acordes para proclamar esta verdad. El cetro de la ciencia, dice M. de Maistre, sólo pertenece á Europa porque es cristiana. No ha alcanzado tan alto punto de civilización y de conocimientos sino por haber principiado por la Teología, porque las Universidades no fueron en su principio más que escuelas de Teología, y porque todas las ciencias arraigadas en este divino principio han manifestado la savia divina con una vegetación inmensa. (Veladas de S. Petersburgo).

La Iglesia y la ciencia son hermanas; los que pretenden, dice el autor de los *Anales de la Filosofía*, que la una debe excluir á la otra; los que pretenden amar á la una y aborrecer á la otra, no tienen verdadera ciencia careciendo de verdadera religión....

No eran estos los pensamientos de la antigüedad, prosigue el mismo escritor, y no hay pueblo en él que no hallemos la ciencia y la religión dándose la mano y marchando acordes. Y desde luego vemos con claridad en los sagrados libros que la invención y la perfección de todas las obras del arte son atribuidas á la intervención inmediata de Dios, desde los primeros vestidos con que se cubrió el hombre, hasta la construcción de estos palacios que flotan en los mares. Entre los egipcios, entre los griegos, en Atenas, en Roma, los sacerdotes eran los que conservaban la ciencia, ellos los que inventaron las artes, recogieron los experimentos, conservaron las tradiciones y escribieron las historias que nos quedan. En el altar, es por decirlo así, en donde ha nacido la ciencia; en los templos es donde se ha educado, y á la vista de los sacerdotes se ha fortificado y embellecido.

Por esto vemos á los pueblos muy penetrados del pensamiento que á la religión debía la ciencia sus progresos, y los sabios no habían dificultad en atribuirle sus triunfos.

Pero, cuando el orgullo se apoderó de la ciencia, cayó pronto en el delirio. En su nombre todo fué desconocido, puesto en duda y desvirtuado su fin. Las artes se ofrecieron al servicio de los pasio-

Solo la Iglesia posee y da la verdadera ciencia.

UNIV

D

UNIV

D

UNIV

D

UNIV

D

UNIV

D

UNIV

D

UNIV

D

UNIV

D

UNIV

D

nes, y las ciencias fueron en pos de soluciones absurdas. La filosofía, enemiga de la religión, cayó en contradicciones tan grandes, tan palpables y tan evidentemente fuera de razón, que las personas más sencillas, las que conservaban sentido común, ridiculizaban sus sentencias, sus invenciones y demostraciones. Así es que todos los grandes cuestiones de aquella época, suscitadas sin Iglesia y sin religión, la formación del mundo, los átomos, el éter, el movimiento, la materia, Dios, el alma, la vida futura, son para nosotros motivo de burla y de tristeza, viendo en qué pequeñas argucias consumían su talento aquellos hombres que trabajaban lejos de Dios y sin Dios.

La viva luz del Evangelio aparece, y todo el universo queda iluminado; entonces la ciencia empieza a entrar en sus verdaderas vías, la civilización se separa del paganismo, vergüenza de la humanidad, y todas las artes juntas vienen a tributar homenaje á la religión.

En aquellos siglos de barbarie, cuando todo iba á desaparecer; cuando la religión civil, los ritos, las costumbres eran violentamente interrumpidas y en cierto modo enterradas viras en la tumba, y cuando toda la antigua civilización iba á perecer con las artes, la Iglesia atrajo entonces hacia sí las ciencias, y las recibió en su santuario, único asilo inviolable.

Allí, en tanto que todo era ignorancia, barbarie y ferocidad, se preparaban en silencio y en secreto las bases que debían ser el fundamento del nuevo estado social. ¡Admirable espectáculo! Como si las ciencias hubiesen necesitado ser regeneradas por medio de la penitencia de los excesos á que se habían prostituido sacerdotes austeros, cobardes terribles, cristianos de aquellos que sabían que no hay más que una cosa necesaria, predicando que la ciencia beneficia y haciendo profesión, á ejemplo del grande Apóstol, de no conocer más que á Jesús, y á Jesús crucificado, aquellos hombres eran los que nos conservaban la lengua del circo y del foro. Pero la religión, obrando así, quería conservarnos las historias del mundo y manifestarnos á los hombres tales como han existido.

Preguntamos nosotros: ¿dónde estaban entonces los sabios que antes habían osado levantar sus pensamientos contra Dios? Habían desaparecido como una hoja ligera arrebatada por la tempestad. Y ¿á qué vienen las continuas acusaciones de ignorancia dirigidas continuamente contra los cristianos, y en particular contra el Clero? Si existía algún conocimiento del pasado, si había un historiador, un poeta, un verdadero filósofo, un sabio en una ciencia cualquiera, en la Iglesia es donde se hallaba, ó en el claustro, ó entre los hombres de ayuno y de penitencia. Letrado ó clérigo, sabio ó sacerdote, eran ya términos sinonimos.... La elocuencia latina y griega, la historia, la literatura, la arquitectura, la jurisprudencia, la ciencia de la guerra, todos los conocimientos salieron de los claustros, donde habían sido guardados, y aparecieron de nuevo en el mundo puros y regenerados....

Entonces, en medio de aquella sociedad cristiana, hermosa en

verdad y rica en virtudes, se manifiesta de repente el deseo y la resolución de imitar y sobrepujar, si era posible, todo lo más perfecto en materia de artes y ciencias que había producido la antigüedad. Advertidos y guiados por las obras salidas por los sacerdotes, sostenidos por la protección de los Pontífices, é iluminados por las inspiraciones sublimes que la religión sabe comunicar á los que trabajan por ella, pronto aparecieron artistas como Miguel Angel y Rafael, se alzó sorprendiendo la Iglesia de San Pedro de Roma, todas las artes fueron honradas, y antes de finar el siglo XVI nada tuvieron que envidiar los modernos á los antiguos.

La Iglesia posee la verdadera ciencia; no teme más que la ignorancia, y sus enemigos son los orgullosos y los ignorantes....

Señor, dicen los Cantares, os cogere en la casa de mi madre (la Iglesia), y allí me instruireis: *Apprehendam te in domum matris mee, ibi me docebis.* (VIII. 2).

En la Iglesia, dice la Sabiduría, está el espíritu de inteligencia, santo, uno, variado, sólido, experto, pronto, incorruptible, cierto, dulce, amante del bien, penetrante, infalible, bienhechor, amigo de los hombres, inmutable, indefectible, sereno, lleno de toda virtud, previsor sobre todo, hábil para comprender todos los espíritus, inteligible, vivo y puro. (IV. 22-23). La ciencia de la Iglesia tiene todas estas cualidades....

Cuando Montesquieu, lleno de admiración ante los beneficios que el cristianismo ha derramado en la sociedad, exclamaba en su entusiasmo: ¡cosa admirable! la religión cristiana, que parece no tiene otro objeto que la felicidad de la otra vida, es también nuestra dicha en la vida presente, pagaba al cristianismo; dice el autor de los *Anales de la Filosofía*, la deuda de la humanidad; proclamaba una verdad que, por desgracia, parece han olvidado bastante los pueblos y los gobiernos.

Antes de aparecer el cristianismo, la esclavitud era universal. No pueden leerse sin estremecimiento los detalles de aquel monstruoso poder ejercido por unos sin piedad sobre los desgraciados esclavos. Poco era tenerlos condenados á los más rudos trabajos, casi sin esperanza de poder nunca conseguir la libertad; poco era hacerles sufrir en épocas determinadas ignominiosos azotes para que no olvidasen su condicion y tuviesen presente que eran esclavos del Estado al mismo tiempo que ciudadanos; era cosa admitida en Velecerlos con la embriaguez para que fuesen mirados como bestias salvajes y se organizaran bandadas contra ellos. Así se amestralaban criminalmente los de Esparta en el oficio de los armados.

Atenas, menos atroz en sus costumbres, si reprochaba las crueldades de Esparta, tenía mayor multitud de esclavos. Solo la ciudad de Pericles tenía veinte mil ciudadanos y cuatrocientos mil esclavos.

Roma, que debía su nacimiento á unos esclavos fugitivos, tuvo por algun tiempo memoria de su origen. Se manifestó en un prin-

En la Iglesia es donde se halla la ciencia y la verdadera virtud.

UNIVERSIDAD AVILA

UNIVERSIDAD AVILA

cipio humana con sus cautivos; pero pronto surgió la esclavitud, y aquella ciudad llegó a deshacerse por venta de sus esclavos ya viejos. Separados éstos de la sociedad humana, despojados, en lo posible, del carácter que tenían de la naturaleza, su condición era muy parecida á la de las bestias de carga, y aun podían considerarse dichosos si no tenían que envidiar la suerte de los animales, cuyos trabajos compartían. Los desgraciados empleados en el cultivo de las tierras, iban siempre con los pies cargados de grillos. Sólo se les proporcionaba los más tristes alimentos, y aun con escasez; y por la noche se les encerraba en calabozos infectos donde apenas podía penetrar el aire. Ningún tribunal oía sus quejas, ni les servía de asilo contra la crueldad de sus tiranos. La fuga, único medio que les quedaba para sustraerse á la opresión, estaba rodeada de amenazas y de una horrible perspectiva: si su plan de evasión fracasaba, se veían sujetos á los más crueles tratamientos. Les arrojaban en el circo para ser pasto de las fieras, ó bien señalados con un hierro candente sin cesar recordaban con horror á sus compañeros de infortunio, con aquellas marcas sangrientas, que para ellos era el mayor de los crímenes aborrecer la esclavitud y dejar escapar un suspiro por la libertad.

Hablaremos, dice el mismo escritor, de aquellos atroces juegos en que corría la sangre de millares de esclavos para divertir al pueblo-rey en sus ocios, y las víctimas empujadas á la muerte se inclinaban todavía ante su tirano, diciéndole al pasar: *Morituri te salutant*.

La legislación toda era cómplice de tan horribles excesos. Había dejando al dueño un derecho ilimitado sobre la persona y la vida de sus esclavos. Parecía que la mayor parte del género humano estaba destinada á nacer, vivir y morir sólo para algunos seres privilegiados que tenían su derecho de la fuerza brutal y habían sacado su odioso poder de la sangre.

Tal era el triste estado de la sociedad cuando aparecieron en la tierra Jesucristo y la Iglesia con el Evangelio destinado á renovar la civilización, destruir la esclavitud, dar la verdadera libertad, la igualdad posible y la fraternidad positiva.

Y el Verbo da Dios, la Sabiduría eterna verifica este tan deseado cambio por medios dulces y grados insensibles. No dijo Jesucristo á los esclavos: Ha venido á romper vuestras cadenas, recobrad todos vuestros derechos; no hizo tampoco á los amos con palabras de ira y amenazas; hubiera así trastornado y destruido la sociedad en vez de salvarla; pero se presentó en medio de los hombres en la pobreza y en la humillación, casi con la condición de esclavo, dice S. Pablo: *Formam servi accipiens* (Philipp. II. 7); elevando así el alma suya, y probándose que no es el estado, sino el corazón y la virtud lo que constituye el hombre. Y dirigiéndose luego á los amos les dice: Aprended de mí que soy dulce y humilde de corazón: *Discite á me, quæ a mihi sum et humilis corde*. (Matth. XI. 29). Finalmente, íe-

vantando la voz y preparando la libertad del mundo, al recordar al hombre la dignidad de su origen, dijo abiertamente estas palabras, consuelo de los desgraciados, que tan mal debieron sonar á los oídos de los dueños del mundo: No hay más que un maestro; vosotros sois todos hermanos; porque no tenéis más que un padre que está en el cielo: *Unus est magister vester; omnes autem vos fratres estis; unus est pater vester, qui in caelis est*. (Matth. XXIII. 8-9).

Pronto hicieron estas sencillas palabras una revolución en el mundo. Pronunciadas en un oscuro rincón del Asia, van á extenderse rápidamente por el universo, y obran allí prodigios.

Sigamos en pocas palabras los progresos de la grande y maravillosa obra de la libertad, la igualdad y la fraternidad, beneficios exclusivos del cristianismo.

Jesucristo había terminado su misión y abandonado la tierra, dejando á sus discípulos el cuidado de terminar su obra divina. La humilde sencillez del pescador iba á triunfar de la orgullosa ciencia del filósofo. S. Pablo comenaba ya las palabras de su divino Maestro, y recorría el universo, admirado de sus desconocidas doctrinas, de su amor puro y de su ardiente caridad: llenaba con aquella moral bajada del Cielo las admirables instrucciones que tenemos con el nombre de Epístolas, dirigidas á los diferentes pueblos que había convertido á la fe. Amos, decía, dad á vuestros esclavos lo que reclaman la justicia y la equidad, sabiendo que tenéis, lo mismo que ellos, otro amo en el cielo. (Ephes. VI. 9). No hay ya judíos ni gentiles, esclavos ni hombres libres; porque sois todos unos en Jesucristo. (Gal. III. 28).

En Jesucristo, dice á los Colosenses, no hay gentiles ni judíos, circuncisos ni incircuncisos, bárbaros ni escitas, esclavos ni libres; sino que Jesucristo lo es todo en todos. (III. 11).

Muchas veces se pliegan el Apóstol de las Gentes en recordar esta libertad, igualdad y fraternidad que el cristianismo ha venido á establecer por medio de Jesucristo entre los hombres.

La Iglesia naciente formaba su espíritu sobre el espíritu de su divino fundador y de sus primeros discípulos. ¡Oh! qué rápidos eran los felices cambios producidos por ciertas palabras de la Iglesia en las relaciones de los amos ya cristianos con sus esclavos! Podían ser inspirados por otros sentimientos que por los de padres y hermanos, cuando se encontraban en el seno de la familia ante aquellos criados á quienes habían visto en la asamblea de los fieles, orando á su lado, oyendo á la par las palabras del obispo que les predicaba la caridad de Jesucristo, ó sentados en la misma sagrada mesa alimentándose con el cuerpo y la sangre del Cordero sin mancha! (Qué suave era el mandato en sus labios, al dirigirse á aquellos esclavos purificados como ellos en las sagradas fuentes, revestidos como ellos de Jesucristo, y admitidos también á la fracción del pan! Por esto amos y criados sólo tuvieron un corazón y una alma.

Y si, por el contrario, no habían sido aún iluminados por el cris-

lianismo, enternecidos y admirados al ver la dulzura de sus amos, se preguntaban qué religion era aquella que tanta benevolencia inspiraba hacia los esclavos, y pronto adoraban al Dios de caridad, al Dios de los cristianos....

El cristianismo hacia cada dia nuevas conquistas, y pronto fué conocido del mundo entero. Toda la sociedad se impregnaba insensiblemente de su espíritu de dulzura y de humanidad. Los mismos príncipes paganos sufrieron á pesar suyo los efectos de su irresistible influencia. El emperador Adriano quitó á los amos el derecho de vida y de muerte que la atroz legislación de la república les habia concedido. Bajo este supuesto, los esclavos, entraron casi en la condicion de ciudadanos, es decir, que el castigo capital quedó reservado á los magistrados, que solo lo ordenaban despues de cierto juicio. Adriano sancionó tambien estas disposiciones, imponiendo á los contraventores un castigo que debió herir el orgullo romano: decretó la pena de muerte con los que sin razon matasen á sus esclavos. Antonino el Píadoso confirmó el mismo acuerdo. Y no sólo se trató de poner la vida del esclavo al abrigo de la crueldad de su amo, sino que se pusieron tambien límites á la violencia y brutalidad; se abrieron los templos para servir de refugio á las victimas, y la estatua del príncipe su bienhector á quien iban á abrazar en su desesperacion extendía sobre ellos una mano protectora.

No intentaremos seguir en todas sus detalles los progresos de aquella feliz y grande revolucion operada por la Iglesia, y enumerar los actos legislativos de cada uno de los emperadores cristianos sobre la emancipacion de los esclavos y la libertad. Constantino, Justiniano, Leon el Sabio, Basilio, todos rivalizaron en zelo para dar la verdadera libertad, establecer en lo posible la igualdad y asegurar la fraternidad.

Todo lo que la religion consagraba, iba de tal modo acompañado de las ideas de libertad, que se creia que la bendicion del sacerdote dada á los esclavos que se casaban les concedia la libertad; y no faltaron amos avaros que, dominados por este pensamiento, no permitieron que sus esclavos fuesen á hacer bendecir su union al pie de los altares. El emperador Basilio hizo una ley para remediar aquel desorden de algunos amos estúpidos.

En todas partes y en todos los siglos en que ha dominado la Iglesia católica, apostólica y romana, ha habido siempre la verdadera libertad, la verdadera igualdad y la verdadera fraternidad: en todas partes en que la religion ha sido proscrita, ha desaparecido á la vez la verdadera libertad, la verdadera igualdad y la verdadera fraternidad.

Véase qué esclavos y desgraciados ha hecho el yugo de Mahoma á sus partidarios!

Sólo la Religion sostiene al oprimido contra el opresor, y dulcifica las leyes. El espíritu del Evangelio es el que ha proscrito la exposicion de los niños; el espíritu del Evangelio es el que ha dictado esas

leyes favorables á los deudores, á quienes, segun la legislación de las doce tablas, era licito despedazar. La Iglesia es la que, con su tierna solicitud por el pobre, y con su severidad contra el rico avaro, ha prohibido la usura. ¿No ha moderado la Iglesia el rigor de las leyes penales? La máxima *Ecclesia abhorret á sanguine*, es la regla del sacerdocio. El concilio de Sardico obliga á los obispos á que interpongan su mediacion en las sentencias de destierro.

Y no es tambien la religion la que hace que el hombre sea dueño de sus desarregladas inclinaciones?

En donde esté el Espíritu de Dios (y por consiguiente el espíritu de la Iglesia, que es el mismo espíritu), allí está tambien la verdadera libertad, dice S. Pablo: *Ibi Spiritus Dei, ibi libertas*. (II. Cor. III. 17).

El que comete el pecado, es esclavo del pecado, dice Jesucristo: *Omnis qui facit peccatum, servus est peccati*. (Joann. VIII. 34). Y como la religion combate y destruye el pecado, da la verdadera libertad, la libertad de los hijos de Dios. Ved, por el contrario, el hombre sin religion: ¡ay! es esclavo, es esclavo de otros tantos tiranos como pasiones tiene que le dominan, y jamas es libre....

La Iglesia católica, apostólica y romana es verdaderamente esposa de Jesucristo, y la única y verdadera Iglesia que ha establecido. Lo hemos probado por su antigüedad su unidad, su infalibilidad, su perpetuidad, su solidez, su visibilidad su catolicidad, su santidad, su celo, su veracidad, su poder, su caridad, su hermosura, su virginidad fecunda, su ciencia y sus beneficios.....

La falsedad de las otras Iglesias está probada por su establecimiento, su novedad, sus variaciones, la diversidad de sus opiniones sobre la Escritura, el mal uso que han hecho de la misma Escritura, las falsificaciones de sus textos, sus invectivas, su falta de mision, su separacion de la Iglesia universal, su invisibilidad, su caída, sus contradicciones, su destruccion del libre albedrío, la corrupcion y blasfemias de sus fundadores, etc.....

Finalmente, comparemos esta religion con todas las demás religiones del mundo: que nos presenten otra religion, dice el P. Campan, más antigua, ó más firme, ó más santa, ó más universal, ó más célebre, ó más unida en una misma unidad de creencia. Que nos presenten otra religion atacada con más furor y violencia por todos los poderes de la tierra y del infierno y por millares de sectas heréticas, desde Jesucristo y los Apóstoles hasta hoy dia. Y á pesar de tantos terribles ataques, esta Iglesia es sin embargo más firme, más inquebrantable, victoriosa y triunfante cada dia. Que nos presenten otra religion que tenga más señales de verdad, más motivos de credibilidad, más caracteres de Divinidad y motivos más fuertes, más poderosos y en mayor número; seguro es que no se presentará ninguna con tal fuerza. Y por otra parte, mientras yo no vea en las otras religiones nada que no sea natural, humano y car-

Conclusión y recapitulación.

nal, nada que se parezca á verdadera piedad y santidad, nada que no sea terrestre y sensual; mientras yo no vea en las otras Iglesias que se dicen cristianas más que novedades y sutilezas, variaciones y contradicciones, una multitud de calumnias é imposturas para difamar la Iglesia romana, desacreditar la autoridad del soberano Pontífice y de los primeros Pastores, y ennegrecer y calumniar á los defensores de la verdadera religion, un caos inagotable de sentimientos diferentes, no sólo en una misma secta, sino también á veces sobre un mismo artículo; mientras vea en las otras Iglesias lo que se vió en tiempo de Calvino y Lutero, aquellos nuevos apóstoles que sus partidarios creían nacidos milagrosamente para reformar la Iglesia, y que sin embargo se contradecían eternamente, se llenaban de las más atroces injurias, se excomulgaban también unos á otros, siendo todos apóstatas que renunciaban á una profesion santa para poder casarse y llevar una vida licenciosa; mientras yo no vea en estos nuevos reformadores más que orgullo, pertinacia, torpeza, cábalas, espíritu jurísico, gente que predica á los demás una severidad desmedida y no la practica, y nos presenta á un Dios cruel, á un Salvador que no quiero salvar á todos los hombres, ni ha muerto por todos; profanos innovadores cuyo sistema sobre la libertad y la gracia conduce á la religion más infame, y siempre condenados, hacen bafa de todas las condenaciones, hasta de las de concilios ecuménicos, y no quieren nunca escuchar ni obedecer, obstinándose á permanecer en sus errores; mientras yo no vea en todas las diferentes sectas, la luterana, la calvinista, la zwingliana, la sociniana, la jansenista, etc.; más que horribles excesos, y al mismo tiempo ninguna razon que pruebe la verdad de su religion, ninguna razon que no puedan alejar indistintamente todos los herejes para probar sus contrarias opiniones; mientras yo no vea todo lo dicho, répto, permaneceré siempre inviolablemente unido á la Iglesia católica, apostólica y romana, única que Dios sostiene contra tantos y tan formidables ataques, única hecha por Dios invencible é inquebrantable, y detestaré todas las sectas, llenas unicamente de errores y de escándalos. Todo hombre realmente cuerdo no podrá menos de aprobar tal conducta.

## IGUALDAD.

La igualdad, como la entienden los revolucionarios, es imposible; nada es más cierto y evidente. ¿Cómo en efecto hemos de hacer que exista entre los hombres, 1.º la igualdad en las cualidades naturales, ya de cuerpo, ya de espíritu...; 2.º la igualdad en placeres y padecimientos...; 3.º la igualdad en inclinacion al bien ó al mal...; 4.º la igualdad de posicion, pues es forzoso que haya superiores que maenden é inferiores que obedezcan...; 5.º la igualdad de salud, de hermosura, de fortuna y de honores...; 6.º la igualdad de recompensas y de castigos, pues unos merecen ser más ó menos recompensados y otros ser castigados...; 7.º la igualdad de carácter, de inteligencia, de ciencia, de juicio, de virtud, de modo de ver, etc.?

La igualdad es imposible.

La desigualdad procede de la caída del hombre.

A causa de la iniquidad de los pueblos los reyes se multiplican, dicen los Proverbios: *Propter peccata terra, multi principes ejus.* (XXVIII, 2). Del pecado de Adán han salido los reinos y los principados, los reyes y los principes. Sin el pecado, todos habriamos sido iguales, todos nos habriamos conducido segun la justicia original, y nos habriamos mantenido en ella; pero con el pecado el hombre se extravió, y fueron desde entonces precisos amos que le llamasen al orden, fueron precisas leyes, penas y recompensas.... Por su naturaleza, todos los hombres son iguales, dice S. Gregorio; pero en el interés del orden transitorio del mundo, ha habido necesidad de superiores, y esta diferencia entre las condiciones que proceda del pecado, ha sido establecida con justo título y por voluntad de Dios para que el hombre que se extraviase fuese conducido de nuevo al camino del bien (1). Véase Deberes de los amos.

De dónde viene la desigualdad que existe entre los hombres?

Oigamos á Séneca. La prudencia, dice, os enseña á vivir familiarmente con vuestros esclavos. Pero objetareis, ¿no son esclavos? Decid más bien que son hombres. ¿No son esclavos? Decid más bien comensales. ¿No son esclavos? Decid más bien amigos humildes. ¿No son esclavos? Decid más bien compañeros de servidumbre. Porquá ¿no estais como ellos bajo el imperio de la fortuna? Tratad de reflexionar. ¿No es este hombre á quien llamáis esclavo vuestro de la misma naturaleza que vosotros, no goza del mismo cielo, no respira el mismo aire, no vive como vosotros, y no está como vosotros des-

Es preciso establecer la igualdad en lo posible.

(1) Omnes homines natura iguales sumus, sed accessit dispositio ordinis, ut quibusdam presunt vobiscum, quibusque diversitas quæ accessit ex vicio, recte et divinitus instituta est, ut quibusdam homo iter vobis non graditur, sicut ab aliis respicitur. Paster.

nal, nada que se parezca á verdadera piedad y santidad, nada que no sea terrestre y sensual; mientras yo no vea en las otras Iglesias que se dicen cristianas más que novedades y sutilezas, variaciones y contradicciones, una multitud de calumnias é imposturas para difamar la Iglesia romana, desacreditar la autoridad del soberano Pontífice y de los primeros Pastores, y ennegrecer y calumniar á los defensores de la verdadera religion, un caos inagotable de sentimientos diferentes, no sólo en una misma secta, sino también á veces sobre un mismo artículo; mientras vea en las otras Iglesias lo que se vió en tiempo de Calvino y Lutero, aquellos nuevos apóstoles que sus partidarios creían nacidos milagrosamente para reformar la Iglesia, y que sin embargo se contradecían eternamente, se llenaban de las más atroces injurias, se excomulgaban también unos á otros, siendo todos apóstatas que renunciaban á una profesion santa para poder casarse y llevar una vida licenciosa; mientras yo no vea en estos nuevos reformadores más que orgullo, pertinacia, torpeza, cábalas, espíritu jurísico, gente que predica á los demás una severidad desmedida y no la practica, y nos presenta á un Dios cruel, á un Salvador que no quiero salvar á todos los hombres, ni ha muerto por todos; profanos innovadores cuyo sistema sobre la libertad y la gracia conduce á la religion más infame, y, siempre condenados, hacen bafa de todas las condenaciones, hasta de las de concilios ecuménicos, y no quieren nunca escuchar ni obedecer, obstinándose á permanecer en sus errores; mientras yo no vea en todas las diferentes sectas, la luterana, la calvinista, la zwingliana, la sociniana, la jansenista, etc.; más que horribles excesos, y al mismo tiempo ninguna razon que pruebe la verdad de su religion, ninguna razon que no puedan alejar indistintamente todos los herejes para probar sus contrarias opiniones; mientras yo no vea todo lo dicho, répto, permaneceré siempre inviolablemente unido á la Iglesia católica, apostólica y romana, única que Dios sostiene contra tantos y tan formidables ataques, única hecha por Dios invencible é inquebrantable, y detestaré todas las sectas, llenas unicamente de errores y de escándalos. Todo hombre realmente cuerdo no podrá menos de aprobar tal conducta.

## IGUALDAD.

La igualdad, como la entienden los revolucionarios, es imposible; nada es más cierto y evidente. ¿Cómo en efecto hemos de hacer que exista entre los hombres, 1.º la igualdad en las cualidades naturales, ya de cuerpo, ya de espíritu...; 2.º la igualdad en placeres y padecimientos...; 3.º la igualdad en inclinacion al bien ó al mal...; 4.º la igualdad de posicion, pues es forzoso que haya superiores que maenden é inferiores que obedezcan...; 5.º la igualdad de salud, de hermosura, de fortuna y de honores...; 6.º la igualdad de recompensas y de castigos, pues unos merecen ser más ó menos recompensados y otros ser castigados...; 7.º la igualdad de carácter, de inteligencia, de ciencia, de juicio, de virtud, de modo de ver, etc.?

La igualdad es imposible.

La desigualdad procede de la caída del hombre.

A causa de la iniquidad de los pueblos los reyes se multiplican, dicen los Proverbios: *Propter peccata terra, multi principes ejus.* (XXVIII, 2). Del pecado de Adán han salido los reinos y los principados, los reyes y los principes. Sin el pecado, todos habríamos sido iguales, todos nos habríamos conducido según la justicia original, y nos habríamos mantenido en ella; pero con el pecado el hombre se extravió, y fueron desde entonces precisos amos que le llamasen al orden, fueron precisas leyes, penas y recompensas.... Por su naturaleza, todos los hombres son iguales, dice S. Gregorio; pero en el interés del orden transitorio del mundo, ha habido necesidad de superiores, y esta diferencia entre las condiciones que proceda del pecado, ha sido establecida con justo título y por voluntad de Dios para que el hombre que se extraviase fuese conducido de nuevo al camino del bien (1). Véase Deberes de los amos.

De dónde viene la desigualdad que existe entre los hombres?

Oigamos á Séneca. La prudencia, dice, os enseña á vivir familiarmente con vuestros esclavos. Pero objetaréis, ¿no son esclavos? Decid más bien que son hombres. ¿No son esclavos? Decid más bien amigos humildes. ¿No son esclavos? Decid más bien amigos humildes. ¿No son esclavos? Decid más bien compañeros de servidumbre. Porqu¿ no estais como ellos bajo el imperio de la fortuna? Tratad de reflexionar. ¿No es este hombre á quien llamáis esclavo vuestro de la misma naturaleza que vosotros, no goza del mismo cielo, no respira el mismo aire, no vive como vosotros, y no está como vosotros des-

Es preciso establecer la igualdad en lo posible.

(1) Omnes homines natura iguales sumus, sed accessit dispositio ordinis, ut quibusdam presunt vobiscum, quibusque discuntur que accessit ex vobis, recte et divinitus instituta servitus, ut quis unus homo liber vobis esse non graditur, alter ab altero regatur. Paster.

tinado á morir? Tantas razones hay para que la tengais por hombre libre como para que él os mire como esclavo (1).

Sed para las personas de vuestra casa, y para vuestros criados lo que quisierais que Dios fuese para vosotros, dice Filon; Dios nos escuchará, si escuchamos á los demás, y si los miramos Dios nos mirará. Ofreciamos pues misericordia por misericordia á fin de alcanzar lo que concedamos (2).

En Jesucristo, dice S. Pablo, no hay gentil ni judío, circunciso ni incircunciso, bárbaro ni escita, esclavo ni libre, pues Jesucristo lo es todo en todos: *Non est gentilis et Judæus, circumcisio et præputium, barbarus et Scythæ, servus et liber; set omnia, et in omnibus Christus.* (Coloss. III. 11).

Revestos pues como elegidos de Dios, añade aquel gran Apóstol, de entrañas de misericordia, de bondad, de humildad, de modestia y de paciencia, sufriendoos mutuamente y perdonándoos los motivos de queja que podais tener unos de otros; y así como el Señor os ha perdonado, perdonad también. Pero tened sobre todo caridad, que es el lazo de la perfección. Haced reinar en vuestros corazones la paz de Jesucristo, á la que habeis sido llamados para no formar más que un cuerpo (3). Esta es la única y verdadera igualdad que podemos establecer en la tierra. Toda otra igualdad es impostura y mentira....

Hermanos míos, dice el apóstol Santiago, vosotros que creéis en la gloria de nuestro Señor Jesucristo, no hagais distincion de personas. Porque si en vuestras reuniones entrase un hombre con sortija de oro y vestido magnifico y á la par un hombre andrajosamente cubierto, y deteniendo la vista sobre el que está magníficamente vestido le decís: Sentaos aquí. Y al pobre: Tente de pié ó siéntate á mis piés, ¿no juzgaréis en vosotros mismos entre uno y otro, y no seriais jueces llenos de injustos pensamientos? ¿No ha elegido Dios á los pobres de este mundo para darles la riqueza de la fe, y hacerles herederos del reino prometido á los que le aman? Y vosotros deshonrais al pobre. ¿No son los ricos los que os oprimen con su poder y os atrastran ante sus tribunales? ¿No son ellos los que basteman del santo nombre que se ha invocado sobre vosotros? Si cumplís la real ley de la Escritura, si amais á vuestro prójimo como á vosotros mismos, obráis bien. Pero si hacéis distincion de

(1) *Cum scis familiariter te servus, decet præsentari tuum. Servi sunt omnes homines. Servi sunt uno cultubatione. Servi sunt uno humilis animo. Servi sunt uno conspectu, et cogitatione tantum in iustis. Hæc factum est. Vixit, cogitare istam quæstionem tantum scire, sed videtur cogitare istam, non solum in casu, sed in omni tempore, et loco, et tempore mori. Tam tu illum, inquam, videtur, potes, quam ille te servum. Epist. XII. 17.*

(2) *Item te domesticis servis præsta, quibus, Deus in te cito vult: ut omni nihilum, sic a Deo audiamur, atque ut istam rem alio, sic Deus nos laudat. Offeramus ergo misericordiam misericordiam, ut simili simile conseruatur. A post. Hieronim. serm. VII.*

(3) *Inclina vis superbius Dei, servus et dilecti, videri misericordiam, benignitatem, humilitatem, modestiam, patientiam, supportum, et donantes vobismetipsos, et qui adhibere illi non habet querelam, sicut et Dominus docuit vobis, ita et vos. Super omnia ista hæc, christianitas habet, quod est similitudo perfectionis et Christi caritas in cordibus vestris in qua et vobis, ceteris in uno corpore. Coloss. III. 12-13.*

personas, cometéis un pecado, y estais condenados por la ley como transgresores. (II. 1-9).

Nuestra religion, dice S. Jerónimo, no sabe hacer distincion de personas; no examina las condiciones sino los sentimientos de cada cual; juzga al noble y al braceró, al amo y al esclavo, segun sus costumbres, y la gran nobleza ante Dios consiste en que seamos ricos en virtudes (1).

La distincion de personas pervierte la justicia, hiere la caridad y quebranta la unidad. La ley de Jesucristo es una ley de caridad que comprende y manda que amemos á todos los hombres....

No hagais distincion de personas, dice el Deuteronomio, oíd antes bien al pequeño como al grande; no tengais miramiento á las personas, porque el juicio pertenece á Dios: *Nulla erit distantia personarum; ita parvam audient ut magnum: non accipietis cuiusquam personam, quia Dei iudicium est.* (I. 17).

No hagais distincion de personas en vuestro juicio, dice S. Jerónimo, y defended al pobre ante los Tribunales por la justicia, guardándoos de dar preferencia al rico. No deis oídos al odio ni á la afecion, y sea la justicia vuestra guia. (*Comment. in hæc verba Deuter.*)

Ved como Natán reprende al rey David, Elias á Achab, Eliseo á Joram, Isaías á Manases, Daniel á Nabucodonosor y á Baltasar, Jeremias á Joakim y Sedecias, Juan Bautista á Heródes, y Jesucristo á los escribas y fariseos....

El Señor es juez, dice el Eclesiástico, y no es nada delante de él la gloria de los hombres: *Dominus iudex est, et non est apud illum gloria personæ.* (XXXV. 15).

Dios no hace distincion de personas, dicen las Actas de los Apóstoles: *Non est personarum acceptor Deus.* (X. 34).

Todo era comun entre los primeros cristianos; no tenían todos más que un corazón y una alma: *Multitudinis autem credentium erat cor unum et anima una... erant illis omnia communia.* (Act. IV. 32). El rico ayudaba al pobre, el pobre oraba por el rico, le amaba y le ayudaba á su vez. Esta es la igualdad....

Igualdad ante Dios... ante la religion... ante la ley.... Pero querer establecer la igualdad de fortuna, de honores, etc., es intentar lo imposible. Los que sueñan con semejante igualdad no respiran más que el desorden, la opresion, la injusticia y la ruina de la sociedad.... Se valen de un pretexto engañoso que les permite destruirlo y amiquilarlo todo....

(1) *Non est religio nostra personam accipere, nec conditiones humanitas, sed animus spectat singulorum, servum et nobilium de meritis pronunciat; summa apud Deum nobilitas est citrum esse virtutis. Apóst.*



## IMITACION DE DIOS.

(Véase también Servicio de Dios).

**S**ean imitadores de Dios, dice el Apóstol de las Gentes á los Efesios: *Estotes imitatores Dei*. (VI). Una gran dignidad y un gran honor es imitar á Dios.

No podemos imitar á Dios en su poder, en su magnificencia ni en otras perfecciones semejantes, dice S. Jerónimo; pero podemos imitarle de lejos en su humildad, en su mansedumbre y en su caridad. (*Comment.*)

Santo Tomás dice: Hemos de imitar la inmutabilidad de Dios con la constancia en la adversidad y en la prosperidad; su precencia con la prevision de las postrimerias, su imperturbabilidad no turbándonos en ninguna prueba, su veracidad, su sinceridad, su paciencia, su clemencia, etc. (3. p. q. art. 6).

Todo ser viviente ama á su semejante, dice el Eclesiástico: *Omne animal diligit simili sibi*. (XIII. 49). Y así como la criatura ama lo que se le parece, Dios creador ama también á su criatura hecha á imagen suya. ¿Queréis pues agradar á Dios? Dedicad cada día á pareceros á El en sus divinos atributos, su sabiduría, su bondad, su justicia, su pureza, su integridad y su santidad. ¿Queréis agradar á Jesucristo? Haced esfuerzos para asemejaros á El en humildad, paciencia, dulzura, espíritu de mortificación y caridad....

Los idólatras adoraban á dioses culpables de mil crímenes, dice Bossuet. No podía honrarseles sin profanacion, porque no se les podía imitar sin vergüenza. Pero ved la regla del cristianismo que os ruego graveis en vuestra memoria. El cristiano debe imitar á todo lo que honra; todo lo que es objeto de nuestro culto debe ser modelo de nuestra vida, dice S. Agustín. (*Cicet. Dei*). El Salmista, después de haber manifestado su celo contra los ídolos mudos é insensibles que adoraban los paganos, concluye al fin en estos términos: ¡Ojalá se parecieran á ellos los que les sirven y cifran en ellos su confianza! *Similes illis fiant qui faciunt ea*. (CXIII. 8). Quería decir que el hombre debe conformarse con lo que adora, y que los adoradores de los ídolos merecen por lo mismo ser sordos y ciegos como ellos. Pero nosotros que adoramos un Dios vivo, debemos ser vivos como El con verdadera vida. Es menester que seámos santos, porque el Dios á quien servimos es santo. (*Levit. XI. 44*). Es menester que seámos misericordiosos, porque misericordioso es nuestro Padre celestial (*Luc. VI. 36*), y es también menester que perdonemos como nos perdona (*Matt. VI. 44*). Haced levantar el sol para que alumbrá á los buenos y á los malos (*Id. V. 45*); y así debemos también extender nuestra caridad sobre amigos y enemigos. Es

preciso que seámos adoradores espirituales y que adoramos en espíritu, porque Dios es espíritu. (*Joann. V. 24*). Debemos finalmente hacernos perfectos, dice el hijo de Dios, porque perfecto es Aquel á quien adoramos.

Quedamos transformados en Dios cuando nos consagramos á Dios y le imitamos, dice S. Bernardo: *Transformamur cum conformamur*. (Serm. in Cant).

Cuanto más nos alejamos del mundo, más nos acercamos á Dios; cuanto más lejos estamos de parecernos al mundo, más nos parecemos á Dios, y cuanto ménos imitamos al mundo, más imitamos á Dios....

Hemos de andar como Jesucristo andaba. ¿Y qué significa andar como Jesucristo andaba, dice S. Próspero, sino despreciar todas las prosperidades que ha despreciado, no temer las adversidades que ha sufrido, enseñar lo que ha enseñado, esperar lo que ha prometido, hacer bien hasta á los ingratos, no devolver mal por mal, orar por los enemigos, tener lástima de los que se extravían y están ya pervertidos, apaciguar á los adversarios, sufrir con corazón magnánimo á los hombres de mala fe y á los orgullosos, y estar muertos para la carne á fin de no vivir más que de Jesucristo? Porque así como el que ha muerto no dice mal de nadie, no desprecia ni aborrece á nadie, no trata de arrebatar á nadie el pudor con alguna maquinacion infernal, ni tiene envidia, ni ambicion, ni adula á nadie, los que crucifican su carne con sus concupiscencias y sus vicios, no pueden pecar ni alejarse de Dios; le imitan y llegan á parecersele. (*Lib. II de Vit. contempl., c. XXI*).

## IMPIEDAD Ó IMPÍO.

(Véase también Endurecimiento).

¿Qué es un im-  
pio, y cuál es  
su vida?

El impío, dice S. Buenaventura, es una caña. La caña crece en el barro, cede á los vientos, nada produce y es inconstante; hace ruido, es ligera, vil, débil, se rompe y sólo sirve para el fuego. Tal es el impío: *Talus prorsus est impius.* (In Speculo).

El impío, dice Salviano, no se ocupa nunca de su Salvador ni de su salvación; aparta á Jesucristo, y se pone en su lugar; quiere ser el Dios de sí mismo. (*Lib. de Juliano*).

El impío se preñita, dicen los Proverbios; su orgullo sale de madre y todo lo embista (AM. 24). Siendo el orgulloso impío, se alienta de espíritu y de corazón á los vicios que no ha sabido vencer, cae y vejeta en la iniquidad; se irrita contra el que le advierte y contra la advertencia que recibe; se irrita, pretende justificar su conducta e insulta á su consejero. Convencido, no sabe avergonzarse; escusa imprudente é imprudentemente sus iniquidades y sus crímenes, ó los niega; resiste con frente de bronce al que por caridad quiere hacerle menos malo; quiere continuar viviendo á su manera; es sordo, ciego, mudo, enfermo y está muerto, queriendo consumirse en la horrible tumba de sus iniquidades.

Así es que Judas, dice el venerable Beda, por ser impío de corazón, no quiso desistirse de su mal designio, á pesar de las caritativas advertencias de Jesucristo. Y por el contrario, Pedro, por tener el corazón recto y ser amante de la rectitud, conmovido por una sola mirada de su Maestro, reparó de repente por medio del arrepentimiento el crimen que había cometido. (In Prov.).

La vida del impío es una vida de crímenes. Vive en la cloaca del mal, se agita en ella, pero no sale ni quiere salir de allí; sólo medita el mal, es amante de la malicia y aborrece la bondad; ama el mal y detesta el bien. Sondra el crimen, dice el Salmista, y agota sus fuerzas en este triste trabajo: *Scrutatus sunt iniquitates, defecerunt scrutantes scrutatio.* (LXIII. 7). Se alegra cuando hace mal y se extremec de alegría en la iniquidad, dicen los Proverbios: *Letantur cum malefecerint, et exultant in rebus pessimis.* (II. 13). Su iniquidad le rodea y está encañonado en los lazos de su pecado. Allí morirá y quedará sepultado en sus iniquidades: *Iniquitates sua circumdant impium, et in sinibus peccatorum suorum constringitur. Moeitur, et in multitudine stulticia sua decipietur.* (Prov. V. 22-23). Maldito de Dios, corre el impío á su eterna perdición, dice el Eclesiástico: *Impiú á maledicto in perditionem.* (XII. 13).

Habéis cultivado la iniquidad, dice el profeta Oseas, y habéis cosechado el crimen: *Arastis impietatem, iniquitatem messistis.* (X. 13).

El impío agrega iniquidad á iniquidad, crimen á crimen, una vez haya arrancado de su corazón la sávia y la semilla de la piedad. De aquel corazón no brotan más que los frutos salvajes y amargos de la impiedad y del desorden. De la impiedad hacia Dios surge la iniquidad y la injusticia relativamente al prójimo: el impío solamente vive para el escándalo. En él está el bien trocado en mal..... Suda la iniquidad, dice el Real profeta: *Prodit quasi ex adipse iniquitas eorum* (LXXII. 7). Únicamente vive del mal, y de piés á cabeza está todo entero entregado á la disolución.

El hombre que vive como impío no es ya un hombre; porque el que vive sin razón, sin principio, sin regla, sin creencia, sin costumbres y abusa de su alma y de sus facultades, de su cuerpo y de los dones de Dios, no es un hombre, sino un monstruo, y un monstruo de la peor ralea. Los impíos, según las palabras del Salmista, no son más que objetos de disgusto y de horror: *Facti sunt ut stercus terris* (LXXXII. 11). Señor, dice el Salmista, enbrid su rostro de ignominia: *Imple facies eorum ignominia.* (LXXXII. 17). Es lo que le sucede. Colocadlos como una rueda, Señor, añade el Real profeta: *Pone illos ut rotam.* (LXXXII. 14). ¡No son en efecto una rueda que gira sin cesar en el crimen!.....

Los nombres de los que se alejan de vos, Señor, dice Jeremías, estarán escritos en el polvo, porque han abandonado el manantial de las aguas vivas que es el Señor: *Recedentes á te in terra scribentur, quoniam dereliquerunt cenam aquarum vivetium Dominum.* (XVII. 13). Estarán inscritos en la tierra, en la arena, es decir que 1.º son del número de los que no viven más que para la tierra, y sólo de la tierra son conocidos. Los justos por el contrario están inscritos en el cielo. El impío está inscrito en el polvo, y ¿qué inscripción se le dedica? Vedla: Avaro, soberbio, injurioso, blasfemo, escandaloso..... 2.º Estar inscrito en la tierra indica que se halla perdido de memoria, de nombre y de reputación, porque lo que está escrito en el polvo, fácilmente lo destruyen el viento ó los piés. Por esto escribía Jesucristo en la arena el crimen de la mujer adúltera, como haciéndole desaparecer con su clemencia..... 3.º Serán inscritos en la tierra, es decir en los infernos. Ved aquí el justo castigo, porque el impío que conserve en su corazón sus iniquidades grabadas con un huir de acero, mereces ser borrado del libro de la vida y ser inscrito en el de la reprobación.....

El impío ha sido eliminado, dice el Salmista, habéis borrado su nombre para siempre y por la eternidad, Señor: *Perit impius, nomen eorum delisti in aeternum, et seculum seculi.* (IX. 5). La mirada de la ira de Dios cae sobre los impíos, añade el Salmista, y borra de la tierra hasta su recuerdo: *Vultus Domini super facientes mala; ut perdat de terra memoriam eorum.* (XXXIII. 17). Hasta la raza de los impíos será exterminada: *Semen impiorum peribit.* (Psal. XXXVI. 28). Su nombre será destruído y aniquilado, dice el Eclesiástico:

*Nomen impiorum delebitur.* (XLI. 14). He visto, dice el Real Profeta, he visto al impio levantado en las nubes, alto como el cedro: pasé de allí á poco, y hé aquí que no existía ya; le busqué, y ni rastro de él pude hallar: *Vidi impium supercaltatum et elevatum sicut cedros Libani; et transivi et ecce non erat; quæsi eum et non est inventus locus ejus.* (Psal. XXXVI. 35-38).

Asesinato del impio.

1.º No tiene paz.

No hay paz para el impio, dice el Señor en Isaías: *Non est pax impiis, dicit Dominus* (XLVIII. 22); porque los impiós siguen las inspiraciones de sus deseos que les ocasionan mil luchas interiores y exteriores....

No hay paz para el impio. Notad aquí que el fruto de la virtud es la paz del alma y la alegría en el Espíritu Santo, como dice S. Pablo á los romanos (XIV. 17); pero el fruto de la impiedad es la turbación, el trastorno del alma, y por consiguiente los placeres criminales están llenos de hiel, y terminan con manchas, con dolores del cuerpo y del alma, del tiempo y de la eternidad.

San Agustín asegura que los goces del impio son falsos y llenos de agitación. Dicen paz, paz, y no hay paz, dice Jeremías: *Dicentes, paz, paz, et non erat pax.* (VI. 14).

Los impiós, dice Isaías son como un mar enfurecido que no puede apaciguarse, y cuyas olas sólo arrojan fango y espuma: *Impi quasi mare ferveus, quod quiescere non potest, et redundant fluctus ejus in concalcatationem et lutum.* (LVII. 20).

Los impiós están tambien agitados por los demonios, que uniéndose á sus desarregladas pasiones, no les dejan descansar de día ni de noche. Reprobados en cierto modo con anticipacion, son casi como los condenados del infierno que no tienen ni tendrán nunca reposo, dice el Apocalipsis: *Requiem non habebant die ac nocte.* (IV. 8).

Se dice en el Apocalipsis que el dragon se detuvo en la arena del mar: *Sicut supra arenam maris.* (XII. 18). Los impiós son comparados á la ribera y á la arena del mar, á causa de su esterilidad en obras buenas y de las tempestades que les agitan. ¿Que produce la arena? Nada; el impio no hace tampoco ninguna buena acción.... La arena de la ribera del mar está siempre expuesta á todas las tempestades: el impio está siempre atormentado.... Allí, es decir, sobre los impiós, es donde el dragon del infierno se detiene: *Sicut supra arenam maris.*

2.º La esperanza de los impiós es vana, dice la Sabiduría: *Vana est spes illorum.* (III. 11). La razon es evidente: el impio no tiene ni gracia santificante ni caridad, que son el principio y el manantial de todo mérito. ¿Qué desgraciado estado! ¿Qué mayor desgracia que perseverar en él....

Los impiós pueden aplicarse con razon aquellas palabras de la Sabiduría: Nos hemos engañado: *Ergo erravimus.* (V. 6). Hemos errado fuera de la via de la verdad, y la luz de la justicia no ha lu-

cido ni el sol de la inteligencia se ha levantado para nosotros: *Ervavimus ó via veritatis, et justitia lumen non luxit nobis, et sol intelligentia non est ortus nobis.* (Sap. V. 6). Los impiós se condenan por tres errores, tres locuras: 1.º porque se han alejado de la verdad...; 2.º porque la luz de la justicia, es decir, de la razon y de la sabiduría, no les ha iluminado, pues la han despreciado, queriendo permanecer en las tinieblas del mal y de la concupiscencia...; 3.º porque el sol de la inteligencia, es decir Jesucristo, que es la verdadera luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo les ha ocultado sus luces, después de haber ellos cerrado su corazón.

Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición: *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis.* (Sap. V. 7). Así es que hemos nacido, y de repente hemos dejado de existir, y no hemos dado ninguna señal de viridad, habiéndonos consumido en nuestra maldicia: *Sic et nos nati continuo deservimus esse, et virtutis quidem nullum signum valimus ostendere; in malignitate autem nostra consumpti sumus.* (Sap. V. 13).

Si, añade la Sabiduría, la esperanza de los impiós es como el polvo que arrebatada el viento, como la ligera espuma impeliada por la tempestad, como el humo que el viento disipa, y como el recuerdo del que ha sido huésped durante un día y se aleja (1).

Los impiós brillan en el siglo, dice S. Agustín, pero se secarán en el día del juicio, y, como la leña árida, serán arrojados al fuego eterno: *Florent in seculo, et arescent in judicio, et post ariditatem in ignem æternum mittentur.* (Homil.).

3.º Dios abandona al impio.

Dios está lejos de los impiós, dicen los Proverbios: *Longe est Dominus ab impiis.* (XV. 29). Está lejos de ellos con sus favores y sus riquezas espirituales, porque los aborrece y los detesta al ver que ellos se alejan de su lado con su impiedad. Dios está cerca de los justos que le escuchan cuando manda y le obedecen; por esto, satisfaciendo ellos el deseo que tiene, satisface tambien el de los justos. Pero está muy lejos de los impiós, que no quieren orle, obedecerle ni sujetarse á su voluntad que desprecian. Y en castigo de sus impiedades, Dios aparta de ellos el rostro, que no quieren orle, obedecerle ni sujetarse á su voluntad que desprecian. Y en castigo de sus impiedades, Dios aparta de ellos el rostro, y los desprecia soberanamente. No tendrán más herencia de Dios que sus eternas venganzas. ¡Triste herencia es la de los demonios y de los reprobos! ¡Triste herencia y desgraciados herederos!

¡O impiós, exclama el profeta Isaías! vuestra fuerza y vuestras pretendidas riquezas se parecerán á la estopa abrasada por una chispa; el fuego os consumirá, y nadie podrá apagarlo. (I. 31).

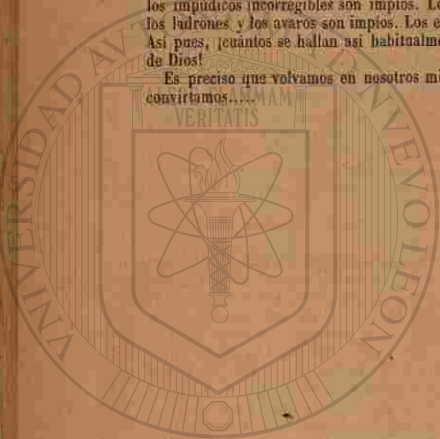
Muchísimos son los impiós. El hombre que abandona la oracion, los sacramentos y no dá ninguna prueba de religion, es pronto un

(1) Quotian spūs impij tempus est, que á vento tollitur, et tanquam fumus quj á vento diffusus est; et tanquam memoria hospitijs amicus dici preteritantijs. V. 16.

Los impiós son numerosos.

impío consumado. El blasfemo, y principalmente el blasfemo por hábito, es un impío. El profanador del domingo es un impío. Impíos son los padres que descuidan totalmente sus sagrados deberes respecto de sus hijos. Los hombres de odio y los calumniadores son impíos. Los profanadores de los deberes del matrimonio, los adúlteros, los impúdicos incorregibles son impíos. Los hombres metalizados, los ladrones y los avaros son impíos. Los empedernidos son impíos. Así pues, ¿cuántos se hallan así habitualmente en el mal, alejados de Dios!

Es preciso que volvamos en nosotros mismos, temblemos y nos convirtamos. *...NAM VERITATIS*



## IMPUREZA.

El impúdico ha consagrado su culto á la carne; y sabido es que la idolatría es un crimen enorme.

Mi pueblo, dice el Señor por medio de Jeremías, ha trocado su gloria por un ídolo. Oh cielos estremecedos en vuestro estupor: puertas del cielo, partíos de dolor profundo: *Populus meus mutavit gloriam suam in idolum. Obstupescite caeli super hoc, et portae ejus desolamini vehementer, dicit Dominus. (II. 11-12).*

El impúdico convierte la gloria del Dios incorruptible á semejanza de la imágen del hombre corruptible, dice S. Pablo: *Mutaverunt gloriam incorruptibili Dei, in similitudinem imaginis corruptibilis hominis. (Rom. I. 23).*

¿Qué adoraban los paganos?..... ¿Qué los impúdicos?..... ¿Cuál es su Dios?.....

Los que están en la carne no pueden agradar á Dios, dice el gran Apóstol: *Qui in carne sunt, Deo placere non possunt. (Rom. VIII. 8).* Si vivís según la carne moriréis: *Si secundum carnem everseritis, moriemini. (VIII. 13).* No os engañéis, prosigue aquel Apóstol: ni los fornicadores, ni los idólatras, ni los adúlteros poseerán el reino de Dios: *Nolite errare. Neque fornicarii, neque idolis servientes, neque adulteri, regnum Dei possidebunt. (I. Cor. VI. 9-10).* ¿No sabéis, dice á los Corintios, que sois el templo de Dios y que el espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno pues profana el templo de Dios, Dios le perderá; porque el templo de Dios es santo y vosotros sois su templo: *Nescitis quis templum Dei estis, et spiritus Dei habitat in vobis? Si quis autem templum Dei violaverit, disperdet illum Deus; templum enim Dei sanctum est, quod estis vos. (I. III. 16-17).* Ni la carne ni la sangre pueden poseer el reino de Dios, y la corrupción no poseerá la incorruptibilidad: *Caro et sanguis regnum Dei possidere non possunt; neque corruptio incorruptelam possidebit. (I. Cor. XV. 50).* ¿No sabéis que vuestros miembros son miembros de Cristo? ¿Y tomaré yo los miembros de Cristo para convertirlos en miembros de una prostituta? ¡Libreme Dios! *Nescitis quoniam corpora vestra membra sunt Christi? Tollens ergo membra Christi, faciam membra meretricis? Absit! (I. Cor. VI. 15).* Sabed de una vez, escribe el Apóstol á los Efesios, que ningún fornicador ó impúdico tiene que aguardar herencia en el reino de Cristo y de Dios: *Hoc scitote intelligentes, quod omnis fornicator, aut immundus, non habet hereditatem in regno Christi et Dei. (V. 5).*

Dios, dice el apóstol S. Pedro, sabe reservar á los malos para ser castigados en el día del juicio, y sobre todo (nótase bien) y sobre todo á los que siguen los deseos de la carne en la impureza: *Nescit*

La impureza es un pecado grave y naturalmente mortal.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE

®

*Dominus iniquos in diem iudicii reserare cruciandos; magis autem eos qui post carnem in concupiscentia immunditiae abulant.* (II. II. 9-10).

Nada que esté manchado entrará en la ciudad de Dios, dice el Apocalipsis: *Non intrabit in eam aliquod coinquinatum.* (XXI. 27).

El Señor da en el Exodo un mandato riguroso para prohibir el vicio de impureza: *Non moechaberis.* (XX. 14). Y la Iglesia nos recuerda este mandamiento de Dios: El sexto no fornicarás.

La impureza es un crimen tan enorme y Dios tiene tanto horror de este vicio, que prefiere, dice S. Agustín, el ladrido del perro, el magido del huay y el gruñido de los puercos al canto de los servidores impúdicos: *Plus placet Deo latratu canum mugitus boum, grunntus porcorum, quam cantus clericorum luxuriantium* (In Levit.).

No convirtais los vasos sagrados en vasos de ignominia, dice S. Pedro Damian: *Nolite casa Deo sacra in vasa contumelia vertere.* Y los cristianos son templos y vasos sagrados del Dios vivo. Si un profanador sacrilego mancha una iglesia, y mancha y rompe un altar y los vasos sagrados, ¿no se hace culpable del más odioso crimen? La profanación que hace el impúdico de su cuerpo, de su corazón y de su alma es mucho más indigna todavía, es un crimen mucho más grave.

Con la injuria, dice Sto. Tomás, el hombre se aleja infinitamente de Dios: *Per luxuriam homo maxime recedit a Deo.* (De Peccat.). Así pues lo que tanto nos aleja de Dios es un pecado gravísimo.... Por esto dice S. Bernardo. ¡Desgraciado, terriblemente desgraciado es el impúdico! *Multum ea illi qui immundus est!* (Serm. in Cant.).

Y no se crea que para cometer un pecado mortal es preciso llegar al último límite de tan abominable vicio: no sólo una acción es mortal, el deseo es también mortal, y la mirada y el pensamiento habiendo consentimiento deliberado.

Los esposos pueden llegar a ser muy culpables sino tienen temor de Dios. Recuerden lo que dice la sagrada Escritura: La raza de los impíos perecerá: *Semen impiorum peribit.* (XXXVI. 28). Oíd, esposos, lo que dice S. Pablo: Sea el matrimonio honrado entre vosotros todos, y el talamo sin mancha; porque Dios juzgará a los fornicadores y a los adúlteros: *Honorabile connubium in omnibus, et thorus immaculatus: fornicatores enim, et adulteros iudicabit Deus.* (Hebr. XIII. 4). ¡Dios destinaba a la vida y al cielo tantos hijos! ¿Dónde están todos? ¡O desgraciados que deteneis en la nada á seres destinados á bendecir, á alabar á Dios y á poseerle eternamente! La Escritura nos dice que el desgraciado Onan impedía con una acción detestable que tuviese cumplimiento la voluntad de Dios, y el Señor le castigó con la muerte. (Gen. XLVIII. 9-10). Semejante profanación es contraria á la ley natural y á la santidad del matrimonio. Este crimen es un homicidio. Hay padres que se quejan de sus desgracias, de las enfermedades y de la muerte de sus hijos: ¡Castigos de Dios!....

Y como poder vituperar como se merece el infame crimen del adulterio y todos los males que arrastra consigo! El adúltero: 1.º quebranta la fidelidad conyugal...; 2.º viola el casamiento, porque la naturaleza, y el mismo autor de la naturaleza que es Dios quieren que el esposo y la esposa respeten su unión.... (Gen. II. 24); 3.º profana el sacramento...; 4.º hace una grave injuria á los hijos legítimos...; 5.º comete una grande injusticia...; 6.º se hace culpable de un horrible escándalo....

El adúltero es muy culpable, 1.º hácia Dios, cuya autoridad desprecia negándose á obedecer su ley...; 2.º es muy culpable por su infidelidad hácia la persona con quien está enlazado...; 3.º mancha su cuerpo y su alma.... El adúltero peca contra Dios, contra su consorte, contra los hijos legítimos, contra sí mismo y contra la persona que toma parte en el adulterio....

Adúlteros, dice el Apóstol Santiago, ¿no sabéis que el amor de este mundo es enemigo de Dios? *Adulteri, nescitis qui amicitia huius mundi inimica est Dei* (IV. 4).

El mundo es adúltero, y amar el mundo es un adulterio espiritual; pues damos nuestra alma al mundo y la rebatamos á Jesucristo, esposo del alma....

El adúltero, dice la Escritura, será castigado en las plazas públicas; será perseguido como un caballo escapado y rogado cuando no lo espere. (Ecl. XX. 30). Y se avergonzará ante todos. (Ibid. XXIII. 31). Dejará su memoria maldecida y su vergüenza no se borrará: *Derelinquet in maledictum memoriam illius, et detecus illius non delebitur.* (Ibid. XXIII. 35).

El Señor mandaba en la antigua ley apadrear á los adúlteros....

David fué adúltero, y cayeron sobre él espantosos castigos. Jamás ha quedado impune el adulterio. Es un crimen tan grave, que su autor tiene siempre mal fin sino se convierte, y toda su familia perece con él por un secreto juicio de Dios....

Tenemos una imagen del envilecimiento y degradación del impúdico en la triste suerte del desgraciado pródigo. Su amo, dice el Evangelio, le mandó guardar una manada de cerdos: *Misit illum ut pasceret porcos.* (Luc. XV. 15). El impúdico se envilece infinitamente más porque guarda y alimenta la manada de inmundos pensamientos con que se deleita y mantiene su corazón convertido en cloaca.

Ved aquí la pusmosa pero justa metamorfosis del libertino y de su estado; ved el castigo impuesto á su licencia y á su loca libertad. El que no quería ser hijo sumiso del más generoso de los padres se ve forzado á ser el esclavo de un extranjero, de un desconocido y de un tirano. Ved aquí el impúdico.... No quiere que Dios le gobierne, no quiere obedecerle, no quiere estar con él, y se ve forzado á ser esclavo del demonio.... El pródigo no quiso vivir en el palacio de su padre, y se encontró en la campiña, en medio de los criados, y entregado al hambre, á la sed y á la desnudez. No

Envilecimiento,  
y degradación  
del impúdico.

quiso vivir con su hermano y los dueños de la casa, y se vió condenado á ser criado y compañero de los cerdos. No quiso comer pan y los excelentes manjares de la casa paterna, y luego, cruelmente atormentado por el hambre, pidió y deseó los viles restos de la comida de los animales inmundos: *Cupiebat implere ventrem suum de siliquis quas porci manducabant* (Luc. XV. 16); y hasta se los negaban: *et nemo illi dabat* (Id. XV. 16); Ved ahí á que estado llega el impúdico....

¡Qué cruel esclavitud! exclama S. Crisóstomo: El que vive con los animales inmundos no puede tomar parte en su comida: *Quam crudele ministerium! Quia neque concivit porcis, qui exiit porcis*. (Serm. 1.)

Dios, dice S. Pablo, entrega los impúdicos á los inmundos deseos de sus corazones y ellos mismos se ultrajan en sus cuerpos. Dios los entrega á pasiones de ignominia: *Tradidit illos Deus in desideria cordis eorum, in immunditiam; ut contumelis afficiant corpora sua, in semetipsis. Tradidit illos Deus in pasiones ignominia*. (Rom. I. 24-26). Arrojan la espuma de sus torpezas, dice el Apóstol S. Judas: *Despuentes confusiones suas*. (13). Como el cerdo que se arrastra por el fango y en él se zambulle y se deleita, el impúdico se arrastra por el barro de la impureza: *Sus lota in volutabro luti*. (II. Petr. II. 22).

No teniendo ya esperanza se entregan á la lujuria y á toda clase de disolución: *Qui desperantes semetipsos tradiderunt impudicitiae, in operationem immunditiae omnis*. (Ephes. IV. 19).

Nada embrutece tanto, nada es más vergonzoso, más repugnante y vil que la lujuria. El impúdico es según S. Pedro, como ya hemos dicho semejante al animal inundo que se cubre de cieno, y con mucha justicia compara aquel Apóstol los lujuriosos á los cerdos, porque, 1.º como los animales aman á lo sordido....; 2.º son por sus hábitos asquerosos como los cerdos....; 3.º Como aquellos animales se placen en vivir en el fango....; 4.º Aquel animal sólo se ocupa de su vientre, no mira más que la tierra, duerme en el suelo y no es más que una pesada masa de carne. Lo mismo es el impúdico....; 5.º Aquel animal carece de reconocimiento y ni siquiera conoce á su amo. ¡No pierde también el impúdico todo sentimiento, todo discernimiento, etc.?

Señor, exclama el Real profeta, cubrid su rostro de ignominia: *Imple facies eorum ignominia*. (LXXXII. 17).

El impúdico, dice S. Eucher, no se diferencia del bruto, puesto que cifra sus goces en los placeres carnales, su Dios es su carne, y su gloria consiste en lo más vergonzoso: *A subus aut pecore nihil differt, cum beatitudinem in corporis voluptate constituat; cui Deus venter est, et gloria in pudendis ejus*. (Epist.). Lo mismo dice el Apóstol: Su Dios es su vientre, y se glorian de su poca vergüenza: *Quorum Deus venter est, et gloria in confusione spaurum*. (III. 19).

El mismo Horacio los llama cerdos de la manada de Epicuro:

*Epicuri de grege porcorum*. El deleite, dice Seneca, no es herencia del hombre sino del bruto: *Voluptas, non hominis, sed pecoris, bonum est*. (Epist. LXI).

Para corregir S. Ignacio de Loyola á un libertino que iba á malos lugares, se sumergió en el agua, y dirigiéndose á aquel desgraciado, le dijo: Anda miserable, á tus sucios deleites, ¿no ves tu ruina suspendida sobre tu cabeza? Voy á imponerte duras penitencias para contener la ira de Dios que te persigue. (*Rihaden., in ejus vita*).

Si pudieseis ver, dice S. Crisóstomo, el envilecimiento de un alma impura, tendríais por preferible una tumba. (*Honil. XXIV. in Math.*).

Los hombres lujuriosos, dice Clemente de Alejandria, se regocijan en sus torpezas, como los gusanos en el cieno. Son hombres convertidos en animales inmundos; porque estos prefieren el fango al agua clara: *Suilli homines; sues enim ceno magis delectantur, quam aqua munda*. (Exhort. ad Gent.).

El deleite, dice S. Gregorio Nacianceno, es el alimento de todos los vicios; es un anzuelo para coger los corazones viles y embrutecidos: *Omnis vitii esca est voluptas, ad certis haurum avidiores animos facile attrahens*. (In Tretrast.).

Platon y Ciceron dicen que el deleite es el alimento de los malos corazones. (*Lib. de Senect.*).

¿Qué cosa más corrompida, dice el Eclesiástico, que el pensamiento de la carne y de la sangre? *Quid nequius quam quod cogitavit caro et sanguis?* (XVII. 30). Todo pan es dulce á un lascivo, añade el Eclesiástico: *Homini fornicario omnis panis dulcis*. (XXIII. 24). El hombre embrutecido en tal vicio se entrega á las más asquerosas criaturas. Sea hermosa ó horrible, pobre ó rica, joven ó de edad, todo le es igual, así como el hambriento, devora el pan más duro y más malo: *Homini fornicario omnis panis dulcis*.

Muy bien dice S. Bernardo que los hombres carnales no tienen el corazón de hombre; su corazón está en sus pasiones, y está convertido en corazón de bruto. Y aplicándoles aquellas palabras del Salmo: *Meo corazón ha desfallecido en mi interior como la cera que se derrite* (LV. 24); dice: Su corazón derretido al fuego de la concupiscencia de la carne, salta de su lugar y se arroja al fango, ansioso sólo de la pasión, confundiendo, corrompiéndolo, y degradándolo todo; cambiando el afecto natural y legítimo de la amistad en un apetito brutal y desarreglado de la carne; deseando lo que es ilícito, deseando las pasiones de la ignominia, y esto con vergüenza también de la carne; olvidando de tal manera su antigua grandeza, él, que habia sido criado sólo para Dios, que aquellos á quienes corrompe y aquellos que le corrompen le creen un bruto y como un lugar de prostitución pública y natural asiento de la lujuria. Desgraciados los que, á pesar de las reclamaciones de la razón y de la conciencia se han envilecido de tal modo que ya no se esti-

man, y entregan á Satanás su alma, que era de Dios, su alma, que han convertido en asiento y morada de Satanás, en asiento de todas las infamias y de las más vergonzosas debilidades. (*Lib. de Nat. et Digni. amoris. c. 1.*)

Dice el Evangelio que cuando Jesucristo hubo arrojado á los demonios impuros del cuerpo de un energúmeno, pidieron ellos como un favor entrar en una manada de cerdos. Aquella manada representa á los impúdicos. Allí reinan los demonios. (*Matth. VIII. 31-32.*)

El filósofo Plancio decía que el amor impuro es tan vil para la criatura amada como para la que ama; pues la acción de aquel amor impuro consiste en convertir en podredumbre el cuerpo y todo lo demás, el pan, el vino y los otros alimentos. El objeto que el impúdico ama con vergonzoso amor, está siempre en su memoria, como una divinidad en su templo, divinidad á la que sacrifica, no un toro ni un macho cabrío, sino su alma y su cuerpo. Y no llega á ser abominable y vil cuando por el sordo placer de un instante se entrega á una carne corrompida, ó más bien al más asqueroso de los demonios, haciéndose su esclavo. (*Anton. in. Melis.*)

¡Desgraciado, dice un profeta, desgraciado el que acopia contra sí montones de barro! ¡Va el que agravat contra se densum lutum! (*Habac. II. 6.*)

Aquel barro, dice S. Gregorio, son los deseos de un sordido deleite. De aquel barro pide el Real Profeta que Dios le preservase: *Exipe me de luto, ut non infingar.* (*LXVIII. 18. — Lib. VI. Moral.*)

Por esta razon dice S. Bernardo: No améis lo que mancha cuando lo amamos, lo que agobia cuando lo poseemos, lo que atormenta cuando lo perdemos: *Nolite amare ea que amata inquinant, possessa onerant, amissa cruciant.* (*De Convers. cleric. c. XII.*) La lujuria hace que el hombre sea inferior al bruto, dice Eusebio: *Luxuria hominem pejorem bestia facit.* (*In Chronic.*)

En vez de espiritualizar su cuerpo, el hombre impuro materializa su alma, dice S. Agustin. (*Lib. de Morib.*)

El hombre carnal, dice el Salmista, no ha comprendido su destino en medio de su grandeza; se ha hecho semejante á los animales: *Homo, cum in honore esset, non intellexit comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (*XLVIII. 12.*)

¿De dónde puede venir, dice S. Bernardo, tan profunda y miserable abyección? ¿Cómo se explica que una criatura tan bella, tan grande, capaz de la eterna bienandanza y de la gloria del Omnipotente, un ser creado á imagen de Dios y hecho á semejanza suya, tan rico en facultades, rescatado con la sangre de un Dios, dotado con la fe, adoptado por el Espíritu Santo, teniendo por alimento y por vestido á Dios, hecho para Dios y para la inmortalidad un ser tan grande, no tenga vergüenza de precipitarse y de vivir en la corrupción de la carne y de los sentidos? ¡Justo castigo por haber abandonado á tal esposo, á Jesucristo por semejantes horrores! ¡Justo

castigo deseare los restos de los animales inmundos y no conseguirlos! ¡Justo castigo para el que ha preferido ir á guardar á aquellos animales antes que quedarse en la casa y sentarse en la mesa paterna. ¡Trabajo insensato, sudores perdidos son el tomar cuidado de un cadáver corrompido y satisfacer sus gustos! (*De Convers. ad Cleric., c. XIII.*)

El impúdico muere para las virtudes y crece en los vicios, dice S. Pedro Crisólogo; su reputacion queda sepultada, su gloria perece, y su locura aumenta hasta el furor: *Moritur virtutibus, vitis crescit, sepelitur fama, perit gloria, qui manet turpitudini, crescit infamia.* (*Serm.*)

Cuando un alma abandona la gloria y la grandeza á que estaba llamada, entónces, en vez de la reputacion halla el escándalo y la locura, en vez de la gloria la miseria, el odio ocupa el lugar de la gracia, el desprecio el del respeto, la pérdida el de la gracia, la indignacion el de la abundancia, y la intencion está corrompida, el pensamiento es bajo, y la acción deshonestia...

Veid el envilecimiento y la degradacion de aquel adúltero, de aquellas mujeres prostituidas, de aquellas jóvenes que han perdido todo pudor y toda modestia. ¡En que soberano desprecio caen, hasta para su primer corruptor! El mismo demonio, despues de haberlas manchado, las desprecia y las aja. Son despreciadas de Dios, de la religion, de la sociedad, de la familia, de los grandes y de los pequeños, de los ricos y de los pobres, de los malos y de los buenos; son despreciadas por el cielo, la tierra y el infierno, y acaban por despreciarse á sí mismas....

Se han corrompido, se han hecho abominables, dice el Real Profeta: *Corrupti sunt, et abominabiles facti sunt.* (*XIII. 4.*) Han sido entregados á un eterno oprobio: *Proprobrium sempiternum dedit illis.* (*Psal. LXXVII. 66.*)

¡Tal es el abismo de envilecimiento en el que quedan sumergidos con el vicio de la impureza!....

1.° Tormentos del impúdico. La impureza es un fuego devorador. 1.° Así como el fuego quema los objetos materiales, la lujuria quema el alma, el corazón y hasta el cuerpo.... 2.° Así como un vasto incendio devora una casa y la consume enteramente, la pasión impura consume el alma, los sentidos y todos los miembros... 3.° Así como el fuego se propaga de casa en casa, y se apodera de una ciudad saleta, y la destruye en poco tiempo, la llama de la impureza se propaga de uno solo ó de algunos á una multitud de personas, convirtiéndose en una gran hoguera.... 4.° La impureza es un fuego porque se aproxima al fuego del infierno. El infierno alimenta aquel fuego, y aquel fuego puebla el infierno. Sodoma, abrasada por el fuego de las pasiones impuras, fué incendiada por el fuego del cielo....

El fuego de las pasiones devora á los jóvenes, dice el Salmista:

Fuertes efectos de la impureza. 1.° Crea ser los incrementos.

®

*Juvenes comedit ignis.* (LXXVII. 64). El fuego impuro se inflama en su sociedad perversa, y la llama de aquel vicio les quema: *Exurit ignis in synagoga eorum, flamma combussit peccatores.* (Psal. CV. 18).

El hombre corrompido va de unos deseos á otros, da vueltas: tal es el círculo de su vida; y, como dice el Real Profeta, es una rueda que gira sin cesar: *Pone illos ut rotam.* (LXXXIII. 14).

La impureza, dice Job, es un fuego que devora y no deja ruínas: *Ignis est usque ad perditionem decorans.* (XXXI. 12).

¿Qué es la pasión impura, dice S. Gregorio, sino un fuego? ¿Qué son los malos pensamientos sino paja? ¿Y quién ignora que si no se apaga la chispa que está en la paja, todo arde enseguida? (*In Job.*).

El placer pasa, dice S. Agustín, y lo que atormenta y desgarrar no pasa: *Præterit quod delectat, et manet sine fine quod cruciat.* (Lib. Confess.).

La impureza, dice S. Ambrosio, es un fuego cruel que jamás dejó un instante de tranquilidad: arde noche y día, y no deja dormir. (*In Psal. I.*)

¡O injuria, fuego infernal, exclama S. Jerónimo, fuego cuya materia es la gula, cuya llama es el orgullo, cuya chispa son los malos discursos, cuyo humo es la locura, y cuyo fin es el infierno! (1).

¡O impúdicos, vosotros que encendéis el fuego, dice Isaias, rodeados de llamas, andad á su luz, y en las llamas que habeis excitado! *Ece vos accendentes ignem, accincti flammis, ambulatis in lumine ignis vestri, et in flammis quas accendistis.* (L. 11).

Veo una caldera ardiente, dice Jeremías: *Ollam succensam ego video.* (I. 34). Esta vaso abrasador, dice S. Gregorio, es el corazón impuro devorado por deseos carnales, inflamado por Satanas y encendido por el consentimiento; en este vaso arrojan el demonio y la voluntad tantas olas hirviendo como deseos hay de entregarse á acciones criminales (2).

El alma impura es comparada á una caldera hirviendo, segun Santo Tomás, 1.º á causa del fuego de la concupiscencia, 2.º á causa de las acciones brutales, y 3.º á causa de lo negro de la mancha. Y está calentada esta caldera, 1.º, por los furros de un amor ciego; 2.º por el fuego de la ira y de la disputa; y 3.º por el fuego del infierno. (*De Peccat.*).

Los dos infames ancianos que cometieron el atentado contra el pudor de Susana, ardan abrasados en el fuego de la concupiscencia, dice la Escritura: *Eraserunt in concupiscentiam.* (Daniel. XIII. 8).

Los impúdicos son semejantes al hogar incendiado, dice el profeta Oseas: *Omnes adulterantes quasi cibarius incensus.* (VII. 4). El demonio se une á la pasión, y uno y otro tienen siempre sed, y

(1) *Ignis infernalis luxuria, cuius materie gula, cuius flamma superbia, cuius semina peccata colligunt, cuius fumus invidia, cuius visus ebrietas, in Ezech.*

(2) *Olla succensum est cor humanum carnalibus desideriis incensum, a diabolo succensum, et fervens per consentium cum tot undas quasi fervens proicit, quot iniquitas desideriorum in opere exteriora excendit.* Lib. XVIII. Moral. c. 21.

excitan siempre la sed del crimen, diciendo á los sentidos y á las criaturas: Traed, traed....

Cuando el impúdico, dice S. Gregorio, no siente los placeres carnales, se entrega al deseo, y cuando saborea su pretendido placer queda saciado hasta el disgusto. Por el contrario, las delicias espirituales parecen inspidas cuando no se prueban; pero cuando gozamos de ellas, las deseamos, las buscamos y las ansiamos cuanto mayor ardor cuanto más nos satisfacen (1).

El deseo de lo espiritual place, y el deseo de lo carnal es un tormento: en esto el deseo es vil; en aquello es noble y grande. Los placeres carnales producen pronto la saciedad, y la saciedad produce el disgusto; pero los placeres espirituales satisfacen sin disgusto, y la satisfacción excita el deseo; porque cuanto más los probamos, más los conocemos y más los amamos. Por esta razón no podemos amarlos sin tenerlos, pues ignoramos sus dulzuras. Los placeres carnales excluyen los placeres espirituales y verdaderos, arrebatan su sentimiento, ocupan todos los sentidos, y dominan al hombre entero. (Homil.).

## 2.º

La impureza produce un segundo efecto muy lamentable; acaba con toda especie de bien.

No queda ningún bien en el hombre que no sea devorado por el fuego de la impureza, dice S. Cesáreo: *Nihil in illo boni remanere poterit, quem ignis cupiditatis accenderit.* (Homil.).

Se cuenta del pródigo que partió para un país extranjero y lejano, y disipó allí todos sus bienes en medio de la trápala y de todos los excesos: *Profectus est in regionem longinquam, et ibi dissipavit substantiam suam vivendo luxuriose.* (Luc. XV. 13). Lo mismo sucede á todos los libertinos de profesión. Pierden todos los dones de la naturaleza y de la gracia...; pierden la caridad y todas las virtudes....

Este vicio destruye la inteligencia; hace desconocer á Dios y perder toda idea de virtud....

Se pierde también la memoria de la ley y de los beneficios de Dios.... La voluntad llega á ser tan débil y se pervierte de tal manera, que preferimos el vicio á la virtud, el deleite á la razón, la criatura al Creador, la carne al espíritu, el remordimiento á la paz, la tierra al cielo, el demonio á Dios, la muerte á la vida, el infierno al paraíso, y la soberana y eterna desgracia á la soberana y eterna dicha. Nos despojamos del vestido de las virtudes, del vestido de Jesucristo, y tomamos las fbras del vicio y de Satanas....

El impúdico se vuelve imbecil, incapaz de consejo, de razón, de talento, de corazón, de valor, de heroísmo y de todo bien... Todas

Segundo efecto de la impureza: destruye los estragos.

(1) *Corporealis delectatio cum non habentur, grave in se desiderium accendunt; cum vero vixit admodum, comestentia delectatio in fastidium per societatem vertunt. At contra spirituales delectatio, cum non habentur, in fastidium vertunt; cum vero habentur, in desiderium vertunt; et comedente amplius escuntur, quanto et ab esuriente amplius comestuntur.*



las fuerzas del cuerpo y del alma, destinadas á servir al Creador; se pierden por la criatura, por la concupiscencia y los placeres carnales. Los dones de la gracia quedan desconocidos, las promesas del bautismo quebrantadas, la nobleza del alma desaparece bajo el peso del cielo, y la aptitud espiritual para las virtudes y las grandes acciones está muerta....

Los que caen y permanecen en el cenagal de las pasiones lúbricas, dice Salviano, se envilecen en su propia ruina. (*Lib. ad Ecclesiast.*). Los deleites engendran las enfermedades, las calenturas y la muerte....

¡Oíd á S. Cirilo! Con el deleite, dice, la carne se corrompe, el vigor del alma queda abatido, al ardor de los vicios más aguzado, el yugo de las virtudes es demasiado pesado, y lo esquivamos; una multitud de pasiones entran en el corazón, y el esplendor de la razón se oscurece. Los deleites abatieron á Sanson, que era tan fuerte; destruyeron á David, que era tan santo; y sedujeron á Salomon, y triunfaron de aquel rey que era tan sabio. El deleite envenena con su soplo de dragon; llama con dulzura, penetra con suavidad, sobrecoge y mata, devastándolo todo de una manera irremediable: *Voluptas sicut draconis corrumpit; dulciter vocat, suaviter intrat, lethaliter occupat, irremediabiliter totum vastat.* (Homil.).

La impureza, dice S. Cipriano es una rabia apesotada, inflama la conciencia, es madre de la impenitencia, ruina de la edad más hermosa, afrenta de la raza humana, y enemiga declarada de la sangre y de la familia (1).

El impúdico no respeta ni el principio de la vida, ni la castidad del matrimonio, dice la Sabiduría: *Neque vitam, neque nuptias munditas jam custodiant.* (XIV. 24).

La tierra los devora, dice la Escritura: *Devoravit eos terra.* (Exod. XV. 13).

La tierra los devora. Si veis, dice Origenes, á alguno abandonado á la lujuria y á los deleites carnales, á los placeres del cuerpo, de este cuerpo que el alma ya no domina y que sólo vive de corrupción, decid: La tierra le devora, y pronto será el infierno el que le devore (2).

Cuando empiezan á entregarse á estos vicios, dice S. Ambrosio, empiezan también á alejarse de la fe: *Uhi ceperit quis luxuriare, incipit deviare á fide vera.* (Epist. XXXVI. ad Sabinum).

San Juan Damasceno dice que el deleite es la metrópoli de todos los males: *Malorum omnium metropolis est voluptas.* (Lib. III. Parall. c. XXVIII).

El deleite, dice S. Basilio, es el anzuelo del infierno que nos oge y lleva á la muerte: *Voluptas diaboli hamus est ad exitum tra-*

(1) *Concupiscentiam infesta rabies, incendium concupiscentie, malum impunitatis, ruina mioribus retibus, continentia genitrix, expugnatio sanguinis et bonorum filium Lib. de bono pudicitiam.*

(2) Si quis videtur luxuriam et voluptatis corporis delectum, in quo nihil animus videt, sed totum libidinis possidet, dicitur: Devoravit eum terra. In *Post. Henric.*

hena. La impureza es madre del pecado y alimentadora del gusano roedor y eterno: *Voluptas peccati mater est; voluptas sempiterna vermis nutritrix.* (Exhort. ad Baptisum).

Desprecia el deleite, dice Claudio, porque quien á él se entrega compra su ruina con el dolor:

*Sperne voluptatem; nocet empti dolore voluptas.*

El deleite apaga en el hombre el genio, el juicio, la fuerza física y moral; mata la razón y embrutece. Quita el valor y profana el templo del Espíritu Santo, convirtiéndolo en lugar de prostitucion. Está abominable pasión embriaga los sentidos, debilita la vista, borra las fijecciones del rostro, altera la hermosura, trae una precoz vejez, y destruye todas las buenas disposiciones. Convierte los hombres en estútuas que tienen ojos, oídos, nariz, piés y manos, y no ven, ni oyen, ni sienten, ni tocan, ni andan. Destruye la reputación, debilita y pervierte el talento, ata los buenos deseos, aniquila el sentido, y hace del hombre el último de los animales. Esta pasión es un delirio del alma, es una embriaguez en la que se pierden las riquezas, la nobleza, la dignidad, la fama, la salud, la vida, la paz, la tranquilidad, la dicha, el alma, el espíritu, el corazón, el tiempo y la eternidad....

Arístides decía que consideraba preferible volverlo loco que voluptuoso; pues el médico puede algunas veces curar la locura, pero si el deleite se apodera del alma, llega á ser un mal en cierto modo incurable. (*Anton. in Meliss.*).

El deleite es una cadena que convierte el alma en esclava del cuerpo, la coje y la sujeta de tal manera á la carne, que consigue que esta alma se subordine al cuerpo y no viva más que para él, llegando también á convertirse en materia y barro....

Barpidés dice que la voluptuosidad es reina de la locura. (*Ita Laertius.*).

El deleite de los romanos, dice Libio, hizo que Annibal fuese victorioso, pues la fuerza de aquellos estaba enervada y apagado su valor. (*Hist. Rom.*).

Architas de Tarento aseguraba, según Ciceron, que no existe en el mundo peste más peligrosa ni funesta que el deleite. De ahí vienen las traiciones de la patria, la caída de los tronos y de las naciones; de ahí los pactos clandestinos con el enemigo para vender el país. No hay crimen ni atentado al que no lleve el deleite. ¡Cuántos infanticidios, envenenamientos y otras grandes maldades! (*De Senec.*).

La impureza convierte á una virgen en prostituta, dice el Eclesiástico: *Concupiscentia de virginibus juventulam.* (XX. 2).

La impureza no permite que nos ocupemos del porvenir y de las postrimerias, dice S. Agustín: *Luxuria futura non sinit cogitare.* (Lib. Confess.).

El deleite es el gusano roedor más cruel y más dañoso, dice S. Bernardino de Sena. (*In eius vita*). S. Basilio dice que este vicio es una peste viva. (*In Epist.*). S. Buenaventura afirma que desarrai-

ga todos los gérmenes de las virtudes: *Luxuria, omnia virtutum eradicat germina.* (In Specul.). La impureza, dice S. Ambrosio, es la setenta y el manual de todos los vicios: *Luxuria seminarium est et origo omnium vitiorum.* (Epist. XXXVI. ad Sabinum).

Excepcionan los niños, dice S. Remigio, la mayor parte de los reprobos están condenados por este vicio. (*De Impurit.*).

El tercero y funesto efecto de la impureza es el escándalo que produce.

La tierra está manchada con la impureza, dice el Salmista, é infectada por la prostitución: *Et infecta est terra, et contaminata est, et fornicati sunt.* (CV. 38-39).

El voluptuoso está mancillado y manella á los demás; espere un olor de muerte que mata, como dice S. Pablo: *Odor mortis in mortem.* (I. Cor. II. 16). Todo lo corrompe la impudicia; es un escándalo que se encuentra en todas partes: en los festines, en el silencio del reposo, en los teatros, en las tertulias, en los bailes, en los malos libros y en las malas compañías....

No hay escándalo más pernicioso que el que da el impúdico; escandaliza en todo y por todo: nada hay santo ni sagrado para él; no respeta ni la inocencia, ni la edad, ni la debilidad, ni las lágrimas, ni el tiempo, ni los lugares, ni siquiera las cosas y personas sagradas....

Veamos cómo la Sabiduría traza el cuadro de los impúdicos escandalosos: Dijeron pensando locamente en sí mismos: Corto es y lleno de disgustos el tiempo de nuestra vida; no hay consuelo en el fin del hombre, y no se ha visto nunca que ninguno haya vuelto de los infiernos. Hemos nacido de nada, y luego seremos como si no hubiésemos existido. Nuestra vida pasa como la huella de la nube, y se desvanece como la niebla que huye á los rayos del sol; nuestra vida es el paso de una sombra; después de nuestra muerte, ya no hay remedio: echado está el sello, nadie vuelve. Venid pues; apresuremonos á gozar de los bienes que tenemos, y gozemos de la criatura, porque la juventud es rápida. Nadie de nosotros sea extraño á nuestros delictos; dejémoslos en todas partes huellas de alegria; tal es nuestro destino; tal es nuestra suerte; despreciemos al que es casto; no respetemos á la viuda; tendamos lazos al inocente. Así piensan y se extravían, y su malicia les ciega. (II).

La lujuria furbunda, dice S. Cirilo, nada ve, ha perdido la vista: *Furbunda luxuria oculos non habet.* (Homil. I).

Arrebatan el honor, el poder, la dicha, la vida y la salvación, todo esto es insignificante para el impúdico....

El hombre animal no percibe lo que es del espíritu de Dios, dice S. Pablo; para él es locura, y no puede entenderlo: *Animalis homo non percipit ea que sunt spiritus Dei; stultitia enim est illi, et non potest intelligere.* (I. Cor. II. 14).

Tercer efecto de la impureza: el escándalo.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

El cuarto efecto de la impureza: el escándalo.

El impúdico tiene ojos, y no ve; oídos, y no oye; obraron, y no siente. Es como el ave que se deja coger con liga, como el pez que se deja pescar con anzuelo. El pez se estremece de contento cuando sin ver el anzuelo devora el cebo; pero cuando el pescador empieza á llevarle, primero se desgarran sus entrañas, y luego se ve fuera del agua, que es su vida. El alimento engañoso que constituyó sus delicias, es causa de su muerte y de su destrucción. (Iva imagen de lo que sucede á los impuros)

Nada ciega tanto la razon como este vicio abominable. La lujuria es madre de la frivolidad, de la inconstancia, de la precipitación, de la imprudencia, del amor propio, del odio á Dios, del immoderado deseo de esta vida, del horror á la muerte y al juicio....

Hay ceguera comparable á la de aquellos jóvenes que se deshonran y se precipitan en mil pesares y mil trabajos, matando su porvenir por un momento de locura....

Ceguera antes de la pasión... ceguera durante la pasión para satisfacerse....; ceguera después de la pasión para atardirse y permanecer en la deshonra y en el crimen....

El pródigo, reducido á la última miseria, se hizo esclavo de un amo avariento y sin piedad que le envió á su casa de campo para guardar una manada de cerdos. (*Luc. XV. 15*). Tal, y aun peor es la esclavitud de los impuros....

El voluptuoso puede compararse á aquel animal ciego que sufre el yugo y da continuamente vueltas al rededor de una noria. (No es el deleite la cadena y la cárcel del alma... ¿Pueda darse más degradante esclavitud que someter el alma, que es tan grande, á la carne y á los sentidos....)

Esta triste víctima del deleite, para satisfacer su vil inclinacion, engaña, habla, suplica y corre noche y día....

Esclavo es de la más vil de las pasiones, esclavo de la criatura que le seduce y á quien seduce.... esclavo de sus caprichos.... esclavo de sí mismo, y esclavo del demonio....

La carne, dice S. Bernardo, es el instrumento, ó más bien la cuerda con que Satanás sujeta y ata al voluptuoso. (*Serm. XXXIX*). El demonio se burla de él le hace adelantar, retroceder, le lleva á donde quiere, al través de espinas, malezas, tinieblas, y por senderos penosos, escarpados y rodeados de precipicios. Le hace caer y volver á caer, le precipita en el hábito, y este hábito se convierte en necesidad, dice S. Agustín: *Dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas.* (Lib. Confess.).

En verdad, en verdad, os lo digo: El que peca es esclavo del pecado: *Amen, amen dico vobis: Omnis qui facit peccatum, servus est peccati.* (Joann. VIII. 34). Y si todos los pecados nos hacen esclavos, ¿qué diramos de la esclavitud en que precipita el vicio impuro....

¡O miserable servidumbre, exclama S. Agustín; miserable servidumbre del deleite! El esclavo del hombre, causado de los duros

Quinto efecto de la impureza: la esclavitud.

tratamientos de su amo, puede algunas veces alcanzar la libertad recurriendo á la fuga; pero el esclavo de la impureza, ¿á dónde ha de huir para recobrar la libertad? A cualquier parte que vaya, arrastrará su cuerpo. (Traci. XI).

El impúdico no tiene voluntad propia, la ha enajenado, pertenece á otros; y como sin voluntad no se puede hacer nada, permanece en su dura servidumbre.

El hombre está hecho para Dios, y sólo para Dios... El corazón del hombre es insaciable, porque es muy grande y casi inmenso; así es que tiene una infindad de deseos y ninguna criatura puede satisfacerlos. Necesita á Dios, y sólo Dios puede llenar aquel corazón...

El alma racional, dice S. Bernardo, puede ocuparse de mil cosas; pero éstas no pueden llenarla: *Anima rationalis ceteris omnibus occupari potest; repleri omnino non potest.* (Serm. in Cant.).

¿Qué queda á los injuriosos después de haber satisfecho su pasión? ¿Por qué buscan sin cesar nuevos gozos? ¿Qué pobre es el deleite! No puede alimentar ni el espíritu, ni el alma, ni el corazón; y agota, y mata el cuerpo, dejando un horrible vacío....

¿Qué hallaremos en los placeres carnales? Se halla en ellos, 1.º la miseria y la bajeza... 2.º la inutilidad... 3.º la insaciabilidad... 4.º la brevedad... 5.º la inestabilidad... 6.º la falsedad... 7.º la insensibilidad... 8.º la infidelidad... 9.º la incertidumbre... 10. la deshonra... 11. la enfermedad... y 12 mil cruces.

El deleite, dice Séneca, se apaga en el mismo momento en que pretenden gozarlo; su fin toca con su principio: *Foluptas, cum maxime delectat, extinguuntur; dum incipit, spectat ad finem.* (Lib. de Vita beata, c. VII).

El placer es de un instante, dice S. Agustín, y el castigo de esto instante culpable será eterno: *Momentaneum quod delectat; alternum quod cruciat.* (Homil. CCL).

El deleite es despreciable por sí mismo, y arrastra tras sí una multitud de enfermedades horribles y crueles. Por una gota de miel, el impúdico se sumerge en un océano de hiel....

En la impureza, dice S. Bernardo el placer pasa y no vuelve; el pesar llega y no se va: *In peccato transit iucunditas, non relictura; manet anxietas, non relictura.* (Serm. in Cant.). Así acontece lo contrario de lo que quiere el impuro; quisiera que el placer durase siempre, y siempre sin mezcla de pesares; pero esto no sucede. Quisiera que el pesar no viese nunca á turbar su placer, y viene para ser permanente y ahuyentar para siempre el placer. Quisiera el placer del pecado sin castigo, y no consigue más que el castigo sin el placer del pecado; pues la soberana justicia de Dios no obra ni puede obrar según los criminales deseos del impúdico; Dios para castigar con justicia, no atiende á los deseos del impúdico, que tan injustos son. Quieres pues, oh impúdico, placeres eternos

Los placeres  
de mundo son  
poco cosa.

Los placeres de  
la carne son  
como fleugas de  
santo aguijón y  
de descomulgación.

sin mezcla de amargura, y no hallarás nunca cosa parecida en tus abrasadoras pasiones. Mata tus vicios, y entonces matarás el pesar; vuelve sinceramente á Dios, y los deseos de no tener más que verdaderos placeres, y placeres eternos, quedarán plenamente satisfechos. Este deseo de disfrutar siempre placeres prueba que tu corazón está hecho para Dios. Lo que honjira en el deleite, desaparece de repente; y pronto llega, y permanece lo triste, vergonzoso, amargo y pesado. Es muy justo....

Observad, dice Platon, la diferencia que existe entre la virtud y el deleite; despues de la dulzura del deleite viene una pena perpetua, y viene el dolor, y vienen las ansiedades; pero despues de las cortas y ligeras penas de la virtud vienen la paz y la felicidad eterna. (Lib. de Republ.).

Ay, exclama Jonathás, he probado un poco de miel y ahora muerdo: *Gustans gustas paululum mellis, et ecce morior.* (I. Reg. XIV. 43.). Ah, no olviden nunca estas palabras los injuriosos, y aplíquenselas á sí mismos. El deleite no proporciona más que una gota de miel, y despues de ella viene un mar de hiel; mientras que en la pureza no hay más que una ligera amargura seguida de un océano de delicias....

El deleite, dicen los Proverbios, destila miel al parecer dulce; pero al fin es amarga como el ajeno e hiere como la espada de dos filos: *Facies distillans labia meretricis; novissima autem illius quasi absinthium, et acuta quasi gladius bipennis.* (V. 3-4). ¡Qué bien se cumplen estas palabras llenas de verdad! Los impúdicos sienten la amargura de este ajeno y la punta de esta espada en sus enfermedades, en la pérdida de su fortuna, de su salud, de su reposo y tranquilidad; en su confusion, su deshonra, sus luchas, sus disputas, sus remordimientos, sus enojos, sus lágrimas, sus pesares, su desesperacion, su muerte, su condenacion y reprobacion eterna: *Novissima autem illius quasi absinthium, et acuta quasi gladius bipennis.*

La lujuria abrevia los dias, precipita la vida y la envenena; es un placer pernicioso, semejante al fruto que Dios prohibió á Adán; No comas, le dijo, el fruto de aquel árbol, pues morirás en el momento en que lo comas: *De ligno ne comedas; in quocumque enim die comederis ex eo, morie morieris.* (Gen. II. 17). La concupiscencia, el demonio y el mundo dicen como la serpiente: De ninguna manera morirás: *Nequaquam moriemini.* (Gen. III. 4.); por el contrario, seréis como dioses: *Eritis sicut dii.* (Gen. III. 5). ¡Desgraciada concupiscencia! prometes la felicidad á los injuriosos, y escuchándote no hallan más que el disgusto, la vergüenza y el remordimiento; llegan á ser semejantes á los dioses, pero á los dioses de la fábula, dioses adúlteros e infames, dioses corrompidos y criminales, dignos ídolos de los lugares de prostitucion.

¡Cuántas calamidades arrastran los vergonzosos deleites! exclama S. Agustín. ¡Cuántos cuidados producen en esta vida! No hablo del

infierno. Mocho me lemo que seas vuestro propio infierno en la tierra (1).

El más loco de los hombres, dice S. Cirilo, es el que se destruye con placer; y su locura es tanto mayor, cuanto es cierto que se da una muerte más cruel: *Stultissimus est qui delectabiliter se destruit; et tanto deperitius, quanto letaliter se perdit.* (Catech.). Y no obra así el lujurioso....

El deleite pasajero, dice S. Agustín, prepara al alma desgraciada un oprobio y un tormento eterno: *Libidinis momentum, eternum parat animam infelicis opprobrium et tormentum.* (Homil. CCL.)

Las rosas, dice S. Fulgencio, tienen un brillante color de púrpura, pero también espinas; tal es el deleite, que también tiene su brillo, é hiera con el aguijón del pecado. Y de la misma manera que la rosa deleita, pero desaparece pronto, así el placer lisonjea un momento y desaparece para siempre (2).

La dulzura del deleite es un gusano roedor, dice Job: *Dulcedo illius hermes.* (XXIV. 20).

Los deleites son sirenas que encantan, atraen y adormecen para devorar á las incantos....

Habéis comido la fruta de la mentira, dice Oseas á los impúdicos: *Comeditis frugem mendacii.* (X. 13). Los deleites prometen en efecto la felicidad; y no dejan más que tormentos.

El lujurioso se lanza en un mar de borrascas, y la tempestad le sepulta....

Los ríos van al mar, donde sus aguas, dulces ántes, se vuelven amargas; así también todo deleite carnal termina en la amargura....

De cualquier manera que se rojan las malezas, dice S. Crisóstomo, hieren y ensangrientan; los deleites son malezas llenas de espinas que continuamente os maltratan: *Quenamodum acuti cespres, utcumque capiuntur, manus eruantur, eodem modo deleitum (carnales).* (Homil. XLV. in Matth.).

Visitaré aquel pueblo corrompido, y le alimentaré con ajeno, dice el Señor por boca de Jeremías; apagará su sed con agua de miel, y curará tras ellos la espada, hasta que estén consumidos: *Eccc cibabo populum istum absinthio, et potum dabo eis aquam fellis; et mitam post eos gladium, donec consumantur.* (IX. 15-16).

Los lujuriosos, dice S. Pedro Damian, llegan á ser las víctimas de los demonios, víctimas destinadas á la muerte eterna; y el demonio se alimenta de ellas como de un manjar exquisito (3).

El deleite es la más peligrosa de las enfermedades, dice S. Leon: *Gravi morbo argetur, si carnis voluptate molitur.* (Lib. IX. de Quadrag., c. 1).

(1) *Attones turas quatuor molestias habent; punitas, sollicitudo in vite vitali, quatuor gubentiam. Vide de rem que hoc habentur in illi loco. in Pont. CII.*  
(2) *Rose et rubent, et pungunt, et eburn illud; solent enim hinc vix carum opprobrium; pungit enim carum insulto. Et sicut rosa delectat quidem, sed tunc cito spinosa soluit, sic et illud delectat momentaneum, et tunc percutit. Lib. II. Morum, in Venet.*  
(3) *Vox estis demum victimam, ad inferna morte sacrificium destinati; et vobis malis, tanquam delectis dapibus, pascite et saguntur. Epist.*

El impúdico, dice S. Cesareo, no tiene días de alegría; sólo tiene lágrimas y pesares: *Qui nec castitatem custodit in corpore, nec puritatem tenet in mente, non celebrat nisi luctum.* (Homil.).

Segun S. Bernardo, la lujuria, que es el carro del crimen, de la muerte, del demonio y del infierno, tiene cuatro ruedas; la pereza, la vanidad, la gula y la immodestia. Este carro va arrastrado por dos fogosos caballos, la prosperidad y la abundancia. Los cocheros son la indiferencia y la falsa confianza. (Serm. XXXIX. in Cani.).

Los grados que conducen á la impureza, son: el primero, la buena comida; el segundo, el exceso en la bebida; el tercero, los espectáculos. Porque, como dice un poeta, se va al espectáculo para ver y para ser visto; este lugar ocasiona la pérdida del casto pudor:

*Spectatum veniunt; veniunt spectantur ut ipse, Iste locus casti damna pudoris habet.*

El cuarto son los cantos obscenos y los malos libros; el quinto son los obsequios ofrecidos y aceptados; el sexto, el amor excesivo al reposo; el séptimo, las malas compañías; el octavo las entrevistas familiares entre personas de diferente sexo.

Recordad la caída de Sanson, de David y de Salomon. Y no sois fuertes como Sanson, ni santos como David, ni sabios como Salomon. Debois más temer, y temer mucho; y ya que tales hombres han caído, ellos que eran cedros, exponiéndolos, no habeis de caer vosotros también, que no sois más que débiles cañas!

La impureza es un fuego ardiente; no le demos alimentos.

Se cae en el vicio de la impureza de cinco maneras: por pensamientos, deseos, palabras, miradas y acciones.

1.º Por pensamientos. Los malos pensamientos, dice S. Cesareo de Arles, derraman un olor incomparablemente más fétido que las cloacas: *Incomparabiliter graviores potiores reddunt cogitationes, luxuriosas, quam cloacas.* (Homil. XI).

Allí donde está vuestro pensamiento, dice S. Bernardo, está vuestra elección. Si pensáis en cosas deshonestas, el Espíritu Santo huirá de vosotros; se alejara á causa de vuestros pensamientos, y el templo de Dios se convertirá en madriguera del demonio; porque el demonio se apodera de todo lo que Dios deja. Por cuya razón siempre que se presenta un mal pensamiento, no consintais, no lo dejéis entrar en vuestro corazón; rechazadlo ántes bien de repente. Rechazadlo así que se presenta, y se alejara de vosotros. Un pensamiento deshonesto engendra el deleite; el deleite el consentimiento, el consentimiento la acción, la acción el hábito, el hábito la necesidad, y la necesidad la muerte (1). Ved á donde conduce un pensamiento criminal....

(1) *Cogitatio prava delectationem parit, delectatio consensum, consensus actionem, actio consuetudinem, consuetudo necessitatem, necessitas mortem. Lib. de Interiori Dome, c. XXXVII.*

Castes son los principales causas de la impureza!

De cuántos pensamientos cae en el vicio impuro!

Los pensamientos perversos separan de Dios, dice la Sabiduría: *Perversa cogitationes separant á Dio.* (I. 3). Los malos pensamientos son chispas que si no se apagan de repente, encienden el fuego de la concupiscencia y producen un vasto incendio.

El Señor aborrece los malos pensamientos, dicen los Proverbios: *Abominatio Domini cogitationes mala.* (XV. 26). Por esta razón no debemos acordarnos nunca; hemos de declararles guerra y ahuyentarlos despididamente, vengan de donde vinieren, ora de las criaturas, ora de nuestra propia concupiscencia.....

2.º Se cae en el vicio impuro por deseos.

El que desea cometer una acción mala, la ha cometido ya en su corazón; dice Jesucristo: *Omnia qui piderit malitiam ad concupiscendam eam, iam maculatus est, cum in corde suo.* (Matth. V. 28).

No traisis, dice S. Pablo, de contar los deseos de la carne: *Et carnis carum ne feceris in desideriis.* (Rom. XIII. 14).

3.º Se cae en el pecado de impureza por palabras.

Si siquiera se nombra la fornicación y la impureza entre vosotros, como es propio de cristianos, dice el Apóstol de las Gentes: *Fornicatio et omnis immunditia, nec nominetur in vobis; sicut deceet sanctos.* (Ephes. V. 3).

Aun todo, en cualquier parte donde esteis, no digais nunca palabras deshonestas, dice S. Cesáreo: *Ante omnia, ubicunque fueritis, verba turpia et luxuriosa nolite ex ore vestro proferre.* (Homil. XI).

Los labios hablan de aquello en que abunda el corazón, dice Jesucristo: *Ex abundantia cordis os loquitur.* (Matth. XII. 34).

Palabras obscenas indican un corazón impuro. Y cuántas personas se permiten palabras lujuriosas! Es por chanza, dicen. No es bueno chancearse con el pecado, violando la ley de Dios y escandalizando al prójimo.....

4.º Se cae en la impureza con los miradas.

Tienen ojos llenos de adulterio y de un pecado que no cesa jamás, dice S. Pedro: *Oculus habentes plenos adulterii, et incessabilis delicti.* (II. n. 14).

Leemos en el Génesis que Dios dijo con motivo de las miradas impúdicas: *Mi espíritu no permanecerá por más tiempo en el hombre, porque éste no es más que carne.* (II. 2-3).

Por no haber cuidado David de sus miradas, cayó en el adulterio y el homicidio. Los ojos son gnus del amor impuro; es imposible domar la pasión si no se dominan las miradas. El fuego quemó de cerca los ojos que eran de cerca y de lejos.....

La mirada es una flecha aguda y abrasadora que atraviesa y devora el corazón.....

La vista impúdica es indicio de un corazón impuro, dice S. Agustín: *Impudicus oculus impudici cordis est vultus.* (Epist. CIX).

La fuerza de las miradas es bastante grande para herir mortalmente el corazón y el alma. El objeto visto pasa al alma y al cora-

zón, è imprime allí su forma, por consiguiente, el amor ó el odio; y aquel objeto, aunque ausente, queda impreso en el espíritu y en el corazón.....

Seguramente, dice S. Basilio, cuando nos permitimos una mirada impura, el alma contrae al punto el mal: *Profecto, cum in voluptatis indicia injicimus oculos, animus voluptatis morbo fit socius.* Porque, añade aquel santo doctor, la ojeda es el conductor, el correo, el novyo de la impudicia, así como las manos y el tacto son sus ministros: *Dux enim, et praeceus ac pronubus oculorum factus est ejus, cujus ministra sunt manus, tactus.* Ilamos de evitar las malas miradas como la mordedura de una víbora. (Homil. de Legend. lib.).

El hombre es conocido por la vista dice el Eclesiástico: *Ex visu cognoscitur vir.* (XIX. 26).

No digais, dice S. Agustín, que vuestra alma es pura si tenéis ojos impudicos; ojos impuros anuncian un alma corrompida. (In Regul. ad serenos Dei).

La muerte, dice Jeronimo, ha subido por nuestras ventanas, y ha entrado en nuestras casas para exterminar principalmente á los niños y á los jóvenes: *Ascendit mors per fenestras nostras, ingressu est domos nostras, disperdere parvulos, juvenes.* (IX. 21). Las ventanas son los ojos; por ellos entra la muerte de la injuria en el alma. Y así como las torres y murallas muy fuertes y elevadísimas de nada sirven, si las puertas de la ciudad están abiertas para dejar entrar al enemigo, todas las murallas y todos los medios de defensa que nos da la gracia, quedan perdidas, si están abiertas las puertas de los sentidos para recibir los pensamientos y deseos carnales del alma. Así pues la custodia de los sentidos, y principalmente de los ojos, debe ser muy exacta y severa, porque por ellos entra la vida ó la muerte en el alma. ¡Oh! exclama el mismo Seneca, ¡cuántas vías se han abierto por medio de los ojos á las pasiones! y ¡qué preferible sería que nos los arrancasen antes que ver cosas que echan á perder el corazón! Los ojos manifiestan á éste el adulterio, á otro el incesto, á un tercero la casa que codicia. Es cierto que los ojos son los instrumentos activos de los vicios y los precursores de las enfermedades. (Lib. de Remedi. fortuit.).

¡Quién inspiró á los dos infames africanos desenfrenados deseos y la idea de un horrible crimen contra la casta Susana! Su vista: *Videbant eam senes, et exarserunt in concupiscenciam ejus.* (Daniel. XIII. 8).

El consentimiento al crimen sigue siempre á la mirada voluptaria..... ¡Oh! cuántos reprobos hay en el inferno por malas miradas!.....

5.º Se cae en el pecado de impureza por malas acciones: acciones á solas ó con otros.....

Todos esos diferentes modos de caer en el vicio impuro son pecados mortales, si hay voluntad y consentimiento deliberado.....

*Dificultades que ofrecen al salir de la impureza.*

Se cae fácilmente en el vicio impuro; esta pasión se enciende como las materias más inflamables presentadas al fuego; pero es muy difícil corregirse y salir de aquella ciega infecta, sobre todo cuando median numerosas recaídas y un hábito antiguo....

El hombre lujurioso sufre con trabajo un buen consejo; se rebela contra el que le obliga a salir de aquel cieno, dice S. Cirilo: *Animus voluptatis delictus, graviter fert, si á voluptate recedatur.* (Homil.).

Habiéndola Dios abandonado á los inmundos deseos de su corazón corrompido, y habiéndole entregado á su reprobado sentido, ¿quién podrá sacarle del abismo? Los que viven según la carne, dice S. Pablo, sólo gustan de lo que es carne: *Qui secundum carnem sunt, quo carnis sunt, sapiunt.* (Rom. VIII. 3). ¿Cómo hacíeles gustar las cosas espirituales, y sobre todo la pureza? El hombre animal no comprende lo que proviene del Espíritu de Dios, dice S. Pablo: *Animalis homo non percipit ea que sunt spiritus Dei.* (I. Cor. II. 14).

No tienen ya la sabiduría que baja del cielo, sino una sabiduría de la tierra, animal y diabólica, dice el apóstol Santiago: *Non est (eis) sapientia desursum descendens, sed terrena, animalis, diabólica.* (III. 15).

Son hombres de vida animal que no tienen espíritu, dice el apóstol Judas: *Hi sunt animales, spiritum non habentes.* (19).

Están sepultados en el fango, están muertos, están bajo la piedra sepulcral, y han entrado en putrefacción: ¿cómo conseguiremos que nos oigan? En vano les gritamos: Lázaro, salid de la tumba de vuestros crímenes. Nada oyen.... ¡Alzad vos mismo, ó Jesús, vuestra voz poderosa!....

Así como el que ha saboreado las dulzuras de la gracia, detesta los placeres de los sentidos, el que se entrega á los placeres de la carne, no puede probar ni sentir las dulzuras del Espíritu Santo, dice S. Bernardo: *Sicut, gustato spiritu, desipit omnis carnis sic vicissim, cui sapit caro, ei desipit Spiritus.* (De Convers. ad Cleric.).

La lujuria no permite que se ocupen de su salvación ni de las cosas futuras, dice S. Agustín: *Luxuria futura non sinit cogitare.* (Lib. Confess.).

Ni las advertencias, dice S. Crisóstomo, ni los consejos, ni cosa alguna pueden conmover y salvar un alma entregada á la impureza: *Nec admonitiones, nec consilia, nec aliquid aliud salutare potest animam libidine periclitantem.* (Homil. XLV. in Matth.).

No queda al fin más que orgullo, terquedad, ceguerza y estupidéz....

Los que se hallan cogidos en esta red, que es la más fuerte de las redes de Satanás, sólo salen de ella raras veces y muy difícilmente, dice S. Jerónimo: *Hoc rete diaboli si quis capitur, non cito solvitur.* (Epist.).

El demonio, dice Sto. Tomás, debe alegrarse mucho del pecado

de impureza, porque el lujurioso se entrega tanto á su pasión, que es casi imposible sacarlo de aquel cieno: *Diabolus debet maxime gaudere de peccato luxuria, quia est maxime adhaerentis, et difficile ab eo homo potest eripi.* (De Peccat.).

Este vicio es como un pantano fangoso; cuando sacamos de allí un pié, el otro se hunde....

La impureza, dice Clemente de Alejandría, es un mal incurable: *Morbis inmedicabilis.* (Lib. II. Paedag., c. ultim.). Tertuliano la llama un vicio inmutable: *Vitium immutabile.* (De Spectac.). S. Cipriano la llama madre de la impenitencia: *Impudicitia mater est impenitentia.* (Lib. de bono Padic.).

Es casi imposible, dice Pedro de Blois, triunfar de la carne, si ha triunfado ya de nosotros: *Est fere impossibile triumphare de carne, si ipsa de nobis triumphavit.* (In ejus vita).

Satisfaciendo la pasión de la lujuria, dice S. Agustín, viene el hábito, y el hábito se convierte en necesidad: *Dum servitur libidine, facta est consuetudo: et dum consuetudini non resistitur, facta est necessitas.* La caída es una cadena; la recaída y el hábito arrojan en una mazmorra; y el hábito, convirtiéndose en necesidad, cierra la puerta de la cárcel, añade aquel gran doctor: (Lib. Confes.).

Casi ningún lujurioso de hábito tiene contrición de su crimen; por cuya razón casi todos son réprobos de Dios, dice Dionisio el Cartujo: (In ejus vita).

De mil jóvenes corrompidos apenas se encuentran algunos que se conviertan, ni aun en la vejez. Ahí están las recaídas que lo atestiguan....

Entre los males y desgracias que como una tempestad y como el rayo caen sobre el impúdico, en esta vida de crímenes, de envilecimiento, de degradación, de decepción, de agitación, de ceguera, de esclavitud, de turbación, de remordimientos.... etc., tenemos ya una idea de sus castigos. Dios deja á los impúdicos entregados á los degradantes deseos de sus corazones; los abandona á su reprobado sentido. ¡Terrible efecto de la divina justicia!

No os engañéis: nadie puede burlarse de Dios, dice el gran Apóstol: *Nolite errare, Deus non irrideitur.* (Gal. VI. 7). Porque el hombre recogerá lo que haya sembrado. El que siembra en la carne recogerá de la carne corrupción, y el que siembra en el espíritu recogerá del espíritu la vida eterna: *Qua enim seminaverit homo, haec et metet: qui seminavit in carne sua, de carne et metet corruptionem: qui autem seminavit in spiritu, de spiritu metet vitam eternam.* (Gal. VI. 8).

Dios juzgará á los fornicadores y á los adúlteros, dice aquel gran Apóstol á los Hebreos: *Fornicadores et adulteros judicavit Deus.* (XIII. 4).

Dios, dice S. Agustín, se sirve del pecado de modo que lo ha sido instrumento de placer para el pecador, llega á ser instru-

*Castigos y condenación del impúdico.*

®

mento del Dios de venganza: *Deus ipsa peccata sic ordinat, ut qui fuerant delectamenta homini peccanti, sint instrumenta Domini punientis.* (Lib. Confess.).

El lujurioso, dice S. Crisóstomo, no se diferencia del energúmeno; no se pertenece a sí mismo. (Homil. XXX. in Matth.).

El que se entrega a la impureza, dice el Eclesiástico, se verá en la vergüenza; la podredumbre y los gusanos serán sus herederos, le colocarán á la vista de todos como un gran ejemplo, y su alma será separada del libro de la vida; *Qui se jungit fornicariis, erit nequam; patre et verum hereditabunt illum; et exaltetur in exemplum majus, et tolletur de numero animi ejus.* (XIX. 3).

El más espantoso castigo que ha experimentado el mundo, es el diluvio; y ¿qué atrajo el diluvio á la tierra? La impureza de los hombres. Toda carne estaba corrompida, y para lavar la tierra del diluvio del vicio impuro, Dios envió el diluvio de agua....

¿Quién hizo caer sobre Sodoma y Gomorra la lluvia de fuego y azufre? La impureza.... (Gen. XIX. 24.). ¿Quién ha destruido los grandes imperios? El vicio impuro, ¿de dónde salen todas las herejías que devastan la Iglesia de Dios? Del vicio de la impureza.... Agobiado de desgracias y de castigos durante la vida, el impúdico tiene una muerte horrible... su juicio es terrible... y el infierno será su dote durante la eternidad....

El Señor dice el apóstol S. Pedro, sabe reservar para el día del juicio á los que deben ser castigados, y sobre todo á los que satisfacen los impuros deseos de la carne: *Novit Dominus in diem judicii reserare orationes, magis eos, qui post carnem in concupiscentia immunditatis ambulant.* (II. n. 9-10).

La impureza es un fuego que lleva al fuego del infierno y se convierte en llamas eternas.

Los impúdicos, que llevan ya en este mundo el infierno en sí mismos, aumentan el fuego del infierno. El infierno estaría casi vacío y cesaría, por decirlo así, si no lo llenasen ellos y no lo mantuviesen, dice el cardenal Cayetano. (Ex libro).

Esta pasión infame se convertirá en ruina que alimentará un fuego inextinguible en las entrañas del impúdico durante los siglos de los siglos....

¡Oh! ¿Que desgracias se prepara el impúdico durante el tiempo y para la eternidad.

Los vicios com-  
pelen el deleite.

El deleite es semejante al perro, dice San Crisóstomo; si se le ahuyenta, huye; si se le acerca y alimenta, sigue: *Canis canis est voluptas; si pellas, fugit; si nutrias, permanet.* (Homil. XXII. ad pop.). Es necesario que ahuyentemos este vicio....

Hemos de castigar el cuerpo y tenerlo sujeto como un animal furioso, dice San Basilio: *Corpus castigandum est, ac instar fere cohibendum.* (Homil. de legendis libris Gentil.).

Hemos de aborrecer este vestido carnal y manchado, dice el após-

tol San Judas: *Odiestes et eam que carnalis est, maculatam tunicam* (23).

La mortificación de la carne es la fuerza y la vida de la virtud, dice S. Basilio: *Rigor carnis est calcitula virtutis.* (U. supra).

Como esta pasión llama adulando, entra prometiéndole felicidades, domina para matar, y todo lo destroza sin piedad, hemos de procurar no escucharla nunca, no creerla, no entregarnos jamás á sus caricias; antes, al contrario, desconfiar de ella, temerla y huir....

Sócrates advertía principalmente á los jóvenes que hubiesen del deleite como de unas sirenas. (Apud Laertius, lib. II.).

El que quiere practicar las virtudes, dice S. Gregorio, y no tener su acrecentamiento, debe de tal manera apagar el fuego impuro, que á fuerza de vigilancia no se deje nunca quemar, ni siquiera de la más insignificante chispa. (De Moral.).

El remedio contra el fuego, es, 1.º temerlo; 2.º no acercarnos á donde esté, y 3.º huir de él....

Velad y orad, dice Jesucristo, para que no entreis en tentación; el espíritu es pronto, pero la carne es débil: *Vigilate et orate, ut non intretis in tentationem; spiritus quidem promptus est, caro autem infirma.* (Matth. XXVI. 41).

Los medios de vencer el deleite son: 1.º considerar su brevedad y los largos sufrimientos de que va seguido... 2.º convencerse de que es verdaderamente el enemigo más mortal y la causa de todos los males....

Preguntado Agesilao sobre los bienes que las leyes de Licurgo habían procurado á los de Esparta, respondió: El bien de vencer los deleites. (Ita Plutarchus, in ejus vita.). 3.º Meditar atentamente sobre la diferencia infinita que hay entre las riquezas, las dulzuras, los consuelos de la gracia y de la pureza, y la miseria, la amargura y las fatales consecuencias del deleite....

La humildad preserva del vicio impuro. Sin humildad no hay pureza. Adán se rebela contra Dios por orgullo, y al punto se subleva la carne, se va desuando, tiene vergüenza, y se siente obligado á ocultarse....

Hemos de someternos á Dios y obedecerle; entonces se someterá la carne al espíritu, y le obedecerá....

Es preciso no estar ociosos. Haced que siempre os halla el demonio ocupados, dice S. Jerónimo: *Facio ut te semper diabolus inveniat occupatum.* (Epist.). La pasión cede al trabajo, dice S. Isidoro: *Facit tibi opus, ut liberus.* (De forma bene vivendi).

La oración custodia el pudor, dice S. Gregorio: *Oratio pudicitiam praesidium est.* (Moral.).

El ayuno... los Sacramentos... la presencia de Dios... la devoción á la santísima Virgen... y los pensamientos sobre las postrimerias bastan... empleando tales medios, se triunfa siempre, lo mismo del vicio de impureza que de todos los demás vicios....

## INCRECULIDAD.

Causa de la incredulidad.

**¿** ¿Por qué, pregunta Jesucristo á los judíos, no conocéis mi lenguaje? Por no poder escuchar mi palabra. Vuestro padre es el diablo, y no queréis hacer más que lo que vuestro padre desea: *Quare loquebamur vobis non cognoscitis? Quia non potestis audire sermonem meum. Vos ex patre diabolo estis, et desideria patris vestri vultis facere.* (Joann. VIII. 43-44). No queréis escucharme porque estais entregados á vuestro orgullo, á vuestra avaricia, á vuestro odio, á vuestros celos y á vuestra envidia contra mí: no queréis escucharme porque escuchais al demonio. Por esto no queréis conocerme ni oírme....

No podían oír, dice S. Agustín, porque si hubiesen oído y creído se hubieran corregido y convertido; y no lo querían: *Ideo audire non poterant, quia corrigi credendo volebant.* (Hamil. in Joann.). Lo mismo habia dicho el Real Profeta: No ha querido comprender, por no obrar bien: *Noluit intelligere, ut bene ageret.* (XXXV. 4).

Soy el camino, la verdad y la vida, dice Jesucristo: *Ego sum via, et veritas, et vita.* (Joann. XIV. 6). Soy la luz del mundo; el que me siga no andará en las tinieblas, pues tendrá la luz de la vida: *Ego sum lux mundi; qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ.* (Joann. VIII. 12). Así pues el incrédulo no quiere seguir á Jesucristo; repiega de él en su corazón y en sus actos. Y no hay para él camino, ni verdad, ni vida, ni luz. De ahí procede la incredulidad que se apodera del espíritu y del corazón....

Sois incrédulos, dice Jesucristo, porque no sois ovejas mías. Mis ovejas escuchan mi voz; las conozco, y me siguen: *Vos non creditis, quia non estis ex ovis meis. Oves meæ cocen meam aveluam; et ego cognosco eas, et sequuntur me.* (Joann. X. 26-27).

Padre justo, dice Jesucristo dirigiéndose á su Padre, el mundo no os ha conocido: *Pater juste, mundus te non cognovit.* (Joann. XVII. 25).

Jesucristo, dice S. Juan, era la verdadera luz que ilumina todo hombre que viene á este mundo. Estaba en el mundo, y el mundo ha sido hecho para él; pero el mundo no le ha conocido: *Erat lux vera que illuminat omnem hominem venientem in hanc mundum. In mundo erat, et in mundum per ipsum factus est; et mundus eum non cognovit.* (Joann. I. 9-10). El mundo no ha querido conocerle, ni escucharle, ni recibirle. Hé aquí las causas de la incredulidad....

Hoy, como en tiempos de nuestro Señor, la incredulidad quiere ser y permanecer incrédula....

Juan vino, añade Jesucristo; y porque no comía ni bebía, dicen

que estaba poseído del demonio. El Hijo del hombre ha venido; y porque come y bebe dicen que es un hombre (que se da buena comida, y es amigo del vino y amante de los pecadores y publicanos (1)).

Se mantienen en su incredulidad interpretándolo todo en mal sentido, y atacando, ora la ley y la religion, ora á los enviados para instruir é ilustrar. Niegan lo que ignoran, olvidando lo que han aprendido, y desprecian lo bueno que saben, y aquello de que, á pesar suyo, algunas veces se acuerdan.

¡Desgraciado de tí, Corozaim; desgraciado de tí, Bethsaida! exclama Jesucristo; porque si los prodigios que han tenido lugar en vuestro seno se hubiesen verificado en Tiro ó en Sidonia, habrían en otro tiempo hecho penitencia, ciñéndose cilicios y cubriéndose de ceniza. Por esto os digo: Menos mal habrá para Tiro y Sidon en el día del juicio que para vosotros. (Math. XI. 21-22). Y tú, Capharnaum, ¿te levantarás hasta el cielo? Bajarás hasta los infiernos; porque si los prodigios que se han verificado en tu obsequio se hubiesen obrado á favor de Sodoma, tal vez habria permanecido de pie hasta hoy día. (Math. XI. 23).

El primer efecto de la incredulidad es la ceguera espiritual.

Así como los ciegos ni siquiera ven la luz del sol, los incrédulos no ven á Dios, ni sus deberes, ni el triste estado de su alma. Sin embargo la luz de Dios brilla en medio de las mismas tinieblas de la incredulidad, con la luz de la razon..., y por medio de la voz de las criaturas animadas é inanimadas, inteligentes y desprovistas de inteligencia..., por medio de la ley natural..., de la ley antigua..., de la nueva ley..., de los doctores..., de los predicadores..., de los milagros..., de los monumentos, de la Iglesia..., de las santas inspiraciones..., de los remordimientos..., de la hermosura de la virtud y de la fealdad del vicio..., de la vida de los Santos..., etc.

Oh incrédulos; ¿queréis veros y conoceros? Creed. La luz no está ni puede estar con las tinieblas. Y no siendo la incredulidad otra cosa que densas tinieblas, ¿cómo habéis de ver permaneciendo en ella?

Jesucristo es la verdadera luz: *Erat lux vera.* (Joann. 1-9). 1.º Luz increada... 2.º Luz con su doctrina... 3.º Luz con su gracia; su gracia ilumina el alma más vivamente que el sol á la tierra... 4.º Es la luz universal... 5.º Es la luz con la verdad de su ser, de su espíritu, de su palabra y de sus obras. Ilumina á todo hombre que viene á este mundo, en cuanto es posible y necesario para que el ciego incrédulo no tenga excusa. Si no van claro los incrédulos, la culpa es suya, y sólo deben achacar su desgracia á su misma conducta. Los incrédulos no ven, no sienten, no comprenden nada. ¿Es Dios el autor de esta espantosa desgracia? No; ellos mismos son

Desgracia de la incredulidad: la ceguera.

(1) Venit Joannes, inquit mundum non cognovit, et dicunt: Eum non habet. Venit Filius hominis mundum in se habens, et dicunt: Ego homo virens, et pastor vini, publicorum et peccatorum amicus. Math. XI. 19-20.



los verdaderos autores, porque no quieren ver, sentir ni comprender... Los judíos también permanecieron y permanecen en su incredula ceguedad; y ¿han sido por esto y son acaso inocentes? Han sido y son todavía muy culpables, pues es muy cierto que los judíos podían y debían conocer y creer perfectamente que Jesús era el Mesías: 1.º por sus milagros, pues con este fin los obraba Jesucristo. 2.º Hizo todos los milagros pronosticados por los profetas... 3.º Aunque varios profetas y muchos Santos hayan hecho milagros, no han sido embargo verificados tantos como Jesucristo. Y por otra parte los profetas y los Santos no hacían milagros por su propia virtud, sino con la invocación y virtud de Dios; mientras que Jesucristo los hacía por su propia virtud, por su anterioridad y poder, como Señor que era de todas las cosas. Hacía milagros evidentes, públicos, muy grandes, numerosísimos, de repente, con una sola palabra y en todas partes; milagros de toda especie, y siempre en su propio nombre, etc. Esta poder absoluto y esta virtud perpétua sólo pertenecen á Jesucristo, así como su divina moral, etc....

Los judíos debían pues conocerle, y su incredulidad es un gran crimen, un crimen de ceguedad muy voluntaria y obstinadísima. ¿No es esta la conducta de los incrédulos de todos los siglos? No tienen que echarse en cara la misma ceguedad voluntaria?

Los judíos podían y debían saber y creer que Jesús era el Mesías prometido, porque todo lo que había sido anunciado del Mesías se cumplió en Jesucristo. Si, soy el prometido Mesías; hago todo lo que de él se ha dicho: así pues soy el Mesías.

Soy el Mesías por el cumplimiento de todas las Escrituras en mí; por mi doctrina, mi moral, mi vida, mis obras, mis milagros, la voz de mi Padre, la conversión de los gentiles, etc. Peneo mi misión y mi divinidad. ¡Oh ciegos judíos! escudriñad las Escrituras; ellas manifestarán quién soy: *Scrutaminí Scripturas; illa testimonium perhibent de me.* (Joan. V. 39). Por esto, dice S. Pablo que Jesucristo es el fin, el término, el cumplimiento y el fin de toda la ley: *Finitis leges Christus.* (Rom. X. 4). Todos los profetas le dan este testimonio, dicen las Actas de los Apóstoles: (X. 43).

El que lee, consulta y medita la Escritura, hallará á Jesucristo por todas partes, ó claramente ó bajo sombras y figuras; así pues, ó los incrédulos son ignorantes, ó gente de mala fe. Por esta razón, dice el gran apóstol, no habiendo recibido el amor de la verdad para salvarse, Dios les entregará el poder del error, para que crean en la mentira, ya fin de que sean condenados todos los que no han creído en la verdad, y han manifestado su oposición á la iniquidad (1).

Las tinieblas no han comprendido la luz, dice el Evangelio: *Tene-*

(1) *Et quod caritatem veritatis non receperunt et soli fuerunt, mittit illis Deus operationem erroris, ut credant mentiis; et judicentur omnes, qui non crediderunt veritati, sed consenserunt iniquitati.* II. *Thes. II. 10-11.*

*bre eam non comprehenderant.* (Joan. I. 9). Todo es tinieblas para el incrédulo, Jesucristo, la revelación, la Iglesia, los Sacramentos, la ley, el dogma, el culto, la moral, la oración, el juicio, el paraíso, el infierno, la santidad, la saliduría, la virtud, la gracia, la salvación, etc....

¿Por qué, dice el mismo Séneca, por qué nos seducimos? El mal no está fuera de nosotros, está en nosotros, en nuestras propias entrañas. Por esta razón es muy difícil que nos curamos, porque ignoramos nuestra enfermedad (1). Por esto la incredulidad es un mal, una lepra incurable. El loco lo ve todo de diferente manera que el hombre cuerdo, y siempre se equivoca. Tal es la reprimenda que Jesucristo dirigió á los dos discípulos que iban á Emmaus. ¡Oh insensatos, les dijo, hombres de corazón tardío en creer todo lo que han dicho los profetas! *Oh stulti et tardi corde ad credendum in omnibus que locuti sunt prophetæ!* (Luc. XXIV. 25).

La Escritura hace raciocinar así á los incrédulos: El Señor no nos verá, ni tendrá conocimiento de lo que hacemos: *Dererunt Non videbit Dominus, nec inteliget* (Psal. XCIII. 7); y se adormecen en este error....

Atenienses, dice S. Pablo, he hallado en medio de vosotros un altar dedicado al Dios desconocido: *Ignoto Deo.* (Act. XVII. 23). ¿No merecen los ciegos incrédulos igual reconvención? ¿No desconocen también á Dios?

Y el incrédulo tiene el lenguaje y los sentimientos de Farao. ¿Quién es el Señor, para que escuche su voz? dice aquel rey endurecido. No conozco al Señor: *Quis est Dominus, ut audiam vocem ejus? Nescio hominum.* (Exod. V. 2).

No podemos decir á los incrédulos lo que Abraham respondió al mal rico que del fondo del infierno le rogaba enviase á Lazaro á sus hermanos para advertirlos que procurasen no ir á parar á aquel lugar de tormentos? Tienen á Moisés y á los profetas, ¿de qué los escuchan? Si no escuchan á Moisés y á los profetas, aunque resucita á algún muerto, no lo creerán tampoco. (Luc. XVI. 29-31).

La incredulidad produce el endurecimiento. Y ¿qué es un endurecimiento? preguntó S. Bernardo. Es aquel cuyo corazón no late, aquel que no se conmueve por la virtud ni los ruegos, que se rie de las amenazas, resiste y se rebela contra los golpes, oída las amenazas, se burla de los peligros y no teme á Dios ni á los hombres. Tal es el verdadero carácter del endurecimiento. (Lib. I. de Consid.)

La incredulidad es el más incurable de todos los males...

Escuchad al Real Profeta: El insensato ha dicho en su corazón: No hay Dios. Se han pervertido, se han corrompido en la iniquidad, y

(1) *Quid nos decipimus? Non est extrinsecus malum nostrum; intra nos est, in visceribus nostris eorum. Et hoc difficile est ad sanandum per omnem, quia nos egredimur necesse est.* Lib. de Remed. Fortun.

Segundo efecto de la incredulidad: es el endurecimiento.

Tercer efecto de la incredulidad: es la corrupción del corazón.

no hay uno que obre bien, ni uno. Se han extraviado, han caído en la disonancia; no hay uno que obre bien, ni uno. Su boca es un sepulcro abierto, su lengua destila la mentira, y sus labios ocultan un activo veneno. Su boca está llena de maldición y de amargura; sus pléj se mueven de prisa para derramar sangre. Las angustias y la desolación están en su camino; no han conocido el sendero de la paz, y el temor de Dios no está ante sus ojos. (Psal. XIII. 1-3).

El incrédulo puede aplicarse aquellas palabras del Salmista: Mis llagas se han corrompido y corrompido á causa de mis extravíos. *Patruerunt et corruptae sunt cicatrices meae, á facie insipientium meorum.* (XXXVII. 6).

Los incrédulos están corrompidos, cargados de crímenes; y porque están cargados de crímenes y son muy corrompidos, son precisamente incrédulos. La corrupción del espíritu y del corazón engendra la incredulidad, y la incredulidad aumenta la corrupción del espíritu y del corazón....

Incrédulos, arrancad de vuestro corazón la impureza, y de vuestro espíritu la blasfemia; y dejareis de ser incrédulos, y tendréis fe....

Las raras, dice S. Pablo, es decir los judíos, han sido rotas por la incredulidad: *Propter incredulitatem fracti sunt.* (Rom. XI. 20). Por su incredulidad han dejado de ser el pueblo de Dios, se han vuelto paganos; Dios los ha rechazado, y malditos están de Dios y de los hombres.

Así trata los corazones incrédulos el Dios que quiere que se crea en él, que se le ame y adore....

Los incrédulos tienen la suerte de los réprobos, con la diferencia de que los réprobos se ven obligados á retirarse de Dios, y Dios también se ve obligado á separarse de los incrédulos. El abandono de Dios es la mayor de las desgracias!...

El incrédulo está ya juzgado. El mismo Jesucristo lo asegura: El que me desprecia, dice, y no recibe mi palabra, tiene quien le juzgue: *Qui spernit me, et non accipit verba mea, habet qui judicet eum.* (Joann. XII. 48). Y en otra parte: El que no cree, ya está juzgado: *Qui non credit, jam judicatus est.* (Joann. III. 18).

Quien no quiera oír las palabras que diga el Profeta en mi nombre, me hallará por vengador dice el Denteronomio: *Qui verba eius qui loquuntur in nomine meo audire noluerit, ego ultor existam.* (XVIII. 19).

El incrédulo vive como un réprobo; no ha de morir como réprobo, á no ser un gran milagro de la gracia, milagro á que Dios no está obligado!

El que se enorgullezca, sin querer obedecer el mandamiento del sacerdote, dice el Señor, sufrirá la pena de muerte: *Qui superbiert*

Quinto efecto de la incredulidad: el abandono de Dios.

Quinto efecto de la incredulidad: el juicio que se le hace á cada momento.

Sexto efecto de la incredulidad: la muerte es estado de condenación.

*valens obelire sacerdotis imperio, morietur homo ille.* (Deuter. XVII. 12).

Si no creéis en lo que sois, dice Jesucristo, morireis en vuestro pecado: *Morietur in peccatis vestris, si non credideritis quia ego sum.* (Joann. VIII. 24).

¿Cuál será, dice el apóstol S. Pedro, el fin de los que no creen en el Evangelio de Dios? Y si difícilmente puede salvarse el justo, ¿qué será del impío y del incrédulo? *Quis finis eorum, qui non credunt Dei Evangelio? Et si justus ex salvetur, impius et peccator ubi parebunt?* (I. IV. 17-18).

Siempre ha castigado Dios á los incrédulos. Los judíos en el desierto no creyeron en la palabra del Señor, dice el Salmista, y ni oyeron su voz; y entonces levantó la mano sobre ellos para exterminarlos en el desierto: *Non crediderunt verbo eius, non exaudierunt vocem Domini. Et elevari manum suam super eos, ut prosterneret eos in deserto.* (CV. 24-26). El fuego de la ira del Señor se encendió contra la raza de Jacob, y su furor estalló contra Israel porque no habían creído en el Señor. (LXXVII. 26-28).

Cuando los incrédulos, Señor, han declarado que no os reconocían, han sido heridas con la fuerza de vuestro brazo, y han sido asaltados por aguas nuevas, por granizo y tempestades, y consumidos por el fuego (1).

Noé, durante los cien años que empleó para construir el arca, no caso de participar á los hombres el castigo que les amenazaba; los hombres se burlaron de él, fueron incrédulos, y el castigo de su incredulidad fué el diluvio universal.

¿Quién hizo perecer á aquellos que Loth quería librar del fuego de Sodoma? La incredulidad. Se burlaban de él, dice la Escritura: *Virus est eis quasi tudeus loqui.* (Gen. XIX. 14).

Y ¿quién provocó las diez plagas de Egipto? Por qué Faraon y seis-cientos mil egipcios fueron sepultados en los abismos del mar rojo? Porque fueron incrédulos.

Zacarias no quiso oír lo que Dios le anunciaba, y se quedó mudo en castigo de su incredulidad: *Et ecce eris tacens, et non poteris loqui, pro eo quod non credidisti verbis meis.* (Luc. I. 20).

Los judíos fueron exterminados y maldécidos por su incredulidad.

¿Cuál es el fin de los incrédulos de todos los siglos? Su muerte es semejante á su vida; han vivido sin fe, y mueren en su incredulidad....

Los incrédulos son enemigos de Dios y de los hombres. Sus ac-

Diferentes castigos de la incredulidad.

(1) Negantes se nosse impii, (homines), per fortissimum trabebant flagellati enim, regis viris et grandibus, et pluvius, paracellianis panis, et per pluviam condempni. Sapiencia XVI. 16.

ciones, sus escritos, su vida, su muerte y su reputación son exaltados en el cielo y en la tierra.....

Grande es el número de los incrédulos.

**Y**a en su tiempo, se quejaba Isaías de los muchos incrédulos: ¿quién cree en nuestra palabra? dice: *Quis credidi, audivi nosstra?* (LII. 1).

Todos no obedecen el Evangelio, dice S. Pablo: *Non omnes obediunt Evangelio.* (Rom. X. 16).

Tiempo vendrá, dice S. Pablo á su discípulo Timoteo, en que los hombres no sufran ya la sana doctrina, y cerrando el oído á la verdad, se plazean en oír fabulas: *Erit tempus cum sanam doctrinam non sustineant, et á veritate auditam avertent, ad fabulas autem convertentur.* (II. IV. 3-4).

Todos los siglos han tenido numerosos incrédulos, y el nuestro los tiene más que ninguno otro.....

Cuando venga el Hijo del hombre, dice Jesucristo, ¿pensáis que hallará fe en la tierra? *Filius hominis veniens, quibus inveniet fidem in terra?* (Luc. XVIII. 8). Si viese hoy, ¿cuántos incrédulos hallaría!.....

Todos los que abandonan la ley de Dios, la religión y los Sacramentos, viven como incrédulos..... En vano dirán que creen: la fe sin las obras es cosa muerta, como dice el apóstol Santiago. (II. 26).

Hay pocas virtudes cristianas por que falta la fe. El que es incrédulo obra siempre infielmente, dice Isaias: *Qui incredulus, infideliter agit.* (XXI. 2). Así pues, muchísimos se conducen mal y viven infieles á Dios, á su ley y á su conciencia.....

El incrédulo no tiene un alma recta, dice el profeta Habacuc: *Ecte qui incredulus est, non est recta anima eius.* (II. 4). ¿Cuántos se parecen al incrédulo en este punto!

Remedio contra la incredulidad.

**1.** Hemos de dirigir muchas veces á Dios: *quell oración del Rey Profeta:* Humnad, Señor, mis ojos, para que no me duerman en la muerte, y no pueda decir mi enemigo: He prevalecido contra él: *Illumina oculos meos, ne umquam obdormiam in morte, ne quando dicat inimicus meus: Prevaleui adversus eum.* (XII. 12). Humnad, Señor, mis tinieblas: *Illumina tenebras meas.* (Psal. XVII. 31).

**2.** Hemos de temer perseverar en la incredulidad. Si ois la voz del Señor, dice el Salmista, procurad no endurecer vuestros corazones: *Hodie si vocem eius audieritis, nolite obdurare corda vestra.* (XCIV. 8). Pensad en la misericordia de Dios, que os busca y tiene á piisar de vuestra incredulidad. Oídle por boca de Isaías: *Todo el día he alargado los brazos á un pueblo incrédulo que anda por las tinieblas: Expandi manus meas tota die ad populum incredulum qui graditur in via non bona.* (LXV. 2). Y sobre todo, dice aquel gran Dios, he extendido mis manos en la cruz para abrazar al mundo entero.....

**3.** Hemos de huir de los incrédulos. Desechemos todo trato con aquel que no obedece nuestra palabra, dice S. Pablo: *Quod si quis non obedit verbo nostro, ne commisceamini cum illo.* (II. Thess. III. 14).

**4.** Ante todo hemos de obedecer la ley natural y la voz de la conciencia; y la incredulidad desaparecerá muy pronto.....

**5.** Hemos de evitar el pecado, y creemos sin trabajo.

## INDIFERENCIA.

Que es un indiferencial

Creemos por indiferentes á los que no se ocupan de religion alguna. Sean todas verdaderas ó falsas, ó una verdadera, y sea la que quiera, poco les importa; no se ocupan de tal cosa.... Si hay un Dios, si se le debe un culto, qué culto se le debe, qué hemos de creer, si existen ó no dogmas sagrados, qué hemos de practicar, y qué debe evitarse, si el alma es inmortal, si hay un juicio después de la muerte, un cielo, un infierno, una eternidad, si el hombre tiene un fin, y qué fin es éste, son cuestiones que no les inquietan ni les ocupan absolutamente. Poco les importa que haya una revelacion, ni que Dios haya hablado y mandado ó prohibido algo.... su religion es no tener ninguna....

Todos los que desdichan las prácticas religiosas, son más ó menos indiferentes; la indiferencia es la que mantiene en ellos esta desplorable pereza espiritual.... Aunque crean, por otra parte, todo lo que la Iglesia enseña; no practicándolo, caen en la indiferencia, si se está muerta.

Los indiferentes son aquellos seres mudos de que habla el Salmista: *Sicut inutiles facti sunt.* (XIII. 3). No estudian la Sabiduría ni la ciencia de los Santos, dicen los Proverbios: *Non didici scientiam, et non nori scitavitam Sanctorum.* (XXX. 3).

Les dará leyes, dice el Señor por boca del profeta Oseas; pero no se ocuparán de ellas, y las mirarán como extráneos: *Scrībam ei leges meas, que velut aliena computata sunt.* (VIII. 12).

No buscan el Señor, y quieren ignorarle, dice el profeta Sofonías: *Non querierunt Dominum, nec investigaverunt eum.* (I. 6). Dijeron á Dios: *Et tirato de nosotras; no queremos conocer tus ordenes: Tiravit deo: Recede á nobis; scientiam civitum tuarum nolimus.* (Job. XXI. 14).

En el camino de esta indiferencia, que encierra un culpable desprecio, hay un abismo, dicen los Proverbios: *In itinere contemptorum coragis.* (XIII. 45).

No os engañéis en ello, dice el gran Apóstol: *nadie puede herirse de Dios. El hombre recogerá lo que siembre: Nolite errare: Deus non irridetur. Qui seminaverit homo, hinc et metet.* (Gal. VI. 7-8).

Dios, dice Bossuet (*Oracion fúnebre de Ana de Gonzaga*), ha hecho una obra en medio de nosotros, que, despreciada de todos las demás causas, é independiente de todo, llena todos los tiempos y lugares, y lleva por toda la faz de la tierra, con la impresion de su mano, el carácter de su autoridad; tal es Jesucristo y su Iglesia.

Impiedad y culpabilidad de los indiferenciales.

Puso en esta Iglesia una sola autoridad, capaz de abatir el orgullo y de levantar al humilde, y que, igualmente idónea para los sabios que para los ignorantes, imprime á unos y á otros un mismo respeto. Contra esta autoridad se rebelan los libertinos con un aire de desprecio, y los indiferentes la miran con desden. Pero ¿qué han visto estos gentes extraordinarios, qué han visto más que los otros? ¿Qué grande es su ignorancia, y cuán fácil sería confundirlos, si débiles y presuntuosos no temiesen ser instruidos! Nada han visto, nada oyen, y ni siquiera les es fácil establecer aquella nada á que aspiran después de esta vida, ni pueden contar con tan miserable ventaja! No saben si hallarán á un Dios propicio ó á un Dios contrario. Si le hacen igual al vicio y á la virtud, ¿qué idolol! Y ¿de dónde han sacado que todo lo que puede pensarse de este primer ser sea indiferente, y que todas las religiones que se ven en la tierra sean igualmente buenas? Porque haya algunas falsas, ¿hemos de decir que no hay ninguna verdadera, y que no podemos ya conocer al amigo sincero por estar rodeados de engañosos? ¿De dónde han sacado que la pena y la recompensa sólo sean para los juicios humanos, y que no haya en Dios una justicia, cuyo destello es la que brilla entre nosotros? Y si existe tal justicia soberana, y por consiguiente inevitable, divina, y por consiguiente infinita, ¿quién nos dice que no obra nunca según su naturaleza, y que una justicia infinita no se manifieste al fin con un suplicio infinito y eterno? ¿Dónde están pues los impíos y los indiferentes, y qué seguridad tienen contra la venganza eterna con que se les amenaza? ¿Irán á falta de mejor religión, á sumergirse en último término en la sima del ateísmo, y elevarán su reposo en un delirio que no cabe en el espíritu? ¿Quién resolverá sus dudas? Su razon, que toman por norte, sólo les presenta conjuras y tropiezos. Las absurdas en que caen negando y despreciando la religion, son más insostenibles que las verdades, cuya profundidad les asusta; y por no creer misterios incomprendibles, acuden como tras otro todos los incomprendibles errores. Qué es pues en último resultado, y qué significa su despreciada incredulidad, su imperdonable indiferencia, sino un error sin fin, un error criminal, una impiedad que todo lo avienta, un aturdimiento voluntario, y en una palabra un orgullo tan desmedido que no pueda salir su remedio?

Qué culpable es pues el, qué irreparable desgracia pasar la vida entera en una indiferencia culpable sobre el porvenir del alma, y olvidar totalmente los deberes de hombre, de cristiano, viviendo é muriendo en esta ciega indiferencia! Qué terrible será el momento de despertar en la asamblea! Levántate, vosotros que dormís, dice el Apóstol de los Gatos, levantados de entre los muertos; y Cristo os iluminará: *Surgi, quia dormitis; et erurge á mortuis; et illuminabit te Christus.* (Ephes. V. 14).

## INFIERNO.

¿Qué es el Infierno? ¿Qué es la privación de todos los bienes?

**E**l infierno es la privación de todos los bienes y la reunión de todos los tormentos... El infierno es la privación de todos los bienes: yo no más riquezas... no más honores... no más placeres... no más libertad... no más alegría... no más dicha... no más consuelo... no más luz... no más esperanza... no más caridad... no más reposo... no más gracias... no más Dios... etc. etc....

¿Qué es el Infierno? ¿Qué es la reunión de todos los males?

**E**l infierno es la reunión de todos los tormentos y de todos los males....

Fuego terrible y eterno. ¡Id lejos de mí, malditos, id al fuego eterno: *Discedite á me, maledicti, in ignem aeternum* (Math. XXV. 41).

Aquel fuego, dice Lactancio, arderá y alimentará á los réprobos para consumirlos de nuevo, y siempre con igual fuerza y poder; y devorará al condenado todo lo que la gente devorándolo; aquel fuego terrible será un alimento eterno de los impíos: *Divinus ignis una eademque vi atque potentia, et crescat impiis, et recreabit, et quantum e corporibus absorbet, tantum reponet; ac sibi ipsi aeternum pabulum subministrabit*. (Lib. VII. c. XXI).

El fuego del infierno produce en el alma separada del cuerpo los mismos tormentos que experimentar si tuviese cuerpo....

Los réprobos, dice S. Pablo, están en medio de las llamas por no haber querido conocer á Dios, ni obedecer el Evangelio: *In flamma ignis dentis vindictam in qui non nocuerunt Deum, et qui non obediunt Evangelio*. (II. Thess. i. 8).

Halla vuestra mano, Señor, á todos vuestros enemigos, dice el Salomista; extiéndase vuestra diestra sobre todos los que os aborrecen. Serán entregados al fuego; el Señor los consumirá en su furor; y el fuego devorará sus restos: *Incensabit manus tua omnes inimicos tuos; dextera tua inveniat omnes qui te oderunt. Ponet eos ut cibus ignis; Dominus in ira sua conturbabit eos, et decorabit eos ignis*. (XX. 8-9).

Se ha encendido un fuego en mi ira, dice el Señor en el Deuteronomio; y este fuego arderá hasta en las entrañas del infierno: *Ignis succensus est in furor meo, et ardebit usque ad inferna novissima*. (XXXII. 22). El infierno es el peor de los males relativamente al suplicio y á la venganza divina. Y esto, 4.º, porque aquel fuego es un fuego de azufre, un fuego infernal, según aquellas palabras del Real Profeta: Hará llover sobre ellos sus redes; el fuego, y el azufre, y el viento de las tempestades será el cáliz que les prepare: *Pluet super peccatores laqueos; ignis, et sulphur, et spiritus procella-*

*rum, pars calicis eorum*.... (X. 7). 2.º Es un fuego muy ardiente, muy acerbo y penetrante... 3.º Consume inmediatamente las almas lo mismo que los cuerpos... 4.º El fuego del infierno no ilumina; es una densa tiniebla, y atormenta á los réprobos no sólo con su intensidad, sino también con sus tinieblas, su humo y su insufrible olor de azufre. De su boca, dice el Apocalipsis, sale fuego, humo y azufre: *De ore eorum procehit ignis, et fumus, et sulphur*. (IX. 17). Aquel heterá vino puro de la ira de Dios, vino preparado en el cáliz de su ira, y será atormentado con fuego y azufre. Y el humo de sus tormentos se levantará en los siglos de los siglos, y no habrá reposo durante el día, ni durante la noche, para los que hayan adorado á la bestia y su imagen, llevando el carácter de su nombre: *Et hoc habet de vino irae Dei, quod mixtum est mero in calice irae ipsius, et creasabitur igne, et sulphure. Et fumus tormentorum eorum ascendet in saecula saeculorum, nec habent requiem die ac nocte, qui adoraverunt bestiam, et imaginem eius, et si quis acceperit characterem nominis eius*. (XIV. 10-11). Fueroi atorridos vivos en el estanque lleno de fuego y azufre: *Fini misi tant in stagnum ignis ardentis in sulphure*. (XIX. 20). En cuanto á los timidos, añade el Apocalipsis, los neciódulos, los zionimales, los homifidos, los lujuriosos, los envenenadores, los idolatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el abrasado estanque de fuego y azufre, que es la segunda muerte: *Tumulis autem, et incredulis, et ez-eritis, et homicidis, et fornicatoriis, et crenicis, et idololatriis, et omnibus mendacibus, pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure, quod est mors secunda*. (XXI. 8). Aquel fuego es eterno; no puede apagarse ni disimularse....

Medita estas terribles verdades, dice S. Agustín, y opened aquel fuego del infierno á las llamas de la pasión y de la codicia que os atormentan en esta vida. El fuego material de que nos servimos, se apodera de los objetos que recibe y los conserva enteramente para el castigo. Lo llaman *inextinguible* no sólo porque no se apaga nunca, sino también porque no mata ni destruye á los que consumen. Ninguna lengua, ninguna palabra puede hacer comprender, ni puede explicar el poder de aquella pena y de aquel fuego (1).

Venid, venid á ver el horrible espectáculo de las víctimas del fuego del infierno! Entrad en espíritu en aquellas cárceles ardientes, y ved aquellos cautivos amarrados con cadenas candentes. No sólo están en el fuego dice Jesucristo, están sepultados en él: *Sepulsi erit in inferno*. (Luc. XVI. 23). ¡Ved aquel fuego salir de aquellos ojos llenos de adulterio; de aquellos ojos que se fijaban en un ver-

(1) Non recordari, si quis illum voluit, sed cum in manu extinguit, flamma ibi dicitur repulsióne opposita. Ignis hic, qui in presentia est, sicut flamma quae non potest esse vana, ignis est, semper dicitur, et potest esse semper, itaque semper. Proinde cum dicitur, quod ignis hic, qui non potest esse vana, ignis est, semper dicitur, et potest esse semper, itaque semper. Proinde cum dicitur, quod ignis hic, qui non potest esse vana, ignis est, semper dicitur, et potest esse semper, itaque semper.

gourosos objetos! ¡Veis aquel fuego que entra y sale á oleadas de aquellas bocas que tantas veces vomitaron rancios impuros, palabras deshonestas, execrables blasfemias y envenenadas maldiciones! ¡Veis aquel fuego como se adhiere á todas las mentiras, como penetra hasta la médula, y corre por todas las venas, para convertirse al momento en un carbon ardentísimo! ¡Que terrible cosa, justicia de mi Dios! ¡Apodas desgraciadas víctimas no ven más que fuego, no tocan, no tocan, no sienten y no son más que fuego: *Crucifixus in lucé flamma*. (Luc. XVI. 24).

¿Quién de vosotros, esclama Jesús, podrá habitar en el fuego devorador? ¿Quién de vosotros podrá aguantar los ardores eternos? ¿Qué poder, qué virtud de vobis quis vult deavarent? *Ignis habitabit et vobis cum ardoribus sempiternis*? (XXXIII. 14).

El fuego de la tierra, que es raita ardiente, es luz de la bondad de Dios; pero el fuego del infierno es fuego de la justicia y de la ira de Dios....

Los réprobos están en tinieblas deusas y oscuras: *In infernum non eadit lux*. (Psal. XLVIII. 20). Son arrojados en el profundo abismo, en ligares de tinieblas y en la noche de la muerte: *Populavit me in lucis inferni, in tenebras, et in umbra mortis*. (Psal. LXXXIII. 7). Los deposita en las tinieblas, como muertos eternos: *In tenebris collocavit me, quasi mortuus sempiternus*. (Lament. III. 6).

El pecador, el impío buscaba las tinieblas durante su vida para entregarse á sus brutales deseos; y halla en el infierno tinieblas sin tasa y sin fin, en castigo de sus negras pasiones....

El infierno, que es el reino de Satanás, es el reino de las tinieblas... Figúrase á un desgraciado encadenado en una cárcel infecta y oscura, y contenido á no salir jamás, á no ver jamás la luz; ¿qué posición tan aterradoral! ¡Débil imagen de la desgracia de los réprobos sumergidos en las negras y densas nubes del infierno, nubes tenebrosas formadas por el humo del fuego de azufre, menos horrible que el horror de los crímenes de los condenados!....

En el infierno, en el fuego que arde siempre, dice Jesucristo, el gusano que roe á los réprobos no muere: *Vermis eorum non moritur*. (Marc. IX. 43).

El Señor, dice la Escritura, dará la carne de los pecadores á la llama y á los gusanos, para que sean consumidos y atormentados eternamente: *Habit ignem et vermes in carne carum, et uruntur, et exsulant aquas in sempiternum*. (Judith. XVI. 21).

Me horroriza el pensamiento de aquel gusano roedor: *Horreverram mordacem*. (Lib. V. de Consid.)

Aquel gusano roedor indica principalmente los remordimientos é inútiles pesares de los réprobos....

Oigamos á S. Cirilo: Los réprobos, dice, gimen sin cesar, y nadie

3. Tinieblas oscuras y mortales.

4. Gusano roedor.

se compadecere de ellos; gritan desde el fondo del abismo, y nadie los oye; se lamentan, y ningún ser les da libertad; lloran, y ningún corazón se conmueve. ¡Oh pecadores réprobos! ¿Dónde está ahora la jauntancia de este mundo? ¿dónde la vanagloria? ¿dónde las delicias, los deleites, el poder, el fausto, el reposo, los adornos, el oro, la nobleza, la fuerza, la engañosa hermosura, la audacia imprudente y desenfreada, la alegría en el crimen? (*De Exitu animi*.)

San Efraim se vale de las mismas palabras: Los réprobos, dice, lloran amargamente, y gritan diciendo: ¡Oh! ¿cómo hemos podido pasar el tiempo en medio del descuido é inacción? ¡Oh! ¿cómo hemos podido engañarnos así? ¡Oh! ¿qué bien ha caído sobre nosotros la burla y el desprecio que nos inspiraban las cosas santas! Dios nos hablaba, y no le escuchábamos; ahora gritamos, y aparta de nosotros su rostro. ¿De qué nos han servido las grandezas del mundo? ¿Dónde está el padre que nos engendró? ¿Dónde está la madre que nos dió á luz? ¿Dónde están nuestros hijos, nuestros amigos, nuestras riquezas y nuestros bienes? ¿Dónde está la muchedumbre que nos rodeaba? ¿dónde los festines, las diversiones y los paseos? (*Serm.*).

Aquel gusano que les roe no muere: *Vermis eorum non moritur*. (Marc. IX. 43).

El gusano roedor de la conciencia, dice el Papa Inocencio III, desgarrá á los condenados de tres maneras: los desgarrá por medio de la memoria, de la penitencia demasiado tardía y de las angustias. Los condenados recuerdan con un sentimiento y un remordimiento inútiles lo que han hecho con demasiado placer; el aguijón de la memoria mortifica con sus tormentos á aquellos á quienes el aguijón del crimen había empujado al mal. (*In lib. Sap.*).

El gusano roedor no muere, dice S. Bernardo; es el recuerdo del pasado: posesionándose este gusano del alma, ó naciendo más bien allí con el pecado, se adhiere fuertemente, y jamás abandonará al réprobo. No deja un instante de roer la conciencia, y saciando su hambre en aquel alimento impercedero, perpetúa así su existencia (1).

El mismo santo doctor pone las siguientes palabras en boca del réprobo: ¡Ay, madre mía! ¿por qué habéis dado á luz un niño de dolor, un hijo de amargura, de indignación, de lágrimas y de eternos sentimientos? ¡Heu me, mater mea! *quid me genuisti filium doloris, filium amaritudinis, indignationis, et plorationis aeternae*! (Lib. V. de Consid.)

El gusano de la conciencia, que roe hasta la médula de los huesos, y roerá eternamente á los condenados, les habla así: ¿Cómo habéis vendido vuestra alma tan preciosa, aquella alma inmortal y única, á tan vil precio? ¿Cómo la habéis vendido por un poco de barro al

(1) Hoc est vermis qui non moritur, memoria peccatorum, semel injecta, vel postea tantum per peccatum. Hæc si firmet, corpus quæ detinetur, avellandis. Non cessat roderi, succedentibus, coque pastos massa, utique inconsumptibili, perpetua vitam. Lib. V. de Consid.

demonio y al infierno? ¿Cómo por un corto y degradante delito os habeis arrojado en estos fuegos espantosos é inextinguibles? Podiais servirlos según la voluntad de Dios de lo que era vuestro; y merecer la gloria eterna, y tener un lugar entre los bienaventurados y los ángeles; pero, insensatos, ¡habeis preferido abusar de todo! Por esto vuestra suerte ha de consistir en estar eternamente con los demonios. ¡Ah, insensatos! ¿Por qué habeis sido tan poco previsoras y tan crueles para vosotros mismos? ¿Por qué habeis trocado la felicidad eterna por un alimento tan vil? ¿Por qué habeis comprado por un momento de placer una eternidad tan desgraciada? ¿De qué os sirve actualmente vuestro orgullo? ¿De qué os sirven vuestros criminales gozes? Todo pasó como pasa un sueño, una sombra, el humo....

Los réprobos ven sus extravíos, y se los echan en cara á sí mismos. ¡Ah! dicen, si, víctimas á lo incierto de un implacable destino, no hubiésemos podido evitar nuestra suerte fatal, nos conformaríamos con la cruel necesidad, y seríamos menos desgraciados; pero nos hemos perdido para siempre por culpa nuestra, pues podíamos salvarnos. ¡Sobre nosotros cae exclusivamente la responsabilidad de nuestra horrible desgracia! Nosotros somos los autores de nuestro infortunio; nuestra es la culpa de la pérdida infinita é irreparable de Dios. Podíamos poseerle eternamente en el cielo y reinar con los Santos que allí están ahora, pues la puerta de aquella dichosa morada tan abierta estaba para nosotros como para los demás; pero no hemos querido entrar, hemos dejado la senda que allí conduce para seguir el ancho camino que nos ha conducido á la perdición. Oh Israel, tu pérdida viene de tí mismo; *Perditio tua ex te, Jerus.* (Dato. XIII. 9).

¿Qué ciegos é insensatos éramos! ¿Par bienes tan frágiles, que no han hecho más que pasar por nuestras manos; por un torpe y degradante placer, del que no nos queda más que el triste recuerdo y la vergüenza, habíamos de perder bienes eternos, delicias inefables que gozaríamos ahora en la mansion de la gloria? ¡Habíamos de aficionarnos á una indigna criatura con preferencia al Creador, que es el único que podía llenar la vasta extensión de nuestros deseos?

¡Cuántas amarguras y dolores ocasionará á los réprobos esta voluntaria pérdida de Dios, del cielo y de la salvación! ¿Qué horribles y punzantes serán sus recordamientos! En aquel infierno, en que el alma, encerrada en sí misma, no tendrá ya en medio de huir, de culmarse ni de distraerse, sentirá todo el rigor de aquellos ciertos recordamientos; la rodarán y mortificarán por todas partes; y de cualquier lado que se vuela, se verá sobre espaldas que penetrarán en su sustancia hasta no poder ya arrancarse. Sin cesar recordará y se echará en cara los pecados cometidos; los que hizo cometer y el abuso de las gracias de su Dios. Los pecados que comulgó é hizo cometer se le presentarán, no confundidamente, ni unos tras otros, sino con claridad, juntos y en toda su deformidad, diciéndole: «Nos conoces ahora? Tú nos hiciste; somos obra tuya.» Y este cruel pensa-

miento «he perdido á Dios por culpa mia,» no abandonará nunca al réprobo, y lo ocupará, lo afligirá y le atormentará siempre. ¿Qué he hecho, desdichado? dirá para sí. He sacrificado á mi Dios, mi alma y mi eternidad; me he hecho digno de suplicios eternos; he abusado de la sangre de Jesu-cristo, y he menoscabado todas sus gracias. ¡Ah! veo el calvario á mi lado, veo la sangre de Jesu-cristo que cae sobre mí, y alimenta la llama que me desora.

¡Oh desdichados réprobos, ahora veis vuestros extravíos; pero ya es tarde! ¡Desdichados! Nadie os compaña; el mundo, el demonio, las pasiones no os violentaban; tan sólo os halagaban y sollicitaban. Vosotros habeis libremente elegido la muerte en vez de la vida, el demonio en vez de Dios, y el infierno en vez del cielo....

Meditemos, mientras todavía es tiempo, tan terribles verdades....

Los réprobos están atados y encadenados juntos, y cada uno tiene sus cadenas propias; cadenas particulares, cadenas generales. Estas cadenas son cadenas enrojecidas en fuegos ardientes; están templadas en sus lágrimas para que jamás se rompan ni desgasen.

Están encadenados, dice la Sabiduría en los lazos de las tinieblas y de una larga noche; encerrados, y yacen en mansiones de desesperación; ellos, los fugitivos de la eterna Providencia; *Invoculis tenebrarum, et longa noctis compediti, inclusi sub tectis, fugitivi perpetue Providentie jacuerunt.* (XVII. 9).

Todos están atados con una cadena de tinieblas; *Una catena tenebrarum omnes erunt colligati.* (Sap. XVII. 17).

La asamblea de los malos, de los réprobos, dice el Eclesiástico, es como un montón de paja; están consumidos por medio de las llamas; *Stippa collecta synagoga peccantium, et consummatio illorum flamma ignis.* (XXI. 10).

Coged primero la zizania, dice Jesu-cristo, y atadla en haces para quemarla; *Colligite primum zizania, et alligatæ in fasciculos ad comburendum.* (Matth. XIII. 30).

En los presidios, los facinorosos están atados por grupos ó parejas, y cuando uno de los presidarios anda, se detiene, sule ó baja, imprime á los demás los mismos movimientos; ¡débil imagen de la que en el infierno pasa! Todos los réprobos, atados unos con otros, se ven obligados á sufrir los movimientos y las agitaciones de cada réprobo, y cada réprobo los movimientos y la agitación de todos. Y á consecuencia de esa furiosa é incesante sacudida, todos los ecos del infierno repiten el ruido confuso y arrojador de todas las pesadas cadenas arcastradas por la multitud innumerable de los demonios y de los réprobos. ¡Qué horrible espectáculo!....

Así como un león encadenado y furioso se abalanza, y en su rabia muere en cadena, y la roe rabiando; los condenados están eternamente ocupados en limar sus cadenas con el rechimiento de sus dientes, y en tratar de romperlas sin jamás poder conseguirlo.

6. Como veían y tratan los demonios á los reprobos.

A la llegada de un réprobo en el infierno, dice Isaías, la mansion de la muerte queda turbada hasta el fondo de sus abismos; delante de él se lanzan los principes que la habitan; todos los demonios y los réprobos levantan sus voces, y dicen: ¡Pues qué! tú tambien has sido herido como cada uno de nosotros; ya eres semejante á nosotros; tu gloria ha caído en el abismo, y tu cadáver está extendido en la tierra; los insectos te devoran, y los gusanos forman tu vestido (1).

Todos los demonios van á buscar á aquel réprobo á la puerta del abismo, y todos le gritan con infernal alegría: Ven, condenado, ven á vivir con nosotros, con un fuego devorador, con llamas eternas; ven en medio del humo de los tormentos que sube durante siglos de siglos; ven, vamos á recompensarte y á pagar tu obediencia á nuestras excitaciones; nos has escuchado y seguido en la tierra cuando te dejamos: Bebe este licor del defecto, embriégate con blasfemias é ira. Nos escuchabas; escucha todavía, escucha en este momento: Bebe el cáliz de fuego y de azufre; bebe el cáliz de la ira del Dios vivo; bebe en la copa de nuestro furor....

Todos los demonios se encarnizan, persiguiendo y haciendo sufrir al réprobo. Víctima en la tierra de las pasiones que ellos le sugerían, es en el infierno la víctima de su incesante furor.

Pecadores, modidad estas terribles, pero saludables verdades....

7. Separación de Dios.

La separación de Dios es la pena principal de los condenados. ¡Un Dios perdido, el bien por excelencia, el autor y el manantial de toda dicha; qué pérdida! No puede apreciarse toda su amargura, ni medirse toda su extensión. No, no podría ser comprendida. Para tener una idea de ello, recordad aquel deseo invencible que todos los hombres experimentan de felicidad. Este deseo es un sentimiento profundo que nos domina y nos sigue por todas partes; es el móvil de todos nuestros pasos, nuestras empresas y acciones. Este deseo es obra del mismo Dios; Dios lo ha colocado en el corazón del hombre al formar á éste. Y sólo Dios puede satisfacerlo; haciendo el corazón del hombre para sí; y sólo él puede llenarlo. Por esto aquel corazón llama á su Dios como á su dueño y soberano bien. Sin embargo, el hombre se distrae con las inclinaciones y afectos que sus sentidos le sugieren; se aparta de Dios, y busca en otra parte el cumplimiento de sus deseos; pero, como está extraviado, le turba la privación del objeto que únicamente puede hacer su dicha. Por esto, qué agitación no es la suya durante su pasajera existencia en la tierra? Viajero en este mundo, si en vez de levantar los ojos al Cielo, los fija en lo que le rodea; si juzga que las ri-

(1) Infernus salutaris constrictus est in occurrenti adventu tui. Omnes principes sustulerunt de solio suo, circum ibant tibi. Et tu vulneratus es sicut et nos: nosi similis effectus est de gloria superbia tua, condidit cadaver tuum, subterit sterneat tunc, et operimentum tuum erunt vermes. XIV. 2-11.

quezas, los honores y los placeres pueden hacerle feliz, ¡con qué impetuoso ardor va en pos de tales quimeras! Nada puede impedirle pelear su rápida marcha; nada puede hacerle desistir. Los tropiezos y los peligros sólo sirven para aumentar su deseo, y los obstáculos irritan su ardor. Ved al guerrero; arrostra mil veces la muerte en los combates para adquirir alguna gloria. El negociante abandona su patria, sus amigos, su familia, y atraviesa los mares, se expone al naufragio, y laja á una ribera lejana para procurarse alguna fortuna. ¿Cuál no es la violencia de los deseos del que está dominado por el amor de las criaturas? La pasión se apodera de todas sus facultades; el menor retardo le impacienta; la necesidad de poseer lo que ama, le absorbe enteramente; y algunas veces es hasta más imperioso que el amor de la vida; pues vemos á desdichados, y no son pocos, que se suicidan de desesperación, se matan por no haber podido alcanzar el fantasma que creían había de ser su dicha.

Ciegos mortales, ¿no veis que nada en la tierra puede llenar el corazón? Rebinanse todos los gozes, varíense, multiplíquense sin término; y á pesar de esto no tardaremos en conocer su insuficiencia y su vacío. Incapaces de apagar el hambre del corazón, estos frutos de la tierra, seductores por fuera, ocultan todos una pronta y desagradable amargura. Los placeres, los afectos se gastan dolorosamente y muy luego. Todo pasa, y no deja tras sí más que disgusto, ansiedad y aquel inexorable fastidio que constituye el fondo de la vida humana.

No, no, nada en la tierra puede llenar y saciar el corazón. El corazón es más grande que el mundo; pide á su Dios, quiere á su Dios, y á su Dios buscaba, cuando un objeto engañoso vino á precipitarle en la ilusión....

En la tierra, el hombre distraído y engañado por todo lo que está al rededor suyo, no reflexiona bastante sobre esta verdad, que pasa desapercibida para la gente del mundo; pero en el infierno no hay distracciones, porque no hay ya ilusión. El alma del pecador que dormía en la tierra, se despierta en el infierno, y se despierta para no volver á dormir. Va á su Dios; ya no hay ilusión; le ve como á su único bien, como al único objeto que pudiera hacerle feliz; se lanza entonces con la velocidad del rayo; pero un brazo invisible la detiene, la rebuzna; un intervalo inmenso la separa de su Dios. Así contestó Abraham desde lo alto del Cielo al mal rico, que sumergido en el infierno, le pedía con instancia una gota de agua. Como estaba en los tormentos, dice el Evangelio, alzando la vista, vió de lejos á Abraham y á Lázaro en su seno; y, dando un grito, le dijo: Padre Abraham, tened lástima de mí, y enviad á Lázaro, á fin de que humedezca el extremo de su dedo en el agua para refrescar mi lengua, pues sufro horriblemente en esta llama. Y Abraham le contestó: Hijo mio, un abismo inmenso nos separa, de modo que si alguno quisiera pasar de uno á otro lugar, no le sería posible. [Luc. XVI. 25-26].



Sin embargo, aquella alma, en el infierno, dirige sin cesar sus miradas hacia el Cielo; ve siempre á su Dios, conoce su grandeza, y alcanza todas sus perfecciones. Gran Dios, exclama, ¿será verdad? Os he perdido; y perdiéndolos, todo lo he perdido! Hermoso Cielo, para el cual habia sido creado, jamás, jamás te veré! ¡Oh feliz mansion, deliciosa patria mia, tus puertas estarán eternamente cerradas para mí! ¡Tenia allí preparado un trono de gloria, y he renunciado á él para siempre! ¡Queridos padres, queridos amigos que allí habitáis, para siempre me he despedido ya de vosotros! ¡Jamás gozaré con vosotros de la presencia de mi Dios; jamás heberé aquel torrente de delicias que os inundó; jamás tomaré parte en vuestra gloria! En vuestra radiante cabeza brilla la corona de la inmortalidad, y la que me estaba destinada la he dejado caer de mi cabeza para siempre! ¡Todo está concluido, todo lo he perdido; y mi pérdida es irreparable!

Sin embargo, aquella alma se inflama con nuevo ardor, y se lanza; pero, ¡frío estéril! la detienen en su camino cadenas que no puede romper. ¡Quién podía tener idea de su tormento! Arrojada sin cesar y empujada hacia el Cielo, se ve rechazada al infierno. Tiende á Dios como á su centro, se dirige hacia él con impetuosidad, y el oleaje de un mar horraroso que se estrella sin cesar contra las rocas, es una muy débil imagen de su agitación. ¡A dónde vas, alma criminal! ¡Vistas ante tu Juez, te precipitas entre los brazos de un enemigo, bajo los golpes del Dios omnipotente y vengador! En aquella consideración, ni aquellas alarmas, ni los castigos que se preparan, son capaces de detener el violento impulso que la arrastra. Se lanza por la necesidad de su naturaleza; y todo el peso de su iniquidad le hace volver á caer sobre sí misma; su pecado forma una muralla impenetrable á sus más impetuosos deseos. Se levanta por la necesidad apremiante é inmensa que tiene de su Dios; y todas las perfecciones divinas que ha ultrajado se apresuran á rechazarla; y Dios la rechaza tambien por el odio que necesariamente tiene al pecado. Se lanza otra vez, y la rapidez de su esfuerzo le hace comprender que quilibra creada para gozar de Dios; se ve rechazada, y el empuje del golpe que la aplasta, le hace sentir mejor que ha precedido á Dios á que la rechazase. Todo su ser, todas sus inclinaciones la arrastran al seno de la Divinidad, y la misma mano que imprime estos movimientos en su voluntad, la rechaza con una fuerza invencible. Se levanta por desesperacion, y Dios la rechaza por justa venganza. Recibe constantemente el impulso de dos terribles movimientos: uno irresistible hacia Dios para poseerle, y lejos de los demonios y del fuego para evitarlos; pero se ve obligada á volver á caer, impelida por la ira de Dios y arrastrada por los demonios; se lanza siempre hacia Dios; y Dios la rechaza siempre: huye siempre de los demonios, y los demonios, teniendo la encadenada, la arrastran siempre al fondo del abismo. Dios, á quien ella quiere, huye; y los demonios, á quienes no quiere, la aprisionan.

Huye de sí misma sin poderse escapar. Suspendida entre Dios y los demonios, entre el colmo de la felicidad y el colmo de la desgracia; igualmente desgraciada cuando se esfuerza en aproximarse al manantial de todos los bienes, como cuando se ve arrastrada de allí con violencia; igualmente atormentada cuando sale de sí misma, como cuando se ve obligada á entrar en sí misma, halla su Dios sin poder poseerlo; lo desea, sin poder gustar la dulzura de sus deseos; lo aborrece, sin experimentar el triste consuelo que en algunas veces el odio; pasa de las tinieblas á la luz, de la luz á las tinieblas; se precipita de él mismo en abismo y de horror en horror; lleva el infierno hacia el Cielo, y vuelve á llevar la imagen del Cielo hacia el mismo infierno. ¡Oh crueles tormentos!

Desde el momento en que el soberano Juez solemniza su espantosa maldición contra los pecadores que entran en la eternidad con un sólo pecado mortal; apartaos de mí, malditos, á mí el fuego eterno: *Discedite á me, maledicti, in ignem eternum.* (Matth. XXV. 41.) \* los reprobos estarán eternamente bajo el peso de aquella maldición divina.

Para tener una idea de la fuerza de la maldición del Real Profeta: Ha amado la maldición, y caerá sobre él; no ha querido la bendición, y se alejara de él. Se ha cubierto con la maldición como con una capa, y esta ha entrado como el agua en sus arañas y como el aceite en sus huesos. Sea para siempre el vestido con que se cubra y el cinde que quibrante sus miembros: *Dixit maledictionem, et venit ei; et venit benedictionem, et elongabitur ab eo. Et induit maledictionem sicut vestimentum, et intravit sicut aqua in interiora eius, et sicut oleum in ossibus eius. Fiat ei sicut vestimentum, quo operitur; et sicut zona qua semper prepingitur.* (Cvii. 18-19). He ahí pues cuatro terribles efectos de la maldición de Dios: 1.º rodea exteriormente al reprobado...; 2.º entra adentro, y se agarra á las potencias del alma...; 3.º pasa aún más lejos; penetra como el aceite hasta la médula de sus huesos y atraviesa hasta el fondo de su sustancia...; 4.º esta maldición será siempre permanente.... Tal es el desgraciado estado de los condenados....

¡Verse un alma creída á imagen de Dios, rescatada con la sangre de un Dios, y hecha para gozar de Dios durante la eternidad; verse maldicida por su Dios, su creador, redentor, su salvador y su único y soberano bien! Puede un suprema desgracia comprenderse y explicarse? No...; pero podemos evitarla....

¡Durante la vida, los demonios no dejan de actuar á los pecadores para seducirlos y precipitarlos en el infierno. Como á nuestros primeros padres, ofrecen á cada instante frutos prohibidos, diciendo: No morietis, seréis como dioses. *Nepaquam morietini; eritis sicut dii.* (Gen. III. 5). Pero en el infierno no actuarán ya; indigestarán sin fin á aquellos ciegos que han tragado el veneno de la seducción...

\* La maldición de Dios contra los reprobos.

\*\* Los demonios seducen á los reprobos, y los reprobos se maldicen á unos á otros.

En la horrible morada donde se sufren los eternos tormentos, se hallarán reunidos los compañeros de orgías que se enardecían mutuamente para saltar todos los límites del pudor. Allí los amigos serán los verdugos de sus amigos, se llenarán de amargas quejas, y se enbriarán de insultos, de sangrientos ultrajes y maldiciones. Allí hallará á su hijo el padre negligente y escandaloso, y tendrá que escuchar de él estas palabras: Desgraciado padre, tú me has guiado en los caminos de la iniquidad; tú me enseñaste á engañar á mis semejantes; tú arrojaste en mi corazón los gérmenes de la ambición; de tí aprendí á profanar el domingo, á blasfemar, á embriagarme y á despreciar todos los preceptos de la Iglesia; tú eres la causa de mi desgracia; te maldigo, y te maldicearé eternamente!

¡Ah! la hija se arrojará sobre su madre como un ave de presa, como una furia. Desgraciada, ¿por qué me diste á luz si querías darme una eternidad de suplicios? No has dejado de enseñarme el mal con tu criminal y frívolo desuido, con tus immodestas y cobardías. Me has perdido! ¡Ah! ¡Mas hubiera valido que con tus crueles manos me hubieses ahogado en la cuna! Maldita seas para siempre! Y todos los ecos del infierno repetirán: Maldita seas para siempre!.

Libertinos escandalosos, allí encontraréis á las víctimas de vuestras seducciones; os perseguirán, y no os dejarán ningún descanso; cada una de sus quejas será un dardo agudo y abrasador que atravesará vuestro corazón. Corruptor atómizable, cruel asesino, seductor hipócrita, me arrebataste mi inocencia, mi virginidad, mi dicha y mi corona; malaste mi alma, y me hiciste perder á mi Dios! ¡Ah! demonio encarnado, ¿qué te había hecho mi alma inmortal, destinada á la vida de la eterna gloria, para que te diesses el golpe de eterna muerte? Sufre, cruel, sufre para siempre! ¡Te maldigo en mi odio implacable!

La Muerte en el Infierno.

Oigamos al Rey Profeta: Serán amontonados en el infierno como rebaños, y serán presa de la muerte: *Sicut oves in inferno positi sunt, mors depascet eos.* (XLVIII. 45). ¡Qué justa es esta comparación! dice S. Bernardo. Después de haber perdido el velo de las riquezas, los réprobos dura y completamente despojados, serán arrojados desnudos á las llamas eternas. La muerte se alimentará de ellos, porque morirán siempre para la vida, y vivirán siempre para la muerte; su cuerpo será entregado á los gusanos, y su alma al fuego, hasta que por una desgraciada y nueva unión sean asociados juntos en horribles tormentos, ellos que habían vivido unidos en todos los vicios (1).

El pecado mortal engendra la muerte, dice el apóstol Santiago: *Pecatum, cum consummatum fuerit, generat mortem.* (I. 15). No hay muerte, dice S. Agustín, tan terrible y miserable como aquella en

(1) Quam beate aliam oves, qui detracto vellere dirigituram, dura pressaque detores, seminatibus suis deputatur incubida. Mors depascet eos, qui semper momentum ad vitam, et semper vivunt ad mortem. Ergo hoc erit verbum, illic animo ignibus deputatur, dicitur rursus inferni collegio colligari torquentibus pessimalibus societur, qui socii fuerint in vita. *Serm. II. in Esaiam.*

que nunca se muere: *Nulla major et peior est mors, quam ubi non moritur mors.* (Lib. VI Civit., c. ultim.).

En el infierno, dice S. Gregorio, el alma pierde la vida de la dicha, pero no su ser; por cuya razón está en la dura necesidad de sufrir la muerte sin morir, de pecar sin perder, y de acabar siempre sin acabar, puesto que por ella la muerte es inmortal. Es una consumación sin consumación, y un fin sin fin; así pues es para ella una muerte sin muerte, un término sin término, una destrucción que no destruye (1).

La muerte los tomará por alimento: *Mors depascet eos.* (Psal. XLVIII. 45). La muerte, dice S. Jerónimo, será el pastor de los réprobos. Es muy justo que sean guardados y alimentados por la muerte aquellos que no quisieron tener á Jesucristo por buen pastor: *Mors pastor erit eorum. Merito pascuntur a morte qui Christum noluerunt habere pastorem bonum.* (Comment.).

El réprobo, dice S. Gregorio, pagará todas sus crímenes, pero no será destruido. No será aniquilado por la muerte, pues si la vida de aquel muerto fuese destruida, dejaría de existir; pero, á fin de ser atormentado sin término, se verá obligado á vivir en los suplicios; para que aquel cuya vida en la tierra ha sido una muerte en el pecado, sufra en el infierno una muerte que sea vida en el castigo (2).

El padecer muere aquí para tí, ó desgraciado réprobo, y tu fin empieza siempre, dice S. Gregorio: *Tibi mors vivit, et finis semper incipit.* (Lib. XV. Moral., c. XII).

¡Qué triste y terrible es la muerte de los condenados! Porque, así como los cadáveres sirven de pasto á los gusanos, la vida de las almas réprobas será alimentarse de la muerte durante la eternidad....

En el infierno, la muerte vive siempre; allí posee una fecundidad segura; allí está su trono, allí su reino. Si queréis pues saber lo que es el infierno, os lo diré: El infierno es la morada y el reino de la muerte; porque la muerte eterna domina por derecho absoluto, y reina sobre todos los condenados, hombres y demonios; y su reino no tendrá término. En la tierra están los pecadores en el vestibulo de la muerte, y en el infierno están en la mansión y en las entrañas de la muerte.

El Cielo es el reino de la vida; porque Dios es su rey; el infierno es el reino de la muerte; ella sola manda y reina allí....

La muerte tiene en el infierno por presa á los condenados, y los condenados á su vez se alimentan y viven de la muerte....

Tengo horror de la muerte que siempre vive, dice S. Bernardo; tengo miedo de ser presa de aquella muerte que es una vida, y de

(1) Animum esse posito bene esse perdit, et esse non perdit; qui se se semper cogitit et ut moritur sine morte, et debetum sine dubio, et finem sine fine cadit. Quod ubi est et licet carnis mors sit, et debetum saluberrimum, et sine timore. Et ego inquit mori scire et licet quod fuit dicitur, nec tamen committitur. Non moritur consummationem, nisi si consummatur vita consummatione, ubi vita transiret. Sed que licet transiret, vivens in parva committitur et corpus vite moritur licet finis culpa. *lib. c. cetera. v. v. para. LII. c. v. Moral. c. XII.*

aquella vida que es una muerte. Esta es la segunda muerte que nunca priva del sentimiento, y sin embargo siempre mata. ¿Quién dará á los réprobos el consuelo de morir una vez para no morir eternamente? *Horreo mortem vivacem. Horreo incidere in manus mortis vivacis et vite morientis. Hec est secunda mors, que nunquam percutit, sed semper occidit. Quis det illis semel mori, ut non moriantur in aeternum?* (Lib. V. de Consid., c. XII).

En el infierno, dice S. Gregorio, el alma es mortalmente inmortal, ó inmortalmente mortal. Es inmortal de manera que pueda morir; es mortal de manera que no pueda dejar de vivir; pues el vicio y el suplicio le arrebatan la vida feliz, pero uno y otro le dejan la vida esencialmente unida á su ser (1).

Los réprobos dicen á las montañas: *Cad* sobre nosotros; y á las colinas: *Sepultus*. (*Osee X. 8*). Desean la muerte para librarse de los castigos; y no pueden morir.... Hablando así, ¿qué quieren los condenados, dice S. Bernardo, sino la muerte de la muerte, para poder morir á fin ó escapar de la muerte? Pero invocarán la muerte, y nunca vendrá á libertarlos: *Que dicunt montibus: Cadite super nos; et collibus: Operite nos; quid usi mortem mortis beneficium aut finire aut cadere voluit? Invocabunt mortem, et non veniet.* (Lib. V. Consid.).

11. Desesperación en el infierno.

Los réprobos están excomulgados y separados para siempre de Dios; de los ángeles y de la Iglesia. No reciben, ni pueden recibir auxilios de Dios, de los ángeles, de los hombres, ni de ninguna criatura; están definitivamente abandonados de Dios, del Cielo y de la tierra. No tienen ya tiempo para hacer penitencia; sus oraciones no tienen ya valor; no puede aplicarseles la redención; están para siempre fuera de la misericordia; están irrevocablemente condenados á no ver jamás á Dios y á estar eternamente con los demonios en un fuego que jamás ha de apagarse; todas las criaturas visibles é invisibles, corpóreas y espirituales son enemigos suyos; se aborrecen unos á otros; están privados de toda caridad, y se hallan sin esperanza de reconciliación; comprenden muy á las claras, y sienten muy vivamente lo que han perdido para siempre, y los males que se han atraído con el pecado, viéndose en la imposibilidad de poder nunca amar á Dios....

En este espantoso estado, hacen los réprobos rechinar sus dientes, abundándose á la más horrible y cruel desesperación. Dicen con la rabia de su irremediable desgracia: *Mi fin está perdido, ya no hay esperanza. Et dixit: Perit finis meus, et spes mea á Domino.* (Lament. III 18). *Mi pérdida no tiene remedio; ya no tengo vida, ya ha terminado; ya no tengo la esperanza de ver el fin de mis*

(1) Anima immortaliter est immortalis, et immortaliter mortalis. An semel immortalis est, et non potest de mortalitate esse, ut non non possit. Nam, sicuti vivens esse potest, sic non potest esse per se, sicuti esse potest. Essentia vero non vivens, neque per vitam, neque per supplicium perit. Lib. IV. Moral. c. VII.

males; jamás acabarán mis desgracias; jamás me vero libre; jamás tendré reposo, libertad, alegría, consuelo ni Dios. Negra cárcel, de la que ya no he de salir, no tienes piedad. *Perit finis meus, et spes mea.* Esto le sumerge en la rabia y hace rechinar sus dientes....

Entregados á la horrible desesperación, pronuncian estas desgraciadas despedidas: Adios, vosotros todos los pastores; adios, apóstoles, profetas y mártires; adios, asamblea de los patriarcas; adios, ejército de los santos ascoretas; adios, cruz preciosa y vivificante; adios, eterno reino de los cielos; adios, celestial Jerusalen, madre de los elegidos; adios, paraíso de las delicias; adios, vos también, Señora nuestra, madre de Dios, madre de Aquel que amó tanto á los hombres; adios, padres y madres, hijos é hijas, esposos y esposas; no volveremos á vernos nunca! (*S. Ephren. Tract. de Abrenunt. et variis inferni pœnis*).

Un juicio muy riguroso espera á los poderosos del siglo, dice la Sabiduría, y por consiguiente un infierno más terrible que á los demás réprobos: *Judicium durissimum his qui presunt, scilicet.* (VI. 6). Los poderosos serán poderosamente atormentados; los más famosos en el crimen, en la seducción, en el escándalo y en los puestos que indignamente ocupan: *Potentis potentem tormenta patientur.* (Sap. VI. 7). A los más grandes está destinado el suplicio más grande: *Pœntioribus pœntior instat cruciatus.* (Sap. VI. 9).

Hay muchas habitaciones en la casa de mi padre, dice Jesucristo: *In domo Patris mei mansiones multe sunt.* (Joann. XIV. 2). Los elegidos obtienen una gloria proporcional á sus méritos, porque Dios da á cada uno según sus obras. Lo mismo sucede en el infierno. Hay varias moradas; y cuanto más culpables son las almas que allí se hallan, más baja en el infierno, más cerca están de los demonios; y más graves son sus suplicios. La justicia reina en el infierno como en el Cielo. Los Apóstoles en el Cielo tienen un lugar distinguido entre los demás elegidos y están más cerca de Dios. Judas, el apóstol pérdido, tiene en el infierno un lugar muy distinto del de muchos otros réprobos. Cada pecado mortal merece el infierno; así pues el que va al infierno cargado de mil ó de cien mil pecados mortales, debe necesariamente sufrir mil ó cien mil veces más que el réprobo condenado por un solo pecado mortal, suponiendo que su pecado no tenga más gravedad que cada uno de los mil ó de los cien mil del otro: pues los pecados más graves reciben mayor pena....

Dios infinitamente sabio y justo, todo lo pesa, y da á cada cual lo que le pertenece, sea en recompensas, sea en castigos.

¿Qué ciego es el hombre y desgraciado si no aumenta á cada instante sus méritos y su corona, y aumenta, por el contrario, sus pecados y su suplicio!

Escuchad á San Cipriano: El réprobo, despojado de todo vestido, arderá en las llamas incorruptibles; el rico vestido hoy con púrpura,

12. Graduación de los suplicios.

13. Todos los males que se sufren en el infierno.

será entregado desnudo á toda la actividad de un fuego devorador. Las pasiones hallarán su tormento y su eterno alimento en sus propios ardores; los desgraciados réprobos serán consumidos en calderas candentes. Lugar cruel es el que se llama inferno! Lugar de universales maldiciones, de universales quejas, de gemidos y llantos universales. El condenado respira y aspira el horrible incendio del hameante abismo, y las llamas que, furiosa, se lanzan como de un cráter en la horrible noche de las tinieblas. Montañas de fuego corren desde las abrasadas rocas sobre todos y cada uno de los réprobos, y los aplastan; lavas hirvientes é inflamadas de azufre, de pez y betún, como formando un torrente impetuoso, los arrastran y los hacen rodar al fondo del abismo, siendo allí anegados y soportados como Farao y su ejército en el fondo del mar Rojo. Las ardientes llamas que llenan el infierno, saltarían si hallasen salida; pero, como el infierno está herméticamente cerrado y tiene el sello del Dios vengador, aquellas llamas que cubren las bóvedas del infierno, vuelven á caer y se encorvan sobre sí mismas, rodeando millones de veces á los réprobos. (Serm. de Ascens. Dom.).

Murió el rico; y fué sepultado en el infierno, dice Desmaris: *Mortuus est dives, et sepultus est in inferno.* (Luc. XVI, 22). Durante su vida, había sepultado su alma en la crapula; y ahora está en la sepultura del infierno. Aquel rico pide una gota de agua. ¡Oh rico miserable! exclama S. Crisostomo, pides á Abraham, y estás en un error: Abraham no puede ya dar ni otorgar; sólo puede recibir. ¡Ved á un rico que necesita al pobre. (Cone. I de Lazaro).

La llama me abrasa, ¡dádme una gota de agua! exclama aquel desgraciado rico. Pero, dice S. Pedro Crisologo, si el fuego del infierno te posee enteramente, si la llama te rodea y te aprisiona, ¿por qué no desnas más que el alivio de tu lengua?... ¡Ah! continúa aquel gran Santo, es que su lengua sufre y se abrasa más cruelmente; aquella lengua que insultaba al pobre y le negaba una limosna. (Serm. 1111). ¿Desea una gota de agua de aquel que le pedía una migaja de pan, dice S. Agustín, y la misericordia se lo niega á proporción de su avara opulencia. Aquel rico quiere venir en auxilio de sus hermanos, él, siempre desapiadado y harlo tanto misericordioso; nada obtendrá de lo que pide. El pobre Lazaro compra la bienaventuranza con su misma pobreza, y el mal rico con su oro. ¡Oh rico! ¿con qué cara osas pedir una gota de agua á aquel á quien negaste una migaja de pan? Tendrás lo que pides, si hallases dado lo que te pedían. (Serm. 111 de Temp.).

En el infierno, el mal rico tiene por palacio el mismo infierno; por comida los reptiles; el fuego, la hiel y la amargura; por perlas, olores infectos é insoportables; por amigos, á los demonios; por aduladores á los verdugos que le insultan; por sinfonia, quejas, gritos y ahullidos horribles; por sol y luz, tinieblas; por purpura, las llamas; por vestido, la pez y el azufre, y por sociedad á los condenados, que como perros rabiosos se desgarran entre sí. En fin, to-

dos los sentidos, todos los miembros, todas las fuerzas, las potencias y las facultades del alma que habian servido para los placeres, son atormentados sin fin por todos los castigos propios de cada sentido y de cada facultad....

El réprobo, dice el Apocalipsis, beberá vino de la ira de Dios, que está mezclado con el vino puro en el cáliz de su ira, y será atormentado con fuego y azufre. (XVII, 10).

Mediten los pecadores todos estos horribles suplicios, y verán los frutos y los castigos del pecado: 1.º el pecador beberá vino de la ira de Dios, es decir, la hiel de la ira de Dios.... 2.º Este vino está mezclado con todos los suplicios, sin agua y sin una gota de consuelo.... 3.º El réprobo está atormentado con fuego y azufre.... 4.º Es objeto del desprecio y de la burla de los ángeles; y esto en presencia del Cordero.... 5.º El humo de sus tormentos sube de siglo en siglo.... 6.º Jamás tiene reposo....

Meditando estas terribles verdades, diga de una vez el pecador: No seré tan insensato que por un poco de egoísta miel, por un transitorio deleite, compre para siempre un océano de hiel, y por un vil placer me arroje para siempre en los fuegos del infierno; porque lo que place solo dura un momento, pero lo que atormenta en castigo de este ligero placer, es eterno, dice S. Agustín: *Momentaneum quod deditur, æternum quod cruciat.* (Serm. CX).

Hay en el infierno un frío intolerable, al mismo tiempo que un fuego inextinguible; sin cesar están presentes los horribles demonios y los espectros, que es la reunión de todos los asesinos, adúlteros, ladrones, etc., que ha habido y habrá hasta el fin del mundo.

El infierno, dice Hugo de S. Victor, es un lugar que no puede medirse, un abismo sin fondo, lleno de todos los dolores y tormentos inimaginables. (Lib. IV, de Anima).

Cada pasión tiene en el infierno su especial castigo; el borracho tendrá una sed devoradora, y beberá hiel; el orgulloso se verá cubierto de venganzas; la hermosura se cambiará allí en fealdad horrible; el impudico no tragará más que fuegos; el vanidoso sólo tendrá irresponsables hurajos y al pereoso será eternamente perseguido, y nunca tendrá descanso, sufriendo lo mismo con los demás criminales....

Dios, dice el Salmista, cubrirá á los pecadores con sus redes; el fuego, el azufre y el viento de las tempestades son el cáliz que les prepara: *Purs super peccatores laqueas; ignis, et sulphur, et spiritus precellatum, pars calices eorum.* (X, 7). Dios tiene en su mano una copa de vino turbio; la inclina á uno y otro lado, y la luz no se agota; todos los pecadores la beberán: *Cibus in manu Domini vini meri plenus misto; sed ejus non est izimista; bibent enim peccatores terre.* (Psal. LXXIV, 9).

Todo se vuelve contra el réprobo, haciéndole una guerra cruel... El pecador de todo se valía en la tierra para sus crímenes; y todo lo manchaba; en el infierno, todo servirá para su tormento....

La Sabiduría nos presenta un cuadro espantoso de los espectros del infierno; allí hay animales de una especie desconocida, llenos de un furor inaudito, que respiran llamas y esporean un humo negro, lanzando por los ojos horribles cenizas; exterminan con sus mordeduras, y sólo su soplo hace morir de espanto: *Nova generis, ira plena, ignosa bestia, vaporem ignium spirans, fumi odorem profertens, horrendas ab oculis scintillas emittens, quarum non solum lætara poterat atque exterminare, sed et aspectus per timorem occidere.* (XI. 19-20). El ruido de las piedras que caen, el movimiento de los animales, la voz bronca de las bestias salvajes, el eco que repite todos aquellos espantosos ruidos; todo les hace desfallecer de terror: *Sonus precipitantis pitarum, animalium cursum, multitudine cadida hebrarum vox, resonans de altissimis montibus echo, deficientes faciebat illos præ timore.* (XVII. 18).

Todos los sufrimientos, todos los suplicios y todos los fuegos de este mundo, comparados con el fuego y los diferentes tormentos del infierno, no son más que una débil imagen; son como un cuadro al lado de la realidad....

Amontonaré sobre ellos los males, y agotaré contra ellos mis flechas, dice el Señor en el libro del Deuteronomio: *Congregabo super eos mala; et sagittas meas complebo in eis.* (XXXII. 24). Enviaré contra ellos la rabia de las bestias salvajes y el furor de las serpientes y de todos los animales. (Deuter. XXXII. 24).

No hay en el infierno más que gemidos é incesantes lágrimas, temor y rechino de dientes. Es un océano inmenso de un fuego que se precipita á lo lejos; es el ruido de las olas azules que se levantan hasta el cielo. En este océano agitado se hallan una multitud de demonios y de hombres que profieren sin descanso lamentos desgarradores y llenos de desesperación.

Hallarse en el fuego, dice S. Cirilo de Alejandría; pedir auxilios; y no recibirlos; no poder salir de aquella negra cárcel, de aquel oscuro caos; hallarse rodeados de guardas feroces, llenos de cadenas indestructibles, perseguidos sin cesar por demonios de uñas de barto, agitados con látigos llenos de nidos; estar sumergidos en las llamas, en un torrente de pez derretida, en azufre envenenado; estar acostados en lechos de carbones encendidos, en braseros inextinguibles; estar perseguidos por el ansioso roedor y por un juez sin misericordia; no tener ninguna defensa; ni poder ser defendidos por nadie, y verse acusados por todo lo que existe, tal es el estado de los réprobos. (Prot. de Anania cæcæ).

Los réprobos son devorados en el infierno por la envidia, la ira, la tristeza, el odio, la blasfemia, las angustias, el recordamiento y la desesperación.

La pena del infierno es una pena muy larga, es eterna; es una pena muy extensa, pues alcanza todos los sentidos, todos los miembros, todas las potencias del cuerpo y del alma; es una pena muy alta, pues priva de Dios, del Cielo y de la felicidad de los elegidos;

es una pena muy profunda, pues crucifica el interior del alma, y la mantiene en el fondo mismo del infierno....

¡Qué grande es, exclama S. Próspero, la desgracia de vernos excluidos de esta inefable alegría de la divina contemplación, vernos privados de la bienaventurada sociedad de todos los Santos, y condenados á no ser jamás ciudadanos de la patria celestial; vernos muertos para la vida del Cielo, viviendo para la muerte eterna; vernos arrojados para siempre con el diablo y sus ángeles en el fuego, donde se hulla la segunda muerte, el destierro, la condenación y el suplicio de la vida; hallarnos en las llamas tenebrosas, no ver nada, sentir todos los tormentos, y estar sepultados en el fuego! Pensar en estos y en otros suplicios semejantes, es bastante para rechazar todos los vicios y engañosas concupiscencias. Allí hay continuos gemidos, tormentos eternos y dolores infinitos. (Eib. III. de Vit. contemplat.).

El fuego castiga en el infierno la torjura de los réprobos; un granizo de piedras calcinadas destruye su fausta y su orgullo; el hambre castiga su gula; la muerte hiere su vida impia y escandalosa. Los dientes de bestias feroces castigan justamente la violencia y la tiranía con que oprimían á las almas pobres y piosos. El león les desgarró, el escorpión hiere su crueldad, y las serpientes persiguen su malignidad y envidia....

Vergüenza y confusión eterna. Allí los más ricos son los más pobres; los más elevados son colocados en última fila; los más cuerdos quedan convencidos de haber sido los más insensatos; los hombres que se vanagloriaban de tener honra, son deshonrados; los más vanidosos, los que se gloraban de su hermosura, son los más horribles; los que se perfumaban, son los más hediondos; los que eran amantes de dominar, se encuentran esclavos de todos, etc....

(Oh infierno, exclama Job, tierra de dolor y de tinieblas, por donde se extiende la sombra de la muerte, la turbación y un horror eterno: *Terram miseram et tenebrarum, ubi umbra mortis, et nullus ordo, sed sempiternus horror inhabitat.* (X. 22).

Lo que es superior á todos los suplicios del infierno, es su eternidad! Ah! dice S. Agustín, al fin empezará siempre: *Finis semper incipit.* (T. III. c. LVI).

Todos los réprobos sufrirán; siempre estarán en medio de la turbación y del horror, siempre vivirán de la muerte, y siempre estarán sin esperanza de misericordia y de perdón; lo que es la desgracia de las desgracias, y el infierno de los infiernos. Jamás tendrán esperanza. Tormentos eternos!.... ¡No ve jamás á Dios, ni á la santísima Virgen, ni á los Santos, ni á los amigos, ni á los dichosos purgantes, ni el Cielo, este será el soberano suplicio!....

¡Ah! ¡Si á lo ménos hubiese un término para todos los males del infierno! Pero no tendrán fin, gran Dios! (Qué infamia desgracia!... La sangre de Jesucristo que fué derramado, no baja al infierno; los

21. Eternidad de las penas del infierno.

pecadores de la tierra la han bebido, dice S. Cipriano: *Non descendit ad inferos sanguis qui effusus est super terram; bibent omnes peccatores terrae.* (Sermon.) No hay redención para el infierno. Los condenados, dice el gran apóstol, sufrirán la pena de una perdición eterna: *Poenas dabunt in interitum aeternum.* (Thess. I. 9).

Aparatos de mí, malditos, al al fuego eterno, dirá el soberano Juez: *Dicite illi à me, maledicti, in ignem aeternum.* (Math. XXV. 41). Y éstos irán al suplicio eterno, y los justos à la vida eterna: *Et ibunt hi in supplicium aeternum, justi autem in vitam aeternam.* (Math. XXV. 46).

Habiendo Daniel de la resurrección general, dice: Los que durmiesen en el polvo de la tierra, se despertarán: unos para la vida eterna, y otros para el opróbrio, para que vean siempre: *Qui dormierunt in terra pulvere, suscitabuntur, alii in vitam aeternam, et alii in opprobrium, ut videant semper.* (XII. 2).

La miseria de la pena, dice S. Victor, caera en la miseria de la falta, para estar siempre unidas; y mientras dura la falta durará la pena; y como en el infierno la falta existe por toda la eternidad, queda también la pena y el castigo. (Lib. de Anima).

Los impíos, dice S. Gregorio, hubieran querido vivir siempre si hubiesen podido, para pecar siempre; y prueba, en efecto, que desean vivir siempre en el pecado, pues no dejan de pecar en tanto que viven. Es, pues, muy propio de la suprema justicia del Juez, que los que en la tierra nunca han querido separarse del pecado, no estén nunca libres del suplicio: *Voluerunt, si potuissent, sine fine vivere, ut potuissent sine fine peccare; ostendunt enim quia in peccato semper vivere cupiunt, qui nunquam desinunt peccare dum vivunt. Ad maximum ergo iustitiam iudicantis pertinet, ut nunquam careant supplicio, qui in hoc vita nunquam coluerunt carere peccato.* (De Penit., can. LX).

La voluntad que quiso tener el goce eterno del pecado, dice S. Agustín, está castigada con una eterna severidad de castigo: *Voluntas puniatur, quae aeternam voluit habere peccati fructuonem; et idcirco aeternam incensit simulat secretitatem.* (In Spiritu, peccat.).

Todo pecado mortal de por sí merece ser castigado con un suplicio eterno. El hombre que cae en pecado mortal, cae mata por toda la eternidad, y no puede resucitar ya sin el poder de Dios. Esto milagro de la resurrección, à que Dios no está obligado, sólo se verifica en el tiempo; no puede suceder en el futuro. El que pasa à la eternidad con un pecado mortal, conoce que su pecado y la pena de aquel pecado son eternos....

Dios es infinitamente bueno, por cuya razón debe aborrecer el pecado mientras el pecado subsista, y no siendo el pecado destruido en la eternidad, será eternamente castigado por el odio eterno que Dios le profesa....

La Escritura, que nos enseña que Dios tiene entrañas de misericordia para los hombres, nos declara al propio tiempo que hay un

infierno eterno. No nos es lícito dudar de la eternidad del infierno, ni de la misericordia de Dios.

Lo cierto es que Dios impone siempre la pena del pecado al que la merece.

La acción criminal dura poco, es verdad; pero al mal no está ahí; está en la malicia, la desobediencia, el tiraje y la voluntad. La justicia humana castiga para siempre el crimen de un momento, condenando à muerte al culpable. ¿Es injusticia? No.

Dios ha decretado penas eternas contra el pecado. ¿Quién se atreverá à decir que no es justo?....

El hombre pecador, dice S. Jerónimo, debe satisfacer eternamente à Dios, porque su voluntad era resistir eternamente à Dios. (In Psal. XVIII). En una voluntad perversa, dice S. Agustín, no es precisamente el efecto lo que hemos de mirar, sino aun más la voluntad, el afecto del corazón; y aunque falta el efecto, porque no depende del hombre, es justo que la voluntad sea castigada; y que lo sea con una pena proporcionada à su mala disposición: *Merito malus puniatur affectus, etiam cum non succedit effectus....* (Ovis.). Pero, ¿qué quisiera el pecador obstinado? Vivir siempre y burlarse siempre de Dios y de su conciencia.

El acto del pecado no dura, pero el afecto al pecado dura siempre en aquel corazón....

En el infierno el pecador está privado de la gracia, y sin la gracia no puede alcanzar el perdón de su pecado....

El pecado es un alejamiento de Dios....

El pecado es un voluntario alejamiento de Dios, un desprecio formal de Dios, un amor de la criatura preferida à Dios; es la injuria más grave hecha à la divina majestad. Medid la gravedad de la injuria por la grandeza del Dios que ultraja; y veréis que es infinita en su objeto, puesto que menoscaba una grandeza infinita. Pero no ser finita en su esencia no puede sufrir una pena infinita en su intensidad; por esta razón existe la pena infinita en duración.

Los pecados (de los réprobos), dice Jeremías, están escritos con un buril de hierro y una punta de diamante, y grabados en toda la extensión de sus corazones: *Peccatum scriptum est stylo ferreo, in anulo adamantino, et aeternum super latitudinem cordis eorum.* (XVII. 1).

Los pecados de los réprobos están escritos con un buril de hierro y una punta de diamante; es decir, están escritos en el libro de muerte en letras de fuego, y durante toda la eternidad no podrán ser borrados ni destruidos por agua ni lágrima alguna. Están escritos en el constante recuerdo y en la conciencia de los réprobos, que como un gusano roedor ha de perseguirlos, mordos y devorarlos.

¡Qué desgracia, gran Dios, aquella eternidad de tormentos! ¡Qué desgracia verse condenados à vivir envueltos en las llamas eternas! ¡Oh locura de los hombres, que por el vil placer de un instante se precipitan en tormentos sin fin! ¡Oh eternidad de fuego, de azufre y de

desesperación! ¡Oh eternidad, tormento incomparable! ¡Oh muerte, que jamás tiene cumplimiento! ¡Oh vida, que es una muerte eterna! Beben algunos, beben, juegan, se entregan algunos al deleite de un momento; aquí momento pasa, y de repente se presenta una calamidad eterna. Así se va, riendo, á la eterna mansion de la suprema desgracia! Van, y no vuelven; porque el fin de la vida presente es el principio de la eternidad, y este principio es el fin de las cosas de la tierra. ¡Oh fin que no terminal! ¡Oh muerte que no es la muerte! ¡Cuando cierras el tiempo abres la eternidad, que nunca acaldu!

Vivid pues en este mundo de modo que increzais vivir eternamente. . . .

El infierno está conformado con la justicia de Dios.

Dios no es el autor del pecado, pero es su justo apreciador y el conservador del orden castiga la deshonra de la falta con el honor de la justicia. Todo lo que Dios ha hecho, es muy bueno, dice el Génesis: *Et erat valde bona.* (1.31). Así pues, Dios no ha hecho lo que es malo en el hombre. Lo que es malo en el hombre, es un desorden, y todo desorden debe ser castigado. Para castigar este desorden, dice S. Agustín, es preciso castigar á su autor. El autor del desorden es el mismo hombre, rebelde á Dios. Este castigo del hombre rebelde no es un desorden, antes, bien es el orden. La pena es el orden del crimen. Cuando digo pecado, digo desorden, porque expreso la rebelión; cuando digo pecado castigado, digo que es una cosa bien ordenada; porque es un orden muy equitativo que la iniquidad sea castigada.

El pecador como fructífero, se siembra para la eternidad; si lo advierte, y no hace caso; justo es que le castiguen. . . .

No os engañéis, dice el gran Apóstol á los Galatas, nadie se rio impunemente de Dios: *Nolite carere, Deus non irridetur.* (VI. 7); porque el hombre recogerá lo que siembra. El que siembra en la carne, recogerá carne de corrupción; y el que siembra en el espíritu, recogerá el espíritu de la vida eterna: *Quia animi seminaverit homo, hoc et metet. Quoniam qui seminavit in carne sua, de carne et metet corruptionem, qui autem seminavit in spiritu, de spiritu metet vitam eternam.* (Gal. VI. 8).

El pecado es la verdadera causa del infierno, dice la Sabiduría: *Persecutionem passi ab his facis suis.* (XI. 21).

El pecado es lo que constituye el infierno, y no la pena. El estar separados de Dios, que es la soberana bienaventuranza, es lo que constituye el infierno; así pues, sólo el pecado es el que separa de Dios. Pecaiores obstinados, vosotros lleváis vuestro infierno dentro de vosotros mismos, porque lleváis el crimen que os precipita vivos al infierno.

Dios dejaría de ser Dios, si no fuese justo. Debe dar á cada uno segun sus obras. . . .

¿Por qué ha de haber un infierno, siendo Dios tan bueno? El infierno es precisamente necesario porque Dios es bueno; porque,

¿cómo de estaria su bondad si el desorden moral quedase impune! Si las jueces sentados en el Tribunal dejasen sin castigo el parricidio, el homicidio, la violacion, el incendio y el robo, ¿que seria de la justicia y de la sociedad? Si queremos un paraiso para recompensar á los buenos, ¿por qué no ha de haber un infierno para castigar á los malos? Dios es bueno y justo; pero hay muchas virtudes heroicas, como el martirio, que no tienen recompensa en este mundo, y hay tambien muchos crimenes que no son castigados, demostrando esto la necesidad de un cielo y de un infierno. . . .

Los medios de evitar el infierno son:

1.ª La oracion. Digamos á Dios con el Real Profeta: *Haced, Señor, que la tempestad de las aguas no me sumerja, que el abismo no me trague y el pozo no cierre sobre mí su boca; Non me demergat tempestas aquarum, neque absorbeat me profundum, neque urgeat super me puteus os suum.* (LXVIII. 16).

2.ª El pensamiento del infierno. Bojemos al infierno durante nuestra vida para no tener que bajar despues de nuestra muerte, dice un Sto. Padre: *Descendamus in infernum viventes, ne descendamus morientes.* ¡Qué dichoso es, exclama S. Agustín, el que sabe ocuparse tanto de este terrible suplicio que pueda librarse de él en la hora de la muerte! ¡Qué compendioso lo que es el mundo y lo que es el infierno! Es bien seguro que entonces temerías á Dios, desearías las cosas del Cielo, despreciarías el mundo, y ocasionaria horror el infierno: *Felix esse comprobatur, qui sic cogitat de supplicio, ante supplicium, ut postea supplicium effugiat periculum! Uinum sapere, et intelligere quia mundi sunt, et providere quia inferni sunt! Præfata Deum timere, superna appetere, mundum contemnere, et infernum horrere.* (In Specul. peccat.).

¿Quién de vosotros, exclama el profeta Isaías, podrá habitar en un fuego abrasador! ¿Quién de vosotros aguantará los ardores eternos? *Quis poterit habitare de vobis cum igne decorantel. quis habitabit ex vobis cum ardoribus sempiternis?* (XXXIII. 14).

3.ª El temor del infierno. . . .

4.ª El sentimiento de la falta cometida. . . . ¿Quién dará á mi cabeza la abundancia de aguas, dice S. Bernardo, y á mis ojos la fuente de lágrimas necesaria para evitar con mi sentimiento los gemidos eternos y el eterno reclamo de dientes? *Quis dabit capiti meo aquam, et oculis meis fontem lacrymarum, ut præveniam flentibus reum et stridentem dentium?* (Serm. XVI. in Cant.).

Medios de evitar el infierno.

## INJUSTICIA.

Diferentes in-  
justicias.

Los hombres que cometen injusticias son: 1.º los ladrones...; 2.º los que conservan injustamente la hacienda del prójimo...; 3.º los neureros...; 4.º los entuñidores...; 5.º los criados y obreros que no cuidan de las tierras de sus amos...; 6.º los jueces negligentes ó corrompidos que por dinero ó regal los pronuncian no falto iniqui...; 7.º los falsos testigos...; 8.º los abogados que por cobrar honorarios defienden una causa visiblemente injusta...; 9.º los comerciantes que engaños...; 10. los culposos que ocultan parte de los frutos que han de dividir...; 11. los mercederos...; 12. los que teniendo deudas, no pagan, ya porque no quieren, ya porque malgastan el dinero que es de sus acredores, etc., etc.

Crimes de la  
injusticia.

Jueces y grandes de la tierra, dice la Sabiduría, siendo ministros de Dios, no habéis andado según la voluntad de Dios: *Cum essetis ministri regni illius, non recte iudicatis, nec custoditis legem justitiae.* (VI. 5).

Los hombres injustos devoran las entrañas de los hombres, y beben su sangre, añade la Sabiduría: *Comestores viscerum hominum, et devoratores sanguinis.* (XII. V).

No cometeréis injusticia, dice el Señor: *Non factum facies.* (Exod. XX. 45).

La balanza tramosa es aborrecida del Señor, dicen los Proverbios: *Statera dolosa abominatio est apud Dominum.* (XI. 1). La balanza precisa es: 1.º el recto juicio de la razón...; 2.º la Sagrada Escritura y la divina ley...; 3.º la conciencia recta ó ilustrada...; 4.º aquella balanza debe pesar las palabras y las acciones....

El fijarse en las personas es una mala disposición que impide juzgar rectamente, añaden los Proverbios: *Accipere personam non est bonum, ut declinet à veritate iudicii.* (XVIII. 5).

Un peso y otro peso, una medida y otra medida son dos cosas abominables ante Dios, dice la Escritura: *Pondus et pondus, mensura et mensura, utrumque abominabile est apud Deum.* (Prov. XX. 10).

El que haga distinción de personas en sus juicios, dice S. Bernabé, no podrá aguantar la vista de Dios: *Qui cognoscit in iudicio faciem, à facie Dei utique stare non poterit.* (Epiet.).

El falso testigo, dice la Escritura, es un dardo, una espada, un puñal en el corazon del prójimo: *Jaculum, et gladius, et sagitta occulta, homo qui loquitur contra proximum suum falsum testimonium.* (Prov. XXV. 18); porque quita siempre la reputacion, á menudo la fortuna, y algunas veces la vida del prójimo, y tiene la culpa de que el juez condene al inocente. Ocasiona además una profunda y dol-

rosa herida en el alma de un hermano, y la deshonra. Con las palabras de la Escritura se ve que la lengua injusta es más danosa que ninguna clase de armas; porque hiere gravemente á los que muchas veces no son culpables.

Es preciso que el juez escuche y falle con los ojos cerrados, es decir, sin distincion de personas. Girar de otra manera, es tener un alma venal ó apasionada, y despreciar el honor, la fe y la justicia.

El hombre injusto vende su conciencia y su alma.

Castigo del  
hombre injusto.

La fortuna mal adquirida dejada por el hombre injusto á sus herederos, ¿judicará acaso el ardor de las llamas del infierno, á donde le habrá sumergido su injusticia? El heredero notará en la abundancia y en las daimas; pero el difunto tendrá hambre y tormentos; el heredero vivirá en los placeres; y el difunto estará en los fuegos eternos. ¡Oh desgraciado codicioso! Desgraciados los que cometis injusticias, pues tantos castigos amontonais sobre vuestra cabeza culpable....

Veid lo que dice la Sagrada Escritura: Maldito sea el que pervertió la justicia contra el extranjero, el huérfano y la viuda! Y todo el pueblo responderá: Amen: *Maledictus qui pervertit iudicium advenae, pupilli et viduae!* Et dicit omnis populus: Amen. (Deuter. XXVII. 19). Maldito sea el que recibe regalos para detraer siempre inocente! Y todo el pueblo dirá: Amen: *Maledictus qui accipit munera ut pervertat animam sanguinis innocentis!* Et dicit omnis populus: Amen. (Ibid. XXVII. 25).

La herencia de un bien injustamente adquirido no pasa á tercer heredero, dice un poeta: *De malo quassita non gaudet tertius heres.*

Los principales castigos que caen sobre el hombre injusto, son: 1.º la torbacion y el ramoramiento de la conciencia...; 2.º la pérdida de los bienes mal adquiridos...; 3.º la maldicion de Dios...; 4.º el odio y la maldicion de los hombres...; 5.º el horror de la muerte y del juicio...; 6.º la infamia y la deshonra...; 7.º el bien adquirido injustamente es la ruina temporal y espiritual del que lo ha adquirido y de los que lo heredan: pues éstos se pierden ó han restituendo unos bienes que saben han sido adquiridos por la injusticia...; 8.º la condenacion eterna....

Es justo que el que peca á los demás con sus injusticias perezca también por causa de estas mismas injusticias....



## INMORTALIDAD DEL ALMA.

La inmortalidad del alma es la prueba de la existencia de Dios.

La inmortalidad del alma es la prueba de la existencia de Dios.

La inmortalidad del alma, dice Pascal, es cosa para nosotros tan importante, que es necesario haber perdido todo sentimiento para vivir indiferente en lo relativo a esta materia. Todas nuestras acciones y todos nuestros pensamientos deben emprender caminos tan diferentes, que cada uno de ellos que espere bienes ciertos ó no, que es imposible dar fin a uno con sentido y fin no sin determinar en vista de este plan, que debe ser nuestro primer objeto. (*Pensamientos*).

El alma es inmortal; así lo enseña la Escritura.

Dios dijo: Hicemos al hombre á nuestra imagen y semejanza; *Facturus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. (Gén. 1. 26). Y es muy cierto que Dios no muere....

El Señor formó al hombre, derramó sobre su rostro un soplo de vida, y el hombre tuvo una alma viva. (*Gen. II. 7*).

Dios, dice la Sabiduría, creó el hombre inmortal, y lo hizo á imagen y semejanza suya: *Deus creavit hominem inæternitatem, et ad imaginem similitudinis sue formavit illum*. (II. 21). Dios ha comunicado al hombre con su soplo el espíritu de vida. (*Sap. IV. 11*).

Jesucristo dijo á los judíos: Dios no es el Dios de los muertos, sino el Dios de los vivos: *Nona est Deus mortuorum, sed vivorum*. (Marc. XII. 27).

Los justos, dice la Sabiduría, vivirán para siempre; su recompensa está al lado del Señor: *Iusti in perpetuum vivent, et apud Dominum est merces eorum*. (V. 16).

Los que duermen en el polvo de la tierra, se despertarán, dice Daniel, unos para la vida eterna, y otros para el oprobio, á fin de que venga para siempre: *Qui dormiunt in terra pulveris, erigebuntur, alii in vitam æternam, et alii in opprobrium, ut dicantur semper*. (XII. 2).

Aguardamos, dice Jobán, aquella vida que Dios dará á los que no abandonan la fe que le han prometido: *Vitam illam expectamus quam Deus daturus est illis, qui fidem suam nunquam mutant ab eo*. (II. 18). Cuando Dios haya recibido mi alma, dijo á su hijo, da sepultura á mi cuerpo: *Cum acceperit Deus animam meam, corpus meum sepeli*. (IV. 3).

Entonces, dice Jesucristo, el rey dirá á los que están á su derecha (en el día del juicio): Venid, benditos de mi Padre, venid á poseer el reino que os está preparado desde el origen del mundo. Y dirá á los que están á su izquierda: Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el demonio y sus ángeles. (*Math. XXV. 34-41*). Y éstos irán al eterno suplicio, y los justos á la

vida eterna: *Hunt hi in supplicium æternum, justi vero in vitam æternam*. (*Math. XXV. 46*).

Los Padres de la Iglesia atestiguan la inmortalidad del alma.... Es un dogma sagrado....

Máximo de Tiro, filósofo platoniano, dice: Lo que los hombres llaman muerte, es ciertamente el principio de la inmortalidad y la introducción á la vida futura: *Hoc quod mortem homines vocant, idipsum est immortalitatis initium, et futura vite proœtio*. (*Serm. XXV*).

Segun Strabon, los Brachmanes afirman que la muerte es el nacimiento de la vida verdadera y dichosa: *Mortem esse nativitatem ad vitam veram atque felix vitam*. Saliendo el alma del cuerpo como de una cárcel de muerte, dice Platón, vuelve hacia el Dios inmortal: *Anima è corpore, tamquam è carceribus, mortis, fugit ad Deum immortalem*. (Anton. in Meliss.). Elia cuenta que hallándose enfermo Cécido, y preguntándosele si dejaba de buscar gana la vida, contestó: ¿Qué dices? Me alegro de la separación de mi alma de su cuerpo, porque saldré á aquellas alturas en donde he de ver á Pitágora en medio de los filósofos, á Homero en medio de los poetas, á Olimpo en medio de los músicos, y á los demás que han sobresalido en todas las ciencias. Sócrates, antes de poner sus labios en la copa que contenia su muerte, dijo: ¿Cuánto no debéis envidiar la felicidad que tendré de poder conversar en la otra vida con Sócrates, Homero, etc.? ¿Qué placer no ha de ser el mío al mirarme con Platón, con Anax y con tantos otros que han sido condenados por el juicio de los hombres vivos? (*Lib. Lucertius*).

Leyendo Caton el libro de Platon sobre la inmortalidad del alma, se acordó para ir á gozar de aquella vida eterna. (*Ita Marim.*).

Segun Jenofonte, tiro dijo al morir á sus hijos: No creáis, hijos míos, que cuando salga de esta vida esté muerto; vivire.

Ciceron, en su libro de la *Republica*, dice las siguientes palabras á Escipion el Africano, ya muerto: Estable con todos los que han consagrado, protegido y hecho prosperar la patria, pues es muy cierto que hay un cielo donde se disfruta una vida eterna: *Certum esse incedo, ac deservit locum ubi vivo imperio fruarer*. Aun vivan, añade, los que han roto las cadenas de su cuerpo; han volado como si hubiesen salido de una cárcel. Esta vida terrestre que llamáis vuestra vida, es la muerte: *Hi vivunt adhuc, qui ex corpore iam exiunt: nunquam corpore exierunt. Vicia vero qui dicuntur vivi, mori est*. La muerte, dice, no es la destrucción, sino una marcha y un cambio de vida que conduce á los hombres celéstes al cielo: *Mors non est interitus, sed quædam quasi migratio commutatioque vite, que in claris viris dicitur in calorem soli esse*. (Tusculan. II).

Las razones que dan los filósofos paganos para demostrar que el alma es inmortal, son las siguientes: El alma del hombre concibe, contempla y desea el cielo y la inmortalidad; así pues es inmortal. El

Los mismos argumentos se aplican á la inmortalidad.

alma, en esta vida, no se satisfaca, ni halla un lugar, ni un bien en el que pueda descansar y tener la paz y la dicha; así pues ha de tener estas ventajas en la otra vida; de lo contrario sería más desgraciada que las demás criaturas. Todo lo que es corruptible es materia ó cosa accidental; pero el alma del hombre no es corporea, no es accidental; así pues es incorruptible é inmortal....

La creencia en la inmortalidad del alma ha sido siempre la creencia de todas las naciones y de todos los pueblos.... Se encuentran entre los egipcios, los griegos, los romanos, los indios, los chinos, etc.

La fe en la inmortalidad del alma se hallaba en el nuevo mundo antes de que Cristóbal Colón lo descubriese. ¿De dónde ha podido proceder esta universal creencia, sino del mismo Dios, que, en efecto, hizo el alma inmortal?....

La misma no-  
fijidad del  
alma, que es su  
primera prueba  
que es inmortal.

El cuerpo se descompone, se disuelve; pero el alma no lleva en sí misma ningún principio de corrupción. Simple é indivisible como el pensamiento, no puede alcanzarse ningún elemento. La muerte no es más que una desorganización de las partes materiales; pero, siendo el alma espiritual y sin figura, y no siendo en nada semejante al cuerpo, no debe ni puede experimentar naturalmente semejante disolución. Y siendo el cuerpo enteramente distinto del alma, se comprende que puede perecer sin que perezca el alma....

El alma, que es más perfecta que el cuerpo y es el ser creado á imagen de Dios, no debe cesar de existir; porque el mismo cuerpo existe aún después de su muerte; cambia de figura; pero no se desintegra en seguida. ¿Y habría de destruirse el alma, infinitamente más grande, más noble y más preciosa que el cuerpo? Ni un átomo ha sido arrullado después de la creación; y el alma, que es la reina y la obra maestra del universo, habría de ser aniquilada! ¿En dónde ha de hallar el materialismo una prueba para afirmar que sólo el alma se aniquila?

La espiritualidad del alma es la prueba de su inmortalidad....

El deseo de la  
felicidad presente  
es una prueba  
de la inmortalidad  
del alma.

El hombre está creado para la dicha, y la desea inextinguiblemente. Pero nada puede satisfacer este deseo en la tierra. Este deseo es inmenso, infinito, y todo lo que está limitado no puede llenarlo. Todas las riquezas, todos los honores y placeres del mundo entero no son capaces de satisfacer este deseo de felicidad. Es necesario un placer puro, fijo y permanente, un reposo duradero y seguro; pero, ¿dónde hallarlo en la tierra? Si no hay otra vida; si el alma no es inmortal, ¿quién explicará esta ilusión del alma?....

¿Deseo ser feliz; pero yo no he inventado este deseo: ¿quién lo ha puesto en mí? El que lo ha puesto en mí, quiere satisfacerlo con una eternidad de dicha; ó si no quiere satisfacerlo, lo ha puesto en mí para atormentarme. En tal caso el Creador se haría cruelmente de mí. Este deseo de dicha y de inmortalidad procede de Dios, y Dios no engaña; así pues mi alma es inmortal. Busco la felicidad como

mi único fin; pero, si he de ser aniquilado, la felicidad no es mi fin, ni Dios tampoco es mi fin; mi fin será la nada. Pero la nada no es un fin, un término. Sin la inmortalidad del alma todo está confundido y destruido para el hombre. ¿Qué significarían esos pocos y miserables días en la tierra, si no hubiese nada más allá de la tumba? Mejor hubiera sido permanecer eternamente en la nada....

¿A qué viene, en efecto, esta secreta aspiración á sobrevivir, á hacer nuestro nombre inmortal? ¿Quién da al guerrero aquella fuerza y aquel valor para arrostrar todos los peligros, todas las privaciones, y mil veces la muerte? El deseo de dejar un nombre memorable. Pero, si el alma no es inmortal, ¿de qué servirá la fama? ¿De qué sirve á los muertos la alabanza ó el vituperio?....

Y al sabio que no cesa de trabajar, de investigar para legar á la posteridad obras que sean inmortales, ¿quién le guía sino el sentimiento de la inmortalidad de su alma? ¿A qué, si está destinado á no ser nada, darse tantos cuidados, tantas penas, y abreviar su vida, dejando obras buenas? Han de vivir los libros; ¡y su autor ha de hallarse reducido á la nada!....

Se enaltece al que muere por su patria. Si el alma es inmortal, comprendemos que ha hecho muy bien sacrificando su vida; pero, si muere realmente y para siempre, ha sido un insensato; porque entonces ha sacrificado el único y verdadero bien, que es la vida presente.

Aquellas millares de mártires que dieron su vida por la fe con tanto valor y alegría, y arrostraron todos los tormentos, fueron unos insensatos, si el alma no es inmortal. Y si murieron con tanto heroísmo y desprecio por la vida presente, ¿no fué por la inmortalidad? Es cierto que la vida presente es preferible á la nada; pero, si no hay otra vida, el que sacrifique su vida prefiere la nada. Y ¿merece semejante hombre elogios y monumentos? El mismo Catón decía: Jamás hubiera emprendido tantos trabajos civiles y militares, á creer que mi gloria debía acabar con mi vida; pero yo sabía que al salir del mundo empezaría á vivir. (En Plutarcho).

Si todo acaba para el hombre en la muerte, ¿á qué esas funebres y pomposas ceremonias? ¿á qué esos soberbios y grandes Mausoleos, esas suntuosas tumbas? ¿á qué ese respeto hacia los difuntos, que se va en todos los siglos, en todos los lugares y en todos los pueblos, de cualquiera religión que sean?.... ¿Qué mérito tienen esas cenizas para que se les tribute un culto tan respetuoso? ¡Ah! La creencia de la inmortalidad es el móvil y el principio de todo lo que hacen los vivos para los muertos....

Aquí es, dice un célebre escritor, donde la naturaleza humana se manifiesta superior á la restante de la creación y se nos presenta en sus altos destinos. ¿Conoce el bruto la tumba, y se inquieta acaso por sus cenizas? ¿Qué le importan los huesos de su padre? O más bien:

El deseo  
de la vida  
futura presen-  
ta la inmorta-  
lidad del alma.

El culto de los  
difuntos presen-  
ta que el alma  
es inmortal.

¿sabe quién es su padre después de ver cubiertas las necesidades de la infancia? Sólo el hombre, entre todos los seres creados, recoge la ceniza de su semejante, y la respeta religiosamente. El dominio de la muerte tiene á nuestros ojos algo sagrado. ¿De dónde viene pues la poderosa idea que tenemos de la muerte? ¿Merecerían nuestros homenajes algunas partículas de polvo? No sin duda: sólo respetamos la ceniza de nuestros antepasados porque una voz secreta nos dice que todo no está apagado en ellos. Esto ha hecho establecer el culto fúnebre en todos los pueblos de la tierra. Todos están igualmente persuadidos de que el sueño no es duradero, ni siquiera en la familia, y de que la muerte no es más que una transfiguración gloriosa....

Y las oraciones que hacemos sobre la tumba de un padre, de una madre, de un hermano, de una hermana, de un esposo, de una esposa, de un hijo, de un amigo, de un vecino, ¿no prueban la inmortalidad del alma?

En efecto, si el alma no fuese inmortal, si no hubiese otra vida, ¿qué significaría la creación? ¿qué significaría esta vida nuestra, tan corta y tan despreciada? Los frutos serían más felices que nosotros...

Y luego, ¿qué significaría la encarnación del Verbo, sus sufrimientos y su muerte para rescatar á los hombres? ¿A qué entonces los dogmas, la moral, el culto, los sacerdotes, las predicaciones, los templos y los Sacramentos? ¿De qué serviría la práctica de la virtud?

¿Para qué habíamos de privarnos de satisfacer nuestras pasiones? Si todo acabase con la tumba, ¿veríamos ya á un buen padre, á una buena madre, á un amigo sincero, etc.? ¡Oh! ¿Qué desesperación produciría en nosotros semejante pensamiento?

¿Qué sería de la recompensa de la virtud? Muchas virtudes quedan sin recompensa en esta vida.... ¡Y habían de quedar impunes el crimen y las maldades! Hay también muchos crímenes desoñados que no reciben en la tierra el castigo que merecen.... Entonces Dios sería injusto, la virtud sería un hombre vano, y el crimen una quimera....

Luego es cierto que el alma es inmortal... es cierto que hay otra vida... y hemos de pensar en ella, y trabajar para alcanzarla y ser felices durante la eternidad, huyendo del mal y practicando la virtud....

La inmortalidad del alma está probada por los mismos fenómenos que resultan de una conciencia contraria.

¿Quién no ha salido nunca de la casa de su Padre celestial? ¿Quién no ha sido más ó menos prodigo y no ha disipado su hacienda espiritual con una vida más ó menos culpable? ¿Quién no ha guardado animales impios, es decir, quien no ha conservado en su corazón alguna pasión criminal, de ira, de orgullo, de delito, de pereza, etc.? ¿Quién ha conservado el vestido nupcial del bautismo? ¿Quién no ha cometido nunca un pecado mortal? Hay, ha habido siempre algunos; pero su número es muy pequeño....

Hijo mio, dijo el Padre del Prodigio á su hijo mayor que había permanecido siempre á su lado; hijo mio, tú, tú estás siempre conmigo, y todo lo que tengo es tuyo: *Fili, tu semper mecum es, et omnia mea tua sunt.* (Luc. XV. 31).

1.ª Medita los tesoros que se encierran en estas palabras: Tú estás siempre conmigo: *Tu semper mecum es.* Estar siempre con Dios, verle, amarle, servirle, poseerlo, gozar de sus delicias.... ¿puedo hallarse felicidad semejante? Es un gozo anticipado de las delicias del Cielo. Y este goce es la bienaventuranza reservada á la inocencia....

2.ª Medita estas otras palabras: Todo lo que tengo es tuyo: *Omnia mea tua sunt.* El alma inocente está en posesión de todos los tesoros de Dios, de todas sus riquezas.... Dios no le oculta nada... Le da parte de todos sus dones, de todas sus gracias, de todas sus perfecciones y de sí mismo....

El Señor, dice el Rey Profeta, conoce los días del hombre inocente, y la herencia de éste será eterna: *Novit Dominus dies immaculatum, et hereditas eorum in aeternum erit.* (XXXVI. 48). No se verá confundido en el día malo: *Non confundetur in tempore malo.* (XXXVI. 19). Será sacado en el día del hambre: *Tu dicitur famis commovabuntur.* (XXXVI. 19). El Señor no privará de sus bienes á los que caminan en la inocencia: *Non privabit bonis eos qui ambulat in innocencia.* (Psal. LXXXIII. 13).

Felices, exclama aquel gran profeta, felices los hombres llamados en sus caminos, los hombres que siguen la ley del Señor: *Beati immaculati in via, qui ambulat in lege Domini.* (CXVIII. 1).

Feliz el hombre que no ha entrado en el consejo del impío, no se ha detenido en el camino de los pecadores, y ha puesto su amor en la ley de su Dios, meditando esta ley noche y día! Será como el árbol plantado cerca de una corriente de aguas, que da frutos á su tiempo y cuyas hojas no caen: sus retoños se entenderán á su sombra. (Psal. I. 3-8).

Sean blancos vuestros vestidos en todo tiempo, dice el Eclesiástico: *Omni tempore sint vestimenta tua candida.* (IX. 8).

Eternidad y recompensa de la inocencia.

®

Así como la azucena crece en medio de las espinas, mi muy amada sobresale entre las jóvenes; dice la esposa de los Cantares: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias*. (II. 2). Esta esposa es Jesucristo, y aquella esposa semejante á las azucenas es el alma inocente.... Así como las azucenas están rodeadas de espinas; los mártires rodean á los justos; pero éstos florecen y brillan en medio de los pecadores con la virtud, la gracia y la gloria, como la azucena entre las malezas. Y su inocencia tiene un brillo tanto mayor y más bello por levantarse solos en medio de los pecadores, que son malezas, espinas y cardos....

Mi muy amada, que se alimenta en medio de las azucenas, es mía, y yo soy suyo, dice la esposa de los Cantares: *Dilectus meus mihi, et ego illi, qui pauciter inter filia*. (II. 16). Aquella alma inocente, la muy querida del celestial esposo, está de tal manera unida á él, y él á ella, que no forman más que uno solo. ¡Feliz unión, divinos abrazos que embriagan de delicias y de felicidad el alma privilegiada!....

El que agrada á Dios, llega á ser su predilecto, dice la Salvdaduría, y viviendo es trasladado de en medio de los pecadores; *Plecenti Deo factus est dilectus, et vivens inter peccatores translatus est*. (IV. 10).

El casto é inocente José, dice S. Crisóstomo, fué puesto en una cárcel; pero allí estaba más bien como inspector que como culpable; era el provisor, y no el compañero de los criminales; era el médico, y no el enfermo; de tal modo, que fué el gobernador y el consuelo de todos los prisioneros. Alegrata inocencia, salta de alegría: *Gaudet, innocencia, et exultat*. Alegrata, digo, porque de todas partes te libras de las heridas, en todas partes estás segura: *Gaudet, inquam, quia ubique illata es, ubique secura*. Si estás tentada, creyes en perfeccion; si te ves humillada, al fin te exaltan; si combates, eres victoriosa; si te matan, recibes una corona: *Si tentaris, proficis; si humillaris, erigis; si pugnas, vincis; si occideris, coronaris*. Estás libre en la servidumbre, tranquila y segura en el peligro, alegre en la cárcel y en las cadenas: *In tu servitute libera es, in periculo intacta, in custodia laeta*. Los poderes te honran, los principes te reciben, y los grandes te buscan: *Te potentates honorant; principes, magnates requirunt*. Los buenos te obedecen, los malos te tienen envidia, tus enemigos rivalizan contigo, y tus enemigos sucumben: *Tibi boni parent, mali insident, zelanti amuli, inimici succumbunt*. Y tú jamás podrás dejar de ser victoriosa, aun cuando los hombres te condenasen injustamente: *Nec unquam poteris victrix non esse, adipsi inter homines tibi justus iudex defuerit*. (Homil. de Josepho vend.). Este cuadro de la inocencia trazado por S. Crisóstomo con motivo de la historia de José, está lleno de verdad y de hermosura....

La inocencia es madre de la seguridad y de la paz....

La inocencia es el feliz estado de la gracia santificante conservada por la perenne y exacta observancia de la ley de Dios.

## INGENUIDAD DEL HOMBRE.



EDITAMOS sobre las siguientes cuestiones:

I. ¿Qué es el hombre bajo el punto de vista: 1.º de su cuerpo ó de su sustancia...; 2.º de su extension...; 3.º de su cualidad...; 4.º de su origen, pues es hijo de Adán pecador; y pecador él tambien...; 5.º de sus acciones...; y 6.º de sus enfermedades?

II. ¿Dónde está el hombre? 1.º en la tierra, entre el cielo y el infierno... 2.º ¿Cuándo ha nacido?... 3.º ¿Cómo ha nacido?... 4.º ¿Cuánto tiempo vive?... 5.º ¿Qué vida es la suya?... 6.º ¿Cuándo morirá?... 7.º ¿Cómo ha de morir?...

III. ¿Cuál es su estado? Ora está bien, ora mal...; ora echado, ora de pie, ora en un asiento; ora come, ora duerme; ora ríe, ora llora, etc....

IV. 1.º ¿Cómo está vestido?... 2.º ¿Cómo se alimenta?...

¿Qué es el hombre? El juguete del infatigable, la imagen de la inconstancia, un ser en el que vemos todas las corrupciones, una víctima que el tiempo se place en despojar, un viajero, un extraño que pasa, el pasto de la muerte, y el juguete de la envidia y de mil calamidades....

¿A qué se parece el hombre? A una caña, á una vela expuesta á los vientos.... ¿Cuántos compañeros tiene? El calor y el frío, la sequedad y la lluvia....

Seis cosas le tienen continuamente desalentado: el hambre y el alimento, el reposo y trabajo, las viginas y el sueño....

Gigamos á Séneca: ¿Qué es el hombre? Un vaso roto y frágil, un ser desnudo que necesita de auxilios extraños y está expuesto á todas las contradicciones de la fortuna y á la voracidad de los animales salvajes; es la víctima de todo. El estufa, el gusto, las vigilias, el sueño, los alimentos, y todas las cosas de que no podrán prescindir, llegan á ser un veneno para él. (*Consolat. ad Martium, c. 11*).

El hombre, dice Hipócrates, está expuesto á todas las enfermedades desde su nacimiento. Y ¿qué es la enfermedad sino el camino que conduce á la muerte? El hombre, añade, es inútil mientras se instruye ó implora un auxilio extraño; es débil y se halla desprovisto de prudencia mientras crece; en el vigor de la edad es imprudente hasta la audacia, y en el curso de la vida es miserable. (*De Morum*).

Sabed, dice S. Agustín, que sois hombre, hombre cuyo concepto ya es una falta, cuyo nacimiento es una miseria, cuya vida es un trabajo, y para quien es una necesidad el morir. Reflexionad pues con cuidado sobre lo que hagáis y lo que tenéis que hacer: *Scito quoniam homo es, cuius conceptio culpa, nasci miseria, vivere pena,*

¿Qué es el hombre, los cuatro en general?

*neesse mori. Attende ergo salutarit quid agas, vel quid agere de-  
beas.* (Lib. de Spiritu et Anima, n. 54).

¿Qué es el cuer-  
po del hom-  
bre?

El mismo cuerpo debe enseñarnos lo que es, dice S. Pedro Damián; lo que ofrece después de la muerte, lo manifiesta ya durante la vida: *Quid sit caro, doceat ipsa caro; quodque perhibet mortuo, ceteris et viva.* (Epist.).

El hombre es el más miserable de todos los seres, el más enfermo, el más asqueroso, el más cargado de padecimientos y achaques, el más corrompido en sus inclinaciones, y el más infecto, ya durante la vida, ya después de la muerte....

No os pues extrañe que diga S. Bernardo: Si consideras, o hombre, lo que arroja tu boca, tu nariz y todo tu cuerpo, jamás habrás encontrado tan vil animal: *O homo, si consideres quid per os, quid per nares, utroqueque mentis corpore egrediat, nunquam vilis animalium invenies.* (Medit., c. III).

¿Qué habéis sido? dice el mismo padre: ¿Qué sois? ¿Que seréis?— ¿Qué habéis sido? Dicit vil nada: ¿Qué sois? Un vaso lleno de corrupción. ¿Qué seréis? Pisto de los gusanos: *Quid fuerit? quid es? quid erit?—Quid fuerit? Sperma fatidum. Quid est? Vix steccorum. Quid erit? Esca vermium.* (Sermón. Vita honesta).

Solon, uno de los siete sabios de Grecia, dijo: El hombre es en su nacimiento la debilidad misma; durante la vida tiene los instintos del animal, y cuando muere los gusanos lo consumen. (Teste Lactio).

El cuerpo, dice Trismegisto, es un lugar de corrupción, una muerte que vive, un cadáver que tiene el uso de sus sentidos, un sepulcro que se mueve y un velo opaco. (Anton. in Meliss.).

¿Qué es el cuerpo sino podredumbre y gusanos? pregunta S. Gregorio. Y todo el que está devorado de desos carnales, ¿qué ama sino un montón de gusanos? Porque la tumba manifiesta lo que es la sustancia del cuerpo. ¿Dónde está el paciente, dónde está el fiel amigo capaz de tocar el cadáver, que está hermiguando de gusanos de su tiempo, por una omota que fuere? (1).

MI carne, dice Job, está cubierta de polvo y de podredumbre; mi piel está seca y contumida: *Infulsa est caro mea putredine et cordibus pulcritis; cutis mea aruit, et contritio est.* (VII. 5). He dicho a la podredumbre: Eres mi padre; y a los gusanos: Sois mi madre y mi hermana: *Putredine dicit: Pater meus es; Mater mea, et soror mea, et consanguis.* (Job. XVII. 14).

Con razón dice S. Gregorio Nazianzeno: No comprendo la mezcla que lanzo que hay en mí: Soy la imagen de Dios; y por mi cuerpo estoy en el fango. Si mi cuerpo disfruta de salud, me hace una guerra

(1) *Quid caro, nisi putredine et vermine est? Et quibus carnalibus desideris subicit, quid illud homo? terram simul? Uae enim est carnis habitatio, habitatio sensuum. Et que carnis, nisi autumno fatidum, quantitas dicitur mi, tangere carnis contumidum vermium potest? August., lib. XVI.*

sin tregua: sólo puedo vencerlo declarándole a mi vez la guerra; y entópes me llena de tristeza. Le amo como a un servidor y a mi compañero, y le aborrezco como a un enemigo. Huyo de él como de una cadena pesada, y le tomo porque se adhiera a mí ser. Si me afano por debilitarlo y cansarlo, no sé ya: ¿qué recurrir para las grandes acciones; si, por el contrario, le miro como a un auxiliar y a un compañero, no deja pasar ninguna circunstancia sin apoderarse de mí para aljarme de Dios; me arroja al suelo, me mata y me pisotea. Es un enemigo dulce y caudido en apariencia, y un amigo que a cada instante me tiende lazos espantosos y peligrosísimos. ¡Admirable unión y despegal! *Id miram conjunctionem et alienationem!* Abrazo lo que temo, y temo lo que amo: *Quod metuo, amplector; quod amo, pertimesco.* Si no le declaro la guerra, me ama y amándose me mata; desconfío de él, y sólo tendré paz cuando muera. (Orat. XVII).

Jamás ningún hombre ha hablado de una manera más sensata que Crates cuando decía a un joven que tenía un gran cuidado de vestir y alimentar bien a su cuerpo: Desgraciado, deja de fortificar con perjuicio tuyo la cárcel en que estás encerrado! *Id miser, desine addeceri temerarium carcerem munit!* (ita Maxim.).

El cuerpo que se corrompe, hace que el alma esté pesada, y esta habitación de la tierra abate el espíritu: *Corpus quod corrumpitur, aggravat animam; et terrena habitatio deprimit sensum.* (IX. 15). El Rey Profeta había comprendido esta verdad, cuando decía: Señor, mi ser no es nada ante tí: *Substantia mea tanquam nihilum ante te.* (XXXVIII. 6).

Dios, dice el Génesis, formó al hombre de un poco de barro: *Forma est hominem Deus hominem de limo terrae.* (II. 7). El cuerpo manifiesta siempre su origen; sacado del fango, siempre quisiera encogerse....

El que habita en una tienda de campaña, experimenta muchos miserias, molestias y necesidades; no tiene cama ni asiento, ni tampoco muchas veces abrigo ni agua.... El alma sufre las mismas molestias, cobijada por el cuerpo, que no es más que una tienda, según expresión de la Escritura. Y nuestro cuerpo está expuesto como una tienda a los vientos, a las injurias del aire, a los accidentes del viaje y del combate....

El tirano Mecenas mandaba atar personas vivas a cadáveres y a corrompidos, a fin de imponerles un suplicio horrible. Tal es poco más o menos la triste posesión del alma respecto del cuerpo....

Escucha, o alma mía, lo que eres, dice Hugo de S. Víctor; estás cargada de pecados, las redes del vicio te rodean y te detienen; seducida por las caricias de los sentidos, estás amarrada y encadenada a los miembros de tu cuerpo; desgarrada por los cuidados, atraída en sentido contrario por los negocios, instada por el temor, agobiada por los dolores, entregada al error, atormentada por las

El hombre no es más que materia y debilidad.

sos sospechas, fatigada por los cuidados, extranjera en una tierra enemiga, y manchiada por tus relaciones con los muertos. (*De Spiritu et Anima*).

Contaba en otro tiempo con mis fuerzas, dice S. Agustín, y era muy débil; cuando he querido correr, creyéndome capaz de hacerlo, he caído entonces más pronto. Cuanto más he creído poder por mi mismo, menos he podido siempre: *Quod magis credidisti posse per te, minus semper potuisti*. Yo decía: Haré esto, concluiré aquel negocio; y no hacía ni una cosa ni otra. Si tenía voluntad, no tenía el poder de obrar; y cuando tenía ese poder, la voluntad me faltaba; porque confiaba en mis fuerzas: *Ad erat voluntas, non erat facultas; atera facultas, non erat voluntas; quia de meis viribus confidebam*. Ahora lo confieso, ó Dios mío, el hombre no debe apoyarse en sus fuerzas, que no son más que debilidad; porque no le toca querer lo que puede, ni poder lo que quiere, ni siquiera conocer lo que quiere y puede. Sólo vos, Señor, sabéis dirigir sus pasos. Con vuestros fuerzas y no con las nuestras podemos vencer á nuestros enemigos.

El dolor más con nosotros, y nos acompaña hasta la tumba, dice Moisés: (*Stab. serm. LXXXIX*).

La vida de la tierra está llena de tantos males, que, considerando bien, la muerte parece más bien un remedio que un castigo, dice S. Ambrosio: (*De Offic.*).

Salvóse, aquel gran rey que temo en abundancia todos los bienes que pueden hallarse en la tierra, dice en el libro de la Salutación. Y yo también soy hombre mortal semejante á todos, y de la raza de aquel que nació el primero de la tierra. En mi nacimiento he respirado el aire que todos han respirado, he sido colocado en la tierra, donde debía hallar iguales dolores; y como sucede á todos los niños, mi primer acento ha sido el llanto: *Primum vocem, similibus omnibus, emisit plorans*. (VII. 4-5).

El niño, dice S. Agustín, presente, y sin saberlo profetiza las mil tribulaciones que le aguardan, llorándolas: *Infans presentis, quasi incerta, et prophetat mille vicia arumnas; sibi subiaculas, quasi deplorat*. (Lib. de Spiritu et Anima). He aquí por qué exclama Jeremías: Maldito sea el hombre que he á desear á mi padre; Os ha nacido un hijo, y le llamo de alegría; Maldito sea el día de mi nacimiento! que no entga ninguna bendición sobre el día en que mi madre me dió á luz! (XX. 44-45).

Para tener una idea exacta de los sufrimientos á que está sujeto el hombre, conviene visitar los hospitales, las cárceles, etc. ...

El orgullo del hombre es la fuente de su ruina, principalmente en vista de la muerte.

La entrada y la salida de la vida son iguales para todos, dice la Sabiduría: *Unus introitus est omnibus ad vitam, et similis exitus*. (VII. 6). Brillais por las riquezas, dice S. Agustín, y os vanagloriais de la nobleza de vuestros antepasados; os enorgulleceis por vuestra patria, por la hermosura de vuestro cuerpo, por los honores que os

tributan los hombres; guardaos á vosotros mismos; sois formados de tierra, y á la tierra volveréis. Considerad cuantos antes que vosotros han gozado de iguales prerrogativas. ¿Dónde están los hombres cuya pretendida grandeza, se envidiaba? ¿Dónde están los emperadores invencibles? ¿Dónde están aquellos que componían la asamblea de la nobleza y daban festejos? ¿Dónde están los caballeros intepidos, los generales de ejército, los gobernadores de provincia? Ahora todo es polvo y ceniza; su memoria está olvidada. Abred las tumbas, y mirad...; ¿quién es el criado y el dueño, el pobre y el rico? Distinguid, si podéis, al rey del vasallo, al fuerte del débil, al hombre hermoso del enano y disforme. Acordaos pues de vuestra nada para no enorgulleceos nunca; y es bien cierto que no olvidaréis esta nada, si os considerais atentamente á vosotros mismos. (*Sermon. sentent. ult.*).

Mis días, dice el Rey Profeta, han declinado como la sombra, y yo me he secado como una yerba: *Dies mei sicut umbra declinaverunt, et ego sicut fenum arui*. (Cl. 13).

Somos un poco de polvo, una sombra, una nube que pasa; no somos nada.... Eros polvo, y volverás á ser polvo, hijo el Señor al culpable Adán, y en su persona á todos sus descendos: *Pulvis es, et in pulverem revertentis*. (Gen. III. 19). Todos los hombres no son más que tierra y ceniza, dice el Eclesiástico: *Omnes homines terra et cinis*. (XVII. 34). El polvo ó el barro significa el origen del hombre, y la ceniza su fin.... No nos queda aquí en la tierra más que la tumba, podemos decir con Job: *Solum mihi superest sepulcrum*. (XVII. 1).

Engrandézase nuestra vanidad ante la nada! Queremos y persuadámonos que somos alguna cosa grande! ¡Si queremos vivir del error, bien podemos alimentarnos de orgullo!...

Si el hombre, dice S. Bernardo, se escapa de una tentación, otra le asalta. La vanidad le ataca, la curiosidad le guía, la codicia le solicita, el deleite le seduce, la injuria le mancha, la envidia le atormenta, la ira le agita, y la tristeza le desgarra. Así con deplorables caídas se sumerge en todos los vicios. ¿Por qué? Porque ha abandonado á Dios, que era lo único que podía bastarle: *Quoniam unum Deum, qui ei sufficere poterat, dimisit*. Si creyéramos en mil cosas; busca por una y otra parte sitio donde descansar; y no halla nada que pueda satisfacerle, hasta que vuelve á Dios. Pasa de un pensamiento á otro pensamiento para hallar la paz; varía según sus ocupaciones, sus afectos y sus tentaciones; pero la paz huye de él, porque no la busca donde debe buscarse. El demonio le tienta, el mundo le ciega, y la concupiscencia le mata. Fuera tiene que trabar combates, y dentro le asaltan temores. (*De Tentat.*).

Y ¿no son estas tentaciones el indicio de la miseria y de la nada del hombre?

En su fondo no tiene el hombre más que el pecado.

No somos suficientes, dice S. Pablo, para producir por nosotros mismos y como de nosotros mismos alguna cosa en nuestro espíritu; nuestra suficiencia es de Dios: *Non sumus sufficientes cogitare aliquid a nobis quasi ex nobis; sed sufficientia nostra ex Deo est.* (I. Cor. III. 5).

Su. mi. dice Jesucristo, nada podéis hacer: *Sine me nihil potestis facere.* (Joan. XV. 3). Esta es la medida de nuestras fuerzas para el bien.... Pero el hombre, que no pueda obrar bien por sí mismo, puede obrar mal; y lo hace muchas veces. Y es también sólo de su propio fondo de donde sale el mal; pues su voluntad es la que engendra todos los pecados. El mal es obra del hombre; es cosa suya....

Nada, dice S. Agustín, tiene como cosa propia más que el pecado y el error: *Nemo habet de suo nisi peccatum et mendacium.* (Sentent., núm. CCCXXXII).

Para que el hombre pueda obrar bien, es menester que Dios le asista; pero sólo obra mal; y si obra mal, es porque está solo y no está con Dios....

Oh hombre, dice S. Bernardo, si te viesen, no te prendarías de tí mismo, y agradecerías á Dios; pero, porque no te ves, te gustas á tí mismo y desagradas á Dios. Tiempo vendrá en que te desagradas á tí mismo y desagradas á Dios. No agradecerás á Dios, por haber pecado; y estarás descontento de tí mismo, por estar sumergido en las llamas eternas (1).

El hombre en que nada hay, no es nada.

Si alguno piensa ser algo, no siendo nada, se engaña á sí mismo, dice S. Pablo: *Si quis existimat se aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducat.* (Gal. VI. 3).

Vanidad de vanidades, todo es vanidad, dice el Eclesiástico: *Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.* (1-2).

El hombre, dice Sófocles, es una fantasma y una ligera sombra: *Est simulacrum et tenuis umbra.* (Anton. in Meliss.). El hombre es el sueño de una sombra, dice Píndaro. (Anton. in Meliss.).

El hombre, según expresión de Isaías, es una gota de rocío, un átomo de una yerba, el grano de arena que basta para hacer inclinar la balanza, la nada. Es la reunión de todas las vanidades, dice el Salmo: *Univera vanitas omnis homo vivens.* (XXXVIII. 6).

El hombre desaparece con la rapidez del mensajero que lleva una noticia, del buque cuyas velas hincha el viento, del ave que vuela, de la flecha lanzada por el arco. Tales son las comparaciones de que se vale la Escritura, para pintar la poca duración de las cosas de la tierra y de la vida del hombre. (Sap. V. 9-13). Es polvo y ceniza, dice el Génesis. (VIII. 27).

Así como el nombre de Dios es el ser: Yo soy quien soy, este es mi nombre desde la eternidad: *Ego sum qui sum; hoc nomen mihi*

(1) O homo: si te viderent, tibi displicerent, et tibi placeant, sed, quia te non vides, tibi places, et tibi displicet. Venot tonipus, cum hec ubi, nec tibi placebit: tibi, qui peccasti; tibi, qui in aeternum ardebis. Ser. in Coen.

est in aeternum. (Exod. III. 14-15); el nombre de las criaturas es el no ser, la nada. Si preguntásemos á la tierra, al hombre y al ángel: ¿Quiénes sois? ¿cómo os llamais? podrían y deberían respondernos: No somos nada; nuestro nombre es nada. ¿Por qué? Porque, 1.º, todo lo creado, antes de serlo, era nada; 2.º, porque, si es corruptible y perecedero, será otra vez nada, y si es incorruptible, como el ángel, puede sin embargo volver á la nada, pues su ser depende en efecto del poder de Dios, que se lo conserva libremente y puede á cada instante quitárselo; 3.º, porque mientras existe, es mutable, y por consiguiente se confunde con la nada, pues todo cambio encierra cierta negación de ser; 4.º, porque todo lo creado está más cerca de la nada que del ser. El hombre, por ejemplo, tiene solamente el ser de hombre; pero, considerado como tierra, cielo, ángel, etc., es nada, es decir que su ser es extraño al de las criaturas de que hablamos y de todas las demás. El hombre tiene pues un sólo modo de existencia, y muchos de no ser.

¿Que cuerdo es el que sabe que su ser no le pertenece? S. Juan tenía este precioso conocimiento, pues cuando le preguntaron: ¿Sois el Cristo? ¿sois un profeta? No, contestó; no soy más que una voz que clama en el desierto. (Joan. I. 20-21-23).

Mabaas, hombres orgullosos, y repetid que sois esto y lo otro... Mentis; no sois nada....

Con verdad podemos todos decir: Por mí mismo nada soy, nada sé, nada puedo, nada valgo.... Ved ahí lo que sois. Salidos de la nada, vuestras obras son estériles, dice Isaías: *Eccc vos estis ex nihilo, et opus vestrum ex eo quod non est.* (XII. 21).

Levántate, dijo el Señor á Jeremías, baja á la casa de un alfarero, y allí oírás mis palabras. Bajó; y el alfarero hacia un vaso de arcilla sobre su torno, y el vaso se rompió en su mano.... (XVIII. 2-4). Dios nos manda á todos que bujemos á la casa del alfarero para que veamos cuál ha sido nuestro origen y cuál es nuestra nada....

Porque hemos entregado una vez nuestro espíritu al orgullo, dice S. Gregorio, llevamos siempre un barro que se va: *Quia elatum semel impinguis spiritum, ecce defluens quotidie portamus lutum.* (Lib. Moral.).

El que comprenda su nada, procure domoñar su carne con los ayunos y las mortificaciones, é imite á S. Pablo: Castigo mi cuerpo, dice aquel apóstol, y lo sujeto á la servidumbre: *Castigo corpus meum, et in servitutem redigo.* (I. Cor. IX. 27). Humille su espíritu, recordando que, según manifiesta el profeta Miqueas, lleva en sí todos los motivos de humillación: *Humiliatio tua in medio tui.* (VI. 14).

Nada, dice S. Gregorio, es tan capaz de vencer la carne y el pecado como la consideración del estado á que la muerte reduce al que más amamos en la vida. Con razon dice la Escritura que el voluptuoso, amando el deleite, ama los gusanos; porque el que está

Cosas que han sido de hombre para ser algo.

abrasado de deseos impuros, está abrasado por un montón de podredumbre infecta. (*Lib. XVI, Horat.*).

La tumba, el polvo y los gusanos; esto es lo que aguarda al hombre, esa nada revelada; he aquí lo que puede servirle de remedio y ayudarle a ser algo. Trabaja el hombre, dice Bossuet, para crecer y multiplicar sus títulos, sus posesiones y sus vanidades; sólo la muerte es bastante para borrarle. Pero no piensa en tal cosa, y en su vanidad no recuerda nunca el medirse con su ferozo, que es el único que puede dar su justa medida.

Al asno, dice la Escritura, la yerba, el palo y la carga; al esclavo el pan, el castigo y el trabajo; *Cicaria, et virga, et onus asinus; panis, et disciplina, et onus servus.* (Edi. CCXXXIII, 25). El animal de carga y el esclavo del alma es el cuerpo, a quien debemos dar por consiguiente tres cosas: el alimento necesario, la mortificación, y una ocupación continua y penosa.....

## INTENCION PURA.

La intención pura consiste en no buscar más que a Dios en nuestras pensamientos y nuestras acciones, en no ver más que a él, y no ver más que su voluntad, mirando siempre a Dios como único fin nuestro.....

Que no intención pura, y así que coarctat.

Debemos imitar al que levanta un muro, valiéndose constantemente de la regla y de la plomada.....

Llenando los deberes de Marta, no olvidemos los de María.....

Es preciso que nuestra intención pertenezca a Dios cuando nosotros mismos andamos y nuestras manos trabajan.....

No hagais mucho caso de la acción del hombre, dice S. Agustín, sino de la intención que tiene al obrar: *Non valde attendas quid homo faciat, sed quid aspiciat cum facit.* (In Psal. XXXI).

Sois un verdadero servidor de Dios, dice S. Bernardo, si no os atribuis de ningún modo la gran gloria de Dios que se opera por vosotros, atribuyéndola, al contrario, por entero a aquel en quien nace y a quien todos los bienes pertenecen (1).

Vuestra intención es buena si huís del pecado y practicáis el bien para evitar las penas del infierno. Vuestra intención es mejor si lo hacéis todo con la esperanza de la recompensa del Cielo. Vuestra intención es perfecta si obráis así por amor a la virtud, por ejemplo, por obediencia y para cumplir la ley; por reconocimiento y para dar gracias a Dios; por penitencia y para satisfacer por vuestros pecados; por justicia y para dar al prójimo lo que le es debido; por virtud de religión y para servir a Dios, y sobre todo por caridad para agradar más a Dios, haciendo únicamente por él lo que le place. Porque la caridad es la más noble, es la reina de las virtudes; por cuya razón los actos que nacen de la caridad ó ésta determina con la intención, son nobilísimos y divinos, y de un mérito inmenso ante Dios.....

Si obramos bien por temor del infierno, nos hallamos en el caso de los esclavos; si obramos bien para recibir recompensa, estamos en la condición de los criados; y si obramos bien únicamente para agradar a Dios, pasamos a la condición y a la dignidad de hijos del mismo Dios (2).

No hemos de apurarnos por el éxito ó la falta de éxito; hemos de obrar para Dios; El éxito pertenece a Dios. Salvando a todo el mundo, podemos condenarnos; y podemos salvarnos y alcanzar una riquísi-

(1) Filicis Dei servus est, si de recta gloria Domini sit, transiente per te, nulli tui manibus necesse contingit; sed si cum rebus a quo manavit, et cupis est, vane hominum. *Serm. XLII, In Cant.*

(2) Si timore gehennae beneficiamus, in servituti sumus; si ut mereamur recondemur, in mercenario; si homini quibus gratia facimus, ad gloriam statim transimus. *Serm. de Sto. Iohis theto.*



ma corona en el Cielo sin convertir á nada, haciendo por otra parte lo que podamos con intencion pura....

Estad convencidos, dice S. Enchaer, de no haber vivido bien para Dios más que aquel día en que hayais renunciado á vuestra propia voluntad, el día en que hayais renunciado á vuestros malos deseos, el día en que hayais seguido la ley, el día testigo de vuestra pureza de intencion (1).

Tal es un cuerpo sin vida, tal es la acción, si la intencion no es pura, dice Ricardo de S. Victor: *Quod est corpus sine vita, hoc opus sine intentione bona.* (Lib. I de Statu inter hom., c. VII).

Todos, dice S. Ignacio de Loyola, todos deben procurar tener una intencion recta, no sólo para la norma de su vida, sino también en todas las cosas particulares. (In ejus vita).

Los méritos de la acción resplandecen por medio de los rayos de la intencion buena, dice S. Gregorio: *Per bona intentionis radium, merita illuminantur actionis.* (Lib. XVII. Moral.).

Cualquiera que obra con intencion para en lo perteneciente á Dios, amado aquel gran Doctor, levanta una columna en el edificio de la casa espiritual, y colocado en el templo de Dios, que es la Iglesia, la sirve y llega á ser su morada y su gloria (2).

La intencion pura da precio hasta á una acción indiferente por sí misma, y cuanto más perfecta es esta intencion, más el precio de la acción aumenta....

La intencion es el juez de todas las acciones de los hombres, dice S. Ambrosio; la intencion es el sello de vuestra acción: *Quidquid agant homines, intentio iudicat omnes; affectus tuus operi tuo nomen imponit.* (Lib. II. Offic.). Porque, así como las ramas, las hojas y los frutos del árbol sacan su jugo de las raíces, las buenas acciones adquieren su valor y su mérito de la buena intencion....

San Gregorio cree de tanto precio la intencion pura, que la llama base y fundamento de todo edificio espiritual. (Lib. XII. Moral.).

Hemos de mirar en todas las cosas, dice S. Ignacio de Loyola, el servicio y el agrado de la bondad divina, obrando más bien por ella por amor y por reconocimiento hacia los grandes beneficios con que Dios nos ha colmado, que por el temor de las penas ó la esperanza del Cielo, aunque estas últimas consideraciones puedan ayudarnos y por su medio busquemos á Dios. Hemos de despojarnos en lo posible de la afección á todas las criaturas, para llevar á Dios sólo, su creador, todas nuestras afectos, amándole en todas las criaturas, y

Necesidad de la intencion pura.

Ventaja de la intencion pura.

Medios de tener en todo una intencion pura.

(1) Illius tantum diem vestire te compta, in quo voluntate propria abrenasti, in quo male desiderium contulisti, quia nec illa reculas tristitiamque disijci: illum diem vestisse et compta, qui parialis et sanctorum meditationum labitur hanc. *Enchaer.*  
(2) Quilibet in Dei opere recta intentione firmatur, columna in structura fabricem spirituale erigitur et in hoc templo, quod est Ecclesia, pascitur, et utiliter ad et decori. *Lib. XVII. Moral. c. XIV.*

á todas las criaturas en él, según su sumísima y divina voluntad. (In ejus vita).

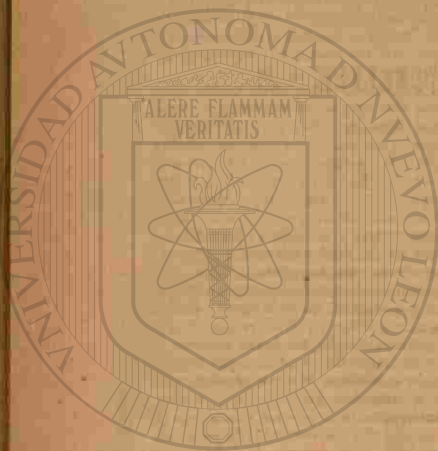
Hemos de decir con el Rey Profeta: Haced resplandecer nuestra gloria, no por nosotros, Señor, sino por vuestro nombre: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo dá gloriam.* (CXIII. 4).

Hemos de practicar las palabras del Apóstol de los Góntes: Ya comáis, ya bebéis, ya bagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios: *Sive manducatis, sive bibitis, sive aliud quid facitis, omnia in gloriam Dei facite.* (I. Cor. X. 34).

Digamos con S. Ignacio de Loyola: Todo para la mayor gloria de Dios: *Omnia ad majorem Dei gloriam.* (In ejus vita).

Revelad al Señor vuestras obras, y El dirigirá vuestros pensamientos, dicen los Proverbios: *Revela Domino opera tua, et dirigetur cogitationes tue.* (XVI. 3). Cayetano dice que estas palabras deben entenderse de la intencion, del fin; tal como si la Escritura dijese: Dirigid á Dios vuestras obras, como á vuestro último fin; pues así sucederá que vuestros pensamientos estarán bien dirigidos á su objeto y á su verdadero término. (Ex Delrio). Dirigid todas vuestras acciones á Dios, y rectos serán vuestros pensamientos. Hacedlo todo por Dios, reveládselo todo, amonedádselo todo, ofrecédselo todo, recomendádselo todo, confiádselo todo, seguros de que todo lo dirigirá, fertilizará y confirmará para su gloria, vuestra salvacion y la del prójimo....

Hemos de buscar tan solo la gloria de Dios y nada más. Así se goza de un gran reposo y de una sumisión perfecta.... No solo hemos de olvidar todas las cosas exteriores; hemos también de olvidarnos á nosotros mismos, no amando más que en Dios, por Dios y para Dios, no obrando más que en Dios, por Dios y para Dios.



## ÍNDICE.

	PÁG.
<b>Domingo.</b>	5
Aunque todos los días pertenezcan á Dios, ha querido sin embargo reservarse uno de una manera especial, 5.—El día del Señor entre los judíos era el séptimo; ¿por qué razón? <i>id.</i> —Este día pudo cambiarse, 6.—¿Por qué han sustituido los apóstoles el sábado por el domingo? 7.—Obligación de santificar el domingo, <i>id.</i> —Ventajas de la santificación del domingo, 9.—Lo que hemos de hacer para santificar el domingo, 10.—Lo que hemos de evitar para no profanar el domingo, 11.—Las profanadores del domingo son castigados, 12.	
<b>Dulzura ó mansedumbre.</b>	13
Necesidad de la dulzura, 13.—En qué consiste la dulzura, <i>id.</i> —Excelencia y ventajas de la dulzura, 14.—Jesucristo es un modelo de dulzura, 17.—Mansedumbre de los Santos, 19.—Medios para adquirir y practicar la mansedumbre, 22.	
<b>Edificio espiritual.</b>	24
Materiales con que se construye el edificio espiritual, 24.—¿En qué terreno ha de construirse el edificio espiritual? <i>id.</i>	
<b>Educación.</b>	26
Necesidad de una buena educación, 26.—Ventajas que proporciona la buena educación, 27.—Desgracias que acarrea una mala educación, 28.	
<b>Embriaguez.</b>	29
La embriaguez es un crimen, 29.—Perjuicios y funestos efectos de la borrachera, 30.—La borrachera es vergonzosa y degradante, 33.—La embriaguez es manantial de la impureza, 35.—La embriaguez es el manantial de todos los vicios, 37.—Castigos de la embriaguez, <i>id.</i>	

**Emplo del tiempo.**

El tiempo es muy poca cosa, considerado en sí mismo, 40. — Rapidez y brevedad del tiempo, 42. — El tiempo se burla de nosotros y nos engaña, 44. — La muerte está siempre en nuestra puerta, 48. — Precio del tiempo, *id.* — Dicha que experimenta el hombre en esta vida, y sobre todo en la hora de la muerte, cuando ha empleado bien el tiempo, 50. — Recompensas que consiguen el buen uso del tiempo, 51. — Es preciso aprovechar el tiempo presente, *id.* — Quiénes son los que hacen un buen uso del tiempo, 53. — Lo que debemos evitar para hacer un buen uso del tiempo, 55. — Quiénes son los que hacen mal uso del tiempo, *id.* — Cuenta que hemos de dar del tiempo perdido, 58. — Medios de emplear bien el tiempo, *id.*

**Endurecimiento**

¿Qué es el endurecimiento? 61. — Nos endurecemos gradualmente, 62. — El corazón endurecido es ciego, *id.* — El corazón endurecido es rebelde, 63. — Nada comienza al corazón endurecido, 64. — El corazón empedernido todo lo desprecia, 65. — El corazón endurecido se vuelve peor hasta en presencia de los medios que podrían retraerlo, *id.* — El corazón endurecido imita al ángel malo, 66. — El corazón empedernido estudia el mal para cometerlo y vanagloriarse de ello, *id.* — El corazón empedernido es el receptáculo de todos los vicios, 68. — Perseverancia en el endurecimiento, *id.* — Es casi imposible salir del endurecimiento, 69. — Causas del endurecimiento, *id.* — Señales del endurecimiento, 70. — Desgracias que causa el endurecimiento, *id.* — Castigos que ha de sufrir el corazón empedernido, 71. — El endurecimiento es obra del pecador, y no de Dios, 73. — Medios de salir del endurecimiento, 75.

**Envidia.**

¿Qué es envidia? 76. — La envidia es una pasión abominable, *id.* — La envidia atormenta al que la posee, *id.* — Favores y estragos de la envidia, 78. — Remedios contra la envidia, 81.

**Escándalo.**

¿Qué es escándalo? 82. — Emorridad del escándalo, *id.* — Malignidad del escándalo, 83. — Corrupción del escándalo, 84. — Estragos que causa el escándalo, *id.* — Los escandalosos son auxiliares del demonio, 89. — Los escandalosos son responsables de todos los crímenes que hacen cometer, y de todas las almas que pierden, 90. — El escándalo de los grandes es más criminal y más peligroso, *id.* — Grande es el número de los escandalosos,

40

61

76

82

91. — Hay dos clases de escándalo, *id.* — De cuántos modos se da escándalo? *id.* — Nunca se ha de escandalizar, 92. — Hemos de evitar el escándalo y al escandaloso, *id.* — Hemos de deplorar todo escándalo y orar por los que lo dan, 93. — Castigos de los escandalosos, *id.*

**Esclavitud.**

El pecado nos hace esclavos, 96. — Cuán triste y deplorable es la esclavitud en el pecado, 98. — El justo es libre, 100. — Sólo Jesucristo rompe la esclavitud, 101.

**Esperanza.**

Su excelencia, 102. — Riquezas de la esperanza, *id.* — La esperanza fortifica, 103. — La esperanza da alegría, 105. — La esperanza nos hace felices, *id.* — Dios habita en el corazón que vive de esperanza, 106. — La misericordia es compañera de la esperanza, *id.* — Con la esperanza nos santificamos, *id.* — La esperanza es la vida y la salvación, *id.* — Sólo debemos esperar en Dios, 107. — La esperanza debe ser firme y perseverante, *id.*

**Escrúpulo.**

¿Qué es escrúpulo? 108. — Cómo pueden dividirse los escrúpulos, *id.* — De qué viene el escrúpulo? *id.* — Sufrimientos del escrúpulo; lastima que debe cansarnos, 109. — Peligro del escrúpulo, *id.* — El hombre verdaderamente pio no es escrupuloso, *id.* — Motivos que deben hacernos desear el escrúpulo, 110. — Remedios contra los escrúpulos, *id.*

**Espíritu Santo y Confirmación.**

¿Quién es el Espíritu Santo? 112. — ¿Por qué aparece el Espíritu Santo bajo la forma de una nube en la transfiguración? *id.* — ¿Por qué aparece el Espíritu Santo bajo la forma de una paloma en el bautismo de Jesucristo? 113. — ¿Por qué apareció el Espíritu Santo bajo la forma de lenguas de fuego el día de Pentecostés? *id.* — Riquezas infinitas que derrama el Espíritu Santo, 114. — Medios de recibir el Espíritu Santo, 123. — El sacramento de la Confirmación consiste en la imposición de las manos y en la unción del santo crisma, *id.* — Diferencias entre el Bautismo y la Confirmación, 124. — Significación de la bofetada que da el obispo al confirmado, 125.

**Eternidad.**

Hay una eternidad, 126. — ¿Qué es la eternidad? *id.* — Es preciso vivir para la eternidad, 127.

**Eucaristía.**

La presencia real está probada: 1.º por la Escritura, 130. — La presencia real está probada: 2.º por los Padres de

96

102

108

112

126

130

la Iglesia, 133.—La presencia real está probada: 3.º por los Concilios, 136.—La presencia real está probada: 4.º por la creencia constante, invariable y universal de la Iglesia, 137.—La presencia real está probada: 5.º por la razon teológica, 138.—La presencia real está atestiguada: 6.º por los mismos herejes, 143.—La presencia real se halla probada: 7.º por los milagros, *id.*—Motivos que llevaron á Jesucristo á establecer este divino sacramento, 146.—Amor de Jesucristo en la Eucaristía, 147.—Ejecelencias de la Eucaristía, 151.—Ventajas de la Eucaristía, 1.ª ventaja: union con Dios, 152.—La segunda ventaja de la comunión es que nos transforma en Dios, 153.—La tercera ventaja es la union con el prójimo, 158.—La cuarta ventaja es que la comunión nos fortifica, 161.—La quinta ventaja de la comunión es que es un remedio muy eficaz, 164.—La sexta ventaja de la comunión es que nos perdona las faltas veniales, algunas veces las mortales, y nos impide recaer, 165.—La séptima ventaja es que la comunión nos hace verdaderamente dichosos, 166.—La octava ventaja de la comunión es que reúne todas las gracias más abundantes y más preciosas, 168.—La novena ventaja de la comunión es que procura una buena muerte, 170.—La décima ventaja de la santa comunión consiste en que es la prenda de la resurrección y de la bienaventuranza eterna, 171.—Maravillas de la Eucaristía, 172.—¿Cuánto, cuánto tiempo permanece Jesucristo en nosotros? 180.—Necesidad de comulgar, *id.*—Cuán ventajoso es comulgar á menudo, 181.—Desgracia de los que se apartan de la santa comunión y se disgustan de ella, 184.—Disposiciones que hemos de llevar á la sagrada mesa, 185.—La primera disposición es la fe, 186.—La segunda disposición es la humildad, 188.—La tercera disposición es la pureza, 189.—La cuarta disposición es el respeto, 191.—La quinta disposición es un tenor saludable, *id.*—La sexta disposición es la confianza, *id.*—La séptima disposición es el deseo ardiente, 192.—La octava disposición es un amor ardiente á Jesucristo, 194.—La novena disposición es que hemos de vivir de Jesucristo, 197.—Perséverancia despues de la comunión, *id.*

#### Evangelio ó Sagrada Escritura. 199

¿Qué es la Sagrada Escritura? 199.—¿Qué diferencia hay entre la antigua y la nueva ley? *id.*—Necesidad de la Escritura ó de la revelación, 200.—Los cuatro evangelistas, *id.*—Diversos sentidos de la Escritura, 201.—Antigüedad del Evangelio, *id.*—Ejecelencia y riquezas de

la Santa Escritura, *id.*—La Sagrada Escritura contiene y da la verdadera ciencia, 202.—El Evangelio da la verdadera libertad, 205.—Santidad del Evangelio, *id.*—Inestimables ventajas que contiene la Escritura, *id.*—Hemos de estudiar la Escritura con arreglo á los buenos intérpretes, 206.—Medios de aprovecharnos de la santa Escritura, 208.

#### Exámen de conciencia. 209

Necesidad del exámen de conciencia, 209.—Cuándo y cómo hemos de hacer este exámen, *id.*—Ejecelencia del exámen de conciencia, 212.—Dos clases de exámenes, 213.

#### Falsa confianza. 215

Podemos caer en cualquier tiempo y en cualquier sitio, 215.—No hemos de exponernos temerariamente, *id.*—No hemos de fiarnos de las criaturas, 217.—No hemos de fiarnos de nosotros mismos, *id.*—Pero Dios es bueno, dicen algunos, 218.—Pero dirán algunos: En todas partes se ve la impunidad, *id.*

#### Fé. 220

¿Qué es fé? 220.—Necesidad de la fé, *id.*—¿Por qué es tan necesaria la fé? 221.—Fundamento de la fé ó motivos de la creencia, *id.*—Ejecelencia de la fé, 222.—Maravillas de la fé, 223.—Ventajas de la fé, 227.—Calidades que debe tener la fé, 1.ª Debe ser firme é inquebrantable, 230.—2.ª La fé debe ser entera, *id.*—3.ª La fé debe ser humilde y dócil, 231.—4.ª La fé debe ser viva, 232.—Medios para tener fé y crear en la fé, 234.

#### Felicidad. 235

Deseo de la felicidad, 235.—La felicidad, no está en la tierra, *id.*—¿En dónde hallaremos la felicidad? 238.—Solo en el cielo está la verdadera felicidad, 248.—El hombre es enemigo de su felicidad, *id.*—Medios de llegar á la verdadera felicidad, 249.

#### Fin del hombre. 250

¿Cuál es el fin del hombre? 250.—Todo prueba que solo Dios es el fin del hombre, 253.

#### Goces cristianos. 253

Motivos de regocijo para el verdadero cristiano, 253.—¿Dónde se halla la verdadera alegría? 256.—El gozo cristiano nos hace inventibles, 259.—El gozo cristiano todo lo sufre, 260.—Las almas ilustradas y piadosas tienen por dote el regocijo, 262.—La alegría cristiana es la manifestación de una buena conciencia, *id.*—Dulzura del gozo cristiano, y modo de producirse, *id.*

#### Goces mundanos. 263

- Vanidad de los gozes mundanos, 265.—Amargos son los gozes mundanos, *id.*—Los gozes mundanos son peligrosos y culpables, 266.—Los gozes mundanos duran poco, *id.*—Las alegrías mundanas hacen esclavos y ciegos, *id.*—Las alegrías humanas no son más que la nada, 267.—Dios maldice los gozes mundanos, *id.*—El infierno es el castigo de los gozes mundanos y criminales, *id.*
- Gracia.** 268  
 ¿Qué es la gracia? 268.—Cuántas clases de gracias hay? *id.*—Jesucristo es autor de la gracia, *id.*—Necesidad de la gracia, 271.—La gracia no destruye el libre albedrío, 272.—Por qué da Dios la gracia, 273.—Por qué da Dios más gracias á unos que á otros? 276.—Cómo comunica Dios su gracia? 277.—Deseo de Jesucristo de comunicar sus gracias, *id.*—Abundancia de las gracias, 278.—La gracia es un regalo divino, 279.—La gracia es comparada á la pupila del ojo, 280.—Excelencia de la gracia, *id.*—Poder y maravillas de la gracia, 283.—Ventajas de la gracia, 285.—Cuenta que hemos de dar de las gracias, 287.—Hemos de procurar aprovecharnos de las gracias, 288.—Medios para obtener la gracia y conservarla, 289.
- Gula.** 290  
 La gula es criminal, 290.—Desórdenes y estragos de la gula, *id.*—El hombre se degrada con la gula, 293.—Hemos de ser sobrios, 295.
- Hábitos.** 296  
 Como se cae en el hábito del pecado, 296.—Funestas consecuencias del hábito, 297.—Cuán difícil es dejar el hábito del pecado, 299.—Modo de conocer el pecado que ha llegado á ser habitual, 301.—Cómo nos desprendemos del hábito, 302.
- Heresías.** 303  
 ¿Qué es un hereje? 303.—¿Qué es una hereja? *id.*—¿Qué es el cisma? *id.*—Causas de las herejas: 1.º el orgullo, *id.*—2.º El atrevimiento y la pertinacia, 304.—3.º El espíritu de curiosidad y de novedades, *id.*—4.º El libertinaje y la corrupción, *id.*—Variaciones y errores de los herejes, y sus blasfemias, 307.—Furores, desórdenes y desgracias que ocasionan las herejas, 311.—Los herejes son semejantes al demonio, 311.—Causa por que los herejes son comparados muchas veces á las raposas, *id.*—Los herejes se desgarran entre sí, 315.—Los herejes están fuera de la verdadera Iglesia, 316.—Castigos de los herejes, *id.*—Dios pone el remedio al lado del mal, 317.—Medios de preservarnos de las herejas y abandonarlas, *id.*

- Hermosura del Universo.** 320
- Hipocresía.** 322  
 La hipocresía es un crimen soberanamente detestable, 322.—Lacria de la hipocresía, 324.—Dios maldice á los hipócritas, 325.
- Honores.** 326  
 ¿En qué consiste el honor? 326.—Los honores del mundo son una carga, 328.—Peligros de los honores, 329.—Los honores de la tierra no son nada, 330.—Hemos de huir de los honores, *id.*
- Humildad.** 331  
 ¿Qué es humildad? 331.—La humildad es necesaria, *id.*—Ejemplo de Jesucristo, 333.—Ejemplos de los Santos, 334.—Cuanto más elevados seamos, más debemos humillarnos, 335.—Motivos que obligan á humillarnos, 337.—Diversos grados de humildad, 339.—Señales de la humildad, 340.—Excelencias, riquezas y ventajas de la humildad, *id.*—¿Qué hemos de hacer para ser humildes? 351.
- Iglesia.** 352  
 Antigüedad de la Iglesia, 352.—La Iglesia romana no se ha formada de ninguna otra Iglesia, 354.—La Iglesia romana es hoy lo que era al principio, 355.—Unidad de la Iglesia, 1.º Unidad de fe, *id.*—2.º Unidad de ley, 359.—3.º Unidad de Sacramentos, *id.*—4.º Unidad de jefe, *id.*—Supremacia, autoridad e infalibilidad del Papa, *id.*—Infalibilidad de la Iglesia, 373.—Necesidad de que la Iglesia sea infalible, 374.—¿Quién es el Jefe ó la Iglesia á que Dios ha dado el don de infalibilidad? 378.—Condición que impuso Jesucristo al primer de la infalibilidad de los primeros pastores, 382.—Solidez de la Iglesia, 385.—Perpetuidad e invariabilidad de la Iglesia, 387.—Visibilidad de la Iglesia, 391.—Catholicidad de la Iglesia, 391.—Santidad de la Iglesia, 397.—La Iglesia católica, apostólica y romana es la única verdadera Iglesia, 398.—Poder de la Iglesia, 401.—Hermosura de la Iglesia, 404.—Virginidad y fecundidad de la Iglesia, 405.—Solo la Iglesia posee y da la verdadera ciencia, 407.—En la Iglesia se donde únicamente se halla la libertad, la igualdad y la fraternidad verdaderas, 409.—Conclusión y recapitulación, 413.
- Igualdad.** 415  
 La igualdad es imposible, 415.—¿Do dónde viene la desigualdad que existe entre los hombres? *id.*—Es preciso establecer la igualdad en lo posible, *id.*
- Imitación de Dios.** (Véase también Servicio de Dios) 418
- Impiedad ó impio.** (Véase también Endurecimiento) 420

¿Qué es un impio, y cual es su vida? 420. — El impio es despreciado, 421. — Desgracia del impio, 422. — Los impios son numerosos, 423.

**Impureza.**

425

La impureza es un pecado grave y naturalmente mortal, 425. — Envejecimiento; y degradación del impudico, 427. — Cuantos efectos de la impureza: 1.º efecto los tormentos, 431. — Segundo efecto de la impureza: horribles estragos, 433. — Tercer efecto de la impureza: el escándalo, 436. — El cuarto efecto de la impureza es la ceguera, *id.* — Quinto efecto de la impureza: la esclavitud, 437. — Los placeres del deleite son poca cosa, 438. — Los placeres de la impureza están llenos de amarguras y de desgracias, *id.* — ¿Cuáles son las principales causas de la impureza? 441. — De cuántas maneras se cae en el vicio impuro? *id.* — Dificultades que ofresen el salir de la impureza, 444. — Castigos y condenación del impudico, 445. — Remedios contra el deleite, 446.

**Incredulidad.**

448

Causas de la incredulidad, 448. — Desgracia de la incredulidad: 1.º la ceguera, 449. — Segundo efecto de la incredulidad: el endurecimiento, 451. — Tercer efecto de la incredulidad: la corrupción del corazón, *id.* — Cuarto efecto de la incredulidad: abandono de Dios, 452. — Quinto efecto de la incredulidad: el juicio ya en este mundo, *id.* — Sexto efecto de la incredulidad: la muerte en estado de condenación, *id.* — Diferentes castigos de la incredulidad, 453. — Grande es el número de los incredulos, 454. — Remedios contra la incredulidad, *id.*

**Indiferencia.**

456

¿Qué es un indiferente? 456. — Ceguera y culpabilidad de los indiferentes, *id.*

**Infierno.**

458

¿Qué es el infierno? 1.º privación de todos los bienes, 458. — 2.º Reunión de todos los males, *id.* — 3.º Tinieblas densas y eternas, 460. — 4.º Gasano roedor, *id.* — 5.º Cadenas y esclavitud horrible, 463. — 6.º Como reciben y tratan los demonios á los réprobos, 464. — 7.º Separación de Dios, *id.* — 8.º Maldición de Dios contra los réprobos, 467. — 9.º Los demonios maldicen á los réprobos, y los réprobos se maldicen unos á otros, *id.* — 10. Muerte en el infierno, 468. — 11. Desesperación en el infierno, 470. — 12. Graduación de los suplicios, 471. — 13. Todos los males se reúnen á la vez en el infierno, *id.* — 14. Eternidad de las penas del infierno, 475. — El infierno está conforme con la justicia de Dios, 478. — Medios de evitar el infierno, 479.

**Injusticia.**

480

Diferentes injusticias, 480. — Crimen de la injusticia, *id.* — Castigo del hombre impio, 481.

**Inmortalidad del alma.**

482

Necesidad de pensar en la inmortalidad del alma, 482. — La inmortalidad del alma está probada por la Escritura, *id.* — Los mismos paganos declaran que el alma es inmortal, 483. — La misma naturaleza del alma, que es espiritual prueba que es inmortal, 484. — El deseo de la felicidad prueba la inmortalidad del alma, *id.* — El presentimiento de la vida futura prueba la inmortalidad del alma, 485. — El culto de los muertos prueba que el alma es inmortal, *id.* — La inmortalidad del alma está probada por los mismos desórdenes que resultarían de una creencia contraria, 486.

**Inocencia.**

487

Muy rara es la inocencia, 487. — Excelencia y ventajas de la inocencia, *id.*

**Insignificancia del hombre.**

489

¿Qué es el hombre, hablando en general? 489. — ¿Qué es el cuerpo del hombre? 490. — El hombre no es más que miseria y debilidad, 491. — El sufrimiento es la herencia del hombre, 492. — El orgullo del hombre está fuera de lugar, principalmente en vista de la muerte, *id.* — El hombre está rodeado de tentaciones, 493. — En su fondo no tiene el hombre más que el pecado, 494. — El hombre en una palabra no es nada, *id.* — Cosas que hemos de hacer para ser algo, 495.

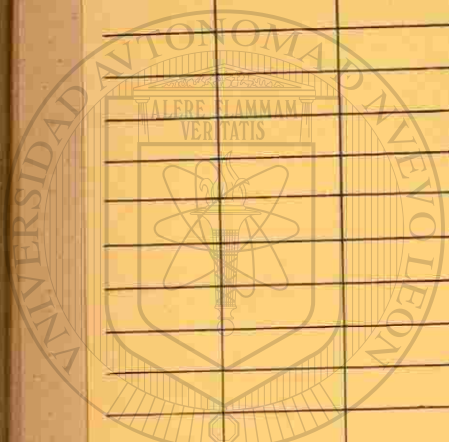
**Intencion pura.**

947

¿Qué es intencion pura, y en qué consiste, 497. — Necesidad de la intencion pura, 498. — Ventajas de la intencion pura, *id.* — Medios de tener en todo una intencion pura, *id.*

CAPILLA ALFONSINA  
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta  
antes de la última fecha abajo indi-  
cada.

# UANL

## UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

### DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

BS497	
L3	
v.2	
1882	45056
AUTOR	LAPIDE, Cornelius A.
TITULO	Tesoros de Cornelio A. Lápide.
FECHA DE VENCIMIENTO	NOMBRE DEL LECTOR

®

